3 1761 08166214 0

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

España moderna

P
HSP

AÑO 12. NUM. 139.

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LÁZARO

JULIO, 1900

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

13649

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 12
no.139-41

CAÏEL

Este armonioso pseudónimo oculta un nombre aun más poético, Alice, ennoblecido por la inteligente escritora portuguesa doña Alice Pestana, en una serie de trabajos literarios que hacen de ella una gloria de Portugal.

En los momentos en que una obra suya, la novela GENOVEVA MONTAÑA, va á tener la consagración de generalizarse en lengua española, y cuando la eximia escritora, por su matrimonio con un sincero lusófilo, va á adoptar por patria civil la tierra de Lope y de Cervantes, se hace necesario, como comentario á su obra, esbozar algunos rasgos de su individualidad.

Bien desearía haber tenido íntima convivencia con la escritora que hoy presento al público español, para diseñar con facilidad su característica literaria; nunca nos vimos, ni nos hablamos. Pero su obra es vasta, y por ella entré en esa comunión de espíritu, que colocó á Caïel á mi vista en un foco de luminosa naturalidad. En su obra, se descubren dos aspectos femeninos, que la hacen sobresalir en este medio social moderno: posee *ternura*, esa cualidad delicada y fundamental de la mujer, y *energía*, rara en su sexo, pero que la impulsa á generosas iniciativas. De esta sencilla fórmula, se deduce el

criterio para aquilatar bien su trabajo y preveer las manifestaciones futuras de su talento.

Pero, antes de seguir, dos líneas biográficas: doña Alice Pestana nació en Santarem, en Abril de 1860, de una familia que todavía tiene sangre insular: su madre era natural de la isla de Madeira. No es esto indiferente para explicar ese espíritu libre de convencionalismos, esa actividad é independencia con que comenzó el combate de la vida, dedicándose á la enseñanza privada, y entrando en las lides de la prensa.

Las fechas restantes de su vida son las manifestaciones sucesivas de su actividad pedagógica y artística. En 1878, hizo su estreno, lleno de buenos auspicios, en la prensa, publicando en lengua inglesa, que conoce á la perfección, unos artículos sobre Shakespeare, insertos en la *Financial Mercantile Gazette*. Se ve por este estudio, que sabía llegar á la fuente viva del arte, y que se emancipaba de las idealizaciones ridículamente necias en que muchos escritores portugueses gastan todavía su tiempo.

En 1885, en el periódico *Las Repúblicas*, redactado por Tomás Ribeiro y Camilo Castello Branco, es donde propiamente comenzó á ser conocida como escritora original, por unos breves cuentos, que agradaron por su sentimiento delicado, mereciendo ser reunidos en volumen, en 1886, bajo el título *Á las madres y á las hijas*.

Tomás Ribeiro puso un prólogo á estos cuentos, que en breve fueron consagrados con una segunda edición (1888), en la cual se encuentran los juicios críticos de los principales escritores portugueses, quienes saludaron el gentil espíritu que se revelaba en las letras, siendo de notar las apreciaciones de Camilo Castello Branco, de doña María Amalia Vaz de Carvalho, de D. Antonio da Costa y del desgraciado y brillante Julio César Machado. Esa simpatía por el libro *Á las madres y á las hijas*, no fue pasajera: acaba de aparecer la tercera edición de los delicados cuentos, aumentada con uno nuevo, intitulado *¿Superstición ó remordimiento?*

La vida de acción la atraía, y Caïel, por haber ejercido la enseñanza, fue encargada de una comisión oficial, de la cual dió cuenta en un *Informe de un viaje de estudio á establecimientos de instrucción secundaria del sexo femenino, en Inglaterra, Suiza y Francia.* Está fechado en 25 de Enero de 1889 este importante documento, presentado al Ministerio del reino (1).

Esta misión tuvo sobre su espíritu el trascendental influjo de abrir nuevos horizontes á su inteligencia, é imprimir un marcado relieve á sus creaciones como escritora.

Con este espíritu de energía, que contrasta con la apatía normal de su sexo, redactó las *Primeras lecturas*, en que, por medio de cuentos, se dirige á la infancia con sentimiento ingenuo. La primera edición de este libro es de 1890; se ha reimpreso en 1899.

En el Congreso pedagógico hispano-portugués-americano, figuró dignamente doña Alice Pestana. A este certamen, celebrado para conmemorar el Centenario del Descubrimiento de América (1892), envió su trabajo ó Memoria *¿Qué debe ser la instrucción secundaria de la mujer?* Problema sin solución todavía en Portugal, donde la instrucción pública es dirigida desde el exclusivo punto de vista del expediente administrativo. Consecuencia de este trabajo, fue que al año siguiente se encargase á doña Alice Pestana una nueva misión pedagógica, de que dió cuenta en el *Informe de una visita de estudio á establecimientos de enseñanza profesional en el extranjero*, fechado en 31 de Agosto de 1893, y entregado al Ministro de Obras públicas, Comercio é Industria.

Debe notarse que esta comisión importante fue completamente gratuíta, ¡cuando se despilfarran subvenciones para estudiar en el extranjero los diferentes sistemas de contabilidad!

---

(1) Corresponde en Portugal á nuestro Ministerio de la Gobernación, y de él dependen los asuntos de Instrucción pública.

Pero la escritora no abandonaba sus creaciones literarias, y, así, publicaba al mismo tiempo, en la *Revista Ilustrada*, una nueva novela, *La hija de Juan del Otero*, que un año más tarde, en 1894, salió en volumen ilustrado con dibujos de Condeixa; y en este mismo año daba á la publicidad otra novela en dos volúmenes, *Amor á la antigua*. Conociendo los grandes maestros de la novela contemporánea, como Balzac, Flaubert, Daudet, Zola, la delicada escritora se inclinaba de preferencia hacia la novela inglesa, en que la vida moral se retrata con una cierta suavidad, que contrasta con el realismo brutal. Y esto mismo sucede en su hermosa novela, aparecida en 1896, *Madame Renan*, en que los tipos están bien dibujados, y las situaciones fundadas en dramas subjetivos. Y, como desafiando la forma literaria para vencer sus dificultades, decidióse á escribir una novela en cartas: tal es Genoveva Montaña, publicada en 1898, y de la cual sale ahora la traducción española.

Este género es extremadamente difícil; usáronlo Madame de Stael y Balzac, habiéndolo fundado el autor de *Clarisa Harlow*. La acción no es narrada ni pasa á la vista; dedúcela el lector, é interesándose por la reconstrucción de lo que pasa ó está aconteciendo, las impresiones son más intensas, tomando casi un aspecto de realidad. A esto se debió el que, aun siendo la novela de Richardson tan pesada por la extensión de sus cartas, la impresión que ejerció en toda Europa fuera profundísima. En la novela Genoveva Montaña, las cartas son las que nos revelan los tipos, nos muestran el color ó el aspecto moral, como las de Doña Feliciana, en una redacción popular casi intraducible, y nos hacen adivinar esa vaga tristeza que causó la desgracia de Genoveva por no haber definido el sentimiento, que se transformó en un primer amor, psicosis, devenida mórbida por el casamiento alocado de su primo.

Después de este trabajo literario, doña Alice Pestana tuvo *saudades* de su vida de acción, y encontró el objetivo verdadero y único de la mujer en la civilización moderna: fundar

la paz social, hasta hoy no comprendida de los políticos y de los gobiernos; convirtióse en propagandista de la aspiración moderna de las almas puras, que se fortifican espontáneamente en la organización de las ligas de la paz en las naciones cultas. En 1898 entró en este campo, con su elocuente manifiesto *La Femme et la paix: Appel aux mères portugaises;* y más tarde, en 18 de Mayo de 1899, se inauguraba, por su iniciativa, la *Liga portuguesa de la Paz*, siendo, como presidente, el alma de este movimiento, que coloca á Portugal en cooperación con los esfuerzos de las generosas asociaciones europeas que persiguen el mismo ideal. Portugal tomó parte en el Congreso de La Haya para la paz, y el informe de sus delegados se ha publicado en el *Diario del Gobierno* de 3 de Mayo de 1900. Fue la *Liga portuguesa de la paz* la que hizo conocer en Portugal la importancia de este Congreso: sin la presión de la opinión pública, por ella esclarecida, tal vez el Gobierno portugués hubiera dejado pasar ese acto, en que se estableció un estado jurídico para los conflictos internacionales. En este trabajo de la *Liga portuguesa de la paz* es donde doña Alice Pestana ha desenvuelto su energía femenina, conciliando voluntades, armonizando desacuerdos de opinión, excitando apatías, despertando ideal en los espíritus.

La energía fecundiza su elaboración literaria. Así, de 1899 á 1900, publicó veinticuatro números de la *Revista Blanca,* quincenalmente, dedicada á los pequeños y á los nuevos; y, simultáneamente, *El Tio Victorino,* novela basada en un estudio expresamente hecho en *Los Lusiadas*, y dedicado á los niños portugueses en conmemoración de la fiesta nacional del Cuarto Centenario de la India. Su último y más reciente trabajo, *Comentarios á la vida,* es una colección de artículos publicados en diversos periódicos. Cúpome la gloria de la dedicatoria de este libro, prologado por el claro espíritu de Teixeira Bastos. Hállase en este momento en vías de publicación otra novela de Caïel, *Testamento de madre*. Finalmente, en la última temporada teatral, púsose en escena en el Teatro Nor-

mal de *Doña María*, de Lisboa, su composición dramática en un acto, *Primera agonía*.

Es cierto que la mujer de treinta años, según el gran entendedor Balzac, se halla en esa edad en que tiene conciencia de su encanto. De la mujer de cuarenta, hemos de decir que se encuentra en aquella otra en que sabe unir á la energía la ternura, con las cuales puede ejercer la más profunda acción social. Caïel comprende, de seguro, la verdad de este vaticinio.

Teófilo Braga.

GENOVEVA MONTAÑA

(NOVELA)

A HUGO SANTA ANA

LISBOA.

París, Julio de 188...

Mi pobre Hugo: Te consideraba muerto ó casi, cuando los periódicos portugueses que recibo hoy me sacan inesperadamente de ese cuidado. Veo tu nombre á la cabeza de la lista de aquellos gloriosos que acaban de terminar el curso superior de Letras de nuestra tierra.

¡Hurra! y un apretón de manos.

Pero ¿por qué diablo no me escribes? ¿De tal suerte te prendió la convivencia con los dioses del Olimpo, el sánscrito y las edades clásicas, que desdeñas hablar con los simples mortales en el lenguaje vulgar é insulso de estos tiempos sin carácter que corren?

Pues ahí va, caro mío, un consejo sensato: ahora que ya hiciste todo lo que estaba á tu alcance para volverte *un sabio,* conviene que bajes sin pérdida de tiempo á la esfera de la prosa y de los *monises.*

Y no me juzgues por esto un animal.

Homero, si fue hombre, fue un grande hombre; y Virgilio, mostrando exuberantemente que tenía cabeza, es una memoria que yo acato.

Pero, pobre amigo mío, estas adoraciones, demasiado platónicas, pueden ser un medio de hacernos la vida pintoresca, nunca el expediente con que tratemos de saldar las dificultades inherentes que ella nos acarrea.

Bien sabes que nunca te aprobé esa ingenua orientación.

Luchando con las grandes dificultades de la vida, mal costeada con el escaso peculio que te quedó de tus padres, te empeñaste en seguir ese largo curso que—perdona la franqueza—no va á servirte de nada.

Mucho mejor si hubieras seguido mis consejos.

Podías, sin apenas costarte, haber estudiado una cosa que constituye la preparación para la diplomacia, y sacarías provecho de la influencia, aún no extinguida, de tu difunto padre en esa esfera del monóculo, de los botines claros y de la *novela* vistosa. No ganarías dinero, pero gozarías vida ligera en perpetua atmósfera de reverencias y mujeres rubias.

Otro proyecto mío, rechazado por ti con orgullo—¡nefastas repugnancias hidalgas!,—fue el de beber ahí á grandes tragos la compleja ciencia del Instituto Comercial y venirte para aquí, como yo hice, á aplicar tu fuerza algorítmica á la positiva unidad *franco*.

Escucha: por lo que á mí toca, aún no me he arrepentido del partido que tomé. Gano para vivir desahogadamente en esta moderna Babilonia; lo que ya no es poco. Después, me llevo perfectamente con esta gente del *Crédit;* todos parecen mis amigos. Cada año aumenta mi satisfacción por haber desertado de la madre tierra. *Ubi bene, ubi patria.* Va el latinajo con la idea de lisonjear tus deidades.

Sí, amigo mío, el patriotismo hasta la abnegación es una bella cosa que yo acato como tipo arqueológico, pero que no conmueve mi sensibilidad afectiva más de lo que cualquier momia egipcia del *British Museum* ó de *South Kensington.* La vida moderna tiene exigencias ineludibles, que, en un país de las condiciones del nuestro, se convierten muchas veces en martirio, bestializando las criaturas.

Aquí todo es fácil. Se vive con mucho ó con poco dinero, y la otra gente nunca sabe de cierto cómo vivimos.

En esa aldea del Tajo todos están enterados de lo que comemos, todos conocen á nuestro sastre y se saben al dedillo nuestros acreedores y nuestros amores.....

De cuando en cuando me acomete cierto deseo de abrazar al tío Velloso y á la tía María Rita, ¡pobrecilla!... pero la vida es larga é incierta—considero á manera de consuelo.—¡Sabe Dios si no me quedará todavía mucho tiempo para aburrirme soberanamente en aquellas tiernas y santas compañías!

Como ves, reobro contra la *sensiblería* traidora. No conozco nada más pequeño que dejarnos coger por la melancolía de los poetas, cuando no debemos al estro el favor de un solo verso.

Nada para triunfar de la vida como el estudio de los *medios* y la adaptación completa. En París trato de ser parisiense. Y si en días de *manía* negra, el importuno pensamiento de la familia viene á asediarme con alguna violencia, ¿sabes lo que hago? Compro á escape billete para *Folies-Bergères* y me voy allí á considerar la vida á través de las canciones de Ivette Guilbert. Se ríe á mandíbula batiente. Reir es la panacea universal que ha valido á la humanidad desde Adán. Si esa maravillosa facultad no se le hubiese dado desde luego al pobre proscripto del Paraíso, ¿cómo habría resistido al desastre monumental, en términos de venir todavía á ser el prolífico y robusto ascendiente de todos nosotros?

Amigo Hugo, estás al borde del abismo llamado hambre. Una nada puede precipitarte. Atiende. Escucha el aviso de amistad que te mando desde las orillas de este Sena práctico y sabio.

Da las más afligidas y cordiales despedidas á los doctos profesores del curso superior; guarda en cofre perfumado tu diploma del curso, y mientras tanto, confiéreme poderes para ir promoviendo tu colocación aquí mismo, en este *Crédit Lyonnais*, donde los compañeros son excelentes, el trabajo leve y los lucros incitantes.

Y que perdonen las musas, de que te has hecho cultivador devoto, el inocente desacato de

Tu amigo de corazón,

ENRIQUE.

* * *

Á ENRIQUE VELLOSO

PARÍS.

Lisboa, Julio 188...

Enrique mío: Muy agradecido á tu carta. Se desprende de este papel el buen humor de la salud, prueba de que continúas bien en esa maravillosa Galia, de que tanto malo y tanto bueno se dice. Huélgome con todas tus prosperidades de bolsa y demás.

En cuanto á mudar yo de rumbo, tomándote por piloto, no es cosa, amigo mío, para resolverse á ella á vuelta de correo.

Age quod agis. Creí siempre en la herencia atávica de los temperamentos intelectuales. Mi abuelo paterno fue uno de nuestros primeros latinistas; mi padre conocía la lengua griega como pocos, y la portuguesa como raros. Fueron dos acérrimos batalladores de la vieja educación clásica, que pulía y templaba los hombres, sin recurrir á los brutales procedimientos que ilustran falsamente á la moderna.

Siento correr por mis venas sangre que me viene de ellos. No sé lo que soy; ni, ciñéndome á la desacreditada teoría de las predestinaciones, podría ahora decirte cuál es el fin directo que tengo para que me acuñase el dedo creador. Pero lo cierto es que me siento vibrar al contacto de cualquier trozo de arte, y que esa vibración adquiere particular intensidad cuando el móvil es uno de estos monumentos de literatura con que la palabra humana, mármol inalterable, ha edificado para los siglos.

¿Cómo quieres tú, pues, mi hacendista Hugo, que así, en un momento, de repente, caiga sobre tus libros de comercio que ni de vista conozco, y de que yo abomino?

Te ciega la amistad.

¿Qué papel iría yo á hacer al *Crédit,* conociendo mal las cuatro operaciones de la Aritmética? Un escandaloso *fiasco.* Tan disparatado era presentarme como absurdo ser admitido. No pensemos más en tal cosa. Y, francamente, no encuentro que debamos afligirnos por semejante abstención.

Yo, si realmente siento en mí disposición para alguna cosa, es para la carrera de las letras. Pues bien: seguir la inclinación natural parece que debe simplificar mucho el enmarañado problema de la vida.

Bien sé que en Portugal—país de miniaturas—es del todo imposible crearse en la vía literaria una de esas vistosas fortunas que ahí fuera constituyen buena parte de la gloria de muchos nombres queridos.

Pero, ¿en qué otra esfera pueden crearse aquí esas fortunas? Creo que sólo en la de los ladrones de levita. En otra, no.

Y todavía tenemos ejemplos de grandes batalladores, sosteniendo familias numerosas únicamente con su labor literaria.

Creer que sólo en París se piensa y se trabaja es también una preocupación traidora, que se infiltra en el cerebro del viajero portugués.

La vibración de las naciones pequeñas es muy intensa para el oído que sabe auscultarlas. Digas tú lo que quieras, hace años ya que se ha manifestado progreso en la vida intelectual de nuestro apático país.

Se lee más, se critica más, se escribe más. Aparecen periódicos de todas las clases; algunos, menos que mediocres; pero otros, regularmente buenos.

En el teatro se reaviva el interés por los originales portugueses. Todo esto son estímulos, incitaciones sugestivas para quien desee trabajar.

Yo creo—perdona la modestia—que no me será extremadamente difícil ganar aquí, llenando cuartillas de papel, lo que tu enfatuado *Crédit Lyonnais* te da por el enojoso y ma-

terialísimo trabajo de llenar de cifras sus libros detestables. Voy á poner manos á la obra.

Pero..... ¡aún no te lo dije.....! Es posible que muy pronto aparezca en tu *apartement* de la *Rue Miromesnil*. No será para pedirte ser compañero de oficio en el *Credit,* sino simplemente para darte un buen abrazo de paso para una visita á mi tío, Lord Robert Duff, Lancaster Tenace, Regent, Park, London.

Todavía tengo que resolver, en el fuero íntimo de mi conciencia, si estará bien á la plena mayoridad de mis veinticuatro años aceptar el reiteradísimo convite de este tío por afinidad, para *partir de plaisir* en que él debe de hacer el más completo papel de anfitrión. *Hic jacet lepus.*

Mientras resuelvo esto, tal vez saque doble ventaja del tiempo, desempeñándome de una promesa antigua. Prometí visitar á unas primas que apenas conozco, pero que se carteaban mucho con mi madre, y que tienen la amabilidad de desear mucho verme desde que pasé de niño á varón. Estoy medio resuelto á ir á matar la curiosidad de las primas, que viven en una quinta suya, llamada del Juncal, á un tiro de fusil, como diría Camilo de Villa Verde. Al menos, encontraré por allá aires puros, mucho verdor, montes de flores, excelente agua, cosas que Lisboa no tiene, y, á la vez, aquel acogimiento franco y antiguo en que tanto se distinguen todavía nuestros provincianos. Hace bien de ensanchar de cuando en cuando el alma, descansando de los amanerados atavíos de las ciudades. Es casi cierto que parto.

A la vuelta, ó iré con el tío ricacho, cediendo á la natural ambición de ver mundo, ó—hipótesis más plausible—no iré, acatando mi rígido orgullo de pobre y lanzándome, desde luego, á la literatura por el camino escabroso que conduce á la gloria. No te rías. Siento latir en mí la vocación literaria, sobre todo para el teatro. ¡Oh, el teatro! ¡Si te dijera que sueño muchas veces con el triunfo hipotético de mis piezas! Hace días me representaba en un palco, agradeciendo aplausos delirantes y recogiendo flores que las muchachas bonitas me ti-

raban..... Desperté, tropezando mis ojos con el simple de mi José Miguel, que entraba en el cuarto con el agua caliente..... ¡Terrible despertar!

Pero, en serio, tengo un asunto espléndido para drama. Voy á intentarlo.

Escríbeme siempre.

Tuyo,

HUGO.

***

A HUGO SANTA ANA

LISBOA.

París, Agosto de 188..,

Desventurado amigo: No te diré el lacrimoso *requiescat in pace* sin intentar una vez más salvarte de tí mismo.

Espero que aun sea tiempo. Ese romanticismo que te envenena la sangre es la dolencia más nefasta del mundo.

Pero hablemos primero de las cosas serias, positivas.

En dos tarjetas postales, escritas con días de intervalo, te avisé de que iba á vacar en el *Crédit* una plaza igual á la mía.

Pedía en ellas tu presencia sin demora. No apareces ni respondes. Estoy desesperado.

Tengo todas las facilidades para recomendarte, y creo que los directores atenderían mi petición. Pero era indispensable que te viesen, que aparecieses. Con estas demoras te arriesgas mucho á perder una espléndida ocasión de *porvenir*. Tarde se te ofrecerá otra semejante. ¡Qué curiosa es la vida!

Otro cualquiera, en tu caso, correría. Tú te paras.

¡Vivir en París! ¿No es este el sueño irrealizado de tantos?

Fijarte en la cuestión de aptitudes es una puerilidad. Esos escrúpulos ingenuos no dejan de sentar bien creando una cierta aureola de inocencia; pero en la vida real entorpecen mucho, créelo. El sentido práctico y la práctica sensata mandan arreglar, primero el empleo, y tratar después de la capacidad. Es la manera segura de no perder el tiempo.

Tú estás habilitadísimo para las cuentas del *Crédit*, créelo. Y además, considera que también esa tendencia literaria que dices ir medrando en tí no haría sino ganar con tu inmediato trasplante á este medio.

Aquí, en las horas destinadas por los herejes como yo á la haraganería ó al placer, tú podías libremente cultivar tu musa, fortalecida por el ambiente, en una florescencia exuberante, artísticamente moderna, que nunca podrá lograr en esa mezquina estufa de Lisboa.

¡Te vanaglorías del progreso intelectual de tus gomosos! Es una apreciación patriotera. Yo también considero unas santas personas á esos mis compatricios. Pero... *cuique suum*. ¿Y es eso vida intelectual, sin independencia, sin orientación estética, sin nada?

Se escriben ahí más libros, dices. ¿Qué importa, si nadie los lee?

Se critica más, afirmas. Bien lo sé. La crítica en nuestro país es un proceso funambulesco, mediante el cual las nulidades crasas se confieren dignidad de árbitros en las más delicadas cuestiones de arte, que ignoran profundamente. La palabra de esos críticos farsantes no ilustra; enoja y ni siquiera divierte.

Hablas del teatro. Pero... ¡qué diablo!... el teatro, ese escollo donde han zozobrado tantos talentos de primera plana, apenas tolera dos géneros: la torpeza, de levita ó en camisa, —escuela Alejandro Dumas (hijo)—modernizada ó quintaesenciada, ó esa otra complicada ficción ultramoderna, cerebros en desequilibrio, visiones espectrales, actitudes y expresiones vesiánicas á lo Ibsen, á lo Stindberg, á lo Hauptmann, á lo Björnson, talentos, por lo demás, que yo admiro mucho, tal vez porque soy un decadente.

Pero tú, Hugo amigo, ¿tendrás armadura que resista cualquiera de estos sistemas? Perdona, pero dudo.

Tú, inflado de clasicismo, contaminado hasta la médula por la poesía de los cercados que te lleva á pasar las vacacio-

nes *sub tegmine fagi* con las primas provincianas de la quinta del Juncal!

Tú, que por esa digresión bucólico-sentimental dejas de partir con los brazos abiertos para la señorial mansión de Lord Robert Duff, el acaudalado tio de Regent'Park!...

Infortunado Hugo, estoy viéndote, cándido, abrazado á tu manuscrito, el corazón con un temblor devoto, yendo en consulta á las empresas de los teatros portugueses.

Todas hallaron óptimo lo que escribiste, y en tesis cortés incensaron tu ingenio ideal; pero detrás han de reirse de tí, de tus viejas y honestas supersticiones. Si viene á cuento, te llamarán retóricamente hijo de los grandes maestros, invocarán con respeto las memorias de Racine, de Corneille, de Shakespeare, de Garret... Pero—no se olvidarán de agregar después—el público, el caprichoso público les priva de intentar la interpretación de cualquier pieza que no traiga el sello moderno que la torna viable.

Y la verdad es que el público sólo quiere prestar oídos á las dos notas estridentes, hoy predilectas suyas: la nota literario-patológica, que atribuye á la vida una crisis de descerebración completa; y la nota innoble, sucia, confiriendo al hombre la subversión total del carácter por la torpe animalidad.

Eres sincero y romántico en demasía para meterte precipitadamente por cualquiera de esos caminos, como hacen tantos—acá y allá—con una fatuidad grosera, sin convicción, sin conciencia, sin dignidad, remedando grotescamente á los geniales maestros del nuevo arte.

Por todo ello auguro una carrera de hambre á tu carrera literaria. Eres también pacífico, modesto, cualidades negativas en la actual *struggle for ang thing*.

Te falta *pose*, empaque, atrevimiento. Te enorgulleces de hablar sin galicismos, y no te resignas á usar monóculo. Riéndote, no llegas á evidenciar el *quantum satis*, tomando siempre en serio esta farsa de la vida.

Todo esto te hace mucho mal. Serás sempiternamente el literato de pantalón con rodilleras, chaleco gastado y mucha grasa en el ala del sombrero. ¡Una vida abominable!

Decídete por el *Crédit*, hombre. Deslígate del idílico lazo de las primas del *Juncal*, que no te hará progresar. Que piensen ellas de tí lo que quieran, y tú parte cuanto antes.

¡Oh grandísimo bruto! ¡teniendo un tío millonario, que te paga viaje y te llama cariñosamente á sus brazos, vacilas y te paras, como un *baby!* Decididamente, no eres hombre del siglo.

Los respetabilísimos profesores del *Superior*, te dieron sánscrito de más y sentido común de menos.

¡Ni siquiera dices si Lord Duff tiene descendencia femenina! una solución espléndida en las dificultades de tu existencia corriente.

Piénsalo y resuelve presto. Y, sobre todo, ven ó responde.

Tuyo,

ENRIQUE.

***

A ENRIQUE VELLOSO

PARÍS.

Lisboa, Agosto.

Querido Enrique: Tienes razón á espuertas. Mi silencio debe haberte parecido brutal.

Toda la culpa fue de mi José Miguel, que se olvidó de mandarme la correspondencia durante los quince días de mi visita á la prima Doña Feliciana, del *Juncal*.

¡Es ideal mi *ménaje!* No hay como un criado antiguo para reducirnos á la obediencia y al desarreglo. Quien da aquí ciento y raya en todo es él. Y todavía..... *¡pourou que céla dure!*.....

Llegué de Villa Verde hoy por la noche. Aquí encontré las dos postales y la carta última, en que se me aparece siempre

tu *Delenda Carthago*. Deja correr su destino á la plaza del *Crédit*. Decididamente soy incapaz de ponerme á un empleo que me repugna por varias causas.

Ese torbellino de París no me atrae ahora. Estoy, efectivamente, atravesando una crisis bucólico-contemplativa. Estos quince días pasados en la provincia me han producido la sensación de un gran refrigerio espiritual.

Sería muy feliz quien, dotado de fuertes cualidades sensitivas, se contentase *siempre* con una vida así, en perpetuo contacto con la naturaleza, libre de ambiciones estúpidas, de feroces egoísmos, de helados fingimientos, vida en que las mayores conmociones fuesen los accidentes de la atmósfera y los pequeños sucesos de la familia. Lo que llamamos civilización nos obliga á huir de la naturaleza, tal vez de la felicidad.

He sentido esto intensamente en los quince días que pasé ahora en el campo, enmedio del aire vivo y puro, en convivencia íntima con los vegetales.

Voy á describirte en pocas palabras el escenario y los personajes de mayor bulto. Vastísima propiedad, completamente aprovechada. Por todas partes, macizos de flores entremezclándose con todos los géneros productivos que aquí se cultivan: vino, aceite, naranjas, pastos, etc. No ves un pedazo de tierra que puedas llamar propiamente *el jardín;* pero estás siempre rodeado de flores y plantas decorativas. Se hermanan así muy bien lo bello y lo útil. Hay en este ambiente una estética particular que nos invade y encanta. No creas, sin embargo, que moran aquí la inacción y el silencio, apenas cortado por el cantar de los pájaros. El trabajo que la tierra pide para producir es enorme. Baste decirte que la Quinta del *Juncal* lanza abundantemente al comercio vino, aceite, naranjas, manteca, hortalizas; un tráfago incesante todo el año.

¿Y sabes quién dirige todo, alma, siempre presente, de esta feracísima propiedad? La propia dueña, á pesar de que debe andar ya muy cerca de los sesenta. Es prodigiosa la energía de esta mujer. ¡Y todavía hay quien pretende que las mujeres

no tienen sentido de gobierno! ¡En esta doña Feliciana Montaña hay un modelo del género!

Es completamente iletrada. Ejemplo de su lenguaje es una orden que ayer mismo le oí dar á un grupo de trabajadores: *¡Eh! vayan ustés á proguntar,* etc. ¿Qué tal? Pone los pelos de punta.

Pero en compensación, la prima doña Feliciana está dotada de cualidades que es costumbre considerar varoniles, y que han sostenido en excelente pie la casa desde la precoz viudez que la dejó señora absoluta de todos sus dominios. No es menos de estimar la gran dosis que patentiza de aquella honradez antigua que adorna todavía al provinciano puro, y la franca índole hospitalaria que nos pone completamente á voluntad, libres del menor embarazo, llegando á sentir dentro de aquella casa, poco antes extraña, las delicias incomparables del *home*. Un verdadero ideal para suegra, ¿sabes?

Personaje inmediato en importancia: voy á ver si te presento ahora á la prima Genoveva Montaña, un originalísimo tipo de muchacha de veinte y no sé cuantos años.

Delante de este epiteto de *originalísima*, aplicado á una sencilla é ingenua provinciana del término de Villa Verde en Portugal, veo desde aquí, querido Enrique, apuntar tu sonrisa despreciativa y escéptica. Pues, viejo mío, aunque te pese, es *originalísima*. Y es que á veces la naturaleza produce espontáneamente caprichosos compuestos, más difíciles de interpretar que los engendros artificiosos de la civilización.

Esbelta, físicamente muy interesante, lo que impresiona más aún en la prima Genoveva, del *Juncal*, impregnada de un fuerte tono de distinción nativa, es cierto aire enigmático, incoherente, hasta diré paradójico, en el cual, á la par de una infantil sencillez que encanta y subyuga, aparece una persistente ironía, con dejos de pedantismo, que inquieta y repele. En los primeros días de convivencia con este mito, te lo confieso, corrí el riesgo de apasionarme ingenuamente. Me salvó la expresión irónica con que siempre exabrupto me enfriaba ella en los momentos de mayor peligro.

En el proceso, no siempre seguro, de las interpretaciones gratuítas, comencé luego á atribuir tal sonrisa á fatuidades de la riqueza, todavía más manifiestas en presencia del primo pobretón.

La gente muy rica tiene seguramente una manera muy original de considerar á nosotros los desheredados.

En el menosprecio de esas ollas de dinero, irá muchas veces una insolente apreciación de inferioridad y servilismo, que no tolero.

Es natural y probable que todos los jóvenes de las familias del concejo hayan hecho á la gentil Genoveva Montaña la corte más asidua y más sumisa. Tal vez juzgó ella que mi visita á sus dominios no pasaba de una de tantas embestidas como se habrán dirigido á su ópimo dote. De aquí, ironías subrayadas, desprecios mal encubiertos..... y — consecuencia lógica—mi vuelta adelantada á Lisboa, resistiendo á las amistosas solicitaciones de la prima doña Feliciana, que vive y vivirá siempre en la más absoluta ignorancia de todo lo que no sean sus hortalizas, sus bichos y sus labranzas.

Estarás pensando para tu capote que la primita Genoveva no vale la complicación y trascendencia de mis pensamientos con respecto á ella. El *parisiennismo* agudo porfiará por hacerte ver este retoño de mi familia materna como un dote apreciable y nada más. ¡Puro estrabismo!

Esta y su hermana Laura quedaron muy pequeñas sin padre. Comprendiendo por instinto que tenía de puertas adentro una grave tarea que no podía desempeñar por completo, la prima doña Feliciana tuvo un gran pensamiento: importó una inglesa, que vivió aquí algunos años, ilustrando á las dos herederas con el pulimento de una instrucción que—con sorpresa lo noté—no ha tenido nada de superficial.

Laura, la más vieja, casó hace años con Antero Moreira, empleado del Ministerio de Estado y actualmente secretario particular de este Ministro. Por lo que oí, viven bien en Lisboa, donde la prima pasó ya un invierno con la hermana para

iniciarse, según la madre declaró en términos más ó menos pintorescos, que no he retenido, en los secretos de la vida elegante.

No parece que del aprendizaje le quedase la impresión más grata, porque no ha vuelto á Lisboa, á pesar—según también la madre informa—de las repetidas instancias de la otra, que rara vez va al *Juncal,* por detestar la provincia.

En las habitaciones de la prima Genoveva hay una biblioteca muy regular y una constante circulación de revistas francesas é inglesas, dando buena cuenta de todo lo que pasa por el mundo. Por eso no me sentí fuera de Europa mientras he permanecido en el *Juncal.*

Espero haberte convencido ahora de que la prima Genoveva, hasta intelectualmente, no es tan *despicienda* como todo eso, y vale por lo menos el cuidado de no dejarnos pisar por sus dorados zapatitos.

A pesar de esta preocupación molesta, reconozco que he pasado en el *Juncal* quince días de los más deliciosos de mi vida, y estoy en volver allá para presenciar las faenas de la vendimia, suceso de trascendental importancia para la buena doña Feliciana. ¡Son realmente sugestivas, interesantísimas estas escenas de la vida agrícola!

Visita á Lord Duff, indefinidamente aplazada por ahora.

Voy á darme todo á la ambición literaria. Tengo enfocados dos asuntos espléndidos: uno para drama, otro para novela. Para comenzar sólo me queda *l'embarras du choix.*

Hay quien á un tiempo compone obras heterogéneas. Yo sólo entiendo el trabajo en el que todas nuestras facultades vibran en concierto unísono.

Antes de partir para Villa Verde me tenían ofrecida colaboración en un periódico. Estoy tentado á aceptar. Es ganancia cierta; debe convenirme, ¿no te parece? También me será agradable tener siempre una puerta abierta por donde, de cuando en cuando, salga á parlamentar con el público.

Me olvidaba de satisfacerte una curiosidad: existe, efecti-

vamente, una hija, heredera única de Lord Duff. Pero este juvenil retoño del tronco británico de mi familia, en nada puede contribuir á la solución de mis dificultades en la vida material. Tuve siempre el mayor horror á la falsísima posición en que se coloca el hombre á quien la mezquina ambición del dinero llevó al matrimonio. El *ausi sacra fames* nunca fue, ni será, mi mote favorito. Librarme de Villa Verde para caer en Regents's Park, en cualquiera de las hipótesis, esclavizado por cadenas de oro, sería reeditar el triste caso de Escila y Caribdis. Aunque en los bordes del Támesis correría siempre menos riesgo de prevaricación de los buenos principios. Es innato en mí preferir á las rubias... todas las otras.

¿Y tú, decididamente, no piensas en venir á Lisboa?

Escribe en serio y créeme siempre

Tuyo de corazón,

HUGO.

***

Á HUGO SANTA ANA

LISBOA.

París, Agosto.

Amigo Hugo: Termina á fin de mes el plazo del concurso. Decididamente *¿no?* Mal harás.

Ab mio pectore te considero cautivado por la prima del *Juncal*. Yo, en tu caso, juzgo que intentaría siempre antes la prima del Támesis. ¡Horizonte más despejado! ¡Programa de vida más intensa!

Veo que profesas, á la portuguesa, el desprecio del kilométrico pie londinense. ¡Qué tontería! La inglesa es la mujer más deliciosa del mundo.

Errare humanum est. Mide bien tus pasos. Uno solo que demos impensadamente decide muchas veces, despótico, de nuestro destino.

Tu amigo,

ENRIQUE.

***

A ENRIQUE VELLOSO

PARÍS.

Lisboa, Agosto.

Fidus Achates.

Quod scripsi, scripsi. Sigo las letras.

Resolví comenzar por la novela. Tengo ya tres capítulos.

HUGO.

* * *

A LAURA MOREIRA

LISBOA.

Juncal, Agosto.

Querida Laura: Ahí te va hoy la gran carta que ando prometiendo ha tantos días.

Quéjaste de mi falta de confianza para contigo, y con este pretexto insinúas chanzas un tanto pesadas, á propósito de nuestro huésped.

Te participo que ya va el tal primo Hugo camino de Lisboa.

No te rías. Me sentía agobiada. Esta obligación impuesta por mamá de divertir al primo literato con el pequeño caudal de conocimientos generales que nos dió la pobre Miss Dellaney, era para mí una pesadez. Por más que hacía, estoy cierta de que quedaba siempre muy *provinciana*. Estos señores de la ciudad deben observarnos con unos anteojos terribles. La ignorancia de la última modalidad del *chic* en las relaciones mundanas ha de llevarnos á cometer altos delitos en el clásico *snobismo* de Thackeray.

Habituados á un vivir en que todo es artificio y convención, nos ven, á través de nuestra sencillez campesina, como unos animalillos rudimentarios sin importancia.

A veces, conversando con el primo Hugo, veníame de repente este pensamiento como viene una tortura. Y me entraba en seguida un deseo de tratarlo desabridamente, de molestarlo, de hacerle entender que también una provinciana puede

sentir el mayor desprecio por las costumbres amaneradas de la vanidosa civilización. Y de ahí un creciente deseo de verlo partir, de terminar aquella situación forzada, de no importunarme con sus apreciaciones favorables ó desfavorables.

El primo Hugo merece, debo confesarlo, el calificativo de simpático. Es instruído, tiene buenas maneras, á veces hasta tiene una expresión de ingenua bondad. A pesar de todo eso, la impresión de su ausencia es para mí de alivio; cierto desahogo como supongo deben sentir los actores dramáticos cuando, terminado el espectáculo, se encuentran otra vez en posesión de su naturaleza, libres de un papel opresivo que les pesaba como verdadera armadura de hierro.

¡Luchar para no parecer provinciana á los ojos perspicaces de los primos repletos de civilización fin de siglo! ¡Ingrato y estéril esfuerzo!

No te imaginas cómo apreció hoy mi paseo matinal por la quinta, y después por entre las viñas llenas de rocío, hasta abajo en el valle. Mientras estuvo aquí el primo Hugo, nunca salí de mañana. También él acostumbraba á pasear antes del almuerzo. Si nos encontrábamos, tenía que habérmelas, desde que salía el sol, con todos los nombres antiguos y modernos que no me son extraños en literatura, ó decir paradojas y disparates, por la irreprimible necesidad de hacer la oposición al primo Hugo. Ninguna de las hipótesis era divertida.

Por fin, ¡qué bueno es estar sola! ¡Adoro la calma, el reposo de la soledad! Esta mañana, sentada allí abajo al pie de la aceña, al sentir correr el agua y piar los pajaritos tan graciosos, hasta lloré; ¡lágrimas tan buenas, tan consoladoras! Hasta un burrito nuevo, que, lejos, la madre amamantaba y rascaba con amor, me enternecía.

¡Podría decir de qué provenían aquellas lágrimas, de qué nacían!

Sentíame feliz allí, en contacto íntimo con la naturaleza de Dios, en una vibración suave, calmante y completa de todo mi sér. ¡Es tan bueno llorar así! ¡Si tú supieras! Es verdad

que hay mucha melancolía en estas lágrimas; parece á veces que en ellas se diluyen nuestras mejores ilusiones de la vida, sonrosadas quimeras construídas á los quince años, que nos mostraban el mundo como un vasto paraíso. El corazón, destilándolas, siente una indefinida *saudade* aguda. Pero al mismo tiempo es suave esta melancolía en que, descreídos ya de las promesas fascinadoras, nos volvemos hacia la naturaleza sencilla, pidiendo á la amenidad de las cosas vegetativas una pacificación espiritual que sólo en ella existe.

Iba cayendo en *hacer estilo*. Ten paciencia. Me encuentro hoy en aquella disposición en que es absolutamente preciso á nuestro espíritu la confidencia.

Pasemos adelante.

¿Sabes que mamá me declara hoy, á cada momento, que el primo Hugo nos hace muchísima falta? Ha quedado enteramente catequizada, gracias á los inacabables *solos* sobre asuntos agrícolas que el primo tuvo el valor de soportar con el mayor denuedo. Mostrábase interesadísimo, sin desconcertarse nunca en este papel. Un prodigio de *savoir vivre*.

No te imaginas hasta qué punto se enfadó hoy cuando le declaré que la ausencia de un huésped me da siempre alivio y sosiego.

Laura mía, por quien eres, procura retardar esa visita de tu Vizconde de Sendim da Beira.

Mamá, en su predilección por todos los huéspedes que tú le recomiendas y remites, ya está en el aire. ¡Los preparativos que por aquí se hacen!...

Felizmente, dices que serán sólo tres días. Pero, Laura, por piedad, un compás de espera. Es preciso descansar antes de entrar otra vez en escena. Sin esto, recibiré detestablemente á tu recomendado.

Vé si me dices alguna cosa más respecto de ese señor. ¿En qué se le habla? ¿Cuáles son sus gustos? ¿La especialidad que cultiva?

¿Política? ¿Ciencia? ¿Musas? ¿Música? ¿Ociosidad...? Es importantísimo para mí saber esto.

¿Y vosotros, decididamente no venís, para estar aquí unos días antes de la partida para Cintra? Desde que Antero es secretario, estais mucho más alejados. Nunca juzgué que había de desear tanto la caída de un Ministerio.

¡Es verdad.....! Me olvidaba. El primo Hugo prometió ir á visitarte. Tal vez le conozcas de vista. Va, según dice, muy poco á sociedad. Mamá te recomienda, y á Antero, *que le tratéis bien*. Mira que la recomendación es de ella. El primo Hugo es su último entusiasmo.

Pierde esa idea de que vayamos á Cintra. ¿Y la vendimia? ¡Salir de aquí mamá en este tiempo!

Dices que en esta soledad he de aburrirme enormemente. No; nunca me desagradó esto menos. Me gustaría estar aquí en vuestra compañía, eso sí. En Lisboa ó en Cintra, no llega á quedarte tiempo para mí. Y la cháchara de tus amigos, francamente, no me divierte. Enmedio de esa gente artificial es donde me siento sola. No sé si comprenderás.

Creo que mamá piensa hoy escribirte; pero, como siempre, anda por la quinta con los trabajadores. Es probable que mi carta no tenga compañera.

Envía telegrama anunciando al Vizconde.

Para tí y Antero un abrazo de vuestra

GENOVEVA.

***

A LAURA MOREIRA

LISBOA.

Juncal, agosto.

Rica ija mia del corazon: Te rremito estas cortas lineas en la carta de tu ermana.

Yo gracias adios boy tirando; tu ermana es la que anda bastante ruin. La comida que come es poca y la vida que yeba también no es pa lograr saluz. Por mas que me digan de modernerias siempre me quedo con la mia.

Y es que no ay pa una persona andar tiesa como el aire libre y buena comida. La gente, si vamos a tener miedo de chamuscar la piel, nos volvemos plantas de estufa. En biniendo cualquier airecillo, da luego en tierra.

Yo bien lo canto; pero los nuebos de aora lo que no quieren es andar por las cartillas antiguas. Por eso tanta gente nueva que bale mas camina pa el hoyo sin saberse como ni el porque.

Despues todo es andar á bueltas con la letura. Estas leturas entoavía an de dar cabo de ella. Y despues, la falta de comer tambien es una grandisima falta. Una persona bive de lo que come. Aun que no aiga boluntaz, siempre la jente debe acer por tenerla.

Yo aqui con esto me consumo, de ber á tu ermana la cara amariya que tiene.

Be tu si deai la conbences de que tome la leche de burras, que toavia es de las mejores medecinas quai. Nuestra *Russa* tiene aora una cria y tiene leche pa que se arte.

Quien á mi me metiese en casa con las leturas á bueltas luego me daba cabo de los guesos. Lo que á mi me tiene valido muncho es bivir asi al sol y ala yubia. Me lo se yo! Y buestro padre que Dios tenga era lo mismo. Sienpre la tierra fué la distracion del.

A mi dios me mate de pie. Tengo dias que ni me asiento a no ser pa las comidas.

Se lebanta el sol, se pone el sol, siempre ai que lidiar en una casa, bendito seha dios.

Quien quie trabajar sienpre topa onde.

Esta semana, senbré reseda, enjerte rosales acode clavos; y tanbien se cojieron simientes y se corto el cesped. Ayer fue pa enjertar de escudo de boton durmiente en algunos rosales y tambien pa las podas bibas á otras que lo precisaban. Bernardo diz quen otoño ande florecer munchas de las tales que mandastes, nunca macuerdo del nombre de las condenas de las rosas.

La guerta este mes tamien es cansa con los riegos. Sea de regar todo por preceto por mañana y noche; despues ai muncho que escardar. Antiayer andamos arrancando patata. Ayer truje unos pocos de onbres pa cojer las simientes tan grande de las abas y de los guisantes como de las azanorias y de las coles. Y oy se senbraron rabanos lechugas chicorias espinacas nabos y diablos.

Emos tenido fresas que es una bendicion. Queria ber si entoavia te mandaba pa ai algunas. Ai pocas, pero encuanto a cualida de comer pedir más seria golleria. Se derriten en la boca lo mismo que turrones de azucar. Ija mía, no sé si la Genoveva te da parte de que el primo Hugo ya se marcho. El ira ai azerte visita. A ora ustes beran como lo rreciben. El es persona de muncha estimacion. Me paece que a el le gusta de estar por aca, que tu ermana, por eso franquezas no las acia. Nunca toavia vi un espiritu asi! mas contrario a ciertas finuras.

No se de donde le bino esto. Buestro padre bien amigo era de tener huespedes, binieran de donde biniesen. Y es como debe ser. Mi madre, y con mas que eramos siete siempre asi nos educo. Y mas pa mi, por que este es pariente. Alla una tema que ella tomo.

Ni yo se como el prometio tornar aquí pa la vendimia. Yo solamente queria que esta muchacha me perdiese aquellos modos. Soberbia no lo es, que a la gente baja es a quien ella mas se umilla.

Buen pago le ban adar! Mis pecados!

¿Yel tal señor bizconde cuando llegará aca? Los cuartos esos ya estan prontos del todo. Tanbien ayer andube con los ojos en eso, que aqui la gente de serbir en dandola suelta no hace sino burradas. Seria bueno que tu pusieras paca un parte, luego que supieses de cierto el dia, por causa de la comida. Sienpre tengo de poner algun plato demas, que esas bocas finas de la corte no se contentan con judias secas.

Escucha, Anacleto te manda munchos rrecuerdos y mas

Maria de las Calabazas. José Travauciñu tambien me pidio que te diera espresiones. ¡Probecillo! Tiene la mujer casi ida con una tisis.

En el pueblo siempre todos preguntan por tí. Fortunato esta todo disgustao por causa de que a su mozo le toco la suerte. Ve si Antero pue acer ai algo. Quien llevo un par de cozes en la cara que la tubo como un pan fue el chico de la Josefina. Estubo mas de cinco semanas en el ospital. Le dio una fiebre que se lo iba comiendo. Toavia esta a sopicaldos. Pero el la berda es que se metio debajo de los pies de la bestia. ¡Baliente animal! Quien tanbien se va pael Brasil es Procopio. La mujer se izo una cabra. El aora lo que quiere es irse de aqui pa fuera, que ella le dejo y se fue a bivir pa el pueblo que es mismamente una lastima.

Mira aber si tu me mandas un poquito de te negro de lo mejor. Y tanbien tal vez no fuese malo que viniese una pizca del verde. El, el vizconde de cual tomará? El té que se vende en el pueblo es una grandisima porquería.

La manteca aora a salido escelente, no las encontrado?

Adios, ija, Dios te de saluz y a tu marido. ¿Fuma muncho entoavia? Eso dicen que no conbiene, que enbenena. La Maria Romana te manda rrecuerdos y la Escolástica tanbien. Tubo aora otro ijo. No lo quería bautizar. Bestias! Es pa darles con un bergajo. Tu ermana andubo metida en el ajo con sus dulzuras. Pa eso con un garrote es con lo que debia conbencerselos. ¡Canalla! Adios, rrica mia. Memorias a Antero.

De tu madre que te estima muncho

FELICIANA.

Ellos en tratandolos con palabritas dulces, aun abusan mas. A cierta gentuza ai que tratarla como a las bestias.

FELICIANA.

* * *

A GENOVEVA MONTAÑA

JUNCAL.—VILLA VERDE.

Lisboa, Agosto.

Mi querida Genoveva:

Tienes razón. Yo no *diquelo* nada de ese estado de alma que me revela tu carta. Lo que me ha parecido siempre es que la vida de aislamiento que llevas acabará por alterarte la salud y hasta el espíritu..... Eso debe ser malo para todo.

Que mamá viva enterrada en el *Juncal*, pase. Nació hija de labradores, crióse en eso, no puede desear otra cosa. ¡Pero tú, que entiendes de agricultura tanto como yo! Y además, con ese decaimiento melancólico y soñador, envejecerás; vas á quedarte en los huesos.

Deseo mucho, mucho, que te vengas ahora conmigo á Cintra. La poesía alpina de las serranías parece mucho mejor, condimentada con la nota alegre que derramó por ella nuestra sociedad elegante, hasta que se desbanda para Cascaes.

Nosotros tenemos intención de estar allá hasta mediados de Setiembre.

Después, aprovecharemos en Cascaes el *chalet* de un amigo de Antero que vendrá aquí este año. No debe perderse.

Te haría mucho bien esta corta *villegiatura;* te daría alma nueva.

Para mí, estar con mucha gente es la vida. Faltándome esta animación, me falta todo.

Deja ahí á mamá hacer sola los honores de la vendimia al ilustre primo Hugo, y ven á ayudarme en las tareas de Cintra

No extrañes el término. La vida es siempre una tarea; ¿no es eso.....? ¡Pero una tarea divertida!

Antero tiene que venir todos los días á Lisboa; y no siempre vuelve á comer á Cintra. En los días en que lo hace, llega tan aplanado por el calor, que quiere acostarse en seguida, y nunca me acompaña á ninguna parte. El, pobrecillo, es condesciente y no se opone á que yo vaya á todas partes. Pero

mi suegra—á causa de las conveniencias, dice ella—es la que se permite hacerme de cuando en cuando algunas observaciones fastidiosas. Ahora, teniendo conmigo á mi hermanita soltera, con obligación de presentarla, de divertirla, Antero no me haría siquiera esos leves reparos que me hace, ni mi suegra encontraría pretexto para cuidarse tanto de las conveniencias, fastidiándome. Te digo esto así, con toda franqueza, para convencerte de que puedes prestarme aquí grandes servicios, aparte del placer de tu compañía, *ça va sans dire.*

A veces, cuando paso la noche fuera, me cuesta trabajo dejar á Antero solo en casa. ¿Pero él también, por qué no hace alguna vez el sacrificio de acompañarme? Es ser egoista. Yo creo que todos los hombres son egoistas; y eso que Antero es quizás de lo mejorcito.

Quedarme en casa para bostezar una velada entera, confieso que me cuesta. Leer ó bordar al pie de un quinqué, con este calor, es una grandísima tontería. ¡Cuán preferible no es el aire fresquísimo de fuera, con la sal de sus *cancans,* que tanto divierten! Además, aquella bobada es inofensiva.... Inofensiva, sí, santa Genoveva mía. Sin exceso de escrúpulos, se dicen liviandades, convengo en ello; pero todo pasa, se olvida pronto, como hojas secas que el viento llevase.

¡Cómo me divierto con todo esto! Quiero absolutamente que vengas. Verás cómo te diviertes entre Pena, Seteaes y Víctor. ¡La vida es tan corta! ¡La juventud pasa tan deprisa! Si no lo aprovechamos todo cuando es tiempo, ¿de qué nos sirve haber vivido? Este año Cintra está *au grand complet.* El Vizconde de Sendim da Beira me aseguró ya que, para fin de mes, sería de los nuestros. Va ahora al Norte sólo por causas de asuntos agrícolas; no se detendrá mucho. Creo que Sendim da Beira está para el Miño ó Traz-os-Montes... Pero no... ¡qué tontería!... Debe ser en la misma Beira.

Estoy muerta por saber la impresión que te hará el Vizconde. De seguro que él no pára ahí más de tres días; pero... con eso basta para atizar un incendio. No te rías. Mira que

tengo gran empeño en esta visita del Vizconde. Las bellas lo traen siempre en palmas. Este invierno se contaron tres muchachas de la *high-life* apasionadas por él. Llámanle por ahí voluble. Probablemente no encontró todavía quien de veras le supiese coger. ¡Si hicieses tú el milagro! Confieso que me pondría radiante. Debía tal vez dejarte la sorpresa. Pero no resisto á la tentación de describirte á grandes trazos al Vizconde. Quizás feo, pero fisonomía insinuante; ni alto ni bajo; aire presuntuoso de suyo, que le cae bien; hasta lo último en la *toilette*, á cualquier hora que le veas; monóculo siempre en ristre, con cierta *pose* petulante que enloquece á las mujeres... Aquí tienes, en la apariencia, *mi hombre*, ó por mejor decir, *el tuyo*.

¿Quieres saber ahora de qué has de hablarle? De todo. El Vizconde es enciclopédico. Puedes variar los asuntos desde el último libro al último figurín, desde el último invento de Edisson hasta la más reciente innovación musical; lo encontrarás siempre al día.

Apostaría que piensa en casarse. Tiene reputación de rico. Ha de ambicionar las comodidades de familia, ahora que ya traspone el período más inquieto de la juventud. Calculo que todavia no tiene los cuarenta años.

Entre paréntesis y confidencialmente—el *empressement* con que aprobó mi proyecto de que, á su paso para el Norte, fuese ahora á conocer á mamá, me hace creer que el Vizconde siente ya una puntita de curiosidad por cierta flor de campo, recatadamente escondida entre el follaje espeso, oculta por completo á ojos civilizados. ¿Por qué admirarse? ¡si yo le hablo siempre de esa planta exótica de mis afectos á él y á todos!

No lleves el caso á mal. Siempre tuve la manía de que este Vizconde, tan de nuestra casa, vendría á ser tratado en ella por el simple nombre de bautismo, Ruy, ¿te gusta?

Aquel invierno que pasaste en Lisboa me cargó enormemente que estuviera él entonces en París. Si os hubieseis encontrado entonces, tal vez se habría realizado ya mi sueño. No

hay como poner la lumbre al pie de la estopa para atizar la llama.

Dices que tengo la manía casamentera. ¡Vaya si la tengo! ¡Nuestra vida, mientras somos solteras, es de una insipidez! No nos divertimos nada. Con el casamiento terminan todas las dificultades. Gózase entonces de la vida. Siéntese lo bueno que es tener juventud. Las mujeres deben casarse.

Además, como no tengo hijos, no ambiciono en ti, para ellos, una tía celibataria, la más consagrada de las tías. Te quiero de preferencia casada con un bueno é inteligente muchacho que, sin fastidiarte mucho, te lleve á abandonar de buen grado esa detestable y antihigiénica vida que haces en la Quinta.

Si lo supiese la mamá, tal vez no me perdonase esta conspiración que solapadamente ando tejiendo. Pero... que tenga santa paciencia. Bien dispuesta como está, con los excelentes criados antiguos que tiene, puede pasarse perfectamente sin ti en el *Juncal*. Para mí, esta es la gran cuestión de tu futuro. Si te viese aquí dirigiendo alegremente un *cotillón* ó revoloteando locamente en un vals, me daría incomparablemente más placer del que ahora siento cuando, al recogerme de madrugada de una *soirée,* me ocurre que estarás á esa hora *gozando* tu paseo matinal, llorando al pie de la aceña, oyendo correr el agua, gorjear los pájaros, etc., etc., etc.

Hermanita mía querida, dirás que soy muy imbécil; que debería, por el contrario, haberte ocultado mis planes respecto del Vizconde y dejarlo ir enteramente á la ventura. ¡Qué quieres! Tuve más fe en este procedimiento. Y, además, las mujeres son pésimas diplomáticas. Lo que quieren y lo que sienten se les viene siempre á la boca.

A mamá, ni pizca de todo esto. Le dirás simplemente que no dejaré de mandar el telegrama que desea, y que el Vizconde, como toda persona de gusto, toma té negro. Va hoy la provisión que ella me pidió.

Sería bueno que tu Hugo Santa Ana se despachase á hacer

la visita cuanto antes. Además, se arriesga á encontrar la casa cerrada. Huyo para la frescura de Cintra apenas Antero dé la voz de partida. Querría que fuese ya hoy.

No sé por qué, me está cargando este primo que ahora me sale del Curso Superior de Letras. ¿Presentiré en él un rival encapotado para mi pobre Vizconde? No te fíes de literatos. Es bueno estar á pie firme con esa gente. Traficando con sentimientos que ponen en letra redonda, bien pueden dejar de ser leales en la vida real. Yo encuentro que los escritores son una especie de actores.

Las contradicciones de que viene llena tu carta me dan algún sobresalto: gustar y no gustar del primo, sentir alivio con su partida y dar expansión á ese alivio en lágrimas lloradas junto á la aceña, etc., etc.; todo esto me parece alarmante.....

Mi querida Genoveva, el caso es muy serio. Si te sientes en peligro de sacrificarte á una novela ridículamente sentimental y sin porvenir, huye cuanto antes. Deja todo, mamá, aceña, soledades alpinas, arreboles de madrugada, burritos gentiles que las madres amamantan bucólicamente, y ven en seguida para Cintra á jugar al *tennis* y á dar hermosos paseos por la sierra, en las que yo montaré el caballo de Antero y tú uno de los del Vizconde, mientras él, jinete en otro, nos servirá de escudero, muy á su contento, quiero creer. En ellos te irá divirtiendo el espíritu mordaz, verdaderamente parisiense, con que el Vizconde diseca los más intrincados casos de cierta sociedad bastante *plaquée* que por ahí se deja ver. Yo río siempre cuando tiene la palabra.

¿Sabes de lo que se ha hablado muchísimo este invierno? De una novela de Teresa R. con Ricardo V. El le hace una corte escandalosa en las propias narices del marido, que parece no darse por enterado. Ella, ya se ve, lo acoge; pero aseguro que sin la menor intención de pasar de un mero capricho de salón, de un sencillo é inocente galanteo. Teresa, después de todo, es una excelente muchacha. La sociedad, según costumbre, es la que va más lejos en sus juicios temerarios. Se cuen-

tan ya cosas graves; se murmura á más no poder. Por mucho que no se quiera tomar parte en la maledicencia general, no hay otro remedio que oir. Tomar una defensa acalorada, tiene sus peligros. ¿Sabes lo que á este respecto dice el baron de P.? Que toda mujer que sale calurosamente á defender á otra es, por lo menos, tan culpable como ella, y por eso procura *cultivar* la indulgencia social. ¿Qué tal encuentras esta teoría? ¿Te parece una enormidad? Pues estoy en que, para la mayoría de los casos, el barón habla con sabiduría.

Voy á escribir á mamá para convencerla de lo bien que te hará venir á estar con nosotros en Cintra. Ayudándome ella, tal vez se pueda vencer mejor esa tu obstinación bucólica.

¿Qué lees?

Antero me trajo hace días el último libro de Zola, *Au Bonheur des Dames*. Luego que lo acabe, te lo mando. Leí hoy más de la mitad; te ha de gustar. En lo descriptivo es cargante, pero no deja de tener algún interés, ¿sabes? Es de una inocencia angelical. Mme. de Witt y la condesa de Segur no le levan ventaja. *Ni la vertu va-t-elle se nicher!*... Bastante insípido, en fin...

También leí ahora *Madame Bowary*, de Flaubert. Me la prestó Luisita Antúnez. Es una novela interesantísima. Antero, al principio, no quería dejármela leer. Por fin cedió. Pobrecillo, siempre cede. Y el libro, realmente, no tiene nada muy malo. Peor mil veces es lo que oimos en el teatro, sobre todo en el teatro francés, como el invierno pasado. Allí sí que hay crudezas. Pero, después de cierta edad, esas cosas no hacen impresión. Pasados los veinte años, nuestra razón está formada.

Estaba avergonzada de no conocer á Flaubert, ¿sabes? Desde que es moda que las mujeres lean novelas, se pone una cara muy idiota cuando hay que confesar que no se leyó, por lo menos, una obra de cada novelista de fama.

Me apena tener tan poca memoria! Conozco muchachas que, sabiendo poquísimo, hacen un gran papel en los salones,

auxiliadas solamente por la memoria. Las Mendozas son de estas. ¡Y mira como todos las llaman espirituales!

¡Qué tamaño de carta! Cuando te escribo me olvido de todo.

¿Quieres que te mande la *Bowary*?

Dime francamente tu primera impresión del vizconde. Yo, por presentimiento, cuento con el *coup de fondee*.—Tu

LAURA.

¿Sabes que Mimi Fonseca se resolvió por fin á aceptar á Juan de M.? Parece que se casan á principio de invierno. La familia está radiante. El novio, riquísimo, como sabes. Antero dice que fue toda la vida un disipador de la peor especie, dado á actrices, etc. Pero los hombres sosiegan á veces con el casamiento. Tal vez lleguen á ser muy felices.

CAÏEL.

(*Continuará.*)

DOMINACIÓN Y GUERRAS DE ESPAÑA

EN LOS PAÍSES BAJOS

MOTÍN DE LAS TROPAS ESPAÑOLAS

Germinaba en el seno del ejército español la semilla de la rebeldía, cuya existencia dió á conocer el motín de Harlem. No destruída por completo allí, puesto que con harto trabajo pudo hacerse una parte del pagamento, y fomentada por las contemporizaciones á que obligaban los nuevos atrasos, otra vez manifestaba su resistencia en las calles de Amsterdam y en los arrabales de Utrech, sin que lograra concluir con ella el enérgico Duque de Alba, cuyo prestigio era tan grande entre los soldados. Ahora, el estado de cosas, con ser más grave, era también más difícil de dominar, porque, á favor de aquellas contemporizaciones, la indisciplina había tomado tales vuelos, que rayaba en el desenfreno, y para reducirla carecía el Comendador Requesens del ascendiente y de la energía del Duque, sobre hallarse tan aislado en el país como éste. Críticas muy duras se han hecho de esta falta de energía; pero quien recuerde la forma en que el Duque tuvo que huir de su alojamiento de Amsterdam, comprenderá que la situación del Comendador, con ser más apurada, no ofrecía mejores salidas. Sobre todo, el dilema planteado era muy grave, porque el ejército católico, indisciplinado ó no, era el

verdadero baluarte de nuestra dominación. Los elementos nacionales, aun obrando con sinceridad, no podían constituir una seria garantía, porque su tendencia principal iba encaminada á sacudir una tutela que les era odiosa. Por manera, que el Gobernador español hallábase colocado entre la sedición armada y la hostilidad más ó menos encubierta. Puesto en este dilema, Alba lo resolvía sacando del país, por la fuerza de las armas, los últimos recursos, por más que el país se hallara muy esquilmado. Requesens, que era la personificación de una política de templanza, hallábase *atado de manos* para tomar resoluciones que, sobre ser extrañas, no estaban justificadas. Es más; el escandaloso motín que iba á estallar en el mismo campo de Moock, propagándose hasta las fronteras de Holanda y llevando á la opulenta Amberes los horrores de la licencia militar, iba á justificar las demandas de los flamencos que, no satisfechos ya con las concesiones del Rey, pedían la marcha de los soldados españoles.

La noche misma de la batalla de Moock, sobre el campo en que acaba de lograrse triunfo tan brillante, los tercios españoles, en los que la indisciplina no se había repuesto del todo desde los sucesos de Harlem y Alckmaer, se declararon en rebeldía. Los primeros actos fueron despedir á sus capitanes, despedazar sus banderas y nombrar un *Electo*. Una parte de los tercios fué aquella misma noche á colocarse en el arrabal de Grave, la otra permaneció en el campo. A la mañana siguiente se juntaron todos en Grave, y allí platicaron con Sancho Dávila. A lo que parece, el propósito de amotinarse estaba hecho antes del combate. Defirieron su ejecución, porque, según Mendoza, *esta era la costumbre de la nación española,* costumbre diferente de las demás, en que éstas exigen el pago «antes del pelear y al tiempo de venir á las manos con el enemigo.» Por desgracia para los caudillos españoles, en esta ocasión sólo pudieron darles buenas palabras. Oídas y desoídas éstas, los amotinados, con su Electo á la cabeza, emprendieron el camino de Amberes, resueltos á sacar de la

opulenta villa lo que buenamente no podían de sus jefes. El peligro era gravísimo. Pero aumentaba su gravedad la propagación del motín en el resto de las tropas que guarnecían el Brabante y Holanda. Los altos y bajos alemanes que se hallaban en tierra holandesa disponíanse á abandonar los diques y fuertes que defendían. Los españoles que presidiaban á Utrech no querían regresar á Holanda. Requesens, falto de dinero, no acertaba á encontrar remedio á la situación, y acudía en vano á los principales mercaderes ambereses. Todo parecía conjurarse contra nuestra dominación en los precisos momentos en que podía recogerse el fruto de una victoria tan brillante como la conseguida en las márgenes del Mosa. Y este fruto estaba totalmente perdido. *Tam prosperae victoriae fructum atrox Hispanorum seditio plane perdidit*, dice sentenciosamente Strada. Si algo faltaba para hacer odiosa la dominación española, ese algo lo procuró la indisciplina. Y esa indisciplina sacó á la superficie los elementos nocivos que encerraba nuestra milicia: desorden administrativo, inmoralidad en la gestión económica, codicia sin freno, violencias y osadía nunca vistas.

Guarnecida la populosa Amberes por cuatro compañías valonas y cuatro de alemanes al mando de Federico Perrenot, señor de Champagney, no bien éste tuvo aviso del motín y avance de los españoles, mandó cerrar las principales puertas de la ciudad y púsose al habla con el gobernador de la ciudadela, cuya guarnición no ofrecía, por desgracia, garantía de prestarle apoyo alguno. Seguidamente ordenó á los valones que vigilaran desde las murallas las inmediaciones de la ciudadela. Pero tales medidas no dieron resultado. En la mañana del 22 de Abril de 1574, Sancho Dávila, seguido de una compañía de arcabuceros, entró en la fortaleza. El resto de las tropas amotinadas debía llegar pocos días después. Ya estaba avisado de estas novedades Requesens, que el 24 trasladóse á Amberes creído de que con su presencia impediría la entrada de los sediciosos en la ciudad. Mas tales estaban los ánimos,

que Chapin Vitelli advirtió al Comendador que difícilmente lo recibiría en la ciudadela la guarnición. Empero el peligro aumentaba por momentos. Los habitantes temían que la ciudad fuese entregada al saqueo; Champagney pedía inútilmente que se le permitiera abrir trincheras en el espacio que mediaba entre aquella y la ciudadela. Requesens, cada vez más dudoso, limitábase por una parte á despachar á Sancho Dávila al encuentro de los rebeldes para disuadirles con buenas palabras, y por otra á prohibir que los valones tomaran la ofensiva, encargando á su jefe que se trasladara á la Casa Consistorial y pidiera al Magistrado un préstamo de 200.000 escudos. En estos pasos y vacilaciones llegaron al glasis de la ciudadela los sediciosos con Dávila á la cabeza. Ni del castillo ni de las murallas fueron hostilizados, puesto que si bien Champagney, desobedeciendo al Comendador, quiso atacar, prohibióselo Requesens, y gracias á la debilidad de éste, los españoles se establecieron en el espacio que mediaba entre las murallas y el castillo, mientras que los valones se retiraban de sus puestos. Confiaba el segundo en que podría ganar con esto algunas horas, pues los españoles mandáronle á decir que platicarían con él tan pronto se les incorporasen las tropas de retaguardia. Pero no fue así. Tomadas todas sus medidas, los sediciosos, sin más espera, se pusieron en movimiento y entraron en Amberes dando grandes voces de: *Dinero, y fuera valones*. La cifra de estos sería de dos á tres mil.

Iba á comenzar para el Gran Comendador un verdadero calvario del que no podían salir bien librados su prestigio personal ni su autoridad. Retiradas las fuerzas valonas á la ciudad nueva, y dueñas de la casa hanseática, en la que se hicieron fuertes, los sediciosos dirigiéronse á la casa alojamiento de Requesens, lanzando imprecaciones y amenazas. Ya estaba prevenido el Comendador, y montando á caballo, seguido de Sancho Dávila, fué á colocarse entre los amotinados, á los que dirigió un discurso elocuente y sentido. Puso ante su vista la enormidad de la falta cometida, sobre todo en las circunstan-

cias por que estaban atravesando, cuando podía tocarse el resultado de las victorias conseguidas; el agravio hecho á Dios y al Rey, el deshonor arrojado sobre la nación y la alegría que esto causaba al enemigo. Representóles el estado en que había encontrado al país, cuantos sacrificios hiciera para saldar sus atrasos, y las dificultades con que tropezaba. Añadió que no podían haber elegido peor camino para conseguir su objeto que la marcha sobre Amberes, pues esto le quitaba á él fuerza para conseguir recursos. Citóles el ejemplo de otras *naciones*, á las que se debía más que á ellos. Y, por último, trató de persuadirles de la conveniencia de salir de la ciudad y alojarse en los arrabales, donde se les daría satisfacción, presentadas que fueran sus cuentas, y con ella el perdón de lo pasado (1). Hecho este discurso, Requesens pasó cuatro veces por entre filas hablando á los soldados; empero sólo consiguió de ellos grandes reverencias y ninguna satisfacción. Los gritos de *Dinero y fuera valones*, no cesaban.

Pero el desorden tomó por momentos mayores vuelos. Apenas se despidió el Comendador dirigiéronse al mercado, ocuparon la Casa Consistorial y entraron por grupos en las vecinas, haciéndose servir y regalar como grandes señores. En seguida comenzaron las requisas y exacciones. Nadie se libraba de ellas, aunque fuera eclesiástico ó afecto á España. El *Electo* tuvo la osadía de aposentarse en la casa frontera á la de Requesens. En su desvergüenza llegaban al extremo de dar gritos contra el mismo Comendador. Débil éste, y cada vez más indeciso, ni se atrevía á seguir los consejos de Champagney, que, dueño de la villa nueva, y apoyado por las naves artilladas del Escalda y la burguesía de Amberes se ofrecía á Requesens para conseguir la evacuación de Amberes por los sediciosos, ni tampoco tenía el necesario arrojo para sostener á los únicos que en Amberes representaban la autoridad y la disciplina. A todo esto, los amotinados pedían que en el plazo

(1) *Correspondencia de Felipe II*, tomo III, págs. 56 á 58.

de veinticuatro horas salieran Champagney y los valones de la ciudad, los alemanes dejaban solos á los valones, y los españoles amenazaban con atacar á éstos, caso de que no se retiraran. Todavía se resistía su jefe, pero una orden escrita del Comendador puso término á esta resistencia. Vitelli, que fue portador de la orden, dijo á Champagney que era necesario conservar á los españoles por ser la mejor gente de guerra de que disponía el Rey, y que, por lo demás, el Comendador libraría muy pronto de ellos la ciudad. Con esto retiráronse los valones á Eeckeren y Wilmarsdonck, y quedaron los españoles dueños y señores de la segunda capital de Flandes.

Cuanto de más venal y corrompido encerraba el cuerpo de nuestra milicia, salió entonces á la luz. El motín se constituyó en toda regla. Púsose guardia á las puertas de la ciudad, arrebatáronse las llaves á los magistrados, invadiéronse casas y cuarteles, convirtiéndose la más dura exigencia en ley, y en costumbre el atropello. Sobre 500 españoles procedentes de Holanda y 400 valones españolizados, con más todos los bribones y *churrilleros* del país acudieron á la presa. El terror era tal, que todos los negocios se hallaban paralizados, suspendidos los giros, interrumpida la llegada de comestibles. Nada importaba ya el enemigo. Los sediciosos declararon que aunque Orange se presentara á las puertas de Amberes, no por eso saldrían de la ciudad, y al hablarles del arreglo añadieron que no sólo querían todos sus atrasos, sino lo que se debía á los muertos, conforme á su postrera voluntad consignada en testamento. En balde les propuso Vitelli que se les pagaría diez meses en metálico y cinco en telas de seda, lana ó lienzo. Contestáronle que *todo dinero y nada de palabras*. Ni las promesas ni las súplicas de su mismo Electo les convencían. Lejos de ello, pusiéronse á recorrer las calles, rompiendo puertas y ventanas, disparando las armas y dando voces de muerte. El atribulado Requesens, sin fuerza ni prestigio para dominar aquel tumulto, aprovechóse del terror sembrado por los sediciosos, pidiendo prestado á la ciudad 400.000 escudos, para los

que ofrecía en garantía no sólo toda su vajilla, sino su misma persona y la de sus allegados. Resignáronse los burgueses, y Sancho Dávila hizo de nuevo á los soldados la oferta de cinco pagas en telas y diez en dinero, oferta que esta vez fue aceptada. Entonces un jesuíta les hizo una plática, que á juzgar por los resultados, sirvió de poco ó nada, y por el momento retiráronse tranquilos á sus alojamientos.

Tenía aquel motín, como la hidra, cien cabezas, porque sus raíces estaban tanto ó más en la necesidad que en la corrupción. El 2 de Mayo pasóse *muestra* á las tropas para formalizar las cuentas, y ya este acto contrarió vivamente á los capitanes, alféreces y sargentos que en Lierre esperaban el desenlace de tan graves sucesos. Quejábanse de que las listas mandadas por ellos fuesen intervenidas por los mandatarios de los soldados. Amenazaban también al Comendador con la dimisión. Contestóles éste que obraran de otra suerte, pues de no poner enmienda, podían perder el mando y quizás la vida, y dióles orden de presentarse en Amberes, ganoso sin duda de que contribuyeran á lograr el acomodo. Mas por desgracia no pudo llegarse á éste. El 8 de Mayo, Requesens, que había ordenado ya la revisión de las cuentas, se encontraba sin el completo de la suma necesaria para hacer el pagamento. Vióse, pues, en la triste precisión de declararlo así, y entonces el furor de los soldados no tuvo límites ni freno. Persuadidos de que los oficiales obraban de acuerdo con el Comendador, dieron un bando obligándoles á salir de la ciudad en el término de una hora, rompieron á mosquetazos la puerta del alojamiento de Julián Romero y exigieron que tan sólo los *alféreces* intervinieran en la formalización de las cuentas. Al siguiente día se amotinó la guarnición de la ciudadela, espectadora indiferente de los sucesos, aunque simpática á los sediciosos, «alteración—dice Mendoza—que jamás ha hecho la nación española, hallándose en castillo, por muchas pagas que se le debiesen»; y aunque esta sedición se sofocó gracias á la energía del alférez Salvatierra, que hizo justicia por su mano en

las cabezas de motín, en la ciudad continuaba con más fuerza que nunca, sin que bastara á calmar los ánimos el reparto de telas que comenzó á efectuarse el día 11 de Mayo. Nuevamente el Comendador trató de arengar á los soldados é hizo repartir entre ellos un papel en el que, á vueltas de promesas y amenazas, les pedía otro plazo para el pago. Fueron inútiles palabras y papeles. Por débil y contemporizador arrojaron al Electo, sustituyéndole con otro que, á juzgar por sus obras, «era el hombre más malo que había en la tierra.» Cuanto á Requesens, llegaron al extremo de amenazarle con la expulsión y de proferir esta amenaza bajo las ventanas de su residencia; ¡tan poco valía ya su autoridad! Por no sacrificar aquellos soldados, «cuya arcabucería era la mejor del mundo», corría el peligro grave de que se hundiera toda la máquina militar, asentada sobre base tan movediza y deleznable. Ya los ecos del motín repercutían en Holanda entre los alemanes que guarnecían á Harlem y que trataban de efectuar en esta villa lo que los españoles en Amberes, ya se recibían de otros presidios noticias no menos amenazadoras. Requesens, entre airado y abatido, busca en balde los recursos. «No hay mercader ni hombre de negocios—escribía al monarca—que no se encarezca en esta ocasión para hacer su negocio; de manera que se puede decir que no hay nadie que no esté amotinado, *cada uno por su camino*» (1). Con grandes súplicas logra obtener por fin de los de la villa, con enorme interés, 200.000 escudos, en cuya suma están comprendidos los 50.000 ofrecidos por las naciones y toda su vajilla, para dar con esto *ejemplo y ánimo á los demás*. Mas el reunir esta suma cuesta no pocos trabajos, y Requesens teme que, aun alcanzada, los amotinados se nieguen á salir de Amberes. Teme que no saqueen é incendien la villa, se apoderen del castillo y lo entreguen al enemigo, ofreciéndole al mismo tiempo sus servicios; teme y se aflige porque estos soldados son los mejores del Rey

(1) *Correspondencia de Felipe II*, tomo III, pág. 88.

y con ellos puede pelearse uno contra diez. Pero no le inspira menos alarmas el sublevar la villa y el país entero contra ellos, porque esto traería consecuencias funestísimas á la causa del monarca, ya que estos soldados dicen públicamente que Francia y otros países considerarían dichosos con tenerlos, que no les importaría servir á Orange, etc.... Las noticias que recibe de Harlem no le preocupan menos. Los alemanes de la guarnición de Utrech se han negado á salir para Holanda, los de Harlem no han querido hacerlo para la expedición confiada al coronel Verdugo. La indisciplina comienza á cundir entre los valones, algunas de cuyas compañías están sublevadas y cometen toda clase de excesos... Todos estos detalles, entresacados de la correspondencia de Requesens á Felipe II, pintan con sus verdaderos colores la situación de los Países Bajos en Mayo de 1574. ¡Triste y terrible situación en verdad! Con dominarla, todavía quedaba manando sangre la profunda herida, ó por mejor decir, el cáncer del motín.

Apremiado por el peligro y la necesidad, Requesens hubo de pasar por todo. Convínose en que los soldados recibieran sobre su sueldo veinte ducados por cada testamento (su número ascendía á más de 1.500, *en su mayor parte falsos*), pero á condición de que esperasen tres meses, *á lo más,* el pago del resto de lo adeudado, y de que renunciasen á las extravagantes peticiones de garantía hechas por ellos. Contentáronse con la firma del Comendador y el juramento público que ofreció hacer después de oída una misa en la Catedral, juramento que también debían prestar Dávila, Vitelli, Jerónimo de Roda y Sancho de Vargas. Concluyóse este acomodo el 21 de Mayo, pero hasta el 31 no quedó todo terminado, porque todavía el 23, á punto de trasladarse el Comendador á la Catedral, corrió entre los soldados la voz de que no se prestase el juramento hasta haber recibido el completo de la deuda. Fue preciso negociar otra vez, pasando por nuevas humillaciones. Sin embargo, el peligro era gravísimo. El nuevo Electo había amenazado con el saqueo de la villa; ésta se hallaba llena

de ingleses y gente sospechosa, porque los amotinados no habían impedido á nadie la entrada; hasta dudábase del mismo Embajador de Francia, que por aquellos días trasladóse de Bruselas á la ciudad del Escalda. Por todos estos motivos no pudo ya demorarse el pago, que comenzó en definitiva el 27. El día 30 de Mayo trasladóse Requesens á la Catedral para prestar el juramento ofrecido. No se lo permitieron los soldados, contentándose con su palabra, porque, según ellos, del juramento podía ser absuelto, y con la palabra de honor quedaba fuertemente obligado. Requesens ordenó, acto seguido, que se reunieran los maestres de campo y alféreces. Hablóles acerca del estado de las cosas, ordenóles que no hicieran cargo alguno á los soldados, y les encareció la necesidad de procurar por el restablecimiento de la disciplina (1). Acto seguido hizo arbolar las banderas. Los tercios españoles, puestos á las órdenes de Julián Romero, Maestre de campo de acreditada severidad, salieron el 5 de Junio de la ciudad, y con esto terminó el famoso motín, preliminar tan sólo de otros sucesos más tristes y de más resonancia que habían de tener los mismos actores y teatro. Hablando de él Mendoza, dice lo siguiente: «Ataron las manos del Comendador, de suerte que no pudo aprovecharse de la gente que tenía levantada ni darle forma de ejército con que ejecutar las empresas que deseaba hacer acometiendo con su ejército á tres partes, sin perder el buen tiempo del campear ni la ocasión de la batalla ganada, que se aguó, atrasando grandemente la reducción de los Estados...» No fue esto lo peor, sino el quebranto de la autoridad del Rey

(1) Los citados capitanes—dice Requesens en carta al Rey de fecha 12 de Junio—estaban muy descontentos de que se hubieran pasado la muestra y ajustado las cuentas con los soldados sin su intervención; habían visto con desagrado que no se les permitiese ya robar como lo hicieran hasta entonces. Por lo tanto, manifestaron al Comendador que, en atención á las circunstancias, permanecerían al frente de sus compañías hasta el mes de Setiembre; pero que, pasada esta época, sólo servirían en clase de soldados particulares. Requesens estuvo tentado de admitir su dimisión en el acto, y se abstuvo, creyendo más prudente el disimular. *(Correspondencia*, t. III, pág. 97.)

en la persona de su representante en los Países Bajos. Desde aquel punto y hora vieron los naturales que éste carecía de fuerza para amparar su derecho, para garantir su propia persona. El hombre y el sistema resultaban débiles, al extremo de preguntarse los mismos católicos partidarios de España si no eran preferibles á ellos Guillermo de Orange y sus soldados. ¿Qué más podían exigirles éstos? Requesens, sobre todo, quedó en una situación en alto grado desairada. Mal visto por el país, poco respetado por los soldados, desatendido por el Rey, vino por distintos caminos á ser tan odioso al país como el Duque de Alba. Cuando á la vuelta de inútiles ensayos de conciliación fracasó ésta, pudo Felipe II convencerse de que el problema de los Países Bajos requería soluciones más radicales.

Mas por de pronto, iba á ensayarse la nueva política simbolizada por Requesens. Ya estaban convocados los Estados generales de los Países Bajos para tratar de la cuestión de subsidios y servicios, cuando los sucesos de Amberes obligaron al Comendador á trasladarse á esta ciudad. Cuando regresó á Bruselas, su primer cuidado fue la solemne publicación del perdón general (6 de Junio), perdón que se hacía extensivo á cuantos hubiesen tomado parte en la rebeldía desde 1556, y que no ofrecía otras excepciones que las de los cabezas de esta rebeldía, propagadores y apóstatas. Acto tardío éste, en poco ni en mucho influyó en mejorar el estado de cosas, y otro tanto ocurrió con las declaraciones que hizo Requesens en nombre del Rey en la Asamblea de los Estados. Eran éstas, sin embargo, importantes, porque el monarca suprimía definitiva é irrevocablemente el *décimo* y el *vigésimo* á condición de que los Estados le pagaran, durante seis años, dos millones anuales, y además abolía el odioso Tribunal de los Tumultos; dos motivos serios que hasta entonces sirvieran de pretexto á los rebelados. Pero como desde la convocatoria de los Estados en 30 de Abril, hasta la reunión de éstos, el 5 de Junio, trascurrieron los aciagos días del motín de Amberes, y el Comendador se halló separado del Gobierno, este lapso de tiempo

ocasionó una nueva contrariedad, que fue la reunión privada de los Diputados y la discusión y aprobación de ciertas representaciones preparadas por los del Brabante, en las que, anticipándose á todas las concesiones del Rey, pedíase que los extranjeros fueran separados del Gobierno y de la milicia, que el dinero procedente de las *ayudas* se administrara por comisionados y recaudadores flamencos, que se pusiera coto á los desmanes de la gente de guerra, fueran restablecidos los antiguos privilegios, y volviera todo al ser y estado que en los tiempos de María de Hungría. Solicitaban además, la presencia del Rey, y advertían á su Gobernador, que los últimos sucesos habían contristado tanto á los leales, como en valentonado á los enemigos.

Aceptó Requesens la representación de los Estados, mas por de pronto, exigió por separado, de cada provincia, la cuota proporcional en el subsidio pedido, y su pago sin dilación alguna; premura justificada, no sólo por la precaria situación del ejército en Flandes, sino por los peligros que amenazaban por el costado de Francia; pero los Estados no sólo demostraron escaso deseo de servir al Rey, sino que opusieron al pago buen número de obstáculos, ya protestando de la dureza con que se aplicaban los *placartes*, ya de que los extranjeros ocuparan cargos provinciales, ya, en fin, declarando ser lo más conveniente una nueva reunión para tratar del acomodo con los rebeldes. En el fondo de todo ello dibujábase bien á las claras el propósito de expulsar á los españoles de los Países, y esto era lo que irritaba á Requesens, harto amargado por las funestas consecuencias del motín. El 27 de Junio escribía al Rey que hasta esta fecha, ningún hereje, ninguno de los que hicieron armas, ni de las villas rebeladas habían intentado la reconciliación. A fines de Julio era general el descontento, y tan activa la propaganda contra España, que se provocaba á flamencos y brabantinos á la lucha armada. La situación de Requesens era dificilísima. De una parte — decía — el país no puede conservarse por la fuerza, sin

número respetable de tropas, y falta dinero para pagarlas; de otra, la insolencia del enemigo es un obstáculo para que se adopten medios conciliatorios. Tal era el dilema, dilema que no pudo resolver el Comendador, por la sencilla razón de que sus dos términos estaban limitados por una sola negación.

Mas ya que no lograra hallar fácil salida á situación tan angustiosa, recurrió á un expediente intermedio, que fue, de un lado, apretar la reducción de las villas de Holanda, Leyden en primer lugar; de otro, autorizar negociaciones más ó menos indirectas con Guillermo de Orange. Estas negociaciones, á que se hizo referencia en otro capítulo, y que tuvieron por mediadores á Marnix de Santa Aldegunda y á Noircarmes, habían sido objeto desde Marzo de 1574 de una consulta con el Rey; empero, poco ó nada podía esperarse de ellas desde el momento en que á la tenacidad de éste oponíase la astucia del Príncipe de Orange. Para Guillermo tratábase tan sólo de ganar tiempo, puesto que su doble juego consistía en dar oídos á toda demanda, y en ampararse con la autoridad de los Estados holandeses, hábilmente manejados por él. Felipe, en cambio, aceptábalas de buena fe, aunque con la eterna salvedad del respeto á la religión.

«Y no será menester advertiros,—decía á Requesens— que si se llegara á tratar de algún medio, no se ha de dar oídos á cosa que toque en menoscabo de alguna de las de nuestra santa fe católica, porque jamás verné en que en estas haya un punto de quiebra, *aunque se pierdan los Estados*; y con ella también se ha de tener en cuenta que conviene con mi autoridad, reputación y soberanía.....» En las mismas ideas abundaba Requesens, quien escribía al monarca que «si no se aventuraba en buscar *otro camino*, *sino el perder los Estados*, fuera de opinión que se hiciera, pero viendo que con ellos se acaba de perder la religión en estos paises..., me fuerza á parescerme que se ataje este daño por cualquier vía.» Menos preocupados que estos dos personajes, los prelados flamencos pedían que se dulcificaran los placartes, y tampoco faltaban

Abades y Obispos que ponían en tela de juicio si sería preferible para ellos vivir sometidos á los herejes que á los católicos. Pero las negociaciones con el Príncipe de Orange, aunque de un modo indirecto, llegaron á establecerse. Basáronse sólo en las dos condiciones antes expuestas: mantenimiento de la religión y de la autoridad real. Hechas estas salvedades, en todo lo demás el monarca llegaría á un acomodo, para lo cual invitábase á Orange á una conferencia en territorio liejés entre diputados de su partido y señores leales al monarca. Empero los designios de Orange eran muy otros. Contentóse por de pronto con protestar de sus buenos deseos y aun de su fidelidad al Rey; mas con advertir que en lo de la conferencia debían entender los Estados, añadió que era de esperar temieran por la seguridad de sus representantes, y que además el acto resultaba atentatorio á la dignidad del monarca, por razón «de haber capitulado engañosamente con sus súbditos.» Aparte de esto, el Rey conocía de sobra el estado del país para acudir *motu propio* á su remedio con un edicto en el que diera á las provincias las garantías necesarias. Todavía mediaron algunas contestaciones entre el mediador por parte de Requesens y el Príncipe de Orange; pero en suma, cuando éste por los argumentos de aquél, vióse obligado á transigir tocante á la conferencia, aún se encerró en el argumento relativo á la *fe nueva*, que según él debía conservarse en Holanda y Zelanda, dejando la antigua á las provincias no rebeladas. Con decir esto, huelga añadir que ni esta negociación ni otra entablada por medio de Marnix de Santa Aldegunda dieron resultado alguno. En la segunda, Orange declaró que era imposible trato alguno si antes no salían los españoles de los Estados, en los que constituían un peligro constante y un sobresalto permanente. Y como argumento indestructible, presentaba el hecho de que la Duquesa de Parma logró pacificar las provincias empleando sólo á los naturales, y el de que la rebeldía de las provincias holandesas y zelandesas fue contra los españoles y no contra el Rey. Era este un pretexto que

por fuerza había de ser altamente simpático á los Países, puesto que lo justificaban los sucesos de Amberes. Es más, el mismo Champagney, que tomó parte directa en esta segunda negociación, creía de urgente necesidad la salida de los españoles, ya que en Holanda en vez de servir al monarca, sólo ocasionaban trastornos y desórdenes. Pero Requesens se negó en absoluto á ello. Y aunque los Estados holandeses llegaron por último á solicitarlo como medio de una reconciliación general, sin hacer las obligadas salvedades respecto á la libertad de conciencia, el hecho es que no pudo llegarse á un acuerdo y que por el momento las negociaciones quedaron rotas. No se llevaron, es cierto, con gran habilidad, y si hemos de juzgar por las cartas de Requesens, agitábase éste en el vacío, siendo las soluciones propuestas tan poco fundadas, como erróneos los cálculos relativos á la pacificación. Error no menos grave fue el canje efectuado pocos meses después entre Marnix de Santa Aldegunda y el coronel Mondragón, pese á los avisos de Champagney y á los antecedentes personales de Marnix, porque el apóstol cobarde de la Reforma, apenas recobrada la libertad, fue el enemigo más encarnizado de España. Inquieto, vacilante y esperanzado algunas veces con esperanzas vanas, Requesens no hallaba soluciones á un problema planteado en la forma más clara para España. Entre tanto el país iba hundiéndose en la ruína. El ejército, minado por la indisciplina, aniquilándose de día en día. El sitio de Leyden, no menos célebre, aunque para él más funesto que el de Hardem, iba á ocasionarle un rudísimo descalabro. En tres meses, este ejército llevaba perdidos en los pantanos holandeses más de setecientos cañones. El crédito de los Generales había mermado mucho á la vuelta de sediciones y desastres. Y el gran Comendador fracasado en sus medidas de clemencia, pues el perdón no había producido efecto alguno, encontrábase al promediar el año 1574 en situación tan crítica como desairada.

FRANCISCO BARADO.

POETAS AMERICANOS

DOS SONETOS

A veces nuestros labios, como locas
Mariposas de amor, se perseguían;
Los tuyos de los míos siempre huían
Y siempre se juntaban nuestras bocas.
Los míos murmuraban: «¡Me provocas!»
Los tuyos: «¡Me amedrentas!» respondían;
Y aunque siempre á la fuga se atenían
Las veces que jugaron fueron pocas.
Recuerdo que una tarde, la querella
En el jardín llevando hasta el exceso,
quisiste huir; que, por mi buena estrella,
En una rosa el faldellín fue preso;
Y que después besé la rosa aquella
Por haberme ayudado á darte un beso.

***

Bañada en la fatal melancolía,
Do te sumió tu mal, por mis amores,
Me pediste una tarde las mejores
Rojas gardenias que en el huerto había.
Y cuando, enamorado, te traía,

Como una ofrenda á tu querer, las flores,
Huyeron, enlazados, tus colores
Con las sonrisas últimas del día.....
Vencida á tu pesar, pálida y triste,
Las purpurinas flores recibiste;
Y cuando, loco por calmar tus males,
Pinté mi amor con la pasión más pura,
De tu balcón una lechuza obscura
Vino á golpear, graznando, los cristales.....

MANUEL UGARTE.
Argentino.

***

EL CURA DE ALDEA

Junto á un peñón agreste y solitario,
En el grupo de chozas que rodea
La enhiesta cruz del viejo campanario,
Vive feliz el cura de la aldea.
Discípulo del Mártir del Calvario,
Su misión es de paz: ¡bendito sea!
Lleva afanoso el pan al proletario
Y alienta, con amor, al que flaquea.
Noble guardián del templo y la cabaña,
Comparte con el huérfano su duelo
Y á Dios, en su abandono, lo acompaña.
¡Misionero de amor! es en el suelo
Nuevo Moisés que habita la montaña
Celebrando la alianza con el cielo.

REMIGIO ROMERO LEÓN,
Ecuatoriano.

Cuenca, 1899.

EL ARTE

Pláceme, oh Byron, recorrer contigo
El carmen de la inglesa poesía,
Y gozar de tu oceánica armonía
Sobre el Océano inmenso y sin testigo.
Mas si en el haza de tu obra espigo
Al punto se conturba mi alegría:
Cuán breves triunfos ilumina el día
Y de cuántas derrotas es testigo.....
Potro es el Arte, y para ser domado
Golpes que enfrenen y dominen quiere
La inquietud arterial que lo caldea.....
Luego aplana su lomo codiciado
Y al domador, que de delicia muere,
Ante el concurso universal pasea.....

Francisco Soto y Calvo.
Argentino.

POLITICA PEDAGÓGICA

I

Ante las varias manifestaciones que en estos últimos tiempos, sobre todo, se han producido en demanda de un mejoramiento radical, de las condiciones en que á duras penas vive ó vegeta la enseñanza pública en España, ¿puede decirse que el problema pedagógico sea un problema verdaderamente nacional? «¿Estamos—como decía, interrogando con decisión y sin rodeos el Sr. Unamuno—los españoles persuadidos, persuadidos de corazón y no sólo convencidos de cabeza, de la importancia de la enseñanza pública?» (1). Realmente, para contestar de un modo afirmativo á la primer pregunta, era necesario poder contestar que sí á la segunda. Y no es esto cosa fácil.

No puede, en verdad, estimarse el problema de la enseñanza un problema *nacional,* es decir, cuestión planteada en la mayoría ó, por lo menos, en una importante minoría de las conciencias españolas, mientras lo que supone y da la enseñanza, no sea una necesidad general, y una aspiración común el alcanzar sus beneficios. Los españoles, triste es decirlo, en su inmensa mayoría, ni sienten la necesidad de aprender más de lo que saben, ni aprecian en su justo valor los medios que una

(1) *De la enseñanza superior en España,* pág. 10.

cultura regular pone en manos de quien la posee: tiene en este punto razón que le sobra el Sr. Unamuno.

Hay, en efecto, en España una masa enorme, verdadera losa de plomo que con su peso nos impide seguir el paso de los demás pueblos, la cual está en la ignorancia como en su atmósfera propia, por ser tal estado el más conforme con su manera de vivir, mezquina, sucia, pobre, y dominada por un fatalismo casi invencible. Encuentra esa ignorancia un apoyo tan fuerte en la tradición, y se ve tan favorecida por las condiciones en que la moral de nuestro pueblo se produce, que á nadie puede sorprender la repugnancia que á numerosísimos elementos de éste inspiran todas las manifestaciones de la cultura moderna, con sus solicitaciones á la acción y sus exigencias y refinamientos.

Hay, además, en nuestra sociedad otra masa menos numerosa, aunque más dominante y de mayor influjo en la total definición de nuestro carácter actual, la cual, si bien no rechaza la cultura, la busca, no como condición positiva de un mejoramiento real de la vida humana, ni como un instrumento de perfección moral y de educación, sino como algo pegadizo, exterior y de brillo, como un medio de dominación y de engaño, para aparentar, para lograr posiciones sociales, obtener éxitos, conquistar glorias del momento. Entraña la existencia de un elemento tal en la composición de la sociedad española, un peligro gravísimo, en cuanto revela el falseamiento de uno de los cimientos más necesarios en toda nación culta: basta tener en cuenta que su orientación artificiosa, su amor á la parte puramente brillante y efectista de la cultura, ó mejor, del saber—pseudociencia, pedantismo, concupiscencia en el fondo todo ello,—marchan muy al compás con la hipocresía y el disimulo en todas las relaciones más importantes de la vida, desde la política hasta la religiosa. Y ¿cómo maravillarnos de que entre nosotros se produzca lozana y potente la raza de los hipócritas y de los débiles, de los pedantes y sacamuelas, de las gentes superficiales y enamoradas del brillo exterior, de los

escépticos y charlatanes, de las personas sin fe en nada, temerosas de toda lucha noble y sometidas á cualquier exigencia de la moda ó cualquier corriente de la opinión, incapaces para el trabajo serio y honrado, para el orden y la economía, para la investigación científica desinteresada, si todo nuestro sistema de educación pública y privada, más quizá ésta aún que aquélla, es un sistema á propósito para producirlo? Desde la escuela hasta la Universidad, en el colegio particular como en la Academia preparatoria, se genera con verdadero afán por maestros hábiles en las artes del disimulo y del engaño, el espíritu superficial, el amor á todo lo exterior y el desprecio por el trabajo verdaderamente noble y productivo. En la escuela se embrutece al niño con el régimen verdaderamente cruel de las lecciones de memoria, de las enseñanzas que el niño no entiende, sugiriéndole la idea, imposible casi de borrar después, del carácter libresco del saber y del abismo que existe entre la naturaleza y los conocimientos. En los Institutos se sigue la labor de la escuela, agravándola con el sistema de los exámenes, de los premios, y con la falta absoluta de todo interés educativo; labor aquella que es aún más fuerte y eficaz—para el mal—en los colegios privados, donde el alumno es á menudo casi una mercancía, ó por lo menos un anuncio..... y las cosas no mejoran nada, sino empeoran, en la enseñanza superior de nuestras muertas Universidades.

Por último, al lado de estos dos componentes de la sociedad española hay un tercero, el que cuenta con menos fuerzas, el más escaso de personal, constitído por los que sienten, en la medida que un medio tan contrario se lo permite, la necesidad real de una cultura cada vez más elevada, que quisieran, además, difundir por todo el país. El grupo de personas que forman este tercer elemento cree, tiene fe en la enseñanza, y estima que es urgentísimo hacer mucho, muchísimo, en esto de crear una educación para todos los elementos sociales en España.

La situación, pues, con lo que dejo expuesto, no es, en ma-

nera alguna, ni halagüeña ni menos aún animadora; porque, considerados esos tres componentes en el movimiento de la vida nacional, ofrece el primero una resistencia pasiva tan enorme, manda tantas fuerzas y dispone de tantos recursos, hasta el del ridículo inclusive, el segundo, y es tan pobre de medios el tercero, que parece punto menos que imposible imaginarse un procedimiento adecuado para cambiar, en parte al menos, la situación, influjos y poder respectivos, de esos elementos de nuestra escasa cultura.

Pero, aun cuando la situación sea tan angustiosa y difícil, ¿la debemos considerar sin más como desesperada, hasta el punto de arrojarnos en brazos del pesimismo absoluto, para dejarnos llevar fatalmente á una total y perfecta *africanización* —y valga el vocablo—de la sociedad española? ¿No hay salvación posible en este océano de vulgaridad y de ignorancia en que vivimos? ¿N o se advierten algunos síntomas que revelen condiciones á propósito para hacer algo en el sentido que supondría la creación de una educación nacional, de un mejoramiento de la composición interna del espíritu español? Si se conceptúa posible vencer tantas fatalidades geográficas del medio físico en que vegetamos, convirtiendo en terrenos de regadío miles de hectáreas de tierras secas é incultas; encauzando nuestros ríos torrenciales, y no menos indisciplinados que el espíritu rebelde del vulgo ignorante; recogiendo y economizando el agua de las lluvias; construyendo canales y caminos baratos; haciendo, en suma, mucho de lo que siempre ha pedido un Costa, y ahora piden ligas y partidos y prometen manifiestos y ministros; si se conceptúa, repito, posible dominar la naturaleza física, ¿no podríamos vencer esa otra fatalidad de nuestra raza, inculta, *de secano*, en tantos millones de individuos, sin riego alguno vivificante, vigorizándola con reconstituyentes morales de esos que sólo cabe proporcionar mediante una acción continuada de la enseñanza y en virtud de un verdadero derroche de todos los elementos que supone la cultura?

Yo creo que sí: es decir, no afirmo que estemos en condiciones de realizar un esfuerzo *nacional* en pro de la enseñanza y de nuestra rápida redención moral. Opónese á ello la consideración antes apuntada y á causa de la cual sostengo que no es el problema de la enseñanza un verdadero problema *nacional;* si lo fuera, no tendríamos por qué preocuparnos, de la manera que ahora nos preocupamos, con la necesidad de promover de algún modo un movimiento en pro de nuestra regeneración pedagógica: la opinión pública, soberana siempre y en todos los órdenes, se encargaría de imponer á los gobernantes, y á cuantos de esta ó de aquella manera dirigen al país, la cuestión de la enseñanza como una cuestión de interés inmediato, y á la cual se debe prestar una atención constante y especial. Mi idea es otra. Estimo que se puede, y, por tanto, se debe, intentar el esfuerzo que exige el propósito de la difusión de la cultura por toda la sociedad española, y de la iniciación de una educación nacional, por parte de cuantos en el país se den cuenta de la gravedad y trascendencia del asunto, y del peligro inminente que corremos de desaparecer como pueblo europeo, en virtud de nuestro hundimiento definitivo en el pozo de la ignorancia, ó de ser conquistados suave y dulcemente por el extranjero, que poco á poco, sin necesidad de provocar ningún conflicto violento, internacional, se irá apoderando de todos nuestros elementos de trabajo, de todas nuestras riquezas, y de cuanto como españoles nos pertenece y distingue.

II

Después de todo, un análisis de los términos en que el problema pedagógico se ofrece planteado, en estos momentos, en nuestro país, si no justifica un pleno optimismo ni motiva suficientemente la esperanza en un porvenir próximo mejor, en punto al valor que la opinión pública da á la cultura intelec-

tual y moral, tampoco justifica el temperamento contrario. Lo que hace es imponer á todos, como un deber social que cada cual habrá de cumplir, en la medida en que del deber se dé cuenta, y hasta donde los medios se lo permitan, la *acción pedagógica;* es preciso *luchar por la cultura* en todos los terrenos. *Culturkampf,* entendido así, al pie de la letra: he ahí el movimiento más necesario para salvar al país de los peligros anotados. Esos *moldes nuevos* que con tantas retóricas y pedantismo piden los que han explotado á su gusto los moldes antiguos de nuestra política; esas *nuevas direcciones,* que con premura se reclaman por tantas gentes cansadas de la torcida marcha seguida hasta ahora por el país, debieran consistir, sin mas, en un cambio radical y completo de la orientación social y política en el problema de la cultura, y especialmente en el de la educación.

Y hay que tener ánimos: la desesperación no conduce á nada bueno ni nuevo. Para la fe en el porvenir, debe servirnos de mucho una modestísima enseñanza del pasado, ó si se quiere, en gran parte del presente.

Es evidente y notorio que, desde hace algún tiempo, la opinión de las gentes políticas y de las llamadas *neutras,* toma en cuenta, con cierto entusiasmo y apremio, el problema de la enseñanza pública; la pedagogía era, no hace mucho, cosa de pedantes, palabra antipática. Hombres de alguna ilustración consideraban eso de la pedagogía como una *chifladura krausista,* como una manía exótica, como un verdadero *alemanismo.* ¡Pedagogo!, casi un mote despreciativo. Las cosas han cambiado mucho. Fue, es verdad, necesaria esa serie de desastres que, á partir de la campaña de Melilla, hemos sufrido; fue preciso que desde el extranjero nos llamasen reaccionarios, obscurantistas, ignorantes, y que palpásemos heridos y maltrechos las consecuencias terribles de nuestra obstinada ignorancia, para que la pedagogía adquiriese entre nosotros una relativa popularidad, para que los políticos que viven del gusto más ó menos pronunciado del público, se determinasen á hablar de ella

como parte de sus programas, y los publicistas *efectistas*, de esos que buscan la gloria de un día, y que bailan no más que al son que les tocan, estudiasen (digámoslo así) el problema de la enseñanza.

Pero no importa. No importa que esos políticos hablen la mayor parte de las veces de lo que no entienden, y digan, á propósito de la enseñanza, cosas tan peregrinas como las que se han oído en la discusión del último presupuesto de Instrucción pública en el Congreso; ni importa que se presenten publicistas sugestionados por libros tan superficiales como los de Mr. Demoulins (1), y descubran el termómetro como cosa nueva, no ya para este siglo, sino para el que viene; ni que se plantee el problema de la segunda enseñanza, sobre todo, porque se quejan los padres de lo que cuestan los libros de texto, y no por causas mucho más hondas y reales; ni menos importa que todo un Parlamento se pase días y días discutiendo proposiciones insubstanciales y ridículas; todo esto, al fin, es natural, es el producto necesario de nuestro estado de atraso:

(1) *A quoi tient la superiorité des Angles-Saxons* (traducido al español con un prólogo del Sr. Alba) y *L'Education nouvelle*. Estos dos libros, interesantes sin duda, y de una lectura fácil y agradable, han sido, especialmente el primero, una revelación: la revelación de la enseñanza moderna, para muchísimos españoles. Conviene advertir que se trata de una propaganda hecha, aun refiriéndose á Francia, con imperdonable precipitación. Como oportunamente se ha hecho notar por algunos críticos franceses bien enterados de las direcciones pedagógicas representadas en los distintos centros de enseñanza de la vecina República, mucho de lo que el Sr. Demolins presenta como original y exclusivo de la educación anglo-sajona, se practica desde hace tiempo en Francia. Y en cuanto á España, pudiéramos decir á los que por tal modo se han entusiasmado con las revelaciones pedagógicas de los libros citados, que lo capital, lo que constituye el núcleo de la orientación educativa admirada en las obras del Sr. Demolins, tampoco es desconocido entre nosotros. En la misma enseñanza oficial podríamos señalar manifestaciones más serias de esa orientación, que la escuela proyectada en *L'Education nouvelle*, y fuera de aquella la *Pedagogía de la Institución libre de enseñanza* tiene un alcance más profundo en todos respectos.

Diputados, publicistas, periodistas y honrados padres de familia, son, en general, gentes á quienes coje de nuevo eso de la pedagagía y sus problemas: se ha ido á la pedagogía por moda, porque cierta parte de la nación, la que en alguna medida puede darse cuenta de su estado, empieza á sentir como una necesidad la cultura, y á considerar como cosa de algún interés la enseñanza.

¿No es de todas maneras esto relativamente animador? ¿No significa algo el que los diputados y los publicistas, que tienen como único criterio la moda, consideren *buen asunto* la pedagogía? ¿No es cosa que debe tomarse en cuenta la de que los periódicos diarios hablen de los problemas de educación, dispensándoles el inusitado honor de tratarles al lado de materias de tan alto interés popular, como los toros y el crimen de la calle de tal, dedicándoles un espacio no tan amplio, pero al fin tan preferente como á las crónicas de los salones de la buena sociedad? A veces hasta le entran á uno ganas de aplaudir á los que han abusado y abusan de los libros de texto, porque al atacar la parte más sensible de tantos honrados padres de familia, han excitado la curiosidad general en favor de las cuestiones de la enseñanza pública...

Y es preciso no olvidarlo; ese movimiento de los momentos presentes en el campo de la pedagogía nacional, y el que España al volver los ojos hacia su enseñanza pública encuentre semillas germinando, elementos modestísimos, sin duda, aprovechables para una renovación educativa, se debe en gran parte á la labor callada y ridiculizada de una minoría exigua, apenas apreciada en el país por los que, habiendo caído del asno, creen ahora llegado el instante de preocuparse con la reforma de la escuela en todos sus grados y órdenes. Ahora bien: si aquella labor efectuada en condiciones verdaderamente ingratas no fue tiempo perdido, si al fin se recogen sus frutos, ¿no es ocasión la presente para redoblar el esfuerzo, para trabajar mucho más y procurar convertir esas manifestaciones favorables en corriente continua y fecunda que provoque en el país

una adhesión verdadera á los ideales implícitos en una regeneración pedagógica?

Así lo creo. Todos los elementos de la nación, todas las fuerzas vivas del pueblo, aun las dominadas por los prejuicios tradicionales, harto conformes con el quietismo y la ignorancia de nuestras clases populares, deberían concurrir á esta nueva vida, y es necesario atraerlas para que vean en la obra educativa su única salvación, el medio único de romper las cadenas invisibles con que hoy los atan preocupaciones, supersticiones y miserias de muy varia especie.

Ahora ó nunca pudiera decirse que es el momento oportuno de intentar en España una acción colectiva en pro de la educación nacional. Mas se dirá, ¿y cómo realizar esa acción? El problema que esto entraña es harto complicado, y no pienso que sea posible tratarlo con toda la amplitud necesaria en un artículo de una revista. A esa acción tendrían que contribuir elementos muy complejos y difíciles de manejar; exigiría su iniciación tanteos muy varios, algunos hechos ya, como v. gr., el intentado con tan simpático espíritu por el Ateneo de Valencia; la prensa diaria, esa prensa que, como dejo dicho, parece que comienza á advertir la conveniencia de tratar y de agitar los asuntos pedagógicos, tendría muchísimo que hacer, como también correspondería un papel preeminente á las instituciones docentes, tan muertas y tan apartadas—cosa verdaderamente inconcebible—del movimiento educativo, y tan indiferentes, por lo común, ante las necesidades reales de su misión... remunerada. Pero de nada de esto quiero hablar hoy, al menos especialmente. Para esa acción colectiva importa también la intervención decidida é inteligente de aquel poder directivo de la vida nacional que es capaz de aunar en un sentido dado mayor suma de medios y de esfuerzos, pues nadie como él está en condiciones de provocar un movimiento general en el país. Me refiero al Estado y á su órgano específico, el Gobierno. Considero necesarios todos los elementos indicados y muchos otros que un análisis social nos haría descu-

brir, para la eficacia de la acción colectiva en la reforma educativa que España pide con tanta urgencia; pero por el momento sólo voy á fijarme en la intervención que toca al Estado, intervención que para darle un nombre propio y breve llamaremos *política pedagógica*. A mi ver, una de las cosas más indicadas en la situación presente es esa precisamente: es necesario *iniciar* pronto, muy pronto, una *política pedagógica*, cosa nueva, sin duda, en España, absolutamente nueva, pues no merecen el nombre de tal las calamitosas intervenciones con que se señala el paso de la mayoría de los Ministros de Fomento por la Instrucción pública, ni tampoco las reformas parciales inspiradas en alto sentido algunas veces, acometidas por las contadísimas personas de ideal y de ideas que, por casualidad, han dirigido entre nosotros la enseñanza. Apenas si se ve algún destello rápido y brillante de lo que debería ser esa política pedagógica, allá en las épocas nada normales de la revolución de Setiembre, y en alguna discusión parlamentaria.

III

Pero ¿qué es, qué debe ser una política pedagógica? Aunque al designar con ese nombre la participación que corresponde al Estado en la acción colectiva de todos los elementos del país para crear una educación nacional, se indica ya algo de lo que es, conviene insistir, para definirla primero de una manera que pudiéramos llamar sintéticamente, sin perjuicio de detenernos después en justificarla y en marcar su proceso deseable y las cosas más interesantes y urgentes en que podría concretarse de una manera histórica y práctica.

La política pedagógica no implica sólo la intervención del Gobierno en la enseñanza como mero inspector y pagador más ó menos moroso y espléndido, ni supone que el Gobierno enseñe, efectivamente, ya que no tiene ni debe tener competencia para ello. En mi concepto, una política pedagógica es algo

análogo á la acción iniciada por un Ferry en Francia, y mantenida y continuada desde Ferry por todos los Ministros de Instrucción pública de la tercer República: si queremos ver tal política en sus resultados, hay que considerarla en la energía con que allí se dió carácter propio de neutralidad verdadera á la escuela primaria, en el aumento verdaderamente asombroso del número de escuelas, en su mejoramiento incalculable, en el crecer incesante de los gastos de la enseñanza, en la multiplicación de los centros de instrucción popular, técnica, de la mujer, y en la reforma no interrumpida de las instituciones de enseñanza superior, sobre todo en la transformación pedagógica de las Universidades. La acción más palmaria de esa política se advierte en Francia, como se advierte en Inglaterra, en el desprendimiento con que el Estado se conduce cuando de mejorar la educación nacional se trata.

Comparad, si no, países como los dos citados, que han desarrollado una política viva y decidida en la enseñanza, con el nuestro, que desconoce en absoluto lo que es eso: nuestro presupuesto de escuelas—provincial, municipal y del Estado—anda alrededor de los 27 millones de pesetas, y en cambio en Inglaterra la subvención sólo del Parlamento para Inglaterra y País de Gales, era en 1897 de cerca de 6 millones de libras esterlinas. Pasa en Francia la cifra del presupuesto de la primera enseñanza de 198 millones de francos. Un maestro en Francia no cobra menos de 1.000 francos al año si es titular, y 800 si es auxiliar: el sueldo mínimo de un maestro en Inglaterra es de 1.250 pesetas. ¿Y en España? ¡Ah! en España hay más de 2.000 maestros con menos de 250 pesetas, y unos 800 con menos de 125: en un concurso de escuelas he visto algunas anunciadas con ¡90 pesetas y hasta con 62,50 de sueldo anual! Un país que tiene tales vergüenzas en la instrucción pública, no puede decirse que sabe lo que es la política pedagógica.

Porque, ¿cómo si la enseñanza fuese una *preocupación* permanente de los políticos, un verdadero problema de gobier-

no, habría de ofrecerse ese espectáculo lamentable que ofrece el presupuesto de nuestra instrucción pública? ¿Cómo consentir maestros condenados á percibir esos sueldos irrisorios? ¿Qué idea tiene el Estado de la misión del maestro cuando lo coloca cien codos por debajo del jornalero más humilde? Eso sin contar con la vergüenza de las vergüenzas de la deuda escolar, que anda siempre alrededor de ¡nueve millones de pesetas!

Y, ¿se puede hablar de política pedagógica, es decir, de que la haya hasta ahora, cuando tan reciente está lo ocurrido con el presupuesto de instrucción pública últimamente discutido por las Cortes y vigente en la actualidad? ¡Qué manera más estrambótica de hacer patria y de regenerar el país! ¡Qué idea más levantada de su misión revela el redactor del proyecto sometido á las Cortes! Tomando al pie de la letra peticiones harto precipitadas de Cámaras de Comercio y Agrícolas, sobre supresión de Universidades, el Ministro proponía supresiones de Facultades, y además la de Institutos tan importantes como la Estación biológica de Santander y el Meteorológico de Madrid. ¿No comprendía el Ministro que de ese modo subíamos al nivel de Turquía, que, en efecto, no tiene semejantes Institutos? Además, como hemos gastado, con exceso por lo visto, en la construcción de edificios escolares, rebajábase la exigua cantidad asignada á ese servicio..... Era, en verdad, el desdichado presupuesto, obra de reacción encubierta, como hacía notar, si no recuerdo mal, el señor Conde de Romanones, aunque luego se procurase disfrazar la obra ministerial con tonadillas más ó menos liberales.

Realmente, pocas veces se ha despreciado como ahora el clamor bien definido de las varias representaciones de la opinión pública. Porque si las estudiásemos con detenimiento, veríamos que en libros como el del malogrado escritor señor Macías y Picavea (1), en las manifestaciones hechas en los pe-

(1) *El problema nacional*: Véase también el reciente libro del señor Morote, *La moral de la derrota*, especialmente. Parte segunda.

riódicos por tantos y tan varios representantes del genio nacional, así como en los manifiestos más notables en que se han condensado las aspiraciones del país *neutro*, y en las Asambleas de Zaragoza, se pide una reforma radical en la enseñanza (1), y se reclama para esta función social todo género de medios y sacrificios; las diversas clases sociales han visto claro que los millones que se apliquen á ese fin son reproductivos, revelando, aunque de una manera implícita, que reconocen la necesidad urgentísima de desarrollar una *política pedagógica*; están, en verdad, los comerciantes y los labradores muy por encima de los políticos que usufructúan el Gobierno (2).

IV

Y ¿cómo podríamos desenvolver esa política pedagógica en España? Es esta la parte más difícil del asunto, no de concebir ni aun de explicar, sino desde el punto de vista de la acción. Porque es tal el género de condiciones que semejante política exige, para producirse de una manera eficaz y no ficticia, que después de considerar imparcialmente el personal disponible, conocido y experimentado, se cae, sin poderlo remediar, en el más desesperante de los pesimismos.

Una política pedagógica pide orientación culta y elevada, y el mundo político al uso ni peca por su excesiva elevación de miras, ni muere, de seguro, de empacho de cultura; exige

(1) Un resumen muy completo de estas diferentes reclamaciones de la opinión en lo referente al problema de la enseñanza, puede verse en el artículo del señor Giner, *El Problema de la educación nacional y las clases productoras*, publicado en el *Boletín de la institución libre de enseñanza* (núm. 478) del 31 de Enero de 1899.

(2) Véase el libro, obra sin duda del señor Costa, *Reconstitución y europeización de España, Programa para un partido nacional*. Madrid, 1900.

sinceridad, y la política en España es la más continuada de las hipocresías, un mundo de la mentira y del engaño, comedia pura; requiere fe en el ideal, y nuestros políticos son, en general, escépticos; muchos de ellos viven en perpetua y extraña contradicción: enemigos encubiertos de la política moderna, formados no pocos en las tendencias más contrarias, á las que suponen é inspiran el régimen moderno, régimen de libertades, representativo, democrático, proceden por necesidad falseando en su cimiento mismo las instituciones del país: tendría que ser la política de la enseñanza una política liberal, progresiva, de ancha base, neutral ante las confesiones dogmáticas, respetuosa en grado sumo con todas las creencias, con vistas á la ciencia y no á la teología, y en España el partido conservador tiene, como principal factor intelectual, ciertos elementos de la unión católica, enemigos jurados de la educación por el Estado, y, por otra parte, el llamado partido liberal jamás ha sabido darse cuenta de lo que es desarrollar un programa progresivo en la enseñanza (1). Constituído este partido con personalidades de muy varia procedencia, si á veces ha iniciado alguna reforma de alta significación educativa, repercusión simpática de lo que se estima indispensable en los pueblos cul-

(1) La idea que sostengo en el texto puede verse, en cierto sentido, confirmada por un muy distinguido diputado liberal, el Sr. Conde de Romanones, de quien es el párrafo que copio á continuación, párrafo tomado de uno de los discursos pronunciados por dicho señor en la discusión del vigente presupuesto de Instrucción pública; dice así: «Ya ha llegado el momento, para todo aquel que sea liberal, de ponerse á la defensiva. ¡Ah! En este caso pudiera yo lamentarme de que *los afines no cuidaran á tiempo de mantener incólumes los principios liberales de la enseñanza, como debieran hacerlo.*» Y luego añade: «Yo tengo mi esperanza en el porvenir; sé que aguardan á los liberales mejores tiempos: y lo que *no han podido hacer hasta ahora, por razones que no voy á dilucidar.....*, lo harán en lo porvenir, cuando el partido liberal, con una bandera homogénea, sea la defensa, en todos los terrenos y en todos los conceptos, de los principios democráticos.» (V. *Congreso de los Diputados.—Extracto oficial.*—Sesión del 5 de Enero de 1900, p. 21.)

tos, otras, las más, ha dejado que la enseñanza cayese por completo en manos de liberales *grises,* los cuales, ú ofrecían, bajo apariencias engañosas, con el barniz de la pedagogía moderna, verdaderos retrocesos pedagógicos, ó bien consentían actos de debilidad tan sorprendentes como el de la restauración de las cátedras de Religión en la segunda enseñanza, cosa á que el partido conservador no se atrevió en los momentos que pudieron aparecer más favorables. ¡Ah! ¡Si el partido liberal se hubiera dado cuenta de su misión en la enseñanza! ¡Si hubiera seguido la orientación iniciada por el Ministro Albareda!

Pero aunque sea teniendo presente todo lo expuesto, aun no abrigando, por tanto, esperanzas ni teniendo excesivas ilusiones respecto de lo que haya de hacerse en un porvenir más ó menos remoto, desde el poder por la educación nacional, veamos en breves palabras y de una manera positiva lo que una política pedagógica supondría necesariamente.

Supondría primero que el partido, liga ó lo que fuese que la iniciase, viese en el problema de la enseñanza el problema primero de nuestra tan manoseada regeneración nacional. No estoy en este punto conforme con la opinión del respetable jurisconsulto Sr. Durán y Bas, cuando afirma en general la opinión «de que la reconstitución de nuestras fuerzas sociales ha de comenzar por las de carácter económico» (1). La reforma económica, entendiendo por ella no la liquidación financiera del desastre, sino lo que con profundo conocimiento de la materia entiende el Sr. Durán y Bas, aunque urgente, no puede estimarse como la primera en la reconstitución nacional; si ésta, como el mismo escritor citado declara, ha de ser una reconstitución que simultáneamente abarque todas las fuerzas sociales, porque «en el estado de la sociedad española es necesaria una reconstitución integral» (2), ¿cómo no poner en pri-

(1) *Nuevas direcciones* en la *Revista Contemporánea,* núms. 579-580 de Enero y Febrero de 1900, págs. 8 y 9.

(2) Idem.

mera línea la reforma, integral también, de nuestra enseñanza, cuando de lo que más carecemos en este desdichado país es del pan del espíritu? No pongo en duda ni por un momento, que el español se nutre mal, que es sobrio, no tanto por virtud como por necesidad, pero al fin el español tiene por lo común el alimento mínimo del cuerpo, y en cambio millones de españoles—lo dice el censo—no reciben alimento alguno intelectual. Cierto es que urge en España una reforma administrativa que oriente de un modo más libre las fuerzas nacionales, que rompa las cadenas de una burocracia insoportable; pero es más urgente aún llenar de escuelas regulares, por lo menos, al país, pagar á los maestros, formar, en suma, al español para la vida moderna, porque no es pequeño el peligro que corremos si con una precipitación excesiva, y llevados por la fuerza de las palabras, reformamos radicalmente la organización política de España, sin contar con que los elementos que al fin se manejan están constituídos por masas de hombres ineducados é ignorantes.

Supondría además esa política que el partido llamado á realizarla, se habría hecho á la idea de que hay que gastar en enseñanza sumas relativamente enormes; es preciso decirlo: no se puede pensar en nada mientras no estemos dispuestos á gastar en el presupuesto de Instrucción pública un dineral; un país como el nuestro, que no tiene, en rigor, enseñanza, necesita realizar un gran esfuerzo económico si quiere tenerla: mientras escatimemos, no ya los millones, sino las pesetas en este *ramo* de la administración, estaremos perdidos. ¿Se puede pensar siquiera en tener enseñanza pública sin tener el número suficiente de escuelas? ¿Quién pretenderá con esto hacer la enseñanza primaria obligatoria de una manera efectiva, si no hay locales donde darla ni maestros en número suficiente? No importa que un Ministro afirme, sin duda con la mejor intención del mundo, que no estamos tan mal, porque tenemos tanto número de escuelas ¡como Inglaterra! Partíase ahí probablemente de una equiparación errónea entre lo que aquí llama-

mos escuela—un grupo de niños con un maestro—y lo que en Inglaterra es una escuela. Cada escuela ó grupo escolar en Inglaterra tiene varias clases: y así ocurre que en España tenemos unos 30.000 maestros, mientras en Inglaterra y País de Gales sólo hay nada más que 130.773; por otro lado, en España están matriculados en las escuelas 1.104.779 niños, quedando fuera ¡dos millones y medio aproximadamente! Y en Inglaterra y Gales asisten á sus escuelas 5.507.039 (1). Todo esto sin contar con la situación de las normales, la falta de una inspección de la enseñanza—que tiene que costar más de lo que cuesta,—la mala distribución del gasto de la segunda enseñanza, la creación urgentísima de enseñanza para la mujer, las subvenciones indispensables para promover la educación de los adultos de las clases obreras, las pensiones que por centenares debieran concederse á profesores y alumnos de las enseñanzas técnicas y superiores para estudiar en el extranjero, el aumento *colosal* de las partidas destinadas á material científico, etc., etc. Fíjese, fíjese el lector el dinero que todo eso exige, y díganos si cabe política eficaz en la educación nacional sin esta condición que venimos razonando. ¿Y no podría esperarse un esfuerzo económico como el que se solicita, de un país que ha derrochado varias veces su fortuna en guerras desatentadas, en escuadras inútiles, y que mantiene presupuestos tan considerables para ejército y culto y clero?

Y no sólo esto. Nuestra deseada política pedagógica exigiría también que el Ministerio de *Instrucción pública* se considerase, no como se consideraba el de *Fomento,* como un Ministerio *de entrada*, sino de *término*, en la carrera política ministerial. No debería jugarse con él para premiar servicios parlamentarios y de partido, más ó menos meritorios y estimables; es un Ministerio el de Instrucción pública, en las con-

(1) V. la Memoria leída por el señor Marqués de Palomares en la Asamblea de las Cámaras agrícolas de Zaragoza, y Cossío, *La enseñanza primaria en España.*

diciones en que el país se encuentra, que debiera ir á manos de persona de empuje, y de prestigio político suficientes, para poder pedir todo lo necesario, con autoridad tal, que ninguno de sus compañeros de Gabinete se atreviese á discutir. Mientras no veamos llegar al Ministerio de que hablamos á un político eminente, indicado para el caso por la opinión, en razón de la confianza que hubiera sabido inspirar y de la competencia por él revelada en asuntos de educación, hombre en suma *buscado* para el caso, ¿qué garantía seria podrá ofrecérsenos de que se iniciará vigorosamente la campaña difícil y *costosísima* que la política pedagógica exige? Sin duda, aun así, es decir, aun llevando al hombre indicado á la enseñanza pública, todo podría fracasar, empezando por el hombre mismo, pero ¿no se piensa siquiera en el efecto general que en la masa del país debe producir la consideración de que el Departamento de la educación no es de primera categoría en la gradación ministerial?

Por otro lado, el Ministerio de Instrucción pública, como entidad administrativa, como centro ó colmena de funcionarios, tendría que transformarse por completo, tanto en el personal como en los procedimientos burocráticos. Las Obras públicas las dirigen *técnicamente* los ingenieros, la enseñanza tiene una dirección oficinesca, incompatible con todo espíritu verdaderamente pedagógico; el expedienteo la mata; la política la desorganiza; los influjos del *parlamentarismo* en el funcionamiento de cuanto se refiere á la vida del profesorado — oposiciones, concursos, nombramiento de personal, etc.— y del magisterio primario, á la disciplina escolar, á la distribución de las partidas destinadas á subvenciones, etc., etc., son desmoralizadoras en extremo. Notorio es lo que pasa con el nombramiento de Tribunales de oposiciones; notoria la desconsideración con que suele tratarse á los claustros de las Universidades en la designación de auxiliares, y en materia de disciplina escolar.....; notorios, en fin, los mil y mil abusos que la enseñanza padece, reflejo, sin duda, de lo que pasa

con toda la administración española, pero no por eso disculpable y sostenible. Esto, sin contar la necesidad urgentísima de dar cierta estabilidad á la dirección inmediata de los distintos grados de la enseñanza pública, como ocurre, v. gr., en Francia, donde Mr. Buisson fue el Director técnico y pedagógico de la educación primaria lo menos diez y seis años, y Mr. Liard es, desde hace mucho tiempo, Director de la Superior, sin consideración alguna á los cambios ministeriales que impone á veces con excesiva frecuencia el régimen parlamentario.

Y aún podríamos señalar otras condiciones, no menos deseables, para que en España fuese legítimo pensar en la posibilidad práctica de una política pedagógica; pero basta lo dicho: quizá deben estimarse las expuestas como el mínimum de las exigencias; insistir en recargar el cuadro de estas, no lo creo preciso; con ello, contribuiríamos á acentuar aquel desesperante pesimismo á que poco más arriba me refería, cosa que después de todo no estimo patriótica „ por mucho á que obligue la absoluta sinceridad con que se debe hablar siempre al público.

Nos falta ahora por examinar otro aspecto del problema, que á vuela pluma no más estamos tratando. ¿Qué debería hacer esa *política pedagógica*, una vez declarada posible? ¿Sobre qué asuntos debería ejercerse la acción bienhechora y redentora, como pocas, de una política reflexiva, firme y serena, en la educación nacional? Hay en verdad tanto que intentar, tantas cosas sobre que poner la mano, que la gran dificultad está en saber elegir, graduando con arte la urgencia relativa de las cuestiones que es preciso plantear y resolver en el campo, sin espigar casi por completo, de la instrucción pública.

Pero, por rápido que sea el examen del programa ó cosa así, de la política pedagógica, no es posible hacerlo aquí: requiere estudio aparte, que en otra ocasión haremos.

ADOLFO POSADA.

LOS HIJOS VENGADORES

EN LA LITERATURA DRAMÁTICA

CONCLUSIÓN

VI

LEYENDA PRIMITIVA DE HAMLET

(Traducción de la narración latina de *Saxo-Grammaticus.*)

Por aquel tiempo, Rorico le dió por sucesores á Horvendilo y Fengo, cuyo padre Gervendilo había sido Virrey de Yutlandia. Durante un reinado de tres años, Horvendilo se granjeó tal renombre como pirata, que Colero, Rey de Dinamarca, envidioso de su gloria, juzgó que para él sería mengua no eclipsar con proezas superiores á aquel famoso navegante. Recorrió el mar en busca de su amada, y al cabo dió con ella. Había enmedio de aquel mar una isla, cuya amena ribera atrajo á ambos piratas con sus naves. La grata perspectiva indujo á los caudillos á internarse en la arboleda y en la maleza, y á recorrer la selva, muy abundante en caza. Encontráronse en una de sus correrías Colero y Horvendilo, y esto dió margen á un reto. Horvendilo preguntó entonces al Rey qué especie de combate sería más de su agrado para poner término á aquella disensión, añadiendo que era preferible el menor número posible de campeones, y que no había medio más seguro para alcanzar la palma de la victoria, que acudir á un combate singular, pues el valor verdadero prescinde de ajena ayuda.

Colero, cautivado por el valeroso lenguaje de su adversario, le contestó:

«No cabe en mí negarme á la propuesta que me haces; sólo requiere el brío de dos hombres y evita toda incertidumbre. Así es, en verdad, como se logra el triunfo con mayor prontitud y aliento. En este punto concuerdan nuestros pensamientos. Mas el éxito es dudoso; hay que tener en cuenta los sentimientos humanos, y no nos cumple dejarnos llevar á tal punto de las impresiones del momento, que olvidemos los últimos deberes. Tregua al encono que enciende nuestro ánimo, para atender oportunamente á los fueros de la piedad. Si la discordia de nuestros corazones nos separa, nos avienen los derechos de la naturaleza, y común conciencia nos liga, á despecho de la envidia que nuestras almas emponzoña. Dejémonos gobernar ahora por la piedad, y quede encargado el vencedor de las honras funerales del vencido. Así se satisface la obligación postrera de la humanidad, de la cual no se exime ningún hombre piadoso. Cumple á todo campeón rendir á su adversario tal homenaje cuando el odio se halla extinguido. La suerte pondrá fin á nuestra querella, y los funerales apaciguarán nuestra animosidad. No quede rastro de crueldad entre nosotros, á pesar del resentimiento que en vida nos aparta, y respetemos nuestras cenizas. Gala será del vencedor hacer con pompa el duelo del vencido. Honrar los muertos, granjea la voluntad de los vivos: todos tienen por noble acción otorgar á los difuntos cuanto á la dignidad humana es debido.

»Heridas graves nos afligen á veces con males no menos lamentables. Un adalid pierde uno de sus miembros y conserva el soplo de su vida; justo creo, en tal caso, guardarle miramientos, del propio modo que cuando ha espirado. Semejante contratiempo, es considerado como más desastroso que el trance postrero. La muerte nos libra de la memoria de nuestros males: el vivo no puede olvidar la ruina de su propio cuerpo. Hay que dar alivio á tamaña desgracia. Convengamos en que aquel que hiera al otro, ha de darle, como indemniza-

ción, diez libras de oro. Debemos compadecer los males ajenos; pero es más natural todavía que nos apiademos de los males propios. Nadie debe prescindir de sí mismo, y quien lo hace, se hiere como con mano parricida.»

Hecha recíprocamente la promesa, trabaron el combate, pues ni lo casual del encuentro, ni los apacibles encantos de aquel paraje, fueron parte á evitar que desnudasen los aceros. Llevado Gordenvilo de su ardimiento, más pensaba en atacar que en defenderse: arrojó la adarga y empuñó la espada con ambas manos. El éxito coronó su arrojo. Derribó á Colero, exánime, después de haberle roto su escudo con redoblados golpes y de haberle cortado un pie.

No olvidó lo convenido. Con regia grandeza erigió en honor del vencido una suntuosa tumba, y celebró sus funerales con pompa extraordinaria. Poco tiempo después atacó y mató á Sela, hermana de Colero, la cual tomaba parte en las empresas de los piratas, y estaba acostumbrada á batallar.

Después de tres años de guerreras hazañas, Hordenvilo ofreció á Rorico escogido y rico botín, con el fin de granjearse el primer lugar en su voluntad. Logró, en efecto, su favor y obtuvo la mano de su hija Geruta. De esta unión nació Amleto.

En vista de tamaña ventura, Fengo, enardecido por la envidia, formó el propósito de tender lazos á su hermano. Ni el hombre más esforzado está al abrigo de la perfidia de sus más cercanos parientes. Hallando ocasión para el parricidio, sació con sangre el ansia funesta de su corazón. Fengo añadió al asesinato el incesto, apoderándose de la esposa de su hermano, á quien había degollado. El que se ha engolfado en la sangre no se para ante nuevas maldades. Un crimen lleva á otro crimen. A fin de disculpar sus atrocidades con las apariencias de un motivo laudable, acudió á la más osada artería, cohonestando el parricidio con el nombre de una acción honrada. Afirmó que había dado muerte á su hermano con el único fin de librar á Geruta, dechado de humildad y dulzura,

é incapaz de dañar á nadie, de las violencias de su esposo, que profundamente la aborrecía. Coronó el éxito su abominable empresa, porque la mentira fácilmente es bien recibida entre los magnates, donde los truhanes suelen hallar favor y los calumniadores honra. Por donde Fengo no titubeó en entregar su parricida mano á torpes caricias, dando remate á su doble impiedad con un nuevo crimen.

Temeroso Amleto, después de tales actos, de parecer peligroso á su tío si obrase como un sér dotado de razón, aparentó haber perdido el seso; fingióse bobo, y con tal traza ocultó sus prendas naturales, atendiendo á su salvación. A vista de su madre se revolcaba todos los días en sitios asquerosos, poniéndose sucio y repugnante. La descomposición y el desaseo de su rostro le daban el aspecto de un loco estrafalario. Sus palabras denotaban delirio, y sus acciones carencia de entendimiento. En suma, no parecía un sér humano, sino un monstruo, que en su vil condición se gozaba. Colocábase á veces en cuclillas junto al hogar, removiendo la ceniza con las manos, y entretenido en labrar estacas que endurecía al fuego, uniéndolas después con garfios que colocaba en los cabos, para darles mayor consistencia. Cuando le preguntaban cuál era su objeto, contestaba que hacía agudos dardos para vengar la muerte de su padre. Esta contestación provocó grandemente á risa y fue escuchada con desprecio. Más adelante, sin embargo, aquella obra de las estacas le fue muy provechosa en su empresa. No faltaban gentes de más delicado discernimiento, que, en vista de aquella tarea, concibieron la primera sospecha de que allí había alguna sutileza escondida. Por sencilla que fuese la obra, revelaba cierto instinto de artífice, y no era dable creer en la enagenación mental de quien con tanto afán ejercitaba la mano en aquel oficio. Además de esto, iba Amleto guardando cuidadosamente todos aquellos palos endurecidos al fuego. Persuadidos de que había en todo ello una astucia encaminada á disimular profundas intenciones del corazón, algunos cortesanos imaginaban que tras de aquella supuesta fla-

queza del entendimiento se columbraba la cordura de un alma sana. Pensaban, pues, que el medio más eficaz para poner en claro la sagacidad de Amleto, sería proporcionarle, en paraje lejano, el encuentro de una mujer de singular belleza, que encendiese en sus sentidos los deseos del deleite. El súbito arranque de la naturaleza le impediría persistir en el disimulo, la astucia no podría sobreponerse á un impulso tan poderoso, y el Príncipe mancebo olvidaría su fingimiento, arrastrado por un incentivo irresistible. Escogiéronse personas que acompañasen á Amleto en una excursión á caballo hacia la parte más distante de la selva, donde debía verificarse la tentación proyectada. Por casualidad era una de ellas un hermano de leche de Amleto, que no había olvidado el afecto que los unió en edad temprana; y más enamorado de lo pasado que de lo presente, formó el ideal propósito de advertir á su amigo de la intención engañosa de los cortesanos que le rodeaban. Había comprendido el riesgo á que Amleto quedaría expuesto si llegaba á manifestar el menor destello de cordura ó se rendía al embeleso del amor. Amleto, por su parte, no estaba desprevenido. Cuando le mandaron que montase á caballo, se colocó de espaldas á las crines y mirando á la cola, la cual agarró como para que le sirviese de brida. Con la ingeniosa traza desbarató en aquel punto la trama de su tío, evitando caer en el lazo. Fue irrisorio el espectáculo cuando el caballo echó á andar guiado por la cola.

Ya en camino, Amleto encontró un lobo en la espesura. Dijéronle sus compañeros que era un potro, y él replicó que Fengo tenía en su caballería pocos animalas de tal ralea, haciendo así, en forma donairosa, una alusión maligna á la situación de su tío. Discreta pareció esta réplica, y él añadió que deliberadamente se había expresado en aquellos términos, para no ser motejado de embustero; pues, deseoso de ser tenido por enemigo del engaño, confundía en sus palabras lo verdadero con lo fingido, á fin de que no faltase la verdad en ellas, y que, al propio tiempo, la ingenuidad no frustrase la sutileza.

Caminando á orillas del mar, hallaron sus compañeros el timón de una nave que había naufragado, y exclamaron que era un cuchillo de desmesurado tamaño. Amleto dijo que serviría para cortar inmensos perniles, indicando así la inmensidad del mar. Cuando en las dunas le enseñaron la arena, dándola por harina, dijo que había sido molida por las espumosas ondas del mar. Al aplaudir sus compañeros esta réplica, él les afirmó que lo había hecho con todo su sentido.

Dejáronle al cabo solo, para que procediese con entera libertad, y á poco encontró á una doncella que su tío había hecho colocar en un lugar distante. Acaso se habría dejado llevar de sus naturales impulsos si su hermano de leche, por medio de una señal secreta, no le hubiera infundido recelos de las asechanzas de que era blanco. Pensando en el modo de darle un consejo reservado y de contener los peligrosos ímpetus sensuales de la juventud, ocurrió al hermano de leche sujetar una pajita en la extremidad de un tábano. Al punto encaminó al insecto hacia el sitio donde Amleto se hallaba, prestándole con esta advertencia un favor insigne, pues la señal fue comprendida con la misma perspicacia que la había sugerido. En cuanto atisbó Amleto el tábano que llevaba la paja, entendió que era misterioso aviso de una traición, de la cual era forzoso precaverse. Alarmado y cauteloso, llevó consigo á la doncella á un sitio distante, pantanoso y casi inaccesible, á fin de poder gozar de sus caricias con absoluta seguridad. Logrado su objeto, rogó con vivo encarecimiento á la joven que á nadie revelase lo que había acontecido. Ella y Amleto habían sido criados en su infancia por unas mismas personas. La costumbre de vivir juntos había inspirado á la niña afición al Príncipe: así es que la promesa por éste requerida fue fácil y sinceramente otorgada.

De vuelta al palacio, todos le preguntaron, en son de burlas, si había gozado con la niña de los deleites del amor. Respondió afirmativamente. Hiciéronle otras preguntas acerca del sitio y la manera, y dijo que habían descansado sobre el casco

de una acémila, sobre la cresta de un gallo y sobre un tejado, porque el marchar con la mujer había recogido fragmentos de aquellas cosas á fin de evitar la mentira. Tan extraña contestación hizo reir á todos los presentes, aunque la broma del Príncipe en nada alteraba los hechos. Preguntaron entonces á la joven, y ella aseguró que nada de aquello había ocurrido. Creyéronla con tanta mayor facilidad, cuanto que los que acompañaron á Amleto nada habían advertido.

El que había prevenido del riesgo al Príncipe por medio del tábano, deseoso de manifestarle que su astucia le había salvado, dijo que poco antes había tenido de él especial cuidado. Amleto contestó con igual discreción. Para demostrar á su amigo que le había entendido, refirió haber visto un pájaro, sostenido con alas, bajar repentinamente con una paja sujeta en la parte posterior del cuerpo. Esta respuesta, que causó risa á los demás, dejó á dicho amigo muy complacido de su cordura.

Evitados aquellos lazos, sin que se lograse descubrir el misterio de las facultades intelectuales de Amleto, un amigo de Fengo, más presuntuoso que hábil, fue de dictamen que no era fácil coger desprevenida, con trazas vulgares, la extremada sagacidad del ingenio del Príncipe, y que con medios ordinarios y sencillos sería en balde poner á prueba su obstinada y singular astucia. Añadió que le había ocurrido un plan por todo extremo ingenioso, el cual, sin ofrecer inconveniente alguno, daría desde luego el resultado que el Rey apetecía. Con pretexto de negocios graves se ausentaría Fengo durante algún tiempo. Entonces se encerraría á Amleto con su madre, y sin que ellos lo supiesen, se escondería una persona en algún sitio recóndito de la casa, á fin de escuchar todas sus conversaciones. Si el hijo estaba en uso de razón, no titubearía en declararlo á su madre, pues no podía abrigar desconfianza alguna de la mujer á quien debía la vida.

Brindóse para el oficio de espía el mismo que daba este consejo, mostrándose tan oficioso en sugerir el plan como en

llevarlo á cabo. Cautivó á Fengo la idea, y partió, pretextando un largo viaje. El consejero se introdujo cautelosamente en la cámara donde Amleto se hallaba encerrado con su madre, y para mejor ocultarse, se metió debajo de una cama de paja. Amleto, temeroso de que alguien le escuchase, supo preservarse de aquel ardid acudiendo á sus extravagancias de loco. Empezó á cantar cual los gallos al despertar; sacudió los brazos á guisa de alas, y saltó encima de la paja, donde se puso á bailar, haciendo contorsiones con el cuerpo para cerciorarse de si había allí algo escondido. Sintiendo cierta mole bajo las plantas, registró con la espada el sitio donde estaba, y habiendo sacado al espía, le dió muerte. Cortó el cuerpo en pedazos, los hizo hervir en agua y los echó en el muladar, á la vista de unos cerdos, que hallaron sabroso alimento en aquellos tristes despojos. Libre así de la pasada asechanza, volvió á la cámara de la Reina.

Cuando Geruta empezó á deplorar la violenta demencia que acababa de desplegar su hijo, éste le dijo: «Tú, la más vil de las mujeres, ¿por qué intentas ocultar el más execrable de los delitos bajo la falsa apariencia de tus lamentaciones? ¡Tú, que, cual prostituta, has aceptado un horrendo y criminal enlace, entregándote con incestuoso afecto al asesino de tu esposo! ¡Tú, que halagas con vergonzosas caricias al que ha dado muerte al padre de tu hijo! Así se juntan las yeguas á los vencedores de sus machos.

»Propio es de animales unirse de tal modo donde quiera que les aguija su apetito. A ejemplo suyo, has arrancado de tu corazón la memoria de tu primer esposo. Con fundado motivo estoy fingiendo la locura. No hay duda que quien asesinó á su hermano, haría igualmente al hijo de éste, blanco de su sangriento encono. Para dar alguna garantía á mi seguridad, más vale parecer demente que entendido. Pero el ansia de vengar á mi padre no muere en mi corazón; estoy en acecho de la ocasión, y espero que me ayuden las circunstancias. No sale todo bien siempre y donde quiera. Contra un alma cruel

y torcida hay que valerse de la astucia. A ti mal te cuadra condolerte de mi demencia; mejor te estaría llorar tu propia mengua. Por lo demás, fuerza será que calles.»

Destrozando Amleto con tales reconvenciones el corazón de su madre, despertó en ella el sentimiento de la virtud, y la indujo á anteponer á la liviandad presente el recuerdo de su amor primero. Fengo, á su regreso, buscó solícito á su confidente, y como nadie le había visto, preguntó por broma á Amleto si tenía noticia de su paradero. Contó el Príncipe que, habiendo ido aquel hombre á la letrina demasiado repleto de alimentos, había caído dentro, y que allí, por no poder levantarse, lo habían devorado los cerdos. Los presentes tomaron como de un loco aquella contestación verídica. Fengo, no obstante, recelaba sin tregua de los engaños de su hijastro, y habría querido deshacerse de él. Mas le contenían miramientos al abuelo Rorico y á su propia esposa. Resolvió valerse para ello del Rey de Britania ó Bretaña, salvando así las apariencias con el empleo de mano extraña. Prefería esconder su fiereza, haciendo recaer en un amigo la responsabilidad de su crimen.

Amleto, al marchar, rogó reservadamente á su madre que mandase cubrir con muy dobles y tupidos paños el salón de los banquetes, y que, transcurrido un año, hiciese celebrar en él sus funerales, prometiéndole volver para aquella época. Partieron con él dos hombres de la servidumbre de Fengo, á quienes confió éste una carta grabada en madera, modo usual de escribir en aquel tiempo. En la carta, Fengo prevenía al Rey que diese muerte al Príncipe. Pero entró él en sus camarotes mientras dormían, leyó las tablas, raspó lo escrito, y cambiando los términos, puso en lugar de su nombre el de sus compañeros. No satisfecho con haber eludido el peligro, apartando de sí la funesta sentencia, añadió, en nombre de Fengo, una falsa demanda de la mano de la hija del Rey para el virtuoso mancebo que le enviaba.

En cuanto desembarcaron en Bretaña, pasaron los envia-

dos á presentarse al Rey, y le entregaron la carta que encerraba su propia sentencia, cuando la juzgaban instrumento de muerte para otro. Disimuló el Rey, y los acogió con la más urbana hospitalidad.

Amleto, en el regio banquete, manifestó desvío á todos los manjares, como si fueran vulgar sustento. Todos se asombraron al ver que el Príncipe extranjero se abstenía de todas las bebidas y de todos los esmerados platos de la mesa real, como si aquel festín ostentoso fuese un obsequio mal escogido. Cuando, terminado el banquete, se despidieron los huéspedes, retirándose á sus habitaciones para pasar la noche, dispuso el Rey que se escondiese en ellas una persona que pudiese escuchar sus pláticas. Los que acompañaban á Amleto le preguntaron por qué se había abstenido en la comida como si temiese ser envenenado. Contestó que el pan sabía á sangre y la bebida á hierro, y que los manjares de carne olían como los cadáveres y recordaban los cementerios. Añadió que el Rey tenía mirada de siervo, y que la Reina, en tres ocasiones, había mostrado modales de criada. Los del séquito del Príncipe atribuyeron á extravío mental la áspera censura que hacía, no sólo de la comida, sino de los que la habían dado, y se burlaron de su atolondramiento. Dijéronle que hacía mal en ofender con descorteses palabras á un Rey esclarecido y á una dama de tan nobles costumbres, y que había correspondido mal á su cordial hospitalidad.

Enterado de todo el Rey por su confidente, quedó persuadido de que quien había proferido tales razones no era un mortal como los demás. Sólo cabía en un sabio ó un loco encerrar así en tan pocas palabras intuición tan profunda. Llamó á su presencia, para pedirle informes, al mayordomo que había proporcionado el pan; el mayordomo transfirió el asunto al panadero de la casa real, el cual fue igualmente llamado. Preguntóle el Rey de qué terreno procedía el trigo que había producido la harina, y si había en él vestigios de hombres muertos. Contó el panadero que aquel terreno había sido cam-

po de batalla, que estaba lleno de huesos humanos, evidentes indicios de una gran matanza, y que en él habían hecho la siembra con la esperanza de abundante cosecha, sin imaginar que el trigo pudiese tomar mal sabor. Esta explicación hizo comprender al Rey que tenía fundamento lo que Amleto había dicho, y preguntó de dónde provenía el tocino. Le informaron de que, habiéndose escapado un día los cerdos por descuido del porquero, comieron hasta la saciedad del cadáver podrido de un ladrón, de modo que pudo inficionarlos la carne corrompida. Viendo el Rey que también en esto había acertado Amleto, preguntó con qué líquido habían compuesto la bebida. Cuando supo que era una mezcla de cebada y agua, mandó cavar el pozo. Hallaron en el fondo espadas corroídas por el orín, que habían debido comunicar al agua un gusto desabrido. No faltó quien explicase el mal sabor de la bebida por la circunstancia de que, al sacarla, se encontraron abejas que se habían alimentado en el abdomen de un muerto: tal vez la peste que transmitieron á sus panales había pasado al líquido.

Al ver el Rey que la censura del festín no era infundada, pensó que su mirada, que había sido tachada de traidora, podría emanar de impureza de raza. Se avistó secretamente con su madre, y le preguntó quién era su verdadero padre. Contestó ella que sólo con el Rey, su esposo, había tenido amorosas conexiones. Amenazóla su hijo con la tortura, y logró de este modo la confesión de su ilegítimo nacimiento. Su padre era un esclavo. Mortificóle en gran manera esta revelación afrentosa; pero no pudo menos de admirar la perspicacia del joven. Preguntóle por qué causa habia ajado á la Reina atribuyéndole modales de criada, y á fuerza de darse por resentido del desfavorable juicio que el Príncipe extranjero había formado de su esposa, acabó por saber que era ésta de servil ralea. Amleto le dijo que había notado tres veces en la Reina actos de criada: se había cubierto la cabeza con un mantón; se había recogido el vestido al andar, y, por último, había

mascado un mondadientes de madera. Fuera de esto, recordaba el Rey que la madre de la Reina, á consecuencia de haber caído prisionera, había sido esclava, por donde su hija, así en modales como en origen, era de condición servil.

Convencido de que Amleto estaba dotado de ingenio casi divino, le otorgó la mano de su hija. Cuanto decía Amleto le parecía fruto de inspiración sobrehumana. A fin de dar cumplimiento al encargo de su amigo, mandó ahorcar al día siguiente á los compañeros del Príncipe. Aparentó Amleto ofenderse de lo que le complacía, y el Rey, para desagraviarle, le dió una pepita de oro. Amleto hizo fundir el oro, y le escondió en dos varales huecos.

Al cabo de un año se despidió y regresó á su país, sin llevar de toda aquella regia opulencia más que las dos varas rellenas de oro. Al llegar á Yutlandia, dejando su porte de los últimos tiempos, volvió á sus antiguas apariencias de desaseo y de los estrafalarios ademanes que le habían sido tan provechosos.

Habíase divulgado la falsa noticia de su muerte, y cuando se presentó de improviso, cubierto de harapos, en el salón donde se celebraba el banquete de sus funerales, quedaron todos consternados. Pero, pasada la sorpresa, al terror sucedió la risa, y los circunstantes señalaban con mofa á aquel cuyo duelo estaban haciendo. Preguntáronle por sus compañeros, y enseñó como tales los dos varales. «Aquí está uno—dijo:—aquí está el otro.» No es fácil determinar lo que predominaba en estas palabras, si la verdad ó la burla. Si bien la contestación parecía desvarío, no se desviaba mucho de los hechos, pues presentaba en lugar de los hombres la indemnización por ellos recibida. Colocóse entonces entre los escanciadores, y para aumentar el regocijo de los convidados, se esmeraba en servirles la bebida. Molestábale al andar la excesiva anchura de su ropa, y para recogerla, se ciñó una espada, la desenvainó, y adrede se hirió los dedos con el filo. Al verlo, los que estaban cerca sujetaron la hoja á la vaina por medio de un clavo. Para

realizar con más seguridad sus propósitos, Amleto llenaba sin descanso las copas de los próceres convidados. Todos se rindieron al vino: ya no podían moverse, y quedaron postrados en el regio salón, que les sirvió de cama después del banquete.

Habían caído en las redes de Amleto, y viendo éste que era propicia la ocasión para dar cima á sus designios, sacó del escondite en que se hallaban las estacas que había preparado, y volvió al palacio, donde los magnates se revolcaban en el suelo, dominados por la embriaguez y el sueño. Arrancando en seguida á viva fuerza las varas de hierro que sostenían los tapices colocados por su madre en las paredes del salón, los hizo caer sobre los durmientes, y los sujetó de tal manera con intrincados nudos, valiéndose de las estacas con ganchos, que ni uno solo de los que se hallaban debajo, por más esfuerzos que hicieron, pudo levantarse. Al punto prendió fuego al edificio, y un voraz incendio, rápidamente propagado por todas partes, abrasó á los convidados, que dormían ó en balde pugnaban por levantarse. Sin demora se encaminó Amleto á la cámara de Fengo, á quien antes habían acostado personas de su servidumbre; cogió su espada, que por casualidad estaba colgada junto á su lecho, y la reemplazó con la suya propia. Despertó entonces á su tío, y después de participarle que los magnates habían perecido en el fuego, «aquí está Amleto—le dijo—poderoso con la ayuda de sus ganchos de otro tiempo, y ansioso de exigir el justo castigo por el asesinato de su padre». Al oir estas palabras, Fengo saltó del lecho y fue muerto, mientras infructuosamente intentaba, á falta de la suya, desenvainar la espada de Amleto.

Tal fue aquel animoso Príncipe, digno de eterno aplauso, que se defendió cuerdamente, escondiendo con la ficción de la demencia un entendimiento superior á la índole humana. Así, no solamente preservó su vida de perversas asechanzas, sino que logró tomar venganza, preparada de un modo peregrino, del asesinato de su padre. Hábil guardador de sí mismo, brio-

so vengador de su sangre, no se sabe qué admirar más en él, si el valor ó la cordura.

Aquí acaba el tercer libro. Comienza el cuarto. (*Historias de los Reyes y Héroes de Dinamarca,* de Saxo-Grammaticus, folio 30.)

Amleto, después de satisfecha su venganza, andaba temeroso de someter su triunfo al fallo inseguro de la multitud. Juzgó prudente guardar reserva hasta ver el rumbo que tomaba la plebe, escasa de discernimiento. Las gentes de las cercanías, que habían divisado el incendio nocturno, acudieron temprano para enterarse de la causa, y hallaron el alcázar del Rey convertido en escombros. Registraron las ruinas, calientes todavía, y sólo descubrieron informes restos de los cadáveres abrasados. Todo había sido devorado por las llamas inexorables, y no quedaba rastro por donde hubiera podido columbrarse la causa de tamaño desastre. Encontróse también entre los vestigios sangrientos, el cadáver de Fengo, traspasado por el acero. Unos sintieron indignación, otros tristeza, otros secreta alegría. Quién deploraba la muerte del caudillo, quién se complacía en la desaparición del tirano parricida La muerte violenta del Rey causó diversas impresiones. La pacífica actitud del pueblo animó á Amleto á salir del paraje donde se hallaba oculto. Reunió desde luego á algunos que le habían manifestado constante adhesión, y después convocó una asamblea, á la cual habló de esta manera:

«Si aún os doléis del fin desventurado de Hordenvilo, si respetáis la lealtad de los súbditos y la piedad de los hijos, no habéis de conmoveros ahora por la calamidad de que han sido víctimas vuestros señores. Aquí no se presenta á vuestros ojos la muerte de un Príncipe, sino la de un parricida. Más digno de conmiseración era aquel Monarca asesinado por el más atroz de los malvados, que no merecía el nombre de hermano. Todos habéis contemplado con lágrimas los miembros ensangrentados de Hordenvilo, su cuerpo cubierto de heridas. Este odioso verdugo obró así (es indudable) para privar á la nación de

sus fueros, de tal manera, que de un solo golpe dió á él la muerte y á vosotros la esclavitud. ¿Quién ha de ser tan desatentado que prefiera la crueldad de Fengo á la venerable memoria de Hordenvilo? Recordad con cuánto amor mi padre os atendía, cómo respetaba vuestros derechos, cómo os colmaba de bondades. Pensad en la pérdida del más benévolo de los señores y del más justo de los padres, reemplazado por un tirano, muerto por un asesino: volved los ojos á vuestras franquicias desconocidas y violadas, á vuestro país manchado por crímenes, al yugo que abruma vuestros hombros. Mas ya llegó el término de tantos males. El delincuente cayó al peso de sus propios delitos; el parricida recibió el castigo de sus iniquidades. ¿Qué hombre cuerdo ha de preferir el daño al beneficio? ¿A qué alma, dueña de sí misma, le pesaría ver caer la sangre sobre la cabeza del que la ha derramado? ¿Quién se afligiría por la ruina del más sanguinario de los verdugos? ¿Quién lamentaría la caída del más despiadado de los tiranos?

»Yo, que ante vosotros me presento, soy autor de cuanto ha acontecido. Me declaro vengador de mi padre y de mi patria. He hecho solo lo que hubiéramos debido hacer juntos. Nadie me ha dado auxilio en semejante empresa; nadie me ha ayudado á llevarla á glorioso remate. No ignoro, sin embargo, que no me habríais negado generoso apoyo si os le hubiese pedido en nombre de la fidelidad debida á vuestro legítimo Príncipe; pero no he querido exponeros á riesgo alguno para castigar á los malvados, ni echar sobre vuestros hombros una carga que bastaban á llevar los míos. No he quemado, como los demás, el cuerpo de Fengo, á fin de que, entregándolo á las llamas, podais saciar en él vuestra justa venganza. No os detengais: levantad la hoguera, quemad ese cuerpo maldito, esparcid las cenizas del malvado, arrojad al viento esos restos odiosos: ¡ni urna ni sepulcro encierren los vestigios impíos de sus huesos! No quede rastro alguno del parricida. No descansen sus miembros en la tierra, ni contagien lugar alguno. No se manchen el mar ni la tierra, dando abrigo á este cuerpo vil.

»Lo demás ya lo he hecho. Sólo os queda cumplir este último deber piadoso. Esos son los funerales que merece el tirano: ese es el duelo debido al parricida. No debe conservar la nación los restos de quien le impuso dura servidumbre. En fin, ¿qué necesidad tengo de recordaros las penalidades que he sufrido, mis grandes cuitas y las desventuras, que conocéis mejor que yo mismo? Años enteros he pasado en la angustia, amenazado de muerte por mi padrastro, despreciado por mi madre, escarnecido por mis amigos: mi vida ha sido un infortunio sin tregua, una serie de sobresaltos y peligros. En una palabra, he vivido abismado en horrenda calamidad. Las quejas íntimas con que á veces deplorábais mi locura como obstáculo al castigo del parricidio, eran para mí testimonio secreto de vuestra simpatía, y además claro indicio de que no había salido de vuestro ánimo la sagrada memoria de la afrentosa pérdida de vuestro Rey. ¿Quién habría podido tener el alma tan dura y el corazón tan empedernido, que no se compadeciese de mis penas ni se conmoviese ante el espectáculo de mi infortunio? Vosotros no habéis manchado vuestras manos con la sangre de Hordenvilo, y no podéis menos de apiadaros de este desventurado, que se ha criado entre vosotros. Tened asimismo lástima de mi afligida madre, de vuestra antigua Reina, libre ya de la vergonzosa obligación, carga harto pesada para los flacos hombros de una mujer, de amar al hermano y al asesino de su esposo.

»Ya véis las circunstancias que me han obligado para dar cima á mi venganza, á envilecer mi inteligencia dándome trazas de bobo, á esconder la luz de la razón, á aparentar demencia. Juzgad ahora del acierto y eficacia de los medios empleados para lograr mi objeto. Me complazco en que seais los jueces de mi empresa. Hollad los restos del parricida, ensañaos con las cenizas de quien ha degradado á la esposa de su hermano inmolado, cometido todos los delitos, causado tantos desastres, puesto la traidora mano en su legítimo soberano, introducido la odiosa tiranía, y coronado con el incesto el pa-

rricidio. Llegó el momento de que déis vuestro amparo á quien ha sido ministro de la venganza y ejecutor de tan justo castigo. Prestadme ayuda y devolvedme mis derechos. He preservado de la mengua á la nación, he salvado de la infamia á mi madre, he acabado con la opresión, he sido juez del parricida, he evitado, volviéndo en contra suya, los mortíferos é interminables ardides de mi tío. Yo padecía con los atentados cometidos contra mi patria y contra mi padre. He aniquilado al que tendía sobre vosotros su cetro de hierro, y ejercía mayor autoridad que la que conviene al hombre.

»Reconoced estos beneficios y el ingenio que los ha inspirado, y si la he merecido, otorgadme la potestad suprema. Recibidme cual cumple al autor de bien tamaño, como al sucesor de mi padre, que llega á vosotros, no manchado con sangre generosa, sino como legítimo heredero del trono, como vengador leal del crimen cometido contra su padre. Me debéis el bien de vuestra libertad recobrada, de vuestra cadena y vuestro yugo hechos pedazos. He puesto fin á un reinado afrentoso y á un poder tiránico: os he redimido de la esclavitud, os he vuelto á vuestro verdadero sér, os he restituído vuestra dignidad y vuestra gloria, he destruído al tirano, he triunfado del verdugo. En vuestras manos está el premio: ya conocéis mis merecimientos: mi título al galardón es mi valor.»

Esta oración del brioso mancebo cautivó todas las voluntades é hizo derramar lágrimas. Calmada la primera impresión dolorosa, fue Amleto declarado Rey por aclamación universal. Todos cifraban sus esperanzas en el claro entendimiento de un Príncipe que había sabido cubrir con un tupido velo su difícil empresa, y llevarla á feliz término con incomparable entereza. De admirar es, en efecto, que durante tan largo espacio lograse esconder á todos sus misteriosos designios.

Después de su triunfo en Dinamarca, volvió Amleto á Bretaña, con tres bajeles espléndidamente equipados, para volver á ver á su suegro y á su esposa. Llevaba consigo la flor y nata de la juventud dinamarquesa, bien adiestrada en las armas, y

llena de gentileza y gallardía; que si en otro tiempo afectaba menesterosa y sórdida traza, ahora ostentaba pompa y magnificencia. Antes parecía inclinado á la pobreza; ahora hacía alarde de elegancia y de bizarría. Hizo pintar en su escudo todos sus actos gloriosos, desde su primera juventud. Diestro pincel había representado en él las principales escenas de sus desventuras y de su animosa constancia. Allí se veían: Hordenvilo asesinado; Fengo, parricida incestuoso, tío criminal; el sobrino, blanco de la irrisión de los cortesanos; las estacas con sus ganchos; los recelos del padrastro, el disimulo del hijastro; los diferentes lances y pruebas; la mujer empleada en la tentación del paseo campestre; el lobo amenazador; el timón encontrado en la playa; la entrada en la selva; el tábano con la paja: el joven Amleto advertido del manejo insidioso, y sus caricias á la doncella, resguardado del acecho de los que le seguían. Representaba también el escudo la mansión real; la entrevista del Príncipe con su madre; el espía descuartizado; los pedazos de su cadáver hervidos, arrojados al muladar y devorados por cerdos feroces. Veíase igualmente á Amleto descubriendo el secreto de los emisarios dormidos y sustituyendo unas palabras á otras, rehusando con desdeñosa grima los manjares y la bebida, observando la mirada del Rey y los vulgares modales de la Reina. Asimismo reproducían las figuras: los emisarios ahorcados; las bodas del Príncipe; su regreso á su patria; las varas rellenas de oro, presentadas á la corte dinamarquesa en lugar de aquellos emisarios; el Príncipe haciendo de escanciador; la espada desenvainada que le hiere los dedos; la hoja sujeta con una clavija; el aumento del regocijo y el tumulto del festín; los tapices echados sobre los dormidos, y sujetos con nudos y ganchos; el incendio del palacio; los convidados abrasados; Amleto junto al lecho de Fengo, reemplazando la espada de éste con la suya inutilizada; por último, el Rey espirando á manos de su hijastro, que le hiere con su propia espada. Con arte primoroso había expresado hábil pintor todos estos hechos en el escudo de guerra de Amleto, reproduciendo la na-

rración con el dibujo, y realzando la obra con los matices del colorido. Los que acompañaban al nuevo Rey, para presentarse con más lucimiento, llevaban también escudos con adornos de oro.

Recibióles el Rey de Bretaña con afabilidad y ostentación. Preguntó, durante la comida, á Amleto, si Fengo vivía prósperamente, y su yerno le dijo que aquel por cuyo bienestar se interesaba, había perecido á mano armada. Con vivo afán hizo nuevas preguntas, y se llenó su alma de espanto al saber que era Amleto autor de aquella muerte violenta.

El y Fengo habían concertado que cualquiera de los dos que sobreviviese al otro, tomaría venganza de su muerte. Hallábase, pues, el Rey en la más penosa perplejidad. Movíanle, por una parte, la obligación en que estaba con respecto á su hija, y el afecto que á su yerno profesaba; por otra, la piadosa memoria de su amigo y el imperioso deber de cumplir su promesa y su juramento.

La fe jurada triunfó al cabo de los vínculos de la sangre, y á la alianza del parentesco se sobrepuso la obligación sagrada de vengar á su amigo. Grave delito le parecía, sin embargo, violar las leyes de hospitalidad, y así, juzgó lo más acertado valerse de mano ajena para el acto de la venganza, y esconder sus desafueros en el misterio y en las apariencias de la inocencia. Ocultó sus redes bajo el velo de urbanas atenciones, y la intención de dañar, con fingidas demostraciones de buena voluntad.

Habiendo fallecido recientemente la Reina, su esposa, dió á Hamleto el encargo de negociar para él un nuevo enlace, manifestándole que el tino singular de que había dado tantas pruebas, era razón que le había inducido á escogerle para misión tan escabrosa. Le refirió que la mujer cuya alianza le convenía, reinaba en Escocia, y se negaba á toda propuesta de casamiento, no tan sólo por su pudor extraordinario, sino también porque, á causa de su altivo carácter, detestaba á tal punto el matrimonio, que hacía matar á cuantos llegaban á

pedir su mano. Ni uno siquiera de sus muchos pretendientes se había librado del suplicio. No obstante el riesgo que tal embajada ofrecía, partió Amleto para llevarla á cabo, confiado en el valor de su gente y de la que le había dado el Rey. Ya en Escocia, estableció sus reales con avanzadas, no lejos de la residencia de la Reina, en una risueña pradera, junto al camino, que ofrecía pasto abundante á los caballos, y donde convidaba al descanso el dulce murmullo de un arroyo.

Enterada la Reina de la llegada de aquella gente forastera, envió, en guisa de reconocimiento, á diez donceles, que debían darle cabal noticia de su aspecto y de su actitud. Uno de ellos, que á los demás se aventajaba en arrojo y astucia, logró, esquivando los centinelas, llegar hasta el mismo Amleto, que dormía con la cabeza apoyada en su escudo. Con singular destreza, sin turbar el sueño del Príncipe ni de ningún otro de los hombres de la expedición, sacó suavemente el escudo y lo presentó á su señora, no sólo como testimonio del éxito de su encargo, sino asimismo para que viese quién era el recién venido. Con la misma habilidad había sustraído, del sitio donde estaba guardada, la carta del Rey de Bretaña.

La Reina examinó el escudo: comprendió por los letreros de las pinturas su interesante significación, y supo de este modo que iba á ver al hombre de superior entendimiento que había castigado en su tío al asesino de su padre. Enterada igualmente del contenido de las láminas de madera en que estaba consignada la demanda de su mano, borró todo lo escrito. Le inspiraba horror el enlace con un anciano, y lo deseaba con un joven. En lugar de lo borrado escribió una carta, procedente, al parecer, del Rey de Bretaña y firmada con su nombre, en la cual solicitaba la mano de la Reina para el portador de la misiva. Deliberadamente mencionó ella en el escrito los hechos recordados en el escudo, por donde la carta y el escudo recibían en la apariencia mutua confirmación. Mandó después á los mismos que había enviado al reconocimiento de los forasteros, que volviesen á colocar en sus respectivos lugares el es-

cudo y las láminas. Así aplicaba á Amleto el mismo engañoso ardid que éste había empleado en otro tiempo con respecto á los emisarios de Fengo.

Mientras esto pasaba, Amleto había advertido la sustracción del escudo, y tenía los ojos cerrados fingiendo que dormía. Esperaba que intentase un nuevo ardid el autor del ardid primero, por lo mismo que éste le había salido á medida de su deseo. Así aconteció, en efecto, por tal modo, que lo que Amleto había perdido durante el sueño verdadero, lo recobró en el sueño fingido. No falló su previsión. Al acercarse cautelosamente el espía que iba á poner en su lugar escudo y láminas, alzóse aquél repentinamente, lo sujetó y lo hizo encadenar. En seguida despertó á las personas de su comitiva, y se encaminó al palacio de la Reina. Después de saludarla en nombre de su suegro, le presentó las láminas escritas de éste, autorizadas con su sello. Las tomó la Reina Hermethruda, y, después de leerlas, aplaudió con lisonjeras palabras los ingeniosos actos de Amleto, declarando que había éste impuesto á Fengo un castigo merecido, y que al llevar á feliz término, con habilidad extraordinaria, su plan de venganza contra un asesino incestuoso, y cobrar legalmente el imperio de quien le tendía continuos lazos, había aventajado en sagacidad al vulgo de los mortales. Añadió que le causaba asombro que un Príncipe, cuyo entendimiento le hacía subir á más alto nivel que los demás hombres, hubiese podido cometer el yerro de casarse del modo que lo había hecho, aceptando una alianza ruín y deslucida. De siervos era la raza de su esposa, aunque la fortuna la hubiese encumbrado hasta el trono. Un hombre cuerdo no habría debido poner la mira, al contraer matrimonio, en esplendor externo. Más acertada habría sido la elección buscando noble raza y esclarecida estirpe, sin dejarse cautivar por los hechizos de la hermosura, que son de índole pasajera y sólo sirven al halago de los sentidos.

«Hay una mujer—le dijo—cuya unión te conviene, porque su cuna es igual á la tuya. Es digno objeto de tu amor, no sólo

por su ilustre progenie, sino por el alto lugar que ocupa, y porque, además, ninguna otra puede competir con ella en riqueza y descendencia real.»

A continuación le hizo notar que ella era Reina, y hasta Rey en cuanto su sexo lo consentía; que aquel á quien ella juzgase merecedor de compartir su tálamo, subiría á su trono y sería Rey; que un cetro cuadraba á su alianza, y á su alianza un cetro, y que no era de desdeñar oferta semejante de parte de una mujer que tenía por costumbre hacer que contestase el acero á los que pretendían su mano. Con tales razones, intentaba Hermethruda atraer la voluntad de Amleto, inducirle á enlazarse con ella y á anteponer la estirpe á la hermosura.

Terminadas sus explicaciones, se echó la Reina en los brazos de Amleto, y embelesado él con las palabras de aquella mujer hermosa y joven, correspondió con deleite á sus dulces caricias. Estas bodas fueron celebradas con un banquete, al cual asistieron amigos y caudillos. Poco después Amleto regresó á Bretaña acompañado de la bella Hermethruda y de una hueste de escoceses escogidos, capaz de arrostrar en su defensa los mayores riesgos.

Salió á su encuentro la hija del Rey, su verdadera esposa, la cual, si bien lamentaba el agravio que le hacía, prefiriendo á ella una concubina, juzgó que no debía sacrificar sus deberes conyugales al resentimiento de los celos. El amor no se había apagado todavía en su corazón, y no pudo menos de vertirle de los ardides que contra él se tramaban, á fin de que pudiese evitar el cercano peligro. Díjole «que llevaba en su seno una prenda de su ternura, y que esta razón era bastante para justificar los miramientos que le dispensaba. Si Amleto aborreció al corruptor de su madre, yo amaré á la amante de mi esposo. No habrá angustia que apacigüe ni envidia que extinga el amor en que por ti me abraso, y no puedo dejar de revelarte las tramas que se urden contra tu persona, y las asechanzas que amenazan tu vida. Has convertido en provecho

tuyo, por medio de una diestra sustitución, el mensaje que te confió tu suegro, y fuerza es que estés prevenido á defenderte de sus ataques».

Mostró la Princesa en estas palabras, que atendía más á los deberes de esposa que á los de hija. Llegó á la sazón el Rey de Bretaña, y para cubrir con capa de amistad los hostiles proyectos que meditaba, estrechó á su yerno en sus brazos, y le convidó á un banquete. Advertido ya de la perfidia, Amleto disimuló de la propia manera, y siguió al Rey, porque deseaba obrar derechamente en todo, y prefería, á rehuir vergonzosamente el peligro, arrostrarlo con habilidad y prudencia. Pero tuvo cuidado de ponerse una cota debajo del traje, y de llevar consigo doscientos jinetes escoceses. Cuando llegó á caballo, al entrar por la puerta, que estaba de par en par abierta, le dió el Rey una embestida, y le habría atravesado con la lanza si la cota de malla oculta no hubiera parado el golpe. Recibió Amleto, sin embargo, una leve herida, y se retiró al paraje donde, por orden suya, le esperaban los guerreros escoceses.

En seguida, con ánimo de disculpar su traición, envió al Rey aquel espía de la Reina de Escocia á quien hizo prisionero, á fin de que presentase como excusa las órdenes de Hermethruda de sustraer furtivamente la misiva que á ella iba dirigida. Todo en balde. El Rey se apresuró á seguirle en su retirada, y desbarató la mayor parte de su gente. Al día siguiente debía darse una batalla decisiva. No esperaba Amleto poder resistir, é imaginó aparentar que aumentaba el número de sus guerreros levantando á los muertos, cuyos cuerpos sostenía, una parte de ellos con estacas, otras apoyándose en las rocas cercanas. Hizo también colocar á algunos sobre sus caballos con todas sus armas, cual si estuviesen vivos y dispuestos en orden para la batalla. La fila de los muertos no era menos numerosa que el núcleo de los vivos. Estupendo espectáculo constituían, en verdad, los muertos llevados al combate y en ademán de pelear. No fue el tal artificio infructuoso para

su autor. Las marciales figuras de los muertos, iluminadas por los esplendentes rayos del sol, tomaron la apariencia de una falanje considerable. Por tal manera, vanos simulacros de difuntos reproducían el primitivo número de los soldados, y nadie podía presumir que el encuentro de la víspera hubiese mermado su gente. Los britanos, aterrorizados con tal perspectiva, evitaron, huyendo, la batalla, vencidos por los difuntos á quienes en vida derrotaron. No es fácil determinar si en esta victoria tuvo mayor parte el ardid ó la suerte. El Rey intentó escaparse, pero fue muerto en la fuga por los dinamarqueses que le perseguían. Amleto, triunfante, y con el copioso botín que recogió en Britania, regresó á su patria, llevándose consigo á ambas esposas.

Rorico había muerto durante aquel tiempo. Le había sucedido Vigleto, el cual despojó á la madre de Amleto de los tesoros de la corona, mortificándola con un sinnúmero de pretensiones, y censurando que Amleto hubiese usurpado el trono de Yutlandia, al cual sólo el Rey Lethreo tenía derecho. Amleto desplegó gran cordura en aquella ocasión. Dió á Vigleto la mayor parte del botín, con objeto de satisfacer sus reclamaciones con tan ricas dádivas. Vigleto, no obstante, andando el tiempo le combatió con pretexto de vengarse, y aun le venció en la guerra, convertido de enemigo oculto en enemigo declarado. Desterró á Fialero, Gobernador de Escania, el cual se retiró, según cuentan, á un lugar desconocido que llaman Undensakre. Cuando Vigleto, apoyado por los guerreros de Ascania y de Selandia, provocó un rompimiento con Amleto, entró éste en gran perplejidad sobre si debía arrostrar la mengua ó el peligro. No ignoraba que resistiendo exponía la vida y evitando la batalla caía en la infamia del cobarde. Después de meditar acerca del asunto, preponderó en su ánimo el deseo de salvar su honra, y su ardiente amor á la gloria le decidió á aventurarse al riesgo de ser derrotado. No quería que el ruin intento de evitar los azares de la suerte anublase el esplendor de su renombre, y sabía que entre una muer-

te gloriosa y una vida sin honra, media la misma distancia que entre la dignidad y la afrenta.

Fuera de esto, amaba con tal vehemencia á Hermethruda, que la idea de que quedase viuda le causaba sinsabor más amargo que la de su propia muerte; y así antes de comenzar la guerra, se afanaba por prepararle un segundo matrimonio. Hermethruda, conmovida, le hizo la noble promesa de seguirle al campo de batalla, declarando que merecía desprecio la mujer que se negaba á morir con su esposo.

No fue ella, por cierto, fiel á estas exageradas palabras. Vencido Amleto y muerto cerca de Yutia á manos de Vigleto, el amor de Hermethruda fue la recompensa del vencedor. Así burla el destino los juramentos de las mujeres: los desvanece el transcurso del tiempo, y los vaivenes de la suerte quebrantan la fe en sus almas livianas é inconstantes. La mujer falta á su promesa con la misma facilidad que promete; la cautivan los varios incentivos del placer; desea lo nuevo y olvida lo pasado; anhelosa se entrega á la satisfacción de sus gustos.

Así acabó Amleto. Habría igualado en gloria á los dioses, y sobrepujado las hazañas de Hércules, si su fortuna hubiese igualado á sus prendas.

Todavía existe junto á Yutia un campo glorificado con su nombre y con su sepulcro.

VII

¿ES «HAMLET» PERSONAJE HISTÓRICO Ó CREACIÓN MÍTICA DE LA FANTASÍA POPULAR?—RECUERDOS DE DINAMARCA.—CASTILLO DE KRONBORG.—SEPULCRO APÓCRIFO DE HAMLET.—SAXO-GRAMMATICUS.—MOLBECH.

Hamlet, no el de Shakspeare, que éste, por su educación, por sus aficiones, por sus ideas, por sus cavilaciones, pertenece de lleno al siglo XVI, sino el de Saxo, fuente única conoci-

da de todos los *Hamlets* literarios antiguos y modernos, carece de carácter histórico claro y determinado. Ni entre los pocos monarcas cuyos nombres han llegado á nosotros al través de las densas nubes de la historia conjetural de Dinamarca, desde Eskiold, contemporáneo de Jesucristo y fundador de dinastía, hasta Gorm el Viejo, último Rey pagano, ni en el catálogo, verdaderamente histórico, que empieza en Sigurd *Snogoie* (el de los ojos de serpiente), año 794, asoma el nombre de *Hamlet*. Los sabios Zinzow, Ettmüller y otros insignes arqueólogos literarios de Alemania y de Dinamarca, hacen subir el mito de Hamlet á las más remotas tradiciones teogónicas, leyendarias y heroicas de Germania.

Sin embargo, se halla tan arraigada la tradición mítica en la tierra de Dinamarca, especialmente en Yutlandia, cuna del mito, que es imposible negarle fundamento histórico. No son conocidas las fuentes de donde tomó Saxo-Grammaticus su épica relación, entre histórica y leyendaria; pero la circunstancia de pintar un Hamlet debelador de Britania (Inglaterra), cuando allí imperaba un solo Rey, que pereció á manos de los invasores, demuestra que el Hamlet de Saxo es posterior al año de 827, término de la Heptarquía sajona. La índole de los hechos que refiere el cronista dinamarqués, corresponde á las terribles correrías marítimas de los *vikings* ó reyes de mar escandinavos, que pusieron espanto á la Europa entera; y sabios historiadores arqueólogos juzgan fundadamente que las hazañas de Hamlet no han podido verificarse sino á mediados del siglo IX.

Por lo demás, aún subsisten en Dinamarca huellas tenaces de la existencia del misterioso Príncipe. Así se infiere de lo que dice el ilustre Molbech en uno de sus apuntes autógrafos, que tuvo la bondad de franquearnos, y que á continuación traducimos:

«Según Saxo, Hamlet muere lidiando con el Rey de Dinamarca Vigleto (*Amletus apud Jutiam a Vigleto acie interemptus*), y añade: INSIGNIS EJUS SEPULTURA, *ac nomine campus* APUD

JUTIAM *extat*. El excelente traductor dinamarqués antiguo de Saxo, A. Vedel (cuyo libro se publicó en 1575), tradujo libremente este pasaje del siguiente modo:

«*Den marck udi Jutland, som hand bleff begraffuen udi Kaldis endnu effter hans nastn* AMLETS HEDE.» (El campo de Yutlandia donde fue enterrado tomó de él su nombre, y se llama todavía la *llanura de Hamlet*.)

«En la parroquia de Verring, diócesis de Aarhus, no lejos de la ciudad de Randers, existe una aldea llamada *Amelhede-Bij*. Anticuarios dinamarqueses han creído encontrar en este nombre el de *Amlets hede* de Vedel.

»Puede claramente deducirse de todo esto que no hay asidero en la tradición para colocar en Elsenor, como se le antojó hacerlo á Shakspeare, la escena de su drama. No es difícil imaginar, sin embargo, el motivo de esta elección. Para la generalidad del público de Londres, en tiempo del poeta no había nombre de pueblo dinamarqués más conocido que Elsenor (*Elsinore*, en Shakspeare).»

Como tantos otros viajeros, fuímos expresamente á Elsenor para visitar *la tumba de Hamlet* en el hermoso parque del palacio de Marienlyst, á pocos kilómetros de la ciudad marítima. Primero, en Elsenor, recorrimos el antiguo é imponente castillo de *Kromborg*, que sobre un pequeño promontorio domina el mar y guarda el paso del Sund como gigante centinela. La majestuosa explanada del castillo nos traía á la imaginación la fantástica del drama de Hamlet, donde aparece la sombra del Rey asesinado. Pura ilusión de nuestra parte, pero ilusión que nos hacía admirar la adivinadora fantasía de Shakspeare, que para tal escena había escogido, sin conocerlo, tan magnífico y adecuado paraje.

De allí pasamos á Marienlyst. Otra shakspiriana ilusión. En un extremo solitario del parque hay, sobre un leve resalte del terreno, un sepulcro de sencillo y primitivo carácter, compuesto de tres piedras rúnicas y rodeado de cuatro frondosos árboles. El pueblo le llama *la tumba de Hamlet*. ¡Lástima que

no sea verdad! Nuestro sabio amigo Molbech nos había advertido que el tal sepulcro era apócrifo, y meramente, como él decía, *una decoración de jardín*. Había sido allí colocado cuando, en época no muy remota, se edificó á orillas del Œresund el palacio real de recreo *Marienlyst*, en el mismo lugar en que desde la época de Cristiano IV (siglo XVI) había existido un sitio real con el nombre de *Lundehave*.

No cabe duda. A pesar de las fantásticas ilusiones que ha hecho nacer el gran poeta británico, no puede vagar la sombra de Hamlet, ni en el castillo de *Kromborg*, ni en el parque de *Marienlyst*. Pertenece á Yutlandia. Allí fue su gloria; allí han quedado los únicos rastros tradicionales de su azarosa vida.

No obstante, no pudimos contemplar sin emoción aquel fúnebre simulacro que lleva su nombre, y que, á falta de significación más histórica, tiene siempre la de ser un glorioso homenaje á la memoria del sublime Shakspeare.

Pasamos, durante nuestra juventud, algunos años en Copenhague (1). Era todavía época de brillante florecimiento para aquella pequeña pero ilustrada y noble nación. No alcanzamos ya al sublime escultor Thorváldsen, que tres años antes había fallecido de repente en el teatro Principal de aquella ciudad, quedándose como dormido en una butaca; pero tuvimos la honra de conocer á cinco señalados varones, de alto mérito y claro renombre, que dieron lustre á su patria con sus trabajos literarios, artísticos y científicos: *Bissen*, el más aventajado de los discípulos de Thorváldsen; *Œrsted*, creador de la ciencia electro-magnética y verdadero inventor de la telegrafía eléctrica; *Andersen*, famoso en todas las naciones por sus

(1) Don Leopoldo Augusto de Cueto, hoy Marqués del Valmar, autor de estos apuntes, fue Ministro de España en Dinamarca en los años 1847, 1848 y 1849. No titubeó en adquirir para el Estado la única estatua de Thorváldsen que ha venido á España: el magnífico *Mercurio* que se admira en el Museo Nacional.

peregrinos cuentos y relaciones; *Molbech,* uno de los más sabios historiógrafos y arqueólogos que ha producido Dinamarca; y por último, sobre todos ellos, *Œhlenschlæger,* amigo de Gœthe, poeta lírico y dramático de primer orden, inspirado vulgarizador, en su poema *Los Dioses del Norte,* de la mitología escandinava, y una de las más brillantes glorias de la Europa septentrional.

Como Shakspeare, empezó Œhlenschlæger su vida pública por la profesión de actor. Fue después Catedrático de Estética, y más adelante, también como Shakspeare, publicó una serie de interesantes dramas fundados en la historia antigua de su país, y en las poéticas tradiciones de las *sagas* populares. Por aquellos años, cercanos ya al término de su gloriosa vida, escribió un nuevo HAMLET, *tragedia en verso, en cinco actos.* No hay en ella ni imitación ni rivalidad de Shakspeare. Este pintó en *Hamlet* un tipo simbólico del siglo XVI; el poeta dinamarqués pinta el mito épico de la leyenda escandinava, la cual, como él mismo dice en el prólogo de la tragedia, «no se presenta en Saxo cual Príncipe filósofo y noble, dominado por una misantropía fantástica, sino con la realidad de un mancebo heroico y de un Rey dinamarqués de los primitivos tiempos.» Œhlenschlæger no sigue las huellas de Ducis, que reduce pobremente y transforma el drama de Shakspeare, si bien con acierto y felicidad en el desenlace: trata el asunto á la escandinava, y crea un tipo verdaderamente dinamarqués para añadirlo á *Stærkodder, Axel* y *Valborg, Palmatoke, Hakon-Iarl* y otras obras dramáticas, que constituyen lo que él mismo llama su «galería de cuadros históricos y nacionales».

Como era natural, nos asaltó el deseo de investigar las fuentes que pudo tener á la vista el gran dramaturgo inglés para formar su famoso y extraño drama. Imaginando que en las antiguas *sagas* históricas podrían hallarse rastros del mito, acudimos al Sr. Molbech, que tanto había estudiado aquel fecundo manantial de tradiciones y leyendas. El sabio arqueólogo

literario nos declaró que no se hallaba recuerdo tradicional ni monumento alguno autorizado del mito de Hamlet más antiguo que la preciosa relación de Saxo-Grammaticus. De ella nacieron, directa ó indirectamente, la *Crónica rimada dinamarquesa* (*Danske Rimkrönnike*), primer libro que se dió á la estampa en Dinamarca (1495), del cual tuvimos el gusto de ver un rarísimo ejemplar en la Biblioteca Real de Copenhague; las *sagas* islandesas relativas á la leyenda de *Amlet;* la famosa novela de Belleforest, que suponen muchos (hoy es dudoso) inspiradora del drama de Shakspeare, y los varios dramas que desde el siglo XVI hasta el XIX se han escrito acerca del mito de Hamlet.

La relación de *Saxo-Grammaticus,* escrita en latín claro y relativamente acicalado para el siglo XII, nos cautivó desde luego. Aquel mancebo animoso, que reprime su audacia heroica y obra cauteloso, prudente y astuto, para cumplir un noble designio, hasta que, llegado el momento que buscaba, venga á su padre y castiga á los malvados á la faz del mundo, arrostrando todos los peligros, nos pareció más moral, aun enmedio de la bárbara desnudez de tiempos primitivos, y, sobre todo, más propio para la epopeya y para el drama trágico, que un príncipe filósofo y vacilante, que nunca llega al fin que se propone, y parece que emplea su entendimiento, su astucia, su inacabable acecho y todas las fuerzas de su alma, no para vengar á su padre, sino para resolver un problema.

Con razón dieron á Saxo, como honroso testimonio, el sobrenombre de *gramático* (humanista, erudito). Era aficionado á primores retóricos, y pocos hay que le igualen en su tiempo como escritor latino. Cuando se limita á la narración de las tradiciones históricas ó leyendarias de su patria, su estilo es conciso y expresivo; cuando hace gala de su cultura literaria, y pretende escribir á la manera de los grandes clásicos romanos, no sólo se trasluce la afectación imitativa, sino que además se hace verboso, y contradice el espíritu genuino de los personajes de los tiempos y del libro mismo. Esto es harto vi-

sible en el discurso que pone en boca de Amleto después de la catástrofe del palacio de Fengo, siguiendo las huellas de Tito Livio, que es su modelo.

La fama y autoridad de Saxo fueron siempre grandes. El Rey Valdemar I le confió mensajes diplomáticos, y acaso á la prestigiosa veneración que inspiraba la ciencia en la Edad Media se deba que fuese enterrado en el panteón real de la basílica de Rœskild, junto á los soberanos de Dinamarca.

Nuestro embajador poeta, el Conde de Rebolledo, le cita varias veces en las *Selvas Dánicas* cual certera autoridad histórica. Admiraba su estilo, como puede inferirse de estos versos, referentes al reinado de Valdemar I:

«Florecieron las letras en su tiempo,
De que es testigo el elegante *Saxo*.»

La relación de *Saxo-Grammaticus*, por la rareza de su libro histórico, no es muy conocida en España. Por esta razón, hemos juzgado oportuno dar á luz su traducción castellana.

VIII

MORATÍN TRADUCTOR DE *Hamlet*.—INJUSTICIA Y ERROR DE LA CRÍTICA PSEUDO CLÁSICA CON RESPECTO Á SHAKSPEARE.

¡Cuánto cegaban las preocupaciones de escuela, y cuán hondamente se arraigaban en el entendimiento las *falsas verdades* estéticas que, con temeridad y soberbia, proclamaban los preceptistas franceses, y en pos de ellos sus imitadores en todas las naciones literarias! Moratín paró su atención en Shakspeare á consecuencia, sin duda, de la ruidosa impresión que produjo en Francia la famosa traducción de Letourneur. En la polémica allí suscitada entre los *Racinistas*, á cuyo frente se hallaba Voltaire, y los que llegaban á comprender que el teatro libre y vigoroso de Shakspeare abría más ancho campo á la pintura y movimiento de las pasiones, no hay que

decir que Moratín estaba por los *Racinistas*. Era nuestro insigne poeta cómico hombre de clarísimo ingenio, hablista eminente y filólogo consumado; pero su alma estaba más dispuesta á admirar los aciertos artificiales de la sensatez literaria, que los vuelos de la fantasía y los arranques del genio, que busca sólo en la naturaleza el manantial de su inspiración. El decoro escénico, la armonía simétrica, todos los melindrosos y convencionales preceptos de Boileau, que imaginaba ser fiel intérprete de los principios de Aristóteles, eran á los ojos de Moratín infalibles dogmas que encerraban la llave única de la perfección literaria. ¿Qué habían de parecerle, no las sangrientas catástrofes de Shakspeare (pues las encontraba igualmente en las tragedias griegas), sino la variedad de tonos y de clases sociales en la pintura del tumulto humano, el desprecio de las unidades, el desenfado con que se dicen unos á otros las más duras verdades, y la amalgama, en un mismo plan, de la risa, de la pasión, de la sublimidad, de la llaneza, de la indiferencia y de las lágrimas?

Con esta prevención de ánimo leyó Moratín al dramaturgo inglés, y ¡cuál sería el atractivo que encontró en las «bellezas admirables» (son sus palabras) del sublime *bárbaro,* cuando se decidió á traducir el *Hamlet!* Parecióle el drama, sin embargo, «un todo extraordinario y monstruoso». Reconoce que el autor «expresa con acierto las pasiones y defectos humanos, y reflexiona melancólico con profunda y sólida filosofía»; pero afirma en seguida que á veces «se olvida Shakspeare de la fábula que finge, del fin que debió en ella proponerse, de la situación en que pone á sus personajes, del carácter que les dió, de lo que dijeron antes, de lo que debe suceder después, y acalorado por una especie de frenesí, no hay desaciertos en que no tropiece y caiga».

Moratín, sólo en escasa parte, tiene razón en esta severa censura. No alcanzó á comprender el espíritu del inmortal poeta, ni era fácil que aceptase la nueva y para él extraña poética, á la par idealista y naturalista, que le ofrecían los

antiguos teatros inglés y español. Más robusto y acertado es su fallo acerca del sentido moral de la obra:

«Llega—dice—el desenlace, donde se complican sin necesidad los nudos, y el autor los rompe de una vez, no los desata; amontonando circunstancias inverosímiles, que destruyen toda ilusión, y ya desnudo el puñal de Melpómene, le baña en sangre inocente y culpada; divide el interés, y hace dudosa la existencia de una Providencia justa, al ver sacrificados á sus venganzas en horrenda catástrofe el amor incestuoso y el puro y filial, la amistad fiel, la tiranía, la adulación, la perfidia y la sinceridad generosa y noble. Todo es culpa, todo se confunde en igual destrozo.»

La versión está hecha en noble y acrisolado idioma castellano; pero Moratín está, respecto del carácter y de la intención del drama, á mucha distancia del autor inglés. No se decide á hablar el lenguaje franco, desnudo y natural, de algunos personajes en lo que él llama «diálogos groseros», y cae de este modo, sin advertirlo, en la monótona uniformidad de entonación, que es uno de los más reparables yerros de la escuela seudo-clásica francesa. No siempre comprende la ironía, que es una de las cualidades esenciales del carácter del Príncipe dinamarqués, y desnaturaliza no poco el drama original. Se descuida también á veces en la significación propia y genuina de las voces inglesas, y así, por ejemplo, llama caballos *bárbaros* á los caballos *berberiscos* que apuesta el Rey contra Laertes en el acto quinto.

En donde más resalta lo torcidamente que el *clásico* Moratín entendía la índole peculiar y el alcance estético del *romántico* Shakspeare, es en la crítica desdichada de las notas á la traducción de *Hamlet*. Pondremos sólo dos ejemplos.

Todos los grandes críticos admiran la habilidad con que el poeta inglés emplea, como resorte trágico, la intervención de espectros y seres sobrenaturales, especialmente la aparición, en las primeras escenas de *Hamlet*, del Rey asesinado. De esta aparición puede decirse que arranca el drama entero. La ines-

perada y terrible revelación de ultratumba es la influencia poderosa que turba para siempre el alma meditabunda y pesimista del Príncipe, que le hace vivir sin tregua entre los imponentes misterios del otro mundo y las tristes realidades del mundo presente, que le inspira el terror del abismo tenebroso en que puede lanzarle la realización de su venganza, la desconfianza y desvío para con sus semejantes, las acerbas dudas del cielo y de la tierra, el desprecio y la insultante ironía que brotan á cada paso de sus labios; cuanto constituye, en fin, el singular carácter de Hamlet. La aparición avasalla su mente y desencadena, por decirlo así, el torrente de pensamientos escépticos y sombríos que había hecho nacer en su ánimo la audacia germánica de la Universidad de Wittenberg.

Del efecto escénico del espectro no hay que dudar. Lo ha demostrado la experiencia teatral de siglos enteros. El pueblo británico se siente sobrecogido de espanto ante la fatídica y majestuosa visión del Monarca, y esta emoción le dispone maravillosamente á comprender las extrañezas del carácter de Hamlet. Verdad es que los seres sobrenaturales que Shakspeare presenta en la escena no son, como en el vulgo de los escritores que emplean medios mágicos, meras impresiones fantásticas ó facilidades del oficio para entretener y deslumbrar á los espectadores. En Shakspeare, los seres sobrenaturales, como la aparición del Rey de Dinamarca, las brujas de Macbeth, la sombra de Banquo (presentados siempre con gran tino y sobriedad), son agentes trascendentales que forman parte de la esencia de la trama escénica, dominan el ánimo y están estrechamente ligados con los grandes intereses y con las pasiones del drama.

Moratín toma la sombra que aparece en el castillo de Elsenor como una simple ilusión del drama fantástico, y tan lejos está de concebir que aquella visión es elemento poderoso de tragedia sublime, que se atreve á escribir estas palabras:

«La aparición del muerto es ociosa é intempestiva en esta escena. Cuando la introducción de tales visiones no fuese re-

probada generalmente, se exigiría á lo menos que se colocaran donde pudiesen producir todo el efecto teatral de que son susceptibles.»

Después de lo anteriormente explicado, son ociosos los comentarios.

Podemos señalar, para segundo ejemplo, la nota en que tributa Moratín grandes alabanzas al carácter cómico de Polonio. Dice entre otras cosas:

«El carácter de Polonio (lord Chambelán del Rey de Dinamarca, que equivale á Sumiller de Corps) jamás se desmiente. Viejo ridículo, presumido, entremetido, hablador infatigable, destinado á ser el gracioso de la tragedia. Los que se obstinan en defender cuanto deliró Shakspeare, dicen que el carácter de este personaje está bien seguido, y tienen razón; dicen también que en las cortes y en los palacios hay abundancia de estos bichos ridículos, y también es cierto; pero tales figuras son buenas para un entremés, no para una tragedia. Los afectos terribles que deben animarla, las grandes ideas de que ha de estar llena, la noble y robusta expresión que corresponde á tales pasiones, la unidad de interés, que nunca debe debilitarse, todo esto se aviene mal con las tonterías de un viejo chocarrero y parlanchín. No basta que la naturaleza nos presente esta unión confusa de objetos. Un buen poeta no debe imitarla como es en sí.»

Nunca, en verdad, se ha presentado con más candorosa desnudez el enfático y artificial sistema doctrinal de los preceptistas seudo-clásicos. ¡Cómo ha de comprender el teatro de Shakspeare quien así pretende poner coto á la verdad de la naturaleza, y desfigurarla cuando se trata de imitarla! ¡Con que es cierto que el carácter de Polonio es verdadero y consecuente, y que tales tipos de afectación y petulancia abundan en los palacios, y es yerro, sin embargo, introducirlos en la pintura fiel de una corte! ¡Qué ruin limitación daban al concepto del arte los que así pretendían, con pretexto de nobleza y elevación, hacer hablar á todo el mundo en la escena un

lenguaje encopetado y elegante, y suprimir tipos verdaderos, que, por lo mismo que no son dechados de grandeza moral é intelectual, forman contraste y realzan con él los grandes caracteres y las sublimidades del valor y del entendimiento! Y ¿dónde aprendieron los falsos clásicos esa triste poética, que tan enfadosa uniformidad da al lenguaje y á los personajes, y tanto amengua en las letras el cuadro vario y animado de la vida humana? No ciertamente en los verdaderos clásicos de la antigüedad, de quienes con harta presunción se juzgaban continuadores. La tragedia griega era sobria, elevada y noble; mas no por ello se juzgaba reñida con la sencillez y la anaturalidad de la verdad humana; y cuando lo requería el sunto, no se avergonzaba de expresar, á la manera de Homero, íntimas y familiares circunstancias. Una nodriza, en la sublime trilogía *La Orestia,* de Esquilo, refiere sin rebozo pormenores de un niño, que exceden en llaneza á la desnudez descriptiva de los *naturalistas* de nuestra época.

Moratín, que no comprendió á *Hamlet,* no formó tampoco cabal concepto de Polonio. Este áulico magnate no es *figura de entremés,* como dice el insigne escritor castellano. Aunque insubstancial hablador, tiene más circunspección y cordura de lo que á primera vista parece. Es un taimado egoista, que esquiva todo cuanto puede comprometerle, y no se desvía nunca de la senda que á su interés conviene. Pedante, porque representa el conceptismo de los *eufuistas,* que estaba de moda en el palacio de Isabel; es tipo fiel del cortesano vulgar, á la vez lisonjero y ensimismado, tipo que cabe en el drama, como todo cuanto es verdadero y pinta una situación de la vida humana. Por otra parte, Polonio no es siempre charlatán palaciego; los consejos que da á su hijo Laertes, cuando éste sale para París, son de índole tan sana, tan discreta y tan caballerosa, que honrarían á cualquier hombre austero, esclavo de su honor y de sus deberes. Gervinus, el gran analizador alemán de Shakspeare, es poco favorable á la importancia intrínseca de Polonio. Pero otros, en cambio, y Gœthe entre ellos, descubren

cierta sagacidad y hábil astucia en su conducta. Como quiera que sea, Polonio representa un vicio y una ridiculez social, y es evidente que, tal como le retrata la obra inglesa, no es, ni puede ser, bufón de entremés.

Hay una disculpa á la ceguedad de Moratín. Su corto alcance crítico con respecto á Shakspeare, fue universal durante siglos. Los literatos de su tiempo acusan al poeta inglés de vanidoso y de plagiario, ó hablan de sus obras dramáticas en términos de aprecio que frisan con la indiferencia. Jorge Green, actor y poeta satírico y dramático, en un libelo titulado *Por dos ochàvos de ingenio*, ataca reciamente á Shakspeare y hasta se burla de su nombre, formando con él punzantes equívocos; Marlow, dotado de estro vigoroso, gran helenista, colocado en primera línea por la opinión del público inglés, murió envidioso de la naciente gloria del poeta de Stratford; el erudito Ben Jonson, que sólo era superior á Shakspeare en estudios clásicos, le acusa, con torcida voluntad, de que sabía *poco latín* y ningún griego (*small latin and no greek*), frase con la cual Ben Jonson quería meramente dar á entender la inferioridad del saber de Shakspeare con respecto al suyo, y que, sin embargo, ha contribuído á la errada creencia, rutinariamente propagada, de que el sublime dramaturgo era hombre de pocas letras.

El escritor que sabe y entiende tan á fondo la historia de su patria; que forma en diez dramas como un grandioso poema nacional, y que estudia á Plutarco (aunque sea en la traducción francesa de Amyot, ó en la inglesa de sir Thomas North); que analiza las lucubraciones filosóficas de Montaigne; que en *Coriolano* y *Julio César* retrata al pueblo romano con exacto y vigoroso pincel, que nunca llegaron á encontrar los ilustres poetas del neo-clasicismo francés, que tan falsa y enfáticamente lo pintaban; que estudiaba é imitaba á los más célebres escritores italianos, la mayor civilización literaria de su tiempo; que sacaba asuntos para sus dramas, de comedias, leyendas y novelas francesas, latinas, italianas y españolas; que conocía

cuanto se publicaba en Inglaterra; este escritor, decimos, que pasaba su vida engolfado en el estudio de los hechos, de los hombres y de las costumbres de los tiempos antiguos y modernos, esto es, en una atmósfera intelectual, ¿puede con justicia ser motejado de ignorante? Los que no eran más que eruditos y filólogos quedaron á gran distancia de él en la difícil ciencia de comprender el hondo sentido de la historia, de las ideas y de los sentimientos humanos.

Los escritores que hemos citado, detractores de Shakspeare, eran también poetas dramáticos, y, como suele acontecer entre gentes de una misma profesión, sus enemigos y rivales. Pero otros escritores contemporáneos, que no abrigaban hostiles prevenciones contra el gran poeta, hablan de él, sin embargo, como de un ingenio adocenado, digno de mera estimación. Así dice uno de ellos, Tomás Nash, que escribió curiosísimas relaciones y anécdotas acerca del teatro y de las costumbres teatrales de aquella época: «El autor de la obra es un tal Guillermo Shakspeare, que ha dos años se ha retirado al campo, y que no carecía de ingenio..... Empezó por ser comediante, agradó al público, y hasta 1592 se contentó con refundir comedias y tragedias de sus antecesores. Suscitó envidia aquella fama fundada en raspaduras y en versos añadidos..... No me negaría yo á admirar su talento de poeta si no hubiera compuesto dramas para vivir; los dramas lo han perdido. ¡Cuán bellos son sus poemas *Venus y Adonis* y *El Forzamiento de Lucrecia!* No hay en Londres una dama galante que no los tenga sobre su mesa. Es primoroso petrarquismo; resplandecen los pensamientos y las palabras; nada está expresado con llaneza. Pero nuestro autor deseaba enriquecerse y se engolfó en el teatro, lo cual le ha privado de una parte de la gloria debida á su ingenio.»

Así juzgaban á Shakespeare sus contemporáneos más benévolos. ¡Rémora y estorbo el teatro para la gloria del incomparable poeta dramático! La Reina Isabel de Inglaterra, que, aunque de índole aviesa y cruel, se pagaba mucho de la cultula literaria, escribía sonetos imitando á Petrarca, y sabía ha-

blar latín, como varias damas de su corte, admiraba y protegía á Shakspeare, y le defendía contra los puritanos, que odiaban al poeta y le causaban continuas vejaciones. El ilustrado Conde de Southampton, gran soldado y estadista, no sólo le otorgó desde luego su protección abierta y generosa, sino que llegó á profesarle la más entrañable amistad. Otros magnates imitaron á Southampton; algunos literatos graves, muy contados, comprendieron que el actor poeta era hombre de maravilloso vuelo intelectual. Más adelante preponderó de tal modo la literatura erudita y artificial sobre la literatura espontánea é inspirada, que ni el sublime Milton ni el brillante Pope vieron en Shakspeare sino un genio tan penetrante y vivo como desordenado y rudo.

A mediados del siglo XVIII, el sabio Samuel Johnson, dechado de filólogos y lexicógrafos, que hace una magnífica edición de las obras del eximio poeta de Stratford, declara con laudable lisura que no le es dado comprender el carácter de Hamlet. Voltaire no es tan circunspecto ni tan comedido; ciego con los *infalibles* principios de Boileau, y exasperado con el eco que empezaba á tener en Francia el renombre de Shakspeare, declara que el *Hamlet*, creación magistral de un filósofo, parece «obra de un salvaje borracho».

Lo verdaderamente salvaje, es aquí la bárbara soberbia de Voltaire.

¡Qué mucho que Moratín, que veía el arte en pequeño, y aplicaba al teatro del poeta británico dogmas convencionales, que no le eran en manera alguna aplicables, se confundiera como se había confundido la Europa docta, durante dos siglos, ante un estudio psicológico llevado al teatro con una audacia desconocida hasta Shakspeare, y se atreviera á traducir de un idioma teutónico, intraducible en idiomas latinos, con frase atildada, y acicalado y uniforme estilo, una de las obras literarias escritas con mayor desenfado y variedad de entonación y lenguaje que ha producido el arte escénico, libre y nacional, de Inglaterra y de España!

La traducción está hecha de buena fe y con esmero. Moratín admiraba, si bien con grandes restricciones seudo-clásicas, el ingenio de Shakspeare, aunque sólo á medias le comprendía. Pero ¡triste efecto de los errores aprendidos! la versión del admirador parece la conversión de un enemigo.

Quien nunca se equivocó con respecto á los dramas de Shakspeare, fue el pueblo inglés. Ese crítico indocto, que, exento de prevenciones doctrinales ó personales, iba al teatro, no como ahora, á analizar y censurar, sino á gozar de las impresiones risueñas ó conmovedoras del arte, sentía y comprendía de lleno la energía, la gracia, la pasión, los fantásticos vuelos que rebosan en las inmortales obras de aquel grande hombre. No sólo veía en ellas el movimiento eterno de los afectos de humanidad; descubría además que la vida histórica ó leyendaria allí retratada era su propia vida, esto es, la existencia intrínseca y tradicional de la raza británica. Se han modificado por la acción destructora del tiempo, idioma, costumbres, leyes, ideas. El pueblo inglés, fuera del período en que el fanatismo tiránico de los puritanos, que proscribió las Bellas Artes, interrumpió las representaciones dramáticas, no ha dejado nunca de acudir al teatro para rendir culto de admiración y entusiasmo á su autor favorito. Como en Esquilo y en Sófocles, en Lope de Vega, en Calderón, en Tirso, en Corneille, en Molière, en Schiller, en Gœthe, es en Shakspeare tan fiel, animada é intensa la pintura del fondo humano, que el hombre se reconoce siempre en ella, y por eso viven y vivirán, por más que la corriente de las edades y el cambio de idiomas, de pueblos, de civilizaciones, las despojen de no escasa parte de su primitivo y genuino embeleso.

Necesario ha sido que los grandes críticos alemanes Lessing, Schlegel y Gœthe hagan triunfar la estética de la razón y de la naturaleza de la estética de la convención y del artificio, para que la Europa aparte de sus ojos el velo con que estrechas poéticas le encubrían la verdadera belleza, y haya llegado á comprender que aquel vulgo ignorante, que admiraba

á Shakspeare y á Calderón con incansable perseverancia, tenía más intuitiva ciencia crítica que los arrogantes filólogos legisladores, que ponían al ingenio vallas que no le pusieron ni Dios, ni el buen sentido, ni la libertad de las artes y de las letras.

Shakspeare reina hoy día en el mundo literario como la más alta y esplendente lumbrera. Nosotros no titubeamos en declarar, sin hacer agravio á los mayores ingenios de los tiempos antiguos y modernos, que, á nuestro juicio, por la energía sublime de sus concepciones, por su carácter universal, por la nobleza y vuelo de su fantasía, por la viva penetración con que ve y analiza el corazón humano, por la variedad de sus facultades creadoras, por el alcance psicológico, por la fuerza y gala de la poesía, nos parece que ha estampado en la dramática más hondamente que otro alguno, el augusto sello del genio.

El Marqués de Valmar.

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO: El futuro Congreso iberoamericano de Madrid, juzgado en América. — La tendencia del futuro Congreso panamericano que se celebrará en Méjico en oposición evidente á la del Congreso de Madrid. — ¿A dónde vamos? — Programas previos, deducidos de dos artículos de *La República*, de Guatemala.—Necesidad de pactos que garanticen la armonía y la paz entre las Repúblicas iberoamericanas.—Problemas americanos.—Tacna y Arica.—Estado de la cuestión.—Folleto del Sr. Garland. —El protectorado de los Estados Unidos para el Perú. — La revolución de Colombia. — Los revolucionarios ofrecen el Istmo de Panamá á los Estados Unidos. — Cordialidad de afectos de la América latina para España. — El *Río de la Plata* en San José de Guatemala.

Ya se discute en los periódicos americanos de nuestra lengua el objeto esencial del Congreso hispanoamericano que en Octubre próximo ha de celebrarse en Madrid, comparándolo con el Congreso panamericano á que el Gobierno de los Estados Unidos ha invitado para que se verifique en Méjico en 1901. Toda la América de nuestra raza tiene conciencia plena de lo que uno y otro Congreso significan; toda la América de nuestra sangre sabe hacia cuál de los dos debe dirigir sus simpatías, y al hacer la acertada calificación del objeto trascendental de uno y otro, sólo muestra vivo temor que el de Madrid, enmedio de las expansiones de la fraternidad á que habrá de prestarse, no llene en todo la medida de su verdadera oportunidad é importancia, el fin práctico que todos los clamores solicitan.

Deben ser conocidas entre nosotros las opiniones que á este propósito en América se vierten, y casi la necesidad de hacerlas conocer en su ingenua espontaneidad se impone en nuestra tarea, y se antepone en nuestra convicción á la satisfacción de traducir en ideas propias aquellos latidos de una cordialidad digna de toda alabanza. Un periódico de Guatemala escribe:

«Dos Congresos, á primera vista semejantes, pero en el fondo diametralmente opuestos en cuanto á sus fines, se preparan para dentro de poco: uno el de Madrid, que se denominará *Social y económico hispanoamericano,* y otro *panamericano* sencillamente. Pretende el uno seguir poniendo los jalones para la unión de intereses homogéneos entre los países americanos de raza ibérica, tanto en el concepto social como en el económico, y el segundo es una nueva tentativa para llegar á la inteligencia comercial de todas las naciones del Nuevo Mundo. Aunque en las apariencias resultan bastante semejantes las tendencias y fines de ambas reuniones, en el fondo siguen rumbos contrarios y casi irreconciliables entre sí. Los dos Congresos parecen dirigirse á crear una forma de *zollverein* entre las naciones americanas, pero por distintos caminos y con distintos objetos. El Congreso iberoamericano se dirige á estrechar, en primer lugar, *lazos de raza,* á que todos los miembros de la nueva entidad étnica constituída en el Nuevo Mundo por la mezcla de la sangre ibera con las aborígenes se unan entre sí, sirviéndole de vínculo sus relaciones con la madre común de todos ellos, y á que esa unión, cimentada en bases imperecederas, se realice mediante el desarrollo de intereses morales y materiales, comunes también á todos. El Congreso panamericano tiende á un fin menos elevado, pero más práctico. No han de plantearse en él cuestiones sociales, sino sencillamente asuntos económicos, y será únicamente un paso más hacia *la tutoría* que se han arrogado los Estados Unidos de Norte América respecto á todas las naciones del continente americano, y una nueva aplicación,

aunque más egoista y estrecha, de la llamada doctrina de Monroe, que refiriéndose exclusivamente á cuestiones territoriales ó de soberanía, se desea hacer extensiva á los asuntos comerciales y á los económicos en general. Resulta bien claro, por lo tanto, que si con el Congreso iberoamericano se persigue también un fin práctico, es por un camino que no conduce á abdicaciones de ningún género; pero, en cambio, con el Congreso panamericano se trata de que las naciones todas de este continente se asocien entre sí, *sólo* para fomentar el comercio del coloso del Norte, dando á su tráfico todo género de facilidades, con el pretexto de que conviene á todos los pueblos americanos prevenirse contra las intrusiones de Europa.

»No nos toca ocuparnos ahora en lo ilusorio de estos supuestos peligros con relación á las naciones europeas, ni tampoco de las ventajas que ofrece á las naciones americanas tener abiertas las puertas al comercio universal, con lo que mantienen la competencia y disfrutan de sus beneficios. Nos limitaremos, á este respecto, á señalar que el tráfico entre las naciones no puede ser sino recíproco, y en las pretensiones de los Estados Unidos á hacer casi todo nuestro comercio bajo el peso de sus monopolios con muchos de nuestros productos, se repite el caso de la Argentina, la cual surte ya no pocos mercados europeos de cereales, que ciertamente no tendrían consumo jamás en Norte-América, con quien esta República rivaliza en este ramo de su exportación, y que nunca podrá poner trabas en su mercado al comercio europeo, á menos de no provocar represalias que le cerraran las puertas de su mercado consumidor, en beneficio exclusivo de Rusia y de los Estados Unidos. Ese panamericanismo, en la práctica, representa el predominio comercial de Norte-América en todo este continente, y la ruína total de todo él. Por esta razón, hace diez años fracasaron las tentativas hechas para plantearlo, en otro Congreso semejante al que se reunirá en Méjico; y por esta razón, los tratados de reciprocidad que fueron consecuencia del Congreso panamericano que Mr. Blaine re-

unió en Washington, fueron denunciados tan pronto como se tocaron sus inconvenientes, adquiriéndose con tal motivo la experiencia que no puede ser olvidada por los que entonces se dejaron alucinar y seducir incautamente por perspectivas en la apariencia halagadoras, pero que fueron bien apreciadas por algunas de las naciones americanas del Sur, que nunca se prestaron á seguir la corriente que parecía impuesta entonces por las circunstancias.

»Sin que nos guíen prejuicios de raza ni preocupaciones de ningún género, medimos y aquilatamos estos antecedentes, y deducimos de las experiencias adquiridas por estos pueblos las convicciones que nos confirman en la opinión de que al desarrollo de las naciones iberoamericanas no conviene adquirir otros compromisos ni suscribir otros pactos que aquellos *que las liguen entre sí* y las hagan solidarias unas de otras, sin ingerencias de extraños, que sólo atenderán á devorarnos, siendo más poderosos, pues en la historia, á los que no se precaven, siempre les toca la suerte del refrán, que expresa que *el pez grande se come al chico*. El movimiento de aproximación que se observa entre los hombres selectos de nuestras naciones iberoamericanas, es cada día más notorio. Aún nos falta que dirimir muchas pequeñas diferencias y divisiones entre las más vecinas, divisiones y diferencias que ahondan el aislamiento en que vivimos, las rivalidades de la proximidad, la falta de intereses comunes, y sobre todo, de lazos permanentes y cordiales que nos liguen con recíproca conveniencia. El próximo Congreso iberoamericano es el llamado á promover soluciones prácticas para la creación y la consagración de estos lazos, y las naciones de sangre española no pueden desaprovechar ninguna ocasión favorable que se les ofrezca, conducente de una manera práctica á este fin. Aún tenemos cuestiones territoriales que estimulan los odios de localidad y dan lugar á conflictos. Las luchas armadas entre las naciones americanas, no tienen razón de ser y equivalen á verdaderos fratricidios; pero otros peligros comunes podemos correr, que exijan

auxilios comunes. No basta que de nuevo se planteen los problemas del arbitraje internacional con el carácter de institución permanente y con árbitros de nuestra raza; hay que avanzar más en los pactos defensivos, que nos obliguen á todos y á todos nos garanticen en nuestra entera libertad, en nuestra completa integridad, en nuestra legítima independencia, y el planteamiento de todas estas cuestiones es el que puede imprimir al Congreso iberoamericano de Madrid el objeto práctico por el que todos los iberoamericanos, sin excepción, suspiramos.»

***

En el fondo de estas aspiraciones palpitan también los que en otros periódicos que tenemos á la vista del mismo modo escriben:

«Una desilusión nos ha producido la lectura de los últimos periódicos recibidos de Madrid en lo que se refiere al futuro Congreso Iberoamericano. Por el texto de los primeros despachos por el cable que se ocuparon del asunto, entendimos se trataba no sólo de una convocatoria oficial, sino también de una asamblea del mismo carácter, en la que, á semejanza de lo verificado por las naciones europeas en Conferencias diversas de París, de Berlín, de Madrid, de la Haya, y en los Estados Unidos en el Congreso panamericano de 1889, se discutieron *verdaderos pactos internacionales* y se dilucidaron puntos de derecho, á reserva siempre de la aprobación definitiva de las naciones representadas en dichas asambleas. Pero hemos visto se trata de algo semejante á lo realizado *brillantemente* en 1892, que, *con todo el entusiasmo de aquellos días,* con la profusión de memorias, informes y discursos, de que hubo verdadero derroche, *no condujo á nada práctico,* ni quedó de ello otra cosa que muy gratos recuerdos y algunos pocos libros que enriquecen hoy muy contadas bibliotecas.

»Puntos muy capitales comprende el programa de la Unión

Iberoamericana para el Congreso de Octubre próximo, respecto á la institución permanente del arbitraje, á los tratados de comercio y navegación, de propiedad literaria y de marcas industriales, aparte de algunas cuestiones sociales de indiscutible interés; pero es lástima que se haya echado en olvido que en 1892, en los Congresos celebrados en España, y hasta en las animadas reuniones verificadas en el elegante edificio de la Unión Iberoamericana de Madrid, ya hubo quienes, en forma cortés, pero bien clara y explícita, expresaron era llegada la hora *para nuestra raza* de abandonar, en lo posible, sus tradicionales idealismos para emprender rumbos que condujeran á fines de utilidad más práctica y tangible. En los momentos del entusiasmo más delirante, cuando las *carabelas* se disponían á cruzar el Atlántico para ser testigos de la grandiosa feria del mundo con que los Estados Unidos festejaron en Chicago el comienzo de la quinta centuria del descubrimiento de América, y cuando todo eran corrientes de simpatía de uno á otro lado del Océano, sin que en el horizonte se dibujara ni la más pequeña nube precursora de guerras separatistas ni de conflictos internacionales, no faltaron voces proféticas que, señalando al porvenir, predijeran peligros y conflictos, *algunos ya pasados y otros que todavía amenazan,* y que excitaran á prepararse á esas contingencias *por medios pacíficos,* pero de verdadera eficacia. Han pasado ocho años desde aquella fecha, y si no existen ya muchos de los testigos y actores de aquellos sucesos, quedan en cambio en pie *los mismos idealismos y los mismos procedimientos.* ¿Es que en todas estas cosas que atañen á los intereses de nuestra raza no se quiere hacer nada que tenga una eficacia efectiva y permanente? ¿O será destino de nuestra raza que haya de olvidar la experiencia adquirida y nada aprenda de sus lecciones saludables?

»Vemos á Inglaterra, alucinada en Norte-América, cambiar la forma entera de su sistema colonial para afirmar sus bases, adoptando procedimientos bien diferentes de los que antes empleó y llegando al gobierno autónomo de sus colonias,

al imperio, y, por último, á la federación con la Australia. Vemos á los Estados Unidos cambiar su política exterior tradicional de un solo golpe y emprender otra muy distinta, que si tiene no pocos impugnadores, conduce por el momento á aumentar la importancia de aquéllos y á ensanchar su esfera de acción, entrando como factor nuevo, pero poderoso, en la resolución de todos los problemas internacionales. Vemos á la misma Rusia, en la que es un síntoma bien elocuente de su transformación el haber desaparecido el nihilismo, seguir rumbos muy distintos á los que antes la preocupaban. Vemos al Japón entrando en el concierto de los pueblos modernos, y, por lo general, á las naciones de otras razas dando muestras de que para ellas no pasa el tiempo en balde ni son inútiles las experiencias. Por todas partes evolución constante, transformaciones sorprendentes, y sobre todo *una tendencia utilitaria y práctica,* que es la característica de este fin de siglo. En cambio nuestra raza, todavía dominada *por los entusiasmos y los apasionamientos del momento,* deja pasar inadvertidas las ocasiones más propicias para entrar denodada y resueltamente en las corrientes universales de la época y en los moldes de la transformación. Por esto son tan opuestos los procedimientos que emplea el panamericanismo con los del iberoamericanismo, y de aquí la desilusión que nos ha producido la lectura del programa del próximo Congreso de Madrid.

»Persuádanse los iniciadores del Congreso iberoamericano de Madrid que el período de las propagandas para encaminar una idea ya ha pasado, que la conciencia y la opinión está hecha, y que, á ejemplo de lo que hacen los panamericanos, para el fin común que nos proponemos todos los que tenemos un interés uniforme en el de nuestra raza, ya no nos satisfacen programas de principios indirectos, sino soluciones terminantes y prácticas, acuerdos uniformes, una acción continua que no desmaye al primer fracaso, y que todas las conclusiones que salgan de nuestras deliberaciones y de nuestro contacto se traduzcan sobre el mismo campo del debate en tratados y en le-

yes comunes para las naciones que contribuyan á su discusión. ¡Basta de propagandas confusas y de idealismos nebulosos! Si el Congreso iberoamericano de Madrid ha de prometer algún fin práctico, es preciso que con anticipación sepamos los que á él hemos de concurrir en presencia ó en espíritu, que el Congreso va á extender su acción á dar forma tangible y práctica al conjunto de ideas defensivas y progresivas que en toda la raza se vienen incubando hace tiempo para su adelanto, para su engrandecimiento, para su prosperidad y para su conservación. El abrazo que nos tiende la madre patria tiene en sí mismo fuerza misteriosa para la realización de esta conquista. El instinto de la propia conservación y la conciencia de la debilidad individual es lo que hace que los hombres y los pueblos se agrupen para defenderse. Tras de un período breve de divorcios accidentales en que las nuevas nacionalidades de la América española se han multiplicado, vuelven á aparecer en el horizonte de la vida común social las grandes agrupaciones que en la historia no son un hecho nuevo, sino muy repetido. En la imposibilidad de volver á fundirse estos cuerpos disgregados é independientes, reconcentran sus intereses, reconcentran sus sentimientos, y se alían y se unen. Y si la raza americana, que de España ha recibido sangre, habla y cultura, ha de imponer su personalidad en los destinos de la historia, ya es tiempo que defina las fórmulas que han de consagrar los vínculos de su unión en el corazón y los brazos de la antigua madre que la invita. Pero á todos nos conviene que nos entendamos. ¿Se dirige á este objeto el Congreso iberoamericano? Para toda nuestra raza en los dos hemisferios, este es el problema: la cuestión es *ser ó no ser.*»

* * *

En esta cuestión *de ser ó no ser,* la América toda de nuestra raza está minada de influencias deletéreas de su personalidad é independencia, que es preciso ser muy miopes para no

verlas y ser muy despreocupados para no sentir la alarma de sus potentes asechanzas. Los que desde el observatorio de las Repúblicas centrales observan y sienten los efectos inmediatos de esas influencias exclusivistas y de las intrigas que ponen en juego para no dejar respirar á las naciones hispanoamericanas que se trata de que sean absorbidas, una tras otras, por los medios ya directos, ya indirectos, que sugieran la habilidad ó la oportunidad, no pueden declararse más explícitamente que se hace en los anteriores artículos. Mas como pudiera objetarse que en el fondo de sus razonamientos sólo palpitan suspicacias sin sentido de la realidad, bueno será fijarse en las cuestiones de mayor actualidad que se agitan, en las relaciones mutuas de la mayor parte de los nuevos Estados de nuestro origen, para que resulten más tangibles los temores que se revelan, implorando que el Congreso social y económico iberoamericano de Madrid tienda á producir soluciones prácticas permanentes é inmediatas en el interés común de raza.

Todavía no está resuelta por el arbitraje de la Reina Victoria de Inglaterra la cuestión abstrusa de la definición de límites entre Chile y la Argentina, asunto que, á pesar del frustrado viaje á Londres del Ministro D. Amancio Alcorta, trae, con razón, inquieta á la Cancillería de Buenos Aires y en mayor incertidumbre á los estadistas de aquel país, y ya está planteado otro conflicto, que pone en inminente movimiento casi á todos los Estados, sin excepción de la región mas austral de la América del Sur. Este conflicto lo origina la cuestión relativa á los territorios peruanos que, al suscribirse en 1883 el tratado de paz entre Chile y el Perú, quedaron cautivos de la República vencedora y como en prenda de garantía por diez años, para el cumplimiento, por la parte vencida, de las condiciones que le había impuesto la suerte adversa de las armas. Por el tratado de Ancón, Chile despojó enteramente al Perú de su soberanía prehistórica sobre el territorio de Tarapacá, tan rico por sus ópimas salitreras de bórax. Ade-

más, tomó en rehenes otras dos provincias, las de Tacna y Arica, las cuales á los diez años serían sometidas á un plebiscito para saber si los pueblos que las componen querían ser devueltos á la soberanía secular del Perú ó permanecer bajo la de Chile. Para garantizar la completa libertad de los votantes del plebiscito y la perfecta legalidad de esta función política, se había tratado de acudir á un árbitro, cuya prerrogativa estaría limitada á aquellas determinaciones que fueran el complemento de la sinceridad que de tal acto se reclamaba. Por su parte, Chile, al tomar aquellas dos provincias en caución, prometía que, durante los diez años de esta hipoteca, nada se movería en Tacna y Arica por las autoridades chilenas, y se respetaría siempre el sentimiento nacional, mientras llegaba el momento en que se reincorporaran ó no, según su propio sufragio, aquellas provincias al Estado, que, de tiempo inmemorial, las había poseído. Emitido el voto plebiscitario, la nación que se reintegrase de la soberanía absoluta de aquellas dos provincias indemnizaría á la otra con una ofrenda de diez millones de soles.

Aunque el plazo para el cumplimiento de esta parte del tratado de Ancón no espiraba hasta 1894, la representación diplomática del Perú en Santiago de Chile, por orden de su Gobierno, desde Agosto de 1892 solicitó del chileno se comenzasen á negociar las bases para que el plebiscito se pudiera celebrar en la época determinada por el pacto común. La secretaría de Relaciones extranjeras del Gobierno de Chile no pudo permanecer insensible á una moción tan basada en la justicia, y sus contestaciones de Agosto y Setiembre del año referido parecía que la colocaban en la situación más propicia para que por una y otra parte se pudieran cumplir las exigencias del derecho. Las relaciones entre las dos Repúblicas, limadas con el tiempo las asperezas de la guerra, afectaban por aquel momento la mayor cordialidad, y aunque las intenciones del Gobierno de Chile se revelaron al Ministro peruano en las conversaciones de oficio, pero no por docu-

mentos escritos, en Lima no pudieron menos de dejar muy simpática resonancia las promesas de que, vencido el plazo que marcaba el tratado, Chile devolvería generosamente Tacna y Arica al Perú, sin necesidad de plebiscito siquiera, y con el laudable propósito de que entre las dos hermanas y vecinas de la extremidad del Pacífico se borrasen, hasta donde fuera posible, los recuerdos y los odios engendrados por el resultado de las antiguas diferencias. Las perturbaciones interiores del Perú, esas perturbaciones casi continuas de la mayor parte de las Repúblicas hispanoamericanas que no las ha permitido en todo un siglo llegar á una situación legal definitiva, que ha entorpecido todos sus progresos, que ha dilapidado la parte mejor de sus recursos, que las ha degradado y desconceptuado, conquistándoles el desprestigio que las desnuda de toda autoridad aún en el derecho, interrumpieron aquellas negociaciones que empezaron con tan buen cariz, y puede decirse que ya no se reanudaron de una manera activa hasta que el Gobierno de Nicolás Piérola logró establecer una situación de alguna normalidad. Entonces, el Vicepresidente de la República, Billinghurst, pasó en comisión diplomática á Santiago, y hallando al Presidente Errázuriz dispuesto al leal cumplimiento de los tratados, se suscribió el protocolo Billinghurst Latorre, en el cual se fijaron los términos en que se había de verificar el plebiscito, siendo árbitro para la sincera legalidad de sus funciones un delegado que se nombrase por parte de la Reina regente de España.

¿Qué sucedió para que el tratado no se haya cumplido? En la parte pública de los sucesos no ha ocurrido otra cosa sino que las dos Cámaras del Perú lo aprobaron; que lo aprobó también la Cámara de senadores de Chile, y que España, que había aceptado el arbitraje fiada en las manifestaciones de los delegados diplomáticos de una y otra parte, en identidad de informes con los que se le transmitían de nuestras legaciones de Lima y Santiago, llegó á nombrar su delegado para las funciones del arbitraje en la persona del señor Fernández

y Jiménez. Pero en tal situación de las cosas, la Cámara de Representantes de Chile tuvo escrúpulos de que en las provincias de Tacna y Arica, si eran devueltas al Perú, podrían aparecer algunos criaderos de bórax, y habiéndose arrogado Chile con la posesión de Tarapacá la explotación exclusiva, ó sea el monopolio de este salitre, provocó un voluminoso debate en virtud del cual llegóse al término de la legislatura sin recaer su voto aprobatorio sobre el tratado Billinghurst-Latorre. Enmedio de este debate, la Cancillería chilena interpeló por telégrafo á la Cancillería peruana acerca de los escrúpulos que padecía la Cámara de Diputados sobre la posible competencia en la explotación de los salitres, de devolverse al Perú las provincias cautivas y de aparecer en ellas salitreras nuevas que hasta ahora no son conocidas; pero el Perú repugnó hacer por este medio indirecto ningunas concesiones más en ultraje de sus derechos y de su soberanía, y este fue el pretexto para que en la razón pública quedasen empantanados estos asuntos.

Un espíritu suspicaz, tal vez sin equivocarse, habría atribuído el fracaso del tratado Billinghurst-Latorre, el éxito de la candidatura del Vicepresidente peruano para la sucesión de Piérola, y el nuevo y peligroso giro que toman estos asuntos, otras razones secretas en que pudieran descubrirse algo más que los maquiavelismos de los hombres de Estado de Chile, los maquiavelismos clandestinos de las influencias ocultas que procuran mantener en perpetua perturbación todos los asuntos de la América de origen español, sus Gobiernos entre sí, los partidos en cada Estado y en general el espíritu de cada nación. A los maquiavelismos privativos de los estadistas de Chile acaso podrá atribuirse que la disposición propicia con que se dejó al Ministro Latorre, á quien después se ha tratado de inepto, pactar con Billinghurst los términos del plebiscito, fue inspirada por las incertidumbres en que vivían todos los hombres públicos de Santiago, cuando, hallándose en su período más álgido la cuestión de la delimitación de la frontera de

los Andes, se temía por momentos una ruptura y la guerra inmediata con la Argentina. Halagar entonces al Perú equivalía, si no á conquistarse un aliado que hiciera causa común con Chile, al menos á privar á la Argentina de un aliado que, auxiliado por ésta, le atacase por otra frontera, con tanto mayor encono cuanto que acudiría á las armas bajo el ímpetu y la pasión de la revancha. Pasado el temor del conflicto, pasó el halago, y al Perú le es imputable la responsabilidad de no haber procedido con mayor diligencia. Pero la suspicacia ahonda más, y así, en todo el largo curso de este proceso, como en el de la anulación de la candidatura Billinghurst que algún tiempo fue la única aceptada y sostenida por Piérola, se adivina la mano oculta de poderosa influencia que á todo trance se empeñó en anular el arbitraje de la Reina Regente de España en las cuestiones entre el Perú y Chile, no por el desgraciado éxito de la guerra que ha terminado totalmente en América toda soberanía territorial por parte de España, sino por la tenaz intención de acabar de romper los vínculos históricos, los vínculos étnicos, los vínculos de la sangre que aun sostienen en aquel hemisferio la unidad del origen, la unidad de una raza amenazada de ser absorbida por su histórica antagonista.

Apenas España ha proyectado celebrar, en interés común de toda la raza que emana de nuestra Península, el Congreso iberoamericano de Madrid, al que después de su anuncio se le ha obligado á aceptar el calificativo de *social y económico*, como para privarlo de otros calificativos que se le pudieran aplicar ó que pudieran sobreentenderse, se ha anunciado el Congreso panamericano, al cual, para hacerlo más simpático, ó para que mejor encubra la máscara de su génesis y de sus fines, el Gobierno de Washington, que todo lo dispone á su arbitrio, lo ha delegado para su celebración en Méjico. Pero no ha bastado oponer acto á acto, y tendencia á tendencia; ha sido preciso descubrir más el fondo de las cosas, y por si en la cuestión de Tacna y Arica, que no sólo crea el principio de un

conflicto inminente entre Chile y el Perú, sino que á este conflicto podrá arrastrar á los limítrofes, y especialmente á Bolivia y á la Argentina, no se hubiera entendido la maniobra para apartar de toda cuestión hispanoamericana la intervención de la presencia de España, como madre de aquellos pueblos y nudo estrecho de su unidad, no ha faltado ya en el propio Perú, quien, aspirante, como escribe *El Mercurio,* de Valparaíso, á la representación diplomática del Perú en Washington, haya lanzado á los vientos de la publicidad un folleto titulado *El problema de Tacna y Arica,* en el cual, estudiando esta cuestión en todos los términos del derecho internacional á que se presta, é invocando el principio de la justicia entre las naciones, se propone, no sólo que el Perú haga provocar la reunión de un *Congreso panamericano* para que la coacción internacional de los demás Estados obligue á Chile al cumplimiento del Tratado de Ancón, sino que, simple y llanamente, aspira á que el Perú se ponga bajo la protección inmediata de los Estados Unidos del Norte, no sólo ofreciéndole por precio de esta protección todo linaje de privilegios políticos y comerciales, sino hasta islas y territorios para sus estaciones navales y sus depósitos de carbón y de comercio en las fronteras de Chile y al término magallánico del Pacífico. Aprovecharse, como quiere el folletista D. Alejandro Garland, que lo mismo podría llamarse Mister Alexandre Garland, y ser yankee de nacimiento, ó de estirpe, de esta ocasión «para dar prácticamente principio á la política americana propuesta por Blaine»; buscar en la aproximación á los Estados Unidos la defensa de que el Perú necesita; enajenar al rival astuto de toda nuestra raza en América, en Asia, en Europa, todo lo que constituye el tabernáculo sagrado de la patria, parece que es lícito á un escritor como Mr. Garland, que no tiene más misión que medrar personalmente y á toda costa. Pero difícil sería, aun en el caso de que el Gobierno de Lima se dejase sugestionar por los proyectos de Mr. Garland, que el Perú arrastrase en estos proyectos al Brasil, á la Ar-

gentina, á Colombia y á Méjico, como propone el folletista, y de cualquier modo, la oreja yankee que inspira las producciones políticas de Mr. Garland, bien se echa de ver en su folleto, con todo el fondo de sus intenciones, en párrafos como el siguiente:

«Si las últimas adquisiciones territoriales—dice,—á consecuencia de la guerra con España, han inducido á algunos Estados de la América del Sur al error de temer de los norteamericanos, que han roto con sus tradiciones y entrado en el camino de las conquistas, un acto de absorción, una actitud de desconfianza y hostilidad contra ellos sería un acto de locura, *y el hablar de una alianza hispanoamericana* contra los Estados Unidos equivale á proponer el suicidio. La idea de una confederación estable entre las Repúblicas hispanoamericanas con ese fin ó con cualquier otro, *no obstante la comunidad de origen,* es irrealizable. La unión federal entre Venezuela, Colombia y el Ecuador fracasó, é igual suerte tuvo la confederación peruano-boliviana. Las Repúblicas centrales rechazan la conexión política con Méjico, y las distintas tentativas para constituir entre ellas una República mayor no han tenido éxito. La enemistad entre la Argentina y Chile es secular, á pesar de ser esta República deudora á aquélla de su independencia. Las relaciones entre Bolivia y Chile son las que pueden existir entre el sacrificador y su víctima. Lo propio se puede decir de nuestro país (Perú), cuyas relaciones con sus demás vecinos distan mucho de ser cordiales. Los antagonismos entre estos pueblos subsistirán; y aun admitiendo que exista para el porvenir la amenaza del Norte, siempre nos parecerá ocioso hablar de Congresos iberoamericanos, y mucho menos de una liga latinoamericana. Si la evolución política del mundo obedece á una ley fatal, el peligro de los suramericanos no se conjura ni con Congresos, ni con Ligas, ni con armamentos, y menos *rehuyendo los pactos de confraternidad y reciprocidad comercial con los Estados Unidos del Norte, que tienen por objetivo principal facilitar en provecho común el desarrollo y progreso material*

de la América latina. El Perú procederá sabiamente, procurando aunar sus intereses comerciales á los intereses comerciales norteamericanos. Los Estados Unidos del Norte, con sus sesenta y cinco millones de habitantes y su inmenso poder político y comercial, son hoy de hecho el árbitro de los destinos americanos. Basada en estas ideas y tendencias, no es aventurado decir que una negociación discretamente desarrollada, y con el apoyo de las Cancillerías del Brasil, la Argentina, Colombia y Méjico, logrará establecer una perfecta inteligencia entre toda la América latina con Washington.»

El folleto de Garland, que ha merecido ser muy comentado en toda la América meridional, ha sido considerado en Chile y la Argentina así como una publicación oficial del Gobierno del Presidente Romaña de acuerdo con el expresidente Piérola, pues los periódicos de uno y otro lo han reproducido en lugar preferente de sus respectivas ediciones. Meditándolo bien, ¿es esta sólo una actitud de defensa contra Chile en la cuestión de Tacna y Arica? ¿No hay términos posibles de un arreglo de este asunto en una inteligencia común entre los Gobiernos de Chile, el Perú, la Argentina y Bolivia? ¿Qué significa esta apelación á la intervención de los Estados Unidos? Los poderosos nunca intervienen sin cobrar harto caro el precio de su intervención. Si la proposición de Garland hallara algún calor en el Gobierno de Lima, había que decir que el Perú abjura de su origen y abdica de su independencia.

* * *

Pero no es solamente en el Perú en donde, por estos medios imprevistos é indirectos, los Estados Unidos del Norte asoman cada día más visiblemente la cabeza enmedio de los problemas de la América del Sur, que sus hábiles maquinaciones maquiavélicas embrollan siempre y sostienen en el estado de perturbación permanente en que se hallan. De la insurrección que ensangrienta y devora hace siete meses á Colombia,

el telégrafo no comunica á Europa sino noticias, ó contradictorias ó incompletas, que hacen difícil seguir el curso del desarrollo de los sucesos de aquel país, cuya única desventura consiste en ser el soberano de aquel ambicionado istmo de Panamá, blanco de todos los apetitos calenturientos de los maquiavelos imperialistas de aquel hemisferio. Sería ir demasiado lejos querer describir, aunque á grandes pinceladas, el cuadro de lo que en Colombia está pasando desde el 17 de Octubre último, en que estalló la insurrección, aún subsistente, contra el poder constitucional de un anciano, como el Presidente don Manuel Antonio Sanclemente, que, á los noventa años de su edad, sólo puede procurar á los bordes del sepulcro por el honor de su nombre y su memoria, unido al del culto sagrado y austero del magisterio legal que el país ha puesto en sus manos. El misterio de todas las agitaciones que en Colombia prevalecen está, repetimos, en el istmo y en la existencia de una compañía europea del Canal, que no acabó de hacer bancarrota ni aun después del escandaloso proceso francés de las acciones de Panamá. Pues bien; un delegado de esa revolución, que mendiga auxilios de todos los rivales de su patria, y lleva á ensangrentar sus comarcas las expediciones de auxilios yankees que salen sin cesar de los puertos de Nicaragua, el Doctor Antonio José Restrepo, ha ido al Departamento que dirige Mr. Hay en el Gobierno de Washington á ofrecer á los Estados Unidos, á cambio del reconocimiento de beligerancia, no sólo impedir la ratifiacción del contrato celebrado entre el Gobierno de Sanclemente y la Compañía francesa del Canal para la continuación de las obras, sino entregar á los Estados Unidos el istmo!!!

¿No hay, en realidad, necesidad absoluta, perentoria, de que las naciones americanas reunidas en una Asamblea, lleve el nombre que lleve, se pongan de acuerdo para arbitrar recursos prácticos con que hacer frente á los peligros que las amenaza así en conjunto, como á cada una de ellas? *La República*, de Guatemala, lo dice en los artículos que anteriormen-

te se extractan: los problemas en un Congreso iberoamericano, son problemas de toda la raza. Se trata *de ser ó no ser.*

La convocatoria para el Congreso panamericano no se ha encerrado en tantas meticulosidades como el de Madrid, ni ha puest oel límite á sus programas en la discusión de materias abstractas y sin realidad. He aquí los términos en que está concebida la invitación que ha recibido el Ministerio de Relaciones Extranjeras del Perú.

*
* *

«CONFERENCIA INTERNACIORAL AMERICANA.—Legación de los Estados Unidos de América.—*Lima, Marzo 6 de 1900.*—Señor Ministro: El Presidente de los Estados Unidos, en su última Memoria anual al Congreso, con fecha 5 de Diciembre de 1899, después de llamar la atención del Cuerpo legislativo á las numerosas cuestiones de interés general y provecho común para todas las Repúblicas de América, algunas de las cuales fueron tomadas en consideración por la primera Conferencia internacional americana, si bien no quedaron definitivamente arregladas, y otras que desde entonces han adquirido importancia, agrega: «Sería conveniente que las distintas Repúblicas que constituyen la Unión internacional de las Repúblicas americanas, sean invitadas dentro de poco á celebrar otra Conferencia en la capital de cualquiera de ellas, con excepción de los Estados Unidos, que ya ha tenido ese honor.» Tengo instrucciones, señor Ministro, para someter oficialmente aquella parte de la Memoria á la atención del Gobierno peruano, para su información, á la vez que expreso la esperanza, que también el Presidente de los Estados Unidos abriga, de que su recomendación merecerá la aprobación del Gobierno de V. E., en sentido de cooperar para que se lleve á debido efecto, y manifestar entonces su opinión respecto de la época y lugar donde haya de reunirse la Conferencia. Caso de que la proposición de nuestro

Presidente merezca la aprobación de todas las Repúblicas, lo que en efecto es de esperarse, y como los pasos preliminares que hay que adoptar antes de la reunión del Congreso necesitarán de algún tiempo, importa mucho que á la brevedad posible se tome el asunto en consideración. Quiera aceptar, señor Ministro, en esta ocasión, las seguridades de mi alta y distinguida consideración»—*Irving B. Dudley.*—A. S. E. el señor Dr. D. Enrique de la Riva Agüero, Ministro de Relaciones Exteriores del Perú.

***

Nunca, como ahora, las relaciones de toda la América de nuestra raza han sido más cordiales con España desde la separación de nuestro dominio. De todos los extremos de aquel mundo, que redimimos con nuestra fe y regeneramos con nuestra sangre, en estas horas de verdadera expectación, todas las miradas se dirigen hacia la antigua metrópoli y todos los corazones se mueven con la esperanza que de aquí partan salvadoras iniciativas.

A la inmensa resonancia que ha tenido el obsequioso acogimiento que España hizo á los marinos argentinos de la *Sarmiento,* ha sucedido el entusiasmo con que en todas las costas del Pacífico se ha recibido la visita del crucero *Río de la Plata.* Ya camina hacia los puertos de la América del Centro, y los periódicos de Guatemala excitan á las manifestaciones del amor y de la fraternidad cuando nuestros marinos toquen en el puerto de San José. Los periódicos de la capital se adelantan á saludarlos, antes de su llegada, y repitiendo las palabras de su primer magistrado, cuando el representante de España le anunció la visita, escriben:

«Bienvenidos sean los que nos traen con el recuerdo de la vieja Patria, memorias santas del hogar de nuestros mayores,

de la tierra hidalga en que los nombres de tantos hispanoamericanos ilustres como los Concha, Pezuela, Ros de Olano, el Cardenal Moreno, Topete y tantos otros de la Argentina, del Perú, de Venezuela, Guatemala y Méjico, demuestran que para España no existen exclusivismos, sino una sola familia y una sola raza.»

Iob.

CRÓNICA LITERARIA

Los Señores de Hermida (novela), crítica y cuentos, por D. Juan Ochoa. —Asturias, por D. Salvador Canals.—El alma castellana, por Don J. Martínez Ruiz.

No conocí á D. Juan Ochoa, el malogrado literato, autor de *Los Señores de Hermida;* pero juzgando por sus obras, me le represento tal como le retratan en el prólogo y biografía, insertos en la nueva edición de aquella novela, que por primera vez se publicó en La España Moderna y que ahora da de nuevo á la estampa, con otros varios trabajos de Ochoa, el conocido editor barcelonés Sr. Gilí.

Este tomo y otro de la misma *Colección elzevir ilustrada,* que contiene la novela *Un alma de Dios,* mas la novelita *Su amado discípulo,* impresa con otras dos, de Altamira una y de D. Tomás Carretero otra, son, creo, todo lo que queda coleccionado de la labor literaria de Ochoa. Fue también éste periodista, y no del montón, sino de los de verdadera personalidad literaria; pero sabida es la suerte de este género de trabajos, que casi siempre son flores de un día, derroche efímero de ingenio. La actualidad los inspira y mueren con la actualidad, que dura un día ó un momento.

En las obras de Ochoa hay verdadera unidad en la manera

artística y en el fondo psicológico. Murió joven, y no hay en sus escritos, pertenecientes todos á un mismo y no largo período de la vida, esas variaciones de criterio, de orientación, de punto de vista, que desconciertan á veces, por un instante, al lector asiduo de aquellos literatos en cuya labor literaria se observan las variaciones propias de las diversas edades de la vida y aun otras diferentes mudanzas, á las que no aludo en sentido de censura, pues la *consecuencia literaria* no es un mérito esencial, dado que haya mérito en ella.

Esa unidad de carácter, por decirlo así, que se advierte en las obras de Ochoa da más seguridad á la inducción sacada de ellas, acerca del autor, como hombre, no como literato. Estas inducciones son casi siempre aventuradas. La personalidad literaria *se reconstruye* generalmente sin gran dificultad. En la obra está el estilo del escritor, está su grado de cultura, está su gusto. No siendo una obra irregular, anormal, *bastarda,* de las que disuenan del resto de la producción literaria de un autor, el libro retrata al escritor. Pero reconstruir la personalidad humana, inducir el carácter del escritor como hombre, no es ya tan fácil. En la literatura hay siempre ficción. De ahí esas contradicciones tan frecuentes que hallamos entre las vidas de los escritores famosos y sus obras. Con ser esto frecuente, no es, sin embargo, la regla general. Y en el caso de Ochoa, tal como le vemos ó le adivinamos en sus obras los que no le conocimos, es como le vieron y le comprendieron, en el comercio ordinario de la vida, los que cultivaron su amistad. Puede decirse, pues, con seguridad, que sus obras le retratan.

A mi parecer, la nota dominante en la psicología de los escritos de Ochoa es la del sentimiento. Lo que mejor expresa es esto; lo expresa con ternura, con calor de humanidad, con indulgencia cariñosa cuando de miserias humanas se trata. El sentimiento, que es condición tan principal en el artista, es también el gran tópico del arte, el fondo de la mayor parte de los temas artísticos, y especialmente de los literarios, como que la vida sentimental es la parte más íntima, más *esencial*

de la vida interior. Mas el novelista, al poner en escena sus *personas novelescas*, tropieza con no pocas dificultades al expresar los sentimientos que las anima y mueve. La inteligencia y sus obras son cosas naturalmente comunicables, pertenecientes á la vida de relación, moneda circulante, en fin, valor común entre los hombres á quienes une cierta semejanza de cultura. Pero el sentimiento es, por el contrario, lo más íntimo y hondo, lo más *individual*, lo que revela la naturaleza de cada uno. Así es tan difícil escudriñarlo, separando en sus manifestaciones todo lo falso, lo afectado, lo convencional, de los rasgos sinceros que salen á la superficie. Y su expresión no es más fácil: por lo mismo que las cosas del sentimiento son de tal intimidad, parece que hay algo de profanación en descubrirlas. Le bordea á cada paso el barranco, el abismo de lo ridículo; ¡es tan vidrioso, tan delicado este aspecto de la vida interior!

Los escritores que más afinan en la expresión acertada de los sentimientos suelen poner bastante de su cosecha, es decir, que sacan de su experiencia psíquica bastante más que de la experiencia exterior. No es una facultad vulgar la de penetrar, explicarse y disculpar, si el caso lo requiere, los sentimientos ajenos: requiere elevación de espíritu, y sobre todo, elevación de sentimientos, caridad. Estas delicadezas del sentimiento no debieron ser ajenas al señor Ochoa. Sus biógrafos lo dicen, y las obras que ha dejado lo confirman.

El autor de *Los señores de Hermida* era, sin duda, un buen escritor: escritor de ideas, de plasticidad imaginativa, de agradable estilo. Mas aunque la hora de la muerte suele ser la hora de las alabanzas (cosa no del todo exacta tratándose de Ochoa, que como literato mereció en vida el aplauso de personas muy competentes), no puede decirse que fuese un novelista completo. Lo habría sido con el tiempo, á juzgar por lo que prometían sus libros *Un alma de Dios* y *Los señores de Hermida*, acaso más el primero que el último, y no obstante adolecer ambos de algunos defectos que rara vez evitan los

novelistas al dar sus primeros pasos en este género, en que tanto vale la experiencia.

Entre los cuentos coleccionados en el mismo volumen con la novela *Los señores de Hermida*, me parecen los mejores *Historia de un cojo, El vino de la boda*, y *Ramírez, poeta lírico*. Los tres son interesantes, poéticos, *sentidos*; acaso superiores en cuanto á la concepción del asunto y acaso en la ejecución, á las novelas del autor. Los trabajos de crítica y los cantares coleccionados en el mismo tomo son como una muestra de las varias aptitudes literarias del malogrado escritor señor Ochoa. El colector de estos trabajos ha sido D. Rafael Altamira, cuyo buen gusto y cultura literaria le hacen tan apto para llevar á cabo tarea semejante.

***

El notable periodista D. Salvador Canals, ha formado un libro muy interesante con los artículos que publicó en *El Español* acerca de la región asturiana. Titúlase *Asturias; información sobre su presente estado moral y material*, y es, en efecto, una información muy completa de lo que es hoy Asturias en los varios aspectos de su vida, desde el desarrollo industrial extraordinario que fomenta allí la riqueza, hasta el progreso pedagógico conseguido en esa Universidad de Oviedo, que es nuestra Salamanca moderna, el *más europeo* de nuestros centros de enseñanza, y aquel en que más vivo parece el espíritu universitario, por lo general tan decaído.

Trabajos periodísticos como estos de Canals, son de los que honran á la prensa, y los más conformes con su misión de ilustrar á las masas, traídas á la vida pública por la constitución democrática de nuestras sociedades, que les suponen teóricamente una capacidad de que en la práctica carecen. De ahí todas esas funciones políticas, todas esas falsificaciones del sufragio y del régimen de las mayorías, que miradas desde un punto de vista más elevado que el de la política menuda de

todos los días, son un mal menor, el remedio de una utopia, la reacción provocada por el instinto de defensa de las naciones contra un sistema que, entregando el poder á los más, traería fatalmente, si no se falseara, el gobierno de los más ineptos, de los más incultos, de lo más vulgar de cada pueblo: una selección al revés.

Pero dejando esto, es lo cierto que la prensa atiende poco á esta misión suya, en que podría hacer tanto bien. Los periódicos son hoy la gran tribuna popular. Los pueblos, cuando aprenden á leer, empiezan por leer periódicos. Y hay en nuestra prensa, sin duda, periodistas muy aptos y capaces de desempeñar ese magisterio, esa producción laica. Porque el vulgo semi-ilustrado que habla con desdén de los chicos de la prensa, ignora que como la prensa es cosa tan compleja y requiere cooperaciones tan diferentes, hay periodistas de muy diversas categorías. Los hay que trabajan con la cabeza y los hay que trabajan con los pies; los hay literatos de gusto delicado y extensa cultura, hombres competentes en las disciplinas del Derecho, de la Economía política, de las Ciencias sociales en general, y los hay también correveidiles que son entre factores y amanuenses, y que se ganarían la vida, si nuestra sociedad estuviera más adelantada, sirviendo á agencias de informes particulares, v. gr. Lo cual no es despreciar al verdadero reporter, que necesita especiales condiciones de penetración, de tacto, de experiencia y de cultura profesional.

Pero la prensa no puede hacer lo que debe ó no quiere hacerlo. Los dimes y diretes de nuestra politiquilla de campanario la ocupan por completo, é informaciones como la de Canals son raras, siendo por lo mismo tanto más meritorias.

Fueron de gran oportunidad estos artículos sobre Asturias. Dar á conocer al público de Madrid lo que son las provincias, y al público de las provincias lo que es Madrid, debería ser ahora uno de los fines de su magisterio popular de la prensa. No se conocen ó se conocen mal, porque en España se viaja poco y deprisa. Si se conocieran mejor desaparecerían ó se

atenuarían muchos sentimientos de hostilidad y de desdén que se cruzan desde la periferia al centro, y viceversa. La antigua oposición entre las poblaciones rurales y las poblaciones urbanas, tan atenuada en los grandes Estados modernos, suele metamorfosearse en éstos en oposición entre las provincias y la capital. La última, como residencia de los centros principales del Estado, viene á ser para los provincianos la personificación de éste, que tantas cosas desagradables representa: tributos, prestación de servicio militar, reglamentos restrictivos, etcétera. Cuanto á los bienes que el Estado produce nos parecen tan naturales, que no nos damos cuenta á primera vista de que tales bienes exigen aquellos otros sacrificios. A su vez la metrópoli, por el mismo motivo, suele identificarse á sí misma con el Estado y mirar á las provincias como súbditas, y acaso como súbditas rebeldes á poco que murmuren de ella. En el regionalismo actual hay mucho de *anticapitalismo,* aunque no puede negarse que el regionalismo español tiene otras raíces más hondas en la historia.

El libro de Canals, en que se describe el actual estado de Asturias, conservará su interés por mucho tiempo. Estas informaciones, y en general los libros de viajes, se convierten en documentos históricos á medida que, pasando el tiempo y cambiando los pueblos y provincias, dejan de ser aquéllos una guía práctica y de reflejar cosas presentes. Los viajes por España que realizaron antaño observadores curiosos, son documentos importantes para nuestra historia, sobre todo para nuestra historia social. El libro de Canals, muy abundante en datos, y de cuya exactitud certifican autoridades como la de D. Alejandro Pidal en su elocuente carta-prólogo, podía tener, andando el tiempo, un valor distinto del de actualidad que ahora tiene, pero no menos importante. Será un material histórico no despreciable; dará idea de lo que era Asturias en los últimos años del siglo XIX.

Todo esto bastaría para justificar el que los artículos publicados en *El Español* hubieran merecido los honores de la

recopilación en un libro, salvándose del olvido y la destrucción á que están comúnmente destinados los trabajos que publican los papeles diarios, cualquiera que sea el mérito de aquellos. Como la vida de estas hojas es tan efímera, lo que en ellas se escribe no puede ser duradero, á la manera que no lo sería la más bella escultura si estuviese labrada en tan frágil materia que por la acción del tiempo se deshiciese. Pero además de la importancia y oportunidad de su asunto, reune otros títulos la información sobre Asturias de Canals, para pretender la duración que augura el libro. Me refiero á su excelente forma literaria, á la amenidad y arte con que el tema de esa información está expuesto. El periodismo, una gran escuela de composición literaria, y los periodistas que son, como Canals, verdaderos literatos, suelen sobresalir en la habilidad de la exposición, en el arte de presentar bien las cosas. La necesidad de improvisar, la de disertar sobre diferentes géneros de asuntos que les convierte en polígrafos más ó menos profundos, y sobre todo, el hábito de apreciar de una ojeada los rasgos culminantes de cada objeto, y discernir lo principal de lo accesorio, son una gimnasia intelectual excelente que da á los periodistas de talento especial maestría en la descripción de cosas y la narración de sucesos.

Sirven de complemento á la información del señor Canals, varios escritos de personalidades notables de Asturias. La elocuente carta prólogo de D. Alejandro Pidal, á que antes se alude; un breve y bien estudiado artículo sobre el Renacimiento de la arquitectura cristiana en Asturias, del señor Obispo de Oviedo; una carta de D. Armando Palacio Valdés, digna de su pluma; una poesía de Vital Aza; un estudio sobre *La educación de los obreros mecánicos*, por D. Leandro Cubillo, subdirector de la fábrica de Trubia, y una *Crónica social* del catedrático de la Universidad de Oviedo, señor Posada. Si no fueran tan interesantes y discretos estos trabajos, su número traería á la memoria el abuso que se hacía antiguamente de prólogos, elogios, censuras favorables, composicio-

nes apológicas etc., al frente de todo libro de algún fuste, costumbre que fue donosamente satirizada por varios escritores de nota.

*
* *

No ha mucho, hablé á los lectores de LA ESPAÑA MODERNA del interesante folleto del Sr. Martínez Ruiz, *Los hidalgos*.

Este opúsculo puede considerarse como un anticipo del libro *El Alma castellana* (1600-1800), que acaba de publicar dicho ilustrado escritor.

Cuanto dije de *Los hidalgos* créolo aplicable igualmente á *El Alma castellana*, en que los estudios contenidos en aquel opúsculo aparecen completados por otros de igual interés y de forma no menos brillante y amena.

Pertenecen estos estudios á un género poco cultivado en España, pero mucho en aquellos pueblos en que la cultura histórica está muy difundida, y las ciencias históricas son cultivadas con gran asiduidad. Aunque la Filosofía de la historia, propiamente dicha, la tradicional y clásica Filosofía de la historia, de Vico acá, fuese cosa de índole muy distinta de estos trabajos, puesto que pretendía inducir de los hechos históricos las leyes del desenvolvimiento de los pueblos y de la vida de la humanidad; en los escritos del género á que pertenece el libro del Sr. Martínez Ruiz se filosofa también sobre la Historia, y en cierto sentido representan una nueva forma de la Filosofía de la historia. Son ensayos de Psicología histórica, de Psicología de los pueblos, ó adaptando una fórmula inglesa, tentativas de interpretación psicológica de la Historia.

A muchas consideraciones en que no he de detenerme ahora, y que exigirían espacio y explicación detallada (pues en estas cosas las fórmulas absolutas suelen ser en extremo inexactas, aunque su apariencia seduzca á primera vista) se presta esta evolución, ó si se quiere este desarrollo particular del sentido y la concepción de la Filosofía de la historia, evolución par-

cial correspondiente á la general que se ha operado en las ciencias filosóficas puras, desarrollándose algunas de ellas á expensas de la Metafísica, antes reina y señora del saber, arrinconada luego como cosa útil y sin valor, por último devuelta á la circulación de las ideas por un renacimiento todavía tímido y limitado.

El libro del Sr. Martínez Ruiz revela estudio, afición á la lectura de obras curiosas de antaño, hoy, por lo general, poco leídas, sentido crítico, y sobre todo, facultades literarias de exposición.

El autor de *El Alma castellana* es un buen escritor, y demuestra, además, en esta obra, ser persona estudiosa y de variada cultura histórica.

Esto no obstante, sobre algunas de las fuentes de que se vale el Sr. Martínez Ruiz, se podían hacer muchas reservas. Algunos de los testimonios en que se apoya merecen escaso crédito por tratarse de autores *tendenciosos*, que de propósito exageraban ciertos vicios, generalmente para satirizarlos ó flagelarlos de algún modo, cumpliendo su misión de moralistas. Por ejemplo, el capítulo relativo al chichisveo no debe tomarse como una representación exacta del amor en el siglo XVIII en España. Se trata de una moda extranjera, transitoria, que no pasó nunca de ciertas clases, y aun en éstas no fue general. En cambio, podrían citarse muchos casos y ejemplos de rigidez de costumbres (en la corte de Carlos III, por ejemplo), y esto fue más español y más general que lo otro. Como dato sobre el alma castellana, la costumbre de los chichisveos está fuera de lugar.

Tampoco, á mi parecer, el carácter español de los siglos XVII y XVIII es la representación del alma castellana. El verdadero espíritu castellano hay que buscarlo más atrás. La España de los siglos XVII y XVIII, aunque Castilla fuese en ella la región predominante, no reflejaba el alma castellana pura, sino algo más complejo, producto de diferentes influencias regionales y aun extranjeras. Sería más exacto decir el

alma española. En este sentido son siglos típicos, por así decirlo, el XVI y el XVII, bastante menos el XVIII. Pero este reparo no es de gran importancia; se trata sencillamente del título de la obra, y en cierta medida, Castilla puede tomarse como la representación más genuína del espíritu español.

La obra del Sr. Martínez Ruiz merece difundirse entre el *gran público* que lee poco y necesita que le estimulen á estudiar y á meditar de vez en cuando sobre lo que fue España, lo que es al presente, y lo que puede ser todavía en lo porvenir. Es este un libro accesible á todos por su amenidad, muy *sugestivo,* de los que se leen de un tirón, como vulgarmente se dice, y de los que estimulan é incitan á otras lecturas, cualidad tan estimable donde los lectores son contados y perezosos. Mas para que estas obras, que no son de mero entretenimiento, se difundan, se necesita que la prensa diaria ayude un poco, dándolas á conocer, indicando al menos cuatro palabras, su índole y contenido. Y aquí, donde los periódicos prodigan tanto los *bombos* inmerecidos, suele ocurrir que libros de gran mérito á duras penas obtienen una noticia bibliográfica de dos líneas. Es de esperar que no sucederá esto con *El Alma castellana.*

Sea como quiera, el Sr. Martínez Ruiz debe proseguir sus estudios históricos. La elegancia y facilidad de su estilo literario, su erudición (todavía algo fragmentaria y desordenada), y el sentido crítico que por lo general revelan sus cuadros históricos, le dan condiciones sobresalientes para el cultivo de este género, y le aseguran en él legítimos triunfos.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Filosofía: La agonía de un siglo.=Teosofía: Qué es la Teosofía.—La ley del sacrificio.=Ciencias éticas: La moral en la vida privada y en la pública.=Literatura: La novela francesa en el siglo XIX.=Psiquiatría: El neurosismo y el suicidio en los novelistas y poetas del siglo XIX.=Biología: Filogénesis y autoconservación.=Pedagogía: Evolución de la instrucción pública en Francia.=Biografía: Siluetas parisienses: Jorge Courteline.—Retratos contemporáneos: Masson Forestier.=Impresiones y notas: Chuscadas evolucionistas.—La fuerza de los insectos.—Los inventos del siglo XIX.—El eclipse de las ideas liberales.—Fragmentos inéditos de Andrés Chenier.

FILOSOFIA

La agonía de un siglo.—El siglo se muere. ¿Cuál es el balance del siglo XIX—pregunta en *L'Humanité nouvelle* Alfonso Pletti—y qué nos lega desde el punto de vista intelectual?

En todos los escritos, sin distinción de opinión ni de escuela, puede hallarse la misma inquietud y el mismo cansancio dentro de la misma desconsoladora confesión: los conocimientos adquiridos en el presente siglo no satisfacen el corazón del hombre, científica ni moralmente; si nos proporcionan algún alivio, es secundario, y, en todo caso, esos conocimientos son impotentes para resolver los grandes problemas naturales y sociales y para responder suficientemente á las innumerables y ansiosas interrogaciones que de todas partes se suscitan.

Y hay espíritus que van más lejos. Hoy esos corazones des-

ilusionados declaran ya abiertamente que la ciencia debe ser considerada en su parte positiva como un auxiliar precioso, pero que á su lado, y por encima de ella, hace falta otra cosa, un espíritu religioso, una fe vivificante capaz de derramar en nuestros corazones el bálsamo de las dulces aspiraciones que desde hace tanto tiempo sienten en vano. Sea de ello lo que quiera, el hecho positivo es que hoy los diferentes ramos de la ciencia carecen de enlace, no tienen principio común ni móvil superior, y el problema consiste en saber si la inteligencia debe renunciar definitivamente á conocer la razón superior de las cosas ó si la ciencia es susceptible de una refundición general sobre bases más sencillas y evidentes.

Hay que confesarlo con lealtad: á pesar del concierto de alabanzas entonado á la labor científica moderna, nuestras mejores esperanzas no se han realizado, los resultados obtenidos no están en relación con los sacrificios hechos ni con la situación en que quedamos en el siglo anterior. En aquella época las mayores esperanzas abrasaban los corazones menos generosos, mientras que hoy estamos reducidos á preguntarnos qué se ha hecho de las promesas del siglo XVIII y de la gran Revolución; dónde están los mirificos resultados del trabajo de los enciclopedistas, de los filósofos, de los naturalistas y de los economistas de aquel tiempo; de qué nos ha servido todo el genio de un Voltaire, qué nos importan hoy el contrato social de Rousseau, la enciclopedia de Diderot y las meditaciones de Condorcet, y si las investigaciones de los naturalistas no han contribuído á rebajar el ideal humano con sus desconsoladoras conclusiones, resumidas en la famosa fórmula de la lucha por la existencia. ¡Qué decepción!

Si el siglo XIX, que tuvo por iniciadores á los enciclopedistas y á los revolucionarios, se muere hoy miserablemente en los brazos de la reacción, ¿qué será del siglo XX, cuyo nacimiento se anuncia bajo tan sombríos pronósticos? La ciencia, después de abrirse paso á través del oscurantismo religioso y filosófico, y después de haber proclamado la regla del pensa-

miento libre, se ha retrasado en el mundo de los detalles y de las aplicaciones materiales de toda especie; ha descuidado el fondo físico y puramente científico de sus numerosos descubrimientos por la forma artística, industrial y práctica, olvidando su misión esencial de llegar á la síntesis real y objetiva de los fenómenos.

No habiendo sido objeto estos principios fundamentales de investigaciones serias y perseverantes, han permanecido hasta ahora desconocidos, y la ciencia, haciendo traición á su mandato y hasta afectando declarar esos principios inaccesibles á la razón, se prohibe por sí misma toda demostración ulterior y toda aplicación de orden general, capaz de enlazar lógicamente los principios de constitución y legislación del macrocosmo con los del microcosmo. Por eso la ciencia moderna se halla en la imposibilidad de facilitar un modo de vivir que satisfaga, física y moralmente, las aspiraciones legítimas de la sociedad; y de esta imposibilidad se prevale precisamente la reacción intelectual y religiosa, para tratar de abrir brecha en las teorías científicas y hacer prevalecer la superioridad del ideal religioso y moral sobre el principio intelectual y práctico que representan.

Los modernos filósofos moralistas se han erigido en paladines del trono y del altar y descuentan descaradamente el porvenir, complaciéndose en el papel de precursores del *gran regreso*, preparándose á él seriamente con perpetuas velas de armas. La filosofía fin de siglo se ostenta como una vuelta ofensiva del antiguo régimen intelectual y religioso contra el espíritu moderno, resultando que la ciencia ha prestado inconscientemente armas para tal expedición. Vivimos, según estos flamantes intelectuales, esperando la gran reforma al revés: mutilación general de la enseñanza pública, subordinación de la ciencia á la religión, restauración efectiva de la moral sobre bases espiritualistas, etc., etc.

Hace mucho tiempo que hemos sorprendido el movimiento que se opera en el pensamiento moderno siguiéndolo con se-

creto placer á cada nuevo paso. Y si es cierto que la ciencia no ha cumplido en sus grandes líneas las promesas hechas al principio en la hora generosa de las ilusiones, no es menos verdad que se han puesto en juego todas las presiones para apartarla del camino real, desviándola por senderos extraviados, especializándola en los bajos dominios del detalle fútil, aprisionándola en la humosa fábrica y prostituyéndola al becerro de oro.

Hoy se encuentra cogida entre dos fuegos: el espíritu del pasado, que pretende someterla á su tutela después de haber demostrado su incapacidad, y las aspiraciones del porvenir que la intiman imperiosamente que se rehaga, que recuerde su glorioso origen, que recobre animosamente su papel de antorcha, iluminando y emancipando al mundo. ¿Qué sucederá? El porvenir ha de decirlo, aunque no es difícil, contemplando el crepúsculo, adivinar tras él la esplendorosa aurora.

TEOSOFIA

Qué es la teosofía. — Mucho viene hablándose en estos últimos tiempos, en que las nuevas doctrinas pululan y en que todas las viejas doctrinas de la India y de la Grecia resucitan, disputándose los dominios del pensamiento y de las conciencias, de lo que ha dado en llamarse *teosofía*, sin que muchos sepan á punto fijo la significación de semejante palabra. León Clery, en la *Revue Bleue*, dedica á su estudio un artículo de estructura novelesca y forma fantástica, pero de fondo substancioso, aunque un tanto desordenado, que despojado de retóricas galas, contiene elementos suficientes de información para poder formar juicio sobre lo que es la *teosofía*.

Teosofía — y claro es que habla un iniciado, y que nosotros nos limitamos á reproducir sus conceptos — es una voz griega que significa «sabiduría divina», y es sencillamente «la ciencia», no esta ó la otra ciencia, sino «la ciencia»; la ciencia

cierta, absoluta y universal; la ciencia del pasado, del presente y del porvenir; la ciencia del origen, evoluciones y fin de los mundos. La teosofía es, además, «la luz»; la luz que penetra en todos los terrores y en todas las noches, iluminando todas las sombras y sustituyendo con la certeza á la duda.

Para la teosofía, el hombre no tiene edad, lo que quiere decir que el alma es eterna, porque es un reflejo de la eterna divinidad; el cuerpo que vemos, ó cuerpo *físico,* es una de las envolturas del alma, habiendo otras que no percibimos, como el *doble etéreo* al que sirve de envoltura inmediata el cuerpo físico, exactamente amoldado á él, y que está compuesto de sutilísima materia tan ligera é imponderable como el éter.

El fenómeno de la muerte puede compararse al acto del cómico cuando, terminado en la escena su papel, se quita el traje que ha vestido para tomar el que ordinariamente viste: el muerto deja también su cuerpo *físico,* como el actor su traje, y el *doble etéreo*, que sobrevive algún tiempo, se disipa también á su vez, volviendo los elementos del primero á fundirse con sus similares, y desapareciendo el segundo en el medio etéreo, en el éter, de donde ha tomado su substancia.

Pero entonces..... ¿no queda nada? Sí, queda lo esencial, queda el hombre, como en los bastidores queda el actor, dispuestos uno y otro á vestirse de nuevo para desempeñar otro papel. El hombre, despojado de sus dos vestiduras, física y etérea, conserva todavía otra, la vestidura *astral,* mediante la cual realiza una nueva fase de su existencia en otra zona de vida con órganos y manifestaciones enteramente diferentes de los conocidos anteriormente. Ese cuerpo *astral* es el intermedio entre la inteligencia, cuyo asiento se halla en el «cuerpo mental» y el cuerpo *físico,* siendo el que almacena todas las vibraciones sensoriales trasmitiéndolas por la red nerviosa al cuerpo visible que las recibe.

El «cuerpo *mental*» á su vez, formado por materia más sutil y delicada que la del cuerpo astral, es el depositario de la voluntad y de la inteligencia: cuanto más firme es la voluntad

y más elevada la inteligencia, más claras, poderosas y elevadas son las vibraciones que engendra y que comunica á los demás cuerpos, no siendo posible confundir las vibraciones intelectuales de un Platón ó un Moisés con las del vulgo de los hombres, ni las vibraciones de la voluntad de un César ó un Napoleón con las de un simple labriego.

Después de la evolución más ó menos prolongada en la zona astral, el cuerpo astral muere también, como antes han muerto el cuerpo físico y el doble etéreo en la zona material. Libre entonces de aquella ligadura, el «cuerpo mental» realiza á su vez su evolución en la «zona mental», y muere también para dejar en libertad al «cuerpo causal». Este es el tabernáculo de lo que suele llamarse «el alma» y que el teósofo llama el «ego» ó la «seconciencia». Pero, sin perderse en sutilezas, lo que importa saber es que el «cuerpo causal» es el único que sobrevive á todos los demás cuerpos, el único que dura eternamente y en cuyo provecho se realiza el trabajo de todos los demás.

Despojados sucesivamente de los cuerpos que componen su personalidad, el *ego* ó *seconciencia* entra en un estado de reposo llamado en sanscrito *devakan,* período de infinita beatitud, en el que se entra después de haber arrojado todos los malos pensamientos y malas acciones con los cuerpos que se han ido perdiendo.

Pero no se crea por esto que el hombre queda exculpado del mal cometido: cada uno de sus actos, bueno ó malo, lleva consigo su recompensa ó su castigo, con arreglo á su *karma,* voz sánscrita equivalente á «fuerza, actividad», y que viene á ser como una cuenta corriente ó registro de actos indestructible é imborrable. El *ego,* después de una residencia más ó menos prolongada en el *devakan,* vuelve á recorrer en sentido inverso el camino antes recorrido, pasando á la zona mental para reconstituirse el «cuerpo mental», de allí á la zona astral para revestirse del «cuerpo astral», y, por último, á la zona material para penetrar, por medio de la concepción humana,

en el cuerpo físico que debe habitar materialmente su nueva personalidad.

Y aquí es donde interviene el *karma* de cada cual para determinar las condiciones de la nueva encarnación, de tal manera, que la nueva vida no ha de ser sino la continuación de la vida precedente con la suma de pérdidas ó ganancias realizadas en la misma: si la vida anterior ha sido noble, pura, inteligente y buena, la nueva existencia contará con un cuerpo sano, robusto y hermoso, y con firme y poderosa inteligencia, y podrá subir, si no decae, los escalones penosos que han de conducirle á la cima de la felicidad, que es la conquista de la inmortalidad en el amor de Dios.

Esa aparente desigualdad en la distribución de la belleza, la salud y las riquezas, es la retribución exacta del bien ó el mal realizados en la existencia anterior, sin que haya en nada la menor sombra de injusticia, pues cada cual recoge lo que ha sembrado, y sólo á él es imputable que la cosecha recogida lo sea de bienes ó de males. La «fatalidad», en el sentido que suele darse á esta palabra, no existe; pues nada está entregado al azar ó al capricho de la suerte, teniendo cada cual lo que merece, aunque no acierte á darse clara cuenta de ello. La ley suprema es la justicia, y penetrado el hombre de la verdad de que él y sólo él es el árbitro de su destino, según sea su conducta, se esforzará, con la pureza de su vida y la nobleza de sus actos y la elevación de sus pensamientos, por prepararse una serie de existencias cada vez más puras y más felices.

Tales son las afirmaciones fundamentales de la *teosofía*, doctrina antiquísima, enseñada misteriosamente desde los tiempos más remotos, en la India, el Egipto, la Judea y la Grecia, deformada en la mayor parte de las religiones, y profesada hoy en el Thibet por sabios que, habiendo pasado por todas las pruebas, están en posesión de la verdad y *saben* lo que el vulgo de los mortales ignora.

* * *

La ley del sacrificio.—El sacrificio, dice la señora Annie Besant en la *Revue théosophique,* es una emisión voluntaria de vida, hecha para que los demás puedan disfrutar de ella, para dar vida á otros, alimentándola hasta que no dependan más que de sí mismos, lo que viene á ser una expresión de la alegría divina. Siempre hay alegría en el ejercicio de la actividad, que es la expresión del poder del autor: el pájaro se alegra al lanzar sus trinos, como el pintor se regocija con las creaciones de su genio. La actividad esencial de la vida divina debe consistir en la acción de *dar,* porque no hay nada superior á ella para que pueda recibir; la característica del espíritu es dar, porque el espíritu no es más que la vida divina activa en todas sus formas. La actividad esencial de la materia reside, por el contrario, en el hecho de *recibir;* cuando recibe la impulsión vital, se organiza en diversas formas; mientras reciben este mismo impulso, estas formas se mantienen; en cuanto la impulsión cesa, las formas se desmenuzan.

Desde este punto de vista, fácil es comprender cómo se ha llegado á pensar que el sacrificio es un sufrimiento. Mientras la vida divina se deleitaba ejerciendo su actiyidad con el fin de dar, y ni siquiera se inquietaba por saber si la forma habría de perecer por tal causa, sabiendo que sólo representaba su expresión pasajera, la forma, que sentía agotar sus fuerzas vitales, gritaba con angustia tratando de ejercer su actividad con el fin de conservarse. Mientras el hombre no se identifique con la vida, en lugar de identificarse con la forma, no le será posible eliminar el elemento de sufrimiento que acompaña al sacrificio. En una entidad perfectamente equilibrada el sufrimiento no puede existir, porque la forma es entonces el vehículo perfecto de la vida.

En el reino mineral, la mónada evoluciona quebrantando su forma para producir y sostener las plantas; la planta saca del suelo sus constituyentes nutritivos, los tritura y los incorpora á su propia substancia; la forma mineral perece para que la forma vegetal pueda brotar, y esta ley de sacrificio impues-

ta al reino mineral es la ley de evolución de la vida y de la forma, y el hecho se repite en el reino vegetal, cuyas formas son sacrificadas á su vez para que puedan producirse y desenvolverse las formas animales, realizándose siempre la ley del sacrificio.

Hasta este momento, la idea de sufrimiento apenas se ve asociada á la de sacrificio. Pero en el hombre era preciso desarrollar la voluntad, la energía activa y personal. Ni á los minerales, ni á los vegetales, ni á los animales, se les ha pedido que acepten la ley del sacrificio como una ley vital libremente elegida; les ha sido impuesta por una voluntad exterior, mientras el hombre debía tener la libertad de escoger, y al aceptarla ha surgido el sufrimiento por la lucha entablada por la forma para conservarse sin desgaste.

La ley del sacrificio es la ley fundamental de la vida, y ha sido incorporada, en una ú otra forma, en todas las religiones. Principiando por ofrendas puramente materiales para asegurarse el bienestar material, prosiguió con el sacrificio de los bienes materiales para proporcionarse los goces celestiales después de la muerte. En todas las religiones exotéricas vemos á los sabios recurrir á este modo de educación, y gradualmente los hombres fueron dominando su cuerpo, venciendo su pereza por la práctica diaria de las ceremonias religiosas, ejercitándose en vencer la forma y en someterla á la sujeción de la vida, acostumbrándose á las obras de bondad y de caridad. Poco á poco llegaron á desarrollar en alto grado el heroísmo y el sacrificio de sí mismos, como lo prueban los mártires, que abandonaban alegremente sus cuerpos á la tortura y á la muerte antes que renegar de su fe, aspirando á una «aureola de gloria» en el cielo en recompensa del sacrificio de sus formas físicas.

Más tarde se llegó á reconocer el sentimiento del deber, sin tener en cuenta recompensa alguna en otro mundo, y con esto se dió un nuevo paso en la senda del saber, viéndose en la ley del sacrificio la ley de la vida. El reconocimiento completo de esta ley eleva al hombre hasta el último grado, donde

todas las individualidades se funden en una, y donde se ponen en juego todas las actividades para el uso de todos y no para el beneficio de uno solo.

Los que alcancen á darse alguna cuenta de las prodigiosas posibilidades que se abren ante nosotros cuando nos asociamos voluntariamente á la ley del sacrificio, desearán inaugurar esta asociación voluntaria de los espíritus antes de que les sea posible elevarse á las cimas de la existencia. En cuanto un hombre haya resuelto empezar á practicar el sacrificio, deberá ejercitarse diariamente, antes de ponerse al trabajo, en realizar un acto de sacrificio por medio de la ofrenda de su propia persona á Aquel á quien da su vida; cada pensamiento, cada palabra, cada acto de su vida diaria será ejecutado como un sacrificio, no por su resultado, ni aun á título de deber, sino como el medio de que dispone en aquel momento para servir á su Señor; y todo lo que sobrevenga, alegrías y disgustos, éxitos y fracasos, será aceptado como expresión de su voluntad, todo será bien venido, todo ofrecido en sacrificio, y todo visto desaparecer con gusto, porque su desaparición indica que el Señor no lo necesita ya.

CIENCIAS ÉTICAS

La moral en la vida privada y en la pública.—Tal es el título del último trabajo del insigne Adolfo Pilo, publicado por la *Rivista Moderna di Cultura,* introducción al curso libre de filosofía moral, que debía dar en la Universidad de Génova el ilustre Profesor italiano; el autor estaba escribiendo su última página cuando la muerte vino á sorprenderle en la flor de la edad y de la gloria.

Entre la teoría y la práctica, entre las enseñanzas de la escuela y las exigencias de la vida real, aparece frecuentemente el más visible contraste, que se patentiza, más que en ningún otro dominio de la existencia, en la moral. Cualquiera que se

tome la molestia de mirar á su alrededor verá que hombres de la más correcta y honesta vida privada incurren en la vida pública en graves incorrecciones, y en todo un sistema de culpables transacciones entre lo lícito y lo ilícito, sin experimentar por ello vergüenza ni remordimiento, y sin provocar en el público censura alguna. Es más: la mentira, la corrupción, la violencia, la parcialidad, el favoritismo, todo lo que en la vida privada de un ciudadano parecería indigno y reprobable, no sólo se disculpa en el hombre político, sino que hasta forma ó acrecienta su fortuna, ganándole amigos y crédito.

¿Cómo es esto posible? ¿Hay, acaso, dos morales diferentes?

En doctrina, no. Todas las escuelas están de acuerdo: teólogos, idealistas, positivistas, evolucionistas, edonistas y utilitaristas, admiten un solo criterio y una sola moral; sólo el utilitarismo parece admitir la hipótesis de otra moral, pero como hecho transitorio únicamente, y en todo caso viene á parar á un criterio—la utilidad general colectiva—que excluye todo desdoblamiento de la moral. Y es natural que sea así, porque la ciencia es monismo, bastando esto para excluir, al menos en teoría, lo que Sighele dice sobre la existencia de «morales diversas, según el ambiente en que el hombre habla y obra»: moral de la familia, de la secta, de la casta, del Estado, etc. Bien está que se haga constar el hecho; pero sacar de él una ley y afirmar que «el hombre necesita muchas y diversas morales» no es admisible.

Y, sin embargo, si el hecho existe, es preciso que la ciencia lo explique, lo justifique y lo clasifique, y esto es lo que nadie ha hecho y lo que debe hacerse, porque la vida pública corrompida es el principal obstáculo para el progreso general de la humanidad; porque esa corrupción es la que detiene también los adelantos de cada pueblo, y porque la corrupción moral es contagiosa. No se obtendrá la paz universal sino cuando en las relaciones internacionales rijan los mismos principios que en las individuales. Se tiene miedo del Estado y de quie-

nes lo representan, porque el Estado es un malvado y es el enemigo de todos; por eso se desconfía de él y se le odia. Si un Ministro distrae fondos de la caja del Estado «para hacer elecciones», cualquier empleado se considerará autorizado para sacar dinero de la caja de su principal, para su uso. Si no refrenamos estas tendencias, no sólo arruinaremos las instituciones liberales, que ya es mucho, sabiendo la sangre y las lágrimas que han costado, sino que envenenaremos la vida privada, sofocando en nosotros el pedazo de moralidad individual que diez y ocho siglos de cristianismo nos han dejado en herencia.

El núcleo de la cuestión es este: ¿por qué el criterio moral, que sirve de guía en la vida privada, se abandona de golpe al entrar en la vida pública?

La moral, como todo aquí abajo, muda y evoluciona: primero fue sensación, esto es, simple representación sensible de ventajas ó daños de determinados modos de conducta; luego fue sentimiento, es decir, conmoción íntima y simpática ante dolores ó alegrías de que nos dábamos cuenta por representación; después fue intelecto, esto es, valoración precisa de consecuencias buenas ó tristes, útiles ó nocivas, derivadas de la conducta del hombre; luego, en fin, será idealidad, es decir, elevación, purificación, aspiración íntima al bien, despojado de todo lado sensible, separado de todo sentimiento inconscio, puro de todo cálculo de utilidad.

Nuestra moralidad actual está lejos, muy lejos todavía, de esta perfección. Nos falta el ideal; y esta falta, que en otros terrenos se ha comprobado y se comprueba diariamente, se nota principalmente en la moral.

¡La justicia! Sólo la sentimos por representación: nos abstenemos de ofender, no porque nos lo impida la idea pura de lo justo, sino porque nos representamos con suficiente viveza el dolor ajeno, fruto de una acción injusta.

¡La caridad! Extendemos la mano piadosa al hambriento ó consolamos al desventurado, sólo porque sabemos los dolores

que el hambre y la desventura han despertado y despertarán en nosotros.

La compasión de otro es compasión de nosotros mismos, no alto ideal humano. Socorremos á la mendiga que tiembla de frío y de hambre en una esquina; pero al hacerlo, cuando lo hacemos, apartamos la mirada, huyendo y casi temiendo que una parte de aquel gran dolor se nos pegue; tenemos miedo de que nuestros nervios se impresionen, siquiera sea pasajeramente. ¿Es esto caridad? ¿Es moralidad?

La máxima «no hagais á otro lo que no querais os hagan» es del pasado y no del porvenir de la moralidad, y es la que hoy sirve todavía de guía; todo lo referimos á nosotros, y nos tomamos por medida de la bondad de nuestros actos. Nuestra moral es la moral del antropomorfismo. En la mayor parte de los casos somos impulsivos ó calculadores, casi nunca puramente morales.

En tales condiciones, ¿es posible, ó al menos probable, una alta moralidad en la vida pública? No, porque falta la representación. La repugnancia que sentimos para defraudar á otro en un negocio privado, se debilita ó desaparece cuando se trata del erario público ó de un ente moral. La personalidad jurídica, ficticia, que la ley concede á estos entes públicos no se representa capaz de dolor como las personas reales, y por eso creemos lícito causar un daño que en el fondo no lo siente nadie. Y cuanto mayor es el ente, más se verifica el fenómeno: de una sociedad de pocos socios á una anónima, al Municipio, á la Provincia, al Estado, hay toda una escala ascendente de personalidades respecto de quienes parece cada vez más fácil y menos culpable la inmoralidad.

Pasemos á otro punto de vista de la cuestión. Un día la sirena política nos llama, y sin insistir demasiado en un examen de conciencia, cuyo severo juicio de impreparación é incompetencia podíamos temer, nos dejamos arrastrar por la fuerza de los sucesos, y nos vemos lanzados en el vórtice, chico ó grande, de la vida pública, y nos afiliamos á un partido.

Doble daño para la moralidad, tanto por el desarrollo del instinto sectario que destruye la responsabilidad, como por el sacrificio de las propias convicciones á la bandera del partido.

Y si se llega al poder, fin supremo de la carrera política, el daño será mucho mayor, porque más que nunca se es esclavo de aquella bandera y de los amigos políticos; pues si antes era un mérito sufrir en silencio aquella constricción, luego el mérito está en hacerla sufrir á los demás, impidiendo murmuraciones ó rebeliones. Y en estas condiciones el hombre político se creerá necesario para el bien del país, y nada le parecerá más penoso que perder ese poder que tantas fatigas le ha costado; y para no perderlo le parecerán buenos todos los medios, invocando siempre la *salus populi,* confundida por él con su permanencia en el Gobierno.

Por eso se dice, con razón, que el poder embriaga. Sólo las almas grandes, fuertemente templadas, saben resistir á esta embriaguez y vencer sus seducciones. Y si de las alturas del poder descendemos á los ejecutores, funcionarios, magistrados, militares, á todos, en fin, los que están llamados á obedecer, traduciendo prácticamente el criterio político de los gobernantes, siempre tropezamos con el mismo hecho de la depresión moral. La rigurosa observación del deber, que caracteriza en general su conducta privada, no es la que más brilla en su vida pública; hay un hábito, la bondad, que se deja, como la capa ó el sombrero, al entrar en la oficina, y que no se vuelve á recoger hasta la salida. Es la oficina la que nos hace tan diversos de nosotros mismos, y por eso se grita tanto contra la burocracia descortés.

Pero la razón es siempre la misma: la falta de un claro concepto del bien y del mal, y, por lo tanto, del deber, con relación al cual, de un lado, falta la individualidad del agente, que obra como instrumento de una voluntad extraña, la ley, y de otro se obscurece la conciencia de las consecuencias menos inmediatas del acto.

Sin idealidad ética, el hombre político será, ó pécora en la

grey de su partido, ó lobo para los partidos contrarios, y le será casi imposible desplegar una conducta verdaderamente digna y moralmente buena. En el antiguo régimen, bastaba el honor y la fidelidad al rey; en el moderno, y más en el futuro, es indispensable la virtud, y no sólo la virtud pasiva, más bien formada por la abstención que por la intervención, sino la virtud activa y gallarda que crece con el esfuerzo y el peligro.

Es preciso poner mano al remedio, y pronto, antes de que un estado de cosas, muy grave en todos los países latinos, haya producido el indefectible efecto de la desorganización ética de la sociedad y del Estado.

LITERATURA

La novela francesa en el siglo XIX.—La historia de la novela francesa en este siglo—dice Marcelo Prévost en la *Revue Bleue*—empieza con un nombre de mujer: la señora Stael es la introductora de la inspiración cosmopolita, y sus dos obras más célebres, *Corina* (1807) y *Delfina* (1808), tienen por asunto común el aislamiento de la mujer en un medio inferior ú hostil y sus luchas contra las convenciones sociales. *Adolfo*, de Benjamin Constant (1815), constituye una obra aparte que apenas se enlaza con su época sino por un solo lado, pudiendo estimarse la impotencia de amar, que es su asunto, como uno de los efectos del cansancio en que cae un pueblo, agotado por el esfuerzo gigantesco de la Revolución y del Imperio.

Chateaubriand resume el romanticismo, preparando á la vez la aparición del futuro naturalismo; mezclando «las aspiraciones del amor con las sindéresis cristianas», crea una forma de pasión en que se unen dos infinitos, el deseo y la fe, verdadero descubrimiento en materia novelesca, que será aprovechado por Sainte-Beuve en *Volupté,* que dará á *Madame Gervais*, de los hermanos Goncourt, su mejor atractivo, y que

inspirará no pocas veces á Bourget y en ocasiones á Huysmans.

Pablo Luis Courier no es un reaccionario, aislado en la estéril labor del sueño neopagano de *Dafnis y Cloe*, pues su ideal pompeyano inspirará á Gerardo de Nerval, dando quizá la primera idea de algunas pinturas del mundo antiguo á Anatolio France y percibiéndose su lejana influencia en la labor tan moderna y tan griega de Pedro Louys. La verdadera familia literaria de un maestro no siempre se compone de sus contemporáneos, sino más bien de su posteridad intelectual: tal es el caso de Stendhal (1783-1842), el primero que, según Brunetière, proclamó la equivalencia de las artes, siendo el modelo de los Goncourt y los Daudet, dando importancia preponderante al estudio de los caracteres, que es el principio fundamental de la escuela psicológica, y comunicando á la literatura su culto á la voluntad consciente y activa, generador de las obras de Balzac, Barrès y Pablo Adam, siendo así el maestro común de los escritores artistas, de los fervientes del análisis y de los teorizadores de la voluntad.

De Stendhal á Jorge Sand, á Balzac y á Dumas, la novela francesa se ve firmada á veces por grandes nombres, pero que no son nombres de novelistas: las novelas de Víctor Hugo son magníficos poemas en prosa; las de Lamartine y Musset están, caracterizadas por la nota ultraromántica de la hipertrofia de la personalidad; la quiméríca de Karr, *Bajo los tilos,* es sencillamente detestable; en Musset hay, sin embargo, cierto elemento de dandismo y de fantasía que, al burguesificarse so pretexto de aristocracia, produce la elegancia de Feuillet, así como en Murger llega á revestir cierta gracia sentimental en su falsa bohemia, reducida para él á meras aventuras de cervecería. Sainte-Beuve, en *Volupté* (1834), mezcla la sensualidad sublimada con la más delicada melancolía, haciendo pensar en el deleite moroso de los teólogos y en esas tristezas de la carne inquieta que más tarde hemos de encontrar en Bourget.

Jorge Sand es una romántica de pura raza, tanto por su

espléndido lirismo como por su tesis favorita de la emancipación de la mujer, tal como aparece en *Indiana, Valentina* y *Lelia;* sin embargo de su romanticismo, hay que confesar que ha sido una de las iniciadoras del realismo, habiendo cultivado la novela religiosa, la histórica, la filosófica, la socialista, la artística, la campestre y la descriptiva, sobresaliendo en todas por la belleza y facilidad incomparables de su estilo. Sin que pueda decirse que haya fundado escuela, puede afirmarse que su más fiel heredero es Andrés Theuriet, uno de los mejores novelistas contemporáneos.

El *Dominique,* de Fromentin, única novela firmada en 1862 por su autor, tiene gran importancia histórica por constituir, como *Adolfo*, el antecesor más caracterizado de la novela psicológica; su estilo difiere de los de Flaubert y Goncourt, siendo flexible, vivo, aéreo y, sobre todo, encantador.

La novela de aventuras, restaurada por Dumas, padre, llega á proporciones casi homéricas en *Los tres mosqueteros* y *El Conde de Montecristo.* Federico Soulié y Eugenio Sué, creadores de la novela de folletín, no han perdido tampoco nada de su influencia contando con la prolífica posteridad de los Richebourg, los Montepin, los Marg y los d'Ennery, familia de novelistas cuya imaginación ha realizado frecuentemente verdaderas maravillas de creación y composición. Pablo Feval se enlaza también con este grupo, al que pertenece ese mismo Pablo de Kock que reinó en la imaginación de los estudiantes largos años, y que merecía hasta el reconocimiento del Papa Gregorio XVI por las horas agradables que su lectura le proporcionaba.

La obra maestra del siglo es *La Comedia humana.* Balzac carece de perfección continua, y su estilo no es esencialmente bueno, pero es un estilo de maestro; admirador de Walter Scott, ha tratado históricamente asuntos modernos, reproduciendo maravillosamente su color de época. Balzac es el que ha introducido el realismo del dinero en el relato de las luchas de la pasión; con Balzac no se trata sólo de saber si el

amante robará á su amada, sino si tendrá con qué pagar el coche y los cocheros. Todos los personajes de Balzac son reales y se agitan en una atmósfera real. La influencia del gran novelista está universalmente reconocida, y todos los escritores contemporáneos y posteriores la han sufrido, y casi todos la confiesan. Balzac, sin embargo, tuvo pocos imitadores inmediatos, suscitando más bien contradictores, como Vigny, encerrado en su legendaria torre de marfil, y Mérimée, reducido al vocabulario del siglo XVIII. Taine ha visto en Hector Malot, en los comienzos de su carrera, un Balzac resucitado, y Fernando Fabre ha sido llamado el Balzac del clero, aunque más recuerda á Sand que á Balzac.

Mientras Leconte de Lisle se burla de la sentimentalidad de Musset y Lamartine, Gustavo Flaubert, sobre las ruínas del idealismo convencional, funda la novela realista; y no es que haya roto el romanticismo, pues se sabía de memoria *Los mártires,* de Chateaubriand, siendo su *Salammbo* un admirable poema en prosa; pero no por eso deja de ser la obra de Flaubert una robusta máquina de guerra contra el idealismo.

Desde Flaubert, la novela francesa se bifurca: Flaubert aparece al frente de los estilistas, para quienes «la escritura artista» es el patrimonio más precioso del novelista y que desdeñan la substancia misma de la novela, asunto, trama, psicología y alcance social, en contra de los que sostienen que una novela debe ser, ante todo, un *relato,* sometido á reglas semejantes á las de la literatura dramática. Entre estos debe citarse á Octavio Feuillet y á Víctor Cherbuliez, y entre aquellos á los hermanos Goncourt, cuyas novelas son el triunfo del estilismo; sus personajes, más que individuos y caracteres, son soportes complacientes de estados de nervios cuya descripción les tienta, y que pasean por ambientes susceptibles de ser explotados artísticamente; su estilo es más pictórico que literario, sacrificándolo todo al colorido sin la superstición de la sintaxis; más bien que compositores son decoradores de obras.

Alfonso Daudet es un estilista como los Goucourt, pero es algo más; Dickens le ha hecho sentir la poesía de los detalles de la vida, y Daudet ha sabido reproducir esos mil fragmentos de verdad, pudiéndose decir que su arte tiene algo de cinematográfico, siendo el primero que ha comprendido la elegancia especial, delicadísima y frívola de la parisiense, esa «muñeca con resortes de acero», como la llama. La facilidad, la libertad, la simple gracia se hacen admirar en toda su labor, sin que impidan hacer notar otra cualidad, latina también: el rigor lógico de la composición.

El triunfo de la novela naturalista con Emilio Zola es uno de los grandes hechos literarios del siglo, siendo fácil determinar los factores de esta evolución: el primero, la representación del individuo no como abstracción psicológica, sino como ser concreto y real, ligado al cuerpo social en que vive por su familia, su profesión, sus pasiones y los demás puntos de contacto, es de origen puramente balzacesco, siendo el principio de la herencia el que más ha preocupado á Zola, que creía en él como en un dogma; el esmero del estudio de la realidad psicológica y la materialización del amor enlazan á Zola con Michelet, pues sabida es la importancia que el gran historiador atribuye á las pequeñas miserias íntimas de Luis XIV y el atrevimiento de sus investigaciones en las regiones más misteriosas de la sensibilidad femenina del romanticismo, y especialmente de Chateaubriand y Víctor Hugo, ha tomado Zola el procedimiento artístico que consiste en prestar á la naturaleza una vida casi humana; Zola ha realizado la síntesis del romanticismo y el naturalismo, revistiendo este poderoso sistema con armadura científica, y logrando hacerle triunfar de tentativas de reacción como la de Jorge Ohnet.

La escuela de Medan (León Hennique, Pablo Alexis, Huysmans, Ceard) tuvo por aliado al admirable discípulo de Flaubert, Guy de Maupassant, el creador de ese género de historietas ó novela-cuento, en el que, gracias á un poder de con-

tracción casi inaudito, ha encontrado el medio de concentrar la evolución completa de un asunto en los límites de un cuento de trescientas líneas, preparando el triunfo del periodismo literario; á veces, su vigor algo seco nos recuerda las mejores páginas de Merimée, habiéndose apropiado las cualidades literarias menos brillantes pero más necesarias de Flaubert: la solidez y la claridad. Maupassant ha poseído imaginación plástica, imaginación fantástica y poder de realización admirable, sin haberse cuidado jamás de ser un escritor de ideas.

Entonces se produjo un hecho literario, igual en importancia histórica al advenimiento del naturalismo: la aparición, ó más bien, el nacimiento de la novela psicológica de Pablo Bourget, que vino á satisfacer las necesidades intelectuales de numeroso público, harto ya de pinturas y lirismos naturalistas. Bourget mismo reconoce que no hace más que reanudar el hilo tradicional, citando entre sus ramos genealógicos á la señora Lafayette, al abate Prevost, y á Leclos, Constant y Fromentin, á cuya lista conviene añadir los nombres de Stendhal, Balzac, Feydeau, Chateaubriand y Sainte-Beuve. El procedimiento de Balzac es pintar los más vastos frescos de la historia contemporánea por medio de una infinita serie de menudos toques; es también el de Bourget, pero la fórmula que éste ha logrado imponer á casi todas las modernas literaturas no la debe más que á sí mismo, á su comprensión de las necesidades intelectuales de su tiempo, subordinando el interés de la fábula y el interés pintoresco al interés psicológico, y haciéndolo con plena conciencia de lo que hacía. Desde entonces, el público, acostumbrado á un fuerte alimento intelectual, no aceptará la alimentación incompleta á que antes se resignaba, y todas las novelas, á cualquier género que pertenezcan, tienen que cuidarse, para ser aceptadas, de las exigencias cerebrales del lector. El mismo Maupassant sufrió la influencia de Bourget, no siendo este uno de los menos lisongeros triunfos del autor de *Mentiras*.

Pedro Loti, sin otros lazos literarios que los que le ligan á

Flaubert y al Chateaubriand de las *Memorias de Ultratumba,* es, ante todo, un hechicero, que más bien que la reputación de un novelista, sabe conquistar la gloria de un poeta. La visión casi estática de la realidad pintoresca, y el maravilloso don del estilo, aseguran al autor de *Mi hermano Ives* un puesto aparte en la literatura francesa, al abrigo de las fluctuaciones de la moda y de las luchas de las escuelas, pudiéndose decir otro tanto de Anatolio France. El encanto de las narraciones de Anatolio France, que lo mismo se complace en contemplar la belleza eterna de las ideas y del universo, que las evoluciones de una familia menuda, emana precisamente de su personalidad inimitable. La gracia de la inspiración, el empleo filosóficamente ingenioso de la erudición y la suprema cortesanía del espíritu, componen un conjunto único, cuya extrema rareza condena al aislamiento á su afortunado poseedor.

Con Anatolio France se cierra la lista de maestros cuya evolución puede estimarse como terminada, y que pertenecen plenamente al siglo XIX. Tras ellos crecen y se forman otros talentos que, todavía en plena evolución, no sería oportuno juzgar; así, por ejemplo, dos de las mejores novelas publicadas en la última década son, el *El Calvario,* de Mirbeau, y *Pintados por sí mismos,* de Hervieu; pero sólo el crítico que haga el balance del siglo XX, podrá decir lo que serán estos dos grandes novelistas, así como alabará la gracia irónica de las sátiras mundanas de Enrique Lavedan, la fogosidad creadora de Pablo Adam, la flexibilidad y distinción intelectual de Abel Hermant, la emoción y la fuerza de los hermanos Margueritte, la potencia artística de Leon Daudet y de los Rosny, la vibrante sinceridad de Luciano Descaves, el atractivo algo grave de Eduardo Rod, la fina sensibilidad de Renato Bazin, y la inteligencia artística de Fernando Vanderem. Julio Renard, Eduardo Estaunié, Gustavo Toudouze y Luciano Muhlfeld, requerirán también un largo análisis, y aunque no haya sido novelista sino por *boutades,* tampoco po-

drá olvidarse en una historia de la novela el nombre del gran poeta Catulo Mendes. Se citarán ciertas páginas hermosamente voluptuosas de Renato Maizeroy y, en fin, entre los que contemplan, muy jóvenes todavía, la brillante puesta literaria del presente siglo, Miguel Corday, Camilo Vergniol, Luis de Robert, Gaston Volnay, Luis Bertrand, Remigio Saint-Maurice, Máximo Formont, Renato Boysleve, etc., podrá saludar el crítico del siglo XX al maestro novelista del porvenir.

PSIQUIATRIA

El neurosismo y el suicidio en los novelistas y poetas del siglo XIX.—Extraído de *El crimen y el suicidio pasionales,* de Proal, la *Revue Bleue* obsequia á sus lectores con las primicias de tan interesante trabajo, rico en curiosos datos, que reciben por su agrupación nueva luz, constituyendo un estudio muy estimable.

Entre los escritores románticos más célebres, la sobreexcitación de la imaginación y de la sensibilidad les predisponía al suicidio: Chateaubriand intentó suicidarse en su juventud, y Jorge Sand, que de niño padecía alucinaciones, se había forjado con el nombre de Corambo la imagen de un dios, al que rendía culto, y fue asediado muchas veces por la idea del suicidio. Alfredo Musset llegó á padecer una enfermedad nerviosa rayana en locura, y estaba sujeto al fenómeno del «desdoblamiento del yo», habiendo tenido no pocas veces tentaciones de suicidio; estaba dotado de una organización nerviosa tan fina y tan impresionable, que la vista de una mujer le hacía temblar.

Lamartine no era tan nervioso, pero su impresionabilidad era también excesiva; cuando le enviaron de pensionista á un colegio de Lyon, «la impresión—dice—fue tan viva y tan triste, que ideas de suicidio de que jamás había oído hablar me

asaltaron con fuerza, y pasé días y noches buscando el medio de quitarme la vida». Sainte-Beuve, de quien decía Lamartine que era «un hombre pálido, rubio y delicado, sensible hasta la enfermedad, poeta hasta las lágrimas», tuvo también la idea de ahogarse, como lo declara en sus versos, y Víctor Hugo no se libró de la misma manía sino por la vida de familia que hacía y el amor que profesaba á los niños.

No son menos sensibles los novelistas que los poetas. Octavio Feuillet era sumamente nervioso: un artículo hostil de Julio Janin le produjo «verdaderos desórdenes en la salud»; el fracaso de *La belle au bois dormant* estuvo á punto de matarle, y la vista del *Descendimiento de la cruz,* de Rubens, le impresionó tanto, que casi le hizo caer de emoción.

Y no son menos nerviosos que el idealista Feuillet los novelistas del naturalismo. «Siempre vibrante—dice Gui de Maupassant de su maestro Flaubert, de quien sabemos por Máximo du Camp que era epiléptico,—se comparaba él mismo con un desollado á quien el menor contacto hace estremecer de dolor, llegando á veces á tal grado de exasperación, que hubiera querido destruir la raza humana.» Sabido es cuán nerviosos eran Alfonso Daudet y los Goncourt; «los críticos podrán decir lo que quieran—escribía Edmundo de Goncourt,—pero no podrán impedir que mi hermano y yo seamos los San Juan Bautista de la sensibilidad moderna». En su estudio médico-psicológico sobre Zola, escribe el Dr. Toulouse: «Existe, pues, cierto desequilibrio nervioso, emotividad exagerada realmente morbosa que provoca, bajo la influencia de excitaciones mínimas, reacciones desordenadas y dolorosas.»

Si es verdad que contando los males se alivian, también lo es que á veces se aumentan y se agrian cuando se tiene excesiva imaginación; siendo más delicados que los demás, los poetas y artistas sufren proporcionalmente mucho más que otras personas; y esa sensibilidad, condición de su talento, es el tormento de su vida. Cediendo, por otra parte, al placer de desarrollar exclusivamente la facultad que constituye su superio-

ridad, pierden el equilibrio, la armonía de las demás facultades, recogiendo abundante cosecha de perturbaciones nerviosas.

Hay en el hombre, y sobre todo en la mujer, cierta tendencia á quejarse y á maldecir la vida. Los que olvidan los consuelos religiosos para alimentarse con novelas y poesías melancólicas, pierden pronto la resignación, hallando lisonjeada «esa parte del alma—como dice Platón—sedienta de lágrimas y lamentos», á la que hay que evitar que sea largo tiempo espectadora de lloros y lamentaciones poéticas, porque los sentimientos ajenos se hacen propios, y una vez alimentada y robustecida nuestra sensibilidad por la vista de los males ajenos, se hace difícil moderar los nuestros.» La poesía melancólica del siglo XIX ha matado la resignación, multiplicando el número de los suicidas.

Un libro de historia, de filosofía, de moral ó de crítica, no puede escribirse sin tener sano el juicio; una oda ó una novela, pueden prescindir de semejante condición, suplida por el desarrrollo de la imaginación y de la sensibilidad; y como estas cualidades son las predominantes en el novelista y el poeta, estos pueden conservar su talento aun después de perdida su razón. El Tasso, Rousseau, Poe y Nerval han sido escritores notabilísimos, aun teniendo trastornos cerebrales. «Hacía mucho tiempo—dice Gautier—que el equilibrio mental estaba desarreglado en Gerardo Nerval sin que ninguno de nosotros lo hubiera notado; hasta cuando la enfermedad hubo atacado su cerebro, conservó intactas todas las cualidades de su inteligencia; ninguna falta, ningún error, ninguna incorrección delató el desorden de sus facultades intelectuales; hasta el fin permaneció impecable, pudiendo así ocultar un estado que nadie sospechaba; algunas salidas extrañas nos dejaban á veces atónitos; pero las explicaba de modo tan ingenioso, tan sabio y tan profundo, que aumentaba nuestra admiración.»

Así como la fiebre da más brillo á los ojos, la neuropatía

da más esplendor á la imaginación y á la sensibilidad del novelista, haciendo sus relatos más vivos y coloreados, y ejerciendo en sus lectores más profundo y pernicioso influjo, infiltrando en sus espíritus su propia morbosidad: un escritor exaltado los exalta, una imaginación inflamada los enardece. Para gran número de novelistas y poetas, pensar es sentir, escribir es anotar sensaciones. En los siglos XVII y XVIII, se hacían colecciones de pensamientos, de máximas, de reflexiones: Pascal escribía sus *Pensamientos*, La Rochefoucauld sus *Máximas*, La Bruyère sus *Caracteres*, Vauvenargues sus *Reflexiones* y *máximas*, Duclos sus *Consideraciones*; hoy se escriben colecciones de sensaciones, y hasta los libros de crítica, de viajes y de historia, son libros de impresiones y sensaciones, llevando títulos como los de *Ideas y sensaciones*, de los hermanos Goncourt; *Sensaciones de historia*, de Barbey d'Aurevilly; *Sensaciones de Oxford*; *Sensaciones de Italia*, de Pablo Bouget; *Sensaciones de literatura y arte*, de Byvanck; hasta Julio Lemaître, que tiene el don de la observación moral y que podía continuar la tradición de nuestros grandes moralistas, nos da, cediendo á la moda del día, *Impresiones de teatro*.

La sensación ha sustituído al sentimiento, la imagen á la idea, y novelistas y poetas describen todo género de sensaciones y especialmente las del amor físico. Tras la literatura *impresionista*, han venido la pintura impresionista, la justicia impresionista de los jurados y la política impresionista de los diputados. Para gran número de personas que se tienen por cristianas, el sentimiento religioso mismo es sólo una necesidad de emociones religiosas, y hasta en ciertas apologías del cristianismo se encuentran más bien impresiones estéticas y místicas, que argumentos y razones.

Para aumentar su sensibilidad, hay escritores que la exaltan por la embriaguez, medio ya practicado por la antigüedad, como nos cuenta Plutarco de Esquilo y de Lampias. Hoffmann tenía alucinaciones que provocaba por medio de

excitantes y que le servían para escribir sus *Cuentos fantásticos*; Edgardo Poe, que era neurópata, bebía para sobrescitarse y encontrar visiones adecuadas para sus *Historias extraordinarias*; Baudelaire, que lo tomó por modelo, buscaba la inspiración en el opio y en el haschisch, y murió de parálisis; y en 1845 se formó en París el club de los *Haschidinos*, frecuentado por literatos en busca de alucinaciones.

Estos hábitos de excitación artificial no son, sin duda, generales, pero son menos raros que se cree, habiendo también novelistas que cultivan sus pasiones para analizarlas, y hasta sostienen enfermedades nerviosas como materia de observación. Mauricio Barrès propone buscar «medios nuevos de desarrollar y aguzar la sensibilidad, á fin de llegar á la adoración del yo». No hay por lo mismo que asombrarse de la flojedad de la razón en estos novelistas, ni que sorprenderse de ver que unos creen en el espiritismo y en las mesas giratorias y otros consultan sonámbulas y quirománticos, habiendo quienes no creyendo en Dios creen en el diablo.

Es peligroso tomar por guías á espíritus tan mal equilibrados, prefiriendo la literatura decadente á la filosofía y á la ciencia; ni el café ni el alcohol han ayudado á Guizot para escribir la *Historia de la Civilización,* ni á Thiers para componer la *Historia del Consulado y del Imperio.* ¡Cuántas novelescas exaltaciones, que acaban mal, se comunican á las pobres hijas del pueblo por esos folletines en que, á cada paso, se encuentrau las palabras fascinadoras de amor, embriaguez, pasión, voluptuosidad, felicidad! Las novelas crean en esas pobres muchachas un estado de espíritu quimérico que las pierde, porque jamás les hablan de la belleza de la vida de familia, de las alegrías del matrimonio: en lugar de poetizar á los humildes, á los trabajadores, los novelistas prefieren idealizar el libertinaje de los ociosos, de los mundanos. Y el final de esos sueños quiméricos de amor y de lujo es el suicidio y la prostitución.

Si el número de los suicidios ha crecido tanto en los últi-

mos cien años, es debido en parte al aumento de lectores de novelas. Por leer su folletín, la cocinera deja quemar su almuerzo, la doncella descuida su planchado, y la madre de familia se olvida de sus hijos. Centenares y miles de novelas aparecen cada año, y no hay periódico sin folletín, ni revista sin novela. Una de las causas de la rareza de los suicidios en el campo, consiste en que las mujeres del campo leen pocas novelas, y las de las ciudades leen demasiadas. Con su pasión por buscar descripciones pintorescas, los novelistas lo han descrito y embellecido todo: el adulterio, la crápula, la embriaguez, las costumbres infames, la seducción, el suicidio y el crimen pasionales; todo lo han poetizado, excepto la salud, el trabajo, el amor conyugal y la familia.

BIOLOGIA

Filogénesis y autoconservación. — Quien piense que la conducta humana—dice Sciacchittano en la *Rivista Moderna di Cultura*—está desviada de su dirección egoística por la acción de los demás hombres, se convencerá de que el hecho social, aun teniendo un solo origen, es producto de dos series de motivos que se encierran en las dos grandes leyes biológicas de la autoconservación y la filogénesis, de cuya incompatibilidad es consecuencia la lucha por la vida. La actividad social entera, es resultado de estos dos sentimientos: el personal de la conservación de sí mismo, y el social de la filogénesis.

Helvecio tuvo el valor de afirmar hace un siglo, que el factor determinante de las manifestaciones de la actividad del hombre, individual ó socialmente considerado, es la utilidad, principio cuya exactitud ha sido demostrada por Spencer, y que explica la moral contraria de las naciones y los conflictos de todo género: civiles, religiosos y políticos. «Si el universo físico—decía Helvecio—está sujeto á las leyes del movimien-

to, el universo moral no lo está menos á las del interés.» «Examínense los hombres—añade—y se verá que no hay crimen que no haya sido puesto en el rango de acciones honestas por las sociedades á quienes ha sido útil, ni acción útil al público que no haya sido censurada por alguna sociedad particular á la que haya sido perjudicial.» Esto se llama tratar la moral como lo que es, como una física experimental.

La familia y la sociedad son producto de los sentimientos utilitarios del hombre; el padre defiende á sus hijos, porque saca de ellos verdaderas ventajas, pues cuando así no es, los mata, se los come ó los vende. La primera forma social es la militar, y el amor á la prole tiene en ella el mayor desenvolvimiento, porque en los hijos se ven los futuros guerreros. Si los chechemecas, raza belicosa, aman mucho á sus hijos, desprecian, sin embargo, y aborrecen á sus hijas, como refiere Spencer, y entre los panchos, si el primer hijo es hembra, se le mata y se sigue matando á todas las hijas que nacen antes del primer varón, estando bastante generalizado, aun entre las familias europeas, el desprecio á las hijas.

Siendo esto así, la teoría de la filogénesis innata es falsa, aunque parece prestarle cierto apoyo el transformismo darwínico, según el cual, siendo el hombre un resultado de la evolución de seres inferiores en los que no aparece que, falto el sentido filogenético, debe poseer también este sentido altruístico por ley atávica. Pero en primer lugar no siempre es cierto que en los animales más próximos al hombre exista siempre la filogénesis. ¿Quién no sabe que la gata se come frecuentemente á sus hijos? El animal, por otra parte, halla fácilmente comida abundante mientras el hombre primitivo se ve obligado á luchar con todos y por todo; el animal, con su limitado desarrollo intelectual, no puede comprender la mayor ó menor utilidad de la prole, mientras que el hombre tiene la percepción de lo futuro y comprende la ley de la causalidad.

En el hombre primitivo el interés individual era el propulsor de todos los actos. ¿Cómo puede hablarse—se objetará—

de una sociedad completamente egoista si no es posible la convivencia social sin un sentimiento altruístico que sea el equivalente del derecho brutal de todos los componentes? Pero ¿es que la mera convivencia supone una verdadera sociedad? Pueblos existen, aun hoy mismo, que viven juntos en determinado lugar, y que no forman, sin embargo, sociedades, sino simples reuniones ó aglomeraciones humanas, faltando en ellos el elemento social. Esto aparte de que nada más fácil de reducir la más alta forma del altruismo al egoismo más refinado: las lágrimas que se derraman sobre el cadáver de un desconocido, no deben atribuirse á un sentimiento de piedad por el difunto, sino á la amenaza que siente uno pesar sobre sí mismo.

Pasando revista á los diversos sentimientos altruistas y fijándonos en la *simpatía,* que tanto ha servido á los filósofos para probar la ineidad de la filogénesis, puede afirmarse con Bain que sólo es un recuerdo doloroso, un sentimiento puramente reflejo nacido del sentimiento egoista de la propia conservación, pues sabido es que la simpatía nace por igualdad, por antagonismo y por complemento de las cualidades propias. El altruismo es un efecto del egoismo, y fuerza es aceptar el siguiente postulado: sea cualquiera la forma que tomen los sentimientos, voliciones y afectos del hombre, su solo motivo determinante es la autoconservación.

El amor maternal es el sentimiento por el que la mujer cría sus hijos hasta que éstos pueden proporcionarse á sí mismos los medios de vivir, instinto puramente fisiológico cuya primera razón de ser se halla en el placer que ocasiona la lactancia y no en un sentido más ó menos elevado de altruismo. La diferencia entre los animales y el hombre en este punto está en que la prole adulta animal se hace completamente extraña á la madre, mientras que la humana continúa con su trato generador de mutuo afecto; no debe olvidarse, sin embargo, que entre los animales es raro matar á la prole, y entre los hombres hay pueblos que practican el infanticidio por previsión económica. ¡No en vano tiene el hombre raciocinio y es llamado *sapiens!*

¿Qué pruebas científicas y reales existen de la instintividad del amor maternal? Ninguna. Los actos de heroismo de algunas madres para salvar la vida de sus hijos no pueden servir de guía ni constituyen el promedio del amor materno; y frente á unos cuantos hechos exagerados en que resplandece el amor maternal, pueden citarse muchos otros en que la realidad de la vida aparece harto diferente, aun dentro de la familia europea moderna.

Maveo, en sus *Caracteres de los delincuentes,* escribe: «Son increíbles los relatos de los criminales sobre las sevicias de sus progenitores»; en el 22,6 por 100 de los delincuentes, según el mismo psiquiatra, se encuentra carácter inmoral ó violento del padre, y en el 11 por 100 de la madre. Tardieu, en su *Estudio médico legal sobre los atentados á la moral,* refiere numerosos ejemplos de incestos intentados ó consumados por los padres, y cita 36 casos de sevicias increibles cometidas por las madres contra sus criaturas; añádanse á éstos los casos de abandono de los hijos, de abortos buscados y de infanticidios, y se verá que el tanto por ciento de las llamadas madres amorosas no es superior al de las madres desnaturalizadas, siendo positivo que la mortinatalidad y la mortalidad de los niños se debe principalmente á la falta de un verdadero sentimiento materno, pudiéndose recordar de paso los casos numerosos de litigios promovidos por los padres contra los hijos y la prostitución impuesta á las hijas con más frecuencia de lo que se cree.

Todo esto, sin embargo, es simplemente el índice, la exterioridad más externa de toda una complejidad de hechos que, al amparo de las leyes de beneficencia, constituyen la normalidad del organismo familiar. Si además de este conjunto de hechos psicopatológicos que dan fe de la falta de amor en los padres, se consideran todas las consecuencias físicas, psíquicas y morales que la educación de los padres produce en los hijos, la tesis queda demostrada. El que ha sido testigo de las acciones cometidas por los padres en tiempo de epidemia, y

quien sabe que el 99 por 100 de las madres no estarían al lado de su hijo tuberculoso ó colérico si no temieran á la opinión pública, no tendrá por visionario ni por inmoral al que niegue que el amor materno es innato en la mujer. En los pocos casos en que existe es un fruto puramente social ó meramente individual.

No es esto negar el amor materno, sino afirmar en primer lugar que no es un sentimiento originario, y en segundo que sus causas deben buscarse en el medio ambiente social ó en una particular disposición fisiológica. Parent Duchatelet, en su libro sobre *La prostitución en la ciudad de París,* sostiene que en las prostitutas existe un amor materno muy profundo. Aceptado este hecho como innegable, hay que admitir ó que la abyección de la prostituta es causa importante del amor materno, lo cual es ilógico y colocaría á la mujer anormal sobre la normal, ó que ese amor es efecto de la falta de personas en quienes depositar el propio cariño, la concentración de todos los afectos en el único ser de quien se espera verdadero amor.

Aplicando, por otra parte, la teoría de la simpatía al amor materno, no es extraño que las madres se encariñen con sus hijos, que en general se les parecen tanto, siendo continuación de la propia individualidad. Los numerosísimos casos de pleitos promovidos por las madres contra sus hijos en su exclusivo interés, la mortalidad de los niños por falta de cuidados, la venta del honor de las hijas, el ningún cuidado de la educación de los hijos para la vida, los delincuentes y locos que produce la familia, todo autoriza la afirmación de que el amor materno no se halla hasta el presente más que en estado rudimentario y emocional. No es éste asunto de corazón, sino de inteligencia; los sentimientos del hombre, antes de llegar á ser tales, han sido simples convicciones mentales, procesos lógicos del cerebro y no otra cosa.

Y así debe necesariamente ser si la autoconservación es el principio propulsor de todo el obrar humano. La simpatía, á

la que suele atribuirse la agregación de los hombres, es consecuencia y no causa del agregado social. La aparición de un verdadero estado social en el que vienen á definirse los derechos individuales y sociales es consecuencia natural y necesaria de la autoconservación, y partiendo de este esencial postulado sociológico puede afirmarse que cuanto más progresa el hombre en su evolución intelectual, tanto más terreno cede el egoismo al altruismo.

Una de las observaciones más corrientes en los libros de psicología es la de que en el carácter de los niños se encuentra un egoismo tan refinado que se asemejan á los salvajes por la falta de sentido moral; este hecho se explica por la falta de desarrollo mental del niño y por la carencia de disciplina social; pero no contradice en ningún caso la ley del edonismo. La utilidad en sus comienzos se circunscribe á lo inmediato y presente; sólo con el transcurso de los siglos y la acumulación de experimentos personales y sociales, vemos buscar al hombre una utilidad que no sea la del momento. Todas las formas de previsión en las que el sufrimiento presente ha de producir un goce futuro, no son sino procesos de una ley francamente egoista: la conservación de sí mismo, la utilidad.

Así, poco á poco, esta busca de la utilidad mediata viene inconscientemente á crear formas pseudo altruísticas de conducta, de las que ha salido la creencia de que hay acciones que arrancan del sentido de la conservación de la especie. El altruismo no es un sentimiento primitivo; no nace con el individuo, sino con la colectividad social. La evolución del derecho penal se ha manifestado en todos los pueblos en sentido individualista: primero, no se castigan sino los delitos políticos, luego los que interesan al consorcio social, reservando amplia libertad de venganza al ofendido por crímenes individuales; aun hoy, los numerosos delitos que sólo pueden perseguirse á instancia de parte, muestran que no está en la conciencia social el principio de que los derechos individuales deben ser defendidos lo mismo que los sociales.

En conclusión: la supervivencia de las formas más bajas de egoismo, el crecimiento de los delitos contra las personas y la propiedad, prueban la ineidad del principio de la autoconservación sin mezcla de filogénesis, sin que ningún optimismo de sociólogos altruistas sea capaz de modificar el ambiente. Las estadísticas se afanan en presentar cuadros de beneficencia de color de rosa; pero en el fondo eso no es beneficencia, sino especulación sobre la beneficencia: especulación estética en quienes la promueven con fiestas y reuniones de gente frívola, especulación pecuniaria vulgar en contratistas y proveedores; los niños de las inclusas mueren en espantosa proporción, los hospitales no tienen camas para tantos enfermos, y la miseria brota siempre, y con ella la depravación, el delito, la degeneración física y moral. El capitalismo imperante, la conculcación de todos los derechos de los proletarios y trabajadores, la desigualdad económica, en una palabra, es sólo un producto egoístico. Y si todo esto, fruto de la autoconservación, ocurre todavía, después de tantos siglos de filogénesis, no es admisible que este último principio haya nacido en el hombre al mismo tiempo que el de la autoconservación.

PEDAGOGIA

Evolución de la Instrucción pública en Francia.—La Revolución francesa—dice Bunge en la *Revista Nacional*, de Buenos Aires—lanzó por nuevos derroteros á la Instrucción pública. Talleyrand y Mirabeau dan todavía al clasicismo no poca importancia en los planes que sometieron á la Asamblea Constituyente; pero Condorcet, interpretando mejor el espíritu democrático de la época, convirtió los estudios clásicos en lujosa curiosidad, y bajo su influencia trazaron Lacanal y Daunon el programa de las escuelas centrales. Y es curioso observar que ya en aquel tiempo se plantea la cuestión por los fran-

ceses con el mismo criterio que hoy se halla planteada: no se preguntan si la cultura grecolatina servirá para fundar la ética, disciplinar la inteligencia, formar al sociólogo y al erudito, al sabio y al estadista, sino si es realmente útil para depurar el gusto literario.

Cítase, generalmente, la organización de la segunda enseñanza en Francia como tipo de *bifurcamiento;* y sin embargo, esta organización, impuesta por antecedentes históricos, sólo en los momentos de su creación se ha presentado en pleno desarrollo, viniendo sometida desde entonces á una transformación que le ha hecho perder su carácter.

El Renacimiento impuso el estudio del griego y el latín; pero el griego fue poco á poco abandonándose en las Universidades del Sur de Europa, y desde el siglo XVII vino á quedar casi solo el latín como base de la cultura intelectual, en conocimientos positivos, ideales, teorías y ejemplos, de las personas bien educadas; á este predominio del latín en el Sur contribuyó la extensión de este idioma como lengua sabia, su adopción por la Iglesia como lengua litúrgica, y el abandono del griego por las dificultades de su sintetismo morfológico, de su construcción y de su vocabulario, que requerían largos años de trabajo, no siendo el tesón cualidad nacional de las razas latinas.

Pasado el período revolucionario, Napoleón restauró el latín, que volvió á ser, con las matemáticas, el eje de la pública instrucción; pero las cosas habían cambiado mucho, las lenguas vivas reclamaban con sus superiores aplicaciones el puesto que les correspondía, y la lucha entre clasicistas y modernistas se entabló con empeño, creyendo Fortoul haber hallado en 1852 la solución del conflicto con el sistema de la bifurcación, que dividía la enseñanza secundaria en dos ramas diversas, con lo que todos quedaron descontentos por constituir aquella transacción, como dice Ribot, «un régimen bastardo que, haciendo del latín el centro de la educación, invitaba á los alumnos á despreciarlo en el momento en que podían reco-

ger sus mejores frutos, imponiendo dos años de griego á los estudiantes para que en seguida lo olvidaran».

Cediendo á la opinión, Víctor Duruy establece en 1865 la enseñanza secundaria *especial;* pero los programas van apartándose cada vez más del clasicismo, y durando cinco años los estudios, y no siendo posible atender á todo en tan corto tiempo, el latín va sacrificándose á las lenguas vivas y á las ciencias, que adquieren de día en día mayor desarrollo.

La revisión de 1886 marca la tercera etapa de la evolución. «La nueva enseñanza—decía el proyecto—será *general* y *clásica;* deberá ser organizada para responder á las *nuevas* necesidades de la sociedad moderna y atraer á los estudios secundarios á los jóvenes que no tienen gusto ni tiempo para entregarse al estudio de las lenguas muertas.» La enseñanza secundaria *especial* conserva su nombre; pero los estudios se elevan á seis años; el certificado de estudios *generales,* que antes se daba al concluir el tercer año, se reemplaza con una simple nota para pasar á los estudios *especiales,* ya para disimular en lo posible la existencia de aquella articulación casi innecesaria, ya para no alentar á quienes, dando inmerecido valor á tal certificado, cortaban en aquel punto sus estudios, creyéndose suficientemente capacitados en cultura general. Se agregó una segunda lengua viva á partir del cuarto año, y el triunfo de los modernistas fue completo.

Los clasicistas, mudos hasta entonces, estallaron, y la lucha adquirió proporciones formidables; pero en 1891 se llegó á la cuarta etapa de la evolución, á pesar de las protestas de los clasicistas. Se suprime lo que quedaba de la división en dos ciclos, y se presenta la enseñanza moderna como un todo completo. Tal ha sido la evolución del famoso *bifurcamiento* francés.

BIOGRAFIA

Siluetas parisienses: Jorge Courteline.—Es cosa convenida—dice Zadig en la *Revue Bleue*—que Jorge Courteline es espiritual de nacimiento, gracioso por principios, guasón por hábito; y como nada se le escapa de cuanto ve, se le tiene con razón por observador. Todos le quieren, porque á nadie jamás ha aburrido, y á pesar de su éxito tiene verdaderos amigos, que ¡cosa sorprendente! le alaban á más y mejor. Pero lo más admirable es que, á pesar de tener talento, obtuvo el favor del Ministro Leygues, que le condecoró. En resumen, Courteline es un hombre feliz que, sin embargo, está contento de la humanidad y de sí mismo. Si no es precisamente uno de los atractivos de París, no está lejos de ser una curiosidad parisién; por eso en provincias todo el mundo se jacta de conocerle, ó más bien de gustarlo.

¡Popularidad bien merecida! Un escritor es popular cuando agrada á la burguesía, y Courteline conquista á la burguesía con sus bufonadas. La seriedad es evidentemente una debilidad; todos queremos reir, y si no lo hacemos, es porque nos falta el tiempo y la ocasión. Courteline tiene una alegría comunicativa porque es perpetua, brutal y sin matices, desarrollándose matemáticamente por la fuerza misma de su principio. Courteline observa, descubre inmediatamente lo que salta á los ojos de todo el mundo, y enseguida lo deforma; esta primera deformacion engendra otra, y pronto el hecho real y sencillo se convierte en estupefaciente monstruosidad. Las bufonadas de Courteline son como realidades inverosímiles.

Courteline no quiere tratar sino los asuntos tradicionales de las chanzas burguesas: burocracia, cuarteles, propietarios, magistrados, médicos..... Ha hecho buena burla, muy fina, de los empleados de los Ministerios; sus asuntos militares están tan bien tratados, que los que nunca han visto un cuartel se

divierten con Lidoîre, la Guillaumette ó el capitán Hurluret, tanto como los que los conocen; luego hizo *Boubouroche,* historia verídica de amantes engañados, con tan genial simplicidad, que cada lector reconocía en el protagonista á uno de sus amigos.

Courteline se atiene sistemáticamenie á la exterioridad: sus héroes constituyen un desfile de caricaturas, y tienen en lo posible deformidades físicas ó vestidos ridículos, ó bien se presentan en estado de embriaguez; un borracho hace siempre reir. Todos, por otra parte, llevan nombres típicos: los señores Conique, Mapipe, d'Echaussé, Foy de Vaulx, Courbouillon, Marta Passoire, etc. Los nombres son uno de los elementos principales de lo cómico; cuando Courteline ha inventado un nombre, ha creado verdaderamente un personaje, é inventa también títulos ingenuamente significativos: *Teodora, busca cerillas, ¡Hortensia, acuéstate!...* títulos alegres, muy alegres; el título es todo; lo demás, no pudiendo ser más divertido, corre el riesgo de serlo menos.

Pero el resto no es menos divertido, porque Courteline elabora pacientemente las bromas más comprensibles, las que producen una especie de efecto físico. Y son gentes que se tropiezan, que caen, que se equivocan de piso, que queriendo respirar el aire puro de la noche, abren en la obscuridad un aparador y huelen el queso...; son tonterías, pero que se encadenan y se amontonan de tal modo que no hay más remedio que reir á carcajadas. He ahí un escritor que no se preocupa de renovar la sociedad. Su risa es optimista, y sus obras tonifican el espíritu y el cuerpo, y sin filosofías ni trascendencias, Courteline coopera con los filósofos, y con mayor eficacia que ellos, á la armonía social.

*
* *

Retratos contemporáneos: Masson Forestier.—En nuestro mundo literario—dicen Pablo y Víctor Margueritte—hay una figura muy original, sin esa deformación profesional que

el oficio de escribir imprime en los mejores literatos: Masson Forestier debe en gran parte esta originalidad á la vida que lleva y á las ocupaciones á que se ha dedicado, habitando como abogado de crédito en Normandía.

París es casi siempre funesto al noble oficio de las letras: activa y excita la producción, pero á expensas del cerebro, que se fatiga y se agota. Esta vida intelectual tan alabada, esta atmósfera luminosa de ideas y sensaciones, constituyen en el fondo la más deplorable higiene mental. Nada tan monótono, bajo su aspecto fugaz y sin cesar renovado, como el caleidoscopio ofrecido por los salones, los estrenos, los barnizados y los chismes del día; nada tan estrecho como el círculo en que se gira. La provincia, por el contrario, bajo su aparente uniformidad, presenta el más amplio campo á la observación; allí se intriga, se ama y se odia de veras, porque hay tiempo para ello.

La historia de los comienzos literarios de Masson-Forestier es una verdadera novela. Un marinero bretón había sido mutilado por un engranaje, á bordo de un petrolero inglés, enmedio de una tempestad; durante diez días había permanecido con la pierna triturada, y la gangrena ámenazaba su vida; la tripulación llegó á irritarse, y el egoista capitán se decidió á pedir auxilio á varios grandes trasatlánticos; sólo un gran correo se detuvo, y destacó un bote con un médico, que amputó la pierna al enfermo, sin querer cobrar nada por la operación, celebrando haber podido salvar la vida á un francés. El correo y el médico eran alemanes, y aunque tarde, el Gobierno francés ha pagado su deuda condecorando al sabio y desinteresado doctor. Desembarcado el marinero inválido, Masson Forestier abogó por él y logró se le diera una indemnización por los armadores, y entretanto, prendado de las excelentes condiciones de su defendido, lo recogió en su casa, escribiendo más tarde tan interesante historia, que con el título de *Pierna cortada* apareció en la *Revue des Deux Mondes,* llamando extraordinariamente la atención.

Ocupado hasta los treinta y dos años en una notaría y en su taller de escultura, sin conocer de la vida los resortes, decidió abrir su bufete de abogado y de síndico de quiebras, y como esta profesión, al ponerle en contacto con las miserias del alma humana le abrió nuevos horizontes, parecióle que el mundo ignoraba lo que era la vida de los negocios, y alentado por el éxito de *Pierna cortada,* sentó de lleno sus reales en el campo literario, cultivando apasionadamente el género de la novela de costumbres, escribiendo siempre con sinceridad y movido generalmente por alguna fuerte impresión.

Su obra maestra, según Brunetière, es *Baratería.* Un armador asegura su *Gladiador,* por una enorme suma, y lo carga de tal modo, que el barco, falto de estabilidad, debe perecer á la primera tempestad; la tripulación se niega á embarcarse en tales condiciones, pero pagando dobles salarios, el armador encuentra marineros que le sirvan; en cuanto al capitán, ya desesperaba de encontrar quien le reemplazara, cuando un joven recién casado se presenta; es, como su mujer, de ilustre familia, pero está falto de recursos; al enterarse de las condiciones, olfatea un peligro, pero confía en su destreza, y se hace al mar. Dos meses después, el *Gladiador* se hunde, sin que nada ni nadie se salve.

¡Bonito negocio para el armador! «La vida, después de todo—se dice—no es más que una guerra á cuchilladas»; «no puede uno escoger, y para no ser aplastado hay que aplastar.» Con estas reflexiones, procura tranquilizar su conciencia al retirarse á su casa, después de haber liquidado su seguro. Una mujer le espera en el despacho. Entra, y se encuentra con la joven viuda del capitán, que no sabe nada de lo ocurrido, y viene en busca de noticias de su marido, y á rogar al armador que acepte el ser padrino de su primer hijo. «Dará usted con ello tanta satisfacción á mi esposo!.....»

Tratando con predilección casos de conciencia como los citados y como *Remordimientos de abogado,* Masson Forestier ha logrado entrar en la conciencia de las gentes. Hasta el pre-

sente sólo ha escrito *nouvelles*, más ó menos cortas, con sobriedad de detalles, agrupando los hechos y resumiendo los diálogos. Ahora acaba de lanzarse de lleno en la novela, y *Une flambée d'amour*, recientemente publicada, acaba de afirmar su bien consolidada reputación literaria.

IMPRESIONES Y NOTAS

Chuscadas evolucionistas.—Un naturalista noruego, darwinista ferviente, hizo evolucionar á un arenque por la sola transformación del medio en que vivía—según cuenta Alfonso Allais en su libro *No nos peguemos,* editado por la *Revue Blanche.*—Disminuyendo, en efecto, gradualmente el agua de mar que le suministraba, lo convirtió primero en anfibio y luego en animal terrestre, hasta que, por último, el buen animal seguía por las calles á su amo como un perrillo; pero un día, durante el paseo, el pobre arenque se escurrió por entre las tablas mal unidas de un puente, cayó al agua y ¡se ahogó! Otro experimento darwinista de la misma procedencia consiste en lo ocurrido con un perro blanco, que se puso negro á fuerza de oirse llamar con el nombre de *Negro* por su amo.

***

La fuerza de los insectos.—Una tarde de verano—según cuenta el Dr. Weir en *Scientific American*—un escarabajo de la especie *Lucanus elephas* se introdujo entre las ropas del doctor, y éste, al llevar la mano al sitio donde notó el insecto, sintió cogido uno de sus dedos con tal fuerza, que necesitó la ayuda de otra persona para hacerle soltar la presa. El doctor quiso entonces medir la fuerza del insecto, y lo enganchó á un carrito de hojalata de 58 gramos de peso; el escarabajo, que sólo pesaba 18 decígramos, arrastró el carrito corriendo, y logró todavía moverlo fácilmente con 15 gramos más, y con

gran dificultad con otros 15 gramos; el esfuerzo llevado á cabo por el insecto en este último caso equivaldría al arrastre de una carga de la que ningún hombre podría tirar.

Trabadas las patas del escarabajo de modo que sólo quedara libre una, relacionada con un dinamómetro muy sensible, el insecto realizó un esfuerzo de contracción equivalente al peso de 15 gram os; para que un hombre llegase á semejante resultado, sería preciso—como dice *La Naturaleza*—que pudiera levantar una tonelada con una sola mano.

Otro escarabajo, el *Dynastes tityrus*, tiene sus tenazas en distinta disposición y en ellas fuerza bastante para cortar la ramita de un árbol; comparado el esfuerzo de estas tenazas con el de las mandíbulas de un perro de presa al triturar un hueso, resulta mucho mayor la fuerza del insecto, cuyas tenazas constituyen formidables armas de ataque y de defensa.

Enganchado este mismo escarabajo al carrito de que había tirado el lucano, el Dr. Weir lo cargó con 30 gramos más de perdigones, y el *Dynastes* lo arrastró sin trabajo; aumentó la carga con otros 30, y también el carrito avanzó sin gran dificultad; sólo al añadir 15 gramos más es cuando el animalillo pareció llegar al límite de su resistencia, aunque al ser excitado, pudo todavía arrastrar esta carga de 120 gramos, equivalente á 18 veces su propio peso; un hombre necesitaría arrastrar cerca de 2.000 kilos para igualar proporcionalmente su fuerza con la del escarabajo.

El último experimento del Dr. Weir consistió en colocar sobre el *Dynastes,* con toda precaución, un ladrillo de kilo y medio de peso, que no sólo pudo aguantar el animal, sino al que logró imprimir marcado movimiento de oscilación. Una losa de peso proporcional dejaría á un hombre convertido en informe masa.

*
* *

Los inventos del siglo XIX.—Trece invenciones—según dice *Madrid Científico,* reproduciendo las conclusiones de un

libro reciente—son las debidas exclusivamente al siglo que termina: los *ferrocarriles,* que han transformado los viajes por tierra, facilitando la distribución de los productos del trabajo humano; la *navegación al vapor,* que ha logrado el mismo resultado en los mares, obligando á reconstruir las escuadras comerciales y belicosas del mundo entero; el *telégrafo eléctrico,* que ha producido una revolución todavía mayor en la transmisión del pensamiento; el *teléfono,* que ha llegado al mismo resultado por la transmisión de la palabra; los *fósforos,* que han cambiado por completo el modo de obtener el fuego; el *alumbrado por gas y el eléctrico,* que han mejorado extraordinariamente los medios de iluminación; la *fotografía,* que es para las formas de la materia lo que la imprenta para las del espíritu; el *fonógrafo,* que fija los sonidos más fugaces, como la fotografía los movimientos; los *rayos Roentgen,* que atraviesan los cuerpos opacos, abriendo nuevos mundos á la observación y al estudio; el *análisis espectral,* que extiende asombrosamente nuestros conocimientos del universo; la *anestesia,* que ha humanizado, dulcificado y hecho posibles las más terribles operaciones quirúrgicas; y la *antisepsia,* que ha descubierto nuevos horizontes á la terapéutica.

***

El eclipse de las ideas liberales.—Alfredo Berl, en la *Grande Revue,* de París, descubre con plausible franqueza las faltas y pecados del republicanismo francés en sus diversos matices, mostrando que la crisis actual se caracteriza principalmente por la desaparición de la burguesía liberal, que se ha echado en brazos de la reacción por miedo al socialismo, mientras la democracia obrera marcha hacia el colectivismo y la intervención, desarrollándose por otro lado el nacionalismo militarista. Las ideas liberales, cogidas entre estas diversas fuerzas, no están ya verdaderamente representadas y defendidas sino por la clase intelectual, profesores, sabios y literatos,

únicos que tienen el valor de recoger y levantar la bandera abandonada por los parlamentarios, ocupando el puesto de que éstos han desertado. En la alianza de estos elementos con la democracia, de los pensadores con los obreros, encuentra Berl la salvación de Francia.

*
* *

Fragmentos inéditos de Andrés Chenier. — La *Revue Bleue* inserta varios fragmentos de una obra que, con el título algo extraño de *Apología,* debió escribir Andrés Chenier por el año 1787, durante su estancia en Inglaterra. He aquí algunos trozos de esta obra, que contiene el estudio de los problemas políticos y sociales que tanto apasionaban los espíritus:

«Querer cambiar las costumbres de una nación, es como cambiar el curso de un río; al principio cuesta trabajo, luego se acostumbra á su nuevo lecho y cree no haber corrido jamás por otros cauces. Cuando un pueblo tiene costumbres, usos y preocupaciones, el legislador no debe atacarlos de frente; armaría al pueblo contra él; debe inspirar otras; debe destruirlas sin combatirlas.

«Quedan todavía en un país huellas por lo menos de buenas costumbres cuando se conserva algo de pudor; cuando no se atreve uno á envilecerse abiertamente; cuando lo niega si ha sido descubierto, y se buscan, por lo menos, pretextos para disfrazar su bajeza. Yo he visto la desvergüenza llevada á un punto inconcebible. Un hombre ha empleado las más viles lisonjas para enriquecerse, ó, arruinado, jugador, lleno de deudas, se ha vendido bien caro á la lubricidad de alguna vieja disoluta, ó se ha elevado por algún matrimonio infame y opulento. Ha llegado á ser Ministro por viles complacencias, ó porque mujeres intrigantes y desordenadas han encontrado en él con qué satisfacer mejor sus intemperantes deseos. ¿Creéis que se avergüenza de los grados ignominiosos por donde ha subido? No; conviene en ello sin rodeos, levantando

la frente y alabándose de ello. Si se habla del asunto en alguna tertulia, no falta alguien que se burle; pero todos acaban por reconocer que ha hecho muy bien, y que las bajezas sólo son despreciables cuando no tienen éxito; y muchos envidian secretamente, y algunos hasta en alta voz, la dicha de aquel hombre.»

«Un magistrado, amigo mío íntimo, hombre respetable y respetado, decía á varios de sus colegas, muy amigos de los procesos secretos y que preguntaban con indignación si es que se quería someter el Parlamento al juicio del público: «Señores, no tengo que haceros más que una pregunta, y os suplico que la contestéis categóricamente: ¿Se ha hecho el Parlamento para el público, ó el público para el Parlamento?»

«Recuerdo haber leído en otro tiempo las Memorias de un hombre que contaba con qué paciencia y con qué maravillosa habilidad se había salvado de la Bastilla y de Vincennes, y con qué encarnizamiento le habían perseguido, hasta en países extranjeros, para sepultarle de nuevo en más duro cautiverio. He aquí su culpa: estando en París sin familia y sin recursos, se le ocurrió enviar por la posta una caja de grajeas á la señora de Pompadour, avisándole al mismo tiempo por escrito para ponerla en guardia, diciéndole que sabía que sus enemigos trataban de envenenarla con una caja de confites. Llegó la caja y se hizo la prueba de su contenido en un perro, que no sufrió ningún daño, descubriéndose así la superchería; aquella bajeza, más vil y despreciable que punible, valió á su autor cuarenta años de cárcel; si el pobre diablo hubiera tenido la precaución de envenenar los confites y el perro hubiera muerto, su fortuna estaba hecha; nuestros padres le hubieran, quizá, visto Ministro.»

FERNANDO ARAUJO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Der Anarchismus, von Dr. Paul Eltzbacher.—Berlín, J. Guttentag, Verlagsbuchhandlund, 1900. Un vol. de XII-271 páginas y 33 más de índice por materias; sin indicación de precio.

La organización política de las sociedades modernas, el Estado, tiene por base la violencia. El hecho es indiscutible. Atiéndase no más—por ser lo más visible—á la existencia del ejército y de los numerosos institutos armados que tienen á su devoción los Gobiernos, y se verá cuán exacta es la observación precedente.

Por eso, puede decirse que en el día de hoy abominan del Estado, en cuanto organización coercitiva, y de lo que tal organización supone (leyes, autoridades, Tribunales, fuerza pública, etc.) todos cuantos aborrecen la violencia como lazo de unión entre los hombres. Los espíritus de gran delicadeza moral no pueden concebir que un orden que en tal base estriba pueda ser un orden social justo. Tal es la causa por la que actualmente existe en el mundo una falange, no pequeña, de pensadores que atacan lo que puede llamarse los «fundamentos» de la vida social; aunque no de toda vida social, sino precisa y exclusivamente de la vida social *presente*. Todos los que profesan tales ideas son anarquistas, á pesar de que no se lo llamen, ó libertarios, ó como se quiera decir.

Ahora bien; el Sr. Eltzbacher hace en su libro reciente, ***El Anarquismo,*** una exposición muy ordenada, muy metódi-

ca, muy clara, muy exacta de las doctrinas de las principales figuras del anarquismo, no sólo de los representantes de él que viven, sino de algunos que ya han muerto. Por su propia cuenta no dice el autor apenas nada; se mantiene fiel constantemente al lema que va al frente del libro: *Je ne propose rien, je ne suppose rien, j'expose;* se trata, por tanto, de una de esas exposiciones que se denominan «objetivas».

En ella emplea constantemente el mismo orden, que consiste en dedicar un capítulo á cada autor de los que estudia, y dividir después cada capítulo en seis partes: 1.ª, *Generalidades* (breves noticias sobre la vida y obras del escritor á que el capítulo se refiere); 2.ª, *Bases generales;* 3.ª, *El Derecho;* 4.ª, *El Estado;* 5.ª, *La Propiedad;* 6.ª, *Efectuación.* Por este procedimiento va Eltzbacher exponiendo (casi siempre con las propias palabras de que ellos se sirven, para que la fidelidad sea mayor) las teorías de Godwin, de Proudhon, de Stirner, de Bakunine, de Kropotkin, de Tucker y de Tolstoy, es decir, de los anarquistas de mayor renombre. No habla nada más que de éstos.

De propio, no pone el autor más que el trabajo (que no ha sido poco) de organización, y además una introducción y un primer capítulo, consagrados á dar á conocer el fin que persigue, y á fijar el sentido de los términos Derecho, Estado y propiedad, de que tiene que servirse; y dos capítulos al final, de generalización y resumen, uno sobre *Las teorías anarquistas,* y otro sobre *El anarquismo* (concepto de) *y sus especies.* También acompañan al libro unas indicaciones bibliográficas.

En el *Boletín de la Institución libre de Enseñanza* se está publicando el capítulo de este libro relativo á la *Doctrina de Tolstoy;* por su lectura puede, quien quiera, formarse una idea de lo que es la obra de Eltzbacher.

P. Dorado.

L'Evolution du droit et la conscience sociale, par L. Tanon, président á la Cour de Cassation.—1 vol. in-12 de la *Bibliotèque de Philosophie contemporaine*, 2 fr. 50 (Felix Alcan, editeurs).

Aunque de pocas págiuas, bien merecía este libro que se hablase de él con alguna mayor extensión que la que es permitido emplear en una simple nota bibliográfica como la presente. La importancia de los asuntos de que se ocupa, la manera fácil, accesible, casi vulgarizadora de tratarlos, las apreciaciones personales del autor, cuyo principal mérito consiste, no obstante esto, en haber sabido recoger con grande acierto de elección en la ajena crítica los datos necesarios para la propia, ordenándolos y disponiéndolos muy discretamente, todo, digo, contribuye á que la lectura de este trabajo sea harto substanciosa y por extremo sugestiva.

Lo considero libro muy á propósito y, por las condiciones dichas, muy digno de ser manejado por nuestra juventud escolar, á la cual pudiera servir de iniciación, y como de fácil paso á obras de ya más alto vuelo.

Por su tamaño y por su contenido puede ponerse el opúsculo de que doy cuenta al lado del de Bouglé, y aun casi del de Petroni, si bien este último, y en la parte crítica sobre todo, tiene, en verdad, miras un tanto más elevadas.

El principio, idea ó concepto fundamental, inspirador del trabajo de M. Tanon, es el de la relatividad del Derecho, aunque no entendida á la manera que ya se va viendo ser un poco estrecha y algo *terre á terre* del positivismo clásico, sino más bien inclinándose al sentido de la *antigua* escuela histórica; quiero decir, al sentido predominante en los fundadores de esta dirección ó tendencia.

Así, pues, el pensamiento del autor, desenvuelto y explanado en la segunda parte del libro, puede, en términos generales, reducirse á lo siguiente: el Derecho, cuyo fin específico lo constituyen las relaciones de coexistencia y cooperación sociales, es producto todo él de la evolución histórica, sin que quepa admitir una justicia absoluta, inmutable y uniforme, inde-

pendiente de las condiciones de lugar y tiempo; el principal factor de la evolución jurídica es la *conciencia social*, y la dirección progresiva de aquella puede señalarse siempre por el paso de la cooperación obligatoria, ó mejor, forzosa, á la voluntaria y libre; lo que recuerda la distinción de Spencer entre el régimen militar y el industrial; la de Sunmer Maine entre el *status* y el contrato; la triple de Makenzie, de períodos de sujeción, liberación y organización, con más ciertos modos de ver *grosso modo* de los partidarios del llamado organismo contractual.

En el sucesivo desarrollo de estos cardinales puntos toca el autor y se detiene, en temas tan interesantes como el de la conciencia social y en la discusión bastante amplia de las doctrinas utilitarias del Derecho, y en uno y otro lugar sus observaciones suelen ser exactas y de alcance verdadero. Termina, por último, el libro con un capítulo consagrado á hablar del carácter formal y obligatorio de los preceptos jurídicos, que deriva más que del imperio de la fuerza—de la coacción—del consentimiento moral y libre, última y aun única garantía del cumplimiento de la justicia en todos los órdenes de la vida.

Aunque esta y otras muchas conclusiones á que llega M. Tanon sean de indudable valor para toda construcción científica, revisten, sin embargo, cierto carácter fragmentario y, por así decirlo, están como aisladas de sus naturales fundamentos, no viéndoselas, por tanto, en el cuadro general y en el lugar adecuado que aquella de su propio contenido debe representar. Defecto común á toda investigación que no empiece proponiéndose esta primera é imprescindible cuestión, á saber: el concepto de su objeto; concepto que inútilmente se buscará en la historia, so pena de caer en más peligrosas é infecundas abstracciones que las tan decantadas del Derecho Natural, cuyos servicios á la ciencia y á la civilización, como de quien edificó sobre sólidos cimientos, tan grandes fueron, y de cuyas fundamentales concepciones, por lo demás, no han sabido salir todavía las modernas escuelas relativistas.

¿Qué diferencia hay de fondo, por ejemplo, entre la concepción roussuniana del Derecho y el pensamiento capital de la escuela histórica, ahora patrocinado por M. Tanon y tantos otros? En ambas direcciones es la voluntad general la creadora del Derecho, manifestada en una en un momento dado y reflexivamente, implícita en otra en la larga cadena de hechos de la Historia; pero en ambas también falta el contenido objetivo, la norma jurídica, á la cual aquella voluntad general en sus determinaciones debe obedecer.

Et sic de cœteris.

JESÚS ARIAS DE VELASCO.

La Morale d'un égoista. *Essai de morale sociale*, par H. Laplaigne.—1 vol. *Biblioteca internacional de Sociologia*, París.—Giard y Brière, Editores.

Con este paradójico título dedica el autor un regular volumen á la exposición en toda su pureza de la doctrina de la moral utilitaria. Verdad es que la paradoja la explica luego, muy á los comienzos del libro, advirtiendo en una nota que cuando llegue el día en que aquella doctrina sea como tal doctrina por todos aceptada, se cambiará el sentido de afrenta de algunas palabras, trocándose en alabanza lo que hoy suena á vituperio. Entonces podrá hablarse de «egoistas dignos, admirables y nobles», así como también los habrá «malos, necios y miserables», según hayan ó no acertado en el cálculo que de su utilidad y de los medios á ella conducentes hayan hecho.

Cuando, pues, este modo de ver las cosas sea general en los hombres, y se escriba, v. gr., la biografía de los que consagraron su vida al bien de la humanidad, no habrá inconveniente, sino antes al contrario, será muy puesto en razón que hablando, por ejemplo, del que muere por su patria, se diga de él que practicó en grado heroico la virtud del egoismo.

Y viniendo ahora al libro de M. Laplaigne, diré que está escrito todo él en forma de máximas, proposiciones apodícticas (?) ó aforismos morales, porque estima el autor que nada hay tan dañoso al descubrimiento y comunicación de la verdad como el razonamiento, y así, prefiere á todas las formas de exposición, la que consiste en presentar la proposición casi escueta, sin aditamento ni apoyo alguno, dejando que el lector la admita ó la rechace, pues es siempre «más fácil al hombre de cultura media juzgar un pensamiento que seguir un raciocinio».

Hagan, pues, la prueba nuestros lectores con las siguientes afirmaciones de M. Laplaigne:

«El pensador ilustre piensa con la misma facilidad con que el bruto respira.»

«El pensamiento nace por sí mismo en el cerebro del pensador, sin esfuerzo alguno de su parte.»

«No hay dolor que resista á la salud, ni alegría completa y durable sin un buen estómago.»

«Cuando la bestia está harta, el espíritu está satisfecho y el corazón contento.»

Por todo lo cual, comprenderá el lector, así el fundamento teórico como el valor práctico de la moral de M. Laplaigne, y también podrá juzgarlos sin más explicaciones nuestras.

Jesús Arias de Velasco.

OBRAS NUEVAS

Arniches (C.) y Lucio (C.)—El escalo; humorada lírica en un acto y en prosa. En 4.°, 37 págs.: 1 peseta.

Bartrina (J. M.)—Versos y prosa. Sin a. (1900). 189 págs.: 50 céntimos.

Becerro de Bengoa (R.)—El recién nacido (historia increíble). En 12.°, 92 págs.: 75 céntimos.

Benavente (J.)—Noches de verano. En 12.°, 93 págs.: 50 céntimos.

Blasco (E.)—Policarpito; juguete cómico. En 4.°, 20 págs.: 1 peseta.

Blasco (W.)—Tendero, tirano y tío; juguete cómico en un acto y en prosa. En 4.°, 24 págs.: 1 peseta.

Cabriñana (M. de).—Lances entre caballeros. En 4.° mayor, 489 páginas, con grabados.

Cicerón (M. T.)—Obras completas. Tomo XVI. En 8.°, 394 págs.: 3 pesetas.

Ciria y Nasarre (H.)—Santa Teresa y Felipe II. En 8.°, 448 páginas: 2 pesetas.

Cocat (L.)—El vestido de baile; comedia en un acto y en prosa. En 4.°, 25 págs.: 1 peseta.

Cola Izquierdo (E.)—Nubecilla de verano; monólogo en un acto y en prosa. En 4.°, 13 págs.: 1 peseta.

Corominas (P.)—Las prisiones imaginarias. En 8.°, 218 págs.: 3 pesetas.

Cotarelo y Mori (E.)—Discurso leído ante la Real Academia Española. Contestación de D. Alejandro Pidal. En 4.° mayor, 53 págs.

No se ha puesto á la venta.

Dicenta (J.)—El tío Gervasio; monólogo en un acto y en prosa. En 4.°, 14 págs.: 1 peseta.

Idem y Paso (M.)—La cortijera; drama lírico en tres actos y en verso. En 4.°, 117 págs.: 2 pesetas.

Eclipses (Los), sus causas, historia y datos referentes al del 28 de Mayo de 1900. En 8.°, 64 páginas: 50 céntimos.

Escalante Gómez (M).—La riada (poema). En 12.°, 41 págs.: 1 peseta.

Espada (M. M.)—Teatro contemporáneo; apuntes para un libro de crítica. En 8.°, 271 págs.: 3 pesetas.

Falcato (L.)—Novísimo manual del impuesto sobre utilidades. En 8.°, 64 págs.: 1 peseta.

Ferrer (C.)—El universo; poema en seis cantos. En 8.°, 201 págs.: 2 pesetas.

Francos de Quirós (J.)—Recuerdos históricos de Ledesma. Vida y martirio de San Nicolás. En 8.°, 72 págs.: 25 céntimos.

Francos Rodríguez (J.)—Sanos y enfermos (historietas). En 8.°, 228 págs.: 3 pesetas.

Galindo-Navarro y Durbán (P.)—El Derecho al alcance de todos. En 8.°, 35 págs.: 1 peseta.

Gándara (R. T. de la).—Homenaje á la memoria de D. Juan Meléndez Valdés. En 8.°, 162 páginas: 2 pesetas.

Gestoso y Pérez (J.)—Ensayo de un diccionario de los artífices que florecieron en Sevilla desde el siglo XIII al XVIII inclusive. Tomo I. En 4.°, LXXX-413 páginas: 10,50 pesetas.

Gil (A.)—Ligeras nociones para el cultivo de la remolacha azucarera. En 8.°, 14 págs.: 50 céntimos.

Gil y Pablos (F.)—Estudios sobre el crédito público y la Deuda pública española. En 8.°, 334 páginas: 3 pesetas.

González Bocos (R.) y Durán de Cottes (M.)—Impuesto de utilidades. En 8.°, 130 págs.: 2 pesetas.

González Carreño (J.)—Siete meses de amor (novela). En 8.° mayor, XV-175 págs.: 2,50 pesetas.

Gorosábel (P. de).—Noticia de las cosas memorables de Guipúzcoa. En 4.°, tomos I y II, 445 y 389 páginas: 10 pesetas.

Hernández (J.)—Los monos; moraleja en un acto. En 4.°, 17 páginas: 1 peseta.

Jackson Veyán (J.)—La señora capitana; juguete cómico-lírico en un acto. En 4.°, 46 págs.: 1 pta.

Lace (J. de).—Balance teatral de 1899-1900. *Año 2.°*. En 8.°, VIII-192 págs.: 2,50 pesetas.

Lara (J. F. de).—La astronomía á fines del siglo XIX. En 8.°, 228 págs.: 3 pesetas.

Larra (hijo) (L. de) y Gullón (E.)—El turno de los partidos. En 4.°, 30 págs.: 1 peseta.

Mario (hijo) (E.) y Abati (J.)—Los besugos; sainete lírico en un acto. En 4.°, 46 págs.: 1 peseta.

Matheu (J. M.)—Gentil caballero. (Costumbres modernas). En 8.°, 348 págs.: 3 pesetas.

Mesonero Romanos (M.)—Goya, Moratín, Meléndez Valdés y Donoso Cortés; reseña histórica de los anteriores enterramientos y traslaciones de sus restos mortales hasta su inhumación en el mausoleo del cementerio de San Isidro el día 11 de Mayo de 1900. En 4.°, 63 págs.: 2 pesetas.

Miranda y Garro (M.)—Memoria sobre el estado del Instituto Provincial de segunda enseñanza de Navarra. En 4.°, 81 págs.

Muntadas (J. F.)—Cien refranes en variedad de metros. En 8.°, 39 págs.: 50 céntimos.

Navarro (C.) y Merino (G.)—El cuerno de oro; zarzuela cómica en un acto. En 4.°, 41 págs.: 1 peseta.

Navas (El C. de las).—El espectáculo más nacional. En 4.°, XVIII-590 págs.: 10 pesetas.

Pardo Bazán (E.)—Obras completas. *Tomo XX*. Un destripador de antaño. (Historietas y cuentos regionales.) En 8.°, 320 págs.: 3,50 pesetas.

Pereña y Puente (M.)—Elementos de literatura perceptiva. En 8.°, 139 págs.: 1,50 pesetas.

Pérez Capo (F.)—La huertana; zarzuela cómica en un acto. En 4.°, 35 págs.: 1 peseta.

Premio Real (El M. de).—Semblanzas de los toreros del día. En 8.°, 159 págs.: 2 pesetas.

Rada y Delgado (J. de D. de la).—Mosaico de Hylas, descubierto recientemente en el sitio de los Villares. En 4.°, 18 págs. y una lámina: 1 peseta.

Rancés (E.)—Realidades y novelas, prólogo de Jacinto Octavio Picón. En 8.°, 199 págs.: 2 pesetas.

Ribera (J.)—La supresión de los exámenes. En 12.°, 138 págs.: 1 peseta.

Ribot (Th.)—La psicología de los sentimientos. En 4.°, 564 págs.: 8 pesetas.

Rodao (J.)—Polvo y paja; poesías. En 8.°, 125 págs.: 1 peseta.

Ruiz Contreras (L.)—Memorias de un desmemoriado. En 8.°, 62 páginas: 1 peseta.

Sayans Ocampo (E.)—Tiempo perdido; poesías. En 12.°, 48 págs.: 2 pesetas.

Soubies (A.)—Histoire de la musique. *Espagne le XX siècle.* En 12.°, 129 págs.: 2 pesetas.

Tamarit y Llopis (L. de).—Monografía histórica del 2 de Mayo de 1808. En 4.°, 61 págs.: 1,50 pesetas.

Terán (L. de).—Violetas; cuentos reales y fantásticos. En 8.°, 213 págs.: 2 pesetas.

Terry y Rivas (A.)—Diccionario de los términos y frases de marina Español-Francés Inglés. En 4.° mayor, VI 619 págs.: 12 pesetas.

Tobar (A.)—Agua menuda; poesías. En 12.°, 102 págs.: 1 peseta.

Velasco Padrino (A.)—La opinión pública. En 4.°, 48 págs.: 1 peseta.

Vergara de Prado (A.)—La alternativa; cuadro de costumbres madrileñas. En 4.°, 33 págs.: 1 peseta.

Vigo (M.) y Morano (F.)—Primo Prieto; juguete cómico. En 4.°, 34 págs.: 1 peseta.

Yesares Blanco (R.)—Anuario de la electricidad para 1900. En 4.°, XXIII-632 páginas y anuncios. Tela; 10 pesetas.

Yráyzos (F.)—Joshé Martín el tamborilero; zarzuela cómica en un acto. En 4.°, 54 págs.: 1 peseta.

Zamacois (E.)—Incesto; novela original. En 8.°, 164 págs.: 50 céntimos.

INDICE

Págs.

Caïel (biografía), por Teófilo Braga 5
Genoveva Montaña (novela), por Caïel 11
Dominación y guerras de España en los Países Bajos. Motín de las tropas españolas, por Francisco Barado 40
Poetas americanos: Dos sonetos, por Manuel Ugarte.—*El cura de aldea*, por Remigio Romero León, ecuatoriano.—*El Arte*, por Francisco Soto y Calvo, argentino 55
Política pedagógica, por Adolfo Posada 58
Los hijos vengadores en la literatura dramática (conclusión), por el Marqués de Valmar 77
Revista Hispanoamericana, por Iob 118
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero 138
Revista de Revistas, por Fernando Araujo 148
Notas bibliográficas, por P. Dorado y J. Arias de Velasco 192
Obras nuevas 198

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración, Cuesta de Santo Domingo 16, principal.—MADRID

N.º del Catál.º		Pesetas.
175	**Aguanno.** — La génesis y la evolución del Derecho civil..	15
176	— La Reforma integral de la legislación civil..	4
177	**Alcofurado.** — Cartas amatorias de la monja portuguesa.....	3
315	**Amiel.**—Diario íntimo..	9
178	**Anónimo.**--¿Académicas?	1
179	— Currita Albornoz al P. Luis Coloma.....	1
183	**Araujo.**—Goya.	3
180	**Arenal.** — El Delito colectivo.....	1,50
182	— El Derecho de gracia.	3
181	— El Visitador del preso.	3
114	**Arnold.** — La crítica en la actualidad..... .	3
172	**Asensio.**—Fernán Caballero.....	1
39	— Martín Alonso Pinzón.	3
184	**Asser.** — Derecho Internacional privado.....	6
111	**Balzac.** — César Birotteau.	3
54	— Eugenia Grandet. ...	3
112	— La Quiebra de César Birotteau.	3
62	— Papá Goriot..... ...	3
76	— Ursula Mirouet.....	3
2	**Barbey d'Aurevilly.** — El Cabecilla.....	3
12	— El Dandismo y Jorge Brummel.	3
131	— La Hechizada.	3
120	— Las Diabólicas.	3
124	**Barbey d'Aurevilly.** — Una Historia sin nombre	3
110	— Venganza de una mujer.....	3
130	**Baudelaire.**— Los paraísos artificiales.....	3
163	**Becerro de Bengoa.** — Trueba.....	1
174	**Bergeret.** — Eugenio Mouton (Merinos)	1
311	**Boissier.**—Cicerón y sus amigos.	8
169	**Bourget.**—Hipólito Taine.	0,50
300	**Buisson.**—La Educación popular de los adultos en Inglaterra...	6
185-186	**Burges.** — Ciencia política y Derecho constitucional comparados (dos tomos).....	14
187	**Buylla.**—Economía....	12
36-37	**Campe.** — Historia de América (dos tomos)..	6
156	**Campoamor.**—Cánovas.	1
79	— Doloras, cantares y humoradas.	3
69	— Ternezas y flores.....	3
317	**Carlyle.**—La Revolución francesa.....	8
188	**Carnevale.** — Filosofía jurídica.--Crítica penal.	5
189	— La cuestión de la pena de muerte.....	3
102	**Caro.**—Costumbres literarias.....	3
140	— El Derecho y la fuerza.	3

N.º del Catál.º		Pesetas.
58	**Caro.**—El pesimismo en el siglo XIX.....	3
65	— El suicidio y la civilización.....	3
127	— Littré y el Positivismo.....	3
293	**Castro.**—El libro de los galicismos.....	3
190-191	**Collins.** — Resumen de la filosofía de Spencer (dos tomos).....	15
64	**Coppée.**—Un idilio.....	3
40	**Cherbuliez.** — Amores frágiles.....	3
26	—La tema de Juan Tozudo	3
93	— Meta Holdenis.....	3
18	— Mis Rovel.....	3
91	— Paula Mere.....	3
297-298	**Darwin.** — Viaje de un naturalista alrededor del mundo (dos tomos)..	15
59	**Daudet.**—Cartas de mi molino.....	3
125	— Cuentos y fantasías..	3
38	— El sitio de París.....	3
13-14	**Jack** (dos tomos).....	6
22	— La Evangelista.....	3
46	— Novelas del lunes....	3
100	— Tartarín en los Alpes.	3
166	**Dorado.** — Concepción Arenal.....	1
289	— El Reformatorio de Elmira.....	3
192	— Problemas jurídicos contemporáneos.....	3
31	**Dostoyusky.** — La casa de los muertos.....	3
33	— La novela del presidio.	3
301	**Dowden.** — Historia de la literatura francesa..	9
193	**Engels.** — Origen de la familia, de la propiedad y del Estado.....	6
162	**Fernán Flor.**—Tamayo..	1
158	— Zorrilla.....	1
155	**Fernández Guerra.** — Hartzenbusch.....	1
92	**Ferrán.**-Obras completas	3
73	**Ferry.**— Nuevos estudios de Antropología.....	3
24	**Flaubert.** — Un corazón sencillo.....	3
196-197	**Fouillee.** — Historia de la filosofía (dos tomos)	12
195	**Fouillee.**—La ciencia social contemporánea....	8
194	— Novísimo concepto del derecho.....	7
198-199	**Framarino dei Malatesta.**—Lógica de las pruebas (dos tomos)....	15
302-303	**Gabba.**—Derecho civil moderno (dos tomos).	15
307	**Garnet.**—Historia de la Literatura italiana....	9
201	**Garofalo.** — Indemnización á las víctimas del delito.....	4
200	— La criminología.....	10
202	— La superstición socialista.....	5
98	**Gautier.**—Bajo las bombas prusianas.....	3
167	— Enrique Heine.....	1
132	— Madama de Girardín y Balzac.....	3
121	— Nerval y Baudelaire..	3
70	**Gay.**—Los Salones célebres.....	3
261	**Giddings.**—Principios de Sociología.....	10
286	**Giuriati.** — Los errores judiciales.....	7
203	**Gladstonne.**—Los grandes nombres.....	5
164	— Lord Macaulay.....	1
287	**Goethe.**—Memorias....	5
21	**Goncourt.** — Germinia Lacerteux.....	3
205	— Historia de la Pompadour.....	6
204	— Historia de María Antonieta.....	7
44	— La Elisa.....	3
61	— La Faustín.....	3
129	— La señora Gervaisais..	3
318	— Las favoritas de Luis XV.....	6
6	— Querida.....	3
11	— Renata Mauperín....	3
206	**González.**-Derecho usual	5
282-283	**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado (dos tomos).....	14
207	**Goschen.**—Teoría de los cambios extranjeros...	7
208	**Grave.**—La sociedad futura.....	8

N.º del Catál.º		Pesetas.
209	**Gross.**—Manual del juez.	12
210	**Gumplowicz.**—Derecho político filosófico.....	10
211	— Lucha de razas.....	8
212	**Guyau.** — La educación y la Herencia.....	8
290	**Hamilton.** — Lógica parlamentaria.....	2
213	**Hausonville.** — La juventud de Lord Byron.	5
41	**Heine.**—Memorias.....	3
314	— Alemania.....	6
214	**Hunter.** — Sumario del Derecho romano.....	4
316	**Huxley.**—La educación y las ciencias naturales..	6
215	**Ihering.**—Cuestiones jurídicas.....	5
216	**Janet.**—La familia.....	5
217	**Kells Ingram.**—Historia de la Economía política.	7
218	**Kidd.** — La evolución sosocial.....	7
219	**Koch y otros.** — Estudios de higiene general.	3
295 bis.	**Korolenko.** — El desertor de Sajalín.....	2,50
299	**Krüger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....	7
221	**Laveleye.** — Economía política.....	7
220	**Lange.**—Luis Vives....	2,50
288	**Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán).....	3
83	**Lombroso.** — Aplicaciones judiciales y médicas de la Antropología criminal.....	3
72	— El Hipnotismo.....	3
222	— La Escuela criminológico positivista.....	7
135	— Ultimos progresos de la Antropología criminal.	3
223	**Lubbock.** — El empleo de la vida.....	3
99	— La Vida dichosa.....	3
28-29	**Macaulay.** — Estudios jurídicos (dos tomos)...	6
294	— La Educación.....	7
305-306	— Vida, memorias y cartas, (dos tomos)....	14
224	**Manduca.**—El Procedimiento penal.....	5

N.º del Catál.º		Pesetas.
225-226-227	**Martens.**—Derecho internacional (público y privado) (tres tomos).....	22
173	**Maupassant.**—Emilio Zola.....	1
228	**Max-Muller.**—Origen y desarrollo de la religión.....	7
160	**Menéndez y Pelayo.**—Martínez de la Rosa...	1
152	— Núñez de Arce.....	1
284	**Meneval.**—María Estuardo.....	6
118	**Merimee.**—Colomba....	3
133	— Mis perlas.....	3
229	**Mey r.**—Derecho Administrativo.—La Administración y la organización administrativa..	5
230-231	**Miraglia.**—Filosofía del Derecho (dos tomos)	15
296	**Mommsen.**—Derecho público romano.....	12
170	**Molins.**—Bretón de los Herreros.....	1
295	**Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega	10
312	**Nansen.**—Hacia el Polo.	6
232	**Neera.**—Teresa.....	3
233	**Neumann.**—Derecho Internacional público moderno.....	6
308	**Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra.....	7
157	**Pardó Bazán.**—Alarcón.	1
171	— Campoamor.....	1
151	— El P. Luis Coloma...	2
168	**Passarge.**—Ibsen.....	1
161	**Picón.**—Ayala.....	1
234	**Posada.** — La Administración política y la Administración social.....	5
235	**Renan.** — Estudios de historia religiosa.....	6
236	— La Vida de los Santos.	6
56-57	— Memorias íntimas (dos tomos).....	6
237-238	**Ricci.** — Tratado de las pruebas (dos tomos).	20
285	**Rod.**—El silencio.....	3
122	**Sainte-Beuve.** — Retratos de mujeres.....	3
49	— Tres mujeres.....	3

N.º del Catál.º		Pesetas.
84	**Sardou.**-La Perla Negra	3
240	**Savigny.**—De la vocación de nuestro siglo para la legislacion...	3
242	**Schopenhaüer.**—El mundo como voluntad y como representación.	12
78	**Schopenhaüer.** — Estudios escogidos.....	3
241	— Fundamento de la moral.....	5
243	**Sighele.**—El delito de dos	4
244	— La muchedumbre delincuente.....	4
245	— Teoría positiva de la complicidad.....	5
256	**Spencer.**—De las leyes en general.....	8
253	— El organismo social..	7
254	— El progreso.....	7
257	— Etica de las prisiones.	10
255	— Exceso de legislación.	7
248	— La beneficencia.....	6
246	— La justicia.....	7
247	— La moral.....	7
260	— Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas...	9
249	— Las instituciones eclesiásticas.....	6
251-252	— Las instituciones políticas (dos tomos)...	12
258-259	— Los datos de la Sociología (dos tomos)...	12
250	— Las instituciones sociales.....	7
292	**Stead.**-El Gobierno de Nueva York.....	3
136	**Stendhal.**—El Amor....	3
138	— Curiosidades amatorias	3
262	**Sthal.** — Historia de la filosofía del Derecho...	12
27	**Stuart-Mill.** — Mis memorias.....	3
291	**Sudermann.**—El Deseo.	3,50
263	**Sumner-Maine.**—El antiguo derecho y la costumbre primitiva.....	7
265	— Historia del Derecho..	8
264	— La guerra según el Derecho internacional.....	4
266	— Las instituciones primitivas.....	7

N.º del Catál.º		Pesetas.
267	**Supino.** — Derecho mercantil.....	12
96	**Taine.**—El Arte en Grecia.....	3
101	— El ideal en el Arte...	3
66	— Filosofía del Arte....	3
106	— Florencia.....	3
268	— Historia de la literatura inglesa contemporánea.....	7
269	— Historia de la literatura inglesa.—Los orígenes.....	7
313	— Historia de la Literatura Inglesa: El Renacimiento.....	7
270	— La Inglaterra.....	7
74	— La pintura en los Países Bajos.....	3
108	— Milán.....	3
103	— Nápoles.....	3
310	— Notas sobre París....	6
104-105	— Roma (dos tomos).	6
107	— Venecia.....	3
272	**Tarde.**—El duelo y el delito político.....	3
109	— Estudios penales y sociales.....	3
273	— La criminalidad comparada.....	3
271	— Las transformaciones del Derecho.....	6
239	**Thorold Rogers.**—Sentido económico de la Historia.....	10
134	**Tcheng-Ki-Tong.** — La China contemporánea..	3
5	**Tolstoy.** — Dos generaciones.....	3
7	— El ahorcado.....	3
71	— El camino de la vida..	3
63	— El canto del cisne....	3
77	— El dinero y el trabajo.	3
10	— El Príncipe Nekhli..	3
34	— El sitio de Sebastopol.	3
81	— El trabajo.....	3
15	— En el Cáucaso.....	3
115	— Fisiología de la guerra.....	3
52	— Iván el imbécil.....	3
117	— La escuela.....	3
20	— La muerte.....	3
1	— La sonata á Kreutzer.	3
95	— Lo que debe hacerse..	3

N.º del Catál.º		Pesetas.
48	**Tolstoy.**—Los Cosacos..	3
90	— Los hambrientos.....	3
3	— Marido y mujer.....	3
85	— Mi confesión...	3
113	— Mi infancia.....	3
126	— Mi juventud.....	3
75	— Placeres vicio.....	3
94	— ¿Qué hacer?.....	3
294	**Trevelyan.**— La Educación de Lord Macaulay.	7
89	**Turgueneff.**– Aguas primaverales.....	3
97	— Demetrio Rudín.....	3
25	— El judío..... ...	3
123	— El reloj.....	3
47	— El Rey Lear de la Estepa.....	3
8	— Humo.....	3
139	— La Guillotina.....	3
16	— Nido de hidalgos.....	3
137	— Padres é hijos.....	3
80	— Primer amor..... .	3
304	— Tierras vírgenes.....	5
60	— Un desesperado.....	3
281	**Uriel.**– Historia de Chile	8
153	**Valera.** — Ventura de la Vega.....	1
116	**Varios autores.**—Cuentos escogidos.....	3
276	— El Derecho y la Sociología contemporáneos.....	12
274-275	— La nueva ciencia jurídica (dos tomos)...	15
277	— Novelas y caprichos. .	3
55	— Ramillete de cuentos.	3
82	— Tesoro de cuentos. ...	3
278	**Vivante.** Derecho mercantil.....	10

N.º del Catál.º		Pesetas
4	**Wagner.**– Recuerdos de mi vida.....	3
309	**Westermarck.**—El matrimonio en la especie humana.....	12
279-280	**Wolf.** – Historia de las literaturas castellana y portuguesa (dos tomos).	15
43	**Ibsen.**– Casa de muñeca.	3
119	— La Dama del mar y Un enemigo del pueblo....	3
53	— Los Aparecidos y Edda Gabler.....	3
143	**Zola.**—Balzac.....	1
148	— Chateaubriand.....	1
144	— Daudet.....	1
146	— Dumas (hijo).....	1
86-87	— El Doctor Pascual (dos tomos).....	6
50-51	— El naturalismo en el teatro (dos tomos).....	6
35	— Estudios críticos.....	3
17	— Estudios literarios...	3
147	— Flaubert.....	1
154	— Gautier.....	1
141	— Jorge Sand.....	1
23	— Lanovela experimental	3
9	— Las Veladas de Medán.	3
149	— Los Goncourt.....	1
67-68	— Los novelistas naturalistas (dos tomos)....	6
30	— Mis odios.....	3
150	— Musset.....	1
32	— Nuevos estudios literarios.....	3
165	— Sainte Beuve.....	1
145	— Sardou.....	1
159	— Stendhal.....	1
142	— Víctor Hugo.... ...	1

LOS GRANDES AUTORES CONTEMPORÁNEOS

Neera.—Teresa, 3 pesetas.
Rod.—El Silencio, 3 pesetas.
Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.
Sudermann.—El Deseo, 3,50 pesetas.
Korolenko.—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.
Turguenef.—Tierras Vírgenes, 5 pesetas.

VIDAS DE PERSONAJES ILUSTRES

Jorge Sand, por Zola, 1 pta.
Victor Hugo, por ídem, íd.
Balzac, por íd., íd.
Alfonso Daudet, por íd., íd.
Sardou, por íd., íd.
Dumas (hijo), por íd., íd.
G. Flaubert., por íd., íd.
Chateaubriand, por íd., íd.
Goncourt, por íd., íd.
Musset, por íd., íd.
El P. Coloma, por E. Pardo Bazán, 2 ptas.
Núñez de Arce, por M y Pelayo, 1 pta.
Ventura de la Vega, por Valera, íd.
Teófilo Gautier, por Zola, íd.
Sainte-Beuve, por Zola, íd.
Concepción Arenal, por Pedro Dorado, íd.
Heine, por Teófilo Gautier-ídem.
Ibsen, por L. Passarge, íd.
Taine, por Bourget, 50 céntimos.
Bretón, por Molins, 1 pta.
Campoamor, por E Pardo Bazán, íd.
Fernán-Caballero, por Asensio, íd.
E. Zola, por Maupassant y Alexis, íd.
Mouton (Mérinos), por Bergeret, íd.
Hartzenbusch, por Guerra, 1 pta.
Cánovas, por Campoamor, ídem.
Alarcón, por E. P. Bazan, íd.
Zorrilla, por Fernán-Flor, ídem.
Stendhad, por Zola, íd.
M. de la Rosa, por M. y Pelayo, íd.
Ayala, por J. O. Picón, íd.
Tamayo. por Fernán-Flor, ídem.
Trueba, por Becerro de Bengoa, íd.
Lord Macaulay, por Gladstone, íd.

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS Á TRES PESETAS TOMO

1. Tolstoy, La Sonata de Kreutzer.
2. Barbey d'Aurevilly, El Cabecilla.
3. Tolstoy, Marido y mujer.
4. Wagner, Recuerdos de mi vida.
5. Tolstoy, Dos generaciones.
6. Goncourt, Querida.
7. Tolstoy, El Ahorcado
8. Turgeneff, Humo.
9. Zola, Las Veladas de Médan.
10. Tolstoy, El Príncipe Nekhli.
11. Goncourt, Renais Mauperin.
12. Barbey, El dandismo.
13 y 14. Daudet, Jack.
15. Tolstoy, En el Cáucaso.
16. Turguenef, Nido de hidalgos.
17. Zola, Estudios literarios.
18. Cherbuliez, Miss Rovel.
19. Renán, Mi infancia y mi juventud.
20. Tolstoy, La Muerte.
21. Goncourt, Germinia, Lacerteux.
22. Daudet, La Evangelista.
23. Zola, La Novela experimental.
24. Flaubert, Un corazón sencillo.
25. Turguenef, El Judío.
26. Cherbuliez, La Tema de Juan Tozudo.
27. Stuart Mill, Mis memorias.
28 y 29. Macaulay, Estudios jurídicos.
30. Zola, Mis odios.
31. Dostoyuski, La casa de los muertos.
32. Zola, Nuevos estudios literarios.
33. Dostoyuski La Novela del presidio.
34. Tolstoy, El Sitio de Sebastopol.
35. Zola, Estudios críticos.
36 y 37. Campe, Historia de América.
38. Daudet, El Sitio de París.
39. Asensio, Pinzón.
40. Cherbuliez, Amores frágiles.
41. Heine, Memorias.
42. Ferri, Antropología criminal.
43. Ibsen, Casa de muñeca.
44. Goncourt, La Elisa.
45. Lombroso, Antropología y osiquiatría.
46. Daudet. Novelas del lunes.
47. Turguenef, El Rey Lear de la Estepa.
48. Tolstoy, Los Cosacos.
49. Sainte-Beuve, Tres mujeres.
50 y 51. Zola, El Naturalismo en el teatro.
52. Tolstoy, Iván el Imbécil.
53. Ibsen, Los Aparecidos.
54. Balzac, Eugenia Grandet.
55. Ramillete de cuentos.
56 y 57. Renán, Memorias íntimas.
58. Caro, El Pesimismo en el siglo XIX.
59. Daudet, Cartas de mi molino.
60. Turguenef, Un Desesperado.
61. Goncourt, La Faustín.
62. Balzac, Papá Goriot.
63. Tolstoy, El Canto del cisne
64. Coppée, Un idilio.
65. Caro, El Suicidio y la civilización.
66. Taine, Filosofía del arte.
67 y 68. Zola, Los Novelistas naturalistas.
69. Campoamor, Ternezas y flores.—Ayes del alma.—Fábulas.
70. Sofía Gay, Salones célebres.
71. Tolstoy, El Camino de la vida.
72. Lombroso, El Hipnotismo.
73. Ferri, Nuevos estudios de antropología.
74. Taine, La Pintura en los Países Bajos.
75. Tolstoy, Placeres viciosos.
76. Balzac, Ursula Mirouet.
77. Totstoy, El Dinero y el trabajo.
78. Schopenhauer, Estudios escogidos.
79. Campoamor, Doloras y humoradas.
80. Turguenef, Primer amor.
81. Tolstoy, El Trabajo.
82. Tesoro de Cuentos.
83. Lombroso, Aplicaciones judiciales y médicas.
84. Sardou, La Perla negra.
85. Tolstoy, Mi confesión.
86 y 87. Zola, El Doctor Pascual.
88. Kropotkin, La Conquista del pan.
89. Turguenef, Aguas primaverales.
90. Tolstoy, Los Hambrientos.
91. Cherbuliez, Paula Meré.
92. Ferrán, Obras completas.
93. Cherbuliez, Meta Holdenis
94. Tolstoy, ¿Qué hacer?
95. Idem, Lo que debe hacerse
96. Taine. El Arte en Grecia.
97 Turguener, Demetrio Rudin.
98. Gautier, Las Bombas prusianas.
99. Lubbock, La Vida dichosa.
100. Daudet, Tartarín en los Alpes.
101. Taine, El Ideal en el arte.
102. Caro, Costumbres literarias.
103. Taine, Nápoles.
104 y 105. Idem, Roma.
106. Idem, Florencia.
107. Idem, Venecia.
108. Idem, Milán.
109. Tarde, Estudios penales sociales.
110. Barbey d'Aurevilly, Venganza de una mujer.
111. Balzac, César Birotteau.
112. Idem, La Quiebra de César Birotteau.
113. Tolstoy, Mi infancia.
114. Arnold, La crítica en la actualidad.
115. Tolstoy, Fisiología de la guerra.
116. Varios autores, Cuentos escogidos.
117. Tolstoy, La Escuela de Yasnaia Poliana.
118. P. Merimée, Colomba.
119. Ibsen, La Dama del mar y Un enemigo del pueblo.
120. Barbey, Las Diabólicas.
121. Gautier, Nerval y Baudelaire.
122. Sainte-Beuve, Retratos de Mujeres.
123. Turguenef, El Reloj.
124. Barbey d'Aurevilly, Una historia sin nombre.
125. Daudet, Cuentos y fantasías.
126. Tolstoy, Mi juventud.
127. Caro, Littré y el Positivismo.
128. Zola, Los Hombros de la marquesa.
129. Goncourt, La Señora Gervaisais.
130. Baudelaire, Los Paraisos artificiales.
131. D'Aurevilly, La Hechizada
132. Gautier, Madama de Girardin y Balzac.
133. Mis perlas, por Merimée.
134. Tcheng-Ki-Tong, La China contemporánea.
135. Lombroso, Ultimos progresos de la Antropología.
136. Stendhal, El Amor.
137. Turguenef, Padres é hijos.
138. Stendhal, Curiosidades amatorias.
139. Turguenef, La Guillotina.
140. Caro, El Derecho y la fuerza.

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA E HISTORIA

Aguanno.—La Génesis y la Evolución del Derecho Civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación Civil, (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.

Alcofarado.—Cartas amatorias, 3 pesetas.

Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.

Araujo Sánchez.—Goya, 3 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pts.—El visitador del preso, 3.—El Delito Colectivo, 1'50.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pts.

Boissier.—Cicerón y sus amigos: estudio de la sociedad romana en tiempo de César, 8 pts.

Buisson.—La Educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 ptas.

Buylla, Neumann, Kleinwachter, Narse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

Carlyle.—La Revolución francesa, 8 ptas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Castro.—El Libro de los Galicismos, 3 ps.

Collins.—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.

Darwin.—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, dos tomos, 15 pesetas.

Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pts.—El Reformatorio de Elmira. (Estudio de Derecho penal), 3 pts.

Dowden.—Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.

Engels.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 ptas.—La Ciencia social contemporánea, 8 ptas.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 ptas.

Framarino.—Lógica de las pruebas, 2 tomos, 15 pesetas.

Gabba.—Derecho civil moderno, 2 ts., 15 ptas.

Garnet.—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.

Garofalo.—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización á las víctimas del delito, 4 pesetas.—La superstición socialista, 5 ptas.

Giddings.—Principios de Sociología, 10 pts.

Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

Gladstone.—Los grandes nombres, 5 ptas.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Goncourt.—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 ptas.—Las Favoritas de Luis XV, 6 ptas.

González.—Derecho usual, 5 pesetas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, dos tomos, 14 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Grave.—La Sociedad futura, 8 pesetas.

Gross.—Manual del Juez, 12 pesetas.

Gumplowicz.—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 pesetas.

Guyau.—La Educación y la herencia, 8 ptas.

Hamilton.—Lógica parlamentaria, 2 ptas.

Haussonville.—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Hunter.—Sumario de Derecho romano, 4 pts.

Huxley.—La Educación y las Ciencias Naturales, 6 ptas.

Ihering.—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.

Janet.—La Familia, 5 pesetas.

Kelis Ingram.—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.

Kidd.—La Evolución social, 7 pesetas.

Kochs, Hirsch, Stokvis y Würzburg.—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.

Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho Romano, 7 pesetas.

Lange.—Luis Vives, 2'50 pesetas.

Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pts.

Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.—La Escuela Criminalógica Positivista, 7 pesetas.

Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.

Macaulay.—La educación, 7 ptas.—Vida, Memorias y Cartas, dos tomos, 14 ptas.

Manduca.—El Procedimiento Penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.

Martens.—Derecho Internacional, 3 tomos, 22 pesetas.

Max-Müller.—Origen y desarrollo de la religión 7 pesetas.

Meneval y Chantelauce.—María Estuardo, 6 pesetas.

Meyer.—La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia-Alemania y Austria. Introducción y exposición de la Organización administrativa en España, por Adolfo Posada. 5 pesetas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho, dos tomos, 15 pesetas.

Mommsen.—Derecho público romano, 12 ps.

Murray.—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.

Nansen.—Hacia el Polo, 6 pesetas.

Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.

Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 ptas.

Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.

Renán.—Estudios de Historia Religiosa, 6 pesetas.—Vida de los Santos, 6 pesetas.

Ricci.—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 pesetas.

Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del derecho, 3 pesetas.

Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.

Sighele.—El Delito de dos, 4 pesetas.—La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La Teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

Spencer.—La Justicia, 7 pesetas.—La Moral, 7 pesetas.—La Beneficencia, 6 pesetas.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 pesetas—Instituciones sociales, 7 pesetas.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 pesetas. El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las Leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.—Los datos de la Sociología, dos tomos, 12 pesetas.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 9 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Stead.—El Gobierno de Nueva York, 3 ptas.

Sudermann.—El Deseo, 3,50 ptas.

Sumner-Maine.—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho Mercantil, 12 pesetas.

Taine.—Historia de la literatura inglesa: Los contemporáneos, 7 pesetas.—Los orígenes, 7 pesetas.—El renacimiento, 7 pesetas.

Tarde.—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El Duelo y el delito político, 3 pesetas.—La Criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pts.

Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez, Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió Tarde, Torres Campos y Vida).—*La Nueva Ciencia jurídica*, dos tomos, 15 pesetas. Contiene grabados.

Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamente, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgás, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.)—*El Derecho y la Sociología contemporáneos*, 12 pesetas.

Idem.—Novelas y Caprichos, 3 pesetas.

Vivante.—Derecho Mercantil, 10 pesetas.

Westermarck.—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

Wolf.—La Literatura castellana y portuguesa, con notas de M. y Pelayo, dos volúmenes 15 pesetas.

españa moderna

AÑO 12. NÚM. 140.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

AGOSTO, 1900

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

EL MATRICIDA

Regresaba yo de una velada con un amigo que seguía el mismo camino. Aproximábase el día. Cantaban los gallos de los alrededores en las cabañas, y teñíase de rojo el horizonte por Oriente. Atravesábamos una llanura de la Escariz meridional; un valle hondo, rodeado de colinas de suave pendiente coronadas por una estrecha franja de árboles.

Ahondábase el suelo, semejante á la inmensa mitad de una esfera, y por encima se alumbraba el cielo como la parte superior de esta esfera, produciéndose la sensación de penetrar dentro de ese gigantesco hueco de fondo obscuro, pero de clara bóveda, con la claridad de una noche de verano en el Norte.

Ibamos á lo largo de un sendero estrecho, á través de los campos. Muy aislada, lejos de las cabañas, erguíase una casa solitaria enmedio de un parque. Larga construcción enjalbegada de cal, nos miraba con los seis ventanales altos y sombríos de su fachada al sendero, con un mirar vacío, sin brillo, inanimado como el ojo extinto de un moribundo, exhalando en fúnebre silencio ese olor á telarañas, propio de los lugares inhabitados.

Al pie de una de las alas del edificio corría un arroyo. El profundo silencio de la mañana de estío parecía haberse densificado en su murmullo apenas perceptible. Un puente pin-

tado de blanco y verde conducía al jardín lindante con la carretera. Un alto seto enmarañado de avellanos ocultaba la vista; pero una abertura cerrada por una hoja y pequeña puerta enverjada, teñida de blanco y verde como el huerto, permitía ver el jardín. Descuidado éste desde largo tiempo, con toda evidencia, crecian en él las plantas con entera libertad. Enmedio, una fuente sin arrojar agua. Los arriates y las sendas, en confusión, ya no eran ni yerba ni arena, y cerrando el horizonte una impenetrable cortina de follaje formada por matas del jardín y árboles del bosque. Allí yacía el jardín, mudo y muerto como la casa. Ningún ave cantaba en él.

—Nadie querría habitar aquí—dije al pasar junto á ese tétrico paisaje.

—Ciertamente que no—respondió mi amigo.

—Pero tú, que gustas de extrañas historias, debieras escuchar bien lo que este abandono cuenta. Si lograras comprenderlo pareceríate tan extraordinario cual oir á los gallos cantar por la tarde al ver ponerse el sol al Norte.

Y mientras proseguíamos nuestro camino y se levantaba el sol, y salía el humo por las chimeneas de las casuchas de los contornos, mi amigo comenzó su siniestro relato.

—Poco tiempo hace que esta casa, á orillas del arroyo, estaba todavía habitada por una madre y su hijo único. El padre, propietario de vastos dominios, murió por accidente antes de nacer la criatura que su joven esposa llevaba en el vientre. Vendiéronse las haciendas, y la viuda se retiró del mundo á esta casa, á orillas del arroyo, con una fortuna cuantiosa. Aquí vivieron ella y su hijo en absoluta reclusión, sólo compartida por algunos viejos criados de la familia. Uniformes y apacibles como copos de nieve caían sobre ellos los días, y sucedíanse los años como las gradas de una escalinata cubierta de blanda alfombra por la cual iban avanzando dulcemente hacia el término de su existencia.

Nunca se había cortado por completo el cordón umbilical entre esos dos seres. El joven nunca se había sentido, digá-

moslo así, separado completamente de su madre, y á ésta le quedaron desde su preñez las sensibilidades exageradas de una mujer encinta.

Habiendo hecho la prueba de poner al niño en un colegio en la ciudad vecina, tuvo una especie de fiebre puerperal como si se le hubiesen arrancado antes de término. Desde entonces, educado en la casa, creció en ella y se hizo hombre sin haber visto del mundo nada más que el encajonado valle natal, franjeado de bosques, ni otros seres que su madre y los antiguos servidores de la familia.

Si se veía á la madre, podíase estar seguro de que no estaba lejos el hijo. Rara vez abandonaban la gran casa blanca á orillas del arroyo, pero si salían de ella era juntos.

La madre era muy devota, y todos los domingos, al primer toque de campana, pasaba por el cementerio para dirigirse á la iglesia, acompañándola su hijo.

Su parecido chocaba mucho á cuantos les veían ir así, uno junto á otro. No sólo sus facciones parecían cortadas por un mismo patrón, sino que todas esas mil pequeñeces en los andares, ademanes y fisonomía, cuyo conjunto forma ese no sé qué de indisoluble y vago que cría la individúalidad, parecían puestos en movimiento por el mismo resorte en ellos. Eran propios de ambos un cuerpo flaco, huesudo, doblado adelante, un perfil duro, una nariz larga proyectándose sobre un labio superior delgado, corto y remangado, y una barbilla aguda. Vistos de frente, se encontraban los mismos ojos, pequeños, cambiando continuamente de matiz, ora de una claridad luciente, ora obscuros como un lago de montaña, y que á veces parecían emitir rayos á todas partes, tanto que desvaneciéndose la mirada parecía perder toda concentración. Su risa, idéntica en absoluto y nunca motivada, nadie comprendía ni sabía lo que ocultaba, si perversidad, ó gran bondad de alma ó candidez; una mezcla de todo esto y sin embargo muy otra cosa. Ninguna diferencia entre ellos, á no ser sino que el hijo era, por decirlo así, el diminutivo de su madre, reducción á

tarjeta de visita de una fotografía en tamaño de álbum. Cuando atravesaban la nave de la iglesia, yendo siempre el joven medio paso detrás de su madre, como si á pesar de sus veinte años fuese un niño que se agarra temeroso á las faldas maternas, hubiérase dicho que eran una gallina con su polluelo.

Nadie sabía cual era su vida en el interior doméstico, en su continua entrevista á solas. La gran casa blanca á orillas del arroyo rara vez abría sus puertas á visitas, y los viejos criados eran tan insociables como sus señores. Durante las noches de estío, los transeuntes podían á veces ver á la madre y al hijo paseándose en derredor de la fuente del jardín ó dentro del salón con las lámparas encendidas, antes de cerrar las persianas; pero eso era todo. Parecían quererse hasta el punto de bastarse por completo, hasta el punto de que el resto del mundo no existía para ellos, no encontraba sitio en sus corazones, llenos de una imagen única, de un sentimiento único, de un amor único.

Esta suposición era exacta. Sin embargo, aún había otra cosa más en sus relaciones, cuya angustiadora nerviosidad sólo pudiera explicarse por el más sutil análisis psicológico.

El joven era un estigmatizado, un hijo de desgracia. Corría por sus venas esa sangre que degenera en cáncer psíquico; dentro de su sér se desarrollaba ese germen corrosivo que produce una desviación en la vida sensitiva; en él estaba fecundado el huevo de donde sale rampando la cría de los crímenes morbosos; ensanchábase dentro de su alma una úlcera cuyas raíces se remontaban hasta las razas gangrenadas de sus antepasados. Estaba maldito, irrevocablemente maldito desde el vientre de su madre.

Todas las deformidades morales de una degeneración hereditaria, crecían en él desde su infancia. Chiflado de continuo, érale preciso, por ejemplo, contar hasta tres, y repetir esto tres veces seguidas. También con frecuencia se sentía impulsado á patear el suelo de cierta manera y conforme á cierto orden impuesto, primero con la punta del pie derecho,

después con la punta del pie izquierdo, luego á la inversa, y por último con ambos pies á la vez. Sus ojos, sus hombros, obedecían á impulsos análogos. Veíase continuamente incitado á tocar un objeto ú otro, siempre tres veces seguidas, y era impotente en absoluto contra esas vanas acciones sin objeto, aun comprendiendo su total inutilidad. En las tempestades, ocurríasele desafiar á Dios con injurias groseras ó violentas, murmurando en seguida aterradas plegarias, gritando: «¡perdón!» y balbuceando bajas adoraciones, temblando por miedo de que le hiriera el rayo, atraído por sus blasfemias.

Obliterábanse también sus sentimientos filiales. Amaba á su madre hasta la exaltación, pero aun esa misma ternura era enfermiza, sobreexcitada, manifestándose por caricias convulsivas, semejantes á las que una neurópata prodiga á su hijo. Además, su sangre viciada había producido una enfermedad, que inadvertida é incurable, penetraba hasta el centro mismo de su amor filial, conforme transcurrían los años. A veces, se apartaba con impaciencia y disgusto de su madre, al acariciarle ésta. Ese fue el primer síntoma del mal. Bien pronto se puso á reñirla, á burlarse de ella, buscando las partes más vulnerables de su alma donde verter el ácido corrosivo de sus palabras vulnerantes. Sentía entonces una cruel voluptuosidad; pero con mayor frecuencia sufría aún más él por esa causa que ella misma; y, sin embargo, sentíase impelido á atormentarla, sin saber por qué; era como si otro sér viviese y obrase en él, mientras su yo normal estuviese guardado en un estuche. Durante esta crisis de impersonalidad, la amargura que hervía en él se dirigía exclusivamente contra su madre. Sabedor de que ésta no tenía culpa ninguna, sin embargo, poco á poco se puso á odiarla con un odio sordo, ardiente, perverso; y este odio se reforzaba con la enervación, el remordimiento, el desprecio de sí mismo en que caía tras cada acceso.

Una noche en que la lluvia azotaba los vidrios y zumbaba el viento alrededor de la gran casa blanca, al borde del arroyo,

la madre y el hijo conversaban junto á la lámpara, sentados ella en su butaca, y él en una banqueta á sus pies. Aconteció que hubo de alzar los ojos el hijo en el momento en que la madre comía una fruta. Su laringe, prominente como la de un hombre, subía y bajaba con fuerza al tragar. El nudo de la pañoleta del cuello, descendía y tornaba á ascender. Mirólo él hasta producirle enervamiento, con tentaciones de pararlo poniendo el dedo sobre él y hundiéndolo allí para inmovilizarlo. Por un esfuerzo de voluntad, pudo conseguir desprender la mirada del punto magnético, volver á un lado la cabeza, levantarla.

Desde entonces sintióse dominado por un poder irresistible. El deseo insatisfecho le cosquilleaba la piel por debajo, ardía dentro de sus venas. Día y noche veía subir y bajar el nudo de la pañoleta; retorcíanse sus pensamientos como un gusano roto por la mitad para servir de cebo; sentía millares de hilos anudarse en derredor de sus manos, tirando de ellos hacia la garganta de su madre.

Aterrábale ese cuello largo y seco, con tendones parecidos á un manojo de cuerdas, y lo maldecía dentro de su alma, al paso que refrenaba las lágrimas al ver las arrugas del rostro de la anciana mujer querida.

Un día de Enero, al regresar de su paseo habitual hacia la hora del crepúsculo, encontróse á su madre descansando en una meridiana, dentro del gabinete de él. Con los ojos cerrados parecía dormir; pero al resplandor de las brasas le llamó muchísimo la atención su largo cuello descarnado con el paquete de tendones. No sabía si era una ilusión óptica, pero hubiera jurado que veía rebullirse la laringe. Sólo ésta parecía moverse en toda su persona y denotar la vida. Deslizóse junto á ella, inclinado adelante, con los dedos ganchudos como garras. Erguíase en él la voluntad como una espina dorsal de endurecido acero. Recogióse, tomó impulso cual un gato á la vista de un ratón; y un instante después ambas manos agarraron el descarnado cuello, extrañamente desmedido, que se puso

largo y estrecho como una culebra, mientras en un acceso de rabia oprimían los pulgares el nudo de la pañoleta. Extremecióse el cuerpo en convulsión y vió dos ojos llenos de espanto relucir debajo de él.

No comprendió, no sintió, no experimentó nada; ya no existían su alma ni su cuerpo, sino tan sólo dos puños aplastando una cosa blanda. ¿Cuánto tiempo estuvo en esa postura, un minuto ó una hora? Notó por fin que la masa estaba sin movimiento debajo de él, y la soltó. Parecíale que algo hervía y se elevaba dentro de él, siendo preciso ahogarlo. Tomó un aire alegre, echóse á reir, murmuró palabras (no serían sino sonidos inarticulados), experimentó de pronto una sensación de espanto y encendió la lámpara. Temblábanle las piernas, meneaba la cabeza, le latía con violencia el corazón y comenzó á silbar un estribillo para ahogar lo que sentía alzarse dentro de sí; pero de nada le sirvió. Lo que quería levantarse subía, subía hasta la superficie, y de pronto se irguió delante de él. Entonces dirigióse á escape hacia la puerta, fuera, á las tinieblas de la noche.

Se precipitó al camino; se detuvo bruscamente preguntándose por qué corría en vez de andar, y por qué había salido con la cabeza descubierta. La tierra estaba obscura, el cielo invernal sembrado de estrellas. Al SO. brillaba grande y centelleante la estrella de la tarde; y allá, por donde el sol había desaparecido, redondeábase una línea amarillo-verdosa donde se destacaba en el horizonte como una humareda negra.

De pronto, lleno de espanto, sollozando, se puso á correr por el valle, donde las iglesias relucían blancas bajo sus rojos capuchones de tejas, á correr cuesta arriba por las colinas, desde donde veía las luces de las cabañas brillando con rojo resplandor á través de la obscuridad. Gemía en alta voz, gritando y jurando en un acceso de rabia loca. Parecíale como si queriendo precipitarse en el infinito, fuera del tiempo y del espacio, hubiese abordado al suelo á pesar de todos sus esfuerzos. Un círculo de hierro enrojecido le apretaba la gar-

ganta, y rezaba oraciones mudas sin poder decir una palabra. De repente se sintió exaltado. El celeste arco amarillo-verdoso se aproximaba agrandándose, cada vez más colosal, brillando con un esplendor cada vez más intenso, alzándose ante él como un pórtico. Atravesólo y entró en vastos espacios de color amarillo-verdoso, en el horizonte negro como el humo. Entonces el pórtico se transformó en un tulipán gigantesco amarillo-verdoso con rayas negras; pero cuando quiso cogerlo y ponérselo en el ojal, notó que era una mujer con cabeza de muerto alumbrada en lo interior por un moho fosforescente. Sobre esa cabeza flameaba el velo negro de la muerte, sujeto al hueso frontal por una piedra preciosa, parecida á la estrella de la tarde. . . . . .

. . . . . .

Y después, en el hospital, coge siempre tulipanes amarillo-verdosos con rayas negras de humo y forma ramos con ellos. Eso cuando está tranquilo. Pero cuando ve una mujer blanca con cabeza de muerto, iluminada en lo interior por un moho fosforescente, entonces es preciso ponerle la camisa de fuerza.

En momentos de lucidez, cuenta los detalles de la funesta noche en la cual extranguló á su madre, pero sin saber hoy más que entonces el por qué.

Ola Hansson.

GENOVEVA MONTAÑA

(NOVELA)

CONTINUACIÓN (*)

A LAURA MOREIRA

LISBOA.

Juncal, Agosto.

Querida Laura: No escribas á mamá respecto de mi ida á Cintra. Es sólo ponerme en la necesidad de discutir con ella, lo que para mí es siempre penoso.

Te lo digo con franqueza: prefiero incomparablemente más pasar el verano en el *Juncal*. Cintra, con la vida que me propones, no me atrae.

No, Laura mía. Esos *can-cans* que te divierten, harían mi desesperación, ó, por lo menos, mi aburrimiento. Despréndese de ellos un hálito envenenado que debe secar las propias plantas, como nos seca el alma. ¡Y llamas tú á eso cháchara inofensiva, que cuela como el follaje seco sin dejar vestigio! ¿Pasa algo de lo que se dice sin dejar vestigio?

El embotamiento moral, producido por el hábito de esa sociedad enervante, es lo que te hace ver así las cosas. Todos los fenómenos habituales del medio en que vivimos, actúan directa ó indirectamente en nuestro carácter, en nuestros racio-

---

(*) Véase LA ESPAÑA MODERNA, de Julio último.

cinios. Nuestra voluntad entra poco en esa evolución lenta de nosotros mismos.

¿Pues no clasificas tú el procedimiento de Teresa R. un *mero capricho de salón,* un *simple é inocente galanteo?* ¡Ahí tienes una prueba de la perniciosa influencia del medio, ejercida en tu propio espíritu! ¡Defender tú la vulgaridad de un galanteo descarado, recibido públicamente por una mujer casada!

Todavía se comprende la pasión ilegítima que vive recatadamente sobre sí, justificada por su intensidad, santificada por el pudor con que huye de toda ostentación. Pero lo que no se comprende, ni se justifica, ni se disculpa, es esa innoble *flirtation* en que las mujeres, casadas ó no casadas, reniegan voluntariamente de la dignidad que todas debían guardar inatacable.

El galanteo ostentoso envuelve siempre falta de respeto por parte del hombre, falta de pudor y decoro por parte de la mujer. La tolerancia habitual para estas flaquezas constituye á todas las mujeres en una especie de camaradería envilecedora que hasta cierto punto pueda justificar la cínica teoría del barón de P. A propósito: una opinión define muchas veces un carácter. Me huelgo de veras de no conocer á ese señor barón.

Ahora respecto de ti, mi querida Laura. No sé como no prefieres permanecer más tiempo en Lisboa. ¡Ese ir y volver del tren debe ser tan fatigoso para Antero! ¡Y todavía le llamas egoísta! Nota que con el *egoísta* sucede como con el terco: es raro que no aparezca un segundo que le haga *pendant*.

En tu casa sé que acortaría lo más posible mi *villegiatura*.

Tal vez tu suegra, teniendo presente las *conveniencias,* lleve alguna razón. Bien podía ser que mucha de esa gente que veranea ociosamente en Cintra se divierta en comentar, en desfavor tuyo, ese afán de frecuentar una sociedad donde tu marido aparece tan poco.

Yo, que casi nunca sé lo que *debe* ó *no debe* hacerse según los dictámenes de una sociedad paradójica é incoherente que conozco mal, no podría aconsejarte con seguridad.

Lo que sé es que trocaría de buen grado la convivencia de extraños por el *tête-à-tête* con mi marido que, después de un día de fatiga, se recoge á nuestra casa en busca de descanso y bienestar. Pero nosotras dos pensamos y sentimos siempre de modo muy distinto. Y en cuanto á lo que se acostumbra á considerar como la felicidad de la mujer, ¿con qué fundamento había yo de querer inculcarte por eficaz lo que supongo practicaría en tu lugar? ¡Yo, que no tengo para nada una teoría definida, que apenas sigo una especie de *instinto raciocinado*, guardando cierta simetría entre mis actos, mis tendencias y mi razón!

En esta vida retirada que llevo es más fácil escuchar la vibración natural. Dejo voluntariamente de adoptar teorías ajenas, generalmente aceptadas, porque presiento que la máquina de mi vida gira más fácilmente por sí.

Para dar consejos me veo siempre con dificultades. Ante la crítica social, realmente no sé nunca de cierto lo que *es mejor*.

¿No dices tú, y no entiende contigo tanta gente, que, pasada la adolescencia, la mala literatura ya no perjudica?

Yo pienso enteramente de otro modo. Considero nuestro carácter una obra delicadísima, casi nunca concluída. Lo comparo con las góticas catedrales cuyas delicadas filigranas no se acabaron nunca porque la concepción grandiosa del artista no encontró condiciones que le facilitasen el glorioso remate.

Todo lo que excita, conmueve é interesa, pone en emotividad eso que yo llamo el carácter. Cada conmoción deja marca indeleble. La mala literatura, en el libro ó en el teatro, es un veneno sutil que se infiltra en nuestro organismo, contagiándolo. El reflejo proyectado por luz corrosiva es un mal reflejo. Empaña corazones puros, altera la visión, oscurece lo blanco de la conciencia.

Hojeé *Madame Bovary* en Leiria, en casa de las primas Cunhas. Es un libro execrable, falsísimo.

Si algún día llegaran á instituirse premios de honor en este concurso que parece abierto para deshonra y desprestigio de la mujer entre los cultivadores de la moderna literatura decadente, Flaubert tendría derecho á una recompensa señalada.

¿Y lees tú á Flaubert sólo para decir que lo conoces? Por ese procedimiento, efectivamente, poco debe importar la materia del libro.

Yo tengo otras exigencias. Quiero que el libro no me destile en el alma una cantidad de desanimación y hastío que haga aún más penoso y molesto el trabajo de vivir...

Vuelvo á pedirte que no hables á mamá de mi ida para Cintra. Decididamente tu programa... me da pavor. ¡Aprovechar la juventud, aprovechar la vida, dices! ¿Qué será entonces desperdiciar todo eso?

La vida es una gran fuerza; necesita algún objetivo importante sobre qué ejercitarse. Todos nuestros días inútiles son suma de energías perdidas, movimientos desorientados sin un fin que los ennoblezca.

La mayor parte de las mujeres parece vivir sin darse cuenta de esto. ¡Qué extraña indiferencia la suya!

Pero, reparo ahora... ¡Qué... filosófica va esta carta! ¡Y es que dices tanta, tanta cosa... original! Me encuentro, sin saber cómo, intrincada en discusiones trascendentales.

No dejes de mandar telegrama anunciando al vizconde. Mira que mamá lo considera muy importante.

Voy á dar esta tarde un gran paseo á caballo. ¡Cómo me gustan estos paseos... sin escudero! ¡Y el *Shy,* que me lleva, él sabe por dónde!... por donde quiere... tú te ríes... pero créelo. El rebaño que pasa titilando, me suena mucho mejor que los valses y *cotillons,* en que deseas verme metida. ¡Cuánto más hermoso no ha de parecerme aquí el alborear que ahí, con ojos trasnochados, que, terminado el baile, miran estúpida-

mente la naturaleza en la completa imposibilidad de comprenderla!

Esto no es comparable. Todo lo que me inspira ternura, es ahí indiferente. Lo que tantas veces me hace verter las lágrimas más tranquilizadoras, produciría ahí los más aburridos bostezos.

No tengo aquí alma viva á quien dé la más pequeña porción de mis impresiones. Por eso no tienen fin estas cartas. La gran abstinencia de expansión oprime horriblemente á veces.

Mil cariños para ti y Antero.

Tu

GENOVEVA.

***

A D. MARTÍN FROES

LISBOA.

Quinta del Juncal, Villa Verde, Agosto.

Mi Martín: Prometido, debido. Quedé en darte cuenta exacta de mi exploración matrimonial. Hombre de palabra, aquí me tienes, pluma en ristre, poco antes de partir para la mansión solariega de Sendrín.

Estoy aquí hace cuatro días. No puedo decir que me hayan parecido completamente cuatro siglos. Pero, francamente, estoy saciado de paisaje. No sé que poder embrutecedor tiene sobre mí el campo. Dos días de *rural* bastan para trastornarme completamente. Me convierto desde luego en otro hombre.

Además, en faltándome el agua de *Saint-Galmier* estoy perdido del estómago. Es lo que me ha pasado en casa de estas señoras Montañas. Y además, ¡unas horas de comida imposibles!

¡Almuerzo á la nueve, comida á las cuatro, cena á las diez! A pesar de ser excesivamente portuguesa, la cocina es buena. Lo que no es conveniente ni para el diablo es comer

sopa á la hora del *lunch*, y platos finos poco después de salir el sol. Ando derrengado con este demonio de régimen. Si me detuviese aquí en estas condiciones, acabaría conmigo. Por cuatro días todo se soporta. Y debo confesar que el vino, el aceite y la manteca son de primer orden. No lo hay mejor en parte ninguna del mundo. Fruta espléndida, paradisiaca. Leche ideal; como en Lisboa no se sueña que exista. Todo esto son buenas compensaciones.

¡Qué dineral no dará esta propiedad, así aprovechada como está!

Ahora, al proyecto (que ni en nombre de Dios Padre quisiste tomar en serio.....) Estoy cansado del celibato, palabra. Desde que entré en la terrible decena de los cuarenta, comenzó á sonreirme la perspectiva de un hogar confortable, donde no sea del todo fastidioso reposar de lo que se marchó y seguramente no volverá. Ahora, este ideal pacífico y ordenado, ¿dónde encontrarlo fuera del matrimonio?

¡No veo otra salida posible!

En las ojeadas que estoy echando, es un poco para asustarme la suegra, mujer del todo plebeya, hablando por la gramática de mi cocinera y vistiendo por un figurín exótico que es sólo suyo. Actividad y resolución en carne viva, supongo que también tiene su genio, á juzgar por el tono enérgico con que siempre apostrofa á la numerosa servidumbre. Para mí—debo decirlo—esta señora doña Feliciana ha sido de una dulzura que cautiva, llegando, por hábito plebeyo, hasta á llamarme *hijo*, vulgaridad que en la actual circunstancia no deja de lisonjearme el órgano auditivo. Sí, ¿por qué no es hoy mi más cara aspiración ser *hijo* de esta buena, de esta impagable doña Feliciana?

Extrañarás de seguro que todavía no te haya hablado de la pequeña, de la verdadera protagonista de mi drama.

Es que todavía no puedo decirte mucho de ella. Cuatro días no siempre bastan para estudiar á una mujer, aunque sea una provinciana, aparentemente sencilla.

Además, ésta habla poquísimo, lo que todavía no pude averiguar si será debido á estupidez, afectado recogimiento con toques de romanticismo ó simple timidez.

Deseo la última de las hipótesis, no desprovista de cierto interés picante. Estúpida, preferiría ya ahora que no lo fuese. Romántica es lo que no la quiero de ningún modo. Me fastidiaría mucho al presente, y me daría qué hacer en lo futuro. Nada, nada. Para garantirme el sosiego de los cabellos blancos, es principalmente para lo que pretendo estudiar de antemano el carácter de mi futura, si realmente llega á tener carácter.

El ideal sería obtener un agradable animalito muy dócil, sin hechura propia, á quien yo formase á mi modo, un poco á lo Rousseau. ¿Pero será esto posible en los tiempos de *feminismo* que corren? Lo dudo.

Esta tiene veintitrés años, edad prometedora, sobre todo atendiendo á la educación estúpida de provincia. Y el demonio de la muchacha tiene su no sé qué—tal vez sea tranquilidad idiota —que no deja de imponerse al principio. ¡Imagínate que es bonita y todavía no le he hecho declaradamente la corte! He estado de observación. La campaña debe ser facilísima. Por eso, para no perder tiempo en la estupidez de un galanteo inútil, quiero antes enseñorearme bien de la situación. He comprendido que la muchacha no es nada *coquette*. En este caso entiendo que lo mejor será: al pan, pan y al vino, vino.

Tengo por fuerza que ir ahora á Sendrín. A la vuelta torno á pasar por aquí, y, á quema ropa, pido la mano de la *señorita* Montaña con toda formalidad. Sobre la impresión personal que yo haya causado en mi presunta novia, no tengo la menor idea. *Su Excelencia* tiene una *virtud:* no se revela absolutamente nada.

Cálculo, timidez ó inercia de temperamento, no pone la menor personalidad en nada de lo que dice ó hace.

Me parece, sin embargo, adivinar fácilmente que la muchacha estará muerta por cambiar esta vida en que yace aquí

éncerrada, por cualquier otra cosa. Quien le hable de un viaje, éstoy en que desde luego tiene ganada la partida. Hay, además, otra cosa á que las mujeres no resisten: la fascinación del título. Pensé en esto adquiriendo mi *vizcondado*.

Todas se dejan embriagar por este fluído, ¡cuanto más una provinciana de este calibre!

La hermana, una Laura muy picante, mujer de Antero Moreira, actual Secretario del Ministro de Estado, le es muy superior, si no en belleza, al menos en gracia, en espíritu, en desenvoltura, ese *quid* que á veces vuelve á las mujeres peligrosamente atractivas. Eso es una muchacha distinguida. Le habría puesto cerco si hace mucho no pensase ya en este casorio. Y para el efecto sedativo del matrimonio da siempre más garantías una de estas santidades algo monótonas, que llega á parecernos que pertenecen á un tercer sexo todavía no perfectamente definido. Entonces, cuando ocupan un altar adornado de valiosas pedrerías, como en el caso de esta mi retraída Genoveva, nuestro espíritu mal puede excusarse de la sugestión devota. ¡La humanidad es tan flaca!

Voy ya abatiéndome, D. Martín. Necesito *establecerme* airosamente. En nuestra edad, la gente ya no se apura mucho con la perspectiva de tranquila velada en familia, al lado de la consorte burguesa y sencilla que zurce soñolientamente los calcetines.

Voy de huída al Norte á negocios caseros, y vuelvo aquí á ver si encuentro más abordable á la muchacha. En este caso, muy probable, haré inmediatamente la petición. La pequeñuela ha de estar muerta por verse libre de esta cargantísima soledad. En tales casos todas las mujeres piensan lo mismo. Esta, apenas me ponga definitivamente á estudiarla, la descifro en veinticuatro horas. Ahora no tengo tiempo porque están de casa á llamarme con urgencia. Parto esta noche para estar allí probablemente ocho días. Escriba allí.

Siempre el mismo,

RUY CASTILLO.

Tengo intención de aparecer todavía en Cintra ó Cascaes para pagar mi tributo de *villegiatura comm'il faut*.

***

A LAURA MOREIRA.

LISBOA.

Joncal, Agosto.

Laura, hermana sin corazón: Tu vizconde partió hoy á la tarde. No estoy en mí. Tengo todavía en el oído, como eco siniestro de tempestad, el retumbar de su discurso *poseur* y vacío.

¡Y encuentras atractivo un hombre así! ¡Máquina, expeliendo por una boca cínica y mala torrentes de frases pretenciosas en que no hay la menor vibración sincera!

¿Sabes una cosa? Desde que este hombre entró aquí, me atacó opresivamente un silencio invencible. No era *no querer*, era *no poder* articular palabra.

Ante aquella *pose* inalterable y satisfecha, se me desvanecía la palabra y el pensamiento bajo una tristeza, un malestar, que me ponía realmente estúpida. Debe haber tenido este señor la más formal desilusión con respecto á mí. Esta reflexión me alivia.

Mamá no me parece que tampoco ha quedado nada contenta. El Vizconde con su lenguaje siempre metafórico, siempre ambiguo y malicioso, ¡cómo ha de ser comprendido por ella, pobrecilla! Lo que no entendemos, nos desagrada infaliblemente.

Pero Laura..... ¿cómo pudiste suponer un momento?..... Me estremezco con esta idea. Por culpa tuya creo que voy á soñar muchas veces con este Vizconde en las malas noches. ¡Qué aire de conquista tan descortés tiene este hombre! ¿Lo habrá adquirido en los tales inocentes *galanteos de salón* de que me hablabas hace días?

A mis ojos rústicos no puedes calcular qué risible me pa-

rece una entidad de estas—¡la arrogancia más atrevida para suscribir un vizcondado de contrabando! ¡Aquél cuello tieso, torturante como un collarín! ¡La simétrica escuadra del bigote y del peinado, el exageradísimo *snobismo* de los gestos, que parecen movidos por una cuerda inflexible! ¡El vacío incomensurable de cabeza y de alma revelándose en la ironía vulgar de todas las palabras! ¡Qué innobles ejemplares de la humanidad! *¡Oh! ¡Shocking!* ¡Y pensar que hay tantos *vizcondes de Sendim!*

Laura, cuando considero en serio que me destinaste algún día semejante hombre para marido, me dan ganas de llorar.

¿Tan cierto es, por lo visto, que la vida, en medios diferentes, nos va distanciando cada día más? ¡Qué tristeza pensarlo! ¡Me vienen ahora las lágrimas, Laura; lágrimas que no me dejan ver este papel!.... ¡Y estoy por sentir contra tí un despecho tan amargo! ¡Válgame..... no sé lo qué!

Oye, Laura. Si no quieres atormentarme mucho, no vuelvas á hablarme de ese despreciable Vizconde. Todo cuanto le atañe me es indiferente. Hasta su elevación al marquesado.

Lo peor es que pasará por aquí á su vuelta para Lisboa.....

Pienso hacer una cosa: declararme enferma para no salir del cuarto en ese día.

Recuerdos cariñosos de mamá.

Tu

GENOVEVA.

¿Y el primo Hugo? ¿Apareció ya por ahí?

***

A GENOVEVA MONTAÑA.

JUNCAL.

Lisboa, Agosto.

Mi querida Genoveva: ¡Cómo están esos nervios á fuerza de concentración campesina! ¡Caramba!

Estás enferma, hermana mía, gravemente enferma.

Tu carta anterior me lo había ya indicado de sobra. Esta de ahora me pone más seriamente en cuidado.

Que no simpatices con el Vizconde, ó juzgues no simpatizar con él, pase. Pero todo eso puede y debe quedar muy lejos de la infundada y cruel apreciación que de él haces.

Y has sido muy ingrata, ¿sabes? Escribió á Antero. Le dice francamente las impresiones que llevó del *Juncal*. Con respecto á tí es fácil percibir que quedó cogido en las redes.

Disculpa lo ordinario de mis términos, hermana impecable. Tu gravedad puede ofenderse; pero lo cierto es que, en nuestra sociedad, quien no emplea hoy un bocado de jerga, no hace buena figura. Es preciso ir con los tiempos.

Sí; evidentemente el Vizconde tiene por tí un enorme cariñazo. Y soy yo quien no está resuelta á desistir de un plan de risueño porvenir para una hermana sólo porque..... ¡Ay! ¡no sé yo por qué! Todas hemos tenido estas vacilaciones, estas repugnancias, antes de decidirnos al gran salto mortal. ¡Desdenes! ¿Por qué no ha de ser un bocadito de vanidad provinciana, la más necia de todas las vanidades?

No puedes sufrir que tu señor pueda decir ufano: llegué, ví y vencí. ¿Cuál de nosotras las mujeres no tiene estas niñerías? Me acuerdo del cuidado que, cuando era novia, ponía para no mostrar nunca á Antero que le esperaba con impaciencia. El disimulo es el arte supremo de la mujer de espíritu; sí, lo es. Además de esto, no hay otro medio de que seamos triunfadoras en la vida. Luego que te libertes de ese opresivo capullo que es el *Juncal* para tí, verás, mariposa gentil, como se te revela una nueva existencia, en que no son las circunstancias las que nos vencen y nos oprimen, sino nosotras quienes domamos á las cosas á medida de nuestro capricho y de nuestra voluntad.

No, no desesperaré tan deprisa de verte en breve Vizcondesa de Sendim da Beira.

Estoy alegre, lo estoy, ¿qué quieres? Tengo un grande empeño en esta segunda visita del Vizconde. Una aversión vio-

lenta como la que describes es muchas veces el preludio de una pasión. ¡Cuántos casos ha habido así! Lucha por instinto el pajarillo antes de perder la libertad.

¡Por Dios! ¡por la Vírgen! ¡No des cumplimiento á ese estúpido capricho de encerrarte en el cuarto, como podría hacerlo la Rita de nuestro casero con el propósito necio de afrentar al Pepe de la tía Ana. ¡Me parece! ¡Ni pensarlo! ¡Ve antes disponiéndote á estudiar al Vizconde *Thoroughly*, cuando no sea por *arte de amor*, al menos por *amor del arte*. Estudiar el *documento humano*, como ahora se dice, no es perder el tiempo. ¡Lo que se aprende en estas exploraciones! Comprenderás entonces cómo te cegó tu prejuicio. Nos engañamos casi siempre en nuestras primeras opiniones. El Vizconde es para ser visto con tiempo y vagar. Obsérvalo así y dime después con sinceridad lo que hallaste. Tiene ese encanto que sólo puede dar el largo hábito de sociedad. Son mil niñerías deliciosas que no se imitan, que no se parodian sin caer en el ridículo. Puedo asegurarte que el Vizconde es el *enfant gaté* de nuestras bellas. ¡Cuento por docenas las que desearían estar en tu lugar!.... *¡Petite sotte que tu es!*

Antes de que me olvide. Escribe ahora á Cintra. Marchamos mañana. Toda esta demora ha sido por causa de la tía de Antero, aquella tía Ignacia de quien has oído hablar mucho. Ha estado realmente mal. Los médicos no tienen esperanza ninguna. Antero, como se crió con esta tía, no encontraba bien que yo partiera para Cintra, que está ahora en plena *season*. Y aquí he estado aguantando este calor, y la tía Ignacia ni muere ni mejora. No es posible cosa más secante. Y probablemente voy á tener que andar todo el verano de luto. ¡Qué pesadez! Imagínate que tengo dos *toilettes* de Sequeira, que todavía no estrené, ni pagué siquiera. Y estoy por creer que no llego á ponérmelas. Además, ¡lo negro me sienta detestablemente! Esta tontería de los lutos debía haberse acabado hace mucho tiempo; ¿no es verdad? Es un absurdo impropio de nuestra época.

Por fin nos vamos mañana, antes del desenlace. Le dije á Antero que esto no podía continuar. Tía Ignacia puede muy bien durar, y esta penitencia de calor que estoy sufriendo no le alivia los padecimientos.

También nos hemos impresionado mucho con el desastre de un colega de Antero, Alvaro Díaz. Cayó de un caballo, ¡pobre muchacho! y se puso muy malo. Ahora hay esperanzas, pero se le tuvo completamente por perdido. Fue el lunes. Supímoslo comiendo. Antero fué enseguida allá. Ya sabes lo extremado que es Antero. Quedé en un estado de nervios como calcularás. Ni aun probé la comida creo. Valióme ser la noche de la *soirée* de las de Vasconcellos. Antero, claro es, no fué. Estuve también por quedarme en casa; pero, por fin, me resolví. No hacía ningún bien ni á tía Ignacia, ¡pobrecilla! ni al pobre Alvaro Díaz, con quedarme sola en nuestro gabinete rumiando impresiones tristes hasta que viniera Antero á contarme los suspiros y gemidos de su amigo. ¡Excelente preparación para una noche de pesadillas! Siempre pensé que molestarnos sin provecho de nadie, es una completa majadería. Por esto envejecen muchos antes de tiempo. Sacrificarse la gente, sólo cuando sea en beneficio de alguien.

En aquella noche me hizo un gran bien el irme á casa de las de Vasconcellos. Había mucha gente; se pasó muy bien. Doña Cándida será todo lo que quieran, pero en amabilidad es inexcedible. Le hago justicia. Con aquel genio tan alegre, tan *sans façon*, se gana las voluntades. Lo que sé decir, es que fuí allí triste, y por fin reí y bailé toda la noche. Comenzando por ocultar mi preocupación, acabé por olvidarme de ella. Siempre encontré muy egoista imponer nuestro disgusto á las otras personas, que ninguna culpa tienen de nuestros males. Pocos comprenden este deber social de esconder lo mejor que se puede las impresiones tristes.

¡Me gustaría tanto llegar un día á conseguir tu conversión! Verte reir, gozar de la vida como las otras muchachas de nuestra edad—¡qué felicidad para mí!—Después, cuando lle-

gan los primeros cabellos blancos, ¡qué desesperación sin consuelo ni remedio! ¡Y he de verte llegar ahí sin haber hecho nada por tu rescate! ¡Qué remordimiento para mi vida!

¡Qué diferentes nos hizo la Naturaleza! Yo busco siempre la carcajada; tú improvisas ríos de lágrimas donde nadie supone que estén. Yo hablo á tuertas y á derechas, sin reparar en el alcance trascendental que mis palabras tengan ó no tengan; tú discurseas gravemente como el *father Dorsey* cuando miss Dellaney nos llevaba allá. ¡Y dices unas cosas! ¡Santo Dios!

Por lo que se ve, tú, si te casases, llevarías al matrimonio el programa de un interminable *tête-à-tête*. Abrenuncio.

Sería tu marido el primero en saciarse. Entrando y saliendo constantemente es como la mujer consigue dar al *ménage* cierta vivacidad interesante.

Está aviada la mujer que da en mostrar que se ocupa mucho del marido. ¡Adiós, prestigio!

El corazón humano es así. Pierde pronto el gusto por las cosas que tiene muy seguras.

Para hacer durar eso que llamamos *amor*, es preciso no dejar de la mano el excelente preservativo de *la duda*. Los hombres, luego que no dudan, se encierran en su original egoismo y abusan ferozmente.

Paso fuera casi todas las noches. Así, tengo la certeza de que Antero aprecia mucho alguna velada que pasamos los dos solos en casa, á la luz, mortecina, soñolienta de nuestro quinqué de aceite.

¿Sabes que Antero sigue teniendo la antigua rareza de no querer luz sino de aceite? Me parece que todos los hombres tienen más ó menos de estas rarezas. Con todo, doy gracias á Dios por haber escapado del clásico velón de tres mecheros. Podía ser aún peor, ya lo creo.

Y nada más por hoy: tengo que ir ocupándome del *déménagement*, quiero decir, de mis cosas. La casa de Cintra tiene de todo. Y para Antero yo no hago arreglos, porque él no encuentra bien lo que yo hago.

Te deseo, con toda mi alma un marido poco escrupuloso en el *arreglo de la casa*. ¡Oh! ¡el *arreglo!* Esta palabra ha sido mi *cauchemar* desde que me casé. Debía haberlo previsto, si, á tiempo, hubiese conocido á mi suegra. ¡Una mujer que lleva por cuenta todo lo que tiene en casa, y hasta conserva numeradas y ordenadas las rodillas de fregar! ¡Lo último! Antero lo encuentra ideal. ¡Oh! ¡el *arreglo!* ¡Uf!

Es verdad; ya se me pasaba. El primo Hugo, por fin, apareció. Había ido á ver á Antero á la secretaría. Pasó aquí una parte de la velada. Me parece insulso, lo que no quiere decir que no sea un cofre de virtudes. Estuvimos todos un tanto violentos. La gente no sabe nunca bastante lo que ha de decir á una persona que no es nada de su círculo. Agotado el tema de la lluvia ó del buen tiempo, de *San Carlos* (1), de campos y playas, de los achaques que afligen á los conocidos comunes, queda un *malaise*. El, además, no va casi nada á sociedad; no conoce las *entrelíneas*. Antero creo que simpatizó con él. Yo quedé muy fría, fría..... de lo que espero ser disculpada.

Ve si por fin te resuelves á venir á Cintra, anda. Cuando quieras irá Antero á buscarte. No le cuesta nada. Bien sabes que para tí está siempre pronto. Como que yo estoy por tener celos de esta predilección.

Seriamente, me haces en Cintra mucha, muchísima falta. Andar siempre sola de un lado para otro es secante. Y llama la atención, lo reconozco.

Quisiera que mi señora suegra no tuviese pretexto para ciertas insinuaciones á Antero, y para directas que me impacientan. Un día le suelto una fresca. ¡Tan cierto!.... A ver si vienes. ¡Estando tú aquí, todo es tan fácil! Ven; te juro que has de divertirte.

Un abrazo á mamá.

Tuya,

LAURA.

(1) Es el teatro de la Opera, de Lisboa.

A HUGO SANTA ANA

LISBOA.

París, Octubre.

Amigo Hugo: ¿Qué se habrá hecho de tí? ¡Dos larguísimos meses de silencio!

¿Te habrás casado? ¿Habrás dado ya al público las primicias de tu ingenio literario? En los periódicos portugueses, ni palabra respecto de tí. Ardo en mil curiosidades. Oh ¡hombre, repara que son dos meses!

Fuése el lugar del *Crédit*. *Requiescat in pace.*

Sé que la noticia no te causará la menor emoción. Pero consiente al menos que desfogue contigo el despecho de mis penas.—*Sunt lacrimae rerum*—no puedes refutar esto.

Nota que los latinajos no testifican el menor orgullo de sabiduría en este tu amigo; son simple y modesto homenaje de acatamiento á tus deidades. Sólo por eso saco de los rinconcitos del cerebro, limpiándolas del moho y del polvo, estas venerandas reliquias, honra preclara de mi inteligencia.

Volviendo al *Crédit:* he de ver siempre con malos ojos, con ojos rencorosos, á este hombrecillo de cabello amarillo, bigote ralo de cuatro pelos hirsutos, y pupila azul pálida, que vino aquí á coger el lugar que tanto codicié para tí. Ahora á rezar por su alma. Por tanto, treguas á la lamentación. Con tu compañía me dieron en este juego un buen codillo. ¡Paciencia! La miel no es para todas las bocas, no.

¿Pero qué diablo habrás hecho?

Este silencio me espanta. Más que todo me asombra que no hayas corrido ya á los brazos opulentos y tiernos del *oncle Bob*. ¿Estarás, vencido, adulando caballerescamente á la prima doña Feliciana del *Juncal,* en quien tal vez un como instinto de conservación te hizo enseguida *ex abrupto* presentir *un verdadero ideal de suegra* (textual)?

Pues, Hugo mío, si el *chauvinismo* heredado de tus abuelos y agravado por tu detestable educación no te consiente

abandonar el glorioso, vetusto terruño de Portugal, no veo sinceramente gran mal en que cultives ese vástago lleno de esperanzas de tu árbol genealógico. ¡Quién nos diera á todos una primita así, apetitosa por tantas razones!

Aunque la muchacha tenga en la mollera cierta fatuidad de su oro, esto, bien reparado, no pasa de ser un inconveniente secundario.

Las ventajas correlativas deben dar mucho alivio á las susceptibilidades del pundonor masculino. No vayas tú á hacer escritura con separación de bienes, quita allá. Con habilidad podrás en poco tiempo doblar el capital; y, después, suceda lo que suceda, tienes el más legítimo derecho á la mitad de las ganancias. Y todavía habrás podido aumentar lo de ella. Lo que cuesta es ser rico; riquísimo, no cuesta nada. Yo, si cogiese en la mano unos cuantos miles, compraba papel y estoy en que llegaba á millonario con poco trabajo. Y ahí..... no llegaría.

Tu situación es envidiable, amigo, si sabes sacar partido de ella. Si en lugar de esto, gastas el tiempo en buscar paralelos entre Sófocles y Eurípides, ó en comentar á Plauto, ó disecar á Virgilio, entonces, caro mío, eres un hombre irremisiblemente perdido para siempre.

Espero á cada momento la amigable participación de tu contrato matrimonial. Iré á animar con mi presencia el acto solemne. Ya tengo prevenida á la gente del *Crédit* para una ausencia de algunos días.

Y gozo de veras, te lo aseguro, con la perspectiva de dejar más cargado de trabajo á mi larguirucho colega, de cabello color de barbas de maiz y ojo descolorido.

Siempre yo muy amigo

ENRIQUE.

*
* *

A ENRIQUE VELLOSO

París.

Juncal, Octubre.

Querido Enrique: Esta vez José Miguel cumplió rigurosamente las órdenes. Así, tu carta, llegada ayer á Lisboa, está hoy en término de Leiria y en mi mano.

¡Dos meses de silencio! ¡Dos meses! Alegre ó triste, el tiempo pasa como torrente vertiginoso. Parece que nada hicimos y la vida se desliza en una agitación incesante.

En los últimos sesenta días mi vida ha sido un verdadero kaleidoscopio de sensaciones.

Te pasmarás cuando te diga que tengo, acabaditos y prontos para el tribunal de la publicidad, nada menos que dos productos literarios. Pero ¡qué trabajo, muchacho! ¡Cuántas horas de febril excitación cada día!

En los comienzos de una carrera se trabaja así. Llega á ser brutal. Lancéme de una vez á la novela y al drama, géneros diversos en la esencia y en la forma.

¿Y sabes, querido Enrique, que no estoy descontento de mi obra? Me parece que conseguí ligar la moderna intención psicológica al respeto antigno de la forma, hoy tan decadente.

Comencé por la novela. La he titulado: *Nebulosas del carácter*. ¿Qué tal? El título hace mucho á veces para la aceptación pública.

Es tan frecuente que se entretenga la crítica con los nombres de las obras de arte.

Ya se vé, hice psicología. Sin esto no hay salvación posible en el agitado mar de la literatura fin de siglo. Pero no procuré seguir una escuela. Tampoco pretendí hacer enteramente una novela de costumbres á lo Flaubert, ni de caracteres á lo Stendal y á lo Beyle. Según Bourget, el ideal irrealizado ó irrealizable sería la estrecha alianza de los dos géneros, proceso tal vez inconscientemente practicado por el gran maestro Balzac.

Yo, sin pretensión de creador de ninguna obra maestra, procuré en mi novela estudiar cuidadosamente las costumbres de la actualidad, representándolas en varios ejemplares de medianía común, para en ellos, con lo mejor de mi ingenio disecar dos caracteres.

Lo que haya conseguido, la crítica lo dirá á su tiempo.

Tal vez en todo mi trabajo se sienta demasiado el dogmatismo moral. Algunos me lo censurarán, ya lo sé. Las escuelas ultra-modernas ordenan la abstención completa de la personalidad del autor, el cual debe conservarse tan fuera de su obra cuanto se lo permita la concentración artística.

Soy un tanto conservador, como sabes. No simpatizo con el procedimiento.

Prefiero siempre los libros en que, á la par de obra puramente imaginativa y literaria, se sienta alguna cosa del alma sincera del autor. La exposición de una concepción artística que no me dice nada de la personalidad real del escritor, me produce una sensación incompleta, hasta molesta.

Reclamo en el libro, más ó ménos expresa, la psicología del hombre que lo concibió. Y quiero más todavía, en un camino intermedio entre las dos escuelas extremas:—la del arte por el arte, que siempre juzgué incompleta, y la de la modernísima literatura socialista, que pretende, mediante el arte, reformar toda la existencia humana—quiero que en el arte de la palabra escrita, la más bella y la más noble de todas las artes, resplandezca y brille siempre la intención moral que consagre el triunfo de la virtud sobre la podredumbre social.

Al teatro compete todavía más mi teoría.

El teatro debe ser escuela.

Allí deben correr las multitudes á beber la pureza de los sentimientos como la del lenguaje. Es preciso que el teatro enseñe y moralice; que el alma ingenua del pueblo encuentre en él sano alimento.

Es grave cosa hoy tachar de moral ó inmoral á un escritor: no lo desconozco.

La glorificación del vicio manifiestamente y de propósito, hasta me atrevo á creer que nunca se hizo. Lo que acostumbraron y acostumbran siempre los escritores libres es á patentizar ante los ojos áridos del público los nefandos vicios y las extrañas pequeñeces del alma humana, sacando mejor ó peor partido de las situaciones dolorosas ó grotescas que de tales circunstancias pueden resultar. Que esto pueda ó deba hacerse con la mayor amplitud y libertad, sin algún remordimiento de conciencia, es lo que yo, de buena fe, ignoro.

Para sacar conclusiones, si el autor hace triunfar al vicio, peca contra la vulgaridad de las cosas, porque digan lo que quieran autorizados pesimistas, la verdad es que el vicio es comúnmente la descomposición material y moral de las criaturas y su consecuente ruina.

Glorificando la virtud ó dejando solamente suspensa y sin resolución su tesis, creo que el autor pensará haber servido mal á la causa pública, mostrando á los abiertos ojos de las galerías las mayores depravaciones del sentimiento y las más deprimentes doctrinas, como siendo la materia—base, en lo que cabe llamarla—la medida de carácter social. Tengo esta gran queja contra el maestro del teatro, Dumas, hijo. En su obra teatral encuentran sus admiradores un grande y prometedor fondo de moralidad. Teóricamente no estoy en desacuerdo.

Para que tales productos, sin embargo, se convirtiesen en obras de civilización, sería preciso que en la masa compacta de los espectadores pudiéramos admitir la existencia de condiciones que de hecho, salvando algún que otro caso aislado, no se dan.

Por todo esto yo prefiero todavía en el teatro, ó la vieja tragedia antigua, con su aristocrática nobleza que recuerda la tremenda máscara y el alto coturno de las venerandas eras clásicas, ó la comedia de costumbres, fina, sencilla y sin pretensiones, bien urdida y bien equilibrada, sin gritos que hielen las carnes ni gracias que hagan ruborizarse á los hombres

barbados, satírica y mordaz sin perversidades, sin *clave*, ligera sin indecencia, moral y doctrinaria sin fatuidad, anulando por el ridículo ó por las irradiaciones de la conmoción pura alguno de los grandes errores sociales que tanto padecemos todos los supervivientes de las viejas creencias fortificadoras.

En esta orientación fue en la que escribí mi comedia en tres actos *Siglo de las Luces*. Es un trabajo francamente sentido, en que me parece haber algún espíritu, en que hay seguramente buena lengua portuguesa. Aspiro á producir en los espectadores cierto agrado pacificador, contrario de las modernas excitaciones que, cuando no dan de sí deliquios y llantos ansiosos en la propia sala del espectáculo, producen á las señoras nerviosas noches de sueños atormentadores.

Por esto nada he sacado de la extraña lección de los laureados dramaturgos del Norte.

Dejé á distancia el ansiado socialismo de tu Enrique Ibsen, las dolorosas paradojas del misogisno Strindberg, que, de los desastres de su vida particular, ha llevado á la literatura falsas generalidades curtidas en un odio feroz contra la mujer. Com más razón procuré olvidar las excentricidades de los Huaptmann y de los Björmson y congéneres.

Imaginé una trama que me parece por diversas razones interesante, sin entrar en ninguno de los mil desequilibrios nerviosos, que llevaran á los descarriados del siglo á la locura, al hospital y al suicidio, en tránsito para una gloria más hipotética que ninguna otra.

Llevé la pieza al *Normal* y espero la sentencia.

No sé todavía si me la aceptarán. La solución se enlaza con muchas cosas que sería largo describirte aquí. No falta quien afirme que el teatro portugués está por los suelos.

Manes de Gil Vicente y de Garret, huid lejos—dicen los más tenebrosos.

No he podido todavía auscultar bien las flaquezas y lesiones de este enfermo. Hay sobre este asunto gran algarabía y descontentamiento. Y nadie se entiende. Los empresarios

dicen que no hay público, ni actores, ni obras. El público dice que no hay obras, ni escuela de actores, ni empresas concienzudas y progresivas. Los actores se quejan de que empresarios de mala fe no les den papeles de realce, y de que el público es ignorante. Los autores se retraen, concluyendo para sí que *no vale la pena de hacer teatro,* ó escribiendo farsas y payasadas populares rayando en lo obsceno, como águilas que traficasen su altanera existencia por la de oscuros reptiles.

Por todo esto se grita que nunca la existencia del teatro portugués fue más peligrosa, anémica y estéril.

Lo que yo veo es que el teatro atraviesa una crisis grave aquí y en todas partes.

Relativamente, la situación del teatro francés no es mucho mejor. Ahí la *calidad* también es muy floja. Lo que aumenta la vista es la *cantidad.*

Ya se me pronosticó mal acogimiento á mis productos teatrales. Me censuró hace días Alves Lopez no haber seguido claramente una escuela. No soy de los viejos ni de los nuevos, adviértenme en son de crítica. ¡Dejad graznar los Zoilos! Modelos, todos los que encierra la naturaleza son buenos; procedimientos, todos son legítimos, siempre que sea leal y sincero el artista.

A mi entender, escritor-artista sólo es aquel que levante su vuelo fuera de linderos reglamentarios, de pautados de escuela. Vibraciones completas del alma sólo pueden darse en las ilimitadas regiones del éter. El momento de la inspiración es casi un momento sagrado. De impulso sobrenatural es lo que entonces sentimos vibrar en nosotros. Reglamentar *ésto* por la dura y desastrada geometría humana es caso de sacrilegio....

Pero, ahora reparo.... Esto no es carta; es un tratado.

Y con la divagación filosófico-literaria ni pensé en responder á las mayores curiosidades de tu carta. Será un día de estos con más despacio. No es cosa de hacerlo en media docena de líneas.

Si mi situación literario-económica comienza á erizarse de dudas é inquietudes, no es más desahogada mi situación moral. En todos los campos me persigue terriblemente el demonio de la duda.

En breve tendré contigo una expansión fraternal, completa.

Tuyo,

HUGO.

Escribí unos artículos de crítica para el *Relámpago*. No salieron malos. De uno hasta me dijeron que fue bastante notado.

Dejé de escribir para ahí porque no me pagaban; y escribiendo, se me pone más raída la manga de la chaqueta, á quien no sé como dar sucesora. Mi guardarropa llegó á los mayores apuros.

***

Á ENRIQUE VELLOSO

PARÍS.

Lisboa, Octubre.

Querido Enrique: Cumplo, apenas llegado á Lisboa, la promesa que te hice al principio de semana. Esta puntualidad, cuando tengo un millón de cosas en la cabeza, es muy de agradecer.

¡Y qué cosas son! Tengo sospechas de que en el *Normal* no me aceptan la pieza. Un trastorno de mil diablos.

Respecto de las *Nebulosas* también hablé ya á varios editores, pero nada hay resuelto. El defecto capital de todos los contratos propuestos por esos señores es no llegar yo á ver el dinero sino pasados algunos meses, y esto todavía en hipótesis. ¡Cosa cruel, frente á las insistentes exigencias que me asaetean el *ménage!* ¡Nada más estúpido que esta *lata* del dinero, esta importunidad constante!

¡Así no luce el trabajo! ¡Ni siquiera se tienen ideas! ¡Si nos

oprime la cuenta del sastre y del tendero, cómo ha de florecer la inspiración artística! Es una tortura diabólica esta lucha.

Pero dejémoslo..... Lo que te prometí fue describirte el estado de mi corazón. Entremos por este camino que, debo decírtelo, no está menos nublado que el otro. Aquí las oscilaciones del terreno perturban más todavía.

Estuve ahora diez días en Villa Verde en casa de las primas Montañas. Fuí á presenciar la vendimia.

No te figurarás lo que esta semana de buen aire de campo me hizo. Volví de allí execrando más que nunca esta prosa huera de las calles de Lisboa, sucias y fétidas, la charla insulsa de nuestros cafés, las caras afectadas de nuestras patricias, pavoneándose en la Baja (1), en un mísero tendedero de insignificancia suprema.

Que me venga este malestar actual más de índole bucólica, campesina, que de sugestión operada por arte mágico de la prima Genoveva, es la primera causa subjetiva que no sé afirmarte con seguridad.

Lo que puedo decirte es que si aquella *provinciana* no me hubiese impresionado, yo sería un bruto. Además, aquel escenario, sugestivo con las más suaves impresiones, debilita nuestra existencia.

El aroma acre de la naturaleza rústica, templado de cuando en cuando por las dulzuras de la rosa, de la vainilla y de los naranjos en flor, ejerce allí sobre nosotros la influencia más embriagadora. Y, enmedio de todo esto, *¡ella!* tan enigmática, con su gran aire sibilino, de un perfil nobilísimo, tan serena y fría á veces como si, fuera del muro de su quinta, nada del mundo le interesase; tan enérgica otras, tan electrizada y tan intransigente en la defensa de una paradoja, como han debido mostrarse en las prácticas de su magia las pitonisas de las viejas edades sombrías.

(1) Llámase así á la parte de Lisboa más próxima al Tajo, y en la cual están algunos de los paseos más concurridos de esta ciudad.

¡Qué mito tan impenetrable es una mujer! Esta me desorienta. Y con esto es mayor el poder que va adquiriendo sobre mí. No la cortejo, no la dejo ni remotamente adivinar qué interesante sería para mí estudiarle el temperamento singular, descubrir completamente su perturbador misterio.

¿Por qué me habré conducido con este disimulo? Tal vez sólo porque ella es rica y yo pobre, terrible obstáculo para la fusión de dos vidas.

Ser repelido por la mujer amada, en condiciones socialmente iguales á las nuestras ó quizás inferiores, puede ser un golpe profundo en el corazón, pero nunca será una grave herida en el orgullo. Envidio tal situación.

Y ahí tienes esbozado el mayor abismo entre mi prima Genoveva del *Juncal* y yo.

Ver completarlo, abriéndolo del todo, la sonrisa irónica, burlona y despreciativa, en una negativa en que yo fuera tratado como mendigo famélico, extendiendo áridamente la mano á la limosna rastreramente codiciada, es una ignominia que de todos modos procuraré ahorrar á mis bríos.

He aquí un caso en que las estúpidas convenciones sociales son de una crueldad brutal.

¿Por qué no han de declarársenos las mujeres, sin que esto les esté mal? Con la sutil sensibilidad de su privilegiada naturaleza deben adivinar pronto los sentimientos que inspiran.

En estas circunstancias, dada correspondencia de afectos, ¿en qué sufriría el pudor femenino de una rica heredera que, comprendiendo la delicada posición de su escogido, le dijese extendiéndole la mano: «Es tuya»?

Con sus absurdos dictámenes la sociedad condena esto. ¿Y pretende esa misma sociedad que la mujer presida los ritos domésticos como impecable sacerdotisa del amor? ¡Mira qué incongruencia hay en esto!

Yo, si no fuera todavía por otra cosa, tal vez ya, á pesar de todo lo que te he expuesto, me hubiese abalanzado á los azares de la lotería.

Me gusta esta mujer, independientemente de su dinero. ¿Por qué no había de creerme? Hay momentos en que tal cosa me parece clara, natural, necesaria.

Mi afecto hacia esta muchacha está en la naturaleza, está en la lógica de las cosas.

Pero luego, consideraciones de otro orden vienen á barajarme las ideas, á oscurecerme el entendimiento, á lanzarme en un inextricable laberinto de dudas.

Por lo que le he oído, nunca desistirá de la vida campesina y libre en que se crió.

Detesta la sociedad como una monja.

Adora la naturaleza y el campo. Se levanta de madrugada para dar paseos á caballo al amanecer, y por las tardes anda algunos kilómetros para ir á observar desde una altura los espléndidos cambiantes de una hermosa puesta de sol.

¿Te parece que quien á los veintidós años tiene estos hábitos y estos gustos se conformará nunca con el prosaico automatismo de nuestra Avenida, ó con el insípido y artificial isocronismo de nuestros movimientos modernos? Esta mujer, que adora la música y sólo tiene de ella los gorjeos alados en las ramas de la quinta, que vive, por decirlo así, en una contemplación extática de la Naturaleza lozana, no cambiaría nunca de buen grado este murmurador y tranquilo ambiente por el grosero convulsivo respirar de una ciudad. Nunca.

¿Y yo? ¿Puedo acaso tener alguna seguridad de sentirme eternamente felíz en ese hermoso y verde destierro?

Hoy, llegar al *Juncal* es sentir luego como que revivo; descubrir una polvareda de luz dorada en que envolver al mundo. Me interesan magnéticamente los caprichosos castillos de copos blancos que encuentro en el cielo opalino; los efectos de claro-obscuro esparcidos en el paisaje; la bíblica existencia de los animales y de las plantas; la gallina escoltando su mimosa familia mal emplumada todavía; la parra con sus colmados pámpanos y sus ópimos racimos; el murmu-

rio de la azeña, estético documento de la antigua y hermosa sencillez del trabajo.

Todo, todo esto me arrebata allí, me seduce, me embriaga y me torna mejor. Se me van entonces los días en un adormecimiento delicioso, en que llego á perder hasta la misma noción del tiempo. Me parece la vida un perenne gozo sin maldad; el mundo un paraíso ideal donde la mano de un Dios munificente lanzó otra vez al hombre en la primitiva ignorancia del vicio y de las ruines pasiones. ¡Es delicioso!

Siento que vivo mil veces más cuando estoy aquí.

Si, arrancándome de pronto á semejante éxtasis, me vuelvo á Lisboa, soy como el condenado inocente cruelmente lanzado al cumplimiento de una pena que no mereció.

Daría todo por estar mi vida entera en el *Juncal*, si sintiese siempre allí lo que ahora siento. Pero, ¿y el reverso, el maldito reverso de esta luminosa medalla que Lucifer me deja entrever, mofándose con una sonrisa de escarnio?

¿Quién me garantiza que esta embriaguez de mi espíritu podrá mantenerse á través de los tiempos? ¿Quién me asegura que la estancia, hoy fascinadora, no se tornaría en breve la más detestada de las prisiones, el más irritante é irremediable de los tormentos, cuando todas las circunstancias ambientes, y hasta la vulgaridad de la suegra ignarisíma, me irritasen atrozmente los nervios, excitados con el recuerdo de otras atmósferas menos puras pero mucho más intelectuales, donde incesantemente se estudia, se cambian ideas, se progresa, donde se discuten escuelas, pasadas ó por venir, donde se sostienen las grandes luchas de la inteligencia, de cuyo embate irrumpe, triunfante emblema, la rutilante aureola de mucha gloria literaria?

Esto — te lo digo cual lo siento — me quita toda espontaneidad en el amor que á espacios me fascina con el arrobador encanto de un idilio raro, pero que recelo ver algún día convertido en el más cruel y opresivo de los grilletes.

Llegado el momento fatal, ¿había de abandonar á mi mu-

jer é ir con su dinero á comenzar lejos otra vida que cada vez nos distanciaría más, prófugo yo siempre del pacífico hogar que ella generosamente me ofreció?

Además, ya tengo veinticuatro años. Para adquirir nombre en las letras, sobre todo con un nombre indiferente como el nuestro, es preciso comenzar pronto: estudiar, combatir, atreverse, no reparar en obstáculos.

Si me entierro en el *Juncal*, aunque lo haga sólo por temporadas, rompo, tal vez sin vuelta posible, el hilo de entusiasmo que ahora me sujeta á esta soberbia quimera llamada *Gloria literaria*.

Estoy, como ves, en un momento terrible y peligroso de mi vida. Atraído por sugestiones opuestas, me agito sin que ninguna de ellas venga y anule la contraria.

Llegado ha poco del *Juncal* parece como que me cercan todavía los puros efluvios de aquel ambiente, su dulzura, tanto más embriagadora cuanto más lejana. De aquí, á ratos, vencido por ignoto poder, veo encenderse en la imaginación la antorcha que á veces he creído sorprender en la mirada de Genoveva, inefable promesa de ternura.

A las peligrosas fascinaciones de este ensueño, sucede alternativamente la atracción del abismo literario, de la libre bohemia que ha sido el vivir fecundante de tanto escritor de raza. Entonces me viene un fuerte escalofrío, al pensar en el *Juncal*; pesa sobre mí una gran tristeza opresora y obscura como de altanero pajarraco á quien hubiesen cortado las alas, dándole regalado alimento para la vida inerte, pero dejándole sin plumas.

La conjetura es, como verás, melindrosa. Me hace falta un consejo lúcido y amigo. Valme tú. Hay un agudísimo dejo amargo en mi situación presente. Juzga tú en frío y dame alguna luz.

Prometí á la vieja D.ª Feliciana volver al *Juncal* á principios de Diciembre. Me inclino á faltar.

Si efectivamente gustase á la muchacha, haría mal en

aparecer por allá, sin estar todavía decidido á soportar los inconvenientes que tiene mi pobreza chocando con la riqueza de ella, y con la aterradora perspectiva del holocausto de mi libertad de bohemio.

Volver allá sin haber consultado apenas con la razón, tiene su peligro. Aquella atmósfera es traidora; produce sensaciones que enervan y tentaciones que enloquecen. Pierdo la agudeza psicológica, convirtiéndome en un pobre mozalbete simplón con repugnancia para la vida retirada de los grandes centros de lucha. El purísimo arroyo aldeano corre con dulce tonada, soporífera, arrulladora. Entonces es cuando pierde este grandioso Tajo su caracter imponente y se queda siendo á los ojos de mi imaginación el gran canal por donde van al mar las repugnantes inmundicias de una ciudad de podredumbre.....

¿Crees posible que de semejantes incompatibilidades venga á salir victorioso..... y feliz?

Yo ya no lo creo. Pesa sobre mí una desanimación abrumadora.

Tuyo,

HUGO.

CAÏEL.

(Continuará).

POETAS AMERICANOS

SONETO

Santidad y bondades aparenta,
Aunque estés en el cieno de la vida,
Y miente á cada instante sin medida
Y en tu pecho los vicios alimenta.

De tus faltas innúmeras la cuenta
Ante los pies del confesor olvida,
Y comulga devoto, y enseguida
Zahiere á la impiedad que el orbe ostenta.

Haz de modo que algunos en el templo
De que eres rezador dén testimonios
Para que tu virtud saquen de ejemplo.

De esta suerte, al morir, desesperado
Entregarás el alma á los demonios
Y en la tierra serás canonizado.

MANUEL A. HURTADO.
(Chileno)

HOMENAJE

(A la Sra. Teresa Alvarez Calderón de Candamo.)

Enmedio del desierto de la vida
sólo un oasis veo
que al caminante brinda su frescura:
el hogar, la mansión del sentimiento.
Las olas que se alzan iracundas
con destructor estrépito,
se detienen ante él, como en la playa
henchida de quietud y de silencio.
A través de las nubes irisadas
de colores de ensueño,
baja sobre él un rayo desprendido
de la fulgente claridad del cielo.
Una bandada de palomos blancos
—los corazones buenos—
vuelan á él entre el susurro amigo
que al batir de sus alas hace el viento.
¡Feliz, señora, quien rodeada vive
de angelical trofeo
formado todo por sus hijos, dulces,
como son la esperanza y el recuerdo!
¡Feliz quien junto á ella ve al esposo
que á su nativo suelo
abrirá un día, que sabrá la historia,
regiones vastas y horizontes nuevos!

José Augusto de Izcue.
(Peruano.)

CHINA Y EUROPA

Es la cuestión palpitante, el asunto del día, la intervención europea en China, en ese Imperio desconocido en absoluto hasta ayer, y del que hoy tenemos ligerísimas noticias.

Supónese generalmente que se trata de un país desquiciado y muerto, donde bastará tan solo la presencia de un ejército europeo de cincuenta á sesenta mil hombres, de doscientos mil en caso extraordinario, para reducirle á la categoría de una simple colonia de las naciones coaligadas; pero se prescinde al hacer tal cálculo de lo que ese país representa en el mundo, donde nada nace ni perdura sin que exista una razón inflexible que lo ocasione. Que así como los seres no vienen á la vida sin el ayuntamiento de sus progenitores, los pueblos tampoco surgen á la existencia sino mediante la combinación de razones históricas, étnicas y geográficas, tan lógicas é invariables como las leyes de la Naturaleza misma. Y que así como no se borra de la existencia una familia cuyas ramificaciones, desde la más poderosa á la más humilde, se enlazan hasta el infinito con el resto de los vivientes, mucho menos es posible borrar del mundo una civilización ni una raza.

El Imperio chino es el más poderoso y poblado del Oriente, y el más antiguo del mundo. Las naciones más importantes de Europa, no ya las existentes, sino aun las desaparecidas, no son más que *niños de un día* comparadas con él: su

extensión superficial es inmensamente mayor que la de aquella, pues en tanto que Europa mide *nueve millones quinientos sesenta y dos mil* kilómetros cuadrados, China tiene *trece millones novecientos cincuenta mil* kilómetros; y en cuanto á habitantes, si la primera presenta *doscientos sesenta y siete millones* divididos por diferencias de raza, de religión, de nacionalidad y de costumbres, ella ofrece en un solo haz un contingente de *cuatrocientos millones* de hombres, ligados por un común idioma, una misma religión é idénticas leyes. Adormecidos en su bienandanza, en su oriental perezoso aislamiento, jamás han influído en la vida universal, como ha ocurrido con pueblos que le son muy inferiores, tales como el tártaro, primero cuando Jengis Kan y con Tamerlan más tarde; pero no obstante, es peligroso despertar á ese hormiguero humano que sólo por la influencia del número es capaz de cubrir literalmente el suelo de toda Europa. ¡Que lleguen á asimilarse la cultura de ésta en materia de guerra, como ha ocurrido con el Japón! Hoy, es indudable que las luchas humanas obedecen á un verdadero cálculo, pero también es exacto que ante los legionarios romanos parecía, en su época de grandeza, imposible que pudieran oponerse los atrasadísimos pueblos del Norte del Asia, y sin embargo, de allí surgieron los bárbaros que inundaron y transformaron el mundo.

Las ventajas y los inconvenientes de la civilización china proceden de su gran filósofo *Kong-Fu-Tseu,* que impregnó, por decirlo así, al país el carácter especialísimo que le distingue y que no puede ser juzgado con el criterio de Occidente, dadas las diferencias radicales que separan al Asia de la Europa. Infinidad de adelantos que en ésta se han adquirido después de siglos de estudio y de experiencia, eran conocidos en China desde la más remota antigüedad. La circulación de la sangre, la inoculación variolosa, los pozos artesianos, la pólvora y la artillería, eran cosas allí olvidadas de puro sabidas, cuando en Europa constituían una verdadera actualidad: y en tanto que los siervos de la gleba regaban con su sudor la tierra é

imperaba el régimen feudal, China florecía en las artes y en la literatura, y gozaba de verdaderas libertades, constituyendo esa poderosa nacionalidad, que aún asombra por la inmensidad de su territorio y la multiplicidad de sus habitantes.

La religión del Estado es la de Confucio, amalgamada con la de Budha, y existe la tolerancia de cultos. Confucio, nombre europeo con que se designa al filósofo *Kong-Fu-Tseu,* que antes hemos nombrado, descendía de una raza de legisladores y de reyes, y nació cuatrocientos setenta y nueve años antes de la Era de Cristo: dedicado desde su juventud al estudio de las ciencias morales y políticas, concibió no sólo el proyecto de reformar las costumbres, sino, además, de ligar, por medio de una religión común, los diversos Estados que hoy constituyen el inmenso Celeste imperio. Fue no solamente un reformador en materia religiosa, sino además y muy principalmente un consumado político, proviniendo de él la unidad de su patria. Natural del reino de Loo, una de las antiguas pequeñas monarquías, fue nombrado primer ministro, viendo al poco tiempo, merced á su propaganda, variar por completo el estado moral del país, y llegando á tal su influencia, como que se ha perpetuado en los tiempos su sucesión, siendo sus descendientes los únicos poseedores en China de la calidad de *nobles hereditarios*. Cargado de años y de gloria murió á los setenta y tres de su nacimiento, produciendo, como todos los genios, una obra inmortal: la perpetuidad de su raza en el mundo. Y sus obras, estimadas desde su época como los libros sagrados de la China, son verdaderos monumentos de filosofía práctica, siendo las siguientes: *Khu-king* ó Libro por excelencia; *Shun Cien* ó historia del reino de Loo; *Hiao King,* diálogo sobre la piedad filial; *Tá-Hio,* la gran ciencia; *Choug-Kong,* el medio invariable.

II

Pero, á pesar de su grandeza, *Kong-Fu-Tseu* sumió á China en el quietismo estacionario, que constituye una verdadera calamidad nacional. Legislador más que profeta, no supo, como los grandes reformadores, tales como Moisés, Mahoma ó Lutero, elevar el pensamiento del hombre hasta Dios: habló del Sér Supremo tan vagamente, se ocupó tan poco de la vida *ultraterrestre,* que de sus palabras pudieron deducir sus discípulos el *panteismo* y hasta el *ateismo,* conduciéndolos directamente á esa indiferencia característica que aceptó la religión oficial, sin culto, sin imágenes ni sacerdocio.

Miró la religión bajo el prisma de la razón pura y amarga, y no del corazón: de ahí que en sus teorías no haya ni el más insignificante átomo de entusiasmo. El gran motor de las acciones humanas es el sentimiento, y éste fue para él letra muerta. Dios es la suprema inteligencia, pero no el supremo amo. Lo que ha hecho inmortal la religión del Crucificado, la benevolencia universal, la unión del hombre con el hombre, pasó desapercibido para su filosofía. La eterna equidad, la sublime justicia, la síntesis de la razón, ese es su concepto del Hacedor. Concibió la unidad y solidaridad humanas, y tuvo cierto conocimiento de la fraternidad universal; pero los principios de su moral y de su teogonía derivan exclusivamente del cerebro. De ahí que su religión se haya limitado á la raza para quien fue creada, y no haya extendido su irradiación sublime, como la de Cristo, á todos los ámbitos del universo mundo: de ahí que no haya engendrado un héroe, ni dado vida á un mártir.

Toda su moral se basa en la obediencia, y tiene como único objetivo la vida terrestre: incapaz de dejarse sugestionar por ninguna ficción ni de procurar inculcarla, no recurrió jamás á los misterios ni á los milagros. El fundamento de su filo-

sofía fue la *sumisión filial:* respeto al padre, que nos ha dado la existencia; obediencia al Emperador, que es imagen de Dios. Ni engañador ni engañado, redujo su doctrina al ejercicio de cinco virtudes capitales: la humanidad, es decir, el amor hacia los semejantes; la justicia, que da á cada cual lo suyo; el respeto á las leyes emanadas del poder supremo, que había de dar como resultado la inmensa unidad nacional con que soñara; la rectitud de corazón, que induce á buscar lo verdadero, y la sinceridad, que facilita las relaciones humanas y aproxima unos á otros á los hombres. Estas fueron las bases de todo su edificio político-religioso.

Con un sistema semejante, ha podido crearse un pueblo grande, inmenso, pero no un *gran pueblo.* Reducido á la vida práctica, á lo que se ve y se toca, á pesar de la influencia moral de las teorías de Confucio, ha tenido que recurrir á las de Budha para dar pasto á su imaginación, para llenar la necesidad invencible en el hombre de profundizar en la vida de *ultratumba*; pero ha hallado siempre la barrera infranqueable de las creencias del maestro. Le ha pasado en religión, lo que le ha ocurrido en bellas artes: á pesar de conocer los colores y el dibujo, su habilidad se ha reducido á seguir servilmente á la Naturaleza, reproduciendo los objetos con minuciosidad escrupulosa, pero sin saberles imprimir el hálito sublime de la vida y del movimiento, ó lo que es igual, que se trata de un pueblo desprovisto en absoluto de sentimiento artístico. De la misma suerte, desconoce en esencia el sublime concepto de Dios, que aparece á su inteligencia como un simple esbozo, como idea apenas entrevista.

Todas las religiones positivas donde el concepto de la divinidad ha llenado su espíritu, han producido grandes hombres, nobles prototipos de la humanidad. Desde los héroes caldeos y judáicos, hasta los mahometanos y los del Cristianismo, el soplo que los ha movido ha venido de arriba, de lo alto. En las mismas teogonías paganas, tan pobres y defectuosas en las concepciones de lo que á Dios respecta, como que ni

aun llegaron á alcanzar su concepto único, se produjo el fenómeno, puesto que dichas religiones se ocupaban principalmente de la vida del es píritu; pero en la China, donde la religión es más bien que el alimento del alma el Código fundamental del Estado, su rastrero soplo ha producido el aislamiento perpetuo, y la paralización del adelanto progresivo. Puede decirse que las teorías de Confucio han servido de jalones á la inmensa muralla, que ha separado á esa nación, durante siglos, del resto de los vivientes.

III

Pero esto no obsta á las dificultades que ha de hallar Europa para consumar la empresa que ha intentado; no es fácil borrar de la tierra un pueblo que tiene infinitos siglos de existencia sobre el más antiguo del mundo, que cuenta con tan inmenso contingente de hombres, y posee una cultura, si bien inferior y completamente distinta de la europea, no por eso menos importante. Las conquistas de Alejandro en la India fueron la supremacía de una civilización pujante sobre otra que agonizaba ya; pero aquí no ocurre lo mismo. No es el desbordamiento de una raza prepotente el impulsor de Europa en esta ocasión: es la necesidad de explotación que el mundo siente, el anhelo de riquezas que á todos nos aqueja para satisfacer apetitos desordenados, y el deseo de emplear la fuerza acumulada por los países occidentales durante todo el siglo próximo á fenecer, mediante el miedo que unos á otros se han venido inspirando. Y en la solución del problema han de influir tanto por una parte la resistencia que los chinos puedan presentar, como, y muy principalmente, por la otra, las contiendas que indispensablemente han de surgir entre los conquistadores, cuando del reparto del botín se trate.

Esas luchas en comandita nunca han producido resultado. Ningún sentimiento más puro que el que guió á los Cruzados

á la conquista del Santo Sepulcro, dado el nivel moral de la Edad Media, y sin embargo, la empresa se deshizo como ligera pompa de jabón que lleva el viento. Después de una Monarquía efímera abarcando un lapso de tiempo de doscientos setenta años, el Santo Sepulcro volvió á caer en poder de los mahometanos, quienes aún lo conservan; y eso á pesar de que los móviles de la empresa, como hemos dicho, no pudieron ser más altos, como no pueden ser más egoistas los actuales, en la conquista del Celeste Imperio; y es que las rivalidades de los conquistadores, desunidos por diferencias de raza é intereses, tienen que dar su funesto resultado. Y sobre todo, porque las empresas que no tienen una cierta y fundamental razón de ser en la Historia; porque el hecho de la conquista por la conquista misma no prospera, siendo indispensable para que se consolide, el que venga á satisfacer una verdadera necesidad biológica en la existencia de la humanidad, como sucedió con la irrupción de los bárbaros en Europa, que trajeron en sus venas sangre fresca y roja que mezclar á la empobrecida del imperio romano, ó la conquista de América por los españoles, que redimió de la ignorancia y de la barbarie á todo un mundo.

FRANCISCO PENICHE DE LUGO.

LA LITERATURA MODERNA EN FRANCIA

EL ROMANTICISMO

Segundo período.—La Historia.—Los románticos puros.—Apologistas é impugnadores de la Revolución: Thierry, Michelet.

Antes de llegar á la novela, se presenta lógicamente una forma, poderosamente influída por el romanticismo, que tiene con la novela estrechas afinidades, en cuanto género épico, y que si bien se funda en los altos progresos de ciertas ramas de la ciencia, y en el conjunto de los adelantos humanos y de la dirección civilizadora, pertenece por otro concepto á los dominios del Arte. A la Historia me refiero.

Al hablar de los historiadores, no me coloco á tanta distancia como parece, de los novelistas. Lejos de mí la idea de repetir la célebre humorada de Alejandro Dumas padre, cuando decía de Lamartine, refiriéndose á *Los Girondinos*: «Lamartine ha elevado la Historia á la altura de la novela.» Lo que pretendo significar es que Historia y novela son dos formas épicas, si bien en la novela puede ser elemento integrante el lirismo, y en la Historia la pasión y el sentimiento del historiógrafo lirismo igualmente. Por otra parte, una de las grandes direcciones de la Historia, en nuestro siglo y en Francia, procede directamente de la novela; la otra dirección

principal se deriva de los sacudimientos, alteraciones, guerras y conquistas de las épocas revolucionaria é imperial, que despertaron á los pueblos, infundiéndoles la conciencia de la nacionalidad, y suscitaron partidarios de la sociedad nueva, que la defendieron en obras históricas.

Aunque la Historia se nutre del jugo de la Ciencia, por su forma pertenece al Arte. Los insignes historiadores de la antigüedad, propuestos como modelos á las generaciones, no fueron ciertamente, si exceptuamos á Polibio y á Tácito, pensadores muy profundos y todavía menos eruditos abrumados bajo el peso de la investigación; pero fueron, artistas: estilistas consumados, como Herodoto; lapidarios de la frase, como Tácito; retratistas de mano maestra, como Plutarco. Entre las crónicas de la Edad Media, las que han conseguido sacudir el polvo de los archivos y reaparecer llenas de vida y frescura, son las que, obra de un poeta como Froissart, tienen el atractivo y el encanto de un entretenido libro de caballerías y aventuras. No bastan, sin embargo, á la Historia las galas de la ficción: necesita descansar en el sólido cimiento de la verdad documentalmente probada. Así lo enseña Taine: «La Historia—dice—es, sin duda, un arte; pero es también una ciencia: pide al escritor la inspiración, pero también la reflexión; tiene por artífice á la creadora fantasía, y por instrumento la prudente crítica y la generalización circunspecta; sus cuadros deben ser tan vivos como los de la poesía; su estilo tan ajustado, sus divisiones tan marcadas, sus leyes tan demostradas, sus inducciones tan rigurosas, como las de la Historia Natural.» Y Menéndez y Pelayo, al considerar *la Historia como obra artística,* entiende que debe producir, aunque *por sus propios medios,* efectos semejantes á los que producen el drama y la novela.

Cuando se considera que el historiador necesita reunir las condiciones del sabio y del artista, y reunirlas en grado eminente; cuando se piensa que no le basta la inspiración del vate, la animación y colorido del novelista y la sentenciosa

profundidad del filósofo, sino que, con largas vigilias é ímproba labor, tiene que captar tantas ciencias auxiliares, ramificaciones de la Historia en su acepción rigurosa—la sociología, el derecho, la cronología, la arqueología, la etnología, la lingüística, la numismática, la epigrafía,—y que todos estos conocimientos y otros innumerables, ocultos y disimulados, por decirlo así, han de infundir tono y vigor al cuerpo de la obra histórica, corriendo secretamente por sus venas;—cuando se considera, repito, lo que el historiador ha de ser para realizar esa ideal conjunción del arte y de la ciencia, comprendemos que es alta gloria de nuestro siglo haber presenciado el renacimiento y florecimiento de los estudios históricos, y ser llamado por antonomasia *el siglo de la Historia.*

En esta gloria le cabe á Francia parte muy considerable. No en vano fue el territorio francés escenario donde se desarrolló el más tremendo y conmovedor drama histórico, y donde se forjó la más inaudita epopeya, sólo comparable á las de las edades heroicas del mundo. Lo que en ellas produjo un Homero, ó al menos una personificación que la leyenda llamó Homero, en la nuestra hizo surgir una legión de homérida, armados de punta en blanco con las armas de la erudición y del análisis.

Desde los últimos años de la Revolución, advirtióse en Francia la tendencia de la juventud hacia los estudios históricos; hacia lo que podemos llamar contemplación del pasado. Empezaron á aparecer historiógrafos que se apartaban igualmente de la superficialidad de Voltaire y de la aridez y sequedad de los Benedictinos de San Mauro y los miembros de la Academia de Inscripciones. Entre estos heraldos de la historia nueva se cuenta el ginebrino Sismonde de Sismondi, conocido en España por su estudio sobre las literaturas meridionales, economista y celoso propagandista de las doctrinas de Adán Smith, amigo leal de Mad. de Staël, espíritu optimista, prendado de las ideas progresivas, y bueno con esa bondad seria y sencilla de los suizos, cuyas almas parece sanear el aire puro

de las montañas y el claro cristal de los lagos. Por desgracia, una cosa es la bondad del alma y otra la del estilo, y el de Sismondi pecaba de incorrecto y lo afeaban modismos ginebrinos y construcciones que el francés castizo rechaza. Nótase también en Sismondi, sobre todo en su *Historia de las Repúblicas italianas,* una levadura de hostilidad sistemática contra el catolicismo y el Papado, que suele atribuirse á resabios de la vieja sangre gibelina que llevaba en las venas—la familia de Sismondi era oriunda de Italia y refugiada en Suiza.—El mérito de Sismondi consiste en ser el primero que se remontó hasta las fuentes y pensó en utilizar, para explicar los cambios y vicisitudes de los Estados, el conjunto de hechos del orden económico, legal y moral, que hoy se entiende por *sociología.* Al presente, los historiadores no prescinden de apreciar estos hechos, y Taine, en sus *Orígenes de la Francia contemporánea,* y Macaulay en su *Revolución inglesa,* y sobre todo el afamado Thorold Rogers, tal vez examinan con mayor cuidado las consecuencias históricas de un impuesto, que las de una batalla campal.

La otra dirección histórica moderna, que podemos llamar de inspiración poética, aparece con la *Historia de las Cruzadas,* de José Michaud. Este autor tuvo una fisonomía muy curiosa, y sus fluctuaciones políticas y sus amistades y odios literarios merecerían párrafo aparte. Como el espacio de que dispongo no lo permite, me contentaré con entresacar del primoroso estudio que le dedica Sainte Beuve, tres episodios de su vida. El primero es triste, y prueba hasta qué extremos puede arrastrar la excitación de las guerras de pluma. Empeñado en una polémica con José Chenier, Michaud no vaciló en sellarle la frente con la marca de Caín, acusándole de haber dejado guillotinar, pudiendo impedirlo, y movido de oculta envidia, á su hermano el gran poeta Andrés Chenier. La imputación de fratricidio cayó sobre la cabeza de José como una losa de plomo; le amargó la existencia, y le infamó ante la Historia. No menor malignidad desplegó Michaud en sus ata-

ques á Madama de Staël, á quien trató con injusticia feroz. La casualidad le hizo encontrársela en casa de una amiga de ambos, y el ingenio le enseñó á salir bien de tan embarazosa situación con estas frases: «Señora, aunque no soy un héroe de la Iliada, me ha pasado lo que á Diómedes: luchando entre las tinieblas, en la confusión de la batalla he herido á una diosa.»

El tercer rasgo interesante de la biografía de Michaud, es el origen de su idea de historiar las Cruzadas. Michaud era hombre sociable, discreto y culto, y por estas condiciones tenía que agradarle el trato de las damas. Al par que adversario de la Staël, fue amigo de otras escritoras de talento menos viril, á quienes podía aconsejar y proteger en cierto modo; entre éstas se contó la famosa iluminada y novelista rusa, Madama de Krüdener, y la no menos célebre novelista, Madama Cottin, popularísima entonces, hoy relegada al más profundo olvido. ¿No evoca el nombre de Madama Cottin ningún recuerdo en los que me leen? ¿Y ese recuerdo, no va unido á las impresiones de la cándida niñez? ¿Existe alguien que no haya visto en su propia casa ó en las humildes posadas y ventorros de los trasconejados pueblecillos, litografías que representan á un árabe guapo, caballero en fogoso corcel, y llevando al arzón á una mujer desfallecida y lánguida, envuelta en flotantes cendales blancos? El grupo romántico-sentimental de Malek-Adel y Matilde, en estampas, relojes de sobremesa y candelabros, hizo competencia á la tierna pareja criolla de Pablo y Virginia. Pues bien; la autora de *Matilde ó las Cruzadas,* no fue otra sino Madama Cottin. De esta mujer exaltada, que acabó suicidándose, de un pistoletazo en mitad del corazón, andaba prendado Michaud cuando se prestó á escribir el *Discurso preliminar* de *Matilde;* trabajo que hizo germinar en su mente el plan de otro más extenso, que llegó á ser la empresa más alta de su vida, y la que hoy nos obliga á recordar su nombre, el cual estaría no menos arrinconado que el de Madama Cottin, si sólo hubiese lucido

en polémicas periodísticas, en acerbas sátiras ó en narraciones de viajes más ó menos doctas. La *Historia de las Cruzadas* es, en su género, obra clásica, porque no se ha escrito todavía sobre el mismo asunto ninguna que con más gusto se pueda leer, ni con más provecho consultar; en el día sigue reimprimiéndose, y hay recientes ediciones ilustradas por Doré. Encariñado con su tarea, y sintiendo el influjo del renacimiento religioso, que de la poesía pasaba á la Historia, Michaud, aunque endeble de salud y ya en edad madura, no vaciló en realizar el viaje á Oriente, recorriendo los lugares donde se habían librado combates, asaltos, rotas y martirios de cristianos, rebuscando documentos, depurando noticias, y enriqueciendo la obra en nuevas ediciones, con copia de investigación. «Esta historia—dice un notable crítico, refiriéndose á la de Michaud—es sana y honrada, aunque nada ofrezca de superior su desempeño. Procede el autor de buena fe, buscando lo que considera más probable: es puntual, y bien informado; pero no sobrecoge, no arrebata; aspira á repartir la razón entre los que admiran la inspiración religiosa y mística de los cruzados, y los que reprueban sus depredaciones y su bandolerismo; en suma, es Michaud historiador recortado, frío y elegante, sin ese íntimo ardor que se comunica á los lectores.» ¡Lástima grande que el sugestivo asunto de las Cruzadas, que chorrea poesía, no hubiese caído en manos de un escritor, dotado al par que de conciencia y honor histórico, de instinto artístico; verbigracia, un Agustín Thierry!

He dicho que una de las dos grandes corrientes históricas que aparecieron bajo la restauración procedió de los acontecimientos, del cataclismo social de Francia y de las guerras europeas. Aunque la máxima tensión revolucionaria hubiese sido pasajera, como es todo lo violento, la labor transformadora del siglo XVIII era sobrado honda para que sus huellas se borrasen tan fácilmente. La restauración monárquica descansaba en terreno poco firme, que se disponían á minar en todos sentidos cientos de zapadores intelectuales, preparando

otra restauración liberal, con un espíritu posibilista que no habían conocido los energúmenos del 93. Quien primero escarbó la mal apagada ceniza, fue Madama de Staël, desde la tumba, porque las *Consideraciones sobre los principales sucesos de la Revolución francesa* son obra póstuma. El efecto era seguro. La autora narraba sucesos que había presenciado, que la afectaban directamente; y su voz, ahuecada por las graves resonancias de la bóveda sepulcral, adquiría nuevo prestigio sobre el que ya debía á la larga persecución sufrida bajo el Imperio, á la autoridad de testigo ocular, y á una noble actitud tan adversa al despotismo como á los bárbaros excesos de la demagogia. Así y todo, las *Consideraciones* de Madama de Staël no están dentro de la Historia propiamente dicha, ni aun en la intención de su autora, que al poner mano en ellas sólo aspiraba á vindicar la memoria de su padre, el ministro Necker. Fue aquel libro tal vez el primero en que se presentó, á título de ideal para los pueblos latinos, la Constitución inglesa, pensamiento que, como otros muchos de la Staël, hallábase dotado de singular vitalidad y fuerza difusiva, como que aún asoma periódicamente en las discusiones políticas y las teorías de los anglófilos españoles. A pesar de haber sido escritas las *Consideraciones* cuando ya la robusta organización de Madama de Staël estaba quebrantada por los padecimientos, contienen trozos primorosos y ofrecen aquel grato sabor de madurez y seriedad que tan dulces frutos otoñales prometía en la excelsa escritora. Incompleto y todo, el libro fue una vindicación del nuevo régimen y un golpe fatal para la escuela reaccionaria; puso nervioso al conde de Maistre, que escribía á Bonald: «Los libros de la Staël me impacientan siempre, pero sobre todos este último. Esa mujer tiene el talento del mal; concentra, sublima y dora los errores de la Revolución.» No menos amostazado, Bonald emprendió la tarea de refutar las *Consideraciones,* tratándolas de *novela casera,* fundada en los afectos domésticos, y exclamando con afectación de desdén: «*Consideraciones* se titula el libro, lo mismo

que si Madama de Staël pudiese considerar cosa alguna.»

Había tratado la Staël su asunto como el testigo apasionado en quien vibra el recuerdo y la apología nace de la sensibilidad; los que van á continuar su obra son hijos de otra generación, y viendo desde cierta distancia la época que estudian, podrán tener, ya que no la imparcialidad, por lo menos la sangre fría y el reposo del verdadero historiador. A la cabeza de los secuaces de Mad. Staël hay que colocar el nombre conocido, casi familiar, de Thiers el pacificador; uno de esos nombres que, sin ser en rigor geniales, son, en momentos dados, universales. Los dos lustros que transcurren entre las *Consideraciones*, de la Staël, y la *Historia de la Revolución*, de Thiers, bastan para que en vez de la parte interesada hable el juez, no tan recto como pretende ser, pero al fin sereno.

Thiers llegó de Marsella á París, ávido de salir de los limbos de la obscuridad y la pobreza. Este episodio del mozo provinciano que busca en la gran capital el foco de luz y el pedestal de la fama, es muy frecuente en los anales de las letras, sólo que generalmente el primerizo suele traerse bajo el brazo un cuaderno de renglones desiguales, y Thiers se traía un amazacotado legajo de estudios históricos y políticos. A los veinticinco años de edad, fecha en que Thiers comenzó á publicar su *Historia de la Revolución*, era un abogaducho verboso, de exigua estatura y pronunciado acento meridional, provisto ya de sus eternas gafas, feillo, y rebosando inteligencia, que de todo hablaba, de todo entendía y se enjaretaba en todas partes, mostrando la petulancia del niño y del marsellés, antes que la timidez y reserva del sabio. Jamás, en efecto, pecó Thiers de modesto ni de encogido, y se le aplicó con notoria exactitud lo que observó Catón de los galos del Mediodía, locuaces y entendidos en asuntos de la milicia. El hombre que había de alejar de su patria el azote de la guerra, mostró desde el primer momento especial predilección hacia el militarismo, al cual otorgó en su *Historia* lugar preferente: dedi-

cóse, con el ímpetu y vivacidad de su temperamento, á estudiar la estrategia y la táctica; coleccionó mapas y planos, se hizo alumno de Foy y del historiador militar Barón de Jomini. Visitó fortificaciones y maestranzas, y dió nueva vida al de sueño de Napoleón, un perpetuo estado de lucha y conquista. Para narrar los sucesos del período revolucionario, frecuentó el trato de los muchos que sobrevivían y recordando la época del Terror, de la cual maldecían ó hablaban con espanto; y, sin arredrarse, pisando cenizas y sintiendo estremecerse el suelo, exploró por vez primera la horrenda Montaña de la Convención, cercada de nubes y rayos como un Sinaí, y se consagró á explicar y cohonestar todo lo que de ella había descendido, demostrando por el procedimiento fatalista, entonces nuevo y hoy carcomido á fuerza de uso, que estaba escrito, y estando escrito tenía que realizarse. Antes de que los historiase Thiers, los terroristas daban grima; eran á manera de monstruos ó reptiles; Thiers, sin canonizarles, les restableció dentro de la humanidad, rehabilitándoles como á instrumentos de una catástrofe necesaria, que podían decir de sí mismos lo que Atila, el azote de Dios: «Yo camino, y siento que alguien me empuja.»

La *Historia de la Revolución*, emprendida y realizada á los veinticinco años, es un caso de precocidad más sorprendente que el de Víctor Hugo publicando á los diecinueve las *Odas* y *Han de Islandia*. La inspiración es amiga de la juventud; el trabajo reflexivo pertenece á la madurez. Pero Thiers, á pesar de su petulancia juvenil, nació maduro, como nació clásico. Nadie más adverso que Thiers al romanticismo; la ardiente ráfaga de mistral literario no logró calentarle los cascos; de los poetas melenudos decía que eran la nota ridícula de la literatura, y el espíritu católico y monárquico á la sazón dominante en el romanticismo, le inspiraba cuchufletas desdeñosas al que se había propuesto demostrar que la Revolución fue una sangría bien recetada, que la República era posible en Francia, que no siempre representaría el terror y la doble

guerra civil y de la frontera, sino que, andando el tiempo, llegaría á constituir una solución práctica y estable. Fuerza es reconocer que en esta parte los acontecimientos le han dado la razón á Thiers.

No sólo disentía Thiers de los románticos en el ideal político, sino en el estético, cuando proclamaba, en un artículo inserto en el periódico *El Globo*, que no hay más poesía verdadera que la realidad. Naturaleza de vuelo bajo y esencialmente prosaica la de Thiers, por fuerza tenía que desconocer el valor y la fecundidad del romanticismo, y esta limitación de sus facultades le impidió contarse en el número de los historiadores artistas, que son de raza poética y zahoríes y traslucen el venero de oro bajo la costra de la dura tierra. A estos pertenece la victoria definitiva, pero en el porvenir; pues la ventaja inmediata es de los que, como Thiers, reunen la habilidad polémica al sentido de lo concreto y positivo, de lo que en determinado momento interesa á sus compatriotas y á mucha gente de toda nación. Volveremos á encontrar á Thiers escribiendo la *Historia del Consulado y del Imperio,* jefe del Estado, enfrenando la anarquía; y siempre se nos presentará inalterable, fatalista de la actividad, vindicador de la Revolución pasada, custodio del orden presente y teórico de la República posible.

Aunque sólo sea de paso, hay que dedicar algunas líneas á Francisco Mignet, amigo, compañero y émulo de Thiers, que por extraña similitud de destinos vino á París en su compañía, habitó la misma angustiada y fementida casa de huéspedes, y mantuvo con él relación y afecto inalterables, á pesar de que también escribió otra *Historia de la Revolución,* y, por consecuencia, se expuso á las asechanzas de odiosas comparaciones y rivalidades forzosas. Es Mignet, además, un historiógrafo que tiene derecho al reconocimiento de los españoles, que le deben los interesantes episodios titulados *Antonio Pérez y Felipe II, Carlos V, su abdicación, estancia y muerte en el monasterio de Yuste* y *Rivalidad de Carlos V y*

Francisco I. Para estos trabajos de asunto español utilizó Mignet documentos, algunos enteramente inéditos, del tesoro de nuestro Archivo de Simancas. Mignet fue uno de los indagadores que más contribuyeron á desvanecer la extraña leyenda de los funerales de Carlos V, celebrados en vida y ante sus ojos. Pero en la época que abarca la presente lección, todavía Mignet no explotaba, á competencia con los Gachard y los Merimée, la rica veta histórica española: cooperaba á la obra de rehabilitación del período revolucionario, depositando su sillar en el edificio cimentado por la Staël y levantado por Thiers. Este analizó aquella época formidable, y Mignet la sintetizó, juzgándola entrambos á la luz de la necesidad, como si los siglos fuesen un producto natural y las virtudes y los crímenes naciesen en el alma á guisa de yerbas en el prado.

Nótese que la Revolución tuvo propicio al numen de la Historia. Los historiadores políticos que aparecen con la Restauración, son apologistas y vindicadores de la Asamblea legislativa, de la Convención y del Terror. La razón de esta singularidad no se adivina; la Historia podía ser arma temible y destructora en manos del partido monárquico y católico; mas éste no produjo historiadores. La anomalía es tánto más sorprendente, cuanto que la Restauración sumaba la flor y nata de los ingenios; los escritores de mayor nombradía eran ó habían sido del bando de las blancas lises. La escuela poseyó un brillante apologista del cristianismo en Chateaubriand, un profeta en De Maistre, y en Bonald un teórico y un dialéctico; mas no apareció el hombre de poderosas facultades que supiese disecar y pulverizar la Revolución por procedimientos esencialmente históricos: el destino tenía decretado que al fin se hundiese el antiguo régimen, y cooperase á su pérdida el tribunal supremo de la Historia. La única voz que se alzó para hacer simpática la causa de la Monarquía fue la de una mujer, que no era juntamente, como Mad. de Staël, un literato ilustre; pero herida, lo mismo que Mad. de Staël, en sus afectos y en su corazón, testigo y actor igualmente de memorables sucesos,

su obra tenía orígenes líricos: era un grito de pasión y casi una plegaria. El libro á que me refiero es el titulado *Memorias de la Marquesa de Larochejaquelein,* que Barante se jactó de haber redactado, pero que únicamente corrigió y ordenó. Y acaso fue lástima, porque serían más atractivas tal cual salieron de la ingenua pluma de la dama que rechazaba el nombre de escritora, y sólo deseaba recordar el momento en que la tempestad histórica cruzó rugiendo sobre su cabeza, y la hizo postrarse, á la manera del árabe cuando sopla en el desierto la bocanada del terral.

Victoria Donnisan, nieta de la Duquesa de Civray, emparentada con lo mejor de Francia, pasó su niñez en Versalles y contempló el ocaso del esplendor monárquico, las últimas fiestas y las últimas pompas. Cierto día pudo ver cómo se llevaban preso á la Bastilla al Cardenal de Rohan, el del *Collar de la Reina,* y á fuer de chiquilla lloró desconsolada por el que acostumbraba regalarla confites, sin adivinar que la prisión de aquel Príncipe de la Iglesia y de la sangre era el primer chispazo del incendio que tantas lágrimas había de costarle en lo porvenir. Desde entonces, y convertida ya la niña en mujer, su vida se enlazó con la trágica vida de los Reyes; compartió las ilusiones de la fiesta de la Federación, presenció el delirante banquete de los Guardias de Corps y la degollina de los leales cuando las hordas invadieron el real sitio, así como la matanza del 10 de Agosto, cuya sangre la salpicó. Enamorada de su primo el Marqués de Lescure, su boda con él fue la primera que, según mandato expreso del Papa, se celebró secretamente por un cura no juramentado. Las emociones de su luna de miel más tuvieron de políticas que de amorosas: los jóvenes esposos sólo pensaban en la defensa del trono derrocado. Disfrazados, partieron hacia Poitou; su hado les impulsaba á aquel Bocage, la tierra de la insurrección, tan bien descrita en las *Memorias,* con sus impenetrables selvas, sus caminos hondos, pantanosos y estrechos, su aspecto agreste y feroz, su falta de carreteras y de ríos navegables, su gen-

te tenaz, creyente y ruda: tierra predestinada por la Naturaleza para la guerra de guerrillas, esa guerra singular en que el país pacta alianza con el hombre y combate por él. Asistimos en las *Memorias* á la fermentación que la prepara, y casi sentimos impulsos de exclamar, ante la descripción de agitaciones y tristezas en España tan conocidas, lo que en el drama de Zorrilla Gabriel de Espinosa:

«No sé por qué la memoria
De ese lance me enternece
Y me irrita: no parece
Sino que cuentan mi historia.»

Era la Marquesa mujer tímida y apocada, y cuando su marido y Enrique de Larochejaquelein, por sobrenombre el Intrépido, le dan la primera lección de equitación para habituarla á la vida de facciosa ó *brigande,* échase á llorar de puro miedo. ¡Quién dijera entonces que poco después la medrosa ha de verse empeñada en una vida de fatigas, aventuras y horribles peligros, siempre á caballo, siguiendo al ejército que se llamó «católico y real» por montes y breñas, encinta, sin punto de reposo, padeciendo hambre y desnudez, no oyendo más que el estampido de la fusilería y los gritos que excitan al combate el inextinguible arrojo de los vendeanos! Tan extraño le parecía esto, como debía de parecerle, al evocar sus años juveniles en la brillante y fastuosa corte de Versalles, verse disfrazada con los harapos de una aldeana, guardando ovejas, cubierta de miseria, tan derrotada, que le daban limosna; y presenciar como sus hijos, apenas vestidos de un pingajo, sucumbían por fin á las privaciones y al hambre. Y todavía estos males, con ser tantos, eran menores que el ver caer uno tras otros, segados por la muerte, los héroes de la causa á tanta costa defendida; su marido, el Marqués de Lescures, á quien apodaron los guerrilleros *el Santo del Poitou*, y el *Intrépido,* aquel Enrique de Larochejaquelein, Aquiles de la Ilíada realista. En las *Memorias* de la noble señora, quizás el mayor atractivo consiste en el contraste de un temperamento

muy femenino, tierno y débil, y una situación en que la sublimidad y el horror son constantes. Aunque la Marquesa protesta de que ella no es una amazona, de que no combate ni combatió nunca, de que su oficio se reduce á seguir á su esposo, cuidar á los heridos é interceder por los que van á ser fusilados, de continuo acuden á su pluma frases que indican la estrecha é involuntaria solidaridad con el ejército. «Lo que más sentimos fue que nos cogieron un cañón», escribe con espontaneidad, después de referir una jornada llena de sobresaltos y riesgos increíbles. Si era mérito del historiador de antaño haber actuado en los sucesos que narraba, sobra este mérito en las *Memorias* de la Marquesa de la Rochejaquelein. De su historia puede decirse que es historia más que *vivida, padecida*.

Se comprende la impresión que estas *Memorias* produjeron. Relataban una epopeya digna de eternizarse en tablas de bronce, y la pintoresca descripción de aquella lucha desesperada *pro aris et focis* era el argumento sentimental y lírico de una mujer contra otra mujer; la respuesta á Mad. de Staël, dada por una criatura sencilla, una cristiana humilde envuelta en los crespones del luto de sus amados muertos, arrodillada al pie de un altar, la encarnación más bella y pura del ideal católico monárquico.

Con la Staël, Thiers, Mignet y la Marquesa de Larochejaquelein, y dos ó tres obras más á que no podemos consagrar espacio,—por ejemplo, las *Memorias* de Madama Roland, las de Clery y el *Memorial* de Santa Elena,—se cierra la lista de los testigos de cargo y descargo en el empeñado litigio entre la Revolución y la Restauración. El matiz neutral, el propósito de conciliar el antiguo y el nuevo régimen, la libertad y el orden, lo representó el doctrinarismo de Guizot, el hombre de Estado del justo medio, de Luis Felipe y de la monarquía burguesa. Aun cuando la labor histórica de Guizot, de que son fruto muchos y muy doctos libros, merezca estimación y respeto, y hasta caluroso encomio por varios conceptos, y haya

ejercido influencia real y poderosa, siempre me ha parecido que tenía más de enseñanza de catedrático que de cuerpo de historia para servir de texto á las generaciones futuras. Las obras capitales de Guizot, *Historia de la civilización en Francia*, *Historia del Gobierno representativo*, *Ensayo sobre la historia de Francia*, *Historia de la revolución de Inglaterra y Curso de Historia moderna*, encierran copiosa doctrina, y traen la novedad de un método no sin razón equiparado al de las ciencias médicas y naturales, que empieza por considerar la Historia como un todo orgánico, y acaba por estudiar en sus funciones propias cada órgano, con la perseverancia sistemática que fue en Guizot un don de nacimiento.

La figura de Guizot historiador, se destaca con toda su masa imponente sobre el fondo de la cátedra de la Sorbona, donde enseñaba, en aquellos días de esplendor y florecimiento general, un triunvirato compuesto nada menos que de Villemain, Cousin y Guizot. Era la enseñanza de Guizot austera como su genio, impregnada de ese rigorismo estrecho y exclusivista propio de los hugonotes, que por tantos estilos se diferenciaron del espíritu nacional francés. El calvinismo prestaba sus tonos grises y su rigidez al plúmbeo estilo de Guizot, de quien decía Sainte Beuve que no tenía ni un instante de fatiga, ni un rasgo de frescura. Ese estilo siempre elevado, dogmático, que jamás sonríe, con pretensiones á la infalibilidad y á conocerlo todo desde el principio del mundo, trae aparejado el fastidio, y se comprende que un espíritu tan vivaz y alado como Heine, gratificase á Guizot con el calificativo de *elefante doctrinario*.

Guizot, que era un notable crítico literario, por lo cual tendremos que volver á hablar de él, no era un artista; su pluma tendía á enseñar é influir, y á pesar en la balanza de los destinos de su patria, como la espada del conquistador en los de Roma. Al través de la acción literaria, buscaba la acción política y social. La cátedra, el libro, fueron en sus manos instrumentos de precisión y construcción. Fundó una escuela,

el doctrinarismo, y un sistema de filosofía de la historia, que Sainte Beuve juzgó y atacó duramente. «Dudo mucho—escribe Sainte Beuve—que sea dado al hombre abarcar con tanta amplitud y certeza las causas y orígenes de su propia historia en lo pasado, siendo harto difícil entenderlas aun en lo presente, y no equivocarse á cada minuto. No puedo ver en este sistema de Guizot sino un método fácil y socorrido de liquidar las cuentas del pasado, de suplir lo que se ignora. Suprímanse todas las fuerzas que no produjeron efecto, aunque pudieron producirlo; declárense imposibles y caducas todas las causas vencidas; mándese á los hechos, sobre todo á los muy antiguos, alinearse en buen orden, y ya hemos salido del aprieto. Lo malo es cuando nos acercamos á lo contemporáneo: aquí las generalizaciones fallan y nos estorba lo presente, movible, cambiante, complejo y diverso. De mí sé decir —continúa Sainte Beuve, dando rienda suelta á la irritación del crítico, dotado de millares de ojos omnilaterales, como las moscas, ante las bambalinas históricas de Guizot—que después de leer alguna de esas lecciones tan decisivas é impávidas sobre la *Historia de la civilización*, me doy prisa á abrir un tomo de las *Memorias* de Retz, para restituirme á la realidad palpitante de la intriga y de la mascarada humana.» He extractado este juicio, porque es lo que yo diría, si supiese decirlo tan bien, sobre la escuela histórica que Guizot dejó fundada. Y aun la juzgaría con mayor acritud, si en vez de considerarla en sí misma, la viese al través de las numerosas imitaciones y *clichés* que ha producido, verbigracia las páginas soporíferas del *Espíritu del siglo*, de nuestro buen Martínez de la Rosa. Porque el doctrinarismo cundió en España, y tuvo ilustres prosélitos en el partido moderado.

Salgamos de esa galería de frescos descoloridos y secatones, y entremos como en una sala que encierra dos ó tres lienzos de los más jugosos y entonados, en la obra de Agustín Thierry, el maestro y el mago de la Historia. Entre los ilustres historiadores de aquel período tempestuoso y feroz, Agustín

Thierry es el único casi enteramente desinteresado: los demás traen ante todo un alegato político, una idea social; Thierry, en primer término, la vocación del artista. Por eso quizás es su obra la más vividera, la que resiste y desafía el paso de los años: lleva en sí la inmarcesible juventud del arte puro.

La biografía de Agustín Thierry cabe en dos renglones: una vida de estudio incesante; por amargo fruto de su labor, la ceguera en lo mejor de la edad: á los treinta años, por consuelo de la pérdida del más precioso sentido, de la eterna noche, el cariño de una mujer inteligente, que fue colaboradora asídua del infatigable obrero. Sólo hay en la vida de Agustín Thierry un momento romancesco interiormente: él nos lo ha referido en el prefacio de las *Reflexiones sobre la Historia de Francia*. Era Thierry un muchachillo que seguía sus estudios en el colegio de Blois, su ciudad natal, cuando acertó á caer en manos de los colegiales, ahítos de historia clásica, un ejemplar de *Los Mártires,* de Chateaubriand. Disputáronse el libro los muchachos, y Thierry lo consiguió un día de asueto; fingióse malo de un pie, y se encerró en casa con el poema, devorándolo. Cuando llegó al cántico de guerra de los francos, sintió algo como una descarga eléctrica—son sus propias palabras.—Saltó de su asiento, y recorriendo la sala agitado, hiriendo el suelo, repitió en alta voz la estrofa: «¡Faramundo, Faramundo! Hemos combatido con la espada; hemos lanzado la frámea de doble filo; el sudor chorreaba de la frente de los combatientes, y corría por sus brazos. Las águilas y los buitres chillaban de júbilo; el cuervo se bañaba en sangre, todo el Océano era una sola herida. Las vírgenes han llorado largo tiempo.» «Aquel momento de entusiasmo—añade Thierry—decidió mi vocación futura. Entonces no lo comprendí, pero ahora pago mi deuda al genio de Chateaubriand: por él, llegada la hora de elegir camino, me entregué á la Historia, y si hoy releo la página de *Los Mártires,* renacen mis emociones de aquel día.»

Bien se ve en este pasaje la procedencia de la Historia

como la creó Thierry; es la evolución de un género, es poesía transformada, poesía épica de la más legítima y hermosa. Lo que vió Thierry, enmedio de la emoción causada por la lectura de aquella estrofa en prosa de Chateaubriand, fueron las edades sombrías que su pluma debía sacar á luz: los normandos conquistadores en sus barcazas, y los sajones tenaces en resistir; los obscuros períodos de la dominación merovingia; la mezcla y antagonismo de razas; los francos, los galos y los galo-romanos; la llorosa figura de la reina Galsuinda, la noble entereza del mártir Pretextato — la época bárbara, hasta entonces considerada un caos árido y confuso, y que al estudiarla Thierry con documentos y datos sacados de antiguos poemas, de cartularios y estatutos, de la poesía á la vez primitiva y decadente de San Fortunato, por los medios propios de la Historia, en suma, adquiere todo el encanto y atractivo de la novela y del drama, y esa fuerza misteriosa que sólo procede de la realidad. En las obras peregrinas de Thierry, *Conquista de Inglaterra por los normandos* y *Narraciones de las épocas merovingias*, se concentra lo mejor del romanticismo—la resurrección del pasado y la belleza propia de la Historia desde que cesa de ser pagana y se impregna de la hermosa melancolía del cristianismo—y lo mejor también de la época de transición en que el positivismo domina—el análisis, la sujeción al hecho, el sentido de la fuerza de las razas, que es el gran baluarte y el gran ariete de Hipólito Taine.—Es preciso reconocer en Thierry uno de esos eslabones que enlazan dos épocas y reunen lo fundamental de ambas. Hijo de la inspiración poética de Chateaubriand, es padre del método científico de Taine.

He dicho al principio que esta escuela histórica procede de la novela. Walter Scot, en efecto, comparte con el falso Osián y Chateaubriand la prez de haber influído sobre la imaginación de Thierry, y también sobre la de Barante, supuesto redactor de las *Memorias* de la marquesa de Larochejaquelein, y verdadero fundador de la historia descriptiva en su libro so-

bre *Los Duques de Borgoña*. Desde 1814 á 1824, Walter Scot es el fanal de los que exhuman la Edad Media; todos envidian su admirable don de hacer revivir las edades pasadas, su instinto de arqueólogo y de pintor. La rigurosa exactitud documental no había por qué exigírsela á Walter Scot: no era el historiador, pero de él nacían los historiadores. Thierry pertenecía á esa raza innovadora, que sabe orientarse en las tinieblas, y las censuras del juicioso y sensato historiógrafo Daunou contra Thierry recaen precisamente sobre la filiación novelesca de sus estudios históricos, peligroso abolengo que le inducía á la temeridad de una renovación completa, con el mismo ardor que Lamennais quería renovar la religión y la retórica Víctor Hugo. El prurito de innovar llevó á Thierry, como suele suceder, á lo más viejo, al arcaismo; una de las polémicas que sostuvo, fue con Carlos Nodier, por obstinarse Thierry en escribir, en lugar de Clodoveo *Hlodewig*, en vez de Meroveo *Merovig*, y en vez de Galsuinda *Galeswinta:* discusión pueril, que es, sin embargo, característica de aquellos años de idolatría medioeval.

La serie de los historiadores de la primera época que tan rápidamente voy reseñando, se cierra con un autor renombrado y muy traducido en nuestra patria, Julio Michelet. Aquí se le conoce más por ciertos libros escabrosos, como el titulado *El Amor*, del cual dijo Caro que era la fisiología comentada por el libertinaje, que por su obra capital, la *Historia de Francia*, diez y siete volúmenes de muy nutrida lectura. Si es permitido asociar una impresión personal al texto de estas lecciones, diré que la *Historia de Francia*, de Michelet, me puso hace años en gran confusión.

Es el caso que advertía yo tal diferencia entre los seis ó siete primeros volúmenes, que leí con encanto, y los siguientes hasta el último, y me parecía notar en estos, sobre todo en algunos, tan claras señales de perturbación mental, que movida de curiosidad escribí á un amigo francés muy erudito pidiéndole detalles acerca de la locura de Michelet, y si se había cu-

rado ó aliviado al menos antes de morir. Grande fue mi sorpresa al recibir por respuesta que Michelet nunca había pasado por loco, siendo así que cada vez me parecían más semejantes sus cuadros á los que trazó el Greco ya en el postrer período de su alucinación visual.

He releído ahora para el caso la obra de Michelet á que me refiero, y que es la más considerable de todas las suyas, y no se me quita el recelo: Michelet no estaría loco en total, pero de cierto padecía una obsesión ó idea fija, caracterizada en forma de manía: su tema, asaz poco original, porque se reduce á seguir las huellas de Bayle, es ver donde quiera proyectarse á los jesuítas como fatídica sombra. A trechos, la *Historia de Francia* semeja un capítulo de *El judío errante*.

Desde que aparece en la escena del mundo San Ignacio, Michelet—sigo convencida de ello—pierde el seso, como Don Quijote desde que le tocan al punto de sus renegadas caballerías; y me explico perfectamente que bastantes críticos hagan cuenta de que esos desdichados diez tomos no existen; no se escribieron nunca. Grande es mi asombro cuando en el panegírico, mejor diré, en el ditirambo que dedica el otras veces sagaz Pablo Albert á la memoria de Michelet, no encuentro ni una frase restrictiva ó condenatoría del estilo y el criterio de un autor que, sucesivamente, en los diez últimos tomos de su Historia, parece un convulsionario, un erotómano, un profeta apocalíptico y un sugestivo novelista.

De esta verdad puede cerciorarse quien tenga la paciencia de leer los tomos á que me refiero. En ellos verá que con una sola clave, el fantasma jesuítico, y por contera el espectro de la influencia española, explica Michelet todo acaecimiento y particularmente los nefastos. No hay daño ni escándalo en que no asome la negra mano oculta, y en que no dance la Compañía, secundada en sus hórridas intrigas por frailes y monjas de todos colores y hábitos, inducidos, ¡quién lo duda! por la ambiciosa y maquiavélica España. Dan ganas de suspirar echando de menos esos tiempos en que éramos tan listos y

peligrosos, y en que mangoneábamos bajo cuerda, empleando los más estrafalarios arbitrios, la política de Europa. ¡Cuánto hemos cambiado desde entonces!

Abrid al azar un tomo y veréis lo que, según Michelet, hacían los jesuítas, que no se le ocurriría ni al mismo diablo. Se les encuentra hasta en los dobleces de la ropa, y no se da enredo ni trapisonda en que no intervengan. Ellos disponen la boda de Enrique IV con María de Médicis; ellos proyectan armar contra Inglaterra una nueva *Invencible;* ellos saben á ciencia cierta el secreto del extraño y trágico fin de la favorita Gabriela de Estreés. Por ellos Enrique IV, indispuesto, sanciona con su firma, entre dos cólicos—la palabra que emplea el historiador es más baja aún—la vuelta de los jesuítas á Francia. Ellos arman el brazo regicida de Birón, y ellos sellan los labios del reo con el silencio más profundo, hasta al pie del suplicio: silencio que recompensan con aspersiones de agua bendita al cadáver. Ellos suscitan después á Ravaillac, y ellos cierran la boca de la Escomán cuando se preparaba á dar el aviso que salvaría la vida de Enrique IV. No extiendo más la lista, pues sería el cuento de no acabar nunca: baste decir que el mismo Michelet, con toda su obcecación, nota que abusa del registro jesuítico, y dice ingenuamente: «No se lo atribuyamos todo, sin embargo, á los jesuítas.» Cierto que poco después lo arregla, añadiendo: «Hay que dejar algo para los curas.»

El espíritu de secta y la intemperancia llevada á este grado, quitan el carácter de seriedad é investigación científica á la segunda mitad de una obra, que en la primera contiene cuadros tan bellos como el del proceso de los Templarios, el estudio sobre San Luis y sobre los disturbios de la Jaqueria. Aunque Michelet es poderoso estilista y colorista brillante, la forma se resiente del desorden y desconcierto de la inteligencia, las pinceladas son brochazos, y los rasgos de realismo brutal alternan con el *patos filosófico* y la solemnidad bíblica; la fantasía, pervertida y suelta, corre á manera de caballo

sin freno, y la historia se convierte en catálogo de un museo secreto, donde pueda recrearse y saciarse toda curiosidad malsana, contemplando raras anomalías, degeneraciones y monstruosidades: casos de magia, sortilegio, hechicería, escenas de aquelarre, contorsiones de poseídos y endemoniados, y supercherías de sacrílegas embaucadoras. Los retratos de los principales personajes corren parejas con el fondo sobre que se destacan: San Ignacio es el autor del *Manual del perfecto novelista* (esto se refiere á los admirables *Ejercicios);* y Laynez, el consocio del santo, el campeón del Concilio Tridentino, es un pillastre genial. Y si el Cid de Corneille fue aplaudido, es por virtud de la tenebrosa conjura tramada por los españoles para extinguir el espíritu nacional de Francia ¡hasta en las letras!

Así rodó Michelet los peldaños de la escala que él mismo labró para ascender al cielo de la gloria. Triste es el espectáculo de una imaginación atrofiada como la de Thiers, pero mil veces más triste el de una fantasía hipertrófica que ahoga á la razón y parodia, no el delirio sublime de la musa, sino la pesadilla del enfermo atacado de fiebre mortal.

Emilia Pardo Bazán.

LA REFORMA EN LA PRIMERA ENSEÑANZA

I

Decía al terminar mi artículo sobre la *Política pedagógica* (1), que una vez resueltos á tenerla, y en condiciones para desarrollarla, la gran dificultad estaría en saber por dónde comenzar. Me figuro á cualquier Ministro de Instrucción Pública, de buena fe, y con el deseo natural de acertar y de hacer algo, ante el problema complejísimo de nuestra enseñanza, y seguro estoy de que el primer obstáculo con que tropezaría al decidirse á poner mano en la educación nacional, sería ese: el de no saber por dónde tomar el asunto. Le entrarían ganas de reformarlo todo, de arriba abajo: si el hombre fuese de los que todavía tienen la superstición de la ley, es decir, de los que creen con fe sencilla y ciega, en la eficacia de las disposiciones legislativas y de los mandatos publicados en la *Gaceta*, sentiría vehementes deseos de acometer una ley de instrucción pública, algo así como un código fundamental de la enseñanza, en el cual se formulasen las bases completas de nuestra regeneración pedagógica, desde la enseñanza obliga-

(1) V. La España Moderna, tomo del mes de Julio.

toria y gratuita—la primaria, por supuesto—hasta la autonomía jurídica y científica de las Universidades, pasando por la organización *definitiva* de los Institutos de segunda enseñanza. Y después de haber hecho la ley—si es que el hombre hacía viejos, muy viejos, los huesos en el Ministerio—se quedaría tan fresco y tan satisfecho, emulando por tal modo la sencillez primitiva de aquellos ilustres varones que en 1812, en Cádiz, declaraban el deber que los españoles tenían de ser justos y benéficos.

Desde 1857 consta en la ley el carácter obligatorio de la primera enseñanza, y concluye el siglo XIX de la manera que todos sabemos: ofreciendo España más de seis millones de personas que no saben leer ni escribir, y millones de niños que no van á la escuela porque, como ya hemos dicho, no la tienen; es decir, niños que aunque sus padres se decidieran á cumplir aquel precepto legal no podrían, porque no habría dónde ni cómo.

Realmente sería ilusorio intentar una reforma tan gigantesca de la enseñanza, que tuviera la virtud curativa y reconstituyente de cambiar, como por arte de encanto, la situación actual de las cosas y de las personas, sobre todo de las personas. En primer lugar, el mero hecho de proponerse el problema de la enseñanza, todo entero y de una sola vez, supone una manera viciosa de considerarlo. Está bien que hablemos de él y que le demos esa unidad y concreción definida, entre otras cosas, por comodidad y para indicar que en la labor de gobernar al país hay *un* problema pedagógico: pero, haciendo siempre la reserva de que el tal problema no es un sencillo problema de mecánica, de cambio en los términos, y que se descompone en una serie tal de cuestiones tan diferentes y todas tan complejas, que sólo tomándolas con independencia, dentro, claro es, de una orientación general, se podrían ir resolviendo eficazmente. Por otra parte, el intento de reducir á bases generales la solución legislativa del problema pedagógico nacional, obligaría al Ministro que tal hiciese á tocar as-

pectos del mismo, en la relación estrictamente política de la educación, ante las tradicionales pretensiones de la Iglesia—intransigente y amenazadora en este país como en ningún otro quizá—que sería imposible de evitar, por prudente y circunspecto que el Ministro fuese, una lucha violentísima, la cual esterilizaría en flor las intenciones más sanas, más cultas y más regeneradoras.

En mi opinión, la política pedagógica debe adoptar un procedimiento oportunista, debe desarrollarse en reformas parciales, que naturalmente obedezcan á un criterio, al criterio que la situación conocida de nuestro atraso impone, pero que se refieran cada una al asunto ó materia á que se desee aplicar el remedio de un modo directo é inmediato.

Por eso lo que primeramente requiere cualquier intento serio de política pedagógica, es tener *un programa;* es decir, una indicación de aquellas cosas de mayor urgencia que reclaman reformas que no admiten espera, sin grave riesgo de ir cayendo cada día más abajo, en el abismo sin fondo de la incultura nacional. Pero repito que ahí está la gran dificultad.

En efecto: ¿por dónde comenzar? ¿Cuál podría estimarse el artículo primero del programa recomendable en las condiciones actuales? Si aquí todo es cuestión, desde el maestro hasta el catedrático, desde la escuela—que no hay, ó cuando la hay es de ordinario mala—hasta el doctorado, que tiene de tal el nombre pomposo y pedantesco; desde el procedimiento rutinario, anticuado y mandado recoger en todas partes, del maestro de escuela, hasta la explicación ampulosa y retórica del profesor de enseñanza superior; desde el edificio escolar, á veces bodega inmunda, hasta el aula universitaria, no siempre aireada y alegre..... Si todo ello y mucho más pide arreglo pronto, urgente, ¿qué programa es posible redactar que no sea amplísimo, completo, que no abarque el problema pedagógico en toda su complejidad, á la manera que lo abarcaría el que se propusiera la censurada reforma legislativa de la instrucción pública?

Es preciso, ante todo, hacer una distinción. Eso de hacer un programa pedagógico, ó de *política* pedagógica, es muy elástico: el político ó el partido, ó la *liga*, que se propusiera iniciar entre nosotros un movimiento educativo, de regeneración nacional, por la escuela, debería tenerlo completo; es decir, debería haberse dado cuenta circunstanciada de las condiciones actuales de la enseñanza en el país, y de las necesidades de éste en ese órden, y en su vista, formular como ideal las soluciones posibles ó que tocaría llevar á la práctica al Estado. Pero una cosa es esto, y otra muy distinta aplicar lo que del programa pedagógico sea dable, habida cuenta la oportunidad y el distinto grado de urgencia de las reformas. Puede ocurrir muy bien que convenga, á veces, prescindir de determinadas reformas, de mucha trascendencia, pero inoportunas ó peligrosas, realizando en cambio otras de apariencias modestísimas, pero de eficacia más segura, y sobre todo, practicables desde luego.

Por mi parte, acomodándome á las indicaciones que dejo hechas al explicar lo que entiendo por *política pedagógica,* no voy á esbozar todo el programa grande y completo que la reforma de la educación nacional supondría, ni siquiera voy á reseñar todos los capítulos del *programa*, reducidos al *mínimum*, de aquella política: exigiría esto mucho más espacio del que racionalmente puedo dedicar en La España Moderna al asunto. Considero, que la política pedagógica debe poner mano en todos los grados de la educación: en la escuela, en la enseñanza de los adultos, en la enseñanza técnica, en la enseñanza femenina, en la segunda enseñanza y en las Universidades, pero sin perjuicio de hablar de todo eso en otra ocasión,—quizá en un libro—únicamente voy á tratar en este artículo del mínimun de las reformas necesarias en la primera enseñanza; dedicando otro á estudiar el problema universitario.

II

Con respecto á la primera enseñanza existe una reforma de gran significación y alcance políticos, que la opinión reclama con verdadero empeño, y que condensa de una manera muy definida y concreta, admirablemente adecuada para constituir hasta el artículo de un programa de gobierno, la aspiración general del país, capaz de tener ideas más ó menos reflexivas en estas cosas: esa reforma se ha formulado por el Ateneo de Valencia, en memorable reunión, la han aceptado muchísimos políticos, y se han manifestado favorables á ella la mayoría quizá de los elementos *intelectuales* de la nación: me refiero, como se comprenderá ya, á la necesidad de hacer la enseñanza primaria de una manera real y efectiva, *gratuíta y obligatoria*, y además *integral*. En mi sentir, esta afirmación escueta: la *enseñanza debe ser gratuíta, obligatoria é integral,* constituye una gran parte del programa de la reforma urgente de la enseñanza primaria; es decir, una gran parte de ese programa se resume en las reformas indispensables para procurar que, en efecto, la primera enseñanza sea como ahí se pide. Y no digo que sea eso todo el programa de la política pedagógica en esta esfera, porque hay todavía otro gran trozo de mal camino que recorrer para conseguir algo positivo en la enseñanza primaria, y el cual consiste en las reformas indispensables que han de acometerse para *crear,* así, como suena, crear los *maestros* capaces y en número suficiente, para enseñar *integralmente* la enseñanza gratuíta y obligatoria á los millones de niños que hoy no tienen donde recibir tan fecundo beneficio. De todos modos, he ahí dos indicaciones bien determinadas para la política pedagógica de la primera enseñanza: 1.ª, hacer de ella una *enseñanza gratuíta, obligatoria é integral;* 2.ª, hacer los *maestros* necesarios.

Pero ¿saben las gentes lo que se pide cuando con tan inu-

sitado apremio y tan rara unanimidad reclaman, así como podría reclamarse un cambio de Gobierno, el establecimiento de la enseñanza integral, gratuíta y obligatoria? Porque, ya queda dicho: si no se trata más que de decretarlo en una disposición solemne del poder legislativo, ó del ejecutivo, la cosa no merecía la pena, como indicaba con gran oportunidad el insigne maestro de maestros Sr. Sardá: el carácter obligatorio de la primera enseñanza está declarado hace mucho tiempo. Sin duda se trata de algo más, y de algo que no debe de ser tan claro como á primera vista parece, y que requiere alguna explicación, pues la cosa resulta que puede entenderse de más maneras que de una, aun en lo tocante á la gratuidad de la enseñanza, que todos creíamos consistía en procurar á los *niños pobres* la escuela *gratis*. En efecto, en pleno Congreso de Diputados, discutiéndose el problema de la enseñanza, un señor representante del país, en un discurso muy ponderado dentro y fuera del Parlamento, decía lo siguiente:

«Ahora parece que se va á remediar todo esto, y que lo vamos á remediar con la fórmula del Ateneo de Valencia: la educación integral gratuíta y obligatoria. Lo de obligatoria lo comprendo, por más que ya es principio antiguo en nuestras leyes y no ha podido llevarse jamás á efecto; lo de integral supongo que quiere decir íntegra y completa; pero lo de gratuíta me ha sumido en un asombro, del que declaro que desearía salir si hay alguien que me saque. ¿Qué significa la educación elemental gratuíta? ¿Es que los maestros van á enseñar de balde? ¿Es que no va á haber que pagar las escuelas? ¿Es que no pesará sobre el Estado la carga del material? Pues, si no es eso, ¿no habéis caído todavía en la cuenta, los mantenedores de esa solución, de que el redimir de su obligación de pagar la enseñanza á los ricos, equivaldría mañana á distribuír el peso entre ricos y pobres, haciendo á estos últimos un obsequio que seguramente no agradecerá ninguno de ellos? Es de sentido común; cuando directamente no pague el rico la enseñanza, indirectamente la tendrán que pagar el

pobre y el rico, porque yo no sé cómo se van á establecer diferencias: las contribuciones y los tributos pesarán, en la debida proporción, claro está, sobre los unos y sobre los otros» (1).

Ciertamente el señor diputado que decía estas cosas, no se había hecho cargo de que la enseñanza elemental se pide gratuíta para los niños pobres, siendo, claro está, obra del impuesto el sostenimiento de los maestros, del material y de las escuelas. Hoy el pobre puede decir: yo no mando mi hijo á la escuela porque no la hay á mano: pero aun habiendo las escuelas necesarias en relación con el número de niños en edad de ir á la escuela, no podría *obligarse* al pobre á enviar á su hijo á la misma, exigiéndole una retribución para el maestro, pues estaría en su derecho al negarse si no tiene recursos con que atender al pago de tal retribución. La escuela debe ser gratuíta para el que no puede pagarla, y, además, el Estado debe tener todas cuantas sean precisas, para que el que la quiera pagar y el que no pueda pagarla, cuenten con el maestro y el local indispensables.

No debe causarnos tanta sorpresa que no se comprenda tan fácilmente lo del carácter *integral* de la enseñanza: asusta eso á muchas gentes y nada tiene de extraño la exclamación que arrancaba al mismo diputado á que aludimos la petición del Ateneo de Valencia en este punto:

«¡La enseñanza obligatoria—decía—y además de obligatoria íntegra y completa para nuestras clases rurales! ¿Es que no contentos con tener bachilleres de 14 años y licenciados y doctores de 19 ó 20, queremos ya tener también bachillerillos para aguijar las yuntas, para cuidar del ganado ó para ir á tirar del copo? ¿Es que al interés social puede convenir, lo digo sin ver en esto ninguna cuestión política, es que al interés social puede convenir que se produzca semejante desnivel

(1) Discurso del Sr. Suárez de Figueroa. Sesión del 12 de Enero de 1900. *Extracto Oficial.*

entre los fines que la mayor parte de las poblaciones rurales tienen que cumplir y los medios de cultura que el Estado habría de poner en sus manos, siendo tales medios tan superiores á esos fines, tan desproporcionados con ellos?»

Y en verdad, si la enseñanza integral implicase lo que parecía imaginarse el citado orador parlamentario, tendría razón de sobra. Pero las gentes que han estudiado el asunto, no creen que la enseñanza integral sea una enseñanza *completa* ó mejor total, ó mejor una enseñanza de todas las cosas divinas y humanas, tal como v. gr., se comprenden en un Manual enciclopédico ó resumen de la sabiduría universal. Pedagogos de profesión, los que han formulado la educación integral como un sistema adaptable á las distintas necesidades de la enseñanza, explican lo que aquélla supone de un modo que, puesto en práctica, no sólo no produciría los temidos bachillerillos rurales, sino que acabaría hasta con los urbanos. Léase y además estúdiese el *Manifiesto á los partidarios de la educación integral* (1) y se verá allí que es ésta la educación «que tiende al desenvolvimiento paralelo y armónico de todo el sér», que tiene sus manifestaciones como educación física, intelectual y moral, que en la educación física es preciso atender «al régimen general higiénico, que tiene por fin el desenvolvimiento normal y ese hermoso equilibrio orgánico y funcional que llamamos *salud*, y la educación especial de los órganos de relación considerados como instrumentos de percepción y de acción, como herramienta, si vale la palabra»; que la educación intelectual responde á análogo principio: «desenvolvimiento simultáneo, equilibrio de todas las facultades sin exclusión; facultades de asimilación y de producción, de orden científico y de orden artístico; espíritu de observación, juicio, memoria, imaginación, sentimiento de lo bello»; que la instrucción integral, recíprocamente fin y medio de

(1) V. *Boletín de la Institución libre de enseñanza* (1894); t. XVIII, páginas 6 y 45.

educación, se define como «un conjunto completo, encadenado, sintético, paralelamente progresivo, en todo orden de conocimientos, y esto á partir de la más temprana edad... pues en todas las grandes ramas del saber humano, que después van ramificándose al infinito, hay en el origen, en la base, verdades sencillas, primordiales, fundamentales, fácilmente observables é inteligibles hasta para los niños pequeños...»; que la educación moral, de importancia suprema, es sobre todo obra de influencia, es «la consecuencia de un orden normal en un medio normal», etc., etc.

Y esto es lo que se desea, sin duda, con más ó menos reflexión y conocimiento, cuando se pide una educación integral como sistema propio para una enseñanza que ha de ser universal y para todo un pueblo.

Pero dejando á un lado estas explicaciones, ¿podemos pensar en España en acometer con esperanzas lisongeras la tarea de hacer de la enseñanza elemental una función *gratuita* del Estado y una obligación exigible á los padres de familia? Prescindiendo de hacer consideraciones más ó menos oportunas sobre el éxito de una política pedagógica en este punto, es indudable que si se quiere acometer la empresa en condiciones tales que, por lo menos se salve el *honor* y la *buena intención,* es necesario empezar por darse cuenta del aspecto *económico* de la enseñanza primaria; porque no hay que darle vueltas: lo de la enseñanza gratuíta y obligatoria es, ante todo, un problema de... dinero.

III

Seguramente si en España tuviésemos número suficiente de escuelas para recoger en ellas todos los millones de niños en edad escolar, aún habría que hacer mucho para vencer la apatía y pereza de los numerosísimos padres de familia, que no ven cosa de mayor importancia en la educación y en la cultura. Y

¿cómo predicar á esos padres descuidados para convencerlos del perjuicio gravísimo que causan á sus hijos, no cuidándose de enviarlos á la escuela, si no tenemos escuelas de primeras letras suficientes, ni escuelas suplementarias de adultos, en donde subsanar la falta de una enseñanza no realizada en la infancia? (1). Y ¿á qué pensar, por otra parte, en crear el número de escuelas suficientes, si no se tienen maestros verdaderos á quien encomendarlas? ¿Y no es verdaderamente ilusorio ocuparse en formar maestros de escuela dignos de tal nombre, mientras no les paguemos, y aun pagándoles, mientras les brindemos el porvenir que suponen las pagas mezquinas y ridículas que en tantas escuelas se asignan á los maestros actuales?

Todas estas cosas están, como se ve, enlazadas entre sí de una manera tal, que es perfectamente inútil ocuparse con nada que se relacione con el problema de la primera enseñanza, hasta que el llamado á realizar su programa mínimo, no se decida á tomar, como suele decirse, por la calle del medio, reclamando amplia libertad de acción y grandes medios económicos para empezar por el pincipio. ¿No se dice á cada momento que el Ministro de Marina proyecta recabar tantos y cuantos millones para acometer una segunda aventura en la restauración de nuestro poderío naval? ¿No hablan los periódicos constantemente de que el Ministro de la Guerra espera ocasión oportuna para gastar—si se los dan, que sí se los darán—unos cuantos millones de pesetas en armamentos nuevos, y en artillado y defensa de las costas? Pues, ¿por qué no se lanza el Ministro de Instrucción pública y pide también dinero, mucho dinero, para crear nuestro poder... pedagógico, y artillar y defender á nuestros futuros ciudadanos, habilitándoles de mejor manera que los actuales, para las luchas intelectuales y

(1) Sobre la significación pedagógica y social de la educación de los adultos, véase el hermoso libro de Buisson *La educación de los adultos en Inglaterra*, publicado por mí en LA ESPAÑA MODERNA.

económicas, mil veces más efectivas y permanentes y de resultados más positivos, que las luchas guerreras, á las cuales, después de todo, hemos ido en estos últimos tiempos por ser un pueblo de ignorantes dirigido por una minoría de retóricos y vividores?

Porque si hay algo claro, indiscutible, que no puede menos de reconocerse, es, que las cosas de nuestra enseñanza primaria están muy mal, pero muy mal, precisamente por falta de recursos económicos en primer término.

Tenemos un presupuesto de primera enseñanza que resulta ridículo comparado con el de la villa de París y mil veces miserable comparado con el de cualquiera de las naciones europeas. El Parlamento inglés votaba en 1897 para la primera enseñanza del Reino Unido, 9.738.423 libras esterlinas. La suma destinada en Francia por el Estado y los municipios para ese servicio, se eleva á unos 198 millones de francos; por último, Italia gasta en escuelas cerca de 70 millones de liras. Ahora bien; España, esta España del rumbo y del lujo en tantas cosas inútiles y perjudiciales, dedica á instrucción primaria, sumando los esfuerzos todos, del Estado, de la provincia y de los municipios, unos ¡26 ó 27 millones de pesetas! (1).

Y así anda ello: desmenuzando unos presupuestos y otros, al momento se advierte la primera y más triste y sugestiva de las consecuencias. Tenemos una enseñanza primaria infinitamente más escasa que la de cualquier otro país culto, y pagamos á los maestros menos, pero mucho menos, que lo que se les paga en todos los países civilizados. No son, en verdad, excesivos los sueldos de que en general disfrutan los maestros de escuela, y así ha podido decir Lavasseur, que «la condición de los maestros es en todas partes modesta» (2). Pero «todo es relativo». En todas partes es modesta esa condición; mas no en todas es miserable como ocurre en España con la mayoría de semejantes funcionarios.

(1) Cossío: *La enseñanza primaria en España*.
(2) *L'Enseignement primaire dans les pays civilisés* (1897), pág. 537.

Para convencerse de lo que digo, bastará copiar algunas cifras.

En Inglaterra y en Escocia los sueldos anuales de los maestros se regulan de este modo:

	Pesetas.
Cobran los maestros titulares directores.....	de 2.500 á 3.750
Cobran los adjuntos.....	de 1.875 á 2.500
Las maestras directoras.....	de 1.250 á 1.875
Las adjuntas.....	de 1.250 á 1.875

Había en 1892, 6.911 maestros, con un sueldo que varía de 2.500 á 5.000 pesetas; 1.269, con 5.000 á 7.500; 364 con más de 7.500; y 504 maestras con un sueldo superior á 5.000 pesetas. El sueldo mínimo de los maestros en Inglaterra es de 1.250 pesetas anuales, y en Irlanda de 1.050.

En Francia los maestros titulares cobran de 1.000 á 2.000 francos; y las maestras de 1.000 á 1.600, aparte de otras indemnizaciones.

En Italia se han fijado los sueldos en 1876 de esta manera:

	Liras.
Escuelas urbanas superiores.....	1.320, 1.100 y 1.000
Idem íd. inferiores.....	1.000, 950 y 900
Idem rurales superiores.....	900, 850 y 800
Idem íd. inferiores.....	800, 750 y 700

El sueldo mínimo del maestro de escuela en Italia, es pues, de 700 liras anuales.

El sueldo mínimo en los Países Bajos es de 1.500 pesetas anuales para los maestros titulares y de 800 para los auxiliares; en Bélgica de 1.000; en Prusia de 1.012, en Suecia de 797, etc.

Y en España ¿cuánto cobran los maestros? Si fueran verdad las leyes no andaríamos tan mal como andamos. La ley de 1857 fijaba el sueldo mínimo del maestro en 650 pesetas al año para los pueblos de 500 á 1.000 almas; el Decreto de 1886 fijaba el sueldo mínimo en 625, y el de 1888 en ¡250 pesetas!

Pero la realidad es otra. Nuestro sueldo mínimo no tiene rival en ningún Estado culto.

He aquí, según la estadística de 1885, cómo andan los sueldos de los maestros de escuela:

Maestros	*Maestras*		
787	21	cobran menos de 125	ptas.
1.784	84	— de 125 á 250	»
5.031	584	— de 250 á 500	»
3.067	2.452	— de 500 á 625	»
2.745	2.465	— de 625 á 825	»
1.414	1.116	— de 825 á 1.100	»
465	272	— de 1.100 á 1.375	»
241	149	— de 1.375 á 1.650	»
205	111	— de 1.690 á 2.000	»
103	77	— más de 2.000	» (1)

¿Exagerábamos al considerar que la condición del maestro español tiene que ser en la mayoría de los casos — todos los maestros que cobran sueldos de 500 ó 625 pesetas; esto es, 10.669 maestros de 15.842 y 3.141 maestras de 7.334—miserable? ¿Cabe en cabeza de gobernante, que haya sueldos de *cincuenta céntimos* de peseta y aun menos, al día?

Y si al menos pagásemos con la debida puntualidad esos sueldos. Pero no hay tal. Los maestros de escuela, cobran con la irregularidad que todos sabemos, en muchas partes; ahí está la deuda del magisterio, á que en mi primer artículo me refería, como prueba irrefutable de lo que queda dicho.

IV

Hay, pues, que acometer la reforma económica de la primera enseñanza con bríos y sin perder tiempo: la experiencia pasada obliga á condenar todo género de paliativos en este punto, y á plantear el problema en toda su verdad y á resol-

(1) V. Cossío: *La Enseñanza primaria en España.*

verlo totalmente. Ahora bien, la reforma y consiguiente transformación económica de la enseñanza primaria, exige varias operaciones lógicamente enlazadas; son éstas:

1.ª El pago ó liquidación de lo que se debe á los maestros.

2.ª El pago regular y normalizado *por el Estado*, de las atenciones de la primera enseñanza (1).

Todo esto de una manera inmediata, y después,

3.ª Aumento de los sueldos de los maestros, que hoy lo tienen tan escaso, hasta conseguir que el *salario* mínimo del maestro no sea inferior al de un jornalero — *dos pesetas diarias*, v. g.,—y

4.ª Aumento paulatino y bien calculado del número de escuelas, hasta conseguir establecer tantas como exige la proporción del número de niños de edad escolar (2).

La liquidación de las deudas del magisterio, es una de esas medidas de tan estricta justicia y de tan absoluta oportunidad, que apenas es necesario razonarla. ¿Cómo pensar, en efecto, en aumentar el sueldo de los maestros y el número de las escuelas, mejorar el material, transformar las actuales escuelas de tipo aislado en grupos escolares espléndidamente dotados, etc., etc., sin antes liquidar con el maestro lo que se le debe? Nadie creería en la sinceridad de tales reformas. Y que tiene que ser el Estado quien haga la operación financiera necesaria, nos parece indiscutible; los municipios no pueden; la deuda del magisterio existe precisamente por eso. Ya lo hacía ver con gran claridad el *Anuario* de primera enseñanza de 1886: en efecto, según los datos de éste, comparado el gasto total de la primera enseñanza que pesa sobre los municipios, con la población, resulta una carga de 1,57 pesetas por habitante; pero

(1) Cuando escribo estas líneas, los periódicos anuncian que el actual Ministro de Instrucción pública prepara una reforma sobre este punto.

(2) Naturalmente, esas cuatro medidas no son todas las necesarias para transformar la actual organización escolar; pero debe recordarse que expongo sólo el *programa de lo menos*, que un político pedagógico, que merezca los honores de tal, debería hacer.

es esto un promedio general: en alguna provincia, como Lugo, la proporción es de 0,75 pesetas por habitante, y en otras, como Segovia, de 2,69. En algunos municipios de corto vecindario, cada habitante paga 6, 8 y hasta 10 pesetas para sostener las escuelas; y los hay, en los cuales el presupuesto de la primera enseñanza consume el 10, el 20 y hasta el 30 por 100 de sus recursos. Comparados los créditos consignados para la primera enseñanza con el importe líquido de los recargos adscritos á tal atención, resulta que de las 49 provincias de España, 22 cierran con déficit el ejercicio anual, déficit que importa unos 2.200.000 y pico de pesetas (1).

Siendo esto así, ¿cómo pensar en que los municipios paguen sus deudas? Es sencillamente pedir una cosa imposible. El Estado, haciéndose cargo de la situación, debe liquidar esas deudas; y cuenta que el Gobierno que se decidiese á realizar una medida tan necesaria y justa, se limitaría á seguir el camino señalado ya por una disposición ministerial, que conviene citar aquí: me refiero al Real decreto de 21 de Enero de 1871 (con la Real orden de 2 de Febrero del mismo año), por el que se estatuía que el Tesoro abonase los créditos del magisterio, considerándose tal abono como anticipos reentigrables á los Ayuntamientos respectivos.

Y no sólo esto; no basta, como dejo dicho, que el Estado se haga cargo de la deuda del magisterio para normalizar de una vez y para siempre el sostenimieuto decoroso de la primera enseñanza; es preciso que dicho sostenimiento pase á manos del Estado, y constituya una atención nacional. Obedeciendo á un criterio, en mi concepto equivocado, se reputa de ordinario la primera enseñanza como un servicio local, municipal más bien; olvídase, á mi ver, que el interés de una buena educación primaria, base general de una sólida cultura, no es ni local, ni nacional, sino social, humano, por cuanto afecta

(1) Véase el cuadro estadístico presentado por el Sr. Vincenti en el Congreso de los Diputados, sesión del 14 de Enero de 1900.

á la sociedad entera y al hombre como tal hombre: en su virtud, el sostenimiento económico y la dirección política de la enseñanza primaria, no pueden estimarse como servicios municipales ó del Estado, de una manera exclusiva y absoluta: como todos los intereses sociales, el de la enseñanza primaria debe correr á cargo de quien se dé más clara cuenta de su importancia, y tenga más sólidos medios para atenderla.

La incapacidad general de nuestros municipios para pagar, cada uno de por sí, la primera enseñanza, es una cosa bien notoria; cuantas medidas se han tomado hasta ahora, y no han sido pocas (1), han resultado completamente inútiles. Después de todo, no somos en esto de distinta condicción que los demás pueblos; pues si ocurre que en la mayoría de los países la primera enseñanza está á cargo de los municipios, en todas partes concurre el Estado con sus medios económicos á sostenerla colmando el déficit que siempre arrojan los presupuestos locales; en Italia, por ejemplo, si los municipios contribuyen con 56 millones de liras para sostener las escuelas, contribuyen las provincias con más de un millón anual, y el Estado con más de siete millones; en Inglaterra, las fuentes locales para sostener la primera enseñanza suponen unos 3.250.000 libras, y las subvenciones del Estado se elevan á más de seis millones; en Francia se ha ido más allá: contribuyen á los gastos de la primera enseñanza los municipios — 60.343,088 francos—y el Estado—más de 130 millones de francos;—pero, en virtud de la ley de 1889, el Estado se ha tomado el cargo de pagar directamente los sueldos de los maestros, profesorado normal, inspección y personal administrativo, dejando sólo ciertas atenciones del material y otras, al cuidado de los municipios y departamentos.

La reforma que defiendo tendría, además, como consecuencia, la de hacer ver claro, clarísimo, el carácter verdadera-

(1) Cerca de treinta son las reales órdenes, leyes y demás disposiciones dictadas para regularizar el pago de los maestros.

mente nacional del esfuerzo necesario para vencer los obstáculos que, al pleno desarrollo de todas las capacidades del pueblo, oponen nuestra ignorancia é incuria. Y esto suscitaría en todos el deber de considerar las cargas de la enseñanza como cargas generales, á las cuales es preciso contribuir en la proporción que demande todo su peso, y en relación con lo que cada individuo y cada municipio puedan, dados sus medios. Es imposible tolerar que los municipios ricos se nieguen á contribuir al sostenimiento de las escuelas de los municipios pobres; pues de aceptar ese criterio para todas las funciones sociales y políticas, debería empezarse por declarar imposible la nacionalidad y un sueño las ideas de solidaridad humana.

Y conviene reflexionar en esto seriamente, porque sabido es, que el obstáculo con que alguna vez se ha tropezado para normalizar, con la intervención del Estado, los pagos de la enseñanza primaria, ha sido la oposición de algunos grandes municipios. Basta tener en cuenta que, si dedicásemos á las atenciones escolares todas las cantidades que los municipios de toda España recaudan por los recargos de contribuciones, reservados con destino á las mismas, en lugar del déficit anual de los dos millones y pico de pesetas á que antes nos referimos, habría su superábit de más de cuatro millones, pues en veintitrés provincias de las cuarenta y nueve resulta un sobrante anual en favor de los ingresos muy respetable (1).

Pero todo esto sería aún muy poco; no supondría ni la mitad del camino que hay que recorrer para realizar el *programa mínimo* en este punto. Faltan aún las otras dos medidas ó reformas indispensables más arriba indicadas. Afortunadamente, en un libro de carácter oficial constan de un lado las deficiencias de nuestra organización escolar, y de otro los esfuerzos necesarios para colmarlas de una manera regular (2). Según indica el Sr. Cossio, resulta de la estadística

(1) V. el cuadro citado del Sr. Vincenti.

(2) V. el *Anuario de primera enseñanza correspondiente á 1886.*

publicada en la *Gaceta* (26 de Marzo de 1895), que hay inscritos en las escuelas públicas 1.104.779 niños, y en las privadas 251.357. Total, 1.356.136 niños. Y como, según el censo de 1887—no conozco los resultados del de 1897—había 3.794.952 niños de tres á doce años (1), la consecuencia es bien clara: 2.438.816 niños no reciben instrucción de ningún género. Haciendo, el *Anuario de primera enseñanza de 1886*, cálculos en relación á cifras algo distintos del censo de 1877, suponía que era necesario fundar escuelas de párulos para 350.000 niños de tres á seis años, y escuelas elementales para 530.000 niños de seis á nueve y de nueve á doce, y fijando un promedio de 60 alumnos para cada escuela, suponía que serían necesarias 8.830 escuelas más sobre las que hoy existen—véanse las págs. 93-95 del *Anuario*—para recoger á los niños que hoy no tienen escuelas. Ahora bien, la creación de estas escuelas—que serían quizá las suficientes—exigiría, regulando los sueldos debidamente, un aumento sobre el actual presupuesto de la primera enseñanza de unos 22 á 23 millones de pesetas. Y no hay que hacerse ilusiones: ó se decide el país á gastar un total de *cincuenta* ó *sesenta millones* de pesetas al año, en pagar religiosamente lo que actualmente se consigna para escuelas y maestros, elevar razonablemente los sueldos de éstos, aumentar el número de escuelas hasta el límite indicado, mejorar los locales, reformar su material, crear una inspección pedagógica, etc., etc., ó habrá que resignarse á conservar el excesivo número de *analfabetos* que tenemos, y á ser un país europeo á medias (2).

---

(1) Cossío, *Ob. cit.*

(2) La índole de estos artículos me impide extenderme en otros detalles.

V

Y paso á hacer brevísimas indicaciones, pues no me permite otra cosa la índole de este trabajo, acerca de la otra parte de este programa mínimo de reformas en la enseñanza primaria. Hay que hacer maestros—decía—y añadiré ahora: buenos maestros, porque lo que es maestros se hacen demasiados en España.

¿Pero y cómo se consigue eso? Con ser tan difícil la transformación económica del régimen de la enseñanza primaria, es aún mucho, pero muchísimo más difícil, indicar de qué manera se podrá dotar á España de un magisterio á la altura de las circunstancias, bien orientado, bien dispuesto, preparado convenientemente en el arte nada fácil de la educación del niño. Al fin y al cabo una ley puede, en un día dado, elevar las consignaciones de la instrucción primaria á los millones de pesetas que se estimen necesarios para dotar de una manera suficiente, dadas nuestras facultades contributivas, los miles de escuelas que el Estado hubiera decidido sostener. Pero todas las leyes y todos los Parlamentos no son capaces de *hacer un buen maestro*.

En este punto, la reforma tendría que ser muy meditada, de carácter verdaderamente orgánico y de aspiraciones inmediatas muy modestas; porque el iniciador todo lo más que acaso podría hacer, sería marcar una orientación, señalar un camino y confiar en que se habría de seguir éste con persistencia inquebrantable durante muchos años, como se ha procedido en Francia por la tercer República, v. gr.

Dos series de medidas creo yo que sería preciso tomar, debidamente encadenadas, en consonancia con una doble tarea que la reforma del personal de maestros supone: unas enderezadas á mejorar el personal *existente*, y otras á crear el personal *nuevo*.

El personal existente es un factor del cual no cabe prescindir en absoluto: sobre ser injusto, sería ilusorio proponerse lanzar á la calle á los actuales maestros, muchos de los cuales son tan excelentes, como el medio en que se han formado lo permite. Lo que hay que hacer es procurar mejorar ese personal. ¿Cómo? Nos bastaría en esto, como en tantas otras cosas, seguir las indicaciones que pueden recogerse en los ejemplos de otros pueblos, que han atravesado una crisis análoga á la nuestra.

Sería preciso, para mejorar el personal de maestros que hoy tenemos, 1.° organizar un cuerpo nacional de inspectores de primera enseñanza, pero inspectores que no se limitasen á visitar de prisa y corriendo la escuela, examinando las cuentas del material, etc., etc., sino que además examinasen al maestro, guiándole, advirtiéndole las deficiencias de sus métodos, aconsejándole sobre la manera de educar; en suma, inspectores más pedagógicos que administrativos, los cuales podrían poco á poco seleccionar el personal, prescindiendo del que se reputase incorregible; este cuerpo de inspectores—que á la larga se debería formar en la Escuela Normal Central, se constituiría por de pronto con cierta libertad, llamando á él á las personas que en el país hayan dado muestras verdaderas de competencia y entusiasmo en materias de educación. 2.° Organizar, durante las vacaciones, cursos normales cortos, por de pronto en Madrid en la Escuela Normal y en el Museo Pedagógico, de metodología de la enseñanza; cursos encaminados á enseñar lo más imprescindible de la práctica pedagógica, y destinados al personal escogido de las normales de provincias; luego se organizarían por este personal, auxiliado por las personas que se reputasen aptas para el caso, otros cursos breves en las distintas normales, destinados á los maestros actuales, los cuales tendrían la obligación de asistir á ellos, clasificados de una manera conveniente. 3.° Enviar el mayor número posible de profesores normales al extranjero, después de haber sido convenientemente preparados en el Museo Peda-

gógico y en la Normal Central, á fin de que vieran cómo se enseña en los países que han logrado crear lo que aquí no tenemos, una educación nacional. 4.° Reorganizar en todas las localidades en que la reorganización fuese posible, las actuales escuelas, aisladas, y en las cuales es preciso emplear el sistema mutuo, mandado recoger y recogido en todas partes, agrupándolas y formando grupos escolares, con secciones de niños clasificados por edades á fin de poder dar una enseñanza homogénea, cosa hoy imposible, etc., etc.

Para crear el personal futuro, no encuentro nada mejor que orientar la reforma pedagógica, en el sentido propuesto por mi amigo el Sr. Marqués de Palomares en la Asamblea de productores celebrada en Zaragoza, sentido que, al fin y al cabo, refleja el espíritu dominante en muchas otras personas que desde hace tiempo vienen estudiando el problema de nuestra educación primaria: bastaría recordar para ponerse, como suele decirse, en autos, las discusiones de los dos Congresos pedagógicos celebrados en Madrid con ocasión de las fiestas de los centenarios de Calderón y del descubrimiento de América, y leer no pocos trabajos insertos en el *Boletín de la Institución libre de enseñanza,* y no pocos de *La Escuela Moderna.*

El personal futuro debe formarse, previa una reforma radical de las escuelas normales, reduciendo su número y creando el cuerpo, de número limitado, de normalistas. «Para la formación del personal,—dice el Sr. Marqués de Palomares, en estos ó parecidos términos,—se necesita crear, ante todo, el curso central para directores y profesores de las escuelas normales y para inspectores. Este curso debería organizarse con todas aquellas personas de superior cultura, que en el país han dado pruebas de entender los problemas pedagógicos y de saber lo que ocurre acerca de ellos en otros países». Y no se nos hable aquí de *intrusismo*, porque si queremos levantar el nivel del futuro personal de maestros españoles, hay que aprovechar los elementos todos, donde quiera que los halla. «Respecto de los alumnos,—continuaba nuestro amigo,—concurso

abierto á todo el mundo, sin necesidad de títulos; pero muy riguroso y muy práctico. Número muy reducido de admisión en las escuelas, treinta quizás. Serían pensionados con pensiones modestas. Los estudios en el curso serían puramente profesionales, pedagógicos y de carácter práctico, durante dos años ó menos, é inmediatamente pasarían otros dos años, pensionados también modestamente, y bajo la inspección del profesorado del curso, al extranjero. A su vuelta se les confiarían las direcciones y clases de las normales provinciales, y las inspecciones, no debiendo verificarse la reforma sino en la medida en que el nuevo personal lo consienta. El curso normal central seguiría funcionando con promociones cada dos años, y tendría un carácter superior, universitario.....»

Y ese es el camino: no hay otro, si se quiere realizar de veras la reforma pedagógica. Como se advertirá, no pedimos cambios de planes ni de programas, con aumentos ó supresiones de asignaturas, etc., etc.: todas esas cosas *gacetables* al minuto, con un poco de buen humor y con ganas de perder el tiempo inútilmente, nos parecen mandadas recoger. Con los planes mejor concebidos y un personal malo, nada conseguiríamos: en cambio, con un personal regularmente preparado, cualquier plan de enseñanza podría dar resultados aceptables.

Adolfo Posada.

LAS COLECCIONES DE CUADROS

DEL PRÍNCIPE DE LA PAZ

A mi querido amigo D. José Lázaro,
Director de La España Moderna.

Acerca de la colección de cuadros que llegó á formar el Príncipe de la Paz, y que se supone fueron embargados con sus demás bienes, después de su caída enmedio del motín de Aranjuez en Marzo de 1808, han corrido muchas noticias equivocadas, por falta de constancia y consistencia para averiguar con exactitud los datos de lo que á ella se refiere. Se ha acriminado la base de su formación, sin descender á detalles; se desconoce por muchos el número de obras astísticas que la componían y sus procedencias; se ignora el destino que se dió á tan considerable arsenal, y se han involucrado unos documentos con otros cuando se ha pretendido llegar á las fuentes donde debieran encontrarse los documentos testimoniales de todas estas cosas juntas.

Hay que proceder con calma y recto juicio para conocer la verdad. El Príncipe de la Paz, cuando cayó juntamente con el monarca á quien servía, no había logrado aún concentrar todo el tesoro de sus preciosidades artísticas en uno solo de los cinco edificios que le servían de habitual residencia en Madrid, Aranjuez y El Escorial. Desde que el Ayuntamiento de Madrid le regaló el palacio de Buenavista, donde él inmediatamente

emprendió colosales obras para habilitarle completamente á su gusto para su habitación definitiva, hay que creer que él lo conducía todo de manera que se pudiera instalar cómodamente en él aquella asombrosa galería de 972 cuadros antiguos y modernos, de los que más de la tercera parte se componía de obras maestras de los grandes pintores de todo el continente desde el siglo XV hasta su tiempo, y acerca de la que el pintor francés M. Frederic Quilliet le decía: «V. A. S. peut de ces deux galleries en faire une qu'aucune Prince Souverain de l'Europe ne puisse se flâter d'avoir la même.»

M. Quilliet habla de dos galerías, no porque el Príncipe de la Paz tuviese distribuídos sus cuadros en dos porciones, sino porque al presentarle el 1.° de Enero de 1808, tres meses antes de la desgracia de Carlos IV y su Ministro, el *Inventario* que le había hecho formar de aquéllos, Quilliet, según su apreciación personal, aunque técnica, los dividió en tres galerías, según el mérito que atribuía á cada una de estas obras artísticas: la primera, únicamente de obras que pueden llamarse maestras; la segunda, de las que, siendo también sobresalientes, admitían una graduación algo inferior; y la tercera, de las que podían calificarse en un rango secundario. Los cuadros del Príncipe de la Paz, sin embargo, no constituían hasta entonces verdadera colección, en el sentido técnico de la palabra, y sólo servían para el decorado de los espléndidos salones de sus moradas particulares, hallándose diseminados, cuando Quilliet los estudió para inventariarlos y calificarlos, entre la Casa del Almirantazgo, que era la suya, y la de su mujer, ó de Chinchón, en la calle del Barquillo de Madrid, y en las dos que poseía en los Sitios Reales de Aranjuez y El Escorial, en los que tan largas estancias hacían los Reyes Carlos IV y María Luisa.

Unida á la idea de cada uno de estos edificios va inseparablemente la del principio de la formación de las colecciones artísticas de armas, de libros y de otros objetos científicos que el Príncipe de la Paz había llegado á poseer. La Casa del Al-

mirantazgo, donde actualmente se halla instalado el Ministerio de Marina, se componía en 1792 de dos edificios, que, durante su ministerio en el reinado de Carlos III y el principio del de Carlos IV, fueron ocupados, el uno por el Conde de Floridablanca, y el otro por su hermano D. Francisco Moñino. Carlos III los había habilitado para residencia particular y oficial de su primer Secretario de Estado, dotándolo de muebles, pinturas y otros valiosos objetos, habiendo cargado los enormes gastos que se hicieron para una decorosa instalación sobre los fondos de su Real Renta de Correos. A la caída de Floridablanca y elevación del Conde de Aranda, éste, lejos de pasar á vivir en la residencia de su antecesor, mandó en 1.° de Abril de Real orden á los Directores generales de Correos D. Juan López de la Torre Ayllón y D. Francisco Escaren, de que pasasen á reconocer las dos casas y á levantar un inventario de todo cuanto en ellas se encontrase. Este *Inventario* era elevado al Conde de Aranda el 14 del mismo mes, y, en efecto, desde las antecámaras de los lacayos y de los pajes, hasta las salas de recibir, gabinetes y despacho, en cuyo decorado casi lo de menos valor eran los grandes muros, tapizados de riquísimas sederías de varios colores y bordados, apenas había habitación alguna que no se adornase ya con *Vistas antiguas* de los Reales Sitios de Aranjuez, el Pardo, el Palacio de Madrid y el del Buen Retiro, El Escorial y la Casa de Campo, ya con cuadros preciosos de Rubens, de Lucas Jordán y de otros maestros antiguos y modernos, entre los que descollaban todos los de insignes pintores italianos, flamencos y franceses, que fueron tomados en la presa del navío inglés *Tetis*. En la antealcoba se hallaban colocados los cuadros de Battoni; en un gabinete del piso bajo, el cuadro de la Virgen y San Juan Bautista, en que está retratado Alfonso de Villegas; en el despacho, los bocetos de los frescos que Lucas Jordán pintó en el *Casón del Retiro;* en el cuarto de compañía, el retrato de Carlos III y varios cuadros de propiedad de la Academia de Bellas Artes; y en las oficinas del entresuelo, ochenta y nueve cuadros

al óleo de *vistas de puertos* de España y sus colonias, y treinta y seis cuadros de dibujos, originales de varios profesores antiguos, también procedentes de la presa del navío inglés. En el antedespacho había una copiosa y rica librería con estantes de cedro, y por todos los departamentos de las dos casas abundaban las alhajas de alto valor y las curiosidades de todo género.

El 22 de Abril se dió orden de que cuanto antes se sacasen de las dos casas los muebles de propiedad particular del Conde de Floridablanca y de su hermano y familia, y verificada la mudanza el 27, el 30 comunicó el Conde de Aranda á los Directores de Correos, que, «conviniendo á S. M. la casa junto á San Marcos, en esta corte y calle del mismo nombre, que era propiedad y habitaba el Duque de la Alcudia, por su extensión comunicable, situación donde se halla y demás buenas proporciones que conducen á sus reales intenciones, y considerando lo gravosas que hasta ahora han sido á la Real Renta de Correos, sin ningún producto, *las tres casas* que junto al Colegio de Doña María de Aragón habitaron el Conde de Floridablanca, su hermano y familia..., era su real voluntad que al Duque de la Alcudia se le posesionase de las citadas tres casas, donde debe pasarse luego, por cambio equivalente á la suya, de que S. M. quiere disponer.» En su virtud, y con nuevas órdenes del Conde de Aranda, el día 5, los Directores generales de Correos formalizaron con el apoderado del Duque de la Alcudia la escritura de permuta por ante el Escribano de Cámara de S. M., D. José Payo Sanz, sin que en dicho documento, que recibió la aprobación inmediata del Rey, y por su real mandato, se hiciera expresión ninguna de los valores respectivos de unas y otras fincas, y comprendiendo en el cambio por parte de S. M., y en favor del Duque de la Alcudia, los cuadros, alhajas y demás objetos que en las casas del Almirantazgo existían, propios de S. M. Finalmente, el día 16, Ayllón y Escaren hicieron la entrega formal de las casas del Rey, con todo lo que en ellas se contenía, al apoderado del Duque de la Alcudia, y recibieron las llaves de la de la calle

de San Marcos: «de modo que el asunto quedó enteramente concluído», como en reverente oficio lo comunicaron el 19 al Conde de Aranda.

Desde este momento arranca, por lo tanto, el comienzo de la formación de la galería de pinturas del Príncipe de la Paz; la cual, aun sin los donativos posteriores de cuadros de todos los Palacios y Sitios Reales con que la pródiga liberalidad de Carlos IV cuidó de aumentarla de continuo, tuvo nuevos elementos de acumulación: primero, en los que recibió con el patrimonio de su mujer, la hija del Infante D. Luis, cuya colección constaba de los que le habían cabido por sus herencias directas, los que en número considerable compró como unidos á los Estados de Chinchón, cuya antigua casa nobiliaria había poseído un verdadero tesoro, así en armas como en tapices, pinturas y otros objetos semejantes; y finalmente, cuando llegó á la cumbre del poder y sus aficiones por los cuadros fueron conocidas, no sólo se los enviaron desde Italia el Embajador D. Nicolás Azara y el Almirante D. Federico Gravina, no sólo los adquirió en venta protegiendo con su acostumbrada esplendidez á los artistas de su tiempo, ya naturales, ya extranjeros, sino que en la época de su intimidad con los Bonaparte, los recibió en regalos directos del mismo Emperador, siendo del número de estos obsequios los retratos del Cónsul y los cuadros de sus batallas como General en Egipto, de que más adelante se hará más detallada referencia, pues están comprendidos en el *Inventario* de M. Quilliet.

Este *Inventario* es un documento tanto más precioso, cuanto que, escrito y entregado al Príncipe de la Paz, como se ha dicho, tres meses antes de su caída, precisa de una manera que excluye toda duda y corrige toda equivocación el número, la calidad y el pincel á que fue debida cada una de las obras que constituían su colección. A los tres meses de suscrito por M. Quilliet este documento, vino el motín de Aranjuez, los saqueos de sus casas de Aranjuez y de Madrid, la quema de sus muebles y objetos artísticos, el robo de otros, el

embargo judicial de lo que se salvó de las ocultaciones, de la rapiña y del fuego, los nuevos *inventarios* formados por orden superior, las almonedas de todo lo que se cautivó en el secuestro, las órdenes de D. Pedro Cevallos para que de aquellas ventas se exceptuasen las pinturas y objetos científicos, bibliográficos y de artes hasta que de ello se eligiera lo mejor, con destino á la Academia de San Fernando, al Gabinete Numismático y al de Historia Natural. Sin dejar momento de respiro, sigue á estos actos la intervención personal del Gran Duque de Berg, así en el proceso como en los embargos; su alojamiento en las casas del Almirantazgo, y cuando después del *Dos de Mayo* y obedeciendo las órdenas del Emperador se apoderó del poder que desempeñaba la Junta de Gobierno que Fernando VII en su ausencia dejó establecida, y él mismo pasó á residir en el Palacio Real, entregó la casa de Godoy, en que había tenido su alojamiento, al saqueo de sus soldados, con que en ella no quedó ni un mueble, ni un cuadro, ni un jirón de las ricas telas que vestían los muros de sus habitaciones, sin duda para disimular así otros despojos ya practicados por manos menos irresponsables. ¿Qué quedó enmedio de estos sucesos tan acelerados y violentos de la colección de pinturas que M. Quilliet había inventariado pocos meses antes? Si se da entero crédito á la carta que el Príncipe de la Paz dirigió desde París el 18 de Noviembre de 1833 al Ministro de Estado D. Francisco Zea Bermúdez, demandando arbitrios con que «no se le pusiera en situación de mendigar en el extranjero», hay un párrafo en que se lee: «Tengo en mi poder los inventarios de cuanto (del secuestro de sus bienes) se pasó á Tesorería después del desgraciado motín de Aranjuez. Nada me robó el pueblo: alhajas, cuadros, papeles, dinero, caudales, ropas, muebles y hasta la canela y la azúcar existente en mi repostería, la cal para mi palacio de Buenavista, piedras, ladrillos, todo, todo *se vendió*, y todo cuanto produjo se pasó á la Tesorería Real.» Corroboración de estas afirmaciones son las declaraciones que en el proceso contra el Prínci-

pe constan del ebanista de S. M. Juan Hartzenbusch, hermano del padre del eminente literato que todos hemos conocido, y que, encargado de las obras de carpintería fina del palacio de Buenavista, certificó con entera exactitud del número, medida y peso de los tablones de caoba que había en sus almacenes para aquel objeto, y que se vendieron en la forma que veinticinco años después relataba el Príncipe despojado. Pero aunque en los *Indices de las piezas de que consta el expediente relativo á la formación de causa y secuestro de bienes de Don Manuel Godoy*, que obra en la Secretaría del despacho de Hacienda, se hace referencia á los *Inventarios* en que debieron describirse los cuadros embargados y las órdenes que se dieron á los pintores de cámara D. Francisco Goya y D. Mariano Maella con D. Manuel Nápoli, para segregar de los destinados á la venta en almoneda *todas las pinturas originales y selectas* con destino á la Real Academia, ninguna de estas piezas se halla en nuestros archivos, como tampoco la que lleva por título *Justificación recibida en razón del robo ejecutado por las tropas francesas en la casa contigua á la de Doña María de Aragón*.

La pérdida de estos documentos impide hacer el cotejo necesario entre ellos, y el *Inventario* de M. Quilliet, anterior á estos desastres; pero como en nuestros archivos de Estado se ha hecho una confusión vituperable entre los vestigios que se conservan de la famosa causa contra el Príncipe Fernando VII, llamada del Escorial, y el expediente de causa y proceso contra D. Manuel Godoy, ha habido algunos escritores que han atribuído á *Inventario de las colecciones pictóricas* que al Príncipe de la Paz se le embargaron, otro *Inventario* que está unido á ese mal denominado *Proceso* que se encuentra en el Archivo Histórico Nacional, y que, como por los documentos protocolizados que le acompañan se ve, no es sino de los cuadros que sacados de los Palacios Real y del Buen Retiro, del del Pardo, del del Escorial y de todos los demás sitios Reales, los franceses depositaron en el palacio de Buenavista, durante el

tiempo de su dominación, á fin de ser conducidos á París para formar parte del *Gran Museo Napoleón* que el Emperador había proyectado. La circunstancia de que el depósito de estos cuadros extraídos de todas las estancias de nuestros monarcas se hubiera verificado en el Palacio de Buenavista, es la que ha causado el error que ya es tiempo se rectifique. Los cuadros de este *Inventario* nunca pertenecieron á la galería del Príncipe de la Paz.

No por eso debe considerarse menos opulenta y selecta que la de nuestros propios Reyes, que actualmente forman parte de los Museos de la Nación, la colección *godoyana*, como M. Quilliet la describe, y como éste, aunque persona muy entendida y de la mayor competencia, sólo obedeció á su propio criterio artístico para hacer la división de los cuadros del Príncipe de la Paz en sus tres referidas galerías, según el mérito que les reconocía censor de tanta autoridad, al reseñarla á continuación habremos de valernos del orden alfabético de apellidos de sus autores, sin diferencia de tiempos ni de escuelas, conservando sólo al lado del nombre de cada cuadro, entre paréntesis, las indicaciones I, II y III, que corresponden á la clasificación empírica que M. Quilliet empleó.

Realmente, desconsuela que este profesor, para describir cada cuadro se sujetase al nombre arbitrario que él mismo le puso, según el asunto ó tema de la composición artística. Sin este desesperante laconismo, tal vez podría hallarse la correspondencia que pueda existir entre los que Quilliet enumera y los que, habiéndose salvado tal vez de tantas vicisitudes, han logrado adquirir un puesto en nuestros Museos. Pero en escasísimo número, y no siempre de una manera determinante y definitiva, puede sospecharse que es uno mismo el cuadro inventariado por Quilliet y conservado actualmente en nuestros depósitos públicos. Tampoco se hará uso de las calificaciones que Quilliet suele poner, principalmente al lado de cada cuadro de los de la primera y segunda galería. Con rarísimas excepciones, sus calificativos responden al prestigio universal-

mente reconocido en el mundo del arte, á los maestros que desde el siglo XV han ejecutado tantas obras maravillosas procedentes de Italia, España, Flandes, Holanda, Alemania, Francia y aun Inglaterra.

Aunque el fondo esencial de la colección del Príncipe de la Paz estaba constituído por lienzos y pinturas al óleo, en el *Inventario* de M. Quilliet se registran, bien que en escaso número, algunas miniaturas, mosaicos, dibujos al lápiz, al guach, etc., tapices y aun bordados. El arte, al declinar el siglo XVIII, así en España como en Francia, tenía en aquella galería numerosa y brillante representación, y como hombre galante el Príncipe de la Paz, conservaba en ella, en lugar predilecto que la censura de M. Quilliet no ha osado degradar, pinturas de la Marquesa de Santa Cruz, doña María Ana de Waldstein, aguas fuertes de S. M. la Reina María Luisa, un retrato suyo hecho al lápiz por la famosa Teresa Cabarrús, esposa del Convencional M. Tallien, y un dibujo mitológico de aquella Josefina Tudó, que él hizo Condesa de Castillofiel, que le acompañó en todas las adversidades de su vida, y con quien, al cabo, viudo de la nieta de Carlos III, compartió su título y sus honores rehabilitados.

Hagamos, ante todo, la enumeración de estas galerías por el orden alfabético de nombres que hemos indicado:

1. Achart (1636).—*Paisaje de selva*, que M. Quilliet anota de *magnifique* (I).

2. Adam (J. Louis) (1789).—*Alegoría del General Bonaparte*, en esmalte (II).

3. Albani (estilo de Francesco) (1578-1669).—*Apolo y Marte* (III).—4. *Las musas al pie del Helicón* (III).—5. *Ofrenda á Flora* (III).

6. Alsloot (Denis Van) (1550-1625).—*Invierno* (III).

7. Amiconi (Giacomo) (1675-1752).—*Baños de Diana* (I). *Très beau.*

8. Antolínez y Saravia (D. Francisco) (1672-1700).—*Bendición de Esaú* (I).—9. *Paisaje* (I).

10. Aparicio (D. José) (1773-1838).—*Gladiadores* (III).

11. Arellano (Juan de) (1614-1676).—*Florero* (II). —12. *Otro florero* (II).— 13. *Corbeille de flores* (II).— 14. *Otra corbeille de flores* (II).

15. Arias Fernández (Antonio) (16...-1684).—*San Juan en el desierto,* pintado en 1640 (III).

16. Avón (P. I.) (1550).—*La Virgen y Jesús bajo unos árboles* (III).

17. Barfa (Jacob de) (1505).—*Marte y Venus* (II).

18. Barroccio (Federico Fiori de) (1528-1612).—*La Sacra Familia,* de medio cuerpo (I). *Superbe.*

19. Bassano (Jacobo di Ponte di) (1510-1592).—*Matrimonio de un Dux de Venecia en el mar* (I).—20. (Estilo de Bassano).—*Noé destruye su casa* (III).—21. *Episodio de la Historia de Jacob* (III).—22. *Otro episodio de la Historia de Jacob* (III).

23. Battista d'Agnolo ó del Moro (1560).—*El silencio dentro de una guirnalda de flores* (I). *Magnifique.*

24. Battoni (Pompeo) (1708-1787).—*Martirio de Santa Lucía* (I). *Tres beau.*—25. *La Virgen:* sin concluir (II).—26. *Sacra Familia:* de medio cuerpo (II).—27.(Estilo de Battoni). —*Bautismo de la Virgen* (III).—28. *La Virgen y Jesús* (III).— 29. *La Virgen y Jesús durmiendo* (III).

30. Becerra (Gaspar) (1520-1570).—*Cristo y su cruz* (I).

31. Bellino (Giovanni) (1426-1513).—*La Virgen y San Juan* (I). Muy raro y muy bello.

32. Bertier (Louis María) (1769).—*Adriadna y dos amorcillos* (II).— 33. *Júpiter y Lida* (II). — 34. *Una bacante y un sátiro* (II).—35. *Pan y Syringa* (II).—36. *Venus y Marte* (II).— 37. *Júpiter* (II).

38. Berghem (Nicolás) (1624-1683).—*Paso de un río* (III).

39 y 40. Bibiena (A. Alexandre Galli) (1657-1738). —*Dos planos de arquitectura y fábrica* (II). (Debían ser dibujos escenográficos).

41. Boucher (François) (1703-1770).—*Cazador, de pie* (III). —42. *Adriadna abandonada* (II).—43. *Tancredo y Clorinda* (II).

44. Bourguignon (Jacques Courtois, le) (1621-1676).—*Combate de los israelitas* (II).—45. *Otra batalla* (III).—46. *Otra batalla* (III).

47. Bouyon (Félix de) (Moderno).—*Retrato de Carlos IV* (III).—48. *Retrato de María Luisa*, 1806 (III).

49. Brauwer (Adrien) (1608-1640).—*Cabeza de anciano* (II) —50. *Un bebedor.* (II).—51. *Un hombre delante de una luz* (II).

52. Brauwer (estilo de)—*Retrato* (III).

53. Bredaël (Peter van) (16...-1667).—*Paisaje de invierno* (II). 54. *Ceremonia de corte* (II).

55. Breughel de Velours (Jan) (1589-1642).—*Paisaje* (II .--56. *Otro paisaje* (II).—57 á 60. *Alegoría de las cuatro estaciones* (III).—61. Breughel de Velours (estilo de).—*Noé en el arca* (III).—62. *La torre de Babel* (III).

63. Breydel (el caballero Charles) (1677-1744).—*Paisaje* (II).—64. *Otro paisaje* (II).—65. *País de montañas* (III).

66. Brill (Paul) (1556-1626.)—*Cacería de ciervos.* (II).—67 á 77. » *Diez pequeños paisajes* (II).

78. Cabarrús (Teresa).—(Estaba viva). (*Retrato del Príncipe de la Paz*), al lápiz.—(*Tres joli.* Quilliet.)

79. Calcaró Kalckaer (Johan Steplen Von) (1499-1546).—*Calvario* (I).

80. Campaña (Pedro).—*Descendimiento de Cristo* (I).

81. Camplobin (estilo de) (1660).—*Florero en tabla* (I). —82. *Otro florero en tabla* (I).

83. Cano Alonso (1601-1667)—*Santa Inés* (de son premier temps) (I).—84. *Cristo en la Cruz* (I). (*Superbe.*)—85. *Cristo atado á la columna* (I).—86. *La Virgen y Jesús:* de medio cuerpo (I). —87. Cano (estilo de Alonso).—*La Virgen y Jesús* (II).—88. *La Virgen y Jesús* (III).—89. Cano (escuela de Alonso).—*Cristo atado á la columna* (III).—90. *Adoración de los Reyes Magos* (I).—91. Cano (copia de Alonso, por el caballero Vanderwers) (1659-1722).—*La Virgen contemplando á Jesús dormido* (I). (Nota de Quilliet: *Charmant, malgré l'eloigemens.*)

92. Carasse, (moderno, 1807).—*Un hombre joven y una*

mujer anciana (III).—93. *Un hombre y una mujer bebiendo.* (III).—94. *San Jerónimo, á quien ilumina una lámpara encendida* (III).

95. Caravaggio. (Estilo de *Michele Angelo Amerighi,* llamado *il*) (1509-1609).—*Cristo atado á la columna* (III).

96. Carducci (Vicente) (1570-1638).—*San Juan en el Desierto* (I). (Magnifique.)—97. *Martirio de Santa Bárbara, patrona de los artilleros* (I). *(Magnifique.)*

98. Carracci (estilo de Annibale) (1560-1609).—*Lucrecia desnuda* (III).—99. *Desposorios de Santa Calalina* (III).

100. Casteeln (Fr. Vander)?— *Muerte de la Santa Virgen* (II).

101. Cavamas (Ana). (Estaba viva).—*La belleza esparciendo flores sobre las artes* (II). *(Très aimable.)*

102. Cignani (Carlo) (1628-1719).—*Loth y sus hijas.—(Superbe)* (I).

103. Cigoli (Ludovico Cardi, il) (1559-1613).—*San Julián. (Superbe)* (I).

104. Ciro-Ferry (1634-1689).—*Santa Teresa ofrece flores á la Virgen* (I). *(Magnifique.)* (*)

105. Coello (Claudio) (16...-1693).—*Retrato de hombre.* (I).—106. *Retrato de mujer* (I).

107. Constantin (J. Ant.)? (1757)—*Cuadro de batallas* (II).—108. *Otro cuadro de batallas* (II).

109. Correggio (Antonio Allegri, il) (1494-1534).—*Educación del amor* (I). (Raro, soberbio). (Probablemente sería este célebre cuadro de la casa de Alba, á donde vino de la del Conde-Dnque de Olivares).

110. Coypel (Noel) (1628-1707).—*Asamblea de dioses en el Olimpo* (II).

111. Crepin (Louis Philippi) (1772-1845).—*Marina* (III).

112. Croos (J. V). (1663).—*Campiña de Flandes* (II).

(*) Aunque el apellido es Ferry, siempre se le denomina *Ciro-ferri.*

113. Cuyp (Albret) (1605-1667).—*San Juan ante Portam Latinam:* pintado en 1642 (III).

114. Delerive? (Estaba vivo).—*Charlatanes* (II).

115. Delgado y Meneses. (Estaba vivo).—*Herodias* (II).

116. Dicpenberk. (Estilo de Abraham, van) (1607-1675). *Jesús en casa de Martha* (I). — 117. *Desprecio de las riquezas* (II). *(Assez bon).*—118. *Vertumno y Pomena* (III).

119. Dominichino (Domenico Zampieri, il) (1581-1640).—*San Sebastián* (II).

120. Dröllinc (Martín) (1752-1817).—*Niño dando de comer á un perro* (II). *(Aimable).*

121. Dürer (Albrecht) (1471-1528).—*Herodias.* (Quilliet. *Muy raro y precioso.*)—122. (Estilo de Albrecht).—*Un religioso leyendo* (II).

123. Dyck (Antonio Van) (1599-1641).—*Santa Rosa arrodillada* (I). *(uperbe).*—124. *Martirio de San Esteban* (I). *(Superbe).*—125. *Un retrato de hombre* (II).—126. *Otro retrato de hombre* (II).—127. (Estilo de Van-Dyck).—*Retrato* (III).—128. *Retrato de Magallanes* (III). (¿El que se halla en la Academia de San Fernando?)—129. *Otro retrato desconocido* (III).—130. (Escuela de Van-Dyck).—*Cristo atado á la columna* (I). *(Superbe).*—131. *La Virgen; un ángel ofreciendo una palma á Jesus* (I).

132. Eginton (Francis) (17...-1805).—*Milagro de panes y peces* (III).

133 á 136. Enguidanos (José López) (1760-1812). Cuatro cuadros de *Caza muerta* (III).—137. *Cacería* (III).—138. *Otra cacería* (III).

139 á 190. Escuela española (*) (antiguos y modernos): *Cristo con la cruz á cuestas* (I). — *Los doce apóstoles* (I).—*Entierro de Cristo* (I). — *Cristo enmedio de los sayones* (I). —

(*) Aunque en una lista alfabética de *nombres*, no debieran intercalarse cuadros *anónimos*, incluimos aquí las *Escuelas* para evitar subdivisiones.

Ascensión del Señor (I).—*San Francisco de Asís* (I).—*Alegoría de la Sacra Familia* (I).—*Tobías* (III).—*San Juan y el cordero* (III). — *Nacimiento del Mesías* (III). — *San Juan en el desierto* (III).—*Adoración de los Reyes Magos* (III).—*Un ángel y Santa Ana* (III).—*Sacra Familia* (III).—*Concepción de la Virgen* (III).—*Otra Concepción* (III).—*El bautismo de Jesús* (III). —*Jesús con la cruz á cuestas* (III). — *La cena* (III). — *Cristo crucificado entre los dos ladrones* (III). — *Otra cena* (III). — *Jesús dando las llaves á San Pedro* (III). — *Ascensión del Señor* (III).— *San Juan* (III). — *San Pablo* (III). — *San Marcos, evangelista* (III).— *Otro San Juan* (III).—*Cabeza de San Juan* (III).—*Cabeza de San Pablo* (III).—*San Jerónimo* (III).—*Otro San Jerónimo* (III).—*Otro San Jerónimo* (III).—*La piscina* (III). —*El paralítico* (III). — *Nuestra Señora del Carmen* (III). — *Santo Tomás* (III). — *San Francisco* (III). — *Desposorios de Santa Catalina* (III). — *San Francisco de Paula* (III). — *Otro santo* (III). — *Retrato de un fraile de la Merced* (III). — *Niño mirando al cielo* (III). — *Otro niño* (III). — *Un bebedor riendo* (III).— *Cabeza de anciano* (III).— *Cabeza de joven* (III).—*Retrato antiguo de mujer* (III). — *Otro retrato antiguo de mujer* (III). — *Paisaje con dos carneros merinos* (III).—*Verduras de huerta* (III).—*Un frutero con un melón* (III).

190 á 213. Escuela flamenca (antigua y moderna): *Cristo en el sudario* (I). *(Magnifique).*—*Acción de caballería* (II).—*La Adoración de los Reyes Magos* (III).—*Limosna á los pobres* (III).—*San Jerónimo con guirnalda de flores* (III).—*La Anunciación con guirnalda de flores* (III).—*Episodio de la Historia de San Alejo* (III).—*Otro episodio de la historia de San Alejo* (III).— *Arquímedes* (III).— *Un retrato desconocido* (III).— *Sacrificios á Priapo* (III). — *Tentación* (III). — *Amores jugando* (III).—*Carga de Caballería* (III).—*Jardín y flores* (III).—*Paisaje* (III).—*Otro paisaje* (III).—*Frutas sobre una mesa* (III).— *Caza muerta* (III). — *Otro de caza muerta* (III). — *Primavera* (III).—*Estío* (III).—*Otoño* (III).—*Invierno* (III).

218 á 248. Escuela italiana (antigua y moderna): *Naci-*

miento del Señor (I). — *Desposorios de Santa Catalina* (I). — *Adoración de los Reyes* (II).—*Caridad romana* (III).—*Sacrificio de Isaac* (II).—*Los tres ángeles en casa de Abraham* (II).— *David y Goliath* (III).— *Sansón y Dalila* (III).— *Sacra Familia* (III).— *Otra Sacra Familia* (III).— *San José y Jesús de la mano* (III).—*Educación de Jesús* (III).—*Jesús y San José* (III). *La Virgen y Jesús* (III). — *Jesús durmiendo sobre una calavera* (III).— *Jesús en casa de la Samaritana* (III).—*Jesús servido por tres ángeles* (III).—*Jesús en prisión* (III).—*Jesús atado á la columna* (III).— *Muerte de San José* (III).— *La Magdalena* (III).—*Descendimiento de la cruz* (III).—*Una Virgen* (III). —*Martirio de San Esteban* (III).—*San Jerónimo* (III).— *Sisara* (III).—*Lucrecia* (III).— *Apolo en casa de Vulcano* (III).— *San Bartolomé* (III).— *Alegoría de Minerva* (III).—*Mujer herida de una flecha, teniendo á sus pies muerto á su hijo.*

249 á 519. ESCUELAS INDEFINIDAS DE AUTORES DESCONOCIDOS (antiguos y modernos). Retratos históricos: *Retrato de la Reina Doña Isabel de Farnesio* (I).—*Retrato de Ana Bolena* (I). —*Retrato del Príncipe de la Paz en uniforme de Guardia de Corps* (I).—*Retrato de Pestalozzi* (II).—*Retrato de Mad. Pompadour* (II).— *Retrato del Príncipe de la Paz* (III).—*Otro retrato del Príncipe de la Paz* (III).—*Retrato de Washington* (III). *Grupo de la Familia Real* (III). — *Seis retratos de diversos Archiduques de Austria* (III).— *Retrato del Cardenal D. Pascual de Aragón* (III).—*Retrato de D. Manuel de Rodas* (III).— *Retrato del tercer Marqués del Valle, nieto de Hernán Cortés* (III). (Este cuadro perteneció posteriormente á las galerías del Marqués de Salamanca, el cual lo hizo grabar en acero).—*Retrato de la Reina María Amalia de Sajonia*, mujer del Rey Carlos III (III). — *Grupo del Rey Carlos IV y de la Reina María Luisa* (III).—*Retrato de Carlos IV* (III).—*Retrato de María Luisa* (III). — *Otro retrato de la Reina* (III). — *Retrato de la Infanta Doña María Isabel, Princesa de Nápoles* (III).—*Retrato del Infante D. Luis de Borbón* (III).— *Otro retrato del Infante D. Luis* (III).—*Retrato del Cardenal D. Luis*

de Borbón (III). (Este retrato, que M. Quilliet estimaba de escaso mérito, ha figurado en la *Exposición de las obras de Goya*, atribuído á su pincel.) — *Retratos del Czar Pablo I de Rusia y de la Czarina* (III).—*Retrato del Príncipe de la Paz á caballo* (III). — *Otro retrato del Príncipe de la Paz: de medio cuerpo* (III).—*Retrato de un hijo del Príncipe de la Paz* (III).—*Retrato de la Marquesa de Branciforte*, Doña Ramona de Godoy y Alvarez de Faria, hermana del Príncipe de la Paz (III).—*Dos alegorías sobre el Príncipe de la Paz*, con motivo de la paz de Basilea (III). — *Alegoría del Príncipe de la Paz á caballo,* con motivo de la guerra de Portugal (III).—*Alegoría sobre la dignidad del Almirantazgo*, concedida al Príncipe de la Paz (III). — *Otra alegoría sobre el Príncipe de la Paz*, por la aplicación del sistema de Pestalozzi á las Academias militares (III).— *Combate naval de Trafalgar* (III). — *Retrato del General Ricardos* (III). — *Retrato del Cardenal Gravina*, Nuncio apostólico de Su Santidad (III). — *Retrato del Cardenal Secretario* (III).—*Retrato del Obispo de Salamanca* (III).—*Retrato de otro Obispo* (III).—*Otro retrato de Obispo* (III).—*Retrato de una Reina* (III).—*Retrato moderno de mujer* (¿Doña Josefina Tudó, Condesa de Castillofiel?) (III).— *Dos retratos, uno de hombre y otro de mujer,* de la época de Felipe II (III).—*Retrato antiguo de mujer* (III). — *Retrato moderno de mujer* (III).— *Otro retrato moderno de mujer* (III).— *Retrato de un anciano y de una mujer* (III).—*Cuatro retratos de personas desconocidas* (III). — *Retrato de un Bajá turco con traje encarnado* (III). — *Arbol genealógico del Príncipe de la Paz* (III).—Historia Sagrada antigua: *Caín y Abel* (III). —*Abel muerto por Caín* (III).—*Muerte de Abel* (III).—*Judith* (III).—*Sacrificio de Isaac* (III).—Asuntos piadosos: *La Anunciación,* con guirnaldas de flores (III).—*La Circuncisión del Señor* (III). —*La adoración de los pastores* (III). — *Otra adoración de los pastores* (III). — *La adoración de los Reyes* (III). — *San Juan orando en el desierto* (III).—*Jesús, la Virgen y San José* (gótico) (III).—*La Virgen y Jesús, jugando con los ángeles* (III). —

San José llevando de la mano á Jesús (III).—*Jesús y San Juan* (III).—*Sacra Familia* (III).—*Otra Sacra Familia:* de tamaño natural (III).—*Sacra Familia y San Juan* (III).—*Sacra Familia y San Francisco* (III).—*Huida á Egipto* (III).—*Descanso en el desierto* (III).—*Otro descanso en el desierto* (III). — *Jesús y sus discípulos* (III).—*Las bodas de Caná* (III).—*La Virgen, San Juan y la Magdalena* (III).—*La Magdalena* (III).—*Otra Magdalena* (III).—*La Magdalena orando* (III).—*La Magdalena en el desierto* (III).—*La Magdalena asistida de tres ángeles* (tamaño natural) (III).—*Cristo en la cruz* (III).—*Otro Cristo* (III).—*Otro Cristo* (III).—*Otro,* pequeño (III).—*El Calvario* (III).—*El descendimiento de la Cruz* (III).—*La Ascensión del Señor* (III).—*Santa Cecilia* (III). — *San Esteban* (III). — *San Francisco en éxtasis* (III). — *San Francisco de Paula* (III). — *San Huberto* (III).—*San Jerónimo* (III).—*San Jerónimo en oración* (III).—*San Roque* (III).—*Un sacerdote sentado* (III).—Asuntos mitológicos: *Venus en la concha* (III). — *Venus desnuda durmiendo* (III). — *Combate de las Amazonas con Thermodonte* (III). — Quince cuadros de los *Trabajos de Hércules* y uno de su *apoteosis* (III). — Tres cuadros de las *Partes antiguas del mundo* (III).—Cuatro cuadros alegóricos de las partes del mundo (III). —Historia romana: *El robo de las Sabinas* (III). — *Tarquino viola á Lucrecia* (III).—*Muerte de Séneca* (III). —Cuadros de género; paisajes y marinas: *Un anciano con armiños* (III).—*Seis puntos de vista desde un balcón* (III). — Ocho cuadros de *Panoramas de fiestas populares* (III). — *Una vista de Nápoles* (III). — Cuatro *vistas del Soto de Roma,* en Granada (III). — Tres *vistas de la Albufera,* en Valencia (III).—*Interior de una iglesia* (II).—*Campaña y fábrica* (III). — Seis cuadros de *Marinas* (III). — Dos *paisajes* de bosque (III). — *Paisaje con animales* (III).—*Paisaje con rebaños* (III). — Cuatro *paisajes* pequeños, de escuela francesa (III). — Cuatro *paisajes* pequeños, firmados G. D. W. (III).—Cuatro cuadros de *flores y frutas* (III). — Cuadro de *pájaros* (III). — Tres cuadros de *pesca* (III).—*Pavo real y uvas* (III).—Tres cuadros de *riñas de gallos*

(III).—*Cacería de lobos* (III).—*Cacería de ciervos* (III).—*Atributos de caza* (III). — Veinte cuadros de *caza muerta* (III). — *Anciano en oración* (III).—Dos cuadros de *fiestas de viejos* (III). —*Un anciano* (III).—Cuatro cuadros de *cabezas de viejos* (III). —*Anciano y anciana* (III).—*Dos alegorías del Tiempo* (III).— *Niño rodeado de serpientes* (III). — *Tres niños jugando* (III). —Busto de *un joven* (III).—*La Fortuna conduce al Amor* (III). —*Sueño de una mujer* (III). — *Una mujer y un joven,* con la inscripción: *Ars longa, vita brevis* (III).—*Pastor jugando con el perro* (III). — *Vendedor de legumbres* (III). — *Vendedor de pescados* (III). — Miniaturas: *Alegoría de Hércules* (II). — *Danae* (II).— *Ninfa en el baño* (II). —*Venus* (II).—*Venus y el Amor* (II).—*La educación de Aquiles* (III). — *La Virgen y Jesús* (III). — *Mujer desnuda acostada* (III). — *Mujer en el baño* (III).— *La Magdalena* (III). — *El Amor* (III). — *Matilde y su hija* (III).—*Adela y su hijo* (III).—*Retrato de Carlos IV* (II).— *La Reina María Luisa y el Rey Carlos IV* (III).—*Jorge III de Inglaterra* (III).—*María Antonieta y el Delfín* (III). — *María Antonieta, el Delfín y Madama Isabel en la prisión* (III).— *Retrato de la Duquesa de Alba* (III).—Sobre cristal: *La huída á Egipto* (III).—*El profeta Elías* (III).—*Flores* (III).—*Retrato de Carlos IV* (III).—*Retrato de María Luisa* (III).—*Retrato del Príncipe de la Paz* (III). — Sobre mármol: *La Anunciación* (III).—*La Trinidad* (III).—*Dos cacerías* (III).—*Dos cuadros de mosáico* (III).—*Dos cuadros en bajo relieve* (II).

520. Escuela Sevillana.—*La Virgen dando la casulla á San Ildefonso* (I).

521. Escuela Veneciana. — *Retrato de un Cardenal, de pie* (I).

522 á 526. Espina (Benito) (estaba vivo).—*Cinco cuadros de flores* (II).

527. Esteve (D. Jacinto) (1776-1801).—*Josué detiene el sol* (III).—528 y 529. *Dos cuadros de batallas* (III).

530. Estilo gótico antiguo.—*La Virgen* (III).

531 á 537. Eusebi Luis (estaba vivo).—*Dos alegorías de*

hechos del Príncipe de la Paz: miniaturas, que Quilliet califica de *Très aimables* (II).—*La Magdalena* (III).—*Un fauno y una ninfa* (III).—*Un satyro y una bacante* (III).—*Marsias y Apolo* (III).—*Educación de Aquiles* (III).

538 y 539. Fay (Madame) (Estaba viva).—Dos cuadros bordados al realce, uno con un *Paisaje de árboles,* en negro, y otro con una *Marina,* que M. Quilliet califica de *curieux* (II).

540 á 542. Fyt (Juan) (1609-1661).—Tres *bodegones,* á los que M. Quilliet pone respectivamente los calificativos de *superbe* al primero, *magnifique* al segundo y *très bien* al tercero (I).

543 á 545. Ferrer (Vicente) (1776-1795).—Tres cuadros de *flores, frutas y tapices* (III).

546. Flameel (Bartolomeo) (1614-1675).—*Santa Ana dando lección de lectura á la Virgen* (I).

547. Foschy (Ferdinando) (Siglo XVIII).—*Invierno* (I).

548. Fragonard (Juan Honorato) (1732-1806).—*Pequeña lectora* (II). Pintado en 1785 —549. Fragonard, (Estilo de). —*Sacrificio de Callirohé* (I). Pintado en 1780.

550 á 555. Franck.—(Den ouden Frans) (1554-1616).—*San Andrés* (III).—*Santa Cecilia* (III) —*Josué detiene al sol* (III). —*Diana cazadora* (III).—*Descanso de Diana* (III).

566. Gaudensis (J. V). (?).—*Caridad romana* (I).

567. Gandoy (Julien) (?).—*Frutas* (III).

568. Ganzoni (Giovanna) (estaba viva).—*Bodegón* (II).

569. Gafolato (Benvenuto) (1481-1559).—*La Adoración de los pastores* (I).

570. Genovese (Pietro) (?).—*La Verónica* (I). Quilliet: *Superbe.*

571 á 575. Gerhard della Notte (El Barón Francisco).—(1770-1837):—*Natividad del Señor* (I) *Beaux effets.*—*San Pedro y el Angel* (I) *idem.*—*Jesús y los peregrinos* (I) íd.—*Jesús y Nicodemus* (I) *id.*—*Caridad romana* (I) íd.

576. Giotto, estilo de (muerto en 1336).—*Calvario* (III).

577 á 579. Goltz (Enrique) (1558-1617).—*Diana de vuelta de la caza* (II).—*Ceres y sus frutos* (II). —*La Cena del Señor* (II).

580. Gómez (Vicente José) (1670-1720).—*Jesús arroja del templo á los mercaderes* (I).

581. González (Bartolomé) (1564-1627).—*San Agustín recibe un monge en su orden* (II). Pintado en 1624.

582 á 600. Goya y Lucientes (D. Francisco) (1766-1828).—*Retrato de Carlos IV, de caza* (I).—*Retrato de María Luisa,* de mantilla (I).—*Retrato de Carlos IV,* de pie (I).—*Retrato de María Luisa,* de pie (I).—*Retrato del Príncipe de la Paz* (I).—*Otro retrato del Príncipe de la Paz* (I).—*Retrato de la Princesa de la Paz,* Doña María Teresa de Borbón y Villabrille (II).—*Gitana vestida* (maja) (III).—*Gitana desnuda* (III).—Cuatro *medallones con retratos* (III).—Cuatro *grandes alegorías* (III).

(Los retratos del Rey *Carlos IV* y de la Reina *María Luisa,* reclamados por la Mayordomía mayor de Palacio por Real Orden de 7 de Febrero de 1815 al Administrador de los secuestros del Príncipe de la Paz, D. Angel Sahagún, fueron entregados por éste el 15 del mismo mes á D. José Angel y Alvarez, bibliotecario de Cámara de S. M., y devueltos á la Real Casa, de la que eran propiedad. El Rey Fernando VII no pidió de las galerías del Príncipe de la Paz la devolución de ningún otro cuadro). En cuanto á las *gitanas* son las *majas* que están en la Academia de San Fernando).

161. Van-Goyen (Estilo de) (1596-1656).—*Campamento de soldados* (II).

602. Greco (Domenico Theotocopuli, il) (1550-1625).—*La Virgen y Jesús, con una mujer de rodillas á sus pies* (III).

603 y 604. Greuze (Jean Baptiste) (1725-1805).—*El deseo.*—Miniatura (II).—*Saboyanillo* (II).—Quilliet: *aimable.*

605 y 606. Gryef (Adrian von) (1670-1715 ?)—Dos cuadros de *caza muerta* (II).

607 y 608. Guercino (Giovanni Francesco ó Gianfrancesco Barbieri, il) (1591-1666).—*Jacob bendice á sus hijos* (I).—*La Sibila de Cumas* (I).

609 á 612. Guercino (Estilo de).—*San Sebastián:* de medio

cuerpo (III).—*Adriadna y Baco* (III.)—*La vuelta del César* (III).—*Herodias* (I).

613 y 615. Guido (il) Reni.—Copia de *La Virgen y Jesús* (II).—Guido Reni (Estilo de).—*Sacra Familia* (III).—*La Aurora* (III).

616. Hackert (Estilo de) (Siglo XVIII).—*Paisaje y vista del mar* (III).

617. Heem (Jan David de) (1600-1674).—*Guinalda de flores y frutas* (I).

618. Helst (Vander Luis) (Siglo XVII).—*Fiesta popular en Flandes* (III). Pintado en 1613.

619. Hens (Frans) (?).—*La imagen del Salvador dentro de una guirnalda de flores* (II).

620 y 621. Hellemont (M. V.) (1683-1726).—Dos cuadros de *caprichos flamencos* (III).

622. Holanda ó de Leyden (Lucas de) (1494-1533).—*La Virgen:* de medio cuerpo (III).

623 y 624. Holbein (Hans) (1497-1543):—*Hombre con los brazos cruzados* (II).—*Hombre con un libro en la mano* (II).—*Hombre con las manos juntas* (II).

625. Huertos (estaba vivo).—*El Salvador,* con una inscripción (III).—626. *La Virgen* con una inscripción (III).

627. Inza (D. Joaquin) (estaba vivo).—*Retrato del Príncipe de la Paz* (III).

628 y 629. Jordaens (Jacob) (1593-1678).—*La Virgen y Jesús con guirnalda de flores* (I).—*La Virgen y Jesús,* sin guirnalda (I).

630 á 632. Jordaens (Escuela de).—*El Angel y Tobías* (II).—*La Virgen se embarca para Egipto* (II).—*Ascensión del Sacramento* (III).

633 á 643. Jordan (Lucas) (1632 á 1705): *Salomón es la gloria* (I).—*Saúl persiguiendo á David* (I).—*Moisés saca agua de la roca* (I).—*Moisés tocando la roca de Oreb* (I).—*Betzabé en casa de David* (I).—*Betzabé en el baño* (I).—*Abigail en presencia de David* (I).—*Visita de Santa Ana á Santa Isabel* (I).—

Muerte de Catón (I).—*Muerte de Séneca* (I).—*Efigie de Carlomagno* (I).—*Homenaje de Curcio* (I).

644 á 646. Jordán (Estilo de Lucas): *Alegoría de las Bellas Artes* (III).—*San Ildefonso y la Virgen* (III).—*La hija de Faraón acoge á Moisés* (II).—Quilliet: *Assez bon.*

647. Josepin (Cesari de Arpin, *il*) (1570-1640).—*Adam y Eva arrojados del Paraíso* (II).

648. Juanes (Escuela de Juan de) (1505-1579).—*La cena* (I). ¿Este cuadro es el mismo que figura en el Museo del Prado con el núm. 755?

649. Kauffmann (Angélica) (1742-1807).—*Retrato del Papa Pío VII:* de medio cuerpo (III).

650 á 653. Kessel (Jan Van) (1626-1679).—*Caballero sobre un caballo pío* (I).—*Caballero sobre un caballo blanco* (I).—*Dos guirnaldas de flores* con escudos y medallas en el centro (I). *(Bons malgré leurs defauts).*

654. Kessel (Imitación de Jan Van).—*Caballero sobre un caballo blanco* al galope (II).

655. Kranatch ó Crannach (Luc Sunder) (1472-1553).—*Judit y Herodías* (I). (Quilliet: Muy curioso, raro y bien conservado).

656 á 659. Laer (Peter van) (1613-1674).—*Un bebedor.*—*Un anciano.*—*Cazador en descanso.*—*Dos bebedores.*—(II). (Quilliet: *gentils.*)

660 y 661. Largillière (Nicolás) (1656-1746).—*Dos retratos de mujer,* época de Luis XIV (II).

662 y 663. Largillière (Estilo de).—*Dos retratos de mujer* de la segunda mitad del siglo XVII (III).

664. Lavallée-Poussin (Esteban † 1805).—*Calvario* (III).

665 á 668. Le Bell (Guillermo) (Estaba vivo).—*Dos cuadros de flores, y flores y frutas,* en porcelana (II).

669. Lemoine (Francisco) (1688-1737).—*Porcia* (I).

670 y 671. Lind (Peter Van) (1609).—*Triunfos de Cibeles* (II).—*Alegoría de Júpiter* (III).

672. Lingelback (Jan) (1625-1687).—*Pastor y rebaño* (I).

673 á 676. Lisse (J.) — *Un boxador con un vaso de cerveza en la mano.* (I). — *Un músico con una flauta* (I). — *Astrónomo* (II).—*Un hombre herido en la frente* (II).

677. L. M. D. J. S. P. (1772).—*Perdices muertas* (III).

678 y 679. Loraine (Claude de) (1600-1682).—*Dos marinas* (III).

680. Lutti (Benito) (1666-1724).—*Abel muerto por Caín* (I).

681. Maciá (Carmen) (Estaba viva).—*Venus herida de flechas* (II).

682 y 683. Maella (D. Mariano Salvador) (1739-1819).—*Retrato de Don Diego de Godoy, Duque de Almodóvar, hermano del Príncipe de la Paz* (I).—*Sacra Familia* (I).

684. Manfredi (Bartolommeo) (1580-1617).—*Banquete* (II).

685. Morattí (Estilo de Carlo) (1625-1713).—*La Virgen* (III).

686. Martín (Estaba vivo).—*Bacanal* en bajo relieve (III).

687 á 690. Matweieff (Feodor) (17...-1824).—*Cuatro paisajes* (III).

691. Vandermeer (Juan) (1628-1691).—*Caza muerta* (III).

692. Menéndez (Luis) (1716-1780).—*Sacra Familia* (II).

693 á 699. Mengs (Antonio Raphael) (1728-1779): *La Anunciación* (sin concluir) (I).—*La Virgen de los Dolores* (II).—Mengs (Estilo de): *Adoración de los pastores* (III).—*Sacra Familia* (III).—*El día* (III).—*La Virgen y Jesús* (III).—*La Magdalena y la Virgen de los Dolores* (III).

700. Merino (D. Isidro ?) (Estaba vivo). — *Jesús y San José* (III).

701. Michel (Jorge) (1763-1840). — *Una vaca pastando* (II).

702 á 704. Morales (Luis de, el Divino) (1505-1586): *Cristo muerto* (I). Beau.—*Cristo entre dos sayones* (I).—Morales (Estilo de).—*Cristo coronado* (II).

705 á 737. Murillo (Bartolomé Esteban) (1618-1685): *La Concepción* (I).—*La Virgen y Jesús* (I).—*San Agustín* (I).—*Santo Tomás de Villanueva* (I).—*Santo Tomás de Villanueva curando á un tullido* (I).—*San Carlos Borromeo* (I).—*Retrato*

del Marqués de Velasco (I).—*Una Virgen* (II).—*Un hombre joven con capa* (II).—*La Sacra Familia* (II). (Este cuadro parece ser el que en el Museo del Prado se señala con el núm. 854.) —Murillo (Estilo de): *La Concepción* (III).—Otra *Concepción* (III).—*San Juan Bautista* (III).—*Jesús y San José* (III).—*La Sacra Familia* (III).—*La Virgen y Jesús* (III).—Otra *Sacra Familia,* de tamaño natural (III).—*San Juan en el desierto* (III). —*San Juan de Dios* (III).—*Jesús y San Juan en un huerto* (III). —*El Salvador y otra figura* (III).—*Mujer á una ventana* (III).— *Niño que ríe* (III).—*Santo Domingo de Guzmán* (III).—*Santa Teresa de Jesús* (III). — *San Francisco de Asis* (III).—*San Francisco en éxtasis* (III).—*Dos retratos de hombre,* desconocidos (III).—*El cordero pascual* (III).—*Pastor y ovejas* (III).— *Muerte de San Pascual* (II).

738. Murillo é Iriarte (Estilo de) (1620-1685).—*Blanqueadores de fábrica* (II).

739. Nain (los hermanos Le) (siglo XVII).—*Efecto de luz* (I).

740 y 741. Nani (Jacopo) (estaba vivo). — *Dos bodegones* (III).

742. Nasario (Tomás) (Filipino) (?).—*Palacio Real de Manila* (Filipinas) (III).

743. Navarro (?).—*Cristo atado á la columna* (III).

744. Negri (Luis) (estaba vivo).—*Retrato de mujer* (III).

745. Netscher (Constantino) (1670-1722). — *Retrato de mujer* (II).

746. Ommeganck (Baltasar Pablo) (1755-1826).—*Buey pastando,* bordado en relieve y calificado por Quilliet: *très bien fait* (II).

747 y 748. Ommerganck (Estilo de). — *Dos paisajes con animales* (III).

749 y 750. Orrente (Pedro) (1560-1644).—Dos composiciones de la *Vida de Jacob* (I). *Magnifiques,* según Quilliet.

751. Orrente (Estilo de).—*El Cordero Pascual* (III).

752 á 755. Ostade (Adrian Van) (1610-1685): *Un charla-*

tán (II).—*Una mujer y un niño* (II).—*Una mujer y un hombre* (II).—*Taberna* (II).—*Cantores* (II).

756. Pacheco (Estilo de Francisco) (1571-1654).—*La razón disipa la ignorancia* (III).

757. Padovanino (Alessandro Verotari, *il)* (1590-1650).—*Ninfa reclinada* (I). *Magnifique.*

758. Palma Giovane (Jacobo) (1544-1628).—*San Francisco en éxtasis* (I).

759. Pereda (Antonio) (1599-1669).—*Descendimiento de la cruz* (I).

760 á 763. Picchinelli (Ju.) (16...-16...).—*Josué* (III).—*Degüello de los inocentes* (III).—*Moisés sacando agua de una roca* (III).—*Sansón y los Filisteos* (III).

764 á 766. Pichot (P.) (estaba vivo).—Dos *paisajes* de bosque y otro con un *volcán,* al guache (II).

767 y 768. Piombo (Sebastián del) (1485-1547).—*La Virgen y Jesús dormido* (I). *Charmant.—Cristo llevando la cruz* (I).—¿Es el mismo que en la actualidad lleva el número 395 en el Museo del Prado?

769. Phil (Hackert) (?).—*Bodegón* (II).

770. Pourbus (Francisco) (1540-1580).—*Retrato de una mujer desconocida* (II).

771 á 773. Pourbus (Estilo de).—Dos *retratos* pequeños, y uno de *un jurisconsulto* (III).

774 y 775. Poussin (Estilo de Nicolás) (1594-1665).— *Dos paisajes* (II). Quilliet: *jolis.*

776. Procaccini (Cammillo) (1546-1626).—*La ninfa Eco* (II). *Très aimable.*

777 á 780. Risquez (Pierre) (?).—*Cuatro cuadros de batallas* (III).

781. Rembrandt Van Ryn (1607-1663). — *Interior de una Cámara Real* (I). *(Magnifique, rare et superbe:* Quilliet).

782. Rembrandt (Estilo de).—*Dos cabezas de viejos* (III).

783. Ribalta (Juan de) (1597-1628).—*La Cena. (De toute beauté:* Quilliet).

784 á 790. Ribera (Jusepe de, *il Spagnoletto)* (1588-1656). —*San Sebastián* (I). ¿Este cuadro es el que en el Museo del Prado lleva en la actualidad el núm. 993?—*Adoración de los pastores* (I). *Superbe.—San Jerónimo* (I). *De toute beauté.— Otra adoración de los pastores* (I).—*Cabeza de San Tadeo* (II). —*Dos cabezas de ancianos* (II).

790 á 819. Ribera (Estilo de): *San Pedro* (III).—*Otro San Pedro* (III).—*Otro San Pedro* (III).—*San Pablo* (III).—*Otro San Pablo* (III).—*San Bartolomé* (III).—*San Jerónimo* (III).— *Otro San Jerónimo* (III).—*Otro San Jerónimo* (III).—*San Tadeo* (III).—*San Agustín* (III).—*San Sebastián* (III).—*San Francisco* (III).—*San Francisco de Paula* (III).—*Otro San Francisco de Paula* (III).—*San Francisco el Ermitaño* (III).—*Un santo delante de un Crucifijo* (III).—*Otro santo* (III).—*Otro santo* (III). —*Otro santo* (III).—*Otro santo* (III).—*Otro santo* (III).—*Cabeza en contemplación* (III).—*Un filósofo* (III).—*Arquímedes* (III). —*Heráclito* (III).—*Un viejo* (III).—*Otro viejo* (III).—*Otros dos viejos* (III).—*Los cinco sentidos* (III).

820. Robert (?).—*Pobre pidiendo limosna* (III).

821. Rodríguez (Antonio) (Estaba vivo).—*Marina* (III).

822 á 824. Roelas (Estilo del Licenciado Juan de las) (1558-1626): *Santiago* (III).—*La Anunciación* (III).—*La Concepción* (III).

825. Rohant Savarit (1570-1639).—*Paisaje* (II).

826. Romano (Giulio Pippi, llamado Giulio) (1499-1546).— *La Sacra Familia* (II).—¿Este cuadro se halla en el Museo del Prado con el núm. 237?

827. Romero (Juan Bautista).—*Flores* (III).

828 á 832. Rosa (Salvatore) (1610-1673).—Cuatro cuadros pequeños de *Batallas* (II).

833. Rosa (Estilo de Salvatore).—*Paisajes* (III).

834. Rosa de Tívoli (¿Estaba viva?).—*Pájaros* (III).

835 y 836. Rubens (Copia de) (1577-1640):—*Pintura alegórica* (I).—*Maleagro y Atalante* (III).

837 á 850. Rubens (Estilo de): *Niños jugando* (II).—*Saul y*

David (III).—*Natividad del Señor* (III).—*Degüello de los inocentes* (III).— *Misericordia del Señor* (III). *Triunfo de la religión* (III).— *Triunfo de la verdad* (III).—*Diana y Arteón* (III). —*Diana* (III).— *Páris* (III). — *El robo de las Sabinas* (III). — *Sacrificio* (III).—*Sacerdote de la gentilidad* (III).—*Alegoría religiosa* (III).

851 á 855. Ruíz (Juan Salvador) (1671).—*Cuatro vistas de la toma de Orán* (III).

856 á 59. Sánchez (Mariano Ramón) (1740-1822).—*Vista de Cartagena* (III).—*Dársena de Cartagena* (III).—*Vista del Ferrol* (III).—*Vista de Sevilla* (III).

860 á 862. Santa Cruz (La Marquesa de.) (estaba viva).— Tres *miniaturas* representando: *El Arcángel San Rafael* (II). —*El origen de la pintura* (II).—*Un mendigo* (II).

863. Santander (Siglo XVIII).—*Huida á Egipto* (III).

864 y 865. Santos (El Padre) (estaba vivo).—*Jesús y los Doctores.* (Copia de Guido Reni) (II).—*La perla,* de Rafael (Copia) (II).

866 á 869. Sanzio (Raffaele Santi ó) (1483-1520).—*La Virgen, Jesús dormido y San Juan* (I). (Procedente de la testamentaría de la Duquesa de Alba).—*La Sacra Familia* (I). *Très beau.* ¿Este cuadro es el núm. 381 de nuestro Museo del Prado? —*La Virgen del Velo* (I). En tapicería.—*La Virgen, Jesús y San Juan* (Copia) (III).—*La Huida á Egipto* (Copia) (III).

870. Saravía (J.) (1608-1669).—*La Virgen y Jesús jugando con los ángeles* (I). *Très beau.*

871. Sassoferrato (Giovan Battista Salvi di) (1605-1685). —*La huida á Egipto* (I). *Charmant.*

872. Sassoferrato (Estilo de).—*La Virgen del Velo* (II).— 769. *La Virgen del Velo* (II).

873 y 874. Schidone (Bartolomeo) (1550-1615).—*La Caridad* (II). Miniatura.—*La Magdalena dormida* (II).

875. Schidone (Estilo de).—*San Sebastián* (III).

876. Schud (Camilo) (15...-16...).—*Adoración de los pastores* (III).

877. Seghers (Estilo de) (1589-1651).—*Efecto de luz* (III).

878. Suayers (Peter) (1592-1667).—*Una Iglesia de Amberes* (I).

879 á 882. Sneyder (Frans) (1579-1657).—*Cuatro tablas de leones, ciervos y otros animales de caza; pájaros y frutas* (I). *Superbes:* Quilliet.

883 á 887. Spinosa (?) (1600-1680).—*El sepulcro de Cristo* (I).—*La Natividad del Señor* (I).—*El Tránsito de la Virgen* (I). *La Virgen y San José* (I).—*Jesus en el Templo* (I).

888 y 889. Solimena (Francesco).—*El abate Picio* (1657-1747 .—*Venus y el Amor* (I). *Charmant.*—*Batalla de Arbelus* (I). *Beau.*

890. Solimena (Estilo de).—*El Olimpo* (III).

891. Sweback (Jacobo, Francisco, Juan) (1769-1823).—*Combate de caballería* (II).—*Combate de caballería en Egipto* (II). En porcelana: regalo del General Bonaparte. *Delicieux* (Quilliet).—*Cacería* (II).

892 y 893. Tapia (Don Isidoro) (1720).—*Sibila* (ll).—*Lucrecia* (II).

894. Tecco (C.) (?).—*Bodegón* (I).

895 á 907. Teniers (David) (1610-1694): *El hijo pródigo* (I). *Superbe.—San Pedro* (II). *Superbe.—Fiesta de aldea* (II). Magnifique. ¿Acaso el cuadro número 1.718 del Museo del Prado?—*Paisaje con figuras* (II). Aimable.—*La gruta de San Antonio* (II). *Aldea y paisanos* (II).—*Caza y pesca* (II).—*Retrato de un hombre con las manos con guantes* II).—*Otro paisaje con figuras* (III).—*Otra aldea* (III).—*Otra aldea* (III).—*Paisaje, aldea y molino* (III).

908 á 920. Temirs (Estilo de). *Fiesta flamenca* (III).—*Un alquimista* (III).—*Una cabaña* (III).—*Otro alquimista* (III).—*Las tentaciones de San Antonio* (III).—*Otro de tentaciones de San Antonio* (III).—*Retrato* (III).—*Fiesta popular en Flandes* (III).—*Taberna flamenca* (III).—*Dos filósofos estudiando* (III).—*Baile de aldeanos y soldados* (III).—*Aldeanos jugando* (III).—*Aldeanos* (lll).

921 y 922. Tiépolo (Giovan Battista) (1693-1770): *Cabeza de anciano* (II). (¿La que está en la Academia?)—*Otras dos cabezas de ancianos* (II).

923 á 925. Tironi (Alejandro) (?).—*Tres vistas del Vaticano*, al aguazo (II).

926 á 928. Tiziano Vecelio (1477-1576): *Carlos V arenga á sus soldados* (I). *Magnifique.—Retrato de Lutero* (I). *Beau. —La cátedra de San Pedro* (firmado) (I). *Beau.—Bacanal* (I). *—Jesús en el sepulcro* (I).

929 á 933. Tiziano (Estilo de): *Dánae* (II).—*Baco reclinado* (III).—*La mujer adúltera* (III).—*Bacanal de niños* (III).

934. Toeck M. (?).—*Flora y Céfiro* (I).

935. Torres (Matías) (1631-1711).—*Ascensión del Señor* (II).

936. Tudó (Josefina) (Estaba viva).—*Dédalo é Icaro* (II).—Dibujo en negro. *Très gracieux, beaucoup d'intention:* Quilliet.

937. Valencia (Marcelino de) (?) (Estaba vivo). — *Las Gracias* (miniatura) (II).

938. Vargas (Estilo de Luis de) (1502-1568).— *La Virgen y Jesús* (II).

939. Vázquez (Estilo de Alfonso) (1575-1645).—*San Juan en el desierto* (III).

940. Velasco (Antonio Palomino de) (1653-1726)).—*Santa Familia y San Juan* (III).

941. Velázquez de Silva (Diego) (1699-1760).— *Venus desnuda* (I).—Belle esquise: *¿esquise?* Es un cuadro concluído y admirable) Quilliet. (Procedente de la testamentaría de la Duquesa de Alba).

942 á 945. Velazquez de Silva (Escuela de).—*Retrato de Felipe IV* (II).—*Cabeza de hombre con sombrero* (II).—*Retrato de un personaje desconocido* (III).—*Cazador con un pie sobre un lobo* (III).

946. Velázquez (Vicente) (17...-1797).—*Muerte de Marco Antonio* (III).

947. Vernet (Claude Joseph) (1714-1789). — *Marina* (III). —948. *Tempestad* (III).

949 y 950. Veronés (Carlo Cagliari, il) (1572-1596). — *Asunto místico* (I).—*Superbe.—Santa Catalina librada del suplicio* (I).

951 á 957. Vos (Paul de) (1590-1678). — Cuatro lienzos de *Cacerías* y dos de *Pájaros* (I).— *Des beautés répandues:* Quilliet.—*Alegoría de la abundancia* (II).

958. Wanderkabel (Adriano) (1631-1695).—*Marina* (III).

959. Winaut (Estilo de) (?). — *Sacrificio de Ifigenia* (III).

960. Wouwermans (Philipp) (1620-1668). — *Parada de caballería* (II).—961. *Cacería* (II).

962 á 969. Zurbarán (Francisco de) (1598-1662): *San Francisco* (I).—*Jerónimo Pérez* (I).—*Fernando Santoyo (Pico de oro)* (I). *Francisco Zumel* (I) —*Padre Machado* (I).—*Otro fraile de la Merced* (I).—*La Corona de Espinas* (III).—*La Conquista de Sevilla* (I).—Parece más antiguo: Quilliet.

970 á 972. Zurbarán (Estilo de): *San Bruno* (III .—*Jesús, San Juan y el Cordero* (III).—*Cristo crucificado* (III). (Tamaño natural).

El Catálogo de Quilliet indudablemente adolece de los defectos comunes á los que califican las colecciones pictóricas y adjudican las obras que no son muy conocidas á los pintores que les parecen. Tiene además otros muchos defectos; pero aun así resulta un documento interesante, por la importancia que tenía la colección que inventarió.

M. Quilliet, en la carta con que acompañó el *inventario* de esta hermosa colección al Príncipe de la Paz, le decía que su galería habría de conceptuarse la primera del mundo, si sobre la copiosa representación que en ella tenían los primeros maestros de las escuelas de Italia, España, Flandes y Alemania, lograba reunir algunos cuadros eminentes de las de Francia, Inglaterra, Venecia, Génova y Lombardía, en las que se

observaban lagunas profundas. Quilliet creía que al Príncipe de la Paz no le sería difícil obtener estas obras.

De cualquier modo, es de observar que el mayor número de las que poseía en 1.° de Enero de 1808 no fue reclamado por Fernando VII en 1815, lo que arguye, en contra de lo que hasta aquí se había creído, que la base de su colección no había sido constituída por las extracciones rapaces que pudo hacer en su casi supremo ascendiente de los palacios, sitios y casas reales. Las extracciones de estos y de otros objetos preciosos, así de las propiedades de la Corona, como de los Monasterios del Real Patronato, y del Escorial y San Jerónimo de Madrid, por quien se hizo fue por el Príncipe Murat y los Gobiernos del Rey José, durante su dominación. Así, como ya se ha indicado, cuando Fernando VII fue restituído al trono, se encontraron concentrados, como en depósito, en el Palacio de Buenavista, para escoger de entre ellos los que se pensaba trasladar á París; 590 cuadros de Palacio y sitios reales, 31 del Palacio del Buen Retiro, 93 del Monasterio de San Jerónimo de Madrid, y á este tenor de las demás pertenencias reales. Este depósito, del que fueron devueltas las obras acumuladas á los parajes de su procedencia, nunca se confundió con los de los cuadros que formaban parte del secuestro de los bienes del Príncipe de la Paz, su familia y allegados.

A la Academia de Bellas Artes, á la que se donó por el Rey el Palacio de Buenavista, á fin de que se instalase lujosa y ampliamente en él, se adjudicaron también las colecciones artísticas que había poseído el Príncipe de la Paz. Muy mermadas, sin embargo, debían hallarse ya cuando esta ilustre corporación procedió á incautarse de ellas, y la demostración palmaria de ello está en que, poseyendo todavía algunos cuadros de esta procedencia están muy lejos de llegar al número de los 972 que quedan enumerados, con las insuficientes descripciones que M. Quilliet hizo de ellos en el *inventario* que hemos extractado y sistematizado para facilitar su estudio.

¿Dónde fué á parar el mayor número de aquellas joyas? No existe documento alguno que nos instruya bien de este particular. La Casa real reclamó algunos, la de Chinchón los que pertenecían á sus vínculos, y los herederos del Príncipe de la Paz también rescataron otros. Pero las obras principales habían desaparecido, y aun se ignora las que consumió el fuego de las hogueras populares en las noches del 19 y 20 de Marzo de 1808, y las que fueron pasto de los saqueos de los franceses en las casas de Doña María de Aragón y otros lugares. De algunas hay noticia que pertenecen en la actualidad á diversos Museos extranjeros, y de este número son los tres cuadros, todas obras maestras del Correggio, Rafael y Velázquez, que Carlos IV, por orden firmada de su mano obligó á vender á los herederos de la Duquesa de Alba, estando *subjudice* sus bienes libres, para que el Príncipe de la Paz los comprara, y que constan en el inventario de Quilliet. Esto prueba la importancia que tiene la publicación de estos apuntes, que en lo sucesivo podrán servir de guía dentro y fuera de España á los que son aficionados al estudio de las artes en nuestra patria para hacer más útiles investigaciones.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

DISCURSOS A LA NACIÓN ALEMANA

SOBRE LOS MEDIOS NECESARIOS PARA CONSERVARNOS HASTA LA REALIZACIÓN DE NUESTRO FIN.

El sistema propuesto como futura educación nacional de los alemanes, ha sido ya suficientemente descrito. Hemos supuesto la existencia de una raza guiada únicamente por su amor al bien y al derecho, poseedora de una razón que no tiene más fin que ese derecho, y dotada de condiciones corporales y espirituales capaces de emprender todo lo necesario para alcanzar los fines indicados; con lo cual, si llega el día en que la nueva educación forme esa raza así constituída, todo lo que hoy podemos imaginar en nuestros más atrevidos sueños se cumplirá naturalmente. Ese día llegado, nuestras instrucciones serán tanto más inútiles cuanto más habremos de aprender de él mismo.

Pero hasta que esa raza exista de tal modo—aun dado que los hechos excedan á nuestras esperanzas,—tenemos que atravesar un período intermedio muy largo, y es preciso que nos formulemos la siguiente pregunta: ¿Cómo hemos de comportarnos durante ese período de transición? ¿Cómo nosotros, que no podemos hacer más que conservarnos como cuerpo social,—á modo de terreno sobre el que ha de verificarse el mejoramiento de esa raza y como punto de arraigo del que ha de

brotar,—cómo nos hemos de conducir para evitar que esa generación, una vez que se halle plenamente formada, no se encuentre ante un pueblo hostil al orden de cosas determinado en ella como el único justo? Habituados á considerar el presente estado de las cosas como el único natural y posible, ninguno de los hombres actuales sentirá el menor deseo ni la más mínima necesidad de aquel nuevo orden; y como la generación que vamos á formar llevará en sí un mundo nuevo ¿no quedará por ventura desplazada, convirtiéndose, por tanto, la nueva educación en tan inútil como la antigua para el mejoramiento de la vida real?

Hay que contar casi fatalmente con que la mayoría persista en su pasado abandono, en su irreflexión y ligereza. Todo el que se deja llevar, sin hacerse cargo de ello, por la corriente de los hechos que le van moldeando á su manera, se acostumbra muy pronto á toda clase de cosas. Sin duda experimentará tristeza cuando por primera vez su vista contemple un orden de cosas nuevo; pero, á fuerza de presentársele todos los días el mismo espectáculo, acabará por habituarse á él y mirarlo como cosa natural y que debe ser tal como es: con lo cual, la restauración del antiguo orden de cosas le vendrá á ser indiferente y aun ingrato, porque supondrá un cambio en la manera de vivir adquirida, que es ya para él una costumbre. La humanidad se acostumbra á la esclavitud con tal que los intereses materiales queden á salvo, y aun la recibe con alegría; en lo cual estriba su mayor peligro, porque arrebata así todo verdadero sentimiento del honor, complaciendo al cobarde y al perezoso, librándoles de no pocos cuidados y de toda reflexión sobre sí mismos.

Pongámonos en guardia contra esa dulzura de la esclavitud, que quitaría á nuestra posteridad la esperanza de una futura liberación. Nuestra influencia en el exterior hállase dificultada por trabas apretadísimas: sea esto condición para que nuestro espíritu se eleve tanto más bravamente á la idea de la libertad, á la vida en esa idea, al deseo de esa idea única. De-

jemos que por algún tiempo desaparezca la libertad del mundo sensible, pero démosla un refugio en lo más íntimo de nuestro espíritu, hasta tanto que en nosotros mismos nazca el mundo nuevo y pueda manifestar al exterior aquellas ideas. En virtud de lo que puede y debe, sin duda alguna, subsistir en nuestro dominio, en virtud de nuestro carácter, convirtámonos en modelos, en anuncio y garantía de lo que más tarde se ha de realizar. ¡No permitamos que nuestro espíritu se vea, como nuestro cuerpo, esclavo y cargado de hierros!

Si se me preguntara cuáles son los medios necesarios para alcanzar semejante resultado, los resumiría en esta forma: debemos ahora constituir nuestra nacionalidad alemana. Evitemos la servidumbre de nuestro espíritu: hemos, pues, ante todo, de crearnos un espíritu firme y resuelto; ser serios en todas las cosas y abandonar nuestra satírica ligereza; debemos formarnos principios seguros é inquebrantables, que servirán para nuestros pensamientos y acciones, ligando en una sola pieza acción y pensamiento para que formen un todo unido y coherente; debemos tener por reglas las leyes de la naturaleza y de la verdad, rechazando todo artificio extraño; debemos, para decirlo de una vez, crearnos un carácter.....

Cúmplenos, ante todo, reflexionar seriamente sobre los grandes sucesos actuales, sobre la relación que guardan con nuestra situación y lo que de ellos debemos esperar, y formarnos, en punto á todo ello, una opinión clara y precisa, poseyendo para cada una de las cuestiones que de ahí nacen un *sí* ó un *no* definitivo: tal es el deber de quien pretende ser culto. La vida material (animal) del hombre evoluciona siempre según las mismas leyes en todos los tiempos. Mas, por lo mismo, se dan en esa evolución períodos diferentes, y sólo el hombre que los penetra mediante la reflexión sabe vivirlos en realidad; toda otra vida sería como la de un animal ó una planta. Dejar que pasen los hechos sin fijarse en ellos, y cerrar de propósito ojos y oídos á toda clase de rumores; vanagloriarse de semejante prescindimiento de la reflexión, teniéndolo como

una gran prueba de sabiduría, cosas son propias de una roca inerte combatida por las olas, ó de un árbol roto en mil pedazos por la tempestad sin que se den cuenta de ello, pero no de un sér que piense. Ni aun la costumbre de vivir en las esferas superiores del pensamiento podría librar de la obligación en que todos estamos de comprender nuestra época. A pesar de todo, los espíritus superiores deben penetrar, cada cual á su modo, las cosas de su tiempo; si realmente viven en esas regiones superiores, vivirán también en el presente, pues lo contrario probaría que no han vivido, sino soñado, en ese mundo superior. Apartar la atención de lo que á nuestra vista ocurre, entregarse á razonamientos artificiosos mirando á otras cosas, sería colmar los deseos del enemigo de nuestra independencia. Si llegara á cerciorarse de que jamás reflexionamos, haría de nosotros lo que bien quisiera, utilizándonos como un instrumento inerte; porque la irreflexión se habitúa á todo, mientras que el pensamiento claro y neto, que conserva siempre vigilante la imágen de lo que debe ser, repugna toda sumisión.

Estos discursos os invitan á vosotros, oyentes míos, y á toda la nación alemana á quien este libro va dedicado, á tomar una resolución firme y unánime sobre las siguientes cuestiones: 1) ¿Formamos ó no una nación cuya existencia hállase amenazada en su propia sustantividad? 2) ¿Vale la pena ó no, el conservarla? 3) ¿Existe, donde quiera que sea, algún medio seguro y decisivo para lograr esa conservación, y en qué consiste?

De antiguo estamos habituados, cuando se exprea un pensamiento serio oralmente ó por escrito, á entregarlo desde luego á la charla cuotidiana, para entretener el aplastante aburrimiento. Me ha parecido que con mis Discursos no se ha hecho tal; quizá es que no he consultado al órgano de las relaciones sociales en el mundo de las letras, de las revistas y demás periódicos, é ignoro si ha tomado mis palabras en serio ó en broma. Pero, á buen seguro, vosotros reconoceréis que no

he querido bromear con lo dicho, ni poner excitantes al espíritu irónico de nuestra época.

Todavía más arraigada costumbre era en nuestro pueblo considerar las discusiones como una especie de invitación á todo hombre capaz de hablar para que, incontinenti, diera su opinión respecto del punto discutido; hecho lo cual, dábase por suficientemente discutida la cosa y se pasaba á otro asunto. Semejante procedimiento es el que ha prevalecido en todo el comercio literario de los alemanes que, de este modo, ha venido á constituir como un eco de viejas fábulas, sin tener jamás verdadero cuerpo y vida. Como en las sociedades mal organizadas, cada cual recibía de sus vecinos la palabra y la transmitía á los más próximos, sin cuidarse del significado de ella. ¿Qué supone esto, sino falta de carácter y de sentido nacional *(de alemanismo)*? En manera alguna he pensado seguir esta costumbre, dando pasto así á las conversaciones públicas. He expuesto simplimente mi personal punto de vista en estos sincerísimos Discursos y nadie deberá esperar de mí otra cosa. No me interesa conocer la opinión de Fulano ó Zutano sobre esta ó la otra cuestión de las expuestas. Recójase cada cual en sí mismo, reflexione maduramente hasta tanto que su juicio esté en sazón y plenamente motivado, tomándose para ello todo el tiempo que crea preciso; y si por acaso hubiese puesto en olvido las nociones preliminares, perdiendo el grado de cultura necesario para formular un juicio semejante, tómese igualmente tiempo para adquirirlas de nuevo. Aquel que de esta manera haya preparado su juicio claro y recto, no vendrá obligado de ningún modo á darlo á conocer públicamente, porque si está conforme con nosotros, nada tiene que decir, no importándonos examinar otras opiniones que las que sean mejores ó distintas que la nuestra....

Mi proyecto inmediato ha sido tomar, del núcleo de todas las cuestiones contradictorias en que se agitan los espíritus cultos de nuestra época, el mayor número posible de ideas capaces de reunirse en un haz y de producir una mútua inteli-

gencia en el terreno de nuestros intereses sociales; darles tal claridad y hacerlas adoptar tan universalmente, que el resultado quede definitivamente adquirido, á pesar de seguir en litigio otros puntos; unificarlas mediante un carácter común y llegar así á un tipo nacional definido y puro, accesible á todo aquel que quiera formarse una opinión sobre nuestros verdaderos intereses, debiendo considerar como extranjero á todo el que no quiera oir ni entender nada sobre semejante asunto; y así, establecer firmemente esta opinión, conquistar para ella el mayor número posible de votos, es asegurar directamente la conservación de nuestro carácter nacional durante el período incalificable que atravesamos; es, al propio tiempo, proporcionarnos un medio poderoso para llegar á fundar esa educación nacional. Como quiera que cada uno de nosotros en particular, y todos en general, jamás estuvimos de acuerdo y queríamos hoy lo contrario que ayer, y como cada cual pretendía hacer oir su voz en el general tumulto, nuestros gobernantes, que sin duda nos escuchaban algo más de lo que hubiera sido menester, se extraviaban y dudaban tanto como nosotros mismos. Si algún día ha de nacer en nuestra sociedad un orden fijo y definitivo, debemos empezar por establecerlo en nosotros mismos, dando así ejemplo de resolución y firmeza. Ábrase camino una opinión común y fija, produzcase una corriente decisiva con carácter general, y tengo por seguro que nuestros gobernantes, tras habernos escuchado, nos ayudarán si mostramos deseo de ser ayudados, y, si no lo hacen así, tendremos el derecho de quejarnos de ellos: cosa que no cabría hiciésemos, de ser lo que queremos que sean.

La primera cuestión consistía en saber si existe un medio seguro y decisivo para nuestra conservación nacional y cuál sea ese medio; respecto de lo cual, ya he dado yo mi respuesta y probado mi opinión, sin pretender imponerla: cosa que para nada hubiese servido, pues quien quiera poner manos á la obra, debe antes persuadirse á sí mismo, en su fuero interno y mediante su propia actividad. Deseaba yo tan sólo hacer

surgir la reflexión y los juicios personales. Ahora ya, debo abandonar á cada cual á sus propias fuerzas, debiendo advertiros que no os dejéis ilusionar por pensamientos frívolos y enteramente superficiales, que os apartarían de una reflexión más profunda. No vaya á creerse que nos eximen de todo esfuerzo algunos consuelos inútiles. Así, mucho tiempo antes de los últimos sucesos, repetíase con frecuencia que si habíamos perdido nuestra independencia política conservábamos á lo menos nuestro idioma y nuestra literatura, merced á los cuales seguíamos siendo una nación, con lo que ya podíamos fácilmente consolarnos de todas las demás pérdidas.

Pero ante todo, ¿en qué se funda esa esperanza de conservar nuestro idioma sin nuestra autonomía política? Los que así hablan ¿no prestan acaso á sus palabras ó exortaciones una verdadera influencia milagrosa sobre los niños, su descendencia y los futuros siglos? Sin duda, los hombres ya hechos, acostumbrados á escribir, hablar y leer en nuestro idioma, continuarán haciéndolo del mismo modo, aun bajo la dominación extranjera; pero ¿qué hará la segunda generación y sobre todo la tercera? ¿Merced á qué género de contrapeso inutilizaremos en esas generaciones futuras el deseo de agradar, incluso por medio de la lengua y de la escritura, al pueblo que se muestra propicio á compartir con ellas todas sus riquezas? ¿Nunca hemos oído hablar de un idioma que es el primero del mundo, aunque todavía estén por producirse sus primeras obras maestras, y no vemos, acaso, aparecer ya ante nuestras miradas y con pretexto de agradar, escritos redactados en ese idioma? Para apoyar esta doctrina, adúcese el ejemplo de otras dos lenguas, una antigua, otra moderna, que continúan viviendo aunque los pueblos que las hablaban perdieron su independencia política. No quiero discutir las razones de esa supervivencia; pero es evidente que esas dos lenguas llevaban en sí lo que la nuestra no tiene, y por eso fueron aceptadas por el vencedor, cosa que no ocurrirá con la nuestra. Si esos consoladores á quien nos referimos hubiesen mirado con

un poco más de detención á su alrededor, hubiesen hallado un ejemplo oportuno, á nuestro juicio: el del idioma vándalo *(wendische)*, el cual existe todavía, á pesar de larga serie de siglos transcurridos desde la caida política de ese pueblo, y vive en miserables viviendas cavadas en la tierra; y su pueblo puede todavía, gracias á ello, quejarse de sus opresores sin ser comprendido.

Pero supongamos que nuestra lengua permanece viva y conserva su literatura: ¿qué cosa puede dar la literatura de un pueblo que carece de independencia política? ¿Qué ha de querer y qué ha de poder querer el escritor? Nada más que penetrar en la vida común y pública para moldearla y formarla á su imagen, pues de otro modo sus palabras no serán otra cosa que un murmullo destinado á cosquillear los oídos de sus oyentes. Pretenderá sacar de la fuente original de la vida del espíritu, ideas para los que obran por sí mismos, es decir, para los que gobiernan, y para esto tendrá que escribir y pensar en el idioma de los que gobiernan y con el cual es gobernado él mismo, ó sea, en el idioma de un Estado soberano. ¿Y á qué tienden nuestros esfuerzos en la esfera de las ciencias accesorias? El fin inmediato de ellas es transmitir de siglo en siglo esas ciencias y conservarlas, pero para formar en el momento preciso la vida común y el orden general de las cosas humanas. He aquí su fin último en un porvenir más ó menos lejano: toda obra científica debe servir al Estado y, fuera de esto, piérdense su dignidad y su independencia..... Pero todo hombre que persiga ese fin, habrá de escribir en el idioma del pueblo que sea soberano.

Es sin duda cierto, que allá donde existe una lengua autónoma existe también una nación autónoma, que tiene derecho á vigilar y dirigir por sí misma sus propios asuntos; é inversamente, cabe decir que un pueblo que ha cesado de regirse á sí propio, debe abandonar su lengua y confundirse con el vencedor, á fin de llegar á la unidad, á la paz interior y al olvido de las condiciones pasadas. Todo autócrata, por poco razo-

nable que sea, deberá apresurar semejante fusión; y tengamos la seguridad de que, particularmente entre nosotros, ha sido perseguida ardientemente. Hasta que se realice, habrá traducciones en lengua bárbara, libros de texto autorizados para uso de gentes poco cultas, con el fin de aprender el idioma del pueblo dominador: con lo que, por de contado, los tales se separan de toda influencia activa sobre los asuntos públicos y se condenan durante toda su vida á una obediencia servil. En punto á los que se han encerrado en un completo mutismo en lo que se refiere á la verdadera marcha de los acontecimientos, podrán ejercitarse en una política de fantasía, ó bien traducir cosas anticuadas: en el primer caso, usarán la lengua antigua; en el segundo, la nueva. Tan sólo en la literatura podríamos todavía por algún tiempo conservar nuestro idioma, y esto constituiría por lo menos un consuelo para quien no posee otra cosa, pero no bastaría para retener á los que todavía son capaces de mirar la verdad cara á cara y de elevarse luego á la decisión y á la acción: á lo menos, yo sabré impedirlo hasta donde pueda.

Nos ha sido prometida la supervivencia de una literatura alemana en las futuras generaciones. Para juzgar más de cerca de las esperanzas que podemos concebir á este propósito, será muy útil ver si por ventura poseemos hoy una literatura alemana, en el sentido propio de la palabra. El privilegio más noble y la función más sagrada del verdadero escritor, consisten en congregar á su nación y discutir con ella los asuntos más importantes; y, particularmente, tal fue en Alemania la misión exclusiva del escritor, debido á que el país hallábase dividido en multitud de Estados pequeños, que sólo formaban un todo homogéneo merced á su lengua y á su escritura. En nuestra época es esta misión tanto más urgente y necesaria, cuanto que la constitución imperial, último lazo exterior de los alemanes, ha sido destruída. Si por azar ocurriese—hipótesis contra la cual debemos desde ahora ponernos en guardia—que algunos ciudadanos se asustasen de tal modo que llegaran á prohibir

esto por miedo de declarar la existencia de su nación, ello sólo probaría que no poseemos ya literatura nacional, y sabríamos á qué atenernos respecto de la del porvenir.

¿Cuál podría ser el motivo de este temor? ¿Que tales ó cuales personas se sintiesen lastimadas por semejantes declaraciones? Mal escogido estaría el momento para tanta prudencia. Los que no pueden impedir los ultrajes y la servidumbre de la patria, ni las lisonjas insolentes y de mal gusto dirigidas al extranjero, no pueden mostrarse tan severos para con una palabra patriótica que desentona enmedio de las otras. Posible es que no todos oigan con el mismo placer esta palabra; pero no nos es dado escoger el momento, porque la necesidad nos arrastra y debemos decir lo que ella nos obliga á que digamos. Luchamos por la vida: ¿y pretenderán que midamos todos nuestros movimientos, por el temor de echar algún grano de polvo sobre cualquier uniforme oficial? Caemos al fondo del abismo: ¿y no nos será dado gritar ¡socorro! para no crispar los nervios fácilmente irritables de un vecino?

¿Quiénes son, pues, esos, capaces de no escuchar con gusto, y de qué emana su descontento? Sin duda es la falta de claridad y lucidez lo que les atemoriza. Pero no hay fantasma que no desaparezca cuando se le mira cara á cara. Apresurémonos, pues, á mirar fijamente ese fantasma, con la serenidad y el carácter indomable que hemos mostrado hasta ahora.

O quien recibió á su cargo la dirección de los asuntos políticos muestra tener carácter, ó bien demuestra no tenerlo: no hay en esto término medio. En el primer caso, ¿en qué reposa la grandeza de su carácter sino en la independencia y originalidad de su persona, que no es un producto artificial de su siglo sino una creación del mundo suprasensible, eterno y primitivo, y sobre una imagen nueva y personal de la general marcha del mundo, unida á la firme voluntad y al poder de realizarla? Pero es evidentemente imposible que un carácter semejante no honre en los demás pueblos é individuos lo que constituye su propia grandeza: la independencia, la firmeza,

la individualidad de su Yo. El sentimiento de su grandeza, y la confianza que en ésta tiene, le harán avergonzarse de reinar sobre desdichados esclavos, y ser un gigante entre pigmeos; rechazará con disgusto la idea de que necesite rebajar á los hombres para dominarlos mejor; el espectáculo de esa corrupción le producirá pena, y sufrirá por no poder estimar á los hombres. Por el contrario, todo lo que puede levantar, ennoblecer y colocar á una luz más digna de ella esa raza fraternal, regocijará su espíritu superior y constituirá su más dulce placer. ¿Por ventura un carácter así recibiría pena en saber que las revoluciones de nuestro tiempo servirán para sacar de su sopor á una nación antigua y respetable, cuna del mayor número de los pueblos de la Europa moderna y maestra de ellos, ó se sublevaría ante la idea de que esa nación busca y hallará un remedio seguro contra su corrupción, oponiéndose á que ella, y con ella otros pueblos, procuren salir del abismo en que están? No se trata aquí de provocar revueltas sediciosas; trátase más bien de impedir que se produzcan y de presentarlas como un procedimiento de perdición; trátase de construir una base firme é inquebrantable, capaz de fundar en un pueblo cualquiera la más elevada moralidad y que ha de persistir de igual modo por los siglos de los siglos, transmitiéndose de nación á nación; trátase, en fin, de preparar una transformación completa del género humano, que de terrenal y material, se convertirá en puro y noble. ¿Acaso un proyecto como este puede molestar á un espíritu puro, noble y grande, ó á los que por él se rigen?

¿Qué pretenden, pues, los que alimentan ese temor y profetizan tantos males? ¿Creen acaso que nos gobierna un carácter enemigo de los hombres, pequeño y bajo, capaz de ofenderse por el menor movimiento de voluntad fuerte é independiente, capaz de sentirse herido por las palabras «moralidad, religión, ennoblecimiento del carácter», ó de buscar y asegurar su salvación en el rebajamiento de la dignidad humana, en sus errores y en sus vicios? ¿Ni cómo podríamos

aceptar tal creencia, que añadiría á los otros males que sufrimos la vergüenza de ser gobernados por un hombre semejante?

Pero supongamos el peor de los casos posibles, á saber: que esas gentes tienen razón y somos nosotros los que nos equivocamos: ¿pero acaso habrán de producirse el rebajamiento y la degradación de la especie humana, á pesar de todo, sólo por el placer de quien en ello pone su propio interés, y por el miedo de los demás, y estará prohibido á quien se siente inspirado por su corazón el advertir á los demás de tal peligro? Supongamos todavía que las gentes aludidas no tengan completa razón pero que sea preciso decidirse á dársela, á los ojos de los contemporáneos y de la posteridad: ¿qué temible castigo puede amenazar á ese maligno profeta de la desgracia? ¿Saben acaso de algo que sea peor que la muerte? Pero es que la muerte nos espera á todos, sin excepción, y hombres superiores la han afrontado en las primeras edades de la humanidad por intereses bastante menores; porque ¿qué interés hay superior á los intereses actuales? ¿Y quién tendrá el derecho de ir contra una empresa comenzada enmedio de tantos peligros?

Si tales gentes existiesen entre los alemanes, y yo espero que no existan, irían por sí mismas y sin reserva alguna á ofrecer su cabeza, su cuello, al opresor; pero estoy seguro que serían rechazadas; y quedarían cubiertas de ignominia precisamente cuando creían dirigir hábiles lisonjas políticas, porque no conocen en qué consiste la verdadera grandeza de un carácter y la miden por el rasero de su pequeñez, no sabiendo hacer de la literatura más que un instrumento de adulación palaciega. Por el contrario, nuestra confianza muestra mucho mejor que pudieran hacerlo todas las palabras, cuánto estimamos la grandeza del carácter que posee el poder. En toda la extensión del territorio alemán, en todos los sitios á donde pueda llegar nuestra voz libremente y sin trabas, gritaremos á los alemanes: «Nadie pretende vuestra servidumbre, vuestra

esclavitud, vuestro envilecimiento, sino más bien vuestra independencia, vuestra verdadera libertad, vuestra emancipación y ennoblecimiento; y nadie trata de impedir que de esos asuntos se hable ante vosotros y os sean señalados los medios para resolver vuestra situación.» Si esta voz llega á hacerse oir, si logra éxito, quedará como un recuerdo de esa grandeza y de nuestra confianza en ella, recuerdo que los siglos no serán bastantes á extinguir y que se perpetuará así de generación en generación. ¿Quién sería, en efecto, capaz de oponerse á la construcción de monumento semejante?

En vez de tratar de consolarnos de la pérdida de nuestra independencia política; por medio de la futura prosperidad de nuestra literatura, en vez de apartarnos así de buscar los procedimientos para restablecerla, queremos saber si esos tutores literarios han dejado á los alemanes que leen ó escriben una literatura en el sentido propio de la palabra; les preguntaremos si admiten ó no la existencia de ella en los países alemanes, y su verdadera opinión sobre este punto no tardará en manifestarse claramente.

Después de todo, nuestro cuidado principal para el fin de conservarnos hasta que llegue el mejoramiento completo y original de nuestra raza, consiste en darnos á nosotros mismos un carácter tal que adquiramos nociones claras sobre nuestra situación y los medios de mejorarla. Ya hemos mostrado el ningún valor de los consuelos deducidos de la supervivencia de nuestro idioma y de nuestra literatura. Pero todavía hay otros medios engañosos, especie de mirajes lejanos que impiden la realización de nuestro fin. Vamos á intentar exponerlos, y á ello vamos á dedicar el siguiente discurso.

JUAN T. FICHTE.

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO: El intercambio comercial entre España y las Repúblicas hispanoamericanas.—El Congreso Iberoamericano, el tribunal permanente de arbitraje y el elenco de las cuestiones pendientes entre los pueblos iberoamericanos para proponer sus soluciones concordes.—La unión por la comunidad del habla y de la literatura.—Tentativas de la Argentina para la creación de un idioma nacional.—Su impugnación por Guatemala.—Varias noticias.

Desde que con la visita que nos hicieron los marinos argentinos de la *Sarmiento* se ha hablado tanto, así en España como en aquella República, y más entre los españoles establecidos en Buenos Aires, que en Madrid, en Barcelona y en Bilbao, de la necesidad de estrechar entre los dos países las relaciones comerciales, no han dejado de hacerse algunas tentativas para reducir á un hecho práctico este común deseo. Nuestro Ministerio de Estado ha dado algunas órdenes é instrucciones sobre este asunto á nuestro diligente Ministro de España en la Argentina, y el Sr. Arellano y Arrózpide ha hecho algunas gestiones acerca del Gobierno del General Roca; pero todo lo que hasta aquí se ha proyectado ha sido completamente ineficaz, trabajo enteramente perdido, pues nuestro Ministerio de Estado no quiere salir, en ningún género de relaciones internacionales, de las onerosas rutinas que en sus negociados son tradicionales y que tantos daños han causado, siguen causando y causarán, mientras el molde de estas rutinas no se rompa de un golpe, á todos los intereses más trascendentales

de España, lo mismo en la esfera política que bajo el punto de vista de nuestro progreso comercial y en todos los demás intereses nacionales de que en aquel departamento se tiene la alta dirección y tutela. Este defecto no es atribuible solamente á éste ó á aquel Ministro que por las oficinas del piso bajo de Palacio han pasado, y mucho menos al señor Marqués de Aguilar de Campóo, que en la actualidad desempeña aquella cartera. Este defecto, ya secular, procede desde que del Ministerio de Estado se arrancaron las oficinas de Fomento que antiguamente en él se establecieron, y el personal activo y competente que por algún tiempo las organizó. El negociado de comercio del Ministerio de Estado no está constituído sobre la base de una oficina de estadística universal y de legislación comercial, universal también, comparada, y faltando las bases científicas de su verdadera misión, no puede dejar de dar de sí sino los tristes resultados que traen en funesta ruina todo lo que debieran ser por nuestra parte permanentes y continuos progresos en las fuentes de nuestra dilatación comercial.

Desde 1877 en esas oficinas se padece la ciega obsesión de los vinos, y á los vinos se han sacrificado todos los demás elementos vigorosos de nuestra producción natural y fabril, sin que en esas oficinas se hayan estudiado, como se debía, los motivos que han existido en todos los mercados consumidores de este caldo para que la competencia extranjera, y sobre todo la de Italia, nos haya ido desalojando paulatina, pero tenazmente, de todos los puntos de consumo que teníamos conquistados, principalmente en América, y reduciendo nuestra exportación á los términos á que ha quedado reducida, siempre en quiebra, en vez de dilatar sin descanso los beneficios de su tráfico, como Italia, en competencia asidua con nosotros, los dilata. El Sr. Arellano y Arrózpide, cuando se ha acercado recientemente y por orden del Ministerio de Estado al Gobierno de la Argentina á demandar del favor y del influjo lo que en el terreno de las competencias mercantiles no se obtiene sino de las condiciones propias de quien promueve el trá-

fico, se ha hallado con la contestación del Ministro argentino, Sr. Berduc, que en nuestro Ministerio de Estado debe ser bien reflexionada:—«El comercio de los vinos españoles en los puertos argentinos no sufre la menor desigualdad desfavorable ni de derechos ni de escala alcohólica respecto á los demás países que también nos importan sus caldos. Es indudablemente cierto que en nuestro mercado, de día en día, van perdiendo todo el terreno que de día en día van ganando los de Italia. Pero esta situación no la crean ni nuestras tarifas ni nuestras escalas, y á España importa tanto como á nosotros estudiar la base esencial de este problema, al parecer bastante complejo y en realidad bastante sencillo. No hay que olvidar que por muy íntimos que sean los vínculos de amistad y simpatía que unan á los dos pueblos, la base de todo arreglo, para que sea equitativo, es preciso que descanse sobre concesiones recíprocas. Lo que se pretende por España sin otorgar nada equivalente y positivo, es contrario á los intereses generales de nuestro país, y tropezaríamos con serias dificultades si hubiéramos de acceder á estas pretensiones. Si España está dispuesta á estudiar con nosotros las causas que obstruyen esa aproximación é intensidad de relaciones comerciales de que gozan otros países, podríamos llegar á una perfecta inteligencia, é indudablemente esa nación, á la que miramos con el interés de madre, dejaría de ocupar el lugar ínfimo que ocupa en la escala de nuestras relaciones comerciales. Este lugar es hoy el duodécimo. Las gestiones de España se encierran en la obsesión de los vinos, cuando en el inventario de su comercio de exportación posee otros muchos artículos, así de su agricultura como de su progreso fabril, que en la Argentina podrían ofrecerle un vasto campo de actividad á sus transacciones y á su navegación de largo corso. Pero no pueden impetrarse de nuestros Gobiernos franquicias sin recompensas, y cuando las tarifas españolas son casi prohibitivas para muchos productos nuestros que á España podrían ir, no sólo para su consumo y transformaciones por medio de la industria, sino hasta como pun-

tos de depósito para otros consumidores del viejo continente, ¿se pueden pretender en sus exportaciones por parte de nosotros tarifas más favorables que las que España nos otorga? Lo que es inconcebible es que España, conociendo las buenas disposiciones que aquí tenemos en su favor, no haya planteado ya con sus hijas del Nuevo Mundo, y sobre todo con la Argentina, una extensa red de tratados comerciales. Una bien entendida red de tratados comerciales entre España y sus hijas del Nuevo Mundo, por el que se llegara á la mayor suma posible de franquicias recíprocas aduaneras, equivaldría casi á una verdadera *Zollverein,* y una *Zollverein* comercial entre América y España, sería un verdadero pacto de unión y alianza moral y político, como en todo este continente se apetece con toda vehemencia.»

Una de las pretensiones de los argentinos con España es introducirnos, entre otros productos, el del *tasajo*, cuyo consumo apenas se aclimatara entre las clases pobres y las colectividades que viven en grandes asociaciones, como el ejército, la beneficencia, las colonias mineras, etc., ofrecería mayores ventajas que el *bacalao* de Suecia. Suecia, dicen los argentinos, nada consume de España: los pocos vinos generosos que llegan á su mercado de las regiones andaluzas, Jerez y Málaga, los reciben con marcas inglesas y los demandan á los depósitos de Inglaterra. Los vinos de mesa, aunque procedan de España, no los reciben los mercados septentrionales de Europa, sino después de manipulados en Francia, con etiquetas francesas y como procedentes de sus provincias vinícolas. La pasa, la almendra y otros frutos, se les importa por la vía de los mercados ingleses, y así en los puertos comerciales de Almoik, Felkenburg, Gefle, Gotenburg, Helukis, Hudikswall. Lulea, Stokolmo y Trosal, mientras constantemente se ven las banderas rusa, noruega, alemana, inglesa, y del mediterráneo la francesa, la italiana, la austriaca y hasta la helénica y la turca; la que jamás ó casi nunca cubre una nave mercante de los que á ellas aportan es la española. La cuestión es

que España consume anualmente de 35 á 40 millones de pesetas en *bacalao y pez palo* que recibe de Suecia, Finlandia, Dinamarca, Noruega, Holanda, etc., y que á Suecia exporta poco más de un millón de mercancías á cambio de los diez millones que aquel país nos importa; que Finlandia no nos consume un solo céntimo de productos españoles á cambio de los 4 á 5 millones de pesetas que por sus bacalaos nos lleva; que Noruega también nos importa productos por 20 millones de pesetas, de los que una buena parte se lleva *el bacalao*, mientras no nos consume ni millón y medio de nuestros productos; y que mientras estos países gozan de libres derechos para la introducción de esta carnaza, *el tasajo* argentino está privado de este beneficio, cuando tanto interés tiene para nuevas naves la seguridad de la carga de retorno, único medio de que las transacciones recíprocas entren en una perfecta normalidad y armonía de intereses, á fin de que desaparezca ese inmenso y ruinoso desnivel de los cambios, que cada día dificulta y limita más el tráfico, y que de continuar en la progresión que llega terminará por anular completamente nuestro comercio en América.

Desde 1898 la subida de los cambios entre las plazas mercantiles de la América que fue española ha llevado una progresión ascendente tan contniua y acelerada, que no ha podido menos de ejercer una influencia ruinosa en una gran parte de nuestras empresas mercantiles. Con Cuba, Puerto Rico, Filipinas, Méjico y Venezuela, los cambios, en la actualidad, fluctúan del 30 al 90 por 100; con Guatemala y los demás Estados de Centro América se elevan al 350 por 100, y al 1,300 con Colombia. ¿Puede haber tráfico internacional entre aquellos países y el nuestro? Unicamente en el ramo de suscriciones á nuestros periódicos ilustrados y Revistas del año 1898 al 1899 hubo una baja considerable por valor de 84 141 pesetas y 9 céntimos. En Méjico, la alteración del equilibrio de nuestro comercio fue agravado por la guerra con los Estados Unidos, y se observa una tendencia poderosa á restablecer su antiguo

imperio. La estadística de los últimos meses dió una cifra de 38.273 pesos oro por las exportaciones que en Méjico se hicieron para España á cambio de 467.864 que importaron las mercancías recibidas de la Península, y en el Ecuador las exportaciones del cacao de Guayaquil para nuestras plazas de Barcelona, San Sebastián, la Coruña, Bilbao, y Santander, exceden ya, en lo que va de año, en un 25 por 100 á las del primer semestre de 1899. Con todo, no es á estos lentos y casi insignificantes progresos á lo que debe aspirar nuestro comercio con toda la América de nuestra sangre. Holanda es el gran depósito de frutos de toda la agricultura americana en Europa, y España debe aspirar á compartir, á lo menos con Holanda, el tránsito de estos productos, para que de aquí se desparramen por los dos continentes con quienes estamos en comunicación más propincua.

Un buen consejo de amistad se ha dado en Buenos Aires á nuestro diligente Ministro el Sr. Arellano y Arrózpide acerca de esa red de tratados comerciales que España está en el deber de negociar con sus hijas de América, á fin de establecer un verdadero *Zollverein*, que complete los propósitos que se han de perseguir en el próximo Congreso Iberoamericano de Madrid, proyectando diversos planes que nos estrechen en el seno de las relaciones activas que sostiene el interés común de la recíproca utilidad. Que ese proyecto de red de tratados no escape á la atención preferente, así de los organizadores del Congreso futuro, como al departamento comercial de nuestro Ministerio de Estado.

* * *

.No es posible recordar la proximidad de la celebración del Congreso Iberoamericano de Madrid, sin asociar al programa de esta verdadera junta de raza algunas ideas no contenidas en él, y que responden seguramente á las esperanzas que en toda la América de nuestra sangre ha despertado la iniciativa

de la *Unión Iberoamericana* que se domicilia en nuestra corte. En la revista anterior de La España Moderna, reprodujimos y comentamos algunos de los juicios que se forman sobre el próximo Congreso en los periódicos del hemisferio occidental, que llegan hasta nosotros. El Boletín de la Asociación, que lleva aquel nombre, en su último número, inserta otro artículo que desde París le ha remitido el conocido publicista César Zumeta, de cuyo folleto acerca de la necesidad de la unión hispanoamericana contra la invasión y la absorción anglosajona, ya dimos conocimiento oportunamente en estas páginas. El artículo de Zumeta, que nuestro *Imparcial* ha elogiado, no es sino un nuevo eco de las ideas arraigadas en su espíritu, y de que tantos ilustres americanos están profundamente imbuídos. «Madrid vencido,—dice el escritor hispanoamericano, que con Ricardo Becerra protestó más varonilmente contra la inicua guerra de despojo que por indignas celadas prepararon contra España los Estados Unidos,—va á ser la metrópoli de América amenazada. Y es necesario que allí, en nuestra gloriosa capital histórica, los descendientes de España que tenemos un mundo del otro lado del Atlántico, arbitremos los medios de resguardarlo del enemigo común, fortaleciendo por la unión, la libertad y el trabajo, lo que hemos debilitado por la discordia, por la intolerancia y por la indolencia de este siglo décimonono, tan funesto al nombre y al poder latino.» Mas si estas cosas se han de hacer de manera que tengan desde el primer instante la eficacia práctica á que se aspira, preciso es que desde el primer instante de la reunión del Congreso se hieran también de frente los problemas previos que hay que resolver, para llegar al suspirado término de la unión y de la alianza por que todos suspiramos.

Si para dirimir las cuestiones de todo género que puedan suscitarse entre los pueblos de la Unión iberoamericana, el Congreso propone como primer punto de su programa la creación de tribunales permanentes de arbitraje, bueno y aun óptimo sería, que para llegar no sólo á la dogmatización concor-

de de este principio, admitido como regla uniforme de derecho entre todos los pueblos concurrentes al Congreso, sino á la resolución de los casos prácticos pendientes, desde luego los organizadores del Congreso, en inteligencia con las comisiones que los representan en los diversos Estados ibéricos de América, procedieran ya á hacer el elenco previo de esas cuestiones que se hallan en la actualidad sobre la arena del debate, que muchas de ellas amenazan con tomar tal aspecto que las avecina á las inminencias de la guerra, y que de todas maneras se discuten con tal calor y tan cerradas tendencias á los exclusivismos impenitentes, que son á la vez que un peligro de demasiada inmediata probabilidad, un obstáculo casi insuperable para hacer desde luego fructíferos los acuerdos que sobre este tema se tomen en el Congreso de Madrid. Excluyendo las cuestiones que se hallan entregadas á arbitrajes varios, cuyos tribunales están en función, prescindiendo de los litigios de fronteras que suscitan un gran número de estos desacuerdos, ¿no tenemos á Colombia, presa de una larga y desoladora revolución interior en armas, quejosa á la vez de Nicaragua, de Venezuela y del Ecuador, de cuyas costas han salido expediciones y auxilios para los insurgentes de Uribe ó en cuyas fronteras han encontrado calor y refugio, siendo estas quejas anuncio de que puedan convertirse en actos de una viva y común hostilidad de Gobierno á Gobierno, de Estado á Estado, y de pueblo á pueblo? ¿No tenemos á Bolivia irritada con el Brasil á causa de la protección que atribuye dar el Gobierno de Río Janeiro á los rebeldes de Acre, que se han proclamado en República independiente? ¿No tenemos al Perú, buscando contra Chile las alianzas de la Argentina, de Bolivia, del Paraguay, del Brasil, en el largo litigio de sus provincias cautivas de Tacna y Arica, y no teniendo gran confianza en arrastrar estos aliados contra el pequeño coloso naval del extremo austral del Pacífico, negociar la alianza con los Estados Unidos del Norte para llevarle á intervenir, como ardientemente desea, en las cuestiones internacionales del

Continente meridional? Aunque en las Cámaras chilenas la reciente interpelación de Walker Martínez sobre supuesta invasión de tropas argentinas en territorios de Chile no hayan logrado levantar en la opinión del país la polvareda que el elocuente é ilustrado orador y diplomático se prometió, ¿no se deja sentir en el fondo de ciertas tendencias particulares en aquella República del Pacífico invencibles repugnancias hacia la inteligencia con la Argentina, emulación de engrandecimientos y de influencia, enojo deliberado que dispone á una enemistad, que si en los problemas de la delimitación de la frontera andina, sometida al arbitraje de la Reina Victoria de Inglaterra, y en la Puna de la Atacama que resolvió el arbitraje de Mr. Buchanam, y en la firmeza de la amistad entre el Presidente Errázuriz y el Presidente Roca, hasta ahora han impedido estalle la guerra para la que las dos Repúblicas se habían preparado poderosamente, una sustitución en la alta magistratura presidencial, como la que ahora ha estado á punto de imponer constitucionalmente la enfermedad, por fortuna vencida, del Presidente Errázuriz, el término de su mandato legal que se acerca, ó cualquier inesperado accidente de la política, puede conducir de nuevo á las dolorosas perspectivas que ofrecía no hace mucho tiempo? ¿Qué eficacia tendrían los acuerdos que en el Congreso iberoamericano de Madrid se tomasen acerca de la creación de tribunales permanentes de arbitraje para todos los casos y todas las cuestiones que existen planteadas ó de nuevo surjan entre los Estados y los pueblos iberoamericanos, si á la vez que se promulga el canon de estas acertadas deliberaciones, no se dan por resueltos pacífica y victoriosamente todos los problemas pendientes, cuyo elenco es preciso tener prevenido previamente? Los iberoamericanos, al anuncio del Congreso americano de Madrid, lo primero que nos han pedido es que de él salgan soluciones prácticas, y la cuestión que hoy plantea LA ESPAÑA MODERNA es la que debe ocupar la primera categoría en el orden de las soluciones prácticas que deben emanar del Congreso de Madrid.

En todas las cuestiones, ya de índole interior y motivadas por esas anárquicas y continuas perturbaciones en que un gran número todavía de nuestras jóvenes hijas emancipadas del Centro y del Sur se devoran á sí mismas, se debilitan y empobrecen, pierden su prestigio de pueblos hábiles para gobernarse á sí mismos, y derrochan las fuerzas extraordinarias de que las dotó la Naturaleza, para conducirlas al regazo de su prosperidad, ya de índole exterior y que, ó las ponen en peligros periódicos de destrozarse en guerras fratricidas, ó evitan aquellos movimientos de concentración que tantas veces han llamado á unirse y robustecerse así las pequeñas fracciones político-geográficas del Centro, como las inquietas y dislaceradas porciones de la gran Colombia meridional, La España Moderna, desde que el ilustre Castelar retiró su pluma, poco después cortada por la muerte, para dejar espacio á esta labor que emprendimos tenaz y resueltamente, á fin de predicar la unión entre todas las entidades nacionales independientes de nuestra sangre en los Dos Mundos, no ha dejado de acusar la mano oculta é interesada que anda en el fondo de todos los conflictos y que los mueve. Es preciso ser ciegos para no verla, para no adivinar sus objetivos, y para no ver en perspectiva los peligros á que conduce. ¿Quién destruyó en el centro el pacto de Amapala? ¿Quién introduce en Colombia las revoluciones separatistas? ¿Quién destruye en la Argentina con un hipócrita golpe de favor las ventajas prometidas de las entrevistas de Punta-Arenas? ¿Quién pone en manos del Coronel Pando la tea de la discordia en Bolivia, contra Fernández Alonso, para llevar á cabo entre tanto la expedición osada del *Willmington* y ponerse á la espalda de la desmembración de Acre? ¿Quién calienta la vena de un patriotismo incauto en el Perú para atizar de nuevo sus iras contra Chile? ¿Quién dificulta y aplaza de mes en mes la retribución de la visita del Brasil á la Argentina? ¿Quién estimula los actos veladamente hostiles del Ecuador contra Colombia? ¡Siempre la mano oculta que por una parte trata de

deslumbrar la infantil credulidad de las jóvenes Repúblicas de nuestra sangre con lo extraordinario de su poder, con lo fabuloso de su prosperidad y con lo asombroso de sus proyectos y empresas sobre el papel, y por otra pide á Méjico la venta de la isla del Cármen para un sindicato de California; á Nicaragua la cesión de los territorios linderos de ese canal fantástico de que siempre se habla, y en que nunca se obra; al Ecuador la de las islas Galápagos; á Chile un depósito de carbón en el Estrecho de Magallanes; á Colombia el arriendo de los territorios del Caquetá; al Perú el de los territorios del Napo y Curara; al Gobierno de Quito, además del archipiélago de Colón, los territorios situados á orillas del río Coca, y que en la audaz exploración del *Willmington* por el Amazonas, dejó pactos suscritos de que son cómplices el titulado Presidente de la nonnata República del Acre, Gálvez, y su inmediato sucesor Braga, que lo ha depuesto de aquel cargo usurpado, mediante los cuales se declaran meros administradores de otro sindicato americano, que tras la explotación de las gomas, pretende introducirse soberano en territorios que hoy son políticamente de Bolivia, y que constituyen la cuña yankee más peligrosa entre los términos de tres Repúblicas tan importantes como la soberana Bolivia, el Perú y el Brasil. ¿Qué invasiones, qué sindicatos, qué arrendamientos, qué ventas y qué cesiones de tantos territorios de la América del Centro y del Sur son éstas al insaciable acaparador del Norte? Entre tanto, y mientras estas cuestiones se plantean, unas desde las negociaciones diplomáticas, otras desde la hipócrita proposición de empresas lucrativas, todos los pueblos á los que pertenecen los dominios en que es preciso introducirse por uno ú otro camino á toda costa, y á toda costa tomar posiciones estratégicas, viven en continuas discordias interiores, ó en continuas quejas y discusiones exteriores, creando cada vez mayores abismos de disensión é impotencia, y gastando todas las fuerzas que, reconcentradas, serían de una proyección segura y admirable, así en la esfera de la prosperidad como en la de

la defensa, en desangrarse y enflaquecerse, en devorarse y aniquilarse, para que el golpe que en su día se les aseste sea más seguro en sus resultados.

Si hay que caminar á la unión, es necesario persuadirse de esta situación de las cosas, y ya que inmediatamente no se pueda cortar á cercén la mano maquiavélica de este trágico Guignol, si la unión ha de realizarse, y si el principio esencial que la consagre, vigile y sostenga ha de ser promulgado en la sanción del tribunal permanente de arbitraje que se propone en el programa del próximo Congreso iberoamericano, importa mucho que con el acto solemne de su promulgación se den por victoriosamente transigidos y zanjados todos los problemas pendientes que mantienen en odiosa discusión y en perpetua amenaza pueblos hermanos tan queridos como el Ecuador y Colombia, Bolivia y el Brasil, la Argentina y Chile, el Perú vencido y su vecino vencedor.

Hay que hacer y hay que llevar al Congreso iberoamericano de Madrid el elenco de todas estas cuestiones, para que proponga un medio de que se resuelvan, y la paz y la unión renazcan de un abrazo estrecho y universal de todos los pueblos de nuestra sangre.

*
* *

Es indudable que si en el Congreso iberoamericano de Madrid no se toman estas saludables iniciativas, ellas constituirán el primer objeto del Congreso panamericano, para el que la Secretaría de Estado de los de la Unión del Norte ha invitado para Méjico á la representación de los Gobiernos hispanoamericanos. La sorda labor para disputar á España el lauro de la resolución de nuestra *Unión iberoamericana* es tan exquisita, que por todas partes se ve asomar á la intriga que la mantiene la punta de la oreja. Conocidas las intenciones por Chile en lo que respecta á sus problemas en el Perú, á quien se ha hecho se ponga bajo la protección de la Casa Blanca de Was-

hington, los periódicos neoyorkinos han censurado á aquella República, de la que se duda que concurra ni se haga representar en el Congreso de Méjico. Pero mientras que los periódicos que afean á Chile que abrigue la justa desconfianza de que los Estados se presten á inclinar el peso de su influjo en favor del Perú, y protestan de que las intenciones del Gobierno de Mac-Kinley y de su ministro John Hay «son más puras y blancas que las nevadas crestas del Aconcagua para todos los intereses de los pueblos sudamericanos», en la Universidad de Yale, el orador Cockran, en un acto solemne, ante los graduandos del último curso literario, desmintiendo las mansas manifestaciones de la prensa neoyorkina y levantando todo el telón que cubre las intenciones generales del pueblo yankee y de los Gobiernos de sus Estados, pronunció un discurso de índole patriótica, en el que sembraba en el espíritu de la juventud universitaria ideas como las siguientes: «El derecho de los Estados Unidos—decía—á adquirir territorios, está reconocido. No sólo es posible la próxima anexión del Canadá, sino que es probable. Ni es imposible la anexión de Méjico, ni imposible la de todo Sudamérica. Ahora, aunque parezca empresa tan fantástica como pareciera tres años hace la adquisición de las islas Filipinas, adquiriremos una buena parte de la China. Después de esta conquista..... la América entera entrará bajo el régimen de una sola soberanía, y su inmenso poder pesará antes de veinticinco años en todas las partes del mundo.»

Como ya no hay España á quien lanzar de aquel hemisferio, y la balanza política del mundo parece aún sostenerse en manos de Alemania, porque á Inglaterra en los Estados Unidos, si no se la da enteramente por vencida, ha tiempo que se la relega á un papel de segundo orden, Alemania, aparentemente, es el blanco contra el que se dirigen los tiros de todas las suspicacias, como si en la posición influyente que ha ido tomando con sus colonias industriales establecidas en el Centro y en el Mediodía de la América que fue española, los Estados

Unidos sintieran levantarse el obstáculo supremo que pueda hacer abortar sus esperanzas absorbentes y conquistadoras. Mientras en China los buques y los soldados de Alemania y de los Estados Unidos fraternizan para una acción común, los periódicos de todo Norteamérica maltratan sin tregua ni descanso á Alemania, é incitan á los Poderes públicos de la gran República á que provoquen con ella una guerra. «Necesitamos tener—dicen—una fuerza naval que supere la de todos los Estados de la tierra; pero la que ya tenemos es bastante para sostener un reto con Alemania.» ¿Por qué esta inquina con Alemania? El senador Lodge la ha acusado de pretender adquirir las Antillas Danesas, y ha dicho: «Debemos considerar como enemigo nuestro á cualquier país que quiera tomar posesión de estas islas, ni siquiera establecer en ellas estaciones navales, ni aun simples depósitos de carbón.» El senador Tellman la ha acusado de estrechar al Gobierno de Venezuela á cederle en el mar Caribe la isla Margarita; y debiendo ser en el porvenir el mar Caribe el palenque de las luchas navales que han de sobrevenir, su posición entre las bocas del Orinoco y en el camino de los buques que se dirijan al canal que atraviese el istmo, sea el de Nicaragua, sea el de Panamá ó sea el antiguamente proyectado del Darien, en el que ha vuelto á pensarse recientemente, no puede consentirse que punto tan esencialmente estratégico caiga en poder de otra gran potencia que en América nada posee, y que de adquirir aquella posición, en el caso de una guerra general ó de los dos continentes, encontraría base para sostener contra los Estados Unidos la alianza que podría formar Inglaterra, dueña de la Guayana, Trinidad, Barbadas y Jamaica; Francia, que tiene su Guadalupe y su Martinica; Dinamarca, con su San Thomas y su Santa Cruz, etc. Por eso el senador Tellman opina que hay que apresurar la guerra de los Estados Unidos con Alemania, «ahora que la Marina norteamericana es superior á la germánica».

Los avances de los alemanes en Centroamérica, y principalmente en Guatemala, no excitan menos los celos y las sus-

ceptibilidades de los Estados Unidos contra el Imperio de Guillermo II. Las plantaciones alemanas en Guatemala cubren un área de 2.725 kilómetros cuadrados, ó sea el 21,4 por 100 del área de la República, incluyendo en ella el departamento aún inexplorado de Peten. En estas plantaciones están ocupadas las partes mejores y más fértiles de Guatemala, los distritos que producen su rico café y su abundante azúcar, es decir, del lado del Pacífico, las montañas volcánicas que corren paralelas á la costa desde el Salvador hasta Méjico, y sobre la vertiente Atlántica las tierras altas del interior del país, con una elevación de 100 á 1.500 metros sobre el nivel del mar. Sólo de árboles de café cultivan los alemanes 3.700.000, cuyo producto anual de 29 *centners* equivale al 15 por 100 de la producción total de este grano en aquella República. Los alemanes son dueños del mayor número de las acciones de las vías férreas, y suyas son todas las líneas de vapores que hacen su comercio exterior, y hasta las de sus comunicaciones fluviales. Este mismo acaparamiento tienen hecho las colonias alemanas en los Estados de Santa Catalina y de Paraná, en el Brasil y en otras Repúblicas del Sur, y la prensa neoyorkina y los senadores más metidos en los monopolios mercantiles y en los negocios exclusivos, de que son nervio su influencia en la política de este país, truenan á diario contra las expansiones coloniales germánicas en as Repúblicas iberoamericanas, no encontrando otro medio de atajar sus progresos que provocando una guerra entre los Estados Unidos y Alemania, cuyos resultados primeros serían imponer la total expulsión de los alemanes de todos los territorios americanos que colonizan y enriquecen, á pretexto de que algún día puedan aspirar á hacerse dueños soberanos de tan vastas comarcas.

Mas si tantas exageraciones sólo sirven para que ni á los periodistas, ni á los senadores, ni á los hombres de Estado de la gran República conquistadora y absorbente se les caiga ni un minuto de los labios la tan asendereada *doctrina de Monroe*, fuera de estos meros fuegos de artificio, se trabaja sin

descanso y con fines más positivos, por ver de arrancar á la América de nuestra sangre los símbolos y las prendas de su unidad de origen, que son las supremas garantías de su unidad de intereses. Ya España no habita en América como nación colonizadora y soberana; pero sus 18 hijas emancipadas, aún llevan el sello inmortal de su origen en su fe, en su sangre y en su lengua, y contra estas bases fundamentales de su constitución común étnica, es sobre la que ahora se dirigen los tiros más certeros y encaminados á transformarlas y proscribirlas. En la Argentina, donde una escuela entera de jóvenes Góngoras han concebido un atentado, que será pasajero y transitorio, contra nuestra rítmica y contra todas las formas de nuestra poesía, se ha revelado recientemente otra escuela, que hace su propaganda por medio de libros de sugestiva erudición, y que tiende á fundar un *idioma nacional*. ¡Un idioma nacional! ¿Qué quiere decir esto? Contra los Góngoras de la nueva escuela de la Argentina, que ha logrado contaminar y formar ramificaciones en otros Estados, se levantó con su sabio magisterio, aunque eludiendo la polémica, el lamentable y recientemente perdido ingenio de Eduardo de la Barra, que procuró desde Chile restablecer las reglas de la armonía y del buen gusto. Contra la tentativa de *la lengua nacional* de la Argentina, también se ha levantado otro ilustre escritor de Guatemala.—¿Puede existir—exclama—*problema de la lengua* en las naciones que de España hemos recibido un origen común? ¿A dónde vamos? Hoy que necesitamos tantos vínculos de unión, ¿habríamos de renunciar *á la unión por el idioma?* Esto es una verdadera degradación ó una verdadera locura. Si la lengua es la nación, si la lengua es la encarnación del espíritu de las naciones, conservemos este tesoro que nos erige á todos los iberoamericanos, aunque individualizados por nuestras divisiones geográficas y políticas, más que en una sola, grande y poderosa nación, en una sola, grande y poderosa familia. Cuando desaparecen los idiomas, también desaparecen las naciones que los hablan, y el gran secreto del supremo poder

que alcanzan los Estados Unidos, estriba en haber conservado todas las partes que constituyen aquella federación inmensa su primer vínculo étnico: su idioma *inglés*.

»Pero además, ¿qué hacen los mismos yankees, para asimilarse lo que conquistan ó se anexionan? Lo primero proscribir los idiomas que hablan, y después obligarles á hablar *el inglés*. Ayer se ha anexionado á Cuba y Puerto Rico y arrebatado á España las Filipinas. En todas las relaciones oficiales ya está proscrito el castellano, y la lengua *inglesa* es ya la obligatoria en las escuelas. ¿Con qué idioma la Argentina piensa sustituir *la lengua española?* ¿Intentará un habla artificial, como la ridículamente universal del Sr. Sotos Ochando? Aunque así fuera, ¿la reservaría para sí propia? ¿Se disgregaría por este simple acto de la fraternidad común á todos los pueblos hispanoamericanos? ¿O nos querría imponer á los demás el habla ridícula que engendrase? Esas innovaciones no son innovaciones, sino locuras de mentes ociosas y extraviadas. Si no tuviéramos la fortuna los pueblos independientes americanos de origen español, de tener en nuestra propia defensa este símbolo de unidad y de unión, sería necesario crearlo. Todo lo que tienda á unirnos, será lo benemérito; lo demás equivale á inducirnos á los demás y á abrazarse el mismo innovador al suicidio. Lejano vemos el sueño de la unión iberoamericana; pero confesémoslo alto: esta es la más sublime aspiración de todas las jóvenes nacionalidades de América que hemos salido cultas, cristianas y libres del amado regazo maternal de España».

* * *

Dos nombres de artistas españoles están en estos momentos siendo objeto de la admiración y de las demostraciones de afecto de la América de nuestra sangre: Benlliure y Sorolla. El premio de honor discernido por el Jurado de la Exposición Universal de París en favor de Sorolla, ha hecho recordar á los periódicos argentinos que en el Museo de Bellas Artes de Buenos Aires se ostenta su hermosa acuarela *Un lobo de mar,*

y que en las colecciones particulares que hay en la Argentina, D. Carlos Ortiz Basualdo posee sus dos lienzos titulados *Los guitarristas* y *La reja;* el Dr. Semprún, *El cigarrillo,* al óleo, y *Mucha alegría,* acuarela; el Sr. Pellerano, su cuadro *La siesta del grumete;* el Sr. Mayor, las acuarelas *La cuerda nueva* y *El santón,* y el cuadro *Playa de Valencia;* el Sr. Romero, su *Familia segoviana;* el Sr. Piñero, los cuadros *Vuelta de la pesca* y *Un alcarreño,* y la acuarela titulada *La plegaria;* el Sr. Soto otra acuarela, *Tipo marroquí,* y el Dr. Bosch, *¡Cuidado, no le despiertes!* Tienen también otras obras de Sorolla, los Sres. Peña y Acebal, y D. José Artal, representante del laureado pintor en aquella capital.

Benlliure, como es sabido, recibió el encargo del Intendente municipal de Buenos Aires, Sr. Bullrich, de ejecutar el jarrón artístico que aquella municipalidad ha de ofrecer á la Reina Regente de España. La contestación de Benlliure la publica toda la prensa argentina, y está concebida en estos términos:

«Al Sr. Bullrich, Intendente municipal de la ciudad de Buenos Aires.—Honorable señor: El honroso encargo que de ese Concejo he recibido, me obliga imperiosamente á manifestarle mi profundo agradecimiento y el propósito firme de poner todo mi empeño para que la obra resulte digna de la elevada significación moral que tiene, y digna también de esa espléndida metrópoli sudamericana. ¡Ojalá halle en el arte toda la inspiración necesaria para cumplir mi cometido á satisfacción de ese honorable Concejo!

»Por lo pronto, puedo afirmaros que no olvidaré nunca el honor que se me dispensa encargándome de interpretar el sentimiento hermosísimo de filial afecto, en venturoso día despertado en esa nación joven, rica, generosa, brillante hoy, de más brillante porvenir aún, hacia esta patria grande por sus tradiciones gloriosas y más grande todavía por la esplendorosa cohorte de nacionalidades desprendidas de su viejo tronco, que hablan el mismo sonoro idioma, tienen igualmente grande el corazón y sienten los mismos generosos impulsos.

»Lejos estamos los que constituímos hoy la nación española, como están nuestros hermanos de América, de aquellos tiempos en que la guerra civil nos arrojaba los unos contra los otros; libres ya, cada uno en su suelo, los de la actual generación sólo hemos de alimentar en nuestros pechos sentimientos fraternales; ¡que el amor salve las distancias, como las salva la ciencia enviando al través del Atlántico nuestros pensamientos en pocos minutos, y el inmenso Océano que tenebroso y enigmático en la edad antigua, sea en la próxima el Mediterráneo de la civilización hispanoamericana, por la grandeza de nuestra raza y para el bien de todos los hombres!

»Grande honor se me ha dispensado; guardaré por él en mi pecho profunda gratitud.

»Y para corresponder de algún modo á la deferencia de ese honorable Concejo, me permito ofrecerle, y le ruego, acepte el modelo en yeso del jarrón alegórico, que es el verdadero original de la obra, y que pondré á su disposición una vez quede ésta concluída, lo que espero sea en breve plazo.

»Dignaos, señor Intendente, aceptar la expresión sincera de mi agradecimiento y personal afecto.—*Mariano Benlliure*. —Madrid 15 de Mayo de 1900.»

En reciprocidad de este obsequio, la colonia española de la República Argentina ha acordado regalar á la municipalidad de Buenos Aires, para que la coloque en el sitio público de aquella ciudad que mejor le parezea, una estatua de Juan de Garay, el cual hace 320 años echó los cimientos de aquella capital sobre las ruínas de la que antes había levantado don Pedro de Mendoza. La ciudad que en 1580 fundó el español Juan de Garay, á la márgen derecha del Plata, contiene más de 800.000 habitantes, y sólo la aventajan en población, en los dos mundos, Londres, Nueva York, París, Berlín, Viena, San Petersburgo, Chicago, Filadelfia y Moscú. La estatua será también obra de Benlliure.

Iob.

CRÓNICA LITERARIA

GENTIL CABALLERO (costumbres modernas), novela, por D. José M. Matheu.—La clase media en la novela española contemporánea. —*Realidades y novelas* (cuentos), por D. Emilio Rancés.

Gentil caballero se titula la última novela de D. José M. Matheu, un buen escritor, que aunque no es de los que hacen mucho ruido en los periódicos, escribe, sin embargo, libros muy agradables. El último, es decir, *Gentil caballero*, es uno de los más interesantes volúmenes debidos á la pluma del Sr. Matheu. Pero no comparto el parecer de Cavia, que en una breve revista de libros publicada en *El Imparcial*, y llena de agudos rasgos de observación y de frases felices, señala en esta obra un cambio en la *manera* de su autor.

«El pacífico, suave y delicado pintor á la holandesa de nuestros «interiores» burgueses—dice Cavia—se ha renovado y modernizado muy *gentilmente* y muy *cavalièrement*. Corta y pincha á ratos, como un Marcel Prevost ó un Paul Hervieu.»

No obstante esta opinión autorizada, creo que el Sr. Matheu sigue siendo pintor de interiores burgueses, si se toma en un sentido más amplio que el pictórico la palabra interior, ó en términos más vulgares, pintor de las costumbres de la clase media, como la mayor parte de nuestros novelistas. Con

permiso de los modernistas, creo que no desmerece por eso la novela del Sr. Matheu, y que no son Prevost ni Hervieu os modelos más adecuados para nuestros escritores de novelas.

Es innegable el mérito de estos autores franceses, y muy natural que sus obras se busquen y se lean con agrado. Pero están inspiradas en otro ambiente social. Matheu, pintando «interiores» de la clase media, está más en armonía con la tradición y el carácter de la novela española, que si *hiciera* psicología, no digamos afrancesada, pero á la manera de los novelistas franceses. Nuestra novela tiene carácter y fisonomía propios, y debe procurar conservarlos, pues lo original es siempre superior á lo prestado. No quiere decir esto que debamos considerar que nuestras cosas, por ser nuestras, aventajan á las ajenas en absoluto, como pretende cierta especie de patriotismo pueril y chavacano, que considera obligatoria esa creencia y hace de ella artículo de fe. Pero sí debemos pensar que aun en aquellas cosas en que los extraños nos ganan, al pretender imitarles, hemos de mirar, no sólo lo hermoso y útil del modelo, sino la posibilidad de la adaptación y sus límites.

He dicho antes que el Sr. Matheu, como la mayor parte de nuestros novelistas, es novelista de costumbres, y especificando más, de costumbres de la clase media. Es un rasgo característico de nuestra novela contemporánea, tocante á su asunto, el lugar preferente que en ella ocupa esa clase social tan numerosa y digna de estudio. Nuestra novela urbana, la que describe la vida de las ciudades, trata, por regla general, de la clase media. Las novelas de costumbres aristocráticas son una excepción, y lo son también las de costumbres populares. Sólo en las novelas de la vida rural ó campesina es ya frecuente que los principales personajes sean tipos del pueblo, como sucede, por ejemplo, en las obras de Pereda, en algunas de Blasco Ibáñez, etc.

El fenómeno que acabo de apuntar, resulta naturalísimo á poco que se medite el caso. Por tres razones, cada una de las

cuales es explicación suficiente, se comprende que nuestros novelistas busquen con preferencia en la clase media los tipos y los asuntos de sus obras. La primera es que los mismos novelistas, como la mayor parte de nuestros escritores, pertenecen á esa clase, y es ella por lo mismo la que conocen mejor y la que más les interesa; la segunda es que la inmensa mayoría del público ilustrado que lee novelas, la forma también la clase media; el pueblo apenas lee más que periódicos, cuando sabe y quiere leer, y los aristócratas leen poco, por lo general, y prefieren la lectura de libros extranjeros, aunque no falten entre aquellos algunos literatos meritísimos y algunos inteligentes aficionados á la literatura nacional; pero aquí se habla en tesis general y salvando las inevitables excepciones que toda regla ofrece.

Por último, la tercera y principal razón es que la clase media ha sido y es la más importante en nuestra sociedad de este siglo. Casi todas las naciones modernas son en mayor ó menor grado mesocráticas; en casi todas, la clase media viene desempeñando el principal papel, mas acaso en ninguna ha sido tan acentuado este predominio como en España, lo que quizás se debe por una parte á la falta de cultura del elemento popular, y por otra á la decadencia de nuestra aristocracia, que desde la desamortización puede decirse que vive de recuerdos, y se sostiene con el prestigio que le da á veces la riqueza y el que le presta siempre la vanidad de las otras clases. El hecho es que casi todo lo bueno y lo malo que hemos realizado en este siglo, es obra de la clase media: de ella han salido casi todos nuestros políticos, nuestros literatos, y nuestras notabilidades de otros géneros, si se exceptúan las de la tauromaquia, aquí tan populares. De suerte que los novelistas, al dar el primer lugar á esta clase, no han hecho más que atenerse á la realidad y copiar del natural.

Es innegable, además, que la clase media es la que puede ofrecer al escritor de costumbres mayor variedad de asuntos. Ninguna clase es homogénea, todas se componen de varias

capas ó estratos, de una gran diversidad de situaciones y casos individuales. La clase es una abstracción, un *universal*. Pero entre todas, la más compleja es la clase media, que forma un verdadero conglomerado de clases bastante diferentes entre sí, si se comparan las capas inferiores fronterizas con el pueblo, á las superiores rayanas con la aristocracia. Y es al mismo tiempo una clase móvil, dinámica, que sirve de disolvente á las otras y de mediador entre ellas. A la clase media sube por la fuerza natural de las cosas, el obrero enriquecido ó ilustrado; á ella bajan los nobles tronados, los *declassés* de la aristocracia.

Este predominio de la clase media en nuestra novela, ha influído, á mi parecer, en el carácter de ésta, contribuyendo á determinar sus conflictos, su psicología y su moral. Conflictos, psicología y moral, por lo común *burgueses*, como suele decirse ahora, de espíritus equilibrados y que no han roto con el sentido común, aunque no tengan alas, acaso, para volar á altas regiones. Y en esto encuentro yo una de las dificultades que existen para que nuestros escritores emulen á los franceses en sus refinadas psicologías. Nos falta lo que hay allí: una sociedad cosmopolita de ilustres aburridos, de viciosos cansados ya de todo, y de *snobs* sedientos de inventar algo que los distinga de la multitud humana; una sociedad llena de extravagancias, de raros caprichos, de delicadezas sibaríticas, modelo muy á propósito para inspirar esa aguda, punzante y casi *dolorosa* pintura que suelen hacer algunos buenos novelistas franceses, de sentimientos extraños, de refinamientos de una psiquis ociosa, que quiere ignorar todos los grandes, ásperos y duros problemas de la vida, y crearse ella otros problemas, otros dolores, y alguna vez otros goces, aunque en esto sea menor, naturalmente, el alcance de su inventiva.

Los personajes que nos presenta el señor Matheu en su última novela, *Gentil caballero*, pertenecen á la clase media. El ambiente en que la acción se desarrolla, es un ambiente *burgués*. Aquellos personajes corresponden ciertamente á una

capa social distinta de los de *Carmela rediviva*, para citar otra obra del mismo autor. Están en otro *estrato* ó en otro *piso* de la clase media. Y lo más interesante de la obra, más que las figuras de los primeros actores de la novela, más que la acción, es la descripción ó representación de las costumbres de esa capa superior de la clase media que aspira á codearse con la aristocracia, y se hace *cursi* por querer ser distinguida, y vive en el Argel del quiero y no puedo.

El asunto de la novela consiste en las aventuras de una señorita algo casquivana—Delfina—que se escapa con el novio desdeñando un partido de conveniencia. El afortunado novio resulta luego un marido detestable, y Delfina acaba por enamorarse de aquel otro pretendiente que desdeñó—el *Gentil caballero* que da título á la obra, y que es, por cierto, una figura bastante incolora y de las más insignificantes de la novela. La acción, en realidad, no es muy dramática, pero su desarrollo interesa. Las mejores páginas de *Gentil caballero* son aquellas en que sale á escena la familia de Delfina, en la cual familia ocupa lugar preeminente el solterón epicúreo D. Santiago, cuya herencia y cuyas liberalidades son la esperanza de la familia, que mira con terror las aficiones de aquél á proteger casadas guapas, con maridos complacientes.

Comprendo que el asunto de las obras de literatura amena suele influir poco en el mérito de las mismas, que depende casi por completo de la ejecución, aunque siempre le será más fácil al escritor lucirse eligiendo asuntos elevados, poéticos ó entretenidos, según las exigencias de cada género, que si acomete la empresa de dar valor, con los primores del arte, á asuntos chavacanos é insignificantes. Pero aun siendo en este sentido cosa relativamente secundaria el asunto, con todo, creo que no está demás dar alguna noticia de él al tratar de libros de esta clase, para que el lector pueda elegir los que más se acomoden á sus aficiones y gustos. La crítica, en lo que tiene de magistral ó docente, sólo puede ser útil y agradable á un corto número de personas. Para merecer ó para al-

canzar la atención del público en general, necesita cumplir uno de estos dos fines no incompatibles: ó divertirle con donaires ó servirle de guía para saber qué libros debe leer, es decir, en qué libros hallará la satisfacción de sus gustos, de su curiosidad ó de sus necesidades intelectuales. Por eso he hecho las breves indicaciones anteriores acerca del argumento de la novela del Sr. Matheu, libro que, como dije al principio, resulta interesante y de grata lectura.

*
* *

El joven escritor D. Emilio Rancés hace sus primeras armas en la literatura con un volumen titulado *Realidades y novelas*, que es una colección de cuentos. El autor de este volumen es hijo de uno de los mejores y más ingeniosos periodistas españoles, y parece haber heredado de su simpático padre la facilidad para escribir, y la soltura y gracia de la frase. Pocos principiantes muestran en sus primeros escritos cualidades literarias tan estimables como las que se descubren en el libro de D. Emilio Rancés.

El señor Picón *presenta* al público el novel escritor en una carta-prólogo muy bien escrita, como de tal pluma, en que, á vueltas de decir que no va á hacer un prólogo, ni á emitir juicio sobre los cuentos coleccionados en el libro, llega burla burlando al verso catorceno del soneto á Violante, es decir, que hace el prólogo y emite el juicio:

«Poco trabajo me costaría hablar de tus cuentos... si no fueran tuyos—dice el afamado novelista.—Primero con ayuda de media docena de libros bien escogidos demostraría que proceden en línea recta de los mejores que se han escrito en lengua castellana, y luego diría al público: «Fíjate en el alto sentido moral, en el amor al bien y la justicia que han inspirado estas narraciones, en la novedad de algunos de sus asuntos y el agudo ingenio que revelan, en la sagacidad y perspicacia con que, á pesar de los pocos años del observador, está

vista la vida moderna; en la facilidad con que pasa del cuento á la antigua, candoroso, sencillo, de aquellos que se refieren en las aldeas al amor de la lumbre, al cuento de costumbres madrileñas, aristocráticas y plebeyas, inspirado por las gentes y las cosas que nos rodean; y, sobre todo, sea cual fuere la índole de lo narrado, repara—añadiría—con qué sobriedad están pintadas las situaciones y expresados los afectos del ánimo, y cómo, sin rebuscamiento, naturalmente, han venido las palabras á servir de intérpretes á ideas siempre honradas y propósitos siempre honrados y nobles.» Todo esto y mucho mas podría decir sin que nadie me desmintiera.

»Y procurando luego que no se me acusase de callar defectos y errores en que por inexperiencia incurres, diría también que algunos argumentos, aunque bien concebidos, están imperfectamente desarrollados; porque después de escogido y sentido el asunto con buen gusto y delicadeza, te han faltado madurez de juicio, calma y picardía para planearlo, y hasta paciencia para escribirlo, dándole la extensión que merecía.»

A mi modo de ver, es muy exacto lo que en estos párrafos dice el Sr. Picón sobre los méritos y los defectos del libro de Emilio Rancés. Abundo en las opiniones del autor de *Dulce y Sabrosa,* y creo que puedan fundarse buenas esperanzas en un escritor que tan bien empieza.

Sobre todo, me agrada en estos cuentos lo bien concebidos que están los asuntos, la claridad y sencillez de la composición de cada uno, la naturalidad con que narra y describe el cuentista, y el desembarazo con que camina derechamente á la moraleja del cuento, sin perderse en prolijas digresiones. El armazón de los cuentos, su estructura interior, es elegante y airosa, aunque, como es natural, tratándose de un escritor novel, falte esa *picardía* del escritor experimentado á que alude Picón, y que es uno de los elementos de la maestría profesional, que no suele ser cualidad nativa, sino adquirida, ó perfeccionada al menos por la experiencia.

Una de las más importantes operaciones mentales que su-

pone toda obra de arte, y por tanto, las literarias, es esta de componer bien, que equivale á *ver* con precisión y claridad los asuntos y á coordinar acertadamente los medios de expresión. El artista que posee esta facultad lleva ya mucho adelantado para la perfección de sus obras. Si en el caso actual, ó sea en el libro de Rancés, la retórica no ha bordado más flores y adornos sobre el bien tejido cañamazo de sus cuentos, no hay que censurar demasiado al autor por esta causa, pues ello vendrá con el tiempo y la experiencia.

Otro mérito que hallo en los cuentos de D. Emilio Rancés, y que no suele ser muy común en los escritos de los principiantes, es la discreción. Esta palabra es de las que requieren aclaraciones, pues el abuso del bombo, ó sea la prodigalidad en las alabanzas, ha depreciado tanto el valor de los calificativos laudatorios, que ya el llamar á uno discreto parece el mínimum del elogio. Y sin embargo, la discreción en literatura, como en la vida práctica, es cualidad rara y preciosa, si no de las más brillantes, de las más útiles y necesarias y de las que mejor califican un entendimiento. A los escritores novicios suele faltarles el sentido de la proporción y de la medida; á veces pierden la noción de lo ridículo y dan á sus obras, ó el tono de un sentimentalismo cursi, ó los grotescos brochazos de una caricatura. Todo por falta de esa virtud de la discreción, al parecer tenida en poco, como si todos viniésemos al mundo adornados con ella ó pudiésemos adquirirla sin trabajo.

Por último, se advierte también en *Realidades y novelas* una variedad de asuntos y de formas de exposición que habla muy en favor de la fecundidad del ingenio del autor. Merece, pues, plácemes por todos conceptos el joven literato, que tan felices disposiciones acredita en su primer libro.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO: Filosofía: El problema moral de la psicología colectiva.= Feminismo: La mujer y las diversiones modernas.=Pedagogía: La enseñanza en Alemania.=Enciclopedia: España.=Biografía: Siluetas parisienses: Los Rosny.—Pedro Loti.—Luciano Descaves.=Historia contemporánea: La China actual.—Los «bojeadores» y las sociedades secretas en China.—Dos caracteres chinos.—La emperatriz Tze-Chi y Kang-Yu-Wei.—La insuficiencia diplomática y la guerra en China.= Impresiones y notas: El maestro de historia de «L'Aiglon.»—Archivos fonográficos.—Respuestas infantiles.—Recuerdos de escuela de Edmundo de Amicis.

FILOSOFIA

El problema moral de la psicología colectiva.—Tal es el título de la última lección dada en el Instituto de altos estudios de la Universidad nueva de Bruselas, por Scipión Sighele, reproducida por *L'Humanité Nouvelle*, de París.

Los cuadros, las estatuas, los poemas, ciertos descubrimientos—dice—pueden y deben individualizarse en un nombre, Rafael ó Van Dyck, Fidias ó Miguel Angel, Dante ó Shakspeare, Kepler ó Newton: pero hay creaciones complejas que son obra colectiva, siempre fluctuante como las aguas de un río, pero como éste eterna y formada por millares de ignorados arroyuelos, cuyo conjunto produce un efecto colosal.

La lengua es obra de la colectividad. El desarrollo de[1] pensamiento está estrechamente ligado con el desarrollo de la

lengua, y la multitud es quien lo realiza por medio de un trabajo obscuro, colectivo y anónimo, y lo que se dice del lenguaje hablado, lazo de los hombres en el presente, puede repetirse del trabajo escrito, lazo de los hombres en el porvenir. El tránsito gradual de la pictografía á la escritura fonética y alfabética, es resultado de un trabajo colectivo que nadie hubiera podido ejecutar por sí sólo, porque excede del genio y de la vida de un solo hombre.

¿Y qué diremos de las leyendas artísticas, de esos ciclos heróicos que todos los pueblos poseen en su cuna? Todos ellos son formaciones intelectivas creadas, transmitidas, y mantenidas por la multitud. La colectividad precede en sus previsiones y descubrimientos al individuo. Los refranes son la experiencia sabiamente acumulada por la multitud, por el señor *Todo el mundo,* y el antiguo dicho *nihil sub sole novi* es exactísimo aplicado á la genialidad individual respecto á la colectiva: antes que Darwin, el pueblo de la Italia meridional expresaba en una frase pornográfica la lucha por la existencia y por la mujer; antes que los grafólogos, se llamaban los tipos de escritura *caracteres*, reconociendo así sus lazos con las facultades morales del individuo; antes que Lister, se curaban en Calabria las heridas con la trementina de la corteza de los pinos; antes que los fisiólogos hubiesen estudiado el efecto criminógeno del alcohol, un *fabliau* lo revelaba al pueblo; antes que Lombroso hubiera enunciado su teoría de la simbiosis del crimen, otro *fabliau* había tenido su intuición.

El genio es el revelador de las verdades que dormitan en el pensamiento inconsciente de todos; el genio es el que encuentra la fórmula y da la demostración de lo que el alma colectiva ha bosquejado ó entrevisto en su obscuro y anónimo trabajo. «Los grandes hombres—como dice Luis Bourdeau—no hacen más que cumplir esa función social; se agitan, pero es la multitud quien los conduce; creen dirigir al pueblo, y no hacen más que seguir el impulso que el pueblo les da.»

La suma de las ideas de una multitud es, en un momento

dado, siempre inferior á las ideas genialmente individuales; la inteligencia no puede propagarse en las multitudes como el sentimiento, ni puede, por consiguiente, crecer ni mejorar por el contacto inmediato y actual con otras inteligencias. Al lado, sin embargo, de esta inferioridad mental, los beneficios de la colectividad son innegables, sin que haya contradicción en estas afirmaciones, pues una cosa es considerar la vida social bajo el punto de vista de la estática y otra desde el de la dinámica. El genio es el presente hijo del pasado, del trabajo colectivo de toda la humanidad. La colectividad, inferior al individuo en el momento estático en que éste desarrolla sus ideas ó energías volitivas, es necesaria y util al individuo, no sólo en el pasado para formarle, sino en el porvenir, para corregir y mejorar sus pensamientos y sus actos.

Este influjo bienhechor de la multitud en el mundo, ha sido hasta aquí poco apreciado, prefiriéndose explicar la evolución social por la aparición de un genio, antes que investigar sus causas en el desarrollo del alma colectiva. Hoy las cosas han cambiado, y el más peligroso legado que el siglo XIX deja al XX, es precisamente el que se resume en el papel que la multitud ha de representar en el porvenir. ¿Es verdaderamente digna la multitud del cetro que se le va á dar? ¿Merece ese nuevo Briareo recibir el bastón de mando que va á caer de las manos de los déspotas?

Ciertamente que el pueblo merece ser el amo; pero todo amo lleva consigo el peligro de no estar á la altura de sus derechos y de sus funciones, porque el poder es un vino ardoroso que puede embriagar y conducir á la degeneración. Hay que evitar esa embriaguez, y para ello no hay más medio que educar al pueblo, cosa fácil de decir, pero muy difícil de realizar. En algunos países, los latinos sobre todo, los amigos de toda aristocracia y de todo despotismo se complacen en afirmar que el pueblo no está todavía á la altura de sus derechos, y que es incapaz de aprovecharse de ellos. La raza latina con su impetuosidad, su falta de reflexión, su amor á todo lo que

es apariencia y ostentación, no es la más apta, en efecto, para producir multitudes que sepan oponer al magnífico arranque del entusiasmo, el severo trabajo del cerebro. La educación y la instrucción podían, sin embargo, modificar esta influencia de la raza.

La educación en los países latinos es todavía víctima de la tradición; el joven de hoy debe aprender, poco más ó menos, lo que se aprendía hace cien años; por este prejuicio, la educación se resume en la instrucción, y en una instrucción puramente lírica y de forma. En lugar de las cosas necesarias á la vida, se enseña la historia antigua; en lugar de preparar al niño á la lucha por la existencia, se le prepara para el ejercicio de las funciones públicas; en lugar de desarrollar la iniciativa individual, se trata de apagar, nivelándolo todo, el menor resplandor de originalidad.

El Estado tiene así que resignarse á crear dos categorías de individuos: los que habiendo sitiado un cargo lo han obtenido, y los que, habiéndolo sitiado también, se han quedado fuera de la fortaleza burocrática: los primeros forman una multitud esclava del Gobierno, y los segundos una multitud hostil; y la llamada opinión pública no es más que la resultante patológica de estas dos corrientes inmorales, que llevan en su juicio, no ideas ni sentimientos, sino los egoismos de la multitud que ha comido bien y no quiere que perturben su digestión, ó las represalias de otra multitud que tiene demasiada hambre.

Si tenemos el valor de cambiar nuestro sistema de educación, formaremos un pueblo y un alma colectiva digna del poder á que está llamado. Moltke decía que las victorias de los alemanes eran debidas, más que al talento de los generales, al obscuro trabajo de los maestros de escuela, y esta afirmación era exactísima. Las multitudes de los pueblos del Norte han demostrado que tienen una alma colectiva mejor desarrollada y consciente. El destino de la humanidad parece una larga y peligrosa ascensión hacia una cima altísima y lejana

velada por las nubes, la nivelación moral é intelectual, y el bienestar de todos. En general, se cree que no podrá llegarse á esa cima, y sólo algunos tienen fe. ¿Quién se equivoca? No es fácil decirlo. Pero lo positivo es que si la cima no ha sido todavía alcanzada, si quizá no se puede alcanzar nunca, todos, sin embargo, tratando de llegar á ella, se han hecho mejores. Tal es—dice Sighele—mi conclusión; conclusión optimista y moral, porque se debe siempre tener esperanza, y se debe siempre, sobre todo, trabajar por la realización del progreso humano.

FEMINISMO

La mujer y las diversiones modernas.—La *Revue des Revues* de París, ha abierto una información entre las reinas del talento y de la vida mundana, los poetas, sabios, novelistas y moralistas, para averiguar sus opiniones sobre los puntos siguientes:

1.° ¿Deja la mujer de ser mujer al entregarse á los ejercicios físicos conocidos con el nombre de *sport*?

2.° ¿Son estos recreos saludables para la mujer moderna, ó pueden estimarse como nocivos?

Las respuestas son muy variadas, y en general menos instructivas y amenas de lo que podía esperarse de muchas de las firmas recogidas, predominando la opinión contraria á los *sports*, y la que aspira á que la mujer se consagre sobre todo al cuidado de su hogar. Algunas de estas respuestas merecen, sin embargo, ser consignadas.

«Admito para la mujer—dice Carmen Silva, la reina de Rumania—todos los *sports* de nuestros días, si sigue siendo graciosa y conmovedora como Sakuntala; si socorre á los desgraciados como Santa Genoveva; si hace música como Santa Cecilia; si alimenta tantos hijos como Blanca de Castilla; si hila como la reina Berta; si teje como Penélope; si borda

como las antiguas princesas rumanas: si pinta libros de horas como Ana de Bretaña; si cuida á los heridos como Florencia Nightingale; si hace versos como Margarita de Navarra y la emperatriz Isabel de Austria.»

«La mujer—dice Enrique Berenger—tiene derecho al ejercicio normal de sus músculos y de sus nervios, á la aireación de su carne, á la higiene de sus tejidos, á la alegría de todo su organismo físico.» «Algunos objetan que los nuevos *sports* alteran la elegancia de la mujer. ¡Puro misticismo! ¡Rutina tonta! ¿En qué son menos elegantes, menos reveladores de la belleza y de la gracia femenina un traje sastre de piqué blanco ó una amazona de paño que las crinolinas del segundo Imperio ó los ahuecadores de la tercera República?... Pero, objeta un moralista pedante, la joven biciclista arriesga el descubrlr las pantorrillas, aun llevando falda. Ese mismo moralista, sin embargo, soportará con gusto que su mujer y sus hijas descubran sus espaldas y su pecho en el salón recalentado de una reunión mundana, donde cien jóvenes se oprimen en torno suyo. Entre uno y otro *descubierto*, yo, padre ó marido, no vacilo, y prefiero las pantorrillas en el aire puro de una carretera, al pecho desnudo en el aire turbio de un salón.»

«En todo tiempo—dice Feliciano Champsaur—ha habido dos clases de mujeres, las sedentarias y las movedizas, entre las cuales se reclutan las *sportivas*. No veo que las fogosas cazadoras del antiguo régimen fuesen menos dadas á las diversiones que las mujeres modernas. La caza con alcón, con perros y á tiros eran placeres favoritos de las damas nobles. La bicicleta no ha hecho más que democratizar el *sport* para la mujer. La coquetería de la sangre fría y de la bravura ha existido siempre. ¿Y las antiguas jóvenes griegas, luchando completamente desnudas en el ágora?»

«Sin querer reducir á la mujer—dice la señora de Alfonso Daudet—á hilar lana, temo lo que la saca del hogar y hace de la casa moderna un corredor por donde se pasa para cambiar de ropa, ó una estación para las comidas, en lugar de la casa

activamente cuidada y adornada, como la entendían nuestras abuelas y nuestras madres.»

«La mujer—dice el Dr. Hericourt—no está en su puesto en los ejercicios físicos; y para pensar así tengo razones de orden fisiológico, de orden estético y de orden social.» «La sociedad perfecta sería aquella en que la mujer no trabajase, teniendo bastante que hacer en su hogar, enmedio de sus hijos.» «En todo caso los *sports* constituyen un *trabajo de lujo* que la necesidad no impone á la mujer. Su deber es, pues, abstenerse de ellos para conservar á la comunidad su valor social de mujer madre.» «No olvide la joven que no tiene nada que ganar y sí mucho que perder en juegos que pueden comprometer su futuro papel de esposa; y esté la mujer bien convencida de que su invencible y duradera fuerza está en su encanto de esposa y madre, y no en otra parte.»

«La mujer—dice Max Nordau—sigue siendo mujer, psíquicamente, haga lo que quiera. En los recreos, hasta los más varoniles, tiene la mujer otras ambiciones y otras satisfacciones que el hombre. La cuestión del traje la preocupa siempre. Quiere agradar con sus proezas. Es otra forma de coquetería, pero siempre coquetería. Con frecuencia he pénsado que Diana, si hubiera llevado un bonito traje de caza, hubiera sido feliz al verse admirada por Acteon; si lo hizo matar, es porque la miró antes que la costurera la hubiese arreglado. La aventura de Pentesilea me parece que prueba cuan mujer sigue siendo una amazona belicosa... hasta perecer de amor.»

«Insistís—dice la famosa Clemencia Royer—en tener mi opinión sobre las *sportswomen,* y tengo el sentimiento de deciros que detesto esa palabra, porque soy muy *nacionalista,* en cuanto á la lengua. Prefiero igualmente el ligero volante, brincando sobre la raqueta y que da á las jóvenes tan graciosos movimientos, al absurdo *crocket,* que hace inclinar todas las frentes hacia el polvo, como encuentro la antigua pelota francesa muy superior al brutal *foot-ball.*»

«Nuestra misión en esta tierra—dice Lucía Tassart—es re-

presentar el encanto, la bondad, la dulzura. Mi franqueza me obliga á decir que algunas mujeres no buscan en la bicicleta sino una sensación nueva, una embriaguez, un vértigo, y frecuentemente también se apoderan de este medio para escapar de toda vigilancia, tomar contacto y hacer brotar la chispa... Nosotras no somos ya mujeres, ni podemos todavía ser hombres; tengamos cuidado, no vayamos á ser neutros.»

«La práctica de los recreos físicos—dice Jorge Vanor—equivale en la mujer á la ovariotomía de la gracia; la moda y el *chic* consienten el traje de amazona para la equitación, pero reprueban los pantalones de la biciclista y las gafas de la automovilista. La mujer tiene otros medios—no digo otros *sports*—que la aerostación y el alpinismo para acercarnos al cielo.»

PEDAGOGIA

La enseñanza en Alemania.—Desde hace algún tiempo—dice en *L'Humanité Nouvelle* Antonino de Gerando—muchos franceses estudian los modos de enseñanza de Alemania, enviados por el Gobierno francés ó por iniciativa privada, y es muy de temer que en Francia, como en gran parte de Europa, se prenden de esa pedagogía alemana que declaran los alemanes admirable. La alaban, sin duda; pero nosotros, los húngaros, por ejemplo, que tanto tenemos que sufrir con ella, sabemos bien á qué atenernos. Alemania es hoy Prusia, y Prusia es el militarismo, es decir, la doctrina del egoismo feroz, la razón del más fuerte, el triunfo de la materia.

El gran defecto de esta pedagogía alemana de 1900 es no desarrollar en el hombre más que la memoria; todo lo demás, corazón, alma, pensamiento, sentido crítico, sentido artístico, imaginación, queda ahogado por esa desgraciada memoria, que se atiborra de hechos, fechas, cifras y fórmulas hasta hacer del hombre la más complicada é inerte de las máquinas.

Tomemos por ejemplo la enseñanza del latín: el alumno

comienza el latín en la primera clase del gimnasio á los diez años, y le dan para ello la Gramática latina de Federico Schultz, que es un tomo en 4.° de 340 páginas, con 317 reglas y otras tantas excepciones escritas en estilo pesado y obscuro, habiendo reglas que hay que releer hasta cuatro veces para comprender su sentido. El pobre alumno queda aplastado del primer golpe; pero con el miedo á las malas notas, y sobre todo á ese famoso 5 que implica su despedida, aprende de memoria innumerable cantidad de reglas y excepciones de un modo puramente mecánico. Después le hacen leer algunos textos desfigurados de autores clásicos para aplicar las reglas y excepciones aprendidas, y el alumno no tiene ni tendrá nunca ninguna idea, ni vista de conjunto, ni horizontes más amplios, ni percepción del sentido íntimo de las cosas.

Y así son todos los libros de clase, escritos en estilo nebuloso, atascados de términos científicos y conteniendo absolutamente todo menos lo esencial: el alma, el fondo íntimo de las cosas, la vida misma. Cuanto más ininteligibles son, por más profundos y científicos se les tiene. Y cuando el alumno sabe de memoria suficiente número de reglas, cree haberse sorbido toda la ciencia y no concibe siquiera que haya nada más allá.

Todo este sistema es excelente para hacer máquinas que puedan llevarse ante los cañones, pero no para crear hombres que puedan y sepan sentir, amar, pensar, imaginar, entusiasmarse y querer, y que sean dignos de trabajar por el progreso y la felicidad del género humano. La pedagogía alemana puede ser muy erudita, pero no crea buenos maestros; carece de alma, y de toda su erudición no queda más que un armatoste para la memoria, que no sirve para nada en la vida, que se arroja al salir de la escuela y que no deja más huellas que la fatiga y los gérmenes que ha matado y marchitado en el alma viva.

Para instruir, para ensanchar realmente el horizonte del espíritu, para despertar las fibras íntimas del corazón y de la

inteligencia, hay que ser *artista,* en la acepción más alta de la palabra; hay que saber vibrar uno mismo para hacer vibrar el alma de los demás, abriéndola á la enseñanza. Sin eso, por mucha erudición que en la memoria se vierta, jamás penetra en el alma, aparte de que no es erudición, sino vida, lo que necesita el alumno.

Todo ese flujo de erudición es tan pedante, tan seco, tan árido, de tal modo desesperante, que explica perfectamente por qué tantos alumnos se suicidan en Alemania antes de los veinte años. El sér humano tiene corazón, alma, inteligencia, sentido de lo bello, necesidad de ideal; y en lugar de atender á todo esto, se desequilibra la armonía de ese sér, convirtiéndolo en pura máquina. Cada espíritu tiene su propia vida, y es un crimen querer forzar todos los espíritus á seguir mecánicamente el mismo camino, ahogando la inteligencia en una inundación de hechos y de fórmulas que no puede digerir.

El buen profesor debe ayudar á cada alumno en su trabajo de desarrollo interior, trabajando con él de modo que el alumno se sienta sostenido y dirigido por una voluntad ilustrada y amante. Pero, lejos de eso, los adeptos de Herbart y de Karman proclaman que el profesor no debe atender más que á su clase; los alumnos son números, y sólo existe la clase; el colmo de la gloria para un profesor es no conocer, después de todo un año de enseñanza, ni un solo alumno por su nombre.

La mayor vergüenza de la pedagogía alemana, á pesar de la indigesta erudición de sus libros, es el no haber abolido al finar el siglo XIX las ignominiosas penas corporales. Se ha querido en estos días reducir, solamente *reducir,* el número de golpes distribuídos en las escuelas, y los maestros han protestado en seguida unánimes: «¡No es posible la enseñanza sin látigo!» ¿No es esto más elocuente que todo cuanto pudiera decirse?

«Deje, pues, Francia decir á sus vecinos—concluye De Gerando,—y hasta á sus propios profesores universitarios, que una Gramática escrita por un alemán es mil veces superior á

todas las Gramáticas francesas; pero no crea semejante cosa ni se deje arrastrar por el oleaje de la moda reinante. Deje decir todo lo que quieran, y siga siendo lo que es y lo que ha sido, y continúe formando profesores que enseñen con su corazón, con su alma, con su entusiasmo, con su fe en el progreso de la humanidad, con ese sentido artístico que hace de Francia, no en teoría, sino prácticamente, una verdadera educadora.»

ENCICLOPEDIA

España.—Así se titula el magnífico libro ricamente ilustrado, que, constituyendo tres de sus números ordinarios, dedica á nuestro país la *Nouvelle Revue Internationale,* tan admirablemente dirigida por la Princesa Rattazzi.

Es un estudio tan ameno y variado, tan completo y tan bien presentado sobre nuestro país, y hecho por plumas en general tan autorizadas y con tanto tino escogidas, que no cabe más que aplaudir tan laudable iniciativa y agradecer á la infatigable y excelsa escritora que haya lanzado al torrente de la publicidad internacional un libro de información tan exacta y de factura tan artística como el suyo.

Tras un entusiasta y hermosísimo prefacio sobre *La Patria española,* de la señora Rattazzi, viene estudiada la política y la literatura, la corte y la sociedad, el Ejército y la Marina, la justicia y las colonias, el arte, la etnografía y la regeneración, todo en artículos tan breves como sustanciosos, en los que no se sabe qué espigar, pues lo que no seduce por la forma resulta impagable por el fondo.

Los artículos de política los firman Navarro Reverter, que pasa revista general á la situación del país en 1900; Canalejas, que estudia la organización de los partidos; Pí y Margall, que expone la historia del federalismo; Azcárate, que desarrolla el tema del regionalismo; Valera, que examina la si-

tuación de España en sus relaciones con Europa; García Ladevese, que estudia el partido republicano; Valbuena, el carlismo; Moya, los hombres de Estado contemporáneos, y Figuerola-Ferretti (Manuel) la organización política y administrativa del país.

No son menos interesantes, aunque quizá pequen de incompletos y un tanto desiguales, los artículos consagrados á la literatura, estudiando unos autores el movimiento literario en general; otros, como Ferrari, Núñez de Arce y Manuel del Palacio, la poesía; Picón, la no vela; Dicenta, el teatro, y Gómez Carrillo, la prensa.

Curiosísimos, y seguramente muy saboreados por las damas, son los artículos dedicados á «La Corte y la Sociedad», firmados por Emilia Pardo Bazán, que los consagra á la dinastía española y á las mujeres de la aristocracia; Monte-Cristo, que nos presenta *la corte;* Abascal, que pasa sabrosísima revista á la sociedad de Madrid; Figuerola-Ferretti (Luis), que examina la vida en la corte, y el Duque de Rivas, que trascribe una delicada representación de Navidad en el Palacio Real, cuyos actores fueron el joven Rey y su hermana la Infanta María Teresa.

Los artículos consagrados al Ejército y á la Marina los suscriben el General López Domínguez, Jenaro Alas, Novo y Colson y Eugenio Sellés, los tres primeros desde el punto de vista ténico; el trabajo de Sellés es una hermosa página dedicada á la espada española, fragmento de un drama inédito, que acaba con un rasgo sarcástico.

El Marqués del Vadillo, el reputado jurisconsulto Ruiz Jiménez, Alonso Colmenares y Manuel Figuerola examinan lo relativo á la Justicia, estudiando respectivamente la codificación en España, la justicia española, el movimiento del derecho internacional en España y la organización judicial.

Sólo un artículo, y quizá es demasiado, por aquello de que «en casa del ahorcado no debe mentarse la soga», aparece dedicado á las colonias, firmándolo D. Rafael de Labra.

Los artículos sobre el arte son tres: el primero «Las bellas artes», lo suscribe Cánovas; el segundo, «La música», lleva la firma ilustre de Bretón, y el tercero, «El arte monumental en España», la del arquitecto Lampérez.

Llenos de color y vida, aunque un poco recargado el primero de adornos y no siempre del todo exacto en los pormenores, son los artículos de etnografía, firmando Salvador Rueda, en el «España pintoresca: trajes y costumbres»; Emilia Pardo Bazán, «Los bailes flamencos»; Pérez Nieva «Fiestas populares»; Patrocinio de Biedma, Consuelo de Miranda, Ortega Morejón y Rafael de la Viesca, «Andalucía», los cuatro; Concepción de Flaquer, «La mujer», y Antonio Blázquez, «El país español».

El problema de la regeneración, que cierra el volumen, se presenta estudiado por Beraza, «La situación económica»; Reparaz, «El programa de la regeneración»; Salvany, «El porvenir de España»; Picón, «La patria y la juventud», y el Barón Stock, «España en la Exposición».

Como muchos trabajos, no menos interesantes, no han podido tener cabida en el volumen reseñado, la Princesa Rattazzi no ha vacilado en dedicar á los mismos un suplemento que contiene lo relativo á la «Instrucción pública», por Aniceto Sela; los «Trabajos públicos», por Eugenio Rivera; «El Don Juan español», por Blanca de los Ríos; «Las mujeres de España», por Luis Figuerola; «El alma de América», por Sellés; «El movimiento literario», por Emilia Pardo Bazán; «El grito de alarma», por González Serrano; «La política del deber», por Pareja de Alarcón; «El balance de la guerra de Cuba», por Ibáñez Marín; «José María de Pereda», por Pérez Galdós; «Sobre la regeneración», por Reparaz; «La literatura española en el Extranjero», por Altamira; «La evolución del arte», por Cánovas; «El preciosismo español», por Palacio Valdés, y «Retratos de escritores», por Melchor de Palau.

BIOGRAFIA

SILUETAS PARISIENSES: LOS ROSNY. — Los hermanos Rosny escriben novelas y más novelas, y para esta ruda misión que no acaba nunca — dice Zadig en la *Revue Bleue*— se han asociado los dos; para conquistar un nombre han renunciado al que tenían; uno se llama J. y otro H. ¿Qué es J.? ¿Qué es H.? ¿Cuál es J. y cuál es H.? ¡Mayúsculas misteriosas, individualidades impenetrables! Son dos, dos en uno. Son los Rosny, son J-H. Rosny. Hay el que se ve y el que no se ve, y son semidesconocidos casi célebres.

Existen, sin embargo, los dos, como existe su obra, no siendo inexacto decir que los Rosny no saben escribir en francés, y su incorrección es espontánea ó hacen esfuerzos prodigiosos para ser incorrectos. No conocen más giros que los que no se emplean ya, ó los que han de emplearse quizá más tarde; si sus barbarismos son anticuados, sus neologismos son siempre bárbaros. Términos científicos, epítetos sorprendentes, metáforas inesperadas, construcciones imprevistas, perífrasis inverosímiles, masas informes, amontonamientos, tropeles, sus libros son como las canteras de un contratista de demoliciones.

Les gusta demasiado la ciencia y eso es lo que nos mata. Tienen una teoría literaria, habiendo emprendido el buscar en «las adquisiciones de la ciencia y de la filosofía elementos de belleza más complejos y más en relación con los desenvolvimientos de una alta civilización», y profesan la doctrina de que «los grandes descubrimientos de nuestro fin de siglo son susceptibles en el más alto grado de ser transmutados en materiales literarios»; lo dicen, y transmutan todo lo que pueden. Y no notan que la ciencia no está más en su puesto en la literatura que la literatura en la ciencia.

Y las «adquisiciones de la ciencia» proporcionan á los

Rosny los asuntos de sus obras. Saben toda la evolución de las razas y de las ideas desde el principio del mundo y un poco antes, hasta las edades contemporáneas y un poco más. Y estudian todos los séres, desde los hombres de las cavernas hasta los literatos, y desde las mujeres extraordinariamente salvajes, hasta las que no lo son bastante. Puede decirse que para perdonarles sus defectos, sería preciso que tuvieran genio. Pero no estamos en tiempos de genios literarios, y lo único exacto que sobre esto se sabe es que nadie tiene genio, salvo quizá algunos jóvenes de diez y ocho años, que á los veinte dejan de tenerlo.

Hay, sin embargo, que decirlo: los defectos mismos de los Rosny son grandiosos. Tienen esplendor y brillo, esplendor turbio, brillo nebuloso; pero, ¡qué magnífica irradiación á través de sus libros, por intermitencias! ¿Dónde encontrar páginas más bellas que el relato de la muerte de Lamarque en *Imperiosa bondad*? ¿Y qué decir de *La Tentadora*, ese cuento minúsculo que lo mismo puede ser una obra maestra que una obra ordinaria, siendo en todo caso un bosquejo ligero y encantador? Exaltemos á esos escritores indisciplinados: tienen bastante fuerza para que les sea lícito carecer de gusto.

***

Pedro Lotí. —Los libros de Lotí—dice Zadig—son suficiente compensación de todas las impresiones de viaje con que los autores nos agobian. La vida de Pedro Lotí es un viaje perpetuo y sus libros son guías poéticas á través de los mares y los mundos.

La fisonomía de Lotí es singular entre las de los escritores contemporáneos. Por de pronto es un especialista de la descripción; ha elegido este género literario, y desde el día que lo escogió, fue el maestro del género. Hubiera podido limitar su labor á dos ó tres obras, pues sus primeros libros fueron

obras maestras; pero cumpliendo su misión, sus libros se acumulan, todos semejantes y todos hermosos.

Y viaja, porque es su oficio, y porque este oficio conviene á sus inclinaciones. Y es original, precisamente porque pinta cuadros del universo entero, formando la más rara y completa colección de proyecciones luminosas de todos los países. Recorriendo en sus libros todas las regiones terrestres, descubre, con la Naturaleza, lo que está más cerca de ella, la mujer; y así como nos muestra la Naturaleza en su esplendor normal, así nos presenta á la mujer en su ocupación más natural, el amor. Y sus libros, que son una colección de paisajes, son también una recopilación de historias de amor, amor comprendido por Lotí de un modo muy nuevo, por ser el más antiguo. En nuestra época, castigada por las plagas del adulterio y la psicología, los amores son extraordinariamente complicados, más todavía en las novelas que en la realidad; pero en Lotí el amor es sencillísimo, reduciéndose al amor físico, á la sensualidad, por la que los hombres y las mujeres salvajes se parecen á los civilizados. Y en verdad que para suscitar siempre los mismos amores no era indispensable viajar tanto.

Pero Lotí viaja tanto para aislarse mejor; quiere estar siempre solo consigo mismo, y lo consigue porque suprime todos los demás hombres. Lotí contempla los mares, las tierras y los cielos, y se contempla á sí mismo. Y se pinta con gravedad ingenua é imponente. Habla de sí mismo, y no cansa á nadie, ni aun á él. Y hasta su recepción académica fue un acontecimiento dos veces memorable, porque fue Lotí quien habló, y porque Lotí habló de Lotí; él, que se ve solo bajo la bóveda infinita de los cielos, no podía distinguir á nadie más que á sí mismo bajo la cúpula de la Academia.

***

Luciano Descaves.—Luciano Descaves nació en 1860, empezó á escribir en 1887, y desapareció—dice Zadig—al año

siguiente. Su nombre ha sido usurpado por un literato cuya personalidad es desconocida, aunque no falta quien piensa que el Luciano Descaves de ahora es el mismo que escribió *Sous-Off*, y que todo lo que ha aparecido después con su nombre estaba contenido en germen en aquella obra cuyo mérito es muy discutible, y que si dió de un golpe notoriedad y fama á su autor, no fue sino porque hubo un Ministro que la denunció, dando á Descaves el glorioso privilegio de ser perseguido.

La persecución, sin embargo, para producir todo su efecto, impone ciertas obligaciones. Descaves, que había atacado las caducas instituciones burguesas y las decrépitas instituciones militares, debía ser toda su vida un rebelde, un segundo Julio Vallés, aunque con uno hay de sobra. Pero aquellos furores primitivos se han fundido después en lacrimosa sensibilidad, y Descaves se ha convertido en el más grueso de los escritores sensibles, una especie de Severina con pantalones, de todo punto insoportable.

Y, sin embargo, Luciano Descaves fue al principio enemigo personal de todos los burgueses, y es el autor de *¡Capones!* El mismo es un burguesillo de las letras: no teniendo nada de escritor, ni profundidad de filosofía, ni observación, ni imaginación, ni finura de espíritu, ni elegancia de alma, ni estilo, hace sencillamente su oficio, y sobresale en ser buen camarada, tan atento á conservar sus amigos como un funcionario á complacer á sus jefes de oficina.

Es además miembro de la Academia de los Goncourt. No tenía título ninguno para serlo; pero lloró más que nadie la muerte de Goncourt, y mientras los demás académicos ya se habían consolado y se callaban, él seguía llorando, llevando flores á su tumba y escribiendo artículos tiernos, respetuosos y admirativos cada aniversario. ¿Cómo no recompensar tan tenaz admiración? Hicieron bien en elegir á Descaves, porque la literatura se interesaba poco en semejante elección, y porque, después de todo, no era cosa de elegir á la vieja criada Pelagia.

HISTORIA CONTEMPORANEA

La China actual.—El imperio de China abarca un territorio equivalente—dice en la *Nuova Antología* Attilio Pratesi—á 38 veces el de Italia, con una población de 360 á 400 millones de habitantes. Su clima, desde Siberia al Trópico, es variadísimo, como su suelo, bien cultivado en general y surcado por grandes ríos y numerosos canales. Contiene muchísimas minas de todo género y yacimientos de hulla más extensos y ricos que los de Inglaterra y Norte América juntos. Los chinos son sobrios y viven de la agricultura, siendo sus producciones principales té, seda, algodón, caña de azúcar, arroz, cereales, legumbres, barnices, frutas, opio, tabaco y bambú.

Este inmenso territorio, con su incontable población de diversas razas, está regido por un Emperador que reside en Pekín, y que se sirve para gobernarlo de virreyes, gobernadores y mandarines, teniendo para defenderse una milicia mandada por oficiales relativamente escasos, y en general poco instruídos, y compuesta en su mayor parte de soldados sin armas ni monturas, y con la que á veces se forman ejércitos de más de 100.000 hombres para sofocar las rebeliones que á cada paso estallan en uno ú otro punto del Imperio.

La población vive en su mayor parte en casas modestísimas, especie de cabañas de un solo cuerpo con paredes de barro, siendo raros los edificios de dos pisos. Los templos, precedidos de atrios, flanqueados por dos monstruos y sostenidos por columnas de madera, son numerosos, siendo el budhismo la religión más difundida y las máximas de Confucio las más generalmente seguidas, aunque el chino suele ser poco dado á las prácticas religiosas, limitadas á breves oraciones ó actos de adoración.

El pueblo se alimenta de vegetales y huevos, que cuestan de 12 á 18 céntimos la docena; donde hay ríos ó canales co-

men peces, secando ó ahumando el sobrante para llevarlos á otras comarcas. Su bebida habitual es la infusión de té, sin azúcar, no conociendo más bebida fermentada que una especie de aguardiente de mijo, muy malo. Fuman tabaco y opio, y sus pipas son tan pequeñas como largas, pasándose la mayor parte del tiempo en cargarlas, encenderlas y limpiarlas. No se admite la poligamia, pero se tolera el concubinato, y las concubinas viven pacíficamente en compañía de la mujer legítima, gozando sus hijos de los mismos derechos que los legítimos.

No hay verdadero sistema monetario, haciéndose los cambios por *sapekes,* llamados por los ingleses *cash,* moneda de bronce del tamaño de las nuestras de 5 céntimos, con un agujero cuadrado en el centro para poderla enhebrar; generalmente se juntan mil en dos filas de cinco grupos con cien monedas cada uno, que se llevan á la espalda; el peso normal de cada una es el de 5 gramos; pero los particulares las funden y hacen el gran negocio transformándolas en otras mucho más pequeñas que valen lo mismo; así, cada grupo de cien monedas enhebradas presenta un aspecto fusiforme, estando enmedio las mayores y á los extremos las más pequeñas; el valor de tales monedas es el de 900 por duro, ó sea tres décimas de céntimo cada una; pero este valor varía de un lugar ó de un mes á otro, pudiendo subir á 0,004 ó bajar á 0,0025. Como tan escaso valor es una gran dificultad para cualquier operación comercial, se usa el *tael* de plata, moneda nominal de 37,8 gramos de peso; se hacen lingotes en forma de barquilla ó chinela de 25 ó 50 taels, que luego se recortan hasta obtener el peso correspondiente al precio, sistema pésimo que origina disputas y camorras, y con el que hacen su negocio los cambiantes. Sólo en algunos lugares se usan billetes de Banco de 1.000 sapekes. El oro no se usa como moneda, y todas las minas de oro y plata son propiedad exclusiva del Emperador. La acuñación de los sapekes representa para el Gobierno una pérdida considerable, pues el kilo de bronce cuesta una pese-

ta, y 200 sapekes, que pesan un kilo, sólo valen 60 céntimos. El Gobierno intentó acuñar para evitar esta pérdida nuevas monedas, á las que dió el valor de 20 sapekes; pero el pueblo sólo las aceptó por 2 sapekes, y así circulan todavía.

Los oficios públicos forman casi el monopolio de la clase letrada de la población; pero como cuesta mucho dinero conseguirlos y están muy mal pagados, todo funcionario se dedica á explotar su cargo á costa de sus subordinados y de la población. Los servicios públicos apenas existen ó están abandonadísimos, y por eso el pueblo no quiere al Gobierno, aunque lo aguanta todo por apatía, salvo cuando se harta y se levanta en motín ó en formidable insurrección.

En cuanto á sus relaciones internacionales, el *Sinim* de Isaías, el *Thin* del periplo de Ariano, la *Sérica* de Ptolomeo y de Plinio, la *China* de Marco Polo, es país que se ha complacido siempre en el aislamiento, viviendo separado por su gran muralla del resto del mundo hasta el presente siglo. En 1841, el tratado de Nanking, á consecuencia de la guerra del opio, abrió al comercio inglés los cinco puertos de Canton, Amoy, Funchan, Ningpo y Shangai, y le valió la cesión de la isla de Hong-Kong; en 1844; el tratado de Wampoa, entre Francia y China, abrió el imperio á todos los extranjeros; en 1858, en Tientsin, se reconoció á las potencias el derecho á que sus representantes residieran en Pekín, ratificándose este pacto en 1860, y siendo admitidos en 1872 por primera vez los Embajadores extranjeros en las fiestas palatinas con motivo del matrimonio del Emperador; en 1878-79, el tratado de Livadia otorgó á Rusia una porción del distrito de Kuldía y la concesión de un camino de Hankan á Siberia; Francia, por su parte, tras las guerras del Annam y del Tonkín, obtuvo no pocas ventajas comerciales y territoriales, y en estos últimos años se ensancharon, tras la guerra con el Japón, los dominios europeos en China, con las concesiones de Puerto-Arturo á Rusia, de Wei-hai-Wei á Inglaterra y de Kiao-Cheu á Alemania, haciéndose importantes concesiones de obras públicas, algunas ya

terminadas, y otras en construcción. Tal es, en suma, la situación actual; muchos puertos abiertos á los extranjeros: las tres estaciones navales de Puerto-Arturo (rusa), Wei-hai-Wei (inglesa) y Kiao-Cheu (alemana), y el derecho de viajar con pasaporte, pero no de residir ni poseer, en el interior.

*
* *

Los «bojeadores» y las sociedades secretas en China.— La *Revue Bleue,* de París; la *Nuova Antología,* de Roma; la *Review of Reviews,* de Londres, y otras muchas revistas, dedican al estudio de las sociedades secretas de China sendos artículos, cuya substancia procuraremos resumir del modo más claro y preciso para conocimiento de nuestros lectores.

En China, como en todo país regido despóticamente, hormiguean las sociedades secretas; ricos y pobres, casi todos están afiliados en alguna, especialmente desde el siglo XVI en que, derrocada la dinastía nacional de los Ming por la Manchú, los partidarios de la causa vencida sintieron la necesidad de defenderse. La más antigua de estas sociedades es la Hung, que opuso gran resistencia á cumplir la orden de dejarse la trenza, y que no pudiendo eludirla, la envolvió en una especie de cofia que la oculta; su papel político se descubre en algunas de sus máximas, como las que dicen «arriba los Ming, abajo los Manchús»; «obedece al cielo, marcha por camino derecho y repón en el trono á los Ming».

Sectas derivadas de la Hung son las cuatro más importantes que hasta estos últimos años han florecido en China: la Triada, los Ko-lao, los «Quemadores de incienso» y los Vegetarianos. La sociedad que en Cha-tung había tomado el nombre de *Ta-tao*, que significa «gran cuchillo», es la que provocó, con el asesinato de los dos alemanes de la misión italiana, la ocupación alemana de Kiao-chen. Los *ta-taos*, ganosos de represalias, se aliaron con los de la sociedad *Ko-lao*, y tomaron el nombre de *Chung-ho-chuan*, es decir «puño de la fiel

armonía» ó «liga de los puños», de donde los ingleses han sacado el nombre de *boxers* ó bojeadores, con que los llaman.

El fin de esta secta es acabar en China con la dominación extranjera y con todo lo que significa civilización europea, ferrocarriles y misiones. Lejos de ser antidinástica, pretende ser el sostén de la dinastía actual, y especialmente del partido conservador y de la Emperatriz antireformista; su fuerza estriba en esto, y el peligro principal con que han de luchar las tropas europeas consiste en que esa sociedad se extienda por todo el Imperio, y representa las aspiraciones nacionales, teniendo su principal apoyo en el propio palacio imperial de Pekin, como antes lo tuvieron los reformistas, gracias á Kang-Yu-Wei. Pero esto merece capítulo aparte.

***

Dos caracteres chinos: la Emperatriz Tze-chi y Kang-Yu-Wei.—Kang-Yu-Wei, nacido en Canton en 1859, obtuvo en 1895 el grado de *Chin-Chih*, que le daba una posición oficial, siendo nombrado Secretario del negociado de Obras públicas. Por entonces estalló la guerra con el Japón, y conocidos los términos del Tratado de Shimonosaki, Kang-Yu-Wei y uno de sus amigos, Liang-Chi-Tsao, dirigieron al Emperador una protesta contra su ratificación, firmando el documento los estudiantes del Kuang. Los censores, sin embargo, asustados del tono de la protesta, no se atrevieron á transmitirla al Emperador; pero pocos días después, el 2 de Mayo, 1.300 graduados de provincias, firmaron otro nuevo informe de Kang-Yu-Wei, y entonces los censores no se atrevieron á detener el documento. Kang fue admitido en la corte y se hizo jefe del partido reformista, con el apoyo de Weng-Tung-Ho, tutor del Emperador, fundando un periódico y organizando clubs.

En Diciembre de 1895, dos miembros importantísimos del club se atrevieron á pedir al Emperador nada menos que el destierro de la Emperatriz viuda Tze-Chi. Con tal motivo

hubo escenas violentas en palacio, triunfando por el momento la Emperatriz, que hizo destituir á los dos atrevidos funcionarios, pero que tuvo á su vez que desprenderse de Li-Hung-Chang enviándolo de Embajador á Rusia. Aquel paso determinó la formación de los dos partidos: el reformista, dirigido por Kang-Yu-Wei y Weng Tung-Ho, tutor de Kuang-Su, y al que se inclinaba este Emperador, y el conservador, á cuyo frente estaba la Emperatriz tía, con todo el mandarinato chino. Era la lucha de dos firmes voluntades y de dos verdaderos caracteres, siendo difícil predecir el resultado.

La Emperatriz, de sesenta y seis años, es una mujer ambiciosa, hábil y valiente; viuda desde 1861 con un hijo de varios meses, formó parte de un Consejo de regencia en el que entraban también la primera mujer del difunto, Tze-Am, y los dos tíos del Emperador, los Príncipes Kuang y Chun, presidiéndolo el Príncipe I; éste, con los Ministros, maquinó matar á las dos Emperatrices y á los dos tíos del Emperador para quedarse dueño del poder; pero enteradas las Princesas, denunciaron el complot, y el Príncipe Kung se presentó en palacio con una orden escrita del Emperador (¡de nueve meses de edad!) relevando á los Ministros y á I de sus funciones, y nombrando Regentes á las dos viudas y á Kung; por buenas composturas, dos de los Ministros obtuvieron el favor de matarse con una cuerda de seda, y otro fue decapitado.

Aquí comienza el papel político de Tze-Chi; la otra viuda, que era la esposa legal del difunto Emperador, tenía un carácter modesto y dejaba hacer á su compañera. Esta es la que ha dirigido realmente desde entonces todos los asuntos de China, pretendiendo emular á Semíramis y á Catalina II. Desde su elevación al rango de primera regente desaparecieron de uno ú otro modo, ejecutados, desterrados ó por enfermedad, todos los personajes de distinción que podían oponerse á sus miras. En 1874 casó á su hijo, que tenía entonces catorce años, y éste, creyéndose soberano, publicó un edicto deponiendo á su tío el príncipe Kung; pero en seguida las emperatrices publi-

caron otro reponiéndole, y al poco tiempo se anunció que el Emperador estaba enfermo, y el 12 de Enero de 1875 murió. Su viuda, que quedaba encinta, podía ser un obstáculo para las miras de Tze-Chi, si daba á luz, pues entonces le correspondía de derecho la regencia; como su joven esposo, no tardó en enfermar y fallecer.

Entonces fue proclamado Kuang-Su, el Emperador actual, hijo del príncipe Chun, de tres años de edad, continuando durante su minoridad su tía Tze-Chi ejerciendo el poder supremo hasta 1889, en que le entregó oficialmente las riendas del Gobierno. Su intervención, sin embargo, continuaba siendo casi tan directa como antes, y la prueba de ello es que, habiendo regresado de Europa el marqués Tseng en 1890 con propósitos reformistas, que logró llegara á compartir el propio Chun, padre del Emperador, no tardó en enfermar y morir, siguiéndole á poco el mismo príncipe Chun, muerto súbitamente en Enero de 1891. Con esta mujer tenía que habérselas Kang-Yu-Wei.

El Emperador Kuang-Su, joven enfermizo, melancólico, corto de estatura, vástago raquítico de una raza agotada, se hallaba colocado entre su deseo de atender á sus convicciones de reformista y su temor de disgustar á su tía la Emperatriz Tze-Chi. Apremiado por Kang-Yu-Wei, que le presentaba el ejemplo de Pedro el Grande, aleccionado por la reciente guerra con el Japón y espoleado por los golpes de las potencias, apoderadas hoy de Puerto-Artur, al otro día de Wei-Hai-Wei y al otro de Kiao-Cheu, el Emperador comprendió la absoluta necesidad de reformar la educación, instituciones y costumbres del país, para ponerle en condiciones de luchar con sus enemigos, y se lanzó resueltamente por el camino de las innovaciones.

En Junio de 1898 lanzó su primer edicto, sincero y levantado, que llenó de estupor al Imperio por la franqueza con que se denunciaban los males del país; el 31 de Agosto ordenó la supresión de multitud de cargos, llevando á las filas del man-

darinato y del funcionarismo el espanto y el terror; el 11 de Septiembre creó escuelas para el cultivo de la seda y el té, y fundó la Facultad de Medicina bajo la dirección de prácticos europeos; el 12 del mismo mes dispuso que los altos funcionarios cumplieran la regla de presentarse por lo menos cada tres años en Pekin para que el Emperador los examine y se asegure de sus aptitudes; el 13 publicó un edicto importantísimo autorizando á los taotés y gobernadores para dirigir al Emperador Memorias sobre reformas ó abusos, y á cualquier súbdito del Imperio para exponer por vía jerárquica sus opiniones y deseos; otro edicto decretaba la libertad de la prensa para ilustrar á los que están en el poder y desgarrar el velo que oculta en la obscuridad el mal gobierno de los funcionarios.

Esta oleada de reformas se paró de pronto: la Emperatriz se cansó, y apoyada por todo el mandarinato, se resolvió á cortar por lo sano, dando el golpe de Estado de 21 de Septiembre de 1898. ¿Qué pasó en el palacio? ¿Convenció la tía al sobrino de que se lanzaba por un camino peligroso, que no podría ni sabría contenerse en la pendiente y que le convenía entregar el poder á manos tan expertas como las suyas? ¿Empleó la violencia secuestrándole? Nadie lo sabe. Lo cierto es que la reacción fue terrible: seis de los confidentes íntimos de Kuang-Su fueron decapitados, y la cabeza de Kang-Yu-Wei, que pudo escapar, fue puesta á precio; los manchús sustituyeron á los chinos en los altos cargos, Kuang-Su fue destituído, y en Enero de 1900 la implacable Tze-Chi ha designado como Emperador al príncipe Pu-Ching, niño de once años, cuyo padre, el príncipe Tuan, era el jefe de la sociedad secreta de los bojeadores. Como decía el ilustrado Marqués japonés Ito, vísperas del golpe de Estado, «el Emperador estaba bien inspirado, pero iba demasiado aprisa», aunque probablemente yendo despacio le hubiera sucedido lo mismo.

*
* *

La insuficiencia diplomática y la guerra en China.—«La leyenda de la sabiduría y habilidad de la diplomacia—dice César Lombroso en la *Nuova Antología*—ha nacido de que los diplomáticos, escogidos generalmente entre los más nobles y ricos, suelen hacer gran gasto de silencio y gestos sugestivos, aunque se ocupen de cosas insignificantes, como cuando Maquiavelo y Guicciardini, reducidos por los Médicis á la inacción, se entretenían en mandarse estrepitosos correos para hacer creer que estaban tratando graves asuntos de Estado, cuando sólo se trataba de buscar un buen fraile predicador. Hoy no se ocupan en buscar frailes, pero sí en recreos y fiestas, cuerpos de baile y negocios recíprocos, y nada, ó muy poco, salvo raras excepciones, del estudio de las condiciones comerciales, sociales y políticas del país en que están acreditados. Lo primero que importa para su elección es que sean condes ó barones de añeja estirpe, y luego que sean ricos y puedan ostentar su riqueza en su inútil representación. Lo demás es de poca monta.

Así se explican los grandes daños ocasionados por guerras ó sublevaciones de todo punto desproporcionadas con las fuerzas del país adversario á que se han expuesto los pueblos más ilustrados por falta de buenos informes diplomáticos, sin hablar de Italia, que se encontró encima con 100.000 enemigos aguerridos sin casi sospecharlo. Alemania é Inglaterra muestran, en la reciente insurrección china, su completa ignorancia de las condiciones y recursos de un país, que con su enorme población, su grande y antiquísima civilización, su tenaz amor á la familia y á la patria, su exención de los grandes daños que en nuestros países se derivan del industrialismo, el militarismo y las supersticiones clericales, constituye para Europa un peligro inmenso, no sólo por la reacción belicosa, sino porque, aun vencido, el bajo precio de sus productos ha de ocasionar terrible competencia á la producción europea el día en que sepa aprovecharse de sus medios.

Todo eso importa poco á los diplomáticos, que habían eri-

gido una buena pista de *turf*. ¡Para algo se es diplomático! Lo primero de que había que cuidarse era del *sport*, sin pensar en el volcán que ardía bajo sus pies, sin fijarse en el acuerdo que se establecía entre el pueblo, el Gobierno, el Ejército y las sociedades secretas..... ¿Qué más? Ni siquiera se fijaron en el perfeccionamiento del armamento y de la táctica, ni supieron que se habían introducido en China más de 600.000 fusiles, comprados con el dinero facilitado por Europa.

«Nosotros, pobres escritorcillos—dice Lombroso—sin títulos, ni nobleza, ni grandes peculios, denunciamos el peligro amarillo y la inutilidad de la conquista de un pueblo tan aglomerado y tan superior en muchas cosas al nuestro; pero, ¿quién desde lo alto de su carroza puede fijarse en las palabras de un pobre peatón, que en vez de cubrirse el pecho de cruces se sumerge en el estudio de los libros y de los mapas?» Y lo mismo que de China, puede decirse de Filipinas y del Sur de Africa, donde los Estados Unidos é Inglaterra tropiezan, asombrados, ante todo género de dificultades desconocidas.

Cuando se oye gritar á ciertas gentes que «el antimilitarismo ha hecho bancarrota, porque todo demuestra que debemos centuplicar los armamentos actuales», debe contestarse que quien ha dado en quiebra es la diplomacia, que en vez de refrenar los ímpetus peligrosamente rapaces de los propios países, los lanza con los ojos vendados en direcciones equivocadas, donde sólo pueden recogerse desastres. Sean enhorabuena ricos y nobles los diplomáticos; pero sean también, y sobre todo, personas conocedoras del país y de la lengua de la nación á que van destinados, y conságrense, ante todo, al estudio y á la información sincera y competente de sus condiciones y elementos.

IMPRESIONES Y NOTAS

El maestro de historia de «L'Aiglon.»—Eduardo Rostand introduce entre los personajes de su último famoso drama al barón Obenaus, maestro de historia del duque de Reichstadt, no tratándole mejor que á María Luisa y á Metternich. Esta conducta del dramaturgo es, con razón, severamente criticada en la *Revue Bleue* por Eduardo Wertheimer, pues si respecto á Metternich y á María Luisa las opiniones están bastante divididas, y cabe que un autor, novelista ó dramaturgo, los presente del modo que más convenga al efecto que intenta producir, no así respecto al barón Obenaus, á quien ni documento alguno ni leyenda de ninguna clase autoriza á presentar como una especie de espía asalariado del Príncipe, sumiso esclavo de la Cancillería imperial.

Una de las escenas de más efecto de *El hijo del águila* es aquella en que se presenta al maestro dando lección de historia al Príncipe.—«Estamos en 1805» dice Obenaus.—«¿Qué pasó aquel año?» pregunta el Duque.—«Nada».—¿Nada? ¿Y qué hacía el Emperador?»—¿Qué Emperador? pregunta Obenaus como sorprendido.—Y entonces el Duque de Reichstadt, exaltado, lanza al rostro de su maestro las más brillantes páginas de la historia del gran Napoleón, su padre, concluyendo con sarcástica irritación:

«¡Hago pocos progresos en historia!»

Pues bien; todo esto es pura fábula creada por la fantasía de Rostand para lograr un efecto escénico. Obenaus, presentado como cómplice voluntario de una labor criminal, fue un hombre de honor y de probidad, que hubiera considerado indigno decir una sola palabra contra su conciencia á un Príncipe á quien amaba y estimaba. Así resulta del trabajo de

Wertheimer, y especialmente de la Memoria dirigida el 18 de Enero de 1831 por Obenaus al Emperador Francisco.

*
* *

Archivos fonográficos.—Es cosa resuelta en París—según la *Revue Scientifique*—la creación de un Museo y de varios archivos fonográficos. La iniciativa de esta reforma corresponde á la Sociedad de Antropología de París, que ha confiado á los señores Azoulay y Vinson la realización de su programa, que ha de inaugurar en el siglo XX la era de la conservación de los sonidos y de los ruídos.

La lingüística, la medicina, la industria mecánica y la enseñanza sacarán gran partido de esta innovación, no estando lejos el momento en que cada familia tendrá un fonógrafo de lenguas vivas en lugar de una institutriz inglesa ó alemana para el aprendizaje de las lenguas. La innovación ha de tener su eco en las costumbres parlamentarias, y en lugar de los taquígrafos, ó á su lado por lo menos, figurará una serie de cilindros registradores para recoger los discursos de cuantos oradores se sucedan en la tribuna; de ese modo será facilísimo averiguar lo que en ciertos momentos de tumulto parlamentario se ha dicho, y cada cual podrá exigir y dar las explicaciones que tenga por conveniente. En las sesiones de los Tribunales de justicia será también el fonógrafo un poderoso recurso, y no serán los menos curiosos los archivos fonográficos de este ramo.

*
* *

Respuestas infantiles.—Catalina Dodd ha publicado en la *National Review* los resultados de una curiosa información llevada á cabo en varias escuelas de Inglaterra. Entre las preguntas formuladas á los niños, había esta: «¿Qué preferiríais ser, hombre ó mujer? ¿Por qué?» La edad de los niños y ni-

ñas consultados era la de once ó trece años. De 300 niñas, sólo 30 contestaron que preferían ser hombres, y sólo dos niños dijeron que querían ser mujeres. Para explicar sus preferencias, mostrando las razones que tenían para preferir su condición á otra, las niñas decían: «La mujer tiene más buen sentido que el hombre»; «las mujeres son más valientes que los hombres y hacen las cosas más aprisa; y además, los hombres se emborrachan»; «las mujeres trabajan, mientras los hombres charlan.» Los niños, por su parte, alegaban para declararse satisfechos de su sexo, que «á las mujeres les cuesta mucho trabajo ganar dinero» y que «no pueden ser viajantes de comercio, ni soldados, ni exploradores, que son las únicas profesiones agradables.» Uno de los dos que prefería ser mujer, se fundaba en que «la mujer se casa, y coge el dinero que gana su marido y lo gasta como quiere; tiene una criada que hace su trabajo, y ella hace rabiar á su marido cuando vuelve tarde á casa.»

Otra de las preguntas era: «¿Qué hombre ó mujer querrías ser de los que has oído hablar? ¿Por qué?» A esto han contestado casi todos que querían ser Redvers-Buller, Wellington ó Shakspeare. «En tiempo de paz—contesta uno—quisiera ser Rey, y en tiempo de guerra, viajante de comercio»; «yo—dice otro—prefiero ser yo; en primer lugar, porque no puedo ser otro, y después, porque yo he de hacer grandes cosas cuando sea mayor.» Las niñas quieren casi todas ser la Reina Victoria, «porque es muy buena y tiene mucho dinero.»

*
* *

Recuerdos de escuela de Edmundo de Amicis.—De los *Recuerdos de infancia* que este genial escritor viene publicando en la *Nuova Antología,* entresacamos el siguiente párrafo:

«En tercer año de Gramática, me tocó un profesor terrible. Era un hombre de cara larga, afeitada y lívida, de inquisidor, en la que relucían dos ojos claros y fríos. No nos permitía vol-

ver los ojos á la derecha ni á la izquierda, ni estirar las piernas. Enseñaba como si estuviera oficiando en alguna ceremonia fúnebre, y tenía la manía de los cuadernos bien escritos: cuaderno para las frases italianas, para las latinas, para las dos gramáticas, para las sentencias morales, para la mitología... para todo; era una verdadera administración. No se irritaba nunca, siendo siempre dueño de sí mismo; pero, ¡qué feroz era el lenguaje que empleaba con la mayor sangre fría! A la menor falta de gramática, ya estaba diciendo: «¡Ah! vil malhechor!—¡Está usted deshonrando á su familia!—¡Es usted un traidor á la patria!—¡Acabará usted por ir á presidio! —¡Eso es ignominioso!....» A los dos meses de este régimen, no éramos todos más que esclavos temblorosos, verdaderos mártires del nuevo método, embrutecidos por los verbos irregulares. ¡Qué bien simbolizaba el estado de todos el crucifijo que estaba colgado de la pared sobre el púlpito del maestro!... En mi memoria se ha grabado el recuerdo de tres personajes extraordinarios. Uno de ellos era un tal Gatti, el único de todos que no temía al maestro Ezzelino, por lo cual le mirábamos admirados como un héroe; representaba, frente á la tiranía, el espíritu de insurrección de toda la clasé. Y no nos vengaba replicando ó contestando insolencias, sino afectando constantemente el más frío desdén y la más firme voluntad de no trabajar, sin que nada, ni reconvenciones ni amenazas, lograran modificar semejante actitud. El profesor le hacía arrodillarse sobre el borde de la escalera de la plataforma, y aquel héroe permanecía de rodillas mañanas enteras, con el busto erguido y alta la frente, en la postura del ángel rebelde á la gramática, mientras á nuestros ojos aparecía tan grande como una estatua de Miguel Angel.»

FERNANDO ARAUJO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Técnica antropológica y Antropología física, por Luis de Hoyos Sáinz.—Un tomo en 8.°, 600 páginas con grabados.—Segunda edición: 1899.—Romo y Füsel, Madrid.

Publicar en cuatro años dos ediciones de un libro exclusivamente científico y de laboratorio, es un triunfo que debe satisfacer al joven catedrático que firma la *Técnica* y fortificar el ánimo de los que trabajan por nuestra cultura científica. Si la primera edición mereció informes tan absolutamente favorables de las Reales Academias de Ciencias y de Medicina, tan parcas y hasta severas con exceso en tales asuntos, y dió á su autor la alternativa de verdadero antropólogo en las más renombradas Corporaciones de Europa y América, ésta le ha de conquistar seguramente el carácter de maestro por el libro en la antropología nacional, que con él comparten por la cátedra Antón, y por el laboratorio Olóriz, pues así resulta por ser el único libro que sirve de *texto no impuesto* en nuestras Universidades y Escuelas Normales, y lo que vale más aún, en las cátedras de Antropología de América del Sud.

Consta el libro de cuatro partes y unos preliminares, consagrada la primera de aquéllas al enunciado general del asunto y disposición de los elementos indispensables de estudio é investigación; la segunda, ó *Craneología*, á la consideración y análisis del cráneo bajo los múltiples conceptos antropológico,

craneográfico, craneométrico y de los índices y proporciones; la tercera, más en particular á la *Antropometría*, cuanto á esta rama, aunque naciente y frondosa, del humano saber se refiere; y la cuarta al cálculo de las observaciones y aplicación de los resultados obtenidos, ó que por virtud de los procedimientos anteriormente expuestos pueden obtenerse.

Apreciada con imparcialidad, debe confesarse que á su propio é intrínseco mérito une la obra del señor Hoyos el valor extrínseco de la oportunidad. Como que es el primer libro que sobre la rama importantísima de las Ciencias Naturales á que se refiere se publicó en nuestra patria: libro de laboratorio que nos excusa del estudio de otros análogos extranjeros, no tan bien acomodados á nuestras necesidades y capacidad intelectual; y libro del género didáctico redactado con excelente método expositivo, y en estilo, por su sobriedad, claridad y sencillez por todo extremo recomendable; cualidades que especialmente resaltan en algunos capítulos, como en los que tratan de las deformidades y anomalías del cráneo y descripción de las operaciones métricas, y en otros pasajes no menos interesantes.

Aunque en términos generales sea recomendable el libro del señor Hoyos por el acierto con que en sus páginas se enuncian y discuten las materias á que se refiere, mención especial merecen por la limpieza del estilo y abundancia de datos en ellas comprendidos, las partes del mismo consagradas al estudio de la Craneología y la Antropometría, y á la exposición de los resultados y aplicaciones del cálculo. En este último punto, sobre todo, resiste el trabajo de nuestro autor la comparación con lo mejor en su género hasta la fecha publicado en el extranjero; puesto que siempre con claridad y concisión loables enseña cuanto es preciso saber para calcular los índices, para formar las hojas de observación y los registros, y para conocer los métodos de los medios, de los grupos y de las series: en suma, cuanto se necesita para aplicar discretamente las operaciones del cálculo á los datos de observación y

apreciar con buen discernimiento y utilidad los resultados finales obtenidos.

LÚCAS R. NÚÑEZ.

Introduzione alla economia matematica, dei professori F. Virgilii e C. Garibaldi.—Ulrico Hoepli, editore; Milano, 1899. — Un volumen (de la serie de *Manuali Hoepli)* de 210 páginas, con 19 grabados, 1,50 liras.

¿Están los fenómenos sociales sujetos á la causalidad natural, lo mismo que los fenómenos físicos, de tal suerte que puedan averiguarse y formularse leyes invariables que rijan su producción, como la de los fenómenos físicos?

El asunto es muy discutido entre los escritores. Sin embargo, hay un orden de fenómenos sociales donde la discrepancia parece ser menor: los fenómenos económicos. Aquí se tiene menos repugnancia que en otras materias sociales á admitir que puedan aplicarse principios y leyes análogos á los que rigen en biología, y además se habla desde hace mucho de la existencia de leyes naturales económicas, tan universales, absolutas é inmutables como las leyes de la naturaleza propiamente dicha. Por eso es posible, en sentir de muchos, la reducción de tales leyes económicas á leyes matemáticas, á fórmulas matemáticas. De este modo ha nacido la economía matemática.

Los profesores Virgilii y Garibaldi han compendiado en un *Manual* de la serie Hoepli cuanto necesita conocer el estudioso para ponerse en disposición de entregarse al examen matemático de los problemas económicos.

Al efecto, previa una introducción, en que se contienen indicaciones histórico-críticas tocantes á la aplicación de las matemáticas á la ciencia económica, introducción donde se habla de los escritores que más se han distinguido en este particular y de lo que cada uno ha contribuído al desarrollo de la disciplina en cuestión, el cuerpo de la obra abarca un

conjunto de nociones de álgebra, de trigonometría y geometría analítica, de cálculo diferencial é integral, lo suficiente extensas para que, una vez conocidas, no le coja á uno de nuevas ningún problema con que pueda tropezarse en los tratados de la referida economía matemática, ni en las matemáticas en general.

La división de la obra (dejando aparte la introducción) es esta: LIBRO PRIMERO. ÁLGEBRA ELEMENTAL; comprende seis capítulos: I, *Cálculo algebráico.* II, *Ecuaciones de primer grado.* III, *Ecuaciones de segundo grado con una incógnita.* IV, *Logaritmos.* V, *Cálculo combinatorio.* VI, *Probabilidades.* LIBRO SEGUNDO. ELEMENTOS DE TRIGONOMETRÍA Y DE GEOMETRÍA ANALÍTICA; dos capítulos: I, *Distancias y ángulos.* II, *Elementos de geometría analítica.* LIBRO TERCERO. ELEMENTOS DE LA TEORÍA DE LAS FUNCIONES DE VARIABLES REALES; dos partes y nueve capítulos: PARTE PRIMERA. CÁLCULO DIFERENCIAL: capítulo I, *De las funciones, de los límites y de las derivadas.* II, *Reglas de derivación.* III, *Diferencial.* IV, *Funciones de varias variables.* V, *Teoremas sobre las derivadas.* VI, *Funciones homogéneas.* VII, *Máximas y mínimas.* PARTE SEGUNDA. CÁLCULO INTEGRAL: capítulo VIII, *Integrales indefinidas.* IX, *Integrales definidas.*

La exposición de materia tan árida es muy clara y á la par muy sobria.

P. DORADO.

OBRAS NUEVAS

Academia de la Historia.—Cortes de los antiguos reinos de Aragón y de Valencia y principado de Cataluña. *Tomo III.* En fol., 446 págs.: 15 pesetas.

Alvarez Arranz (J.) y García Fanjul (T.)—Margarita; ensayo dramático en un acto. En 4.°, 20 páginas: 1 peseta.

Anuario de la minería. *Año VII, 1900.* En 4.°, VII 528 págs.: 10 pesetas.

Arenal (C.)—Obras completas. *Tomo XIX.* En 8.°, 553 págs.: 4,50 pesetas.

Blasco (E.)—El jóven Telémaco; pasaje mitológico-lírico-burlesco: refundición en un acto de la zarzuela en dos. En 4.°, 48 págs.: 1 peseta.

Brizuela de C. (L.)—El rapazuelo, monólogo cómico dramático. En 12.°, 20 págs.: 1 peseta.

Bueno (M.)—Almas y paisajes. En 8.°, 222 págs.: 2,50 pesetas.

Carmona (F.)—Curso de fabricación de tabacos. *Tomo 1.* En 4.°, XII-463 págs., con grabados: 12 pesetas.

Carrafa (A. G.) y Tejerina Gamarra (E.)—Tristes y alegres (Cantares). En 12.°, 77 págs.: 50 céntimos.

Casal (G.)—Memorias de historia natural y médica de Asturias. En 4.°, XXVIII-340 págs.: 6 pesetas.

Catálogo de las Banderas y Estandartes que existen á cargo del Cuerpo de Inválidos. En 8.°, 90 páginas.

No se ha puesto á la venta.

Cerralbo (M. de).—Doña María Enríquez de Toledo, mujer del Gran Duque de Alba. En 4.°, 13 páginas y el retrato: 1 peseta.

Deusdedit.—Cohetes (poesías). En 8.° X-150 págs.: 2 pesetas.

Fernández (A.)—El hortelano moderno. En 4.°, VIII-164 págs.: 3 pesetas.

Flores García (F.) y Abati (J.)—Los amarillos; zarzuela cómica en un acto. En 4.°, 37 págs.: 1 peseta.

El Teatro.

García é Izcara (D.)—Tratado teórico y práctico del arte de herrar. *Parte 1.ª* En 4.°, 232 págs.: 5 pesetas.

Gómez de Arteche y Moro (J.)—Guerra de la independencia; historia militar de España de 1808 á 1814. *Tomo XI.* En 4.°, 551 páginas: 8,50 pesetas.

Gómez Imaz (M.)—Festejos y comilonas de antaño. Fiestas de Cañas de la Real Maestranza de Sevilla en 1786. En 8.°, 40 páginas.

Tirada de 60 ejemplares, no se pone á la venta.

Gotor de Burbáguena (P.)—Nuestras costumbres. En 8.°, 400 páginas.: 8 pesetas.

Heredia (R.) y Jaén (R).—Album del Monasterio-residencia de Piedra. En 4.° apaisado, XII fotograbados y 48 hojas de Autógrafos. Tela: 8 pesetas.

Ibáñez Marín y Barado.—Cartilla militar patriótica. (Educación nacional de la juventud). En 12.°, 118 págs.: 50 céntimos.

Jarque (F.)—Ruiz Montoya en Indias (1608-1652). En 8.°, 4 tomos, 336, 341, 356 y 331 págs.: 12 pesetas.

Labarta Pose (E.)—El Carnaval de 1900 en Pontevedra. En 4.°, XXV-58 págs., con grabados: 2 pesetas.

Larbalétrier (A.)—Los abonos. En 8.°, 176 págs., con grabados: 1,50 pesetas.

López Rodríguez (W.)—El policía doméstico. En 8.°, 235 págs.: 1,75 pesetas.

Luis XI.—Los cien cuentos nuevos del rey Luis Onceno. Primera versión castellana. *Serie primera.* En 8.°, 340 págs.: 3 pesetas.

Llana (F. G.) y Francos Rodríguez (J.)—El intruso; drama en dos actos y un epilogo, en prosa. En 4.°, 64 págs.: 2 pesetas.

Martín-Granizo (I).—Cantos y cuentos. En 8.°, XV-66 págs.: 1 peseta.

Monsalud (M. de).—Discurso leido ante la Real Academia de la Historia. En 4.° mayor, 85 págs.

Montoro (A de).—Cancionero de Antón de Montoro. (El Ropero de Córdoba), poeta del siglo XV. En 8.°, 355 págs.

Morales (G.)—Amor y amor; novela: En 8.° mayor, VII-406 págs.: 4 pesetas.

Moré y Gil (Sres.)—Teoría musical en preguntas y respuestas. En 4.° mayor, 35 págs.: 50 céntimos.

Martínez Rosich (P.)—Viña americana; algunas nociones teórico-prácticas para su plantación é ingerto. En 12.°, 121 págs.: 1 peseta.

Martínez Rücker (C.)—La herencia de Wagner. En 8.°, VII-20 págs.: 50 céntimos.

Mendizábal y Martin (L.)—La fórmula de la justicia; discurso. En 4.° mayor, 64 págs.: 1 peseta.

Oliver (F.)—La juerga; drama de costumbres andaluzas en tres actos. En 4.°, 62 págs:: 2 pesetas.

Ortega Munilla (J.)—Tremielga (cuento). En 1.°, 95 págs.: 75 céntimos.

Peña y Nicolau (P. de A.)—El mosaico; colección de escritos literarios en verso y prosa. *Tomo III.* En 8.° mayor, 239 págs.: 2 ptas.

Peirona (A).—La paternidad ilegítima en su aspecto jurídico. En 8.° mayor, 127 págs.: 2 pesetas.

Picón (J. O.)—Discurso leído ante la Real Academia Española. En 4.° mayor, 64 pág.: 1 peseta.

Pozo (V. L. del).—Sor María; poema. En 12.°, 71 págs.: 1 peseta.

Ramo (F. E.)—Breve resumen ó

guía explicativa del Museo Arqueológico Nacional. En 12.°, 99 págs.: 60 céntimos.

Rizo Penalva (I.)—Manchas de origen; novela. En 8.°, 284 págs.: 2 pesetas.

Roca (M.)—Lesiones inflamatorias del raquis. En 4.°, VI-310 págs.: 10 pesetas.

Rodríguez García (G.)—La niña y la mariposa; poema. En 12.°, 16 págs.: 1 peseta.

Rodríguez Pedre (J.) y Doctor (E.) —Caridad; cuentos y poesías. En 8.°, 126 págs.: 2 pesetas.

Rojas (F. de P.)—Instrucción ó cartilla para el abonado á la luz eléctrica. En 8.°, 32 págs.: 1 peseta.

Royo y Villanova (A.)—La descentralización y el regionalismo; apuntes de actualidad. En 12.°, XIX-121 págs.: 1,50 pesetas.

Royo Villanova (R.) — Diagnóstico de las enfermedades del corazón. En 4.°, VII-433 págs., con grabados: 6 pesetas.

Sabau (P.)—«Hoy como ayer....» paso de comedia. En 4.°, 22 páginas: 1 peseta.

Salvá (A.)—El día del Señor en Burgos. En 8.°, 114 págs.: 1 peseta.

Sánchez de Toca (J.)—Las reformas en Marina. En 12.°, 219 páginas: 1,50 pesetas.

Torres Naharro (B.)—Propaladia. —*Tomo II.* En 8.°, CLIII-418 páginas. Tela: 15 pesetas.

Libros de Antaño, tomo X.

Urrecha (F.)—El teatro; apuntes de un traspunte. En 8.°, 222 páginas: 2 pesetas.

Vicente (C. de), Mendoza (A.), Pino (J. del) y Pulido (A.)— Memorias sobre la epidemia de Oporto. —*Edición oficial.* En 4.° mayor 18-10-13: 150 págs.

No se ha puesto á la venta.

INDICE

	Págs.
El Matricida (novela), por Ola Hanson	5
Genoveva Montaña, novela (continuación), por Caïel	13
Poetas americanos: Soneto, por Manuel A. Hurtado (chileno). — *Homenaje*, por José Augusto de Izcue (peruano)	42
China y Europa, por Francisco Peniche de Lugo	44
La literatura moderna en Francia, por Emilia Pardo Bazán	51
La reforma en la primera enseñanza, por Adolfo Posada	73
Las colecciones de cuadros del Príncipe de la Paz, por Juan Pérez de Guzmán	95
Discursos á la Nación alemana, por Juan T. Fichte	127
Revista Hispanoamericana, por Iob	140
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero	159
Revista de Revistas, por Fernando Araujo	167
Notas bibliográficas, por Lucas R. Núñez y P. Dorado	198
Obras nuevas	202

OBRAS PUBLICADAS

por la ESPAÑA MODERNA, que se hallan de venta en su Administración, Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid, y que recomendamos especialmente á nuestros favorecedores.

Agnanno.—La Génesis y la evolución del derecho civil, 15 pesetas.
Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.
Grave.—La Sociedad futura, 8 pesetas.
Gross.—Manual del juez, 12 pesetas.
Kells-Ingram.—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.
Kochs.—Higiene general, 3 pesetas.
Kruger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho Romano, 7 pesetas.
Lombroso, Ferri, Garofalo y Fioretti.—La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
Martens.—Derecho internacional, público y privado (3 tomos), 22 pesetas.
Max-Muller.—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.
Mommsen.—Derecho público Romano, 12 pesetas.
Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
Sohm.—Historia é instituciones de Derecho privado Romano, 14 pesetas.
Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
Sumner-Maine.—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las Instituciones primitivas, 7 pesetas.
Westermarck.—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

Obras de Economía Política publicadas por LA ESPAÑA MODERNA

Buylla, Neumann, Kleinwachter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.
Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.
Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.
Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.
Leroy Beaulieu.—Compendio de Economía política, 8 pesetas.
Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

EN PREPARACION

Antoine.—Curso de Economía social.

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA E HISTORIA

Aguanno.—La Génesis y la Evolución del Derecho Civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación Civil, (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.

Alcofurado.—Cartas amatorias, 3 pesetas.

Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.

Araujo Sánchez.—Goya, 3 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pts.—El visitador del preso, 3.—El Delito Colectivo, 1'50.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pts.

Boissier.—Cicerón y sus amigos: estudio de la sociedad romana en tiempo de César, 8 pts.

Buisson.—La Educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 ptas.

Buylla, Neumann, Kleinwachter, Narse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

Carlyle.—La Revolución francesa. 8 ptas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Castro.—El Libro de los Galicismos, 3 ps.

Collins.—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, 2 tomos. 15 pesetas.

Darwin.—Viaje de un naturalista alrededor del mundo dos tomos, 15 pesetas.

Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pts.—El Reformatorio de Elmira. (Estudio de Derecho penal), 3 pts.

Dowden.—Historia de la literatura francesa. 9 pesetas.

Engels.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 ptas.—La Ciencia social contemporánea, 8 ptas.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 ptas.

Framarino.—Lógica de las pruebas, 2 tomos. 15 pesetas.

Gabba.—Derecho civil moderno, 2 ts., 15 ptas.

Garnet.—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.

Garofalo.—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización á las víctimas del delito, 4 pesetas.—La superstición socialista, 5 ptas.

Giddings.—Principios de Sociología, 10 pts.

Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

Gladstone.—Los grandes nombres, 5 ptas.

Goethe. Memorias, 5 pesetas.

Goncourt.—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 ptas.—Las Favoritas de Luis XV. 5 ptas.

González.—Derecho usual, 5 pesetas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, dos tomos, 14 pesetas.

Goschen. Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Grave.—La Sociedad futura, 8 pesetas.

Gross.—Manual del Juez, 12 pesetas.

Gumplowicz.—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 pesetas.

Guyau.—La Educación y la herencia, 8 ptas.

Hamilton.—Lógica parlamentaria, 2 ptas.

Haussonville.—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Hunter.—Sumario de Derecho romano, 4 pts.

Huxley.—La Educación y las Ciencias Naturales, 6 ptas.

Ihering.—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.

Janet.—La Familia, 5 pesetas.

Kelis Ingram.—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.

Kidd.—La Evolución social, 7 pesetas.

Kochs, Hirsch, Stokvis y Würzburg.—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.

Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho Romano, 7 pesetas.

Lange.—Luis Vives, 2'50 pesetas.

Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pts.

Leroy-Beaulieu.—Economía política, 8 pesetas.

Lombroso, Ferry, Garofalo y Florettí.—La Escuela Criminalógica Positivista, 7 pesetas.

Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.

Macaulay.—La educación, 7 ptas.—Vida, Memorias y Cartas, dos tomos, 14 ptas.

Manduca.—El Procedimiento Penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.

Martens.—Derecho Internacional, 3 tomos, 22 pesetas.

Max-Müller.—Origen y desarrollo de la religión 7 pesetas.

Meneval y Chantelauce.—María Estuardo, 6 pesetas.

Meyer.—La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia-Alemania y Austria. Introducción y exposición de la Organización administrativa en España, por Adolfo Posada, 5 pesetas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho, dos tomos, 15 pesetas.

Mommsen.—Derecho público romano, 12 ps.

Murray.—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.

Nansen.—Hacia el Polo, 6 pesetas.

Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.

Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 ptas.

Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.

Renán.—Estudios de Historia Religiosa, 6 pesetas.—Vida de los Santos, 6 pesetas.

Ricci.—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 pesetas.

Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del derecho. 3 pesetas.

Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.

Sighele.—El Delito de dos, 4 pesetas.—La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La Teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

Spencer.—La Justicia, 7 ptas.—La Moral, 7 ptas.—La Beneficencia, 6 ptas.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 ptas.—Instituciones sociales, 7 ptas.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 ptas. El Organismo social, 7 ptas.—El Progreso 7 ptas.—Exceso de legislación, 7 ptas.—De las Leyes en general, 8 ptas.—Ética de las prisiones, 10 ptas.—Los datos de la Sociología, dos tomos, 12 ptas.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 9 ptas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Stead.—El Gobierno de Nueva York, 3 ptas.

Sudermann.—El Deseo, 3,50 ptas.

Sumner-Maine.—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho Mercantil, 12 pesetas.

Taine.—Historia de la literatura inglesa: Los contemporáneos, 7 pesetas.—Los orígenes, 7 pesetas.—El renacimiento, 7 pesetas.

Tarde.—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El Duelo y el delito político, 3 pesetas.—La Criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pts.

Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez, Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió Tarde, Torres Campos y Vida).—*La Nueva Ciencia jurídica*, dos tomos, 15 pesetas. Contiene grabados.

Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamente, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgás, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.)—*El Derecho y la Sociología contemporáneos*, 12 pesetas.

Idem.—Novelas y Caprichos, 3 pesetas.

Vivante.—Derecho Mercantil, 10 pesetas.

Westermarck.—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas

Wolf.—La Literatura castellana y portuguesa, con notas de M. y Pelayo, dos volúmenes, 15 pesetas.

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO XII

Esta Revista, escrita por los más eminentes publicistas nacionales y extranjeros, ve la luz todos los meses en tomos de más de 200 páginas.

CONDICIONES DE SUSCRICION

En España, seis meses, **diez y siete pesetas;** un año, **treinta pesetas.**—Fuera de España, un año, **cuarenta francos.** El importe puede enviarse en letras sobre Madrid, París ó Londres.—Todas las suscriciones deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después, se les entregarán los números publicados.—Se suscribe en la Cuesta de Santo Domingo, 16, principal Madrid.

Director: J. LAZARO

COLECCION DE LIBROS ESCOGIDOS Á TRES PESETAS TOMO

1. Tolstoy, La Sonata de Kreutzer.
2. Barbey d'Aurevilly, El Cabecilla.
3. Tolstoy, Marido y mujer.
4. Wagner, Recuerdos de mi vida.
5. Tolstoy, Dos generaciones.
6. Goncourt, Querida.
7. Tolstoy, El Ahorcado
8. Turgeneff, Humo.
9. Zola, Las Veladas de Médan.
10. Tolstoy, El Principe Nekhli.
11. Goncourt, Renais Mauperin.
12. Barbey, El dandismo.
13 y 14. Daudet, Jack.
15. Tolstoy, En el Cáucaso.
16. Turguenef, Nido de hidalgos.
17. Zola, Estudios literarios.
18. Cherbuliez, Miss Rovel.
19. Renán, Mi infancia y mi juventud.
20. Tolstoy, La Muerte.
21. Goncourt, Germinia, Lacerteux.
22. Daudet, La Evangelista.
23. Zola, La Novela experimental.
24. Flaubert, Un corazón sencillo.
25. Turguenef, El Judío.
26. Cherbuliez, La Tema de Juan Tozudo.
27. Stuart Mill, Mis memorias.
28 y 29. Macaulay, Estudios jurídicos.
30. Zola, Mis odios.
31. Dostoyuski, La casa de los muertos.
32. Zola, Nuevos estudios literarios.
33. Dostoyuski La Novela del presidio.
34. Tolstoy, El Sitio de Sebastopol.
35. Zola, Estudios críticos.
36 y 37. Campe, Historia de América.
38. Daudet, El Sitio de París.
39. Asensio, Pinzón.
40. Cherbuliez, Amores frágiles.
41. Heine, Memorias.
42. Ferri, Antropología criminal.
43. Ibsen, Casa de muñeca.
44. Goncourt, La Elisa.
45. Lombroso, Antropología y osiquiatria.
46. Daudet. Novelas del lunes.
47. Turguenef, El Rey Lear de la Estepa.
48. Tolstoy, Los Cosacos.
49. Sainte-Beuve, Tres mujeres.
50 y 51. Zola, El Naturalismo en el teatro.
52. Tolstoy, Iván el Imbécil.
53. Ibsen, Los Aparecidos.
54. Balzac, Eugenia Grandet.
55. Ramillete de cuentos.
56 y 57. Renán, Memorias íntimas.
58. Caro, El Pesimismo en el siglo XIX.
59. Daudet, Cartas de mi molino.
60. Turguenef, Un Desesperado.
61. Goncourt, La Faustín.
62. Balzac, Papá Goriot.
63. Tolstoy, El Canto del cisne
64. Coppée, Un idilio.
65. Caro, El Suicidio y la civilización.
66. Taine, Filosofía del arte.
67 y 68. Zola, Los Novelistas naturalistas.
69. Campoamor, Ternezas y flores.—Ayes del alma.—Fábulas.
70. Sofía Gay, Salones célebres.
71. Tolstoy, El Camino de la vida.
72. Lombroso, El Hipnotismo.
73. Ferri, Nuevos estudios de antropología.
74. Taine, La Pintura en los Países Bajos.
75. Tolstoy, Placeres viciosos.
76. Balzac, Ursula Mirouet.
77. Totstoy, El Dinero y el trabajo.
78. Schopenhauer, Estudios escogidos.
79. Campoamor, Doloras y humoradas.
80. Turguenef, Primer amor.
81. Tolstoy, El Trabajo.
82. Tesoro de Cuentos.
83. Lombroso, Aplicaciones judiciales y médicas.
84. Sardou, La Perla negra.
85. Tolstoy, Mi confesión.
86 y 87. Zola, El Doctor Pascual.
88. Kropotkin, La Conquista del pan.
89. Turguenef, Aguas primaverales.
90. Tolstoy, Los Hambrientos.
91. Cherbuliez, Paula Meré.
92. Ferrán, Obras completas.
93. Cherbuliez, Meta Holdenis
94. Tolstoy, ¿Qué hacer?
95. Idem, Lo que debe hacerse
96. Taine. El Arte en Grecia.
97 Turguenef, Demetrio Rudin.
98. Gautier, Las Bombas prusianas.
99. Lubbock, La Vida dichosa.
100. Daudet, Tartarín en los Alpes.
101. Taine, El Ideal en el arte.
102. Caro, Costumbres literarias.
103. Taine, Nápoles.
104 y 105. Idem, Roma.
106. Idem, Florencia.
107. Idem, Venecia.
108. Idem, Milán.
109. Tarde, Estudios penales sociales.
110. Barbey d'Aurevilly, Venganza de una mujer.
111. Balzac, César Birotteau.
112. Idem, La Quiebra de César Birotteau.
113. Tolstoy, Mi infancia.
114. Arnold, La crítica en la actualidad.
115. Tolstoy, Fisiología de la guerra.
116. Varios autores, Cuentos escogidos.
117. Tolstoy, La Escuela de Yasnaia Poliana.
118. P. Merimée, Colomba.
119. Ibsen, La Dama del mar y Un enemigo del pueblo.
120. Barbey, Las Diabólicas.
121. Gautier, Nerval y Baudelaire.
122. Sainte-Beuve, Retratos de Mujeres.
123. Turguenef, El Reloj.
124. Barbey d'Aurevilly, Una historia sin nombre.
125. Daudet, Cuentos y fantasías.
126. Tolstoy, Mi juventud.
127. Caro, Littré y el Positivismo.
128. Zola, Los Hombros de la marquesa.
129. Goncourt, La Señora Gervaisais.
130. Baudelaire, Los Paraisos artificiales.
131. D'Aurevilly, La Hechizada
132. Gautier, Madama de Girardin y Balzac.
133. Mis perlas, por Merimée.
134. Tcheng-Ki-Tong, La China contemporánea.
135. Lombroso, Ultimos progresos de la Antropología.
136. Stendhal, El Amor.
137. Turguenef, Padres é hijos.
138. Stendhal, Curiosidades amatorias.
139. Turguenef, La Guillotina.
140. Caro, El Derecho y la fuerza.

España moderna

AÑO 12. NÚM. 141.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

SETIEMBRE, 1900

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

LOS PLACERES EN CHINA

«¡Los *placeres chinos!* ¡Hum! He aquí un título muy sospechoso, dirá quizá el lector. ¿Cuáles serán las voluptuosidades asiáticas, los orientales delirios que nos va á revelar este libro, cuya lectura ha de ser prohibida, seguramente, por toda madre á sus hijas?»

Tranquilizaos. Nada hay en nuestras diversiones que pueda asustar al pudor. Son sencillas y honestas, como conviene á una antigua nación, que, habiendo pasado ya hace mucho tiempo de la edad de las locuras juveniles, se respeta y sabe divertirse decentemente.

En los *Cuentos chinos* me dediqué á poner de relieve los menudos detalles de la vida de mis compatriotas, cuyas costumbres sociales y políticas hube de exponer en los *Chinos pintados por sí mismos.* Este nuevo libro tiene por objeto principal presentar un cuadro de nuestras diversiones privadas y nuestros regocijos públicos. En este concepto, el libro tiene algo de antropología, pues describe, en efecto, una serie de fenómenos étnicos: juegos, ceremonias, fiestas, que si bien en el fondo son iguales en todas partes, revisten, sin embargo, en cada país un carácter particular, que procede del conjunto de concepciones nacionales del pueblo que se examine.

Cada cual se divierte á su manera, afirmación que si es tan

verdadera en lo que concierne á los individuos, no lo es menos cuando se trata de las naciones. Nuestras alegrías y nuestra manera de manifestarlas no son en definitiva sino la expresión de nuestro yo. Y cuando todo un pueblo se regocija de una manera determinada, ¿no quiere esto decir que ofrece, en sus fiestas, una especie de cuadro de su fuero interno, una síntesis de sus aspiraciones y de sus más caros deseos?

Nuestros placeres están determinados por nuestros puntos de vista morales y filosóficos, políticos y sociales.

También la religión interviene en ellos para asemejárselos. Así, pues, donde el carácter nacional se manifiesta de la manera más definida es en los regocijos y en las fiestas; en una palabra, en las diversiones: dime cómo te diviertes y te diré quién eres.

No creo que esté fuera de lugar este nuevo capítulo en la tarea que he emprendido, para dar á conocer al Occidente europeo nuestro Oriente asiático. En todo caso, el autor se verá suficientemente recompensado, si el lector encuentra —aunque no sea más que por un instante—algún solaz al recorrer los *Placeres en China*.

EL INTERIOR

LA CASA

En el *Arte chino,* obra notable de M. Paleologue, he leído que «la China, en todas las épocas de su historia, no ha tenido más que un solo modelo de arquitectura para sus edificios civiles ó religiosos, públicos y privados».

Sin embargo, si se mira de cerca, se observa al punto una gran variedad de estilos, cuya delicadeza se oculta, como es natural, á los observadores superficiales. Lo mismo sucedería al transeunte que contemplara ciertas calles modernas de París, cuyas casas, construídas por la misma y única sociedad, se parecen todas exteriormente, ó discurriera por las grandes

vías de Nueva York, ó por las amplias *strazsen* de Karlsruhe, dispuestas en forma de abanico alrededor de una plaza central. Al pronto, no se puede menos de decir que tales construcciones producen una monotonía abrumadora.

Pero si visitais al arquitecto para examinar los planos de todos esos edificios, os convenceréis de que no existen dos interiores parecidos. La diferencia es igual á la que ofrece la fisonomía de las personas, las cuales tienen diferentes rostros, aunque todas tengan las mismas facciones.

Cierto es que, desde la antigüedad, han variado poco los e tilos entre nosotros; pero esto no es óbice para que cada una de nuestras viviendas ofrezca, en sus habitaciones, un carácter especial.

Por lo demás, esa penuria de variedad obedece á varias causas; por de pronto, los elementos extranjeros, que en diferentes ocasiones modificaron tan profundamente la arquitectura europea, apenas han aparecido en nuestro país; después, las prescripciones oficiales reglamentan el estilo de las casas para los diferentes funcionarios, lo que constituye, evidentemente, una limitación á la fantasía arquitectónica, y por último, la tradición, cuyo imperio es tan poderoso en nuestro país, no permite separarse del estilo puramente chino, consagrado en el transcurso de los siglos.

Examinemos ahora las diversas formas de la habitación china.

En las regiones septentrionales poco favorecidas por la Naturaleza, las construcciones son, generalmente, de tierra. Unicamente los palacios ó las casas de los ricos tienen armazón de madera. A pesar del rigor del clima y de la gran cantidad de polvo aportado por los vientos de los arenales, las casas constan, por lo general, de dos pisos, lo que las diferencia notablemente de las del Mediodía, que no tienen más que uno. Los muros son algo bajos y cimbrados en la parte superior de manera muy poco pronunciada, al contrario de lo que sucede en el Sur, donde la cimbra, á la que llamamos *silla*,

ofrece mucho saliente. Esos muros son llamados *muros de fuego*, porque su misión es proteger la casa contra los incendios.

Llámase al piso superior, *pabellón de las carreras de caballos*, nombre cuyo origen no acierto á explicarme, pues la escalera no permite en manera alguna que suban caballos á dicho lugar. Por lo general, ese segundo piso es como una habitación de recreo, mientras que los inquilinos prefieren por estancia habitual el piso bajo. Los chinos gustan de la simetría en todas las cosas; por consiguiente, sea cual fuere la extensión de terreno sobre el que edifiquen, las casas están siempre acondicionadas de manera que la sala se encuentre enfrente de la puerta de entrada, y que haya á cada lado de dicha habitación uno ó dos cuartos exactamente iguales.

En lugar de contar las casas por las habitaciones, decimos: *Tal número de habitaciones sobre el frente:* tres, cinco, siete, etc. He aquí la descripción de una casa de las corrientes:

Al entrar se encuentra un vasto recibidor, que tiene á derecha é izquierda un cuarto para criados. Enfrente, tres puertas, una grande y dos pequeñas, que dan acceso á un patio, al que se baja por una escalinata de tres peldaños. A los dos lados del patio, hállase una galería enlosada que conduce á una habitación; una de éstas está reservada á los niños, y la otra se destina á cuarto de fumar.

Frente á la puerta de entrada, como ya se ha dicho, está la sala, á la que se llega subiendo tres escalones, después de atravesar el patio; también sabemos que á derecha é izquierda de la sala hay una, dos ó tres habitaciones. Detrás de la sala está el comedor, enmedio de otras dos, cuatro ó seis habitaciones. Se sigue y se pasa á un nuevo patio, con cocina y despensa á izquierda y derecha. Si la casa es grande, encuéntranse todavía, tras ese segundo patio, otras tres, cinco, ó siete habitaciones, y la misma distribución puede repetirse varias veces cuando la vivienda es aún mayor. En una de las alas del edificio, se extiende el jardín rodeado de muros, con sus kioscos y sus rocas artificiales.

El alquiler de una casa de tipo medio, como la que acabo de describir, cuesta, poco más ó menos, sesenta francos al año.

El techo es más ó menos elevado, de curvatura diversamente acentuada, pero siempre en rápida pendiente y cubierto de tejas superpuestas, acondicionadas para facilitar el desagüe cuando llueve.

Las ventanas son grandes, divididas por marcos de madera, cuyos compartimientos están ocupados, según el lugar, por cristales, seda y hasta por papel transparente.

En lugar de protegerse contra las corrientes de aire, se procura por todos los medios que circule en las casas.

El adorno interior es generalmente muy lujoso. Las partes salientes del maderamen están esculpidas y las planas barnizadas. Se disimulan las paredes bajo pinturas al fresco que representan asuntos históricos; la pintura de la pared que da frente al salón representa, generalmente, algo que se relacione con el rango del amo de la casa.

A la entrada de la sala, bajo el techo y encima de una viga horizontal, llama la atención una caja suspendida, de madera dorada y esculpida, y á la que parecen proteger dos dragones dorados; en esa caja se guardan los decretos que confieren empleos ú otorgan honores y títulos de nobleza.

Allí se cuelgan también los letreros *felicidad* ó *longevidad,* que el Emperador ofrece á los miembros de la familia, según sus méritos.

El mueblaje de un salón es muy sencillo. Una mesa larga enmedio y ocho sillas puestas en fila á los dos lados; entre dos sillas, hay una mesita cuadrada para colocar el té. Completan el mobiliario dos taburetes cuadrados.

Los visitantes tienen sus puestos señalados con arreglo á su categoría; el amo de la casa resérvase siempre los taburetes. Cuando se trata de alguna ceremonia, se revisten con fundas de raso rojo bordado las sillas de mármol ó madera; todo lo contrario de lo que sucede en Europa, donde, para recibir se quitan las fundas de las sillerías.

La mesa del centro ostenta constantemente un gran espejo, una maceta, un plato de frutas artificiales, un reloj y un perfumatorio enmedio. En las paredes se colocan rollos con autógrafos ó pinturas, debidos á las celebridades artísticas. En nuestros salones, severos y austeros, se ven muy pocos juguetes. Colócanse á lo sumo algunos en los saloncillos de los kioscos de recreo, situados en el jardín, pero la mayor parte se oculta en los armarios, y no se enseña más que en las fiestas de la *Luna*, de las que hablo más adelante, ó en ciertas ceremonias religiosas.

Jamás se ven en nuestras paredes esos cromos, estampas y demás adornos que hacen las delicias de la burguesía europea; tampoco se conocen las alcobas.

He aquí, poco más ó menos, la distribución y el arreglo de un interior chino. No hablo de los miserables albergues de los desheredados de la tierra, que son entre nosotros tan tristes y mezquinos como en otras partes. Alguien ha dicho que la felicidad carece de historia; pero solamente la riqueza admite la descripción. La miseria no se describe, á menos que, como en el *Capitán Fracasa*, de Teófilo Gautier, no more en un antiguo castillo de pintorescas ruínas.

FIESTAS RELIGIOSAS Y NACIONALES

LAS REGATAS DEL DRAGÓN

Hace un calor abrumador: ¡40 grados á la sombra y estamos á principios del verano! Es el quinto día de la quinta luna, fecha en la que se celebra la fiesta del Dragón.

La ciudad cambia completamente de aspecto, gracias á los innumerables papeles rojos pegados en todas las puertas, y sobre los cuales pueden leerse votos de felicidad formulados de mil maneras. Al lado de estos papeles aparecen clavados, enmedio de cada puerta, dos paquetes de tifa cuidadosamente cerrados con cordones rojos, pues hay la creencia de que

las hojas de esa planta, alargadas en forma de cuchilla, ahuyentan los malos espíritus.

Después de celebrar los sacrificios usuales ante las tablillas de nuestros antepasados, comemos en familia los manjares de las solemnidades y bebemos vino con oropimente, con lo cual, según opinión muy extendida, se destruyen para todo el año los gérmenes de las enfermedades epidémicas.

Cuando dan las doce de la mañana, se apresura uno á colocar en el patio tazones llenos de agua, para que reciban los rayos del sol, que se encuentra entonces en mitad del cielo. Se dice que el agua así irradiada, constituirá un remedio excelente para los partos difíciles.

Nos dirigimos, después de almorzar, hacia el lago del Oeste, para asistir á las regatas de las canoas dragones, embarcaciones muy largas y completamente chatas, tripuladas por veinte ó treinta remeros. En la proa se yergue unas veces un colosal dragón y otras un caballo encabritado; de pie, encima del animal, va un marinero llevando en la mano una bandera cuyos movimientos indican la dirección que se ha de seguir al timonel que, inmóvil en la popa, maneja la barra. Detrás del dragón, se sitúa una orquesta que deja oir los redobles de los tambores, mezclados al estrépito de los platillos.

A lo lejos se ve la meta, representada algunas veces por un pato vivo; el animal se zambulle en el agua en cuanto se aproxima una canoa, trata de sustraerse por medio de la fuga á sus numerosos agresores, y concluye por caer en manos del más afortunado ó del más hábil, que lleva en triunfo al volátil, el cual chilla y procura desasirse. Pero lo que con más frecuencia se coloca en la meta es un ancho trozo de bambú, sobre el cual se extiende valiosa pieza de seda, ofrecida por una sociedad, y que constituye el premio del vencedor en la regata.

A una señal dada entáblase la lucha: las banderas flotan y se agitan ya á la derecha, ya á la izquierda, indicando la marcha á la estatua humana que, sentada al timón, dirige el esfuerzo de los marineros. Impulsadas por sus numerosos remos,

las canoas se deslizan sobre el río como enormes pulpos, en medio de los gritos de los espectadores, agolpados en las márgenes ó amontonados en el puente y los camarotes de los juncos (1) de recreo, amarrados en la orilla.

Los abanicos se agitan como respondiendo á los apresurados latidos de los corazones; las olas que las canoas levantan corren hacia las riberas y sumergen por un instante las flores de los lotos y nenúfares, que reaparecen en seguida, más frescas y más puras al salir de aquella inmersión momentánea; las anchas hojas de los nenúfares, elevan, al erguirse, cierta cantidad de agua que dejan caer en cascada de perlas resplandecientes, y se sumergen de nuevo para salir otra vez, en un movimiento de vaivén que se reproduce por mucho tiempo.

Se trata del gran premio náutico de los chinos y el aspecto del lago es verdaderamente maravilloso. Figuraos los palcos de la Opera ó las tribunas de Longchamps, móviles sobre el agua, en barcos de flores, donde los cristales transparentes se mezclan con otros de todos los colores; añadid á este cuadro damas vistosamente ataviadas y hombres con rostro radiante; de este modo os formaréis una idea bastante exacta de fiesta tan popular.

Terminadas las regatas, se dispersan los espectadores y desembarcan los tripulantes de los juncos. Como el sol no declina aún, todos aprovechan lo que resta de día para descansar un rato y gozar de la frescura del campo, unos en el monasterio construído carca del lago; otros, bajo los frondosos árboles, en torno de una antigua tumba.

Esta es el sepulcro de un célebre letrado de la ciudad que se hizo construir en vida su última morada á orillas del agua, en un paraje admirable. En lugar de las inscripciones con que de ordinario se celebran los méritos del muerto, el letrado hizo grabar sus poesías y las de sus amigos en las piedras del monumento.

---

(1) Barco chino de doscientas á trescientas toneladas.

He aquí dos de sus versos más conocidos:

Tras el tapiz de acianos y bajo la sombra de los pinos,
Recibiré eternamente el perfume del incienso que vendrán á ofrecerme mis hijos.

En unión de algunos amigos, he ido al Monasterio, donde hemos sido recibidos de la manera más afectuosa. Los sacerdotes budistas nos ofrecieron por de pronto una taza de te delicioso, y después nos invitaron á comer con ellos. Nos dieron una comida de vigilia—porque los religiosos de Buda no comen carne—pero fue excelente; primero, porque nos apartaba de nuestras comidas ordinarias, y después, porque, aunque no condimente sino platos de vigilia, la cocina de dichos sacerdotes merece su reputación de exquisita delicadeza. Nos rogaron que volviésemos de allí á un mes, para gustar las frutas del Lichi, porque, según dijeron, su jardín posee diez y ocho árboles de la mejor especie, llamados las *diez y ocho señoritas*.

Para indicaros la pintoresca situación del monasterio, me bastará citar el pasaje de un célebre poema, grabado sobre una roca, tras el altar de Buda:

Mientras que el son de las campanas repercute y parece perderse en el verdoso matiz del crepúsculo,
El soñador poeta camina solo en medio de diez mil árboles.

Como se había hecho tarde, decidimos pernoctar en casa de nuestros huéspedes.

Conviene observar aquí que en China todos los monasterios son unas especies de fondas: siempre hay en ellos gran número de cuartos á disposición de los visitantes. Nos aprovechamos de esta circunstancia, puesto que al anochecer se cerraban las puertas de la ciudad y nos encontrábamos encerrados... fuera. No nos ha pesado: por la noche hemos podido asistir á uno de los oficios religiosos de los budistas, y hemos podido ver que, fuera de los actos de su regla, para los que se exige la conveniente seriedad, esos monjes son iguales á las

demás gentes; simples mortales, muy alegres y que gustan de reir y divertirse. Compusimos versos y bebimos vino de arroz, en unión de aquellos sacerdotes, que decididamente no tienen nada de común con *los que impiden bailar en corro*.

Tanto en la conversación como en los versos, no se hizo ninguna alusión á los asuntos religiosos, ni siquiera á los filosóficos: hicieron el gasto las flores, la luna, las bellezas de la Naturaleza. Aquellas buenas gentes comprendían que nada hay más desagradable como el hablar constantemente del «oficio».

Uno de mis amigos preguntó á uno de los religiosos cómo podía vivir sin familia, pues los sacerdotes budistas no se casan. Su interlocutor respondió con estos versos:

No quiero que el limo manche las hojas del loto,
Y tengo un cuchillo muy afilado para cortar las ligaduras del nenúfar.

En suma, todos estábamos muy alegres y la conversación se prolongó hasta el alba. Fue una orgía perfectamente culta y correcta.

Y en aquella noche, sentado sobre su flor de loto, con su cráneo calvo y su eterna sonrisa, Buda no se enfurruñó (1).

LA FIESTA DE LA LUNA

Esta fiesta se celebra en el octavo mes del año. Dura cinco días; empieza el 10 y concluye el 15, con luna llena. Se cree que en ese día la luna *está más llena* que en ningún otro momento del año.

La fiesta da lugar á toda clase de diversiones, y especialmente al cambio de multitud de regalos, afectando todos la forma de luna, y también á la *Exposición de juguetillos* (2).

(1) En francés: *le Bouddha ne... bouda pas*, lo que constituye un juego de palabras por pronunciarse de igual manera el nombre y la persona del verbo en cuestión.

(2) Bibelots.

Se compra una porción de estatuillas que representan los genios, los inmortales, los budas. Todo ese mundo celeste viene á ocupar puesto en los estantes, entre los objetos de colecciones de familia; tesoros que únicamente en esa solemne circunstancia salen de los cofres, donde se les tiene encerrados durante todo el año. Ocupa siempre el centro de dicha Exposición una gran pagoda, iluminada en todos sus pisos, de la misma manera que el resto de la casa.

Se disparan petardos y se queman fuegos artificiales, y en las casas, la música alegra á la reunión de amigos y parientes; se corren de casa en casa invitaciones mutuas para admirar la riqueza de las colecciones y el buen gusto con que se exponen.

El 15, á las doce de la noche, todo el mundo se sienta en el patio, ante un gran banquete con que termina la fiesta. El objeto principal del banquete es conseguir el descenso de la diosa de la luna; pues, en efecto, pretende el mito que aquella baja, en esa noche, hasta nuestra humilde morada, para venir á escuchar benévolamente las peticiones de los mortales. Inútil es decir que nadie ha vislumbrado aún á la graciosa moradora de nuestro satélite; pero es muy difícil borrar del espíritu de los pueblos las tradiciones transmitídas de padres á hijos, durante millares de años.

Se cuenta, no obstante, que una infeliz anciana se vió favorecida una noche con la visita de la encantadora Diana china, la cual le preguntó lo que deseaba y le prometió otorgarle cuanto pudiese ambicionar. Deslumbrada por las brillantes vestiduras y la imponente belleza de la visitante, la pobre vieja permaneció completamente confusa y no supo qué responder. Por fin, ante la benévola insistencia de la reina de la luna, la buena mujer recobró el valor y las fuerzas necesarias para llevarse la mano á la boca.

Quería decir con esto que su único deseo consistía en tener siempre lo necesario para comer á su gusto.

La aparición hizo un signo de conformidad y se elevó á los cielos.

Al día siguiente encontraron á la excelente anciana provista de una barba de granadero: ¡la diosa no había comprendido el ademán!

La luna es la patrona de la poesía. Además, el otoño, la más hermosa de las estaciones, con sus flores de crisantelmos y de oleas, de perfumes suaves, provee igualmente de asuntos á los poetas. Así pues, esta fiesta es, á la vez, más mundana y más literaria que las otras, las cuales no ofrecen más que diversiones populares. De esta suerte, para celebrarla dignamente, se quisiera transformar las viviendas terrestres en otros tantos palacios de cristal, á fin de responder á los esplendores que, según se cree, deben existir en las moradas celestes.

He dicho que la luna es la patrona de la poesía. En efecto, desde la más remota antigüedad, ha sabido inspirar constantemente á los poetas cánticos unas veces tristes, otras alegres. Ella es también la que reune en idéntica contemplación la mirada y el pensamiento de los amantes, separados por grandes espacios; ella es la que consuela á los desgraciados, que se consumen en la soledad. A ella se confían los secretos más íntimos del corazón; ante su límpido espejo se formulan los más tiernos deseos. ¡Cómo asombrarse, entonces, de que la poesía ame á esa dulce reina de la noche!

He aquí algunos versos consagrados á ese astro por nuestros poetas:

Al levantar mi vaso, para beber con la luna,
Observo que somos tres:
La luna, mi sombra y yo.

Los rayos de la luna penetran hasta mi lecho,
Extendiendo por el piso una alfombra brillante,
Que al pronto creo que es hielo.
Después, al notar que es la luna,
Pienso en mi país natal.

Son tan numerosas las leyendas referentes á la luna, que

no es posible reproducirlas todas. Mas dicen que la diosa, que habita el palacio lunar, está aún por casarse. Otras sostienen que es una viuda desconsolada. La más original de esas fábulas refiere que la diosa es la mujer de un célebre arquero del reinado de los Ilan, llamado Ilan-I. Habían ya fenecido nueve soles ante las terribles flechas del arquero; cuando se disponía á tirar contra el décimo,—el único que nos queda,—le dijo el dios del sol: «Indúltame á éste, del que necesito para iluminar el mundo. En recompensa te daré la bebida mágica, con la que podrás ir á habitar en el mismo sol.» Igualmente indicó al arquero el día y la hora en que había de tomar la droga encantada.

Ilan-I cometió la imprudencia de confiar el secreto á su mujer, la cual, no queriendo dár crédito á la relación, ensayó el remedio: inmediatamente se sintió ligera como un pájaro y voló á la luna.

¿No se creería estar leyendo á un Julio Verne... perfeccionado del siglo II? Porque la leyenda data de esa época.

Otro mito muy curioso—del que tengo publicada una traducción—refiere que el Emperador Ming-Iluang, de la dinastía de los Tchang, hizo en sueños un viaje á la luna, donde aprendió una melodía titulada: *Vestidura de arco iris y plumajes*, melodía que ocasionó una insurrección que estuvo á punto de derribar el trono. Uno de sus oficiales, enamorado de una favorita que cantaba maravillosamente, según parece, la melodía celeste, se sublevó, y el Emperador no pudo conservar su corona, sino sacrificando la vida de la cantante. Tan cierto es que siempre y en todas las cosas, es preciso preguntar *quién es ella*... hasta en la luna.

LA FIESTA DE LAS LINTERNAS

A la fiesta de Año nuevo sucede seguidamente la de las Linternas. Puede decirse que la una es complemento de la otra, puesto que la segunda en orden cronológico se verifica

desde el décimo hasta el décimoquinto día de la primera luna, y que las vacaciones de Año nuevo se prolongan desde el vigésimo día de la duodécima luna del año que termina, hasta el vigésimo de la primera luna del año entrante.

Durante ese mes de vacaciones se paralizan todos los asuntos administrativos; los sellos, que equivalen á una firma, permanecen encerrados en sus estuches.

Lo que da á esta fiesta su originalidad y su nombre es el uso que se hace, en cantidades increíbles, de linternas de toda especie, que los chinos se complacen en construir con un lujo de formas y una variedad en las materias empleadas, que desafían toda inventiva. Con saber que no hay un rincón del vasto Imperio que no esté iluminado, se comprenderá que aquí hace falta algo más que las míseras lamparillas que se ven en otras partes.

Para formarse una idea más exacta del carácter de nuestras iluminaciones, figuraos vuestros bazares de juguetes, en Navidad, llenos todos de linternas transparentes: caballos, corderos, leones, elefantes, soldados, jinetes, sombrillas, hombres grotescos, animales fantásticos, etc. Todas las imitaciones de la realidad se asocian á todas las variedades de la fantasía para transformar la ligera seda ó el papel translúcido en linternas multicolores, ya sencillas, ya de doble fondo, que giran bajo la acción del aire cálido y hacen desfilar ante los ojos del público las imágenes recortadas y los innumerables asuntos que sobre las mismas figuran. En fin, no hay objeto en la Naturaleza entera, del cual pueda decir el imparcial observador *¡que se encuentra sin mecha!*

Por las plazas públicas se pasea, á los acordes de la música, una linterna gigantesca que representa el dragón; se compone de una armazón de mimbre, forrada con una tela transparente, la cual simula también las articulaciones, y con pinturas que imitan las escamas del dragón; todo descansa en unas andas que sostienen los conductores. Cualquiera puede hacer que se detenga esta procesión ante su casa, ó hacerla en-

trar en el patio cuando uno quiere permitirse el lujo de una representación á domicilio. En este caso es preciso disparar petardos, para dar á entender á los conductores que se deben detener.

Después de la representación, que consiste en hacer que el dragón voltee de todas las maneras posibles, se ofrece á los músicos y á los conductores pastas y vino, pero nunca dinero; porque la procesión está siempre formada por personas de la mejor sociedad, que se reunen para divertirse. La retreta con antorchas no puede dar sino una débil idea de las correrías del dragón.

Cuando en una familia hay una recién casada, sus parientes le envían, en esa ocasión, una linterna que representa una divinidad con un niño de la mano. Si al segundo año no ha tenido hijos la desposada, le mandan otra linterna que representa una naranja: la palabra naranja es, en chino, homónima de la palabra «despacharse». El envío constituyo, por lo tanto, un recordatorio del deber, expresado ingeniosamente.

Los templos de los dioses urbanos envían igualmente una linterna á las casas en las que por entonces se haya celebrado una boda, algún acontecimiento literario, ó un nacimiento. Las formas de estas linternas varían según las circunstancias: los conductores van siempre acompañados por una orquesta.

En casi todas las calles se ve una gran linterna, en la cual se escriben charadas, enigmas, adivinanzas, expuestas á la sagacidad de los transeuntes; los que tienen bastante ingenio para hallar la solución, reciben una recompensa en papel de cartas, plumas, tinta, cohetes, bombones, etc. Cuando el problema dado es un juego de palabras bien combinado, ó se trata de una respuesta original que se acerca á una bufonada, se escuchan grandes carcajadas, que se prolongan á lo lejos, llevando por todas partes el contagio de su ruidosa alegría.

En otro tiempo, bajo la dinastía de los Han, estaban prohibidos los paseos nocturnos, excepto en esas fiestas. Cuando

llegaban, abríanse de par en par las puertas de la ciudad, y descansaban las cadenas de hierro destinadas á cerrar las verjas de los puentes.

La poesía ha celebrado esas noches de alegría popular:

Los árboles de fuego y las flores de plata, forman canastillas por todas partes,

Y las cadenas de hierro no existen sobre los puentes estrellados.

Un polvo fino se levanta en todos los caminos bajo los cascos perfumados de los caballos,

Y la luna, brillando en todo su esplendor, acompaña á los paseantes.

Estos pertenecen, en su mayoría, á la juventud brillante

Que seduce con cánticos tan alegres, que se creería escuchar la célebre melodía de Lo-Mei-Hoa (flores de ciruelo, que caen).

En esta noche no está prohibida la circulación:

¡Que la clepsidra, corra, pues, lentamente, sin apresurarse!

Otro poema dice:

Dos fénix descienden de las nubes, con un carro triunfal;

Seis dragones se elevan del fondo del mar, llevando una montaña á cuestas.

¿No se creería ver la *Isolina* de Catulle Mendes?

Citemos aún algunas líneas:

¿Qué mano piadosa ha esparcido todas esas semillas de loto

Que florecen, al mismo tiempo, en todos los rincones de la ciudad?

Todo este lirismo, demuestra palpablemente la brillantez de la fiesta.

Por supuesto, que todavía hay que señalar las reuniones de familia, los festines, el vino, los versos que dan remate á la solemnidad en el interior de las casas, mientras que en las calles y en las plazas se prolongan hasta la mañana los regocijos de la multitud alegre.

Las linternas tienen sobre los mecheros de gas y eléctricos la ventaja de prestar una luz más suave y ofrecer contrastes más varios, entrañando esa irregularidad, de la que gusta la vida, para sustraerse lo más posible á la monotonía, á la uniformidad de la existencia ordinaria. Se prestan mejor á la poesía: realizan, en pequeño, lo que las estudiadas iluminaciones hacen en grande con la arquitectónica combinación de los farolillos.

Los miembros de los cuerpos constituídos participan también de la fiesta de las luces. Cuando los funcionarios salen de noche van siempre acompañados de linternas, que llevan en rojo el nombre y los títulos del dignatario. En la noche de la fiesta, esas linternas decoran la casa del funcionario, como otras tantas tarjetas con las cuales da la bienvenida al público.

En fin; los pequeñuelos, sin los cuales no hay alegrías verdaderas, vienen también á desempeñar un papel y á tomar parte en la alegría general: se les entrega pedacitos de frutas, artísticamente divididas, sobre las que se colocan cabos de vela y corren, paseando sus linternillas improvisadas.

En una palabra; todo luce. De suerte, que si en esa noche se pudiese contemplar á China entera desde un globo elevado, se la vería como un limitado cielo, tachonado por cientos de millones de linternas; y el iluminado aereonauta que asistiese á la última jornada de fiesta del nuevo año, estará obligado á confesar que no tenemos..... *un año nuevo deslucido.*

LA FIESTA DE LAS DOS ESTRELLAS

Las dos estrellas se llaman Nin-Lang y Tsi-Nu, y están situadas: la primera en la margen oriental de la Vía Láctea (ó Tien-Ilo, es decir, río del cielo), y la otra en la margen occidental. Se encuentran una vez al año, según la antigua astronomía, y el encuentro se verifica en la noche de la séptima jornada de la séptima luna.

La leyenda pretende que Ning-Lang, estrella masculina (el Boyero) estaba casado con Tsi- Nu, y que, para castigarlos por una falta que cometieron en la región celeste—falta análoga al pecado de Adan y Eva—el soberano del cielo los separó eternamente. Solamente una vez al año les permite verse un instante, franqueando la corriente de agua que, durante el resto del año, establece una frontera infranqueable entre sus amores. En dicho día, las urracas, llevando pajitas en sus picos, construyen un puente al través del río celeste, para que los enamorados puedan cruzarlo á pie enjuto. Añadiré que desde ese día enmudecen las urracas. En torno de esa leyenda agrúpanse, como es natural, otras muchas. Así se dice, que la lluvia que caiga la víspera de dicha fiesta limpia el carro del cielo; si llueve el mismo día, se afirma que son lágrimas de alegría, vertidas por los amantes; si el meteoro se realiza al día siguiente, se atribuye á las lágrimas que derraman ante su nueva separación.

Las fiestas que se celebran en esta ocasión varían algo según las localidades. Unas tienen por objeto pedir á Tsi-Nu destreza en el oficio á que aquella se dedicara, ó sea á tejer. En otros puntos se aprovechan las buenas disposiciones en que las dos estrellas se han de encontrar, con motivo de su entrevista, para implorar la piedad de las mismas.

En esta ocasión, sobre una mesa colocada en el salón del pabellón, se instalan generalmente frutas, flores, vinos, cirios é incienso. Se reza en voz baja, y quienes oran son mujeres jóvenes, cuyos maridos están ausentes. Aquellas que desean ser obreras hábiles encierran una araña en una caja: al día siguiente, según la mayor ó menor regularidad de la tela que se encuentre en la caja, se sabe el grado de maestría que Tsi-Nu ha tenido á bien conceder á la demandante.

En otro tiempo, bajo el reinado de los Tchang, se festejaba con gran brillantez el aniversario en el palacio de los Emperadores. Se erigían, según dicen, torres de seda de mil pies, la altura aproximada de la torre Eiffel, sobre las cuales todas

las favoritas del Emperador hacían música y cantaban en honor de los divinos amores. Rivalizábase también para enhebrar bajo la pálida claridad de la luna, agujas con nueve agujeros; la que primero lo conseguía era proclamada como la más hábil.

Dice un poema:

Más fácil es enhebrar una aguja á la luz de la luna, que conservar derecho un hilo mientras haga viento.

Las poesías dedicadas á este asunto son muy numerosas. Unas alaban la destreza de la tejedora. Otras se duelen de la efímera dicha de la misma; pero las más extendidas son aquellas en las que los desgraciados en amor envidian la suerte de los amantes reunidos en el cielo y les ruegan que les favorezcan y les concedan también... una noche de felicidad por lo menos. El poema más célebre de los de esta clase es el de un filósofo ligeramente escéptico:

Son inmortales: y, sin embargo, tienen miedo al agua;
Dudo de que tengan mucha habilidad.

En suma, esta fiesta da principalmente ocasión á introducir alguna variedad en la vida, y suministra al mismo tiempo asuntos á los poetas.

En la sétima luna han dejado ya de sentirse los grandes calores: se aprovechan las suaves brisas y la pureza del cielo que por lo general reinan en esa época del año, para disfrutar del fresco en los terrados bebiendo en compañía vino de arroz. Así es que la hipótesis de esos seres invisibles que habitan en las dos estrellas es más bien un pretexto que una creencia. Se simbolizan en esa leyenda las separaciones prolongadas con raras entrevistas, cosa siempre muy triste, pero que no deja de ofrecer muchos encantos. Los dos astros que se encuentran al través de la vía láctea, en un cielo límpido, bajo las miradas brillantes y envidiosas de las demás estrellas, y á la débil claridad del cuarto creciente constituyen un cuadro precioso,

y sumen en celeste sueño á nuestro espíritu, ávido siempre de ideal, deseoso siempre de sustraerse á las imágenes más verdaderas pero bien falaces á veces de la realidad terrestre.

LA FIESTA DE LAS FLORES

Cae en el décimo quinto día de la segunda luna, pero se prolonga en realidad hasta fines de primavera. Se la denomina también la fiesta de la temperatura *tibia media*. Es la estación más hermosa del año, la más templada y más seductora. Los árboles, ya casi todos en flor, se mezclan á los sauces llorones, que dejan caer sus largas ramas ornadas de verdosas hojas, y forman con los pintorescos pabellones perspectivas que han inspirado más de una vez los cantos de los poetas.

No hay jardín particular que no se encuentre en esos momentos transformado en exposición de horticultura. Se plantan mástiles de diferentes colores, á los que se adorna con banderolas diversas, provistos siempre de cascabeles; en el centro se juega á toda clase de juegos, entre otros, al de las mariposas, desconocido en Europa, y que me veo obligado á describir: se cogen mariposas á las que se ata un cabello que arrastra un papel, cuyo peso las impide volar; después se las suelta, y las mujeres corren para volverlas á coger con sus redes. Otras familias se dirigen al campo para coger flores, correr por los prados y jugar á lo que, entre nosotros, se llama el juego del césped.

Hemos tenido Emperadores poetas, que distribuían versos escritos por ellos, sobre numerosas variedades de plantas, y en ese día el Ministro de Agricultura presentaba al soberano semillas de todas las especies cultivadas.

En las casas particulares se escogía la misma fecha para hacer fermentar el vino de arroz.

Los habitantes de Su-Tcheang inauguran en esa ocasión, á los acordes de la música, el mercado de instrumentos de sericultura, que siempre atrae gran cantidad de público.

La fiesta en cuestión, era muy brillante bajo la dinastía de los Tchang, cuyos Emperadores se entregaban con gusto á placeres sencillos, enmedio de las flores. Uno de ellos ofrecía en tal ocasión á sus favoritas piezas de seda de matices de flores, que eran transformadas en vestidos ligeros para la primavera.

Un año, como la estación estuviese retrasada, el Emperador hizo calentar un cerrado de cristales para apresurar la florescencia. A esa época se remonta el origen de los invernaderos.

Una de nuestras novelas refiere que una de las favoritas del soberano estaba enamorada de un joven letrado; éste último habitaba también en la capital, y su jardín estaba atravesado por un arroyuelo que salía del parque imperial.

Encerrada y vigilada en el palacio, la joven no encontraba medios para corresponder con el que amaba. Pero el amor presta inventiva á los amantes: se le ocurrió la idea de coger un pétalo de peonía, que colocó en el agua, después de haber escrito en él todo un poema. El joven letrado tuvo la suerte de encontrar la fresca misiva, y supo entonces que, á pesar de la separación, continuaba siendo amado. Esta convicción le dió tanto valor, que se puso á trabajar con ardor extraordinario: terminó rápidamente la carrera, y pronto llegó á ser un célebre hombre de Estado. Como recompensa á sus numerosos servicios, pidió al Emperador la mano de la joven, cosa que el soberano no pudo rehusarle. De esta manera, una modesta flor dió un gran hombre al Imperio, y realizó la unión de dos seres que se juzgaban separados para siempre.

AÑO NUEVO

Es la fiesta de los *tres comienzos*: del año, de los meses y de los días.

Desde el alba, cuya aparición es saludada desde todas las casas con formidables detonaciones de petardos, todos los fun-

cionarios de la capital se dirigen al templo imperial, para presentar sus respectivas felicitaciones al soberano en persona, ante la tablilla que lleva el nombre de Su Majestad. Cumplido este deber, marchan á ofrecer sus homenajes sucesivamente á los templos del Cielo, de Confucio, del dios de la literatura y del dios de la guerra. Después de lo cual se visitan mutuamente: esta serie de ceremonias se prolonga durante cuatro ó cinco días. Las demás gentes se visitan también el día de año nuevo.

Cuando se entra en casa de parientes, lo primero que se hace es saludar á las tablillas que representan á los antepasados. Si los visitantes son recién casados, se les ofrece, además del té y las pastas, un saco lleno de naranjas y pepitas de sandía, pues con ello se significa que se desea muchos hijos al joven matrimonio.

Durante todos estos días se celebran banquetes que las familias se ofrecen unas á otras, y que dan ocasión para entregarse á juegos de toda especie. Al mismo tiempo se distribuyen propinas entre los criados de parientes y amigos; á los niños se les regala un lingote de plata ó una moneda envuelta en papel rojo, ó también cierto número de cuentas engarzadas en un cordón rojo, que es lo que se llama *moneda de buena suerte*. Debo señalar aquí, puesto que hablo de los pequeños, una particularidad notable, sobre todo cuando se trata de niños de corta edad: entre nosotros no se cuenta la edad de las personas día por día, sino de año en año: uno que nazca en 31 de Diciembre, tiene dos años el día siguiente, 1.° de Enero.

El cuarto día de la primera luna, es la fiesta del dios de la riqueza y de la felicidad. Entonces se engalanan é iluminan todos los salones en honor de esas divinidades, representadas ya por imágenes, ya por un sencillo letrero escrito en un papel.

El séptimo día está consagrado á la fiesta del hombre, el noveno á la de Dios, y así sucesivamente, pues tales regocijos, casi diarios, se suceden hasta el final de la fiesta de las linternas.

Durante ese tiempo, el pueblo no piensa más que en organizar diversiones y entregarse al placer; se han pagado las deudas á fin de año, y las vacaciones, así administrativas como privadas, dejan en completa libertad al público; además, la estación no es favorable á los viajes; no queda, pues, otro recurso que los juegos, considerados en todas partes como el pasatiempo más agradable. En la época del año que nos ocupa, se juega mucho en China. Se juega á los naipes, al dominó, á los dados, á las doce bestias, y también á un juego más instructivo que representa un cuadro de ascensos en jerarquías. No hay que decir que la música no falta jamás en toda fiesta.

Muchas familias comen de vigilia el día de año nuevo. Proviene esta costumbre, según Lie-Tsen, del siguiente hecho:

«Las gentes de Ilan-Tang, dice ese autor, ofrecieron un pichón el día de año nuevo á cierto filósofo, el cual, después de haber aceptado el obsequio, dió libertad al ave diciendo: «Todos los seres deben vivir felices en este gran día.»

Esto es bonito y encierra un sentimiento delicado, pero tampoco faltan las supersticiones. Por ejemplo, los petardos, cuya misión parece reducirse á alegrar con sus detonaciones y á invitar á las diversiones ruidosas, tienen otro alcance por lo que se dice: asustan á los malos espíritus, los cuales jamás se atreverían á llamar á las puertas tras las que se producen semejantes explosiones.

No es esto todo: muchas gentes trazan sobre sus puertas, á manera de amuleto, la figura de un gallo ó las de dos guardianes, á los que se cree en condiciones de tragarse crudo al demonio que se permitiese presentarse.

La obra astronómica de la dinastía de los Ilan afirma que, por el viento que reina en el amanecer del día de año nuevo, podéis presagiar las circunstancias atmosféricas de todo el año y algo más todavía; el viento del Sur significa sequía general; el del Sudoeste, sequía parcial; el del Oeste, guerra; el

del Noroeste, buena cosecha; el del Norte, cosecha mediana; el del Nordeste, año pacífico; el del Este, inundaciones, y el del Sudeste, epidemias.

De la misma manera, la primera palabra que se escriba el día de año nuevo da carácter, bueno ó malo, al año entero; así es que para mayor seguridad, se comienzan siempre las cartas por una palabra como felicidad, riqueza, dicha, longeridad, etc.

Esta manera de procurarse un año venturoso ha sugerido á una filósofa los siguientes cuatro versos:

Todo el mundo moja hoy la pluma en tinta,
Para escribir las palabras: dicha, riqueza, felicidad;
Pero el prudente consejo que he de dar á los ambiciosos,
Es que soporten la vida tal como es, y que no pidan á la Providencia lo que no puede conceder á todos.

Conviene decir que estos versos, llenos de buen sentido, no han logrado que nadie deje de seguir pidiendo lo imposible; el pobre, riquezas, y el rico, más de lo que tiene y sabría tener.

Aunque las fábulas tengan algo de superstición, saben mezclarlas con saludables enseñanzas; transcribiré como prueba la narración siguiente:

«Un pobre letrado, como no tuviese con que festejar el cambio de año, dormía profundamente.—También en China, quien duerme come.—En la choza que habitaba no había ni fuego, ni luz, ni manjares, ni vino, ni nada agradable.

»Y mientras tanto, los vecinos celebraban ruidosa y alegremente la fiesta, tan triste para nuestro solitario.

»De repente, hacia media noche, llamaron á la puerta.

—»¿Quién es?—preguntó el letrado, desagradablemente despertado en el mismo momento en que soñaba quizás con vituallas, bebidas, habitaciones lujosas, etc.

—»Soy yo, el dios de la *riqueza*.

—»Siento no poder recibiros.

—»¿Por qué?

—»Porque no tengo *suerte*.

»Apesar de la insistencia del dios de la riqueza, el pobre no quiso abrirle de ninguna manera.

»Algunos instantes después, llamaron de nuevo.

—»¿Quién sois?—exclamó el durmiente, al que arrancaban del sueño por segunda vez.

—»Soy yo, el dios de la *suerte*.

»El letrado saltó de la cama más que de prisa, y recibió al visitante con los brazos abiertos, en la cabaña obscura. Entonces el excelente dios trazó algunas líneas con la punta de sus dedos, y á manera de escritura, sobre la frente del pobre, y desapareció.

»Apenas se había acostado de nuevo el huésped de la choza, cuando se anunció el dios de la riqueza.

»Esta vez la recepción fue de las más cordiales, de tal suerte, que el dios se apresuró á depositar su tesoro en manos del letrado; después le preguntó por qué, habiendo rehusado antes el recibirle, le acogía ahora con tanta efusión.

—»Es muy sencillo: ahora tengo suerte, de la que carecía hace un momento. Estaba completamente seguro de que siempre vais en pos del dios de la suerte, y, por lo tanto, á éste es al único que esperaba.»

Esto quiere decir evidentemente que, sin suerte, ni aun la fortuna sirve para nada.

En ninguna parte se celebra tanto al dios de la riqueza, cuyas buenas obras acabamos de referir, como en la ciudad de Canton. Todas las noches, después que se cierran las tiendas, se encienden cirios y se quema incienso ante el altar de aquella divinidad, que tiene su nicho en el exterior del almacén. Se ilumina y se perfuma la ciudad entera. Se trata de una adoración universal á la que ningún habitante del Imperio chino se entrega con tanto fervor como los de Canton, que son los más comerciantes de los chinos. Ahora bien; el dios de la riqueza es también el del comercio, y esto es lógico, puesto que el co-

mercio, en el fondo, es dinero, ó, por lo menos, el dinero es el fin del comercio y de los comerciantes. Pluto es el complemento de Mercurio.

El equinocio de la primavera, al que llamamos principio de dicha estación, cae á menudo en los primeros días de nuestro año. Entonces, la fiesta es mayor.

En cada ciudad se organiza una verdadera procesión: marchan á la cabeza el prefecto, los subprefectos y todos los funcionarios administrativos, con uniforme de gala y llevando en la mano una rama de flores artificiales, que representan peonías, la flor de la primavera; van en sillas de mano, protegidos por quitasoles y escoltados por músicas y soldados; sobre unas tablillas se leen todos sus títulos y los servicios que han prestado.

Es la procesión del buey de la primavera.

A continuación del cortejo oficial llevan un buey enorme, cuya armazón de barro está cubierta de papeles multicolores, y cada color significa una circunstancia atmosférica: buen tiempo, lluvia, sequía, etc.

Tras la estatua viene un buey verdadero, engalanado con cintas, y sobre el cual se yergue una estatuilla, imagen del año que empieza, y cuya manera de ir vestida indica el tiempo que va á hacer: si lleva los pies calzados con zapatos, señal de que el año será seco; si con zuecos, será lluvioso. Un zapato en un pie y un zueco en otro, significan que el año será templado.

Todo el cortejo se dirige hacia el templo del dios de la agricultura, donde se verifican sacrificios; se da muerte al buey y se distribuye la carne entre los asistentes.

De esta suerte, en el extremo Oriente de Asia llevan en procesión al *buey de la primavera* en los mismos momentos poco más ó menos, que se pasea por París el «buey gordo». No hay duda de que las dos ceremonias son las fiestas de la agricultura, que el Egipto celebraba antiguamente con el buey Apis. El hombre es idéntico en todas partes: sus costumbres, sus

instituciones, sus idiomas, son diferentes; pero todo esto no ataña sino á la forma; el fondo es el mismo.

FIN DE AÑO

Las vacaciones comienzan diez días antes de fin de año, con objeto de que todo el mundo pueda prepararse para la gran solemnidad. Como en China no hay días feriados, las gentes que tienen ocupaciones no pueden descansar más que en las tres grandes fiestas del Dragón, de la Luna y de cambio de año: cinco días de vacaciones en cada una de las dos primeras, y treinta en la tercera.

Esas tres fechas constituyen también otros tantos plazos en los que es preciso arreglar cuentas.

La última fiesta de las indicadas, comprende varias ceremonias religiosas, que consisten en ofrecer un festín á cada uno de los dioses, en acción de gracias por los beneficios otorgados en el año que muere. El vigésimo cuarto día de la duodécima luna, celebran todas las familias una conmovedora ceremonia, lo mismo en casa de los ricos que en la de los pobres. Me refiero á la despedida que se dirige al dios del hogar, y de la recepción que se hace al que le reemplaza. Parece, en efecto, que el cielo da á esos dioses una misión temporal que dura un año.

El altar del dios está siempre instalado en la cocina; ante él se encienden cirios y se quema incienso diariamente; por la noche arde en dicho lugar una lamparilla que se denomina el *fuego de la longevidad*.

En la noche del 24 se celebra ante el altar una gran comida, con variedad de pasteles y frutas de toda especie.

Después de haber escanciado el vino de la libación y disparado los petardos indispensables en todo regocijo, se arroja sobre el techo avena y paja para las cabalgaduras del dios que va á marchar.

Después se levanta la mesa, é inmediatamente se coloca

ante el altar otra comida para recibir al nuevo protector del hogar, cuyo nombre suplanta en seguida al de su antecesor, ó bien reemplaza á la imagen del antiguo dios, una imagen del nuevo y de su esposa.

Esta fiesta nuestra se parece algo á la de Navidad, porque los niños esperan ese día para hartarse de frutas y de golosinas.

Con los manjares que sobran de estas dos comidas y de las demás ceremonias, se hacen conservas que, algunas veces, duran todo un mes del nuevo año; cuanto más rico es uno, tanto más se dedica á preparar grandes cantidades. Los regocijos se suceden casi sin interrupción.

Cuando llega el último día, se pone al aire una gran fuente de arroz guarnecida de hojas de ciprés, sobre las que se colocan imitaciones en papel de lingotes de oro ó plata, cubiertos de letreros: longevidad, honor, salud, felicidad, etc. Inmediatamente se extienden sobre el arroz diferentes frutas, que son símbolos de prosperidad.

Este arroz permanece sobre una mesa, á la intemperie, hasta las doce de la noche. Se le llama *arroz del año viejo.* Después de dicha hora, se le reemplaza por otro molde de arroz, con los mismos aditamentos; *es el arroz del año nuevo,* que permanecerá expuesto dos ó tres días. Entonces se elige en el calendario un día propicio para recoger el arroz y comerlo.

No hay para qué decir que los mismos sacrificios se celebran diariamente ante las tablillas de los antepasados, á los que no se olvida en ninguna ocasión.

En otro tiempo, se entregaban además á una porción de prácticas supersticiosas: según un antiguo tratado de higiene, la víspera de Año Nuevo era preciso, sin advertir á nadie, acostarse al lado de un pozo con una rama florida de pimentero en la mano; al dar las doce de la noche habíase de arrojar la rama al pozo para purificar el agua de todos los gérmenes epidémicos.

Bajo la dinastía de los Han, circulaba por toda la ciudad una procesión formada por ciento veinte niños de diez á doce años, con sombreros rojos y vestidos grises; todos iban tocando el tambor para ahuyentar los demonios malos.

En tiempos de los Shung, hacia el siglo VI, la procesión revestía aún más grandiosidad. Tomaban parte en ella los militares con vistosos uniformes, doradas lanzas y las banderas del dragón; precedían al cortejo con el rostro cubierto por caretas más ó menos monstruosas; al mismo tiempo, en el campo los labradores organizaban una especie de retreta de antorchas con teas colocadas en el extremo de una caña; de esta manera recorrían los campos para impetrar de los dioses una buena recolección de gusanos de seda y una buena cosecha de arroz. En algunas provincias, los niños discurrían por las calles pregonando la venta de su falta de inteligencia, para lo cual, como es natural, no hallaban compradores. Ya no existe nada de eso. No quedan más que las ceremonias religiosas, de las que he hablado más arriba, y las veladas que se celebran para esperar reunidos el nuevo año. No hablo de ciertas costumbres excéntricas, que no son sino excepciones: los poetas, por ejemplo, forman algunas veces con sus obras una especie de altar, ante el que celebran una especie de sacrificio; otras personas funden oro y lo vierten en el agua para predecir lo futuro, según la forma que tomen los lingotes.

En suma, todo esto presta hoy ocasiones para divertirse.

Desgraciadamente, la obra literaria de Han-Wung-Kung, muy esparcida en China, y cuyo asunto es un discurso de despedida al demonio de la miseria, es muy larga para que podamos reproducirla aquí; pero todos la leen con mucho gusto; en ella encuentra el pobre consuelos, esperanzas y recursos contra la pobreza y el demonio que la engendra. Recítanla con placer en la fiesta de que acabamos de hablar: unos para buscar el medio de seguir siendo felices; otros para consolarse de su miseria y tratar de salir de ella.

LAS PROCESIONES

En China, solamente los *taoistas* organizan procesiones religiosas; y es muy lógico, puesto que tienen la costumbre de representar sus dioses por figuras de forma humana.

Para no citar más que las principales ceremonias de ese género, hablaré de las del dios Tai-Tchang, de Tchen-Huang, de los dioses de las epidemias, y de las diosas protectoras del parto y de los niños.

Tai-Tchang es el dios de la montaña de ese nombre: comparte esa función con la de séptimo juez supremo del infierno;—en total, son diez.

Las procesiones de Tai-Tchang se verifican en el transcurso de la tercera luna. Cuando llega el día, sacan al terrible personaje, rodeado de una pompa completamente imperial, y digno es de esplendor, si se tiene en cuenta su título de *soberano* de la montaña.

Va precedido de sus colegas, los otros jueces supremos, y de sus hijos y nietos, considerados todos como príncipes de su familia. Cada una de estas divinidades tiene su cortejo particular, formado por dos grandes linternas y numerosas tablillas que ostentan los títulos del dios; siguen las músicas y los acompañantes, todos con trajes de fiesta, y llevando unos un tiesto de flores, otros un incensario humeante.

Además, van muchas personas, ricas y pobres, con representaciones de los instrumentos de tortura: grillos, cadenas, torniquetes, etc.; creyendo con esto apartar de sus parientes y atraer sobre sí mismos los castigos decretados por la divinidad.

Las muchachas de Fou-Tcheu toman parte también en esta manifestacion; en otras ciudades está prohibido á las mujeres esa clase de diversiones.

La procesión se dirige á un vasto local, situado en el barrio principal de cada ciudad y llamado la *Prisión de los Espíritus*;

se trata de dar libertad á esos cautivos espirituales, durante la fiesta de los muertos, á fin de que puedan celebrar el culto de sus familias, y hacer los sacrificios debidos á los hijos.

La procesión se repite, aunque en menor escala, algunos días después, con objeto, esta vez, de volver á encerrar en su prisión á los pobres espíritus momentáneamente libertados.

Al paso de la procesion, los creyentes establecen ante su puerta, una mesa sobre la cual arden incienso y cirios, y se colocan flores, frutas, etc. Todo el mundo se lanza á la calle para admirar la gran exposición que, organizada por diferentes sociedades particulares, presenta ante las miradas del público lo más nuevo en los productos del año. La abigarrada muchedumbr de la procesión cubre, por lo menos, tres ó cuatro kilómetros, pues cada dios tiene sus subalternos y cada uno de éstos tiene á su vez derecho á ser espléndidamente escoltado. Los vendedores de juguetes y confites, aprovechan estas solemnidades para llenar las calles y ofrecer sus mercancías á los niños, deseosos siempre de participar de esta clase de regocijos.

En Fou-Tcheu encontramos una particularidad excepcionalmente interesante: la fiesta dura allí dos días, y la segunda jornada es una repetición de la primera. Pero esta vez la procesión se dirige al barrio del Sur, donde vive la *suegra* de Tai-Tchang, á la cual el dios, como yerno respetuoso, va á presentar sus homenajes. ¡Feliz dios! ¡Dichosa suegra!

Cuenta la leyenda que una joven del pueblo, hija de un carnicero, después de haber asistido á la procesión, volvió á su casa y murió en seguida. En su corta agonía dijo á sus padres que el dios, viudo desde hacía poco tiempo, habíase fijado en su belleza y la había elegido por esposa. Era hija única. Su muerte sembró el desconsuelo en su familia, que, desesperada, quiso prender fuego al templo, cuando Tai-Tchang, encarnándose de repente en el cuerpo de un hombre, dijo á sus fieles que, en efecto, se había casado con la citada joven, y que debía á los padres de ésta todo el respeto de un

buen yerno; ordenaba, en consecuencia, que todos los años le transportasen en procesión hasta la casa donde habitaba la carnicera, madre de la divina reina, compañera del dios.

Lo que esto demuestra con toda claridad es que Tai-Tchang era un dios razonable, desprovisto de todo prejuicio aristocrático, y que, además, realizaba el tipo ideal del yerno habilidoso capaz de amansar á una suegra casi incendiaria.

Por el verano se realizan análogos paseos en honor de los dioses de las epidemias.—Tenemos el triste privilegio de poseer cinco epidemias «nostras», que Europa calificaría de «foras».—Estos dioses, siempre los mismos, ven sus efigies multiplicadas en todos los barrios, pues cada uno de estos posee un templo consagrado á esos terribles habitantes del cielo. Las procesiones son, pues, cuotidianas, y cada barrio turna con la suya.

El cortejo, menos imponente que el del dios Tai-Tchang, comporta también, sin embargo, en los barrios principales, una riqueza inaudita. Rompen la marcha cinco dioses, precedido cada cual de sus subalternos, y cierra la comitiva un inmenso barco de papel, hecho con gran arte, llevando á bordo los mismos dioses, de papel también, acomodados en un camarote central, y á todos los demonios encerrados en otro compartimiento. Al lado del buque, un hombre conduce sobre los hombros, con ayuda de un palo, dos cubos llenos de desperdicios de carnes y de todos los residuos orgánicos que engendran las epidemias; es lo que se llama por antifrasis los *cubos de la felicidad*.

Se va seguidamente á orillas del mar ó á las márgenes del río, y una vez que se llega á esos lugares se arrojan los cubos al agua y se prende fuego al barco con sus pasajeros de papel. Con esto se consideran arrojadas las epidemias fuera de la ciudad, y se felicitan las gentes mutuamente antes de volver al templo, donde la fiesta termina con un banquete.

Hay aquí evidentemente un doble símbolo: los cubos representan las medidas de higiene; el barco, con sus dioses de

epidemias y sus demonios, figura la expulsión de las enfermedades, cuyos gérmenes son arrastrados lejos por el río, ó aniquilados por el fuego.

Tcheng-Iluang es el dios de las provincias. Su imagen abunda por todas partes, como vemos en la plaza de la Concordia las estatuas que representan á las grandes ciudades de Francia. La diferencia estriba en que Tcheng-Iluang es un personaje real y no una simple personificación. La ceremonia es poco más ó menos la misma que para Tai-Tchang, salvo que Tcheng-Iluang no tiene más categoría que la de *gobernador*.

La procesión de las diosas protectoras de los nacimientos y de los niños se celebra habitualmente á principios de año. Las andas sobre las que se alza la estatua, van cuajadas de flores; al paso de la diosa acuden en tropel las mujeres estériles para impetrar un hijo de la divinidad. Cojen al azar una flor; si ésta es roja, significa que tendrán una hija, y si blanca nacerá un varón. La postulante hace algún voto al mismo tiempo, como el de ofrecer alguna obra de tapicería, un objeto de adorno ó algún vestido á la clemente diosa.

Los vecinos acomodados,—y las vecinas, sobre todo,—invitan frecuentemente á que entre en sus moradas á la divinidad. En estos casos se prenden fuegos artificiales y se añaden más flores aún á las que decoran las andas. Después se ofrece te y pastas á los miembros de la procesión; y terminada la visita, la patrona de la fecundidad se pone de nuevo en marcha, para volverse á detener enseguida en otra casa, si se la reclama.

Durante todo el mes, el santuario está constantemente visitado por mujeres: unas van para ofrecer lo que habían prometido; otras para rezar é implorar, por su parte, el socorro de la diosa *Genitrix* china.

UNA SOLEMNIDAD BUDISTA

En el octavo día de la cuarta luna,—en el mes de Mayo del calendario gregoriano,—se celebra la gran ceremonia de la

consagración de los sacerdotes budistas, llamada también la *Fiesta del Baño de Buda.*

La víspera de ese día se reunen todos los aspirantes en el monasterio de la ciudad respectiva para prepararse. A eso de las ocho de la noche, suena la campana: los sacerdotes se dirigen á sus puestos y se arrodillan ante las imágenes de Buda. Se reza una oración y después entonan unos cánticos. Terminados éstos, el jefe coje de un elevado pedestal un ídolo pequeño que representa á Buda, le coloca en una bandeja de oro ó plata repujada y lo rocía con el agua contenida en una vasija. Durante este baño, en el que transcurre una media hora, los sacerdotes se entregan á la adoración y resuenan todos los instrumentos de música.

Se sucede una pausa bastante prolongada y á las doce de la noche comienza la ceremonia de la consagración.

Los aspirantes, ya por vocación, ya por una repentina resolución, deben someterse, después de dos ó tres años de estancia en un monasterio, á una formalidad bastante dolorosa, antes de poder ejercer públicamente su ministerio.

La gran sala de Buda está brillantemente iluminada; mesas alineadas paralelamente ostentan imágenes de diversos apóstoles budistas y toda suerte de emblemas religiosos.

Delante de cada una de esas imágenes hay una especie de reclinatorio que lleva el nombre del candidato, el cual va á arrodillarse en él tras una hora larga de meditación.

La cabeza del postulante está completamente afeitada: sobre su cráneo se fijan tres pedazos de yesca, saturados de incienso, de forma cónica, y á los que prende fuego el jefe; el desgraciado lee impasiblemente su oración, hasta que haya ardido todo..... incluso la piel del aspirante. He aquí la causa de que todos los sacerdotes budistas tengan cicatrices en la cabeza: tres por lo menos, pero á menudo más: seis, nueve, etcétera, según el grado de piedad.

Al día siguiente se verifica otra ceremonia: la recepción de los saderdotes. Los antiguos felicitan á sus nuevos compañeros.

Refiero todo esto, porque este espectáculo constituye también un objeto de curiosidad para los chinos, que acuden al acto como á una fiesta.

Tenía yo nueve años, y el jefe budista, que en aquella ocasión había de consagrar á los aspirantes, era amigo de mi padre: pedí en consecuencia que me permitieran asistir á la ceremonia.

Era una tarde apacible. Después de haber atravesado campos con grandes árboles, y donde por todas partes se oía el canto de las cigarras, penetramos en una región frondosa, donde se elevaba el monasterio. Los sacerdotes nos dispensaron una acogida afable, y me dijeron que ningún niño de mi edad había presenciado jamás semejante fiesta, puesto que la escena podía hacer de mí un budhista fanático, ó un adversario encarnizado. Fui, sin embargo, admitido ante la insistencia de mi padre. Primero nos invitaron á una frugal comida, compuesta de retoños de bambú, legumbres saladas y puré de judías: todo me pareció delicioso. Después nos permitieron estar presentes á la gran comida de los sacerdotes.

Su inmenso comedor se parecía bastante al de un cuartel, con la diferencia de que aquí reinó el silencio más absoluto durante la comida, salvo algunos rezos canturreados antes y después de cada plato. Me sorprendió mucho que monjes que se alimentaban tan mal tuviesen tan buen aspecto; pero después supe que los vegetales son tan alimenticios como la carne, y desapareció mi asombro.

Al salir del comedor dí una vuelta por el pasillo de las meditaciones. Todos los sacerdotes, con los ojos cerrados y las manos unidas, estaban sentados, cruzados de piernas, sobre sendas camas colocadas en alcobas separadas entre sí por una mampara, y parecían sumidos en profundas meditaciones. Como niño que era, y sin comprender la importancia que daban al silencio, intenté, á pesar de la prohibición de mi padre, hablar á los monjes: nadie me respondió, ni nadie se movió. Pasó algún tiempo, y por fin nos encontramos en la gran

sala de las consagraciones, donde iba á desarrollarse la escena cuyas peripecias he referido ya.

El resultado más positivo fue que pasé una malísima noche, sin dormir apenas; tenía constantemente ante mis ojos cientos de budistas, vestidos de gris, y cuyas cabezas completamente calvas ardían de un modo horrible.

En cuanto amaneció rogué á mi padre que nos alejáramos más que de prisa de aquel siniestro lugar. A pesar del rocío que humedecía aún la yerba, y del fresquecillo de aquella mañana de primavera, nos pusimos en camino. Al llegar á una senda, que separaba dos campos, estuve á punto de pisar á dos serpientes que se peleaban enroscadas y que rodaron de un campo á otro pasando por entre mis piernas.

Fue tan deplorable la impresión que me produjeron escenas tales, que no hubiera abrigado sino sentimientos de aversión hacia aquellos locos fanáticos, si otro incidente, más alegre, no me hubiese demostrado que su fanatismo está lejos de ser tan absoluto como pudiera suponerse: un día, pasado ya algún tiempo de aquellos sucesos, nos hizo una visita uno de los sacerdotes que yo había visto en el monasterio; se quedó á comer con nosotros y, con gran satisfacción mía, comió con excelente apetito nuestra comida que, sin embargo, no tenía nada de vegetariana. Me perdía en un mar de confusiones, pues sabía que los budistas son exclusivamente vegetarianos, y que les están vedados no solamente la carne y el pescado, sino hasta la grasa, la leche, los huevos y la manteca. En mi ingenuidad infantil, no pude menos de expresar mi asombro al sacerdote, el cual sonrió y me dijo: «¡Hijo mío; Buda es tan bueno que no se fija en estos pequeños detalles!»

En efecto, Buda es un dios alegre: basta contemplar su imágen para convencerse de ello. Su rostro de mejillas redondeadas, iluminado por una eterna sonrisa; su cuerpo bien repleto, descansando sobre un loto; la flor que conserva en su mano; su tranquila actitud de vividor satisfecho: todo hace pensar más bien en un rechoncho fraile rabelesiano que en

un asceta, demacrado por la oración y las maceraciones.

Por lo demás, la historia budista refiere que el primer Buda era un hombre benévolo para sus semejantes y que su única misión consistía en sacar de la miseria á todos los humanos, para hacerles entrar en *el cielo occidental,* ó sea el del placer.

El otro día, Cernuschi daba un baile de niños, ante una efigie de Buda. Yo estaba presente: se me preguntó si no me escandalizaba al ver tal cúmulo de frivolidades en presencia de la estatua de un dios, y respondí que no. «¡Ah! me dijeron, sois más tolerantes que nosotros; nuestros sacerdotes no nos permitirían bailar en presencia de un Cristo.

—Es completamente distinto, repliqué: Cristo es la imagen del martirio, ante la que no se permite entregarse al placer; mientras que Buda no exige más que una cosa: que todos sean felices. Conviene también observar que, en Europa, este excelente dios está de temporada; razón de más para que le guste divertirse, viendo como se divierten los otros.»

El General Tcheng-Ki-Tong.

(Se continuará).

GENOVEVA MONTAÑA

(NOVELA)

CONTINUACIÓN (*)

A HUGO SANTA ANA

LISBOA.

París, Noviembre.

Hugo amigo: Tengo delante tus dos últimas misivas: una filosófico-literaria con mezcla de asuntos de hacienda; la otra auto-psicológica, con enmarañadas sutilezas de orgullo y dejos de mohosa y rancia poesía peninsular.

Responder á todo ello de un golpe no es fácil.

Responder con pretensiones de encaminarte bien el espíritu, ahora descarrilado hacia los páramos interminables de la tontería, es, sobre difícil, de no pequeña responsabilidad.

Amicus certus in re incerta cernitur; aprendí esto ya hará muy buenos quince años, en la Gramática del excelente Manuel Bernardes Branco. De aquí sacaré ánimos para esta prueba decisiva de mi amistad.

Trataremos primero de las letras.

¿Con que ya me hablas de teatro decadente, de teatro anémico? ¡Flagrante contradicción con tus entusiasmos de hace dos meses! Para el porvenir, niño, más criterio y moderación

(*) Véase LA ESPAÑA MODERNA, de Julio y Agosto.

en las alabanzas. Auscultaste al doliente, descubriste luego en él lesiones profundas.

Ahora una observación, antes de que se olvide. Mira que con esa manía de la intención moral se peligra hacer incolora la literatura. Del libro y del teatro deseo apenas que me lleven al arrobamiento artístico, haciéndome olvidar lo malo de la vida real. Es la verdadera función del arte, benéfica para el cuerpo y para el espíritu.

Para lo demás bastan las disertaciones sobre moral de éstos y de aquellos filósofos y los correspondientes tratados.

Con franqueza, tengo recelos de que hayas hecho una pudibunda pieza de teatro, absolutamente digna del virgíneo *théatre blanc,* recientemente creado en estos nebulosas climas para regocijo y edificación de las niñas de quince años, pero del todo incompatible con la adulta platea que frecuenta el viejo *Palacio dos Estaos* (*).

¡Pobre Hugo! Me causas pena, sí, me la causas.

Bien sé yo que *labor improbus omnia vincit*... pero... ¡qué diablo!... en todo lo que dices no presiento, no vislumbro la menor tendencia para esa compleja y sagaz individualidad que es en nuestros días el literato profesional. ¡Un literato de oficio con las prendas de tu conciencia meticulosa, con las doradas fantasías de tu ingenuidad infantil!

¡Desgraciado! ¡Cómo has de llegar á almorzar y comer algún día con la literatura! ¡Quimera! Y en tales circunstancias te me vienes todavía á preguntarme si has de casarte ó no con la prima Genoveva del *Juncal*. ¡Oh, grandísimo idiota! ¡Beduíno refinadísimo! Está claro. Casarte, y cuanto antes.

¿No estás aferrado á Portugal como el marisco á la roca? ¿Qué mejor cosa puedes hacer que pasar inmediatamente á yerno de la Doña Feliciana analfabeta, consocio de las regalías de su propiedad, que te reparen sólidamente los cimientos de la vida? Y no es esto aconsejarte como panacea general la

(*) Hoy Teatro de Doña María II, ó Teatro Normal (Portugués).

sempiterna permanencia en las arboledas del *Juncal*. Nada de eso. Sería recomendarte un suicidio lento y necio. ¡Vida de provincia portuguesa! ¡Cosa execrable!

¡Nada! Pasados los pocos meses de idílico éxtasis, la quinta de tu suegra te sería una especie de feroz penitenciaría en que los musgosos troncos vestidos de yedra te parecerían sencillamente grilletes pintados de verde.

Los propios solecismos de ella y sus excelentes hortalizas se te volverían insufribles. Llegarías á perder el sistema nervioso y á estragar el estómago. Tendrías pésimas digestiones y pesadillas horribles. Recorrerías un proceso lento y gradual de acetificación en tu espíritu, hasta llegar á conocer, en la supina concentración, el vinagre radical del mal humor.

Sería precisamente entonces el momento de que levantaras el vuelo, bajo la condición—*ça va sans dire*—de llevar contigo la paloma.

Cásate con este plan ya hecho y bien firme. Flaco amor será el de ella, si gustosamente no sacrifica el devaneo bucólico. ¡Ojalá le gustes! El hombre que no sea tonto consigue lo que quiera de la mujer enamorada.

Viajarás entonces, verás todas las cosas que valen. ¿Y qué te impedirá después fijarte alguna temporada en París ó en otra parte? Podrás así habilitarte francamente para la envidiable situación de literato *amateur*, indiferente á que las empresas teatrales te acepten las obras ó á que los editores ambiciosos te compren los libros.

Lo que se necesita es que Cupido entre en esto. En cuanto á tí no me cabe duda; la flecha llegó á lo hondo; estás pasado de parte á parte.

Paréceme que tampoco ella estará ilesa. Eres primo; se te doblan las probabilidades; tienes medio camino andado.

¡Pero qué original sandez me sacaste! ¡Ahora quieres que sea la muchacha la que se te declare! ¡Qué disparate!

La idea no es mala. Pero no siempre las buenas ideas encuentran terreno capaz para germinar. Portugal, aferrado á

prejuicios, se presta mal al cultivo de ideales nuevos. Déjate de modernismos que pueden darte en la cabeza. Si ella es portuguesa por los cuatro costados, bien podrías gustarle toda la vida sin que se atreviera á revelártelo, recelosa..... de faltar á las conveniencias.

Desecha esa corteza de ridícula afectación que ya no te cae bien. Prepara el campo, y lárgale la *declaración* en forma luego que encuentres ocasión. ¡Acobardarte por los romanticismos de una provinciana! Verás como después se vuelve, de la contemplación beatífica y un tanto monótona del dios Apolo, á los atractivos de tu cariño, mucho más humano, mucho más remunerador.

Decididamente, *cásate cuanto antes*. Y apenas la nube del fastidio asome en el horizonte, huir los dos para más gratos climas.

Desiste por una vez de esa locura de sacrificar tanta cosa buena, práctica y tangible á la hipotética gloria literaria.

Por tus pesados procedimientos no lograrías alcanzarla antes de la edad provecta, y sólo después de recorrido un largo y penoso camino de hambres y privaciones de todo género.

Adora mucho las musas en buen hora, pero adóralas de frac y guante blanco y con el estómago decentemente tratado. Nada de eso perjudica la inspiración. Tiempo vendrá en que me agradezcas el aviso.

Tuyo de corazón,

ENRIQUE.

***

A LA HERMANA SOLEDAD

MISIÓN DE LÁNDANA.—PREFECTURA APOSTÓLICA DEL CONGO.

AFRICA PORTUGUESA.

Juncal, Octubre.

Mi querida Gabriela: Déjame darte siempre este nombre, que tal vez nadie más te dé hoy. Me recuerda los años de nuestra descuidada infancia; por eso le quiero tanto.

Sí, para los otros, serás tú *la hermana Soledad,* casi una santa; para mí, eres más, eres la única y sola amiga que mi alma oprimida ha conocido.

Un ánsia grande de *saudades* y desaliento es la que me hace romper la serenidad mística de tu vida viniendo á hablarte de cosas mundanas, que tal vez repugnen ahora á la elevación de tu espíritu.

Abrazando voluntariamente una existencia entregada por completo al bien ajeno, ¿qué pensarás de mí, mezquina, egoista criatura, preocupada siempre del bien propio, en una inquieta y nunca mitigada ambición de lo que los hombres llaman *felicidad?*

¡Qué diferencia tan profunda entre nosotras dos! Tú conseguiste interpretar la vida, definirla; y trazaste con seguridad el mundo por donde tus pasos van esparciendo flores, hasta conducirte, sin dudas ni desfallecimientos, á la esfera de la bienaventuranza divina. Matándote tus dos padres casi en el mismo dia, la suerte te fustigó, despiadadamente. Triunfaste de ella con la evangélica paciencia que sólo en tí he visto probada.

Abandonando todo, no queriendo para tí nada de lo que el acaso muestra hermoso con su malhadada añagaza, despreciaste ese acaso que ningún grave mal puede ya hacerte. Marchándote de Leiria y dirigiéndote á esa *Misión,* tú eres una *bienaventurada*, en la más genuina significación de esta palabra.

La risa vulgar, tan llena de efectos mundanos cambiaste la gustosa por la dulce é inefable sonrisa de que adivino bañada tu suave fisonomía cuando te cercan esas miserables criaturitas, para quien tú lo eres todo, porque das calor á sus cuerpos y luz á sus almas.

¡Qué imponente figura ha de ser ahí la tuya, Gabriela mía, mi hermosa Gabriela! ¡Qué ojos los tuyos tan profundos y llenos de cariño, en que se refleje íntegra tu alma sublime!

¡Con qué *saudade* vuelvo á verlos llenos del encanto de tus

diez y ocho años, cuando me decían de la vida tanta cosa hermosa y risueña, tanta! ¡Qué *saudade!* Perdona. ¡Quién sabe si estoy fastidiándote! Pero, ¡es tan bueno recordar!

Hoy, cuando alguien, que llega de esas apartadas regiones, me habla de tí, me cuenta cómo vives, cómo te has consagrado, mi imaginación te descubre rodeada de una aureola de santidad. Y entonces me da rubor, siento vergüenza de mi pequeñez. Me entra un ánsia—¡pretensión vana!—de seguirte los pasos, de orientar también mi vida hacia cualquier rumbo definido y seguro. ¡Qué inútil y vacía y llena de dudas es la vida que aquí arrastro! ¡Si al menos viviese para alguien! Pero, al contrario, ni llego á reconocer el por qué de mi existir. Nada hay más triste que esta falta de utilización de una vida.

Tengo á mi madre, es verdad. Pero mi madre—¡bien lo sabes!—hizo siempre, por carácter y educación, una vida material, casi vegetativa, en que puedo entrar muy poco.

Mi hermana está lejos; pero la distancia que la naturaleza puso entre nuestros espíritus, entre nuestras tendencias, entre nuestras maneras de ser, es mucho mayor todavía de la que materialmente nos separa.

¡Qué triste cosa es la de tener que pasar la vida casi siempre entre personas originalmente incompatibles! ¿No vendrá de aquí el jurarse tantas veces que la felicidad es imposible?

No soy huérfana como tú; pero, créelo, siento amargamente, en el fondo de mi alma, el aislamiento de la orfandad. Si sintiese en mí el ánimo y el ardor para una de esas misiones altruistas á la manera de la que adoptaste, puedes creer que no me detendrían hoy los lazos de familia.

Seguiría, sin dudarlo, mi vocación. La inacción, la apatía en que vivo es peor que todo.

La vida es una gran fuerza que necesita de algún grande objetivo en que se ejercite, pienso constantemente.

¡Pobre de mí! Admiro esas vocaciones sublimes, de que tú eres luminoso tipo, que imitan á Jesús, aspirando á un ideal

de bondad por cima del humano. Pero las admiro, como Tántalo, sin posibilidad de subir algún día á su esfera refulgente.

La lucha, sea cual fuere, me amedrenta, me hace agonizar, me produce un malestar ansioso; me perturba la razón y el entendimiento.

Pienso, y me muevo, y gozo, sólo en una atmósfera de mayor serenidad, de plena paz y luz clarísima. Esto es enfermizo sin duda; pero soy así. Nunca tengo afectación, y menos contigo. En un lago transparente, cualquier fenómeno extraño que le agite altera su limpidez. En mi espíritu se da un caso semejante.

¿Y sabes? Es en el campo, sobre todo, cuando me hallo muy sola en medio de la Naturaleza, tan bella, tan interesante, tan grandiosa y tranquila, donde se me aparece la misteriosa y fugitiva imagen de la *felicidad,* á veces como realidad tangible. No sé qué desconocido placer me dilata entonces el alma, en un éxtasis delicado y sabroso, que va desde la poesía sutil de las cosas hasta la concepción reverente del principio sobrenatural que las creó. ¡Cómo se vive, cómo se goza en este arrobamiento! ¡Cómo se aparece entonces al alma humana el mito sublime demandando constantemente la esfera luminosa de la inmortalidad! Pero después, Gabriela mía, ¡qué doloroso es volver de esa fascinación magnética á la preocupación mundana, al llano rastrero, donde los actos del hombre tantas veces lo definen como el más pequeño de los animales!

¡Qué vacío y qué penar! Si la Naturaleza me hubiese dado facultades artísticas que me permitiesen dedicarme con pasión á la música, á la pintura, á las letras, en esa concentración absorbente, mi vida habría encontrado un rumbo, una aspiración ascendente y constante, que sería inagotable fuente de consuelo y apoyo compensador. Pero no; la Naturaleza no me concedió el don de *artista,* por lo menos en la activa y más noble significación de esta palabra prestigiosa. Apenas si me dió temperamento capaz de hacerme aspirar con delicia los efluvios de la ajena concepción artística. Y esta facultad—

aunque privativa sólo de algunos—es de sobra pasiva para que pueda tornarse la suprema razón de una existencia, el culto predominante de una religión íntima que viva con nosotros en la propia esencia de nuestro sér, para que saquemos de ella abundantemente valor, encanto y resignación.

Se dice que la mujer, sér afectivo por excelencia, vive dominada por el sentimiento, obedeciendo á algún grande amor, amor divino, amor de familia ó amor de un hombre, amor de la humanidad.

El último es el más alto de todos, el que mueve ingentes espíritus como el tuyo. Nada qniere para sí; todo lo ambiciona para los otros. Sigue, impávido, por caminos espinosos que van á dar en el florido y perfumado jardín, cultivado para sus escogidos por un Dios de inefable bondad.

De ese jardín no me será dado nunca aspirar la fragancia.

¡El amor de familia! ¡El amor del esposo escogido por nuestra alma! ¡Este, sí, se nos revela en la tierna adolescencia, como el natural y armonioso destino de cada una de nosotras! ¡Con qué alborozo esperamos entonces á nuestro caballero, á nuestro señor, que venga con su fuerza á templar nuestra flaqueza, con su sabiduría nuestra ignorancia, con su juicio prudente los arrebatos de nuestra exaltada imaginación! Pero los años corren y *él* no viene; no aparece cual la fantasía nos lo tenía prometido. Y esos años son los productores de la fría razón; comienza una lucha tremenda. Cada uno que pasa aumenta en nosotras el miedo, un miedo que llega á ser casi terror, de ver, en fin, aparecer ese predestinado caballero, ese señor, que, en lugar de traer á nuestra vida el equilibrio, la reposada paz, el dulce contentamiento de quien sintió completarse, vendrá tal vez sólo á perturbar irreparablemente nuestra existencia, matando ideales, aspiraciones y creencias, elementos sin los cuales la vida de la mujer nunca dejará de ser una tremenda miseria.

El *amor* por excelencia, el grande, eterno, universal amor, que funde dos seres en el supremo término de la más excelsa

obra divina, es genial y bello, siendo la primera ley de la naturaleza. Ese parece el sentimiento propio para ser la razón y el fin en la vida de una mujer. Tiene lo pintoresco que arrebata, la variada excitación que interesa y domina, la dulzura comunicativa que cautiva, consagración completa, ¡tan generosa y tan femenina en su raíz! Tiene todos los atractivos, todas las seducciones; ofrece todas las promesas, alegrías presentes, suaves arrobamientos para la vejez quebrantada.

¡Oh! mas para que el amor sea esto, para que no nos haga traición con el más cruel de los desengaños, es preciso que aquella criatura que viene á fundirse con nosotros, completando la más bella concepción del Creador, traiga con la fe más pura, el respeto sumiso, la adoración devota que se profesa en los ritos de la religión.

El amor, para ser noble, ha de tener ese qué de religión, culto sincero, natural, imponente y claro, como el que predicaran los primitivos apóstoles y su Maestro sublime.

Como los falsos oropeles han perjudicado á la pura religión de Cristo, así la falsedad é hipocresía del hombre ha ultrajado y pervertido el más delicado sentimiento del alma humana.

Gabriela mía, lo que sé del mundo es poco, muy poco. Lo que me llega de su rumor es casi nada; pero es lo bastante para que sienta en el alma, hace mucho, el fermento de una desanimación, de un desconsuelo atroz.

Por eso, con mi estrecho punto de vista, interesado y subjetivo, pienso muchas veces que colocar fuera de nosotros mismos la felicidad, es correr el mayor riesgo de sufrir dolorosas torturas. Hacer de otro el eje, el apoyo de nuestra existencia, es de seguro dar un paso imprudente, por donde muchas veces se resbala á un abismo de desesperación.

Egoistas impenitentes como yo, anhelando incesantemente por un estado de alma á que llaman *felicidad,* ¿no debieran blindarse con prudencia contra afectos apasionados, que otros

habrán de gobernar á su placer, y retraerse por preferencia á un aislamiento independiente, equilibrado y fuerte?

No me sería fácil definirte con exactitud mi idea completa de ese estado satisfactorio de alma, cuyo origen no reside en ninguna criatura extraña, y que entreveo á veces como realización posible de la *felicidad segura*. Es como un pleno contentamiento de nosotros mismos por la limpidez de conciencia, una elevada adoración panteista de toda la Naturaleza, una suave melancolía que no oprime, fundada en una tierna compasión por la vida humana.

¿Me engañará la fantasía? ¿O realmente habrá aquí un sostén en que pueda ampararse con firmeza una existencia atormentada por la sensibilidad?

He vivido siempre muy sola. Mi imaginación ha de haber sentido las consecuencias del aislamiento continuo. ¡Me costó tanto siempre dejar *esto!* ¡Salir á otro medio cualquiera!....

Laura quiere que vaya á pasar temporadas con ella á Lisboa, Cintra ó Cascaes. No voy. No puedo soportar aquella vida de frivolidad y de mentira, en que todo es falso, desde el artificio de la *toilette* al artificio de los besos y de las sonrisas, y al de los sentimientos que esas muecas ocultan. No, no puedo. Ahora, ya no he de obligarme á eso.....

¿Sabes una cosa? Voy á descubrirte un rincón muy íntimo de mi alma, como lo haría..... como lo haría á una madre extremosa, delicada y sensible.

Repara cómo hay varias maneras de sentir la orfandad.

Trabé, hace algunos meses, conocimiento con un primo, que vino aquí á hacernos dos visitas.

Mi salvajismo montaraz se alborozó con esta súbita aparición.

Al principio, aquel primo que me enviaba la civilización, un *complicado,* de seguro, lleno de exquisitas sutilezas, templadas con la correspondiente dosis de cinismo de *buena sociedad,* me causó repulsión instintiva. Después me interesó. Era una *psicología* heterogénea al medio en que yo vivo. Excitó

mi curiosidad: comencé á observarle, á estudiarle..... tal vez no llevada ya sólo por simple amor de la ciencia, sino por un poco de amor de él también.

¡Fenómeno extraño! A medida que avanzaba en ese estudio, se tornaba él de día en día, punzante, doloroso, opresivo.

Comencé á desear absolutamente que aquel hombre—á pesar del sacrilegio hecho por la educación, que estraga, altera, pervierte la obra primera de la Naturaleza — tuviese aún por gastar restos de su originalidad primitiva que se me revelasen en la intimidad sin pretensiones, y que alguna vez brillasen en su mirada, con aquella fascinadora irradiación compuesta de bondad, de inteligencia y de nobleza, que tantas veces me vino de tus pupilas, mágico poder que nos domina el alma toda, por una espontánea confianza deliciosa y completa.

Cuando pensaba yo entrever la hechicera luz, alguna cosa obscura, misteriosa, que repelía, vino á sustituirla; era una mirada vaga, de doble y evasiva expresión: la fría y astuta sonrisa de que tanto se enorgullecen los hombres sabios.

¡Con qué puerilidad sufría yo entonces los íntimos secretos de mi vida psíquica! Extasiada en la brillante concepción que mi espíritu forjara, era como ver el mundo todo sumergido de repente en las tinieblas, y yo debatiéndome locamente en una desorientada ansiedad de ideal, de luz.

Tomé gran miedo al primo Hugo; pánico, pavor desatinado. Sentía como si fuese astuto y cruel enemigo, amenazándome con robarme toda la tranquilidad de mi vida, despeñándome en un laberinto de dolores sin alivio porque no había esperanza, sin consuelo porque no había fe. Procuré despreciarlo.

Y más convencida, quise volver á mi ideal de *felicidad egoísta,* arrobamiento contemplativo, equilibrio independiente, en que siempre nos acompañen y estén con nosotros los orígenes de nuestro bien, fundado en un sereno é imperturbable estado de la conciencia, que ve con entusiasmo las belle-

zas de la vida natural, y con ojos no lacrimosos, sino enternecidos, benévolos y complacientes, las mayores flaquezas de los hombres, lejos todavía del ámbito donde fatalmente se es víctima de ellas.

Gabriela mía, escríbeme tú palabras de animación y consuelo. Roba á esas criaturitas para quien eres más que madre, algunos minutos con que des una limosna de amor á quien de ella no está menos necesitada.

Háblame del estado de tu alma, de tus impresiones presentes. ¿Qué mejor ejemplo y lección para mí?

Siento vacilar las mejores creencias que tuve. ¡Qué tristeza! ¡Deseo tanto asegurarme con tu fe! ¡Me da horror la vida, muertos los poéticos ideales que nos arrullaron en la infancia! ¡Si para tranquilidad nuestra pudiésemos alguna vez detener el pensamiento! ¡Inútil! Sigue, sigue... y cuanto más lejano, más quiere avanzar.

Háblame principalmente de ti, y recibe toda el alma dolorida de tu

GENOVEVA.

* * *

A GENOVEVA MONTAÑA

QUINTA DEL JUNCAL.—VILLAVERDE.
PORTUGAL.

Lándana.—Prefectura apostólica del Congo. Noviembre.

Querida Genoveva: Hace ya ocho días que recibí tu carta, y todavía no he tenido un momento de reposo para responderte.

Acababa precisamente de llegar de una visita á nuestra residencia de Cabinda y Molendo—situada en la parte acá del Zaire—y me he encontrado un tanto indisciplinada mi horda de Lándana.

Ahora que ya tengo otra vez sometido el rebaño, voy á conversar contigo. Aprovecho para esto la hora del sueño, en

la cual hay completo sosiego en mi aprisco. Apenas raye el alba, volverán á reclamarme con sus balidos las cincuenta y tantas ovejillas que tengo aquí á mi cargo.

Me pides confesión del estado de mi alma. No me cuesta hacértela, querida mía. ¡Es tan sencillo todo lo que hoy siento y pienso!

Pero, has de prometérmelo: no exageres nunca hasta las proporciones del heroismo los actos sencillos de mi vida. Lo que hice, es solamente natural y lógico. Otra cualquiera, en mi lugar, haría lo mismo. *Fe*, *esperanza*, *caridad*, son la santa trilogía de la vida de una mujer.

Es preciso que *creamos* ardientemente en alguna cosa; que *esperemos*, sea lo que fuere; que *demos* á alguien una parte de nuestro patrimonio de esfuerzos, de paciencia, de abnegación.

En mis padres perdí los mejores afectos de familia que el mundo podía darme. Fue un momento terrible. Sentí que vacilaba todo en mí: *fe, esperanza*, *caridad*. Era como si hubiese muerto la mejor parte de mí misma. Se me aparecía entonces la muerte material como mi único refugio. ¡Qué pensamiento tan egoista!

Sin saber de qué modo, vino la reacción. Como el náufrago, buscaba algo á que asirme. Era tal vez la lucha suprema, un despótico instinto de conservación.

Miré alrededor con ojos desesperados. Y tuve entonces como una revelación sobrenatural.

¡Cómo pude vivir tantos años sin ver nada, pareciéndome el mundo todo tan diferente de la realidad! La tierra era un sembrado de miserias, quemada toda por el ardiente sol de la desdicha. Comparada, mi infelicidad se atenuaba. Los ciegos, los imbéciles, los hambrientos, los estenuados por el trabajo y la enfermedad, los ignorantes, los salvajes, eran mucho más desgraciados que yo. Me pareció entonces que usurpaba, guardándola para mí, alguna cosa que pertenecía á los que sufren.

Había luz, supuesto que esta luz venía á mi conciencia;

había un alto ideal de bondad cristiana posible de alcanzar; había un inagotable fondo de miserias reclamando incesantemente mi protección y mi amor.

Y la *fe,* la *esperanza*, la *caridad*—las tres razones de la vida de Jesús—renacían en mí consoladoramente.

Y vine; vine para aquí á servir á unas criaturitas faltas de todo. Sin hacer nada apenas, me constituí para ellas en la simbolización de la Providencia.

Y con esto me siento tan feliz como no me es posible expresarte.

Creerás que tengo los ojos enteramente vueltos hacia otro mundo, hacia la inmortalidad bienaventurada que se conquista en fuerza de sacrificios durante la travesía terrena. No, querida mía. Mi gozo es presente, es ya real.

Aminorar la enorme cantidad de infelicidad extendida por el mundo, es dar á nuestra vida un sabor delicado y delicioso. Además, no puedes imaginarte qué fácil es andar por este camino, tan igual, tan seguro, tan exento de excitaciones molestas.

Jesús amó con extremo á las criaturas. Los fustigados por la suerte, buscando estímulos de resignación y paciencia, no tienen mejor ejemplo que el de la vida de Jesús.

Para muchos es la existencia prueba durísima desde el primer día. Hacer de nuestra fuerza y de nuestra experiencia el tierno abrigo de tanta cuna descuidada, es una misión instintiva. Todas las mujeres tienen á su alcance esta maternidad altruista. Con ella distribúyense abundantemente caricias y sonrisas que son la mejor profilaxis para el saneamiento moral de las clases desheredadas. Difunden una gran luz estas caricias. Y la luz contraría la acción de todos los miasmas. En cuanto los pobrecitos se sonríen encantados por el dulce contacto de nuestras caricias, el alma váseles elevando instintivamente á la concepción de la superioridad humana.

El amor que les damos, ennobleciéndolos, los dulcifica. ¡Y

es tan bendito este trabajo, que siempre parece sin importancia!...

¡Cuánto he hablado de mí!...

Ahora de tí. Querría aconsejarte, querida mía. Me apena no saber hacerlo. Me parece que tu vocación es el amor de familia, en lo que tiene de más extremado, de más alto é íntimo. Pero te has forjado el ideal de una existencia de hombre como yo creo que no puede haber.

¿Con tu imaginación atormentada no iría tu alma á encontrar en el matrimonio un recrudecimiento de las penas? Lo recelo.

La concepción del esposo ideal huye un poco de mi comprensión.

Paréceme que aspiras á una adoración un tanto insensata, que el alma humana no tiene hacia seres que le sean iguales. ¿De qué valdría la ilusión momentánea?

En breve se produciría el triste derrumbamiento.

Deshojándose tu quimérico ideal, te dejaría medio muerta.

Tal vez sería mejor ese otro culto de que hablas, ese culto panteísta de la naturaleza, tomado como razón de ser de tu existencia. El libro de esa religión, siempre abierto, agitadas sus hojas por las brisas de Dios, se me ha figurado muchas veces el código más completo de moral.

¡Qué sugestiva y mansa lección la de la naturaleza libre! Para las almas doloridas, ¡qué dulce lenitivo y qué próvida enseñanza!

Adoras el campo; quédate en él.

Soportar el clima y las otras durezas de la vida africana, no podrías. Eres débil y excitable por demás.

¿Quieres una razón fuerte y absorbente para tu existencia de ahí? Procura ser, en el área de que tu quinta es el centro, el astro vivificante cuyos rayos vayan amorosos á caer sobre los cuerpos y las almas que padecen. ¿Quiere tu imaginación que no te abandone nunca lo *bello?* En el plan que te propongo hay mucho de pintoresco y una graciosa armonía.

No necesitas estudiar lo que han pensado y hecho los hombres con el pomposo nombre de *filantropía*.

La delicadeza de tu espíritu y la sensibilidad de tu corazón serán grandes maestros interpretando la Biblia *naturaleza*.

Esa próvida *madre*, protegiendo á los seres más débiles como el pajarillo sin plumas, el tierno musgo, te da lección expresiva.

Hay en las almas tempestades de dolor más temibles que las negras borrascas del cielo. Sé tú el rayo de sol que se desvele por alumbrar á esas almas. El desaliento quema y agosta como á la tierra los ardores del clima tropical. Sé tú el rocío que refresca, la suave brisa marítima que, en la órbita de tu vida, vigorice los espíritus abatidos. Una palabra sencilla que haga latir la cuerda más fina de nuestra alma, ¡cuántas veces es un bálsamo de resurrección!

Existen almas con una avidez incesante de vibración.

La tuya es de estas.

En el camino que te indico hay promesas de íntimas é infinitas alegrías. No realizado nunca el ideal, queda siempre más y mejor por hacer. ¡Hermosa y florida vereda, sin espinas, sin sorpresas que asusten, sin agonías que destrocen!

¡Y qué terreno tan propio para este cultivo es nuestro querido Portugal! ¡Esa buena y hermosa tierra, cuántas miserias no oculta en su seno! ¡Pueblo infeliz!

El desmoronamiento de una creencia, sin la construcción de nada que la sustituya, da de sí esa paralización deplorable. ¡Qué prodigioso campo de operaciones para quien sepa y quiera dedicarse á la caritativa empresa regeneradora!

Es preciso ir á pedir al sueño fuerzas para la tarea matutina.

Adiós querida mía.

Te abrazo con ternura.

HERMANA SOLEDAD.

* * *

Á ENRIQUE VELLOSO

PARÍS

Londres, Enero.

Querido Enrique: Vas á caerte de las nubes.

Después de un silencio de más de dos meses, te llega esta misiva fechada en Londres. ¡Asombro!

Mayor será todavía cuando leas que estuve en París, en tu propia casa, en la *rue de Miromesnil*.

No te previne, queriendo traspasarte con una sorpresa completa. Y llego á París precisamente cuando habías marchado á Lyon para asuntos del *Crédit*. ¡Qué torpeza tan grande!

Sólo podía detenerme tres días en París, porque estaba comprometido á venir aquí á pasar la Navidad. Partí, como comprenderás, desesperado por no haberte visto y con la intención de escribirte apenas me asentase en las riberas del Támesis. Pero..... el hombre propone y Dios dispone.

Pasa ya de un mes que llevo la vida más agitada que pueda imaginarse.

Me envuelve un verdadero torbellino.

Y es casi seguro que sin la sugestión de la *gran novedad*, ni habría *sacado* los minutos precisos para emborronarte una carta.

Y la grande, grandísima novedad—la *archigrandísima* novedad, como diría el bueno de mi José Miguel, á estas horas furioso conmigo—allá va: *me caso*.

Pero vamos despacio.

¿No te asaltan ya ímpetus de llamarme *monstruo?*

Me defenderé.

Recapitulemos.

A fines de Noviembre recibí tu última.

Llevaba entonces en Lisboa la vida más estúpida para embrutecer un cerebro.

Deseaba estudiar, trabajar, tener ideas. La falta de dinero era, sin embargo, cada vez más manifiesta. El pensamiento tendía irresistiblemente hacia este lado; y ¡adiós letras, adiós inspiración!

Todavía pensé en esbozar una novela en que entrasen fundamentalmente rasgos autobiográficos, los suplicios de mi idiosincrasia—para hablar á la moderna. ¡Qué obra tan enfadosa habría sido!

En la calle mis pasos se dirigían infaliblemente á este ó aquel editor, á quien aún no hubiera consultado acerca de las *Nebulosas*. Por entonces dejaba ya una vez más al *Normal*, donde yacía en las tinieblas mi *Siglo de las luces*, el triste manuscrito que aguardaba siempre la definitiva sentencia de representabilidad ó no representabilidad.

Tu carta aconsejándome perentoriamente el matrimonio con la prima *Genoveva* del *Juncal*, me hizo á aquellas alturas alguna impresión. ¡Cómo me sentía reanimar en esos días, cuando regresaba por la tarde con el alma llena de desaliento y de despecho á mi cuarto vacío, falto de comodidades, silencioso, recordando el tranquilo y espléndido paisaje del *Juncal!*

Partí. Y, al partir, llevaba resoluciones definidas.

Le diría á Genoveva el prestigio que tenía sobre mí; le confesaría que ninguna mujer me había hecho todavía impresión comparable; qne la juzgaba diferente de las otras, muy superior á todas. Tenerla por esposa sería dar á la realidad de mi vida el encanto arrobador de los mejores sueños. Y con entereza le explicaría, además, que no me era posible encerrarme para siempre en el *Juncal* divorciado del mundo.

Habría de convencerla de que la variedad es también, en todos sentidos, la salud de la vida, contribuyendo á dar vigor á las fibras del cuerpo y á la esencia primaria de los sentimientos.

Variar es condición indispensable para una vida saboreada.

Le daría claramente á entender mi ambición de ver mun-

do, de estudiar la civilización en sus focos principales, en su íntima vida intelectual.

La naturaleza propia de mi carácter me pedía ser así, franco; exigíamelo la dignidad de ella.

Llegado al *Juncal*, el peligro creciente, en que me sentía apasionar locamente de ella, me hacía temer más lo posible y de seguro irreparable encierro en el *Juncal*.

No sé si esto será fácilmente comprensible á otra persona. Lo cierto es que un sentimiento agudísimo y contradictorio me torturaba entonces á cada momento, haciéndome ansiar una franca y decisiva *explicación*, tras la cual viese yo lucir en su mirada la alegría sin reserva de la mujer que se siente muy querida.

Mas ¿cómo tener expansión frente á una actitud más que nunca enigmática, encubierta, glacial, con la cual me recibía esta vez?

Aquel retraimiento soberbio era insufrible, si se considera además la supremacía que le daba el dinero.

En la sonrisa melancólica y al mismo tiempo desdeñosa que frecuentemente le pasaba por los labios, cuando vagamente insinuaba yo en la conversación el gran asunto de los viajes, de la vida intelectual, de los atractivos de la civilización, parecía como que saltaba traidora y malvada la ignominia de esta sentencia humillante: «Retírate, imbécil. No comprarás con mi oro un billete de los caros en el bazar de los goces exquisitos. Huye pronto, si no quieres oir mi gran carcajada de burla.»

Y huí. Aquella visión me enloquecía.

Al cabo de no sé cuantos días de un tormento indescriptible, huí del *Juncal* completamente desorientado.

Llegué á Lisboa en una noche muy fría, de lluvia torrencial; mi estado nervioso en aquella crísis no puede describirse.

En la mesa de trabajo esperábanme tres cartas: dos de letra desconocida, la otra de Londres.

Claro es que quedó ésta para el fin.

De las otras, una era de un editor, haciéndome para la impresión de las *Nebulosas,* una proposición irrisoria—rasguéla inmediatamente;—la segunda, de la gente del *Normal*, rechazando, por algunas razones que me parecieron fútiles y vagas, representar, á lo menos en la presente temporada, el *Siglo de las luces.* Me acuerdo de haber echado una imprecación furiosa que habría hecho extremecer, en su plácido oficio de prepararme la pobre cena, al bueno de José Miguel, si ya no estuviese de larga fecha habituado al estruendo de mi expansióncolérica.

La tercera carta era de mi venerable tío lord Robert Duff. Contenía una orden de 80 libras con pretexto del *Christmas-gift,* acompañando á la más instante invitación para pasar la Navidad en Londres.

No habiéndome resuelto todavía á darme un tiro, ¿qué mejor cosa podía hacer? Me decidí en pocos minutos.

Un rayo que hubiese caído allí mismo, no habría asombrado más al triste de José Miguel.

Sólo tuve el tiempo de arreglar decentemente las maletas, y partí.

Y aquí estoy hace ya más de un mes, amigo Enrique, en la grandiosa capital, donde todo es grande y soberbio, donde la vida se hace de una manera verdaderamente vertiginosa.

Describirte con exactitud lo que en mí pasa ahora no me es posible. Comprendo perfectamente que se está operando una gran transformación en lo íntimo de mi sér.

Aquí huye el tiempo. Pasan los días, las semanas, en verdadero torbellino. Este clima convida á dormir hasta tarde; almorzamos cuando se calcula estar sobre nuestras cabezas el problemático sol que nunca vemos. Corriendo siempre, se visitan los Museos; se da la vuelta de la tarde por *Regent's Street* y *Picadilly*; inevitablemente hay uno ó más *teas* que nos esperan, y á que sería imperdonablemente *shocking* faltar. Después á comer, siempre á prisa—mucho carnero, mucho

faisán, mucha cerveza y mucho puding de tapioca sin azúcar.—En seguida, corriendo á los teatros, á las *soirées*. ¡Un delirio!

Hyde Park también impone despóticamente su derecho; entre semanas, por la tarde, en carruaje ó á caballo; los domingos á pie, después de misa.

Con este bosquejo, del todo exacto, espero haber justificado mi silencio, de que me habrás acusado. Ni el *bonus* de las veinticuatro horas dominicales, tiempo enteramente nuestro en Londres, por la imposibilidad completa de emplearnos en cosa que resida fuera de nosotros mismos—ni ese tiempo me ha sido dado gozar. Vas á verlo.

Ignoro todavía si por buena ó mala fortuna me aconteció en el momento mismo que llegué aquí, inspirar á *miss* Kate Duff, la más violenta, la más fulminante pasión que puede abrasar á un pecho femenino.

No, caro mío, no. Tú no puedes tener idea lo que fue desde el primer día, desde la hora primera, el incandescente amor de esta *miss*.

Ni el tipo de nuestra portuguesa, sensible y apasionada, y no obstante tímida, esquiva, recatada en su sentimiento, ni la espiritual y fina parisiense, de que verás ahí muchos ejemplares, pueden darte el menor vislumbre de este caso singular.

Llegué, fuí visto y vencí;—tal es la divisa que de ahora en adelante podría yo adoptar, si en el aturdimiento en que todavía estoy, pudiese escudriñar á fondo si en todo esto soy realmente un *vencedor* ó un *vencido*.

Es muy difícil poner en claro ciertos casos de conciencia en que ésta vacila por un peso exagerado de argumentos contradictorios y por varias causas opresoras.

Llegué aquí completamente desarmado para resistir á los alicientes que me preparaba el destino malicioso. Venía directamente de una de las más tremendas luchas en que el hombre se revuelve desesperado en las torturas de la vida: el duelo del sentimiento de independencia con toda la misera-

ble cohorte de privaciones materiales que envenenan la existencia de cada día.

Por lo común, no es la hipertrofia de la ambición lo que nos desnaturaliza; es la atormentada penuria del medio ambiente. ¡Una desdicha!

Ahora, reconstruye el cuadro como puedas. Llego aquí soberanamente fastidiado, casi del todo desilusionado de las alegrías del trabajo, propendiendo á la filosofía más pesimista, maldiciendo ser portugués y no tener un céntimo, viendo en el porvenir un piélago tenebroso, distinguiendo ya mal en las brumas del pasado el fugitivo paisaje del *Juncal*, ilusión vaga, como sumergida en la caótica amalgama de las impresiones que no vuelven. En un estado de alma semejante á éste, fué en el que subí la vasta escalera del palacio de *Lancaster Terrace*, soberbia morada de Lord Robert Duff.

La falta de esperanzas seguras anula en nosotros el impulso de la voluntad, siempre vacilante por falta de algún sólido punto de apoyo.

Me encontraba precisamente en ese estado anormal y apático en que el hombre vaga como sonámbulo, sin completa conciencia de sus actos.

Vamos á ver si puedo describirte con exactitud el efecto que en esta primera entrevista me produjo la prima Kate Duff, hoy oficialmente mi novia. Acostumbrados á las personas, nuestra crítica acerca de ellas se hace, después, de un modo enteramente distinto.

Aquella prima que en ese día me dió el más británico *shake hands*, sacudiéndome fuertemente el brazo derecho, como si, adivinando mi marasmo cataléptico, pretendiese desde luego llamarme imperativamente á la vida, me pareció entonces—debo confesártelo—un sér femenino muy poco deudor á la pródiga y bella naturaleza.

Alta, derecha, cutis macilento, con un mirar apagado de una gran movilidad, cabello abundante y claro, la prima Kate no me reveló, en aquel primer momento, un solo rasgo de

belleza comunicativa. A pesar de todo, rayaba en ella, atrayendo y monopolizando la atención, aquella especie de gracia convencional, adquirida en el trato constante de una sociedad, refinada cristalización en que la sonrisa alcanza muchas intencionas sutiles y en que la vivacidad de las palabras es sorprendente.

Pero el tono imperativo de la voz, y sobre todo, la sacudida y enérgica decisión de los movimientos, hacían impresión muy desagradable, retrayendo los impulsos de la simpatía. Era fácil adivinar en ella un espíritu absolutamente *gaté,* que pone en juego una voluntad absorbente, que desconoce obstáculos.

¿Quieres ahora saber cómo me trató desde luego esta original muchacha? Diciéndome á quemarropa que detestaba los hombres rubios de su nación; que el tipo peninsular fue siempre para ella la suprema encarnación de lo bello masculino. Claramente, sin el menor rebozo, me dió á entender en ese mismo día que yo había sido siempre, en mi doble cualidad de primo y europeo del Sur, el blanco á que se dirigían las ambiciones de su corazón.

Cómo se propagó desde entonces el incendio, no lo sé, no podría explicártelo.

Verdadera conflagración explosiva, me encontré de improviso envuelto en las llamas á las que el incansable aliento de mi prima Kate soplaba sin cesar, atizando el calor y engrandeciendo el resplandor hasta dar en la cara de toda la sociedad londinense. En mi inexperiencia de la psicología británica, ignoro absolutamente si el amor de una inglesa será siempre de esta fuerza, ó si esta impetuosa muchacha será la excepción, aun en su medio brumoso y aparentemente frío.

El amor así ostentado, pavoneándose ante los maliciosos ojos del público, pierde lo mejor de su casto y delicado aroma; pero nos envuelve en una atmósfera tibia y enervante, que nos perturba y nos vence.

Y aquí tienes como yo, sin todavía atinar bien con la ra-

zón de las cosas, me encuentro preso en las mallas cada vez más apretadas de esta dorada red, en los enmarañados hilos de esta trampa matrimonial.

Dicen que voy á casarme en breve.

Los principales periódicos londinenses ya lanzaron esta noticia á la rosa de los vientos de la publicidad. Debe ser cierto. Hasta creo que ya está marcado para el acto religioso el día treinta de este mes. A la boda seguirá una excursión por Escocia, atractivo nada despreciable de este himeneo.

¡Aún me parece un sueño todo! Hace poco más de un mes, no sabía yo nada de esto. Hoy me produce el efecto de haber pasado aquí una gran parte de mi vida. Y tal vez pase el resto de ella.

Para el juicio público vulgar, hago un óptimo matrimonio, un *matrimoniazo*. Se nada aquí entre dos mareas, la del dinero y la de la alegría.

Lord Duff me obliga á vestirme en casa del mejor sastre, á pagar las cuentas á fin de mes, manera delicada é ingeniosa de proveer desde luego espléndidamente á las pompas de mi guardarropa.

¡Qué vida esta, querido Enrique! ¡Qué bullicio tan distinto de todas mis perspectivas! ¡Tal vez también de todas mis tendencias!

No me dan tiempo para pensar, para escribir, para estudiar, para nada. Los días, tan breves en este cielo de humareda, pasan como relámpagos, buena parte de ellos dedicada á la imprescindible tarea de vestirnos adecuadamente á cada circunstancia. Baste decirte que las señoras, hasta en su casa, comen descotadas, y nosotros, los hombres de frac ó *smoking*.

Cuanto más miro á todo esto, más me parece ser presa de un fantástico sueño de que alguna vez he de volver.

¡Con qué allanadora presteza me arrolló esta gente para formar parte integrante de la familia!

El predominio absoluto de Kate en el ánimo de Lord y Lady Duff, son la única explicación verdadera de este caso

extraño. Le gusté, impuso su voluntad á los padres. Y en seguida surgieron para éste tu amigo, con lo imprevisto de las apariciones mágicas, las figuras cariñosas de dos suegros llenos de sonrisas y de *shake-hands*.

¿Cómo huir de esto? Imposible.

Kate tiene el amor exclusivo, despótico, absorbente y dominador. Me quiere junto á sí á cada momento, recorriendo en todos los tonos la gamma de la pasión.....

¡Pasión! No sé ya siquiera si debo considerar como *amor*, la excitación que me produce el constante revolotear de esta muchacha alrededor de mí en un círculo de intimidad, cada vez más cerrada, más invasora de mi libertad, más provocatica y enervadora.

No lo sé. Yo tenía del amor una concepción enteramente distinta; no este *show* ostentoso de que gusta hacer á *Kate* el introito de nuestro casamiento, situación que es ya á los ojos ávidos del público mucho más que una simple *flirt* y á la que mi carácter portugués atribuye una nota impúdica que me disgusta.

Y, á pesar de todo, en el momento actual, Kate ejerce sobre mí un poder como de fascinación, de que no sé librarme, y que me hace desear con alguna impaciencia el momento de llamarla mi mujer.

Con el tiempo, acabarán en mí ciertas tendencias meridionales para la psicología complicada. Presiento que este medio ha de volverme, tal vez en breve, mucho más *matter-of-fact* de lo que prometía lo que yo, con cierto tono poético, llamaba *mi naturaleza*.

Cada día que pasa, me siento anglicanizarme, mis cuellos son tan inflexibles como los de cualquier lord; al espejo me reconozco como perfecto *gentleman*, y en la dura lengua del gran *William* se notan ya prodigios de adelanto en las manos de mi profesora, mi novia.

Lo más curioso es que en este proceso gradual de transformación que se está operando en mí, siento como evaporarse

alguna cosa que no volverá y que me dejará—¡quién sabe si para el resto de la vida!—una vaga tristeza llorosa.

La vida es, siempre, soberanamente estúpida. ¡Tantos años corriendo alucinadamente tras de quimeras que nos hacen mil añagazas estimulantes, que al fin se deshacen en humo! ¿Llegará á realizar alguien esta tentadora visión, deliciosamente coloreada, que contiene en sí todo el encanto de los veinte años? Creo que no.

Sólo debe ser frecuente lo que me sucedió á mí, y esto aún en los casos llamados *felices*. Llegada la edad de la razón, parece natural dejar aparte quiméricos devaneos y aceptar con ánimo agradecido los dones de la fortuna, mucho más si tienen dureza metálica, propia para contundir susceptibilidades meticulosas.

Después de cierta edad es tontería ser idealista.

Siempre predominará la materia en la vida social. A ella nos hemos de inclinar de buen ó mal grado.

Para equilibrarnos en la vida, es preciso embrutecernos. La fría sonrisa del *viveur* es mil veces más triunfante que las ánsias del fantaneador, del sentimental.

En esta sabia Inglaterra, la vida es movimiento incesante. A la luz de la filosofía utilitaria, la acción concreta ha de valer siempre mucho más que la meditación abstracta. ¡Excelente escuela de buen sentido, esta sombría y ubérrima Albión! Saldré de aquí—si salgo—con el estómago hecho para las felicidades suculentas, moderadas y juiciosas, en la fruición de las cuales se pasan las noches de un solo sueño muy pesado, equivalente al de la primitiva inocencia.

Entonces, cuando vuelva á mi tierra, seré un personaje. Me haré consejero ó vizconde; me propondré como director de compañías; me enfadaré con las incomodidades que hacen enojosa la vida en Lisboa; daré bailes de rumbo en que se coma y se beba mucho; y, con la hinchada superioridad de mi vientre bien tratado, miraré por cima del hombro á los pelagatos de la nueva idea.

No sé si encontrarás que he estado escribiéndote paradojas. Me encuentro nervioso. La proximidad del matrimonio me trastorna.

Ahora recuerdo. Estoy autorizado por lord Robert Duff para invitarte á la boda. Ven. Es de aquí á diez días, el 30.

Tengo la triste impresión de estar á punto de divorciarme completamente del pasado. Kate exige que lo olvide *todo*, y, que en absoluto, comience mi vida de nuevo. A veces siento con esto una amargura agudísima. Tu presencia, recordándome amigablemente mi existencia de portugués, me sería doblemente grata. Ven. Siempre tuyo de corazón,

HUGO.

Si escribes, no hables de Portugal ni de la gente de allá. Tomo lo más en serio posible esta obra de mi anglicanización.

* * *

A HUGO SANTA ANA

LONDRES.

París, Enero.

Mi caro Hugo: ¿Qué he de decirte de tu carta, á que respondo inmediatamente? *On ne doit s'étonner que de pouvoir encore s'étonner.*

Agradecidísimo á la deferencia de lord Robert Duff, no asistiré, sin embargo á tu ceremonia nupcial.

¡Qué caprichosa y absurda es esta pobre humanidad! Hace meses era yo quien te aconsejaba el casamiento con esa prima Kate, que entonces me parecía solución definitiva y pronta para las dificultades de tu presente. Hoy la inesperada noticia que me trae el correo, me asusta, me espanta,—¿por qué no decirlo todo?—me irrita.

No soy un sentimental; ya lo sabes. Es de otro hilo del que me agrada ir desenredando cachazudamente sus grandes nudos en la devanadera de la vida.

Pero ¡qué diablo! este casamiento, dada tu idiosincrasia, toda hecha de viejo romanticismo lusitano, me dá qué pensar y puede dar por resultado un serio desastre.

Dejarte conducir así por una *miss*, ávida de amor, no sólo es poco varonil como efecto actual, sino que puede estragarte estúpidamente la vida toda.

Aparte de que, y en explícito portugués, gustarnos una mujer y casarnos con otra será siempre una solemne majadería. Y á ti, pobre pateta mío, te gustaba la prima portuguesa. Los despechos que resaltan de algunos períodos de tu última carta me confirman del todo en esta idea.

Me pides que no te hable de la *gente de Portugal*. Pero ¿de qué diablos quieres entonces que te hable? Por mi parte, quisiera poder traerte todavía al claro raciocinio de tus actos, á la evidente realidad de las cosas.

Casarse sin amor verdadero es corriente. El hábito de verlo practicado nos hace tomar el hecho como perfectamente natural. El amor viene después—llegan á aseverar ciertos espíritus acomodaticios y conciliadores. Y, venga ó no venga, es seguro que el mundo continúa inalterable en su giro. Y los cónyuges, con ó sin amor, allá se las arreglen; y hasta las más de las veces, desde fuera, parece correrles la vida con bonanza, sin tempestades. Con esta seguridad, la sociedad vota unánime por la felicidad de la pareja, confirmando los sabios vaticinios de la prensa periódica que previera en ambos, *esmeradamente dotados de corazón y de cabeza,* los elementos constitutivos de una eterna luna de miel.

Pero, chico, esto que por lo común, y dada la cristalización vulgar de la vida casera, apenas si es una trivialidad inofensiva, puede prestarse á tomar siniestras proporciones de desastre, teniendo en cuenta un temperamento apasionadizo como el tuyo, y manifiesta, además, la existencia de un latente amor peninsular.

Reconozco que en el camino por donde ahora vas es difícil retroceder. Pero no consentiré que eso me quite la franqueza,

impidiéndome decirte, con el corazón en la mano, lo que pienso.

Esperando que no cometerás la felonía de hacer ya á tu novia partícipe de tu correspondencia amistosa, diré sin rebozo mi impresión acerca de esa señorita.

Primero: riñe con la más rudimentaria noción del pudor femenino esa *manera* de amar en público tan á las claras y á toda máquina.

Esto, aun enmedio de la original Inglaterra, no puede dejar de considerarse una idiosincrasia mórbida—me parece.

La *de novios* es siempre una situación detestable. Sería de temer que semejante uso hiciera asiento en las sociedades europeas. Ese aprendizaje es la más desastrosa práctica contra el amor.

El desgraciado que, durante meses consecutivos, pasa algunas horas de cada día en forzado *tête-à-tête* con la diosa de sus pensamientos, de su ambición mercantil ó de su capricho, blanco de las miradas indiscretísimas de todos los conocidos, si *ipso facto* no se vuelve idiota, es porque lo era ya del todo.

Esta, sin embargo, es una situación vulgar. Ahora, la que describes de tu *actualidad*, pasa con mucho los límites de la tontería común.

A toda hora, en todo momento, poniéndonos cerco, una mujer incandescente de pasión, exigiendo de nosotros la alta tensión de una máquina de vapor. ¡Abominable pesadilla! Y todo esto sin el menor recato de pudor, antes con la arrogancia belicosa y triunfante del general que tiene segura en la mente la maniobra de la próxima victoria campal. Perdona... pero esto entra en los dominios del hastío. Seré rudo por la franqueza, pero, ¿qué quieres? Me cuesta trabajo creer en la buena y sana cualidad del sentimiento que da de sí tales anomalías.

El sentimiento apasionado de una mujer puede existir noblemente, hasta elevarse á lo sublime; pero ha de vivir este amor con recato sobre sí mismo, guardando para los deliciosos

instantes de la intimidad *à deux* los secretos de su gentil y delicada expansión. Mujer siempre ansiosa de volver del revés las paredes íntimas de su corazón, alardeando de refinada sensibilidad, no deja de ser frívola, mediocre, *coquette*, tres cualidades que abomino, siempre que me da por tomar la vida en serio.

Ahora, el casamiento es de las pocas cosas serias de la vida.

Bien puede ser que Miss Kate Duff, transformada en Mrs. Santa Ana, venga á ser el ideal de esposas, proporcionándote la *eterna luna de miel,* de que tanto se habla en el periodismo de hoy. Sinceramente lo deseo y quiero que suceda.

Releva á mi amistad del desahogo, tal vez inoportuno, que acabo de tomarme en esta carta. Y consiente aún un consejo. No te dejes protejer desde el principio. Es importantísimo para ti que tu mujer advierta siempre de tu parte una fuerza que equilibre la suya y hasta la exceda á veces.

Como ya dije, no asistiré á tu casamiento. Miss Duff—tu *alter ego* ahora—me produce cierto embarazo, lo confieso. Ella te quiere desunido del pasado. Y yo, viejo mío, estoy en la raíz más íntimas de ese pasado tuyo. No ver acatados mis antiguos derechos me pondría de mal humor. Y sería demasiado *shocking*, que en una ocasión solemne en que es de ritual poner en juego las mejores sonrisas de la comedia social, presentara mi fea catadura. No voy. Espero que el destino, que á veces no arregla del todo mal las cosas, me permita, antes de pasado mucho tiempo, darte uno de aquellos buenos abrazos de nuestro *pasado,* que juzgo no podrá nunca ser olvidado por ninguno de nosotros.

Por lo menos será siempre el mismo tu muy amigo,

ENRIQUE.

Antero Moreira está de secretario en Londres. Fué para allá con su mujer. Debes haberlo encontrado.

CAÏEL.

(Se concluirá.)

POETAS AMERICANOS

LABORARE EST ORARE

A la Sociedad de artesanos, amantes del Progreso de Guatemala.

La vida es ansia eterna: necesita
Dilatarse en los mundos de la idea,
Como águila caudal que en la infinita
Región de clara lumbre se recrea.
Breve es la dicha y el dolor es largo:
Lentas fatigas y afanoso empeño,
En ímproba labor y tedio amargo,
Muestran que no es la vida alegre sueño.
¡Vivir es batallar! Batalla ruda
Contra el mal, la ignorancia, el fanatismo,
Y ese negro fantasma de la duda
Que hace del alma poderoso abismo.
La de mármol pentélico orgullosa
Escultura de Júpiter preciada,
Fue en su origen humilde y silenciosa
Tosca piedra en olvido sepultada.
Fidias la toma; con su genio imprime
En el mármol la vida gigantea,
Y surge palpitante obra sublime:
Que el genio es como Dios, por cuanto crea.
Todo se informa y desenvuelve bajo

La eterna ordenación que rige el mundo:
La ley de la materia es el trabajo;
La del alma es el bien noble y fecundo.
¡Al trabajo con fe! La inteligencia,
Mariposa que viste regias galas,
Sólo á la luz que irradia de la ciencia
Puede tender sus misteriosas alas.
Halle la vuestra en el estudio grave
Consolador aliento que os abone;
¡Lo porvenir! Lo porvenir, ¿quién sabe?
De triunfos y de aplausos os corone.
Es el Progreso símbolo que encierra
La ley surgiendo del informe caos:
Si alta misión llevais sobre la tierra,
¡Obreros del trabajo, levantaos!

L. R. Peña.

Guatemala: 1900.

UNIÓN Y LIBERTAD

A la Patria Centroamericana.

¿Nunca podrá el poeta
Embriagado de amor y de esperanza,
Dejar la mente inquieta
Vagar por la ruiseña lontananza
Del porvenir, en que la Patria bella,
Como en la noche esplendorosa estrella,
Rompiendo al fin el tenebroso velo
Derrame luz en el azul del cielo?
¿Siempre ha de ser su canto

Consagrado á la brisa y á las flores;
O con acerbo llanto
Nos hablará del pasajero encanto
De inocentes y plácidos amores?
¿Nunca podrá su lira
Cantar la libertad y el heroismo?
¿Su pecho no suspira,
Su mente no delira
Con el fuego de ardiente patriotismo?
¡Sí! Que el sensible corazón del vate
Por todo lo que es grande se conmueve,
Y de entusiasmo generoso late
Por lo que un sello de grandeza lleve!
Tú, que diste á las aves dulce canto,
Música blanda al trasparente río,
Al fresco bosque misterioso encanto,
Verdura al prado y á la flor rocío;
Tú, que diste á los mares ronco acento,
A la nube arrebol y al cielo estrellas,
Soplo encendido al huracán violento,
Y arrullos á la tórtola que llora;
¡Vierte luz en el alma que te implora!
¡Alas presta á mi inquieto pensamiento!
¡Prueba á mi lira, inspiración sonora!
¡Quiero un canto que llene el firmamento
Para la Patria á quien mi pecho adora!
¡América del Centro! ¡Patria mía!
¡Paraíso gentil de los amores!
¡Cuán bella te soñó mi fantasía
Con tus bosques, tus lagos y tus flores!
¡Tierra de bendición y de alegría,
Si hoy vibra para tí mi lira inquieta
Recibe mis canciones de poeta!
¡Tuyo es mi corazón, tuya mi lira!
Yo he de ser tu cantor: que sólo tengo

Las tiernas frases que tu amor me inspira
Y que hoy humilde á consagrarte vengo!
Es sincera mi voz: de ello hago alarde;
No me halaga del grande el poderío
Ni el rigor de los déspotas me abruma,
Porque jamás el pensamiento mío
A los tiranos se rindió cobarde.
Nunca la adulación movió mi pluma:
Que envilecer no quise la poesía;
Y altivo, con indómita fiereza,
No inclino la cabeza
¡Sino ante Dios y ante la Patria mía!
¿Dó está la Patria legendaria y fuerte
Que un día, cual tesoro, recibimos,
Jurando defenderla hasta la muerte?
Esa herencia preciosa ¿qué la hicimos?
¡Ay! Rota, desgarrada,
Desde una noche de recuerdo triste,
Por los genios del mal despedazada,
Con fúnebre crespón de luto viste.
Así como después de la tormenta,
Pasada ya la tempestad violenta,
Brillante el sol y despejado el cielo,
Con tristeza infinita y hondo duelo,
Del mar en las orillas, nuestros ojos
Ven las tablas flotar abandonadas,
Tristísimos despojos
De la nave gentil que sucumbiera
En la tormenta fiera
Por las olas del mar arrebatadas;
Así también, cuando la calma vino,
Y cesaron del odio los rigores,
Ya cansado el destino
De agobiar á la Patria en sus dolores,
La vimos ¡ay! aparecer herida

Por la ambición y el crimen dividida.
¡Patria infeliz! ¿Qué hiciste en tu grandeza?
¿Dó está tu poderío?
Alzas en vano la febril cabeza
En tu horrible agonía: yerto, frío,
Tu cuerpo yace, y de tu antigua gloria
Apenas quedan restos impotentes:
Que tus hijos no guardan indolentes
Ni el recuerdo brillante de la historia.
¿De qué sirven la espléndida riqueza
De tus campos feraces cultivados,
Tu cielo azul radiante de belleza,
Los tesoros ingentes encerrados
De tu suelo fecundo en las entrañas,
Tus bosques seculares,
Y elevadas montañas,
Lagos serenos y profundos mares?
¡Oh dolor! ¡oh vergüenza!
¿No te entristece tu sopor profundo?
¡Patria! ¡Patria! ¡Comienza
A ser grande otra vez, y que oiga el mundo
Tu nombre! ¡El porvenir sonriente
Lauros apresta para orlar tu frente!
¡Alzate ya, que por divino rayo
Estás iluminada!
¡Sal de tu triste y lánguido desmayo!
¡Vé á recoger tu enseña abandonada!
¡Deja, deja á tus lágrimas de duelo!
¡De sultana y señora
Cíñete la diadema! ¡Eleva al cielo
De tu mirada la brillante llama,
Y volarás en alas de la fama!
¡América del Centro! Tus dolores
Acaben desde ahora!
¡Tus pueblos soberanos

Olvidan sus rencores
Y la sangre no quieren entre hermanos!
¡Atiende, pues, su voz atronadora!
En tí, mi Patria, con los ojos fijos,
¡Unión y libertad! piden tus hijos.

José Flamenco.

Guatemala: 1900.

LA LITERATURA MODERNA EN FRANCIA

SEGUNDO PERÍODO.—LA NOVELA.

Hemos recorrido los dominios del drama romántico, de la poesía lírica y de la historia, y en los dos últimos hemos visto al romanticismo triunfante.

Hoy tratamos de la novela, género en que el romanticismo no representa un adelanto, sino más bien una dirección falsa, una confusión ó error de rumbo; un extravío.

Al servirme de la palabra *extravío,* quisiera que fuese bien explicada por mí y bien comprendida por los que me leen. El extravío de un género, dentro de un movimiento tan hondo y de tan vitales consecuencias como el romanticismo, no es incompatible con la aparición, en el mismo género, de varias obras hermosas y dignas de admiración y aplauso, como la derrota de un ejército no es incompatible con los episodios heroicos y las bizarras acciones que lleve á cabo ese ejército. Hay que fijarse en que el romanticismo era una tentativa de renovación general, y aspiraba á hacer tabla rasa de lo vigente y establecido, trayendo á cada esfera y á cada orden de la producción artística y literaria nuevas formas é ideales nuevos, al par que exhumando los que yacían ocultos, según observamos en la arquitectura, donde el papel del romanticismo fue mera rehabilitación de los estilos gótico, románico y oriental. Cuando se emprende la tarea de renovar é innovar, el criterio para

juzgar del valor de la innovación es, ante todo, comparativo. Si lo nuevo supera á lo que reemplaza, la innovación era buena y lícita, y estaba en el orden de los sucesos. Si, por el contrario, lo nuevo aparece inferior y acusa decadencia; si, pasado el primer instante de sorpresa, gastado el peculiar goce que siempre causa la novedad, se advierte que no alcanza la perfección y riqueza de contenido de lo antiguo,—entonces hay un error fundamental de concepto en la dirección innovadora. Así se juzgan, no sólo las revoluciones estéticas, sino también las políticas.

En el romanticismo,—recuérdese que hablamos de Francia—la lírica y la historia son dos aciertos, dos páginas triunfales. Acaso no es dado al lenguaje humano ni á la inspiración celeste llegar más allá de lo que llegaron Victor Hugo, Lamartine y Alfredo de Musset en cuanto poetas líricos; y si recordamos la sequedad y pobreza de la lírica en el siglo XVIII, por comparación veremos más patente cuán providencial y necesaria era la renovación del lirismo. Como las victorias bien ganadas son siempre fecundas, los grandes poetas líricos que sucedieron á Musset, Hugo y Lamartine, los que aun viven hoy, tienen todos filiación romántica, más ó menos clara, pero real y efectiva; ninguno cuenta entre sus ascendientes á los rimadores del siglo XVIII: saben que proceden del Cenáculo y que no serían lo que son á no haberse bañado en las ondas del lago lamartiniano. Otro tanto puede decirse de los historiadores: las obras históricas de Voltaire, lo más lucido y sustancioso de la historia dieciochena en Francia, no hubiesen bastado para motivar la aparición de los Michelet y Thierry.

Pero en el teatro el romanticismo no tuvo más valor que el del cambio, que á veces conviene mucho sólo por ser cambio, aunque nada mejore. La tragedia clásica era superior al drama romántico; y esta afirmación, demostrada por trabajos de crítica seria y sincera, es una de esas verdades patentes á todos, que son á la estética lo que á las matemáticas los axiomas. De

estas verdades vive la crítica cuando se eleva á la altura de ciencia exterior y superior al antojadizo gusto personal, y cuando enseña al hombre á juzgar rectamente, aun contra las sugestiones de ese gusto, no depurado por la sensibilidad y la cultura estética. Los testimonios en favor de la superioridad del teatro clásico en Francia, son, no sólo una crítica ilustrada y serena, sino ese asentimiento de las generaciones, que á la larga presta consistencia de bronce al erguido pedestal de las obras maestras. Racine, Corneille, Molière, y un escalón más abajo Voltaire, son en Francia los triunfadores del teatro, y por eso hay que inscribir entre las derrotas del romanticismo el drama.

La novela romántica, ó al menos la que generalmente recibe este nombre, es otra derrota, ó como antes decíamos, un extravío, una desorientación, un error; pero por razones especiales, tuvo apariencias de acierto y aureola de popularidad, más duradera que la del drama. En el drama tenían que luchar los románticos con el recuerdo de glorias muy altas, muy puras, sancionadas por la tradición; en la novela, esa misma tradición, aunque existía, no se había definido, no ostentaba el rico barniz ó *pátina* del tiempo; y si antes del romanticismo poseía Francia perfectos modelos del género novelesco, no los consideraba tales, porque acababan de aparecer cuando la Revolución lo arrasó todo. La lucha entre la tragedia clásica y el drama romántico terminó con la muerte de ambos adversarios, y la revelación de otra forma nueva, mixta y de transición; nadie refrescó—ni era posible,—los laureles de Racine y de Molière. No así la novela, que sin ruido y á espaldas del romanticismo, y á veces á su sombra, pero no bajo su bandera, supo soldar la cadena de la tradición donde se había roto, para revestir una variedad y riqueza de formas, matices y tonos que probaron su vitalidad exuberante, su frondosa lozanía, haciendo de ella el género moderno por excelencia, el más comprensivo, el más amplio, el más hospitalario para toda clase de ideas y sentimientos—el poema universal de este

siglo, disperso en cientos de miles de estrofas entonadas por millares de voces.

La novela francesa anterior al romanticismo no era clásica; era otra cosa mejor: humana. No la sujetaron, como decía con palabras de oro Diderot, ni las reglas de Aristóteles ni los preceptos de Horacio; la parte que tuvo de clasicismo se derivaba más bien de la influencia del genio nacional en la prosa, en la lengua y en el pensar y sentir; por eso Francia contará siempre entre las joyas más ricas de su tesoro literario algunas insuperables narraciones de Voltaire, como *Cándido, Zadig* y *Micromegas*. Al lado de ese clasicismo que podemos llamar *espontáneo,* y que brilla en dos cualidades tan francesas como la elegancia de la forma y la diafanidad del pensamiento, encontramos, desde el siglo XVIII, anticipadas todas las direcciones de la novela que han de sobrevenir. La tierna é inconsciente *Manon Lescaut,* del abate Prevost, ¡qué posteridad va á tener en las infinitas Magdalenas más ó menos arrepentidas, desde *La Dama de las Camelias*, de Dumas hijo, hasta la recientísima *Thais* de Anatolio France! La lírica *Nueva Eloisa*, de Juan Jacobo Rousseau; ¡qué serie de estudios pasionales va á inspirar! ¡Qué sartas de corazones doloridos y despedazados va á enhebrar cual perlas por el hilo de una prosa espléndida, tan sugestiva como los mejores versos! En cuanto á Dionisio Diderot, los novelistas contemporáneos reconocen en él su maestro y guía.

Prescindiendo de ciertos lunares con que la impiedad y la lubricidad de su época afearon las páginas de *La Religiosa,* de Diderot, es imposible narrar con mayor sentimiento y más fuego que aquel escritor desigual é impetuoso, aquel formidable *Pantófilo* que producía á la vez que la enorme *Enciclopedia*, paradojas y teorías estéticas, primorosas novelas y cuentos, dramas, ensayos históricos, y que hasta, por escribir, con largueza inconcebible escribía las obras de los demás. Entre los cuentos de Diderot, hay uno que, enteramente moderno en la intención, recuerda sin embargo una de las mejores novelas

ejemplares de Cervantes, *La Tía Fingida*; me refiero al titulado *Madama de la Pommeraye y el marqués de Arcis,* cuyo argumento ha servido para el drama *Fernanda*. Al final de esta encantadora historia, clásica en la forma y humanísima en el fondo, es donde Diderot, que sabía profetizar y adivinar, y que predijo exactamente los futuros destinos de la poesía lírica, escribió estas palabras, muy significativas entonces: «Si he pecado contra las reglas de Aristóteles y de Horacio, en cambio he referido este suceso tal cual ocurrió, sin quitar ni poner.»

Desde mucho antes del advenimiento del romanticismo, poseía, pues, la novela francesa modelos, no clásicos, sino realistas, psicológicos, humanos y libres. Cuando el romanticismo asoma, la novela que inspira es, en resumen, poesía lírica, escrita en prosa: la ráfaga del lirismo, que ya hacía palpitar las páginas de la *Nueva Eloisa*, sopla, mansa y dulcemente, en el fresco idilio de *Pablo y Virginia*, más puro y sentimental que el de *Dafnis y Cloe*. Vibrantes poemas líricos son también la *Atala* y el *René*, de Chateaubriand. Durante el primer período romántico, la prosa servía de válvula al lirismo, hasta que pudo derramarse á sus anchas en las estrofas de Lamartine y Víctor Hugo. Mucho tienen de líricas también, por lo de autobiográficas, la *Corina* y la *Delfina* de Madama de Staël, y lirismo puro es el *Rafael,* de Lamartine.

La corriente lírica en la novela, bajo el romanticismo, procede de *Werther,* y se manifiesta con igual fuerza sugestiva y con esa especie de maléfico y perturbador hechizo que se nota en el poeta alemán, no sólo en el caso morboso de *René*, sino en dos libros menos conocidos en España, y que son dos obras maestras: el *Adolfo* de Benjamín Constant y el *Obermann* de Esteban Senancourt.

Benjamín Constant, el más francés de los suyos, la antítesis del formal Sismondi, no se parece en nada al tipo del novelista de oficio en estos últimos veinticinco años: hombre que lleva á cuestas el deber profesional y sale á caza de documen-

tos, de descripciones, de colores y de formas, atiborrado de teorías estéticas, y constante y metódico en la producción. Sólo por casualidad fue Benjamín Constant novelista. No se dedicaba á la amena literatura; inclinábase á los estudios serios: había cursado filosofía y ciencias en Inglaterra y Alemania; escribía libros graves, de historia religiosa, y folletos políticos de gran resonancia; ardiente tribuno y orador, sus compañeros le evitaron el destierro que le impuso Napoleón al mismo tiempo que á Madama de Staël; y sus inconsecuencias frecuentes ni amenguaron su popularidad, ni impidieron que á su muerte el pueblo quisiese llevar al Panteón sus despojos. Con todas estas circunstancias, Benjamín Constant apenas obtendría dos renglones de mención en las historias de la literatura, si no acierta, en un momento de efusión lírica y de doloroso subjetivismo, á emborronar la breve novela titulada *Adolfo*.

El origen de *Adolfo,* como el de las *Noches,* de Alfredo de Musset, es un desengaño amoroso, menos cruel, aunque mortificante para el orgullo. Seguía Benjamín Constant la estela de Madama de Staël, aspirando á casarse con ella en segundas nupcias, y vióse desairado en esta lícita pretensión, contestándole festivamente la gran escritora que mudar ella de nombre sería desorientar á Europa entera. Constant tenía amor propio y le hirió la negativa, y más aún el motivo que alegaba una mujer de quien se creía preferido; y, por despecho, se dió prisa á unirse en matrimonio con una dama alemana de altos blasones. Toda esta historia, con muchos pormenores tragicómicos, v. gr., el conato de envenenamiento de la esposa de Benjamín Constant, es pública por indiscreciones de Sismondi, que recogió con fruición Sainte Beuve, fiel á su sistema de que, para juzgar acertadamente á los escritores, es preciso conocer al dedillo su vida privada, y muy en especial sus amoríos: sistema que otro crítico ilustre llamó «hacer la historia de los grandes hombres con el catálogo de sus pequeñeces».

Tal episodio, que bien puede referirse en el estilo poco serio que emplea Sainte Beuve, no sería bastante para engendrar en otro hombre el tedio mortal, el hastío árido y desolador que se desprende de las páginas de *Adolfo*. Igual reflexión ocurre acerca de *René:* es preciso que un alma sea de condición especial para que desilusiones que todos sufren alguna vez, inspiren esas elegías, esas rebeliones contra la ley del destino y ese descontento satánico y rabioso. *Adolfo* se escribió en 1814, aunque no se publicó hasta 1816, y su autor, según la costumbre de entonces, lo había leído manuscrito á varios amigos y en tertulias íntimas; se hablaba del libro, se comentaba antes de que apareciese. El asunto, sencillo y amargo, es un caso de pasión; pinta dos caracteres, el de una mujer constante y apasionada, y el de un hombre aburrido y gastado por dentro, enfermo del mismo mal de *René*, el famoso mal del siglo: hombre desecado por el análisis, helado antes de la vejez, que quisiera sentir y no puede, y en cuyas manos todo se marchita. Había en *Adolfo,* en la elegante sobriedad de su refinada prosa y en la contenida vibración de su sentimentalismo, arte suficiente para dorar la verdad; y había también lirismo sincero bastante para infundir esa simpatía que adivina el drama real al través del velo de la ficción. *Adolfo* fue, pues, de esas obras afortunadas en que una generación ve su retrato fiel y exclama: «Así sufría yo, así sentía, pero no sabía expresarlo.»

A la misma familia intelectual y moral de *René,* de *Werther* y de *Adolfo* pertenece el *Obermann,* de Esteban Senancourt. No falta quien prefiera al altanero *René,* otro hijo desdichado de nuestra edad, que «ni sabe lo que es, ni á qué aspira, ni qué anhela; que llora sin causa, que desea sin objeto, y para quien nada es como debe ser, sino que todo está fuera de su lugar y en el mundo sólo reina el tedio, sentado entre la anarquía y el desorden». En esta desolación incurable, á la legua se trasluce el discípulo de Juan Jacobo, doblemente contaminado por tan peligroso maestro, porque la Na-

turaleza le agració con una complexión endeble y un alma nebulosa y triste como un día de lluvia. Senancourt era un muchacho enfermizo, á quien las vagas melancolías de la pubertad llevaron al seminario, y á quien, una vez reconocida la deficiencia de la vocación eclesiástica, quedó siempre, como marca de ella, el retraimiento, la afición á la soledad. Esta clase de hombres llevan la desgracia en el carácter; se suicidan imaginariamente todos los días, y nunca acaban de reconciliarse consigo mismos. *Obermann,* inferior á *Adolfo* por el estilo y el análisis—Constant era mejor literato y tenía más experiencia del mundo—es tal vez superior por la sinceridad y franqueza con que el novelista descubre su alma ulcerada. *Obermann* pudo ser el modelo de *Adolfo:* se publicó en 1804, dos años después que *El Genio del Cristianismo,* donde iba incluído el episodio de *René.*

Bien se ve que estos primeros novelistas románticos pertenecen al lirismo subjetivo, y tienen, como diría Baudelaire, los ojos atractivos y fascinadores de un retrato. Nos interesan porque, hacia donde quiera que nos volvamos, nos miran fijamente. No hablan sino de sí mismos; narran su corazón y es bastante. Invaden las letras como legión de egoístas sublimes, repitiendo la frase del maestro Juan Jacobo: «Yo no me parezco á los demás; yo no soy como las otras personas...» Penetran en el alma como una cuchillada en las carnes, y afirman su *yo* insolente y altivo, ó quejumbroso y doliente, enseñando con arrogancia á la multitud el corazón ensangrentado. La impersonalidad que más adelante veremos proclamada como canon del arte de hacer novelas, por Flaubert y por Zola, es la reacción contra estos novelistas que mendigaron simpatía ó emoción, así como la impasibilidadad de los parnasianos es otra protesta contra los poetas que, á ejemplo de Lamartine y Musset, confían á la grosera muchedumbre el secreto de su ideal.

Más tarde que esta dirección lírica despunta en la novela, respondiendo á una necesidad general, la dirección épica. Los

que pueden comprender y compadecer libros como *René, Adolfo* y *Obermann,* son siempre la minoría: un público formado por la juventud, las almas ardientes y soñadoras, predispuestas al contagio del lirismo. La mayoría, masa anónima é indiferente, ávida de distracción y de novedades que hagan olvidar la procesión del tiempo y el peso de la vida, esperaba la novela narrativa, el tipo normal y mediano de la novela; y la muchísima gente á quien interesaban los problemas políticos y sociales, aguardaba la novela de tesis. Por un momento agradaron á los lectores las novelas de Madama de Souza, Madama de Krudener y Madama Cottin, aquella á quien Barbey d'Aurevilly, furibundo detractor de literatas, llamó «inspiradora de todos los relojes cursis de sobremesa». De las tres fue sin duda Madama Cottin la que consiguió más fama y lectores, y hasta mereció la gloria de que Chateaubriand se inspirase en su *Malek-Adel* para la figura del *Ultimo Abencerraje;* sin embargo, nada escribió la Cottin tan romántico y sentido como la *Valeria* de la exaltada profetisa Madama de Krudener. Recibíanse entonces como el maná ficciones que hoy parecen lánguidas y soporíferas, y cuando el mediocre novelista Fieveé daba á luz una sencilla narración, *La dote de Susanita,* el hecho adquiría proporciones de acontecimiento, las ediciones se sucedían agotándose rápidamente. Los hábitos intelectuales del pueblo francés le preparaban á exigir el pan cuotidiano de la novela; pueblo de sana razón y de prosa, el lirismo poético sólo podía dominarle por accesos y á favor de las circunstancias.

Ya despuntaba en estos primeros tiempos del romanticismo un escritor ramplón y pedestre que no tiene significación artística, pero sí una caracterizada fisonomía nacional: me refiero al verde y jocoso Pablo de Kock, que en sus defectos y cualidades lleva el sello del prosaismo parisiense, y cuya literatura grotesca y bonachona está cortada á la exacta medida de clases sociales que ya no son el pueblo de antes de la Revolución: clase mesocracia, llena de sentido práctico, privada

de alto instinto estético, y tan dispuesta á llorar en el melodrama y á embelesarse con la inventiva de Ponson du Terrail y Montepin, como á descalzarse de risa con las travesuras de *Gustavo el Calavera* y otras ficciones cuyo solo nombre lastimaría los oídos menos delicados. Si algún elogio puede hacerse de Pablo de Kock, es que en sus cuadros existe un realismo burdo y bajo, es cierto, pero que todavía puede comprobarse viajando por el interior de Francia ó recorriendo ciertas zonas honradas y atrasadas de París.

Antes de llegar á la novela épica y á sus representantes, debo aclarar un punto cronológico. En historia literaria no hay nada más engañoso que la cronología. En el período de 1825 á 1840, cuando ensordece el aire el estrépito de las ficciones de Alejandro Dumas, Víctor Hugo y Eugenio Sué, es cuando también florecen y cunden otros géneros de novela bien distintos, algunos de ellos—anuncio de tiempos nuevos—en que el romanticismo novelesco será gloriosa memoria. Antes de la época llamada de transición, que suele fijarse hacia mediados del siglo, la transición existe; no es esperanza, sino realidad madura y sabrosa. En 1826 aparece el *Cinq Mars*, de Alfredo de Vigny, tan concienzudo en materia histórica como era desenfadado Alejandro Dumas. En 1834, Teófilo Gautier, en la plenitud de su talento y jefe de la escuela cismática del arte por el arte, da á luz *Mademoiselle de Maupin*. Un año antes, publica Sainte Beuve su extraña novela erótico-teológica *Voluptuosidad*. Y de 1827 á 1830 nacen, es verdad que entre la indiferencia del público, las mejores obras de Stendhal, y poco después las impecables narraciones de Próspero Merimée. Los maestros que acabo de nombrar, aunque en el tiempo coinciden con el apogeo de Dumas y Sué; aunque alguno de ellos bajó al sepulcro antes de que se conociesen las últimas novelas de Hugo, son de otra generación artística, son á la vez más modernos y tradicionalistas: enlazan la novela francesa, gloria de este siglo, á la que fue encanto del siglo XVIII; continúan á Voltaire y Diderot, y siguen á Rousseau

en la tarea de escrutar el corazón humano y estudiar las pasiones. Aunque no les falten resabios de romanticismo (los han tenido los naturalistas más crudos), ni Stendhal, ni Merimée, ni el mismo Gautier, son verdaderos novelistas románticos de escuela; y el gran *Teo* sería capaz de volver á morirse de rabia si sólo un instante le metiésemos en docena con Sué y Dumas padre, escritores sin estilo y laxos como redes de pescar. A los otros hay que considerarlos aparte, según desearon y merecieron.

No sólo por orden de fechas, sino por derecho, que en este caso puede llamarse divino, pertenece á Víctor Hugo el puesto de honor entre los novelistas románticos. Si Alejandro Dumas, padre, le vence en el drama, en la novela sería agraviar á Víctor Hugo equipararle al autor de *El Conde de Montecristo*. En el teatro, la magnificencia del estilo, la calidad superior de la fantasía artística, no pueden reemplazar á la acción, al interés, al movimiento dramático y á la variedad y originalidad de las situaciones y caracteres. Víctor Hugo es un estilista y un poeta inmenso; pero Dumas es un fecundo é inagotable inventor, aunque vista sus invenciones el ropaje de una prosa incolora y fluída. Parece que Alejandro Dumas, hijo,—que también fue acusado de usar mala ropa,—explicaba la decadencia rápida de la nombradía de su padre por las deficiencias del estilo, mirra que embalsama y conserva las obras literarias, que, sin estilo, caen hechas polvo. Tenía razón: aunque se hagan viejas las tesis de las novelas de Hugo, viven y vivirán por el arte, por la factura á trechos maravillosa, por las galas de lengua y poesía que las enriquecen.

Repasad la serie de las novelas de Víctor Hugo, y notaréis que son verdaderos poemas épicos; lo único que falta es la rima. Nadie desconoce que, v. gr., *Nuestra señora de París*, como epopeya, se deja muy atrás á la *Leyenda de los siglos*, á la *Piedad suprema*, y á otros poemas en verso que son, á pesar de algunas bellezas, rapsodias de muy penosa lectura. El don que poseía Víctor Hugo de agigantarlo todo, de ver en una

gota de agua reflejado el universo, nunca brilló como en sus novelas, *Los trabajadores del mar* ó *Los miserables*. Esta tendencia á la epopeya y al símbolo, y á que ideas y figuras revistan proporciones colosales, se revela cada vez más en las novelas de Hugo, que empezaron narrativas y dramáticas y acaban apostólicas y apocalípticas, con himnos á la caridad universal, con la apoteosis de los pobres, los abandonados y los humildes, y el vaticinio del triunfo final del bien y la luz sobre la maldad y la ignorancia: filosofía muy semejante á la contenida en el *Evangelio Eterno*, del célebre abad Joaquín de Flora, que tantos prosélitos tuvo en la Edad Media.

Las primeras novelas de Víctor Hugo son más sencillas, y más conformes á lo que por novela solemos entender: una de ellas, *Bug Jargal*, puede pasar por modelo: el poeta la escribió á los diecisiete años, cuando las reglas y tradiciones clásicas sujetaban aún su impetuosa fantasía. Los vuelos de ésta se notan ya en la siniestra figura del bebedor de sangre *Han de Islandia*, y en las espeluznantes páginas de *El último día de un reo de muerte*, estudio digno de una clínica donde se diseca, no el cuerpo, sino el alma, lacerada por el terror y presa del vértigo ante el más allá que asustaba á Hamleto. Esta obra no merece el olvido en que yace: es de un vigor dantesco, y pocas veces habrá conseguido Hugo unir tan estrechamente la concisión y la energía. El asunto es fúnebre, y humanitario el fin: Víctor Hugo inicia allí la campaña contra la pena de muerte, que sostuvo después en la tribuna parlamentaria. Fue siempre en Víctor Hugo, desde los días de la juventud, una obsesión fatídica, una especie de constante escalofrío, la idea de la muerte. En sus versos ha registrado Brunetière numerosos pasajes, donde se nota el estremecimiento de horror que le sobrecoge al pensar en el desenlace inevitable de la vida, sobre todo desde que pereció ahogada una hija del poeta. En el espanto que le infundía la muerte era sincerísimo Víctor Hugo. Sin duda opinaba, conforme con nuestro Espronceda, que la palabra *inmortalidad* es una de las

muchas consejas con que entretenemos al Génio, tan niño como el Amor.

Para obtener eso que decimos inmortalidad, no necesitaría Víctor Hugo haber escrito versos: le bastaría *Nuestra Señora de París*. Un aspecto del romanticismo, el más genuino y universal, está condensado en lo que no sé si llamar novela ó poema incomparable. Hay naciones donde el romanticismo fue sobre todo el regreso á la tradición y la exhumación del pasado poético y glorioso: España se cuenta en el número de estas naciones, por lo cual ha visto en Zorrilla la expresión más cabal del espíritu romántico. Alemania y Escocia también sintieron el romanticismo, principalmente desde el punto de vista histórico y leyendario, como corriente épica: las nieblas y las baladas, las ondinas y las Loreleys del Rin, los héroes de cota de malla y mano de hierro, las retortas y alambiques de Fausto, las ruinas de las abadías y las almenas vestidas de hiedra de las torres, Goethe, Schiller, el falso Osian y Walter Scott, son el romanticismo en sus fuentes primitivas, nacionales. Francia, tan romántica en la Edad Media, aunque se transformase después por la unidad monárquica y el clasicismo, tenía esta misma veta, que hasta Víctor Hugo nadie había sabido explotar, excepto Alejandro Dumas en algún drama histórico. Estaba reservado á Víctor Hugo reunir en una obra admirable de forma y expresión el sentimiento histórico, el religioso y el arqueológico; ahondar bajo el suelo y revelar un mundo.

Hay, entre las impresiones estéticas, una que ha sido descrita por los artistas de la palabra con mágica frase y saboreada en silencio por los que yo llamaría poetas mudos: es la que causa una solitaria catedral. Solemne y mística emoción se apodera del que, al caer la tarde, se pierde en las naves, á la sombra de los pilares majestuosos, en cuyos capiteles de hojarasca quiebra sus luces multicolores el calado rosetón florecido y abierto sobre el muro como una rosa celestial! Hubo, sin embargo, un tiempo en que las piedras nada decían

al alma del hombre; en que hasta el poeta pasaba indiferente bajo las bóvedas, y en que ni el oro amortiguado de los retablos, ni el aéreo encaje de las agujas, ni siquiera la voz del órgano, despertaba en su espíritu los prolongados ecos que hoy despierta; antes al contrario, suscitaba repugnancia y enojo contra los siglos de barbarie que alzaron esas torres y prolongaron esas ventanas ojivas y grabaron esos capiteles historiados y simbólicos. La impresión deliciosa, tan dulcemente sentida por Bécquer y tan magníficamente sugerida por Zorrilla, no es espontánea: requiere una educación, una preparación literaria y artística; semeja operación de las cataratas de la fantasía, que abre sus ojos á la claridad misteriosa de un ideal. Antes de *Nuestra Señora de París*, padecía Francia de ceguera; ciego estaba Chateaubriand, que hablaba tan torpemente de la arquitectura gótica; ciegos los pintores, los escultores, los arquitectos, los demoledores vandálicos de iglesias, abadías y castillos. Víctor Hugo, anticipándose á los arqueólogos eruditos y á las pacientes y científicas restauraciones de Viollet le Duc, descubrió las encantadas regiones de la Edad Media y dió un nuevo continente á la fantasía. El poeta presintió lo que habían de confirmar los sabios. El cenáculo romántico, que por las noches de luna corría á contemplar, bañados en olas de plata, los endriagos y alimañas fantásticas de las balaustradas de *Nuestra Señora*, y se extasiaba ante las gárgolas y cresterías, ante las agujas de filigrana y los pórticos de rica imaginería y bordadas archivoltas, practicaba el rito de un nuevo culto, que hoy siguen todos los pueblos civilizados.

¡Cómo vive y con qué extraña vida imaginativa la catedral de Víctor Hugo! Más que las pintorescas figuras de Claudio Frollo, de Cuasimodo y de la Esmeralda, la anima el pueblo que hierve y bulle en sus naves, prestando á las piedras el calor de la historia y del sentimiento; los mendigos y los nobles, los truanes y los arqueros, el populacho fanático, ingenuo, pueril, apiñado en torno de la picota ó embelesado ante

las danzas de la gitana. La idea de la fatalidad, del *Ananké* terrible, que algunos censuran, es en mi concepto la impresión profunda de la Edad Media, en que fuerzas ciegas preparan el porvenir y empujan los sucesos. En *Nuestra Señora*, Víctor Hugo cumple su programa: lo grotesco realza lo sublime.

Al lado de *Nuestra Señora de París,* las novelas que escribió Víctor Hugo desde el destierro, después de un interregno de más de treinta años, me parecen de inferior importancia. Son también poemas épicos; el procedimiento es el mismo de *Nuestra Señora*, el objeto distinto: *Nuestra Señora* nació de la imaginación, la facultad maestra de Víctor Hugo, y *Los Miserables, Los Trabajadores del mar* y *Noventa y tres*, se elaboraron en su conciencia reflexiva; son novelas de intención, de tesis; aspiran á llenar un fin moral y humanitario. Los personajes,—el rudo pescador Gilliatt, el convertido Juan Valjuan, la mísera Fantina, el feroz é incorruptible Cimourdain,—abstracciones que encarnan una idea colectiva. El más humano es quizá Monseñor Bienvenido, en quien rebosa esa alegre y sencilla efusión de amor y caridad, representada en la Iglesia por San Francisco de Asís. Juan Valjuan, el presidiario, es la obscura conciencia humana alumbrada por la contrición y la penitencia. Estas dos figuras, hijas del cristianismo, que, á pesar de Víctor Hugo guiaba su pluma á los grandes aciertos, son otro título de gloria que debemos sumar al de *Nuestra Señora de París*. Del capítulo *Tempestad bajo un cráneo,* en que Valjuan sostiene consigo mismo tremenda lucha antes de abrazarse á la cruz de la expiación, dice una pluma bien poco caritativa, la de Carlos Baudelaire: «Páginas tales son orgullo, no sólo de la literatura francesa, sino de la literatura de la humanidad pensante. Es honroso para el hombre racional que esas páginas se hayan escrito, y mucho habría que andar para encontrar otras análogas, donde se exponga, de tan trágica manera, la espantosa casuística grabada desde el principio del mundo en el corazón del hombre universal.»

La tesis optimista de *Los Miserables* es algo más que una vulgar petición de pan y trabajo. Se aboga allí, no sólo por los que padecen hambre y sed, sino por los que la miseria envilece y deshonra: seres que un novelista ruso llamó *humillados* y *ofendidos*. En su propaganda de caridad moral, Hugo se adelantó á los grandes misericordiosos de nuestra edad, al Conde León Tolstoi y á Dostoyeusky; y antes que éste alzase del fango al asesino y la mozuela de la calle, Víctor Hugo rehabilitaba por el amor maternal á Fantina y por la confesión y la expiación al presidiario Valjuan. Existen más afinidades de las que se cree entre Tolstoi y Víctor Hugo: ambos detestan la letra y ensalzan el espíritu; ambos condenan las instituciones y exaltan la virtud del individuo, oprimido por ellas.

Hay en las novelas de Víctor Hugo cuadros de tan enorme fuerza, que hace daño y deslumbra como la visión apocalíptica; y otros encantadores, por ejemplo, la odisea de los niños en *Los Miserables*. Lo primero abunda más: recuérdese la lucha de Gilliatt con el pulpo, en *Los Trabajadores del mar;* el terrible toque de rebato que no se oye, pero se ve, en *Noventa y tres;* y en la misma novela el cañón suelto dentro del buque, y la guillotina levantada frente al torreón feudal. Este torreón es una persona, tiene alma. Cuando los soldados de la República lo asaltan, parece que muerde, que se retuerce y que ruge. Aunque *Noventa y tres* no ha obtenido la celebridad que *Los Miserables* y *Los Trabajadores del mar,* tal vez presenta con mayor energía la manera de Víctor Hugo.

Obsérvase un caso curioso muy frecuente en literatura: y es que dos grandes escritores rivales y que se contradicen, coinciden, sin embargo, en un aspecto esencial de su genio, y sin quererlo, y aun repugnándolo, siguen el mismo camino y van á parar al mismo fin. En apariencia, nada más opuesto que Víctor Hugo y Emilio Zola. Representa el uno el poético romanticismo y el señorío de la dorada y espléndida imaginación: el otro la realidad y el triste plebeyo naturalismo. Son

dos jefes de escuela y de escuela enemiga: para que el uno suba, el otro tiene que descender; dos astros que no pueden estar juntos en el horizonte; se detestan, se excomulgan, se denuncian recíprocamente como un peligro para las letras ó una ignominia del arte. Diríase que se rechazan cual el aceite y el agua; que representan lo irreconciliable, los antípodas. No sé si los críticos franceses habrán observado que los supuestos adversarios tienen muchos puntos de contacto, y lejos de contraponerse como la poesía y la prosa, se encuentran en la senda del poema épico, según lo quiere nuestra edad. Las novelas de Zola, especialmente las últimas, ofrecen singular semejanza con las de Víctor Hugo. Unas y otras pasan de los límites de la novela propiamente dicha, y suenan á cantos épicos en prosa, que, á su manera, sustituyen á las heroidas antiguas, rimadas y con intervención de las máquinas sobrenaturales. La epopeya militar y heroica ó cosmográfica ó burlesca, *La Araucana, Las Luisiadas, La Henriada, La Gatomaquia,* se vuelven sociales, y llámanse ahora *Los Miserables, Los Trabajadores del mar*, *Germinal* ó *La Derrota*—que también las derrotas son heroidas.

En Zola, como en Víctor Hugo, se advierte la tendencia, no sólo al personaje simbólico y genérico, sino al protagonista impersonal. ¿Quién es el verdadero héroe de Nuestra Señora de París? Ni Cuasimodo, ni Frollo, ni la Esmeralda, sino la catedral. ¿Y en *Los Trabajadores del mar?* El Océano. ¿Y en *Noventa y tres?* La Revolución y la Vendea, el torreón y la guillotina. Observad lo mismo en Zola: sus personajes principales son ya los mercados, ya un almacén de novedades, ya un tren en marcha, ya una mina llena de trabajadores, ya un huerto inculto, ya la tierra, ya una vasta capital, y siempre la muchedumbre, lo colectivo, sobreponiéndose al individuo y anulándolo, y siempre el lirismo queriendo romper la corteza épica,—el lirismo indestructible, el *cáncer,* según confesión de Zola.—La observación minuciosa, vigorosa y hasta prolija de la realidad eterna, no es más que la cubierta del método

de Zola; las crudezas, porquerías, obscenidades y brutalidades, procedimientos retóricos, que también encontramos en Víctor Hugo, el cual, como sabemos, trajo la novedad de llamar á las cosas por su nombre y de igualar á las palabras gordas, apicaradas y plebeyas con las palabras aristocráticas, selectas y cultas. Si leemos primero *Los Miserables* y después *Germinal*, esos dos himnos á los desheredados y á los que sufren, percibiremos la conformidad del talento en dos hombres que mutuamente se desdeñaron: así la Naturaleza hace que se parezcan como dos gotas dos hermanos fratricidas.

Si fuese dable extenderse todo lo que pide el asunto, me agradaría motivar y explicar la aparente contradicción entre las alabanzas que á Víctor Hugo tributé y los reparos que con gran benevolencia le puse. No disponiendo de mayor espacio, al dar por terminado este rápido estudio, comprendo la necesidad de concretar en un juicio breve mi opinión total sobre el poeta y el escritor que ha llenado el siglo y pasará á los venideros; y teniendo la suerte de encontrar este juicio, bastante conforme con el mío, en un libro de D. Juan Valera, no haré más que trasladarlo, con provecho y ventaja del lector.

Antes de formular ese juicio, Valera, en los *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas,* empieza por hacer una divertida anatomía de las ideas y el estilo de Hugo. No cabe más ática ironía, más fina y mordaz intención satírica, que la de Valera al pintar á Hugo apóstol, príncipe, emperador y pontífice de los románticos, y al fustigar su afectación, su amaneramiento y sus inaguantables extravagancias, que, según frase de Valera, abundan más en sus obras que las amapolas en Julio, en mal escardada haza de Andalucía. Citaré el párrafo para que se aprecie su tono de indulgente severidad: «Imposible parece que el que ha sabido escribir los más hermosos versos de que pueda jactarse Francia, haya podido acumular tanto delirio, tanta rareza, tantos dichos estrafalarios, que parecen frases de un loco. ¿Qué engreimiento, qué soberbio desdén hacia el público no suponen las audacias y los ex-

travíos de estilo de Víctor Hugo? ¿Quién sino él se hubiera atrevido á llamar jamás á la duda «murciélago que extiende sobre el espíritu sus lívidas y asquerosas membranas»; al punto, «bola fatal que cae sobre la *i*, boliche tántalo»; á Dios, «arriero triste», y al mundo, «burro resabiado»; al caos, «huevo negro del cielo»; á la hidra, «crisálida del ángel»; al rey, «paria siniestro de la aurora»; al defecto, «ombligo de la idea», y á Voltaire, «pulga que, esgrimiendo su aguijón radiante, salta, átomo espantoso, la anchura de la tierra y la altura de un siglo?»

Todavía esta sarta de rarezas es flor de cantueso para los estupendos absurdos que va anotando Valera en las obras de Hugo; afirmaciones inauditas como la de que «la ignorancia relincha y la ciencia rebuzna», ó que «el ideal es un ojo que la ciencia arranca», lo cual no quita para que la ciencia, pocos renglones después, sea «Dios líquido corriendo por las venas de la humanidad»; á lo cual debemos sumar incesantes contradicciones filosóficas; la existencia de Dios tan pronto afirmada como negada; peregrinas y estrafalarias lamentaciones sobre leyes fisiológicas á que está sujeto el género humano; necesidades que le aquejan, y que no me atrevo ni á indicar aquí. Después de recontar en sustanciosas páginas las calenturas de la musa de Hugo, que recuerdan los agua fuertes de Goya, Valera termina con este párrafo, que servirá de hermoso final á mi lección:

«Aquí entra lo vergonzoso, lo humillante para mí. A pesar de tantas monstruosidades, Víctor Hugo me gusta. Y no me gusta así como quiera, sino que, hechizado por la magia potente de su palabra, por la prodigiosa fuerza de sus conjuros, me inclino á declararle uno de los más grandes poetas que ha habido en el mundo, y el mayor acaso de nuestro siglo, tan rico en grandes poetas.» Para explicar por medio de una anécdota la aparente contradicción, Valera refiere el caso de aquella dama que, habiendo visto al rey intruso José Bonaparte, á quien le pintaban feo, estúpido y borracho, echóse á llorar

y dijo llena de rubor: «¡Soy una traidora! Pepe Botellas me parece guapo. En vez de ser tuerto, tiene dulces y hermosísimos los ojos. ¡Soy una traidora!» «No menos compungido, añade Valera, me acuso yo de debilidad y de traicción semejante. La musa de Víctor Hugo me parece guapa musa; pero mi debilidad es más imperdonable y mi traición más negra que la de la dama. Yo no soy tan inocente como ella era entonces; ella, además, vió que el rey intruso no era tuerto, feo ni borracho, y yo sigo viendo en Víctor Hugo todos los desatinos, todas las extravagancias que he apuntado, y millares más que no apunto para no cansar; y sin embargo, yo pongo á Víctor Hugo en el trono como rey de los poetas.»

Haciendo la restricción de que Hugo asocie al trono, por lo menos, á Lamartine, la conclusión de Valera es la mía, y á ella me adhiero plenamente. Después de la profesión de fe, puede continuar el examen de la novela romántica, y su reintegración en el lirismo con Jorge Sand.

EMILIA PARDO BAZÁN.

CERVANTES Y SU ÈPOCA

EDUCACIÓN Y ADOLESCENCIA DE CERVANTES

Reconstituyendo, por los documentos y datos que juzgamos dignos de entero crédito, el honrado hogar de los padres de Cervantes, parece indudable que su familia atravesaba por el tiempo en que nació un período de honda perturbación y amargura. Un año antes de su natalicio había muerto su ilustre abuelo, aquel caballeroso corregidor de Osuna, Juan de Cervantes, tan querido y estimado por sus envidiables dotes de mando y saber. Su hijo D. Rodrigo, avecindado en Alcalá desde antes de su desposorio en 1540, no prolongó su permanencia allí mucho después del fallecimiento de su señor padre. Sin bienes de fortuna y con cuatro hijos, hubo de ausentarse de la ciudad donde vivía ó por mejorar de suerte ó para desempeñar, por respeto al nombre del padre, algún cargo público que desconocemos.

Lo cierto es que desde 1548 no consta que estuviese en Alcalá, pues si hubiera continuado allí, era natural que sus demás hijos se hallasen inscriptos, como los anteriores, Andrés, Andrea, Luisa y Miguel, en los libros parroquiales. Es posible que Rodrigo naciese en el año 49 ó 50, tal vez en Madrid, donde con casi seguridad puede decirse que estaba habitando la familia desde antes del 55, si bien como estantes

ó residentes. Sábese que en esta última capital vió por primera vez la luz la hija menor, Magdalena, y aquí también, probablemente, el más pequeño de los varones, que llevó el nombre de Juan como en recuerdo del amado abuelo.

El jefe de la familia, Rodrigo de Cervantes Saavedra, era persona de gran integridad, licenciado en Derecho, pero sin la disposición y prestigio que su progenitor para desempeñar cargos de importancia. Su defecto físico de la sordera, debió perjudicarle para esto en mucho, así como para ejercer su profesión de letrado. Reglamentario, rígido, cumplidor exacto de sus obligaciones, fue amoroso y solícito educador de sus hijos, esposo modelo, custodio de cuantos se hallaban bajo su protectora dirección. Educó á sus hijos en el santo culto del pundonor y de la honradez, enseñándoles, con el ejemplo vivo de sus actos, el camino hermoso de los dignos deberes sociales, haciéndolos fuertes para la lucha de la vida. De su ternura paternal dan muestras acabadas sus afanes y desvelos cuando el cautiverio de sus hijos. Todo le parece poco para conseguir su libertad, para que se les reconozcan los merecimientos contraídos, para que se les galardone según procedía. El ruega, pide, solicita, importuna, dirígese á príncipes, magnates y autoridades; ofrece dádivas, demanda y suplica, se empobrece, sacrifica hasta el último real de sus exiguos bienes por ver lograda la redención de aquellos seres tan queridos, alma de su alma, vida de su vida. Y, cuando pocos años después, conseguidos los deseos más fervientes de su corazón paterno, rodeado de los suyos, postrado en el lecho por las dolencias y próximo á rendir á Dios su espíritu, vémosle dictar con tan entero ánimo su postrera voluntad con efusión de santo cariño, sin olvidar lo más insignificante que pudiera interesar á su esposa y á su familia, parécenos presenciar la muerte del varón justo que, orgulloso del deber cumplido, lega á sus hijos rico legado de sublimes enseñanzas.

Digna compañera de hombre tan virtuoso fue doña Leonor de Cortinas, mujer modelo, madre ejemplar. Parecían nacidos

el uno para el otro. Dos cuerpos y un alma. Dos corazones y una sola voluntad, concertados los intentos á un mismo fin, que era el hacer virtuosos y felices á sus hijos. La crianza y cuidado de los cinco que vivieron (Andrés y Luisa debieron morir cuando niños) ocasionarían á la madre los consiguientes trabajos y desvelos, aumentados con la escasez de hacienda y los naturales desasosiegos del ánimo, por más que tuviera á soldada alguna joven sirviente, como era entonces costumbre en las familias de mediano pasar, para que le ayudase en los quehaceres domésticos. Jamás quebrantaron su ánimo las contrariedades ni los pesares, con haber sido tantos y tan graves los que experimentó en su vida. La entereza de su natural quedó bien patente en aquellas amargas circunstancias del cautiverio de sus hijos. Su cariño acendrado la fortalecía enmedio de tantas aflicciones, y encontraba siempre medios para salvar las situaciones más difíciles. Tesoro de abnegación, anulaba los impulsos de su alma en tratándose de su marido y de sus hijos, pronta siempre á la obediencia y resignada al mandato, aunque la contrariasen ó molestaran. Ocho años sobrevivió al llorado esposo, dejando en su muerte, como en toda su vida, insignes ejemplos de virtudes que seguir y admirar. Dechado fidelísimo fue de la mujer fuerte de las Escrituras.

Nació y creció Cervantes al calor de los puros afectos del bendito hogar, dando indicios desde su niñez de la precocidad de su entendimiento. Faltos sus padres de bienes para que cursase en las aulas de las famosas universidades de Alcalá de Henares ó de Salamanca, sus estudios se limitarían á los de gramática y letras humanas.

Habíase creído antes, y nosotros participamos algún tiempo de semejante error, que Cervantes había hecho sus estudios en Alcalá como discípulo del Maestro Juan López de Hoyos; pero no comprobada la permanencia allí de aquel preceptor, ni como catedrático de dicha Universidad ni como profesor privado, es más verosímil creer que fuese en Madrid donde re-

cibiese Cervantes las lecciones del primero, lo mismo que su hermano Rodrigo, y más constando con evidencia que su respetable familia residía en la villa, y después Corte, por lo menos desde 1555, y donde, siendo niño, vió representar al famoso Lope de Rueda. Pudo suceder también que el padre pusiese á sus dos hijos en el Estudio público de la villa, donde acreditados profesores doctrinaban á los alumnos en gramática y humanidades. Aquel Estudio, costeado por la villa, tenía justo crédito, y cuando el Maestro López de Hoyos hizo oposición y obtuvo la cátedra á principios de 1568, hacía ya tiempo que había terminado Miguel su educación escolar, dedicándose por su propia vocación, y quizás bajo la dirección del Maestro citado, á la lectura de los más famosos poetas castellanos y al perfeccionamiento de las labores escolásticas. Cualquiera de estas hipótesis sirve para explicar razonablemente cómo hubo de llamarle aquel pedagogo «su caro y amado discípulo» al publicar con elogios las primicias del naciente ingenio; no siendo posible aceptar que un mozo de veintiún años, de gallardo despejo, gran inteligencia y felices disposiciones naturales, estuviese todavía como alumno en el Estudio público de la villa. Citóle después López de Hoyos como predilecto discípulo suyo y colmóle de alabanzas con cariño intenso, ó ya porque en sus tiernos años le había tenido á su cargo para instruirle y doctrinarlo, esparciendo en su mente infantil las semillas de los buenos estudios, ya porque se ufanaba de sus adelantos en poesía y tomaba como suya la gloria de sus aciertos en el cultivo de las letras humanas.

No excluye esto que, llevado de su deseo de saber, frecuentase quizás por algún tiempo las cátedras universitarias, ya en Alcalá de Henares, su patria, ya en la famosa Salamanca, si no como alumno matriculado, como simple oyente, sirviendo tal vez de criado á algún caballero rico, de quien fuera sustentado y favorecido, como ha indicado recientemente el docto cervantista D. Julián de Apraiz.

Debió ser esto en los más floridos años de su adolescencia,

cuando el amor á los estudios embargaba todas sus potencias, cuando no presumía siquiera cuán erizado de espinas estaba el camino de sus generosas inclinaciones. Si en la práctica de la vida llegó á saber con profunda amargura que por la escasez de recursos le estaba vedado ascender por la enseñanza en las famosas escuelas á los puestos gloriosos que ambicionaba su ilusión, sino á trueque de resignarse al humilde servicio de criado, mortificación harto humillante para su dignidad, es casi seguro que este convencimiento amargo le disuadió de sus primeros propósitos, que serían los de cultivar las letras, decidiéndole á seguir la peligrosa profesión de las armas. Datos abundan en sus obras para persuadir que hizo profundos estudios sobre las costumbres y prácticas de los estudiantes en la Universidad de Salamanca; y no ciertamente por referencias, sino por propia persona, por lo que él mismo había visto, notado y tocado, como lo demuestra la encantadora natural fidelidad de los cuadros y caracteres que bosqueja, tan llenos de verdad y sencillez, tan persuasivos, tan movidos, tan humanos.

Pero estudiase ó no Cervantes por algún tiempo en las aulas universitarias, sin temor de ser desmentidos, podemos decir que de nada realmente importante podría haberle servido para depurar su buen gusto literario. El sistema de educación dominante entonces no le seduciría de seguro. El demostró siempre aversión á las arideces escolásticas tan en boga, á la enseñanza de las facultades y artes en idioma latino, á la multitud de reglas inútiles con que se abrumaba la memoria de los estudiantes, sin dejar su puesto natural á los impulsos del entendimiento, esclavizado por las fórmulas rutinarias y por las interminables disputas de escuela. Eran las Universidades planteles del saber, más teológicas que científicas; pero también albergues de la pedantería y del ergotismo. Salían de ellas, por los mismos defectos de los estudios, por cada sabio, literato ó poeta de renombre, infinidad de soberbios dómines, comentadores impertinentes, eruditos presuntuosos,

áridos narradores, doctores sin ciencia, latinos desdichados, enemigos del castellano y de sus hermosos y castizos atavíos.

Bien los censuró Cervantes luego en sus obras inmortales. Fortuna fue para él, después de todo, que no estuviese sometido á los rigorismos de la educación académica, de la que hubiese sacado más daños que beneficios en orden al desenvolvimiento de sus facultades intelectuales. Libre y desembarazado de las sutilezas y prejuicios de un método imperfecto, pudo su inteligencia elevarse y descollar, adquirir y asimilarse un caudal precioso de enseñanza puramente literaria, depurada de toda fealdad y escoria, preparándose y disponiéndose, por la percepción misma de sus aptitudes espontáneas, para la comprensión y producción de las grandes bellezas. Fue, pues, él solo, por sus propios esfuerzos, por su gran amor á la lectura, en virtud de sus especiales disposiciones como adorador desde sus más tiernos años de la maravillosa ciencia de la poesía, quien se creó su propio gusto, desarrolló sus intuiciones estéticas y fijó su inclinación y despertó y aquilató su ingenio con soberana alteza de inspiraciones. Ni los catedráticos en las Universidades ni su preceptor López de Hoyos pudieron nunca haberle inculcado aquellas incomparables perfecciones que brillan en sus escritos.

Un acontecimiento tristísimo, que preocupó la atención general de España y de Europa, la muerte impensada de la Reina doña Isabel de Valois, hija de Enrique II, rey de Francia, esposa de Felipe II, en 1568, sacó por vez primera el nombre de Cervantes de la obscuridad de los estudios escolares para iniciarlo en los esplendores de la vida de escritor, dando á revelar los méritos que su talento atesoraba, poniendo de manifiesto sus felices disposiciones para el cultivo de las letras. El Maestro Juan López de Hoyos fue encargado por la villa, como director de su Estudio público, de preparar y componer los epitafios, letras, hieroglíficos, alegorías é inscripciones que servirían para el ostentoso túmulo que había de levantarse en la iglesia de las Descalzas reales, con objeto de

celebrar las honras fúnebres por el alma de la difunta Reina. Actos eran estos en que la vanidad sobrepujaba á todo, sin que la memoria del difunto fuese venerada como la verdadera piedad y el puro afecto cristiano exigían, degenerando en fiestas profanas aquellos recuerdos luctuosos de la religión y de las corporaciones, mezclado lo humano con lo divino con aspecto y trazas teatrales más que de templo. El Maestro López de Hoyos publicó en 1569 un libro descriptivo de las exequias celebradas á expensas de la villa, donde se incluyen todos los versos latinos y castellanos que adornaban el túmulo. Allí se hallan insertas en diferentes páginas, y siempre con cariñosas frases de encarecimiento, las primeras composiciones literarias que escribió Cervantes, un soneto, cinco redondillas y una elegía, todas notables por sus ingeniosas alusiones al caso, no faltas de inspiración ni gusto, aunque con los naturales defectos en un principiante que conservaba aún ciertos resabios de escuela. El soneto está bien hecho, las redondillas demuestran facilidad en la versificación, y aun la elegía, aparte de sus excesivas alabanzas y amplificaciones y reminiscencias mitológicas, tiene tercetos hermosos con pensamientos altos y bien expresados. No es una composición pesada, á pesar de su extensión, ni plagada de lugares comunes y lamentaciones afectadas. Ya demuestra en ella Cervantes sus cualidades investigadoras y críticas, con referencias sucintas á los sucesos lúgubres que movían su pluma y daban materia á su inspiración.

El Maestro López de Hoyos había encargado á su amado y antiguo discípulo la composición de la elegía en nombre del Estudio público de la villa, y estaba dedicada al Cardenal D. Diego de Espinosa, puesto entonces en la cumbre del poder, de donde le arrojó luego, siendo causa de su muerte, la displicente severidad de su amo. Cervantes colmó los deseos de su preceptor. Su trabajo era digno de mucho aprecio; respondía á la pública espectación; conformaba con el estado general de tristeza en los ánimos. López de Hoyos elogió á su

discípulo predilecto con toda la efusión de su inmenso cariño. Sus menores bellezas le parecieron excelencias sobrehumanas; sus medianos aciertos, preciadas perfecciones. Toda alabanza juzgóla pequeña. Aquella poesía honraba ciertamente á todo el Estudio.

El sujeto de la composición era sumamente delicado, y Cervantes lo trató con singular acierto. Una tragedia horrible de familia, representada en las habitaciones de Palacio, había trascendido al público, á pesar de todas las precauciones adoptadas, apasionando los ánimos, dividiendo los pareceres, haciendo aventurar los juicios, sin atinar con la verdad, velada por las conveniencias. Dos meses antes que la reina doña Isabel de Valois (24 de Julio de 1568), había fallecido el hijo mayor de Felipe II, el Príncipe D. Carlos, nacido de su primer matrimonio con la Infanta doña María, hija del Rey de Portugal D. Juan III. Hablábase misteriosamente de la muerte del Príncipe; decíase que había perecido por excesiva crueldad del padre como castigo de su desobediencia, según unos; de sus rendidos galanteos á la Reina, según otros. Cada cual disminuía ó abultaba las causas según sus afectos ó inclinaciones. La circunstancia de haber estado concertado antes que con Felipe II el matrimonio de la Infanta francesa con el Príncipe D. Carlos, servía de pábulo á la murmuración y daba cuerpo y vida á suposiciones y lances amorosos, que quizá sólo existieron en la imaginación de sus inventores, y luego han dado materia para las creaciones de poetas y novelistas, más bien basadas en la pasión política ó diversidad de opiniones religiosas que conformes á la razón y verdad. La desgracia, corrección, prisión y desventurado fin del Príncipe, hay que atribuirlos, con más sensatez, á su natural independiente, franca benevolencia hacia los protestantes flamencos y abierta censura al sistema de inhumanidad y tiranía que se practicaba contra los rebeldes: delito de lesa religión que Felipe II no podía perdonar en su hijo, parte porque le parecía peligroso el consentirlo, parte por la ceguedad con que le ha-

cía proceder su exagerado celo religioso, muy creído de ser el único defensor de la verdad, cuando era sólo el sostenedor de la causa romana, de las ambiciones papales, de sus intereses mundanos. Pudo parecer abominable la noble actitud del Príncipe, pero los hechos concluyeron por darle la razón, habiendo sido estériles cuantos tesoros y sangre se consumieron y derramaron durante setenta años por subyugar á un pueblo que defendió con heroismo la libertad de conciencia, por cuyo camino buscaba, como logró, su engrandecimiento y prosperidad (1).

Si la muerte del Príncipe fue sentida hondamente por cuantas personas no estaban dominadas por el fanatismo y

(1) Uno de los valerosos soldados que murieron en Flandes fue precisamente el hermano menor de Miguel, Rodrigo de Cervantes, del cual hemos adquirido, como de un Alonso de Cervantes, pariente quizás de ellos, curiosos datos en nuestras visitas al Archivo general de Alcalá de Henares, á cuyo digno Jefe, el ilustrado Sr. D. Julio Melgares Marín, somos deudores de grandes atenciones, por lo que le damos públicamente las más expresivas gracias.

Son seis los documentos que hemos revisado y copiado allí, para darlos á la estampa, referentes á Rodrigo. Por ellos sabemos que, hasta el 2 de Febrero de 1586, fue alfréez en la compañía de hombres de armas de D. Jusepe de Acuña; y después, hasta el 2 de Julio de 1600, fecha de su muerte, estuvo desempeñando el mismo cargo en la compañía del capitán Sebastián Otaula, del tercio del Maestre de campo Luis del Villar.

Consta su fallecimiento de certificación dada por Asensio de Eguigu. ren, contados de los Estados de Flandes, el 16 de Octubre de 1608. Los herederos del hermano de Miguel cobraron, por lo que se le quedó debiendo de su sueldo, en cinco partidas, noventa y cuatro mil seiscientos maravedís; y todavía se les restaba en 26 de Noviembre 1654 la suma de ciento setenta y siete mil, que probablemente no llegaron á cobrar.

De estos documentos tiene también sacada copia el ilustre cervantista D. José M.ª Asensio, quien los ha entregado al distinguido bibliófilo don Cristobal Pérez Pastor, para su segundo tomo de documentos inéditos acerca de Cervantes.

Adelanto en La España Moderna la publicación de estas noticias á la de los documentos, por el verdadero interés que contienen para los que se dedican al estudio de la literatura cervantina.

veían claro á cuántos sacrificios inútiles nos llevaba la imprudencia de las guerras de Flandes, el repentino fin de la Reina (3 de Octubre de 1568) por dolencia nacida y agravada á un mismo punto, aumentó el pesar, siendo verdadero duelo nacional su pérdida, con recuerdos de extremo cariño á su memoria. España no podía olvidar que su casamiento con Felipe II puso término á aquellas guerras tan prolongadas, sangrientas y costosas sostenidas con Francia por espacio de tanto tiempo, fomentadas y agravadas impíamente por los mismos soberanos Pontífices, movidos de intereses de familia, por favorecer pretensiones repugnantes de nepotismo. España no podía olvidar que aquella dama había sido iris de paz, mensajera del bien, reparadora de los daños pasados, fianza de futuras prosperidades, concierto santo de voluntades, esperanza de colmadas dichas. Ensalzábase su divinal belleza, su virtud, su discreción, su caridad, todas las excelsas prendas de su alma. Al desaparecer del mundo aquel «claro lucero de Occidente», como la llamó Cervantes, todos los corazones agradecidos la bendecían. Era general y fundado el temor de que con su muerte volverían á desatarse las calamidades de la guerra.

Vino por entonces á España, como legado especial del Papa Pío V, Julio Aquaviva, hijo de Juan Jerónimo, duque de Atri, camarero y refrendario suyo, para dar el pésame á Felipe II por la muerte del Príncipe D. Carlos. Encontrólo todo más agravado de desdichas con el fallecimiento de la Reina. Según comunicó el entonces Embajador de España en Roma, D. Juan de Zúñiga, á Felipe II, el Papa enviaba á su legado «á condolerse con S. M. de la muerte del Príncipe nuestro señor», y hacía encarecimiento de sus virtudes, muchas letras y suficiencia. Pero Aquaviva fue recibido con notoria frialdad é indiferencia, como si molestase la comisión afectuosa que traía. La verdad es que el momento de su llegada no podía ser más enojoso, estando el ánimo del Rey tan agobiado por la pena, y habiendo dado terminantes órdenes de que

nadie le diese pésame por la desgracia de su primogénito. Hay que achacar á esta causa el poco tiempo que estuvo en la corte y la brevedad con que emprendió su viaje de regreso. No creemos que trajera Aquaviva instrucciones reservadas del Papa, como pretende Navarrete, para suplicar al Rey un arreglo favorable sobre las disensiones surgidas en Milán, Nápoles y Sicilia entre los gobernadores de aquellos Estados y las autoridades eclesiásticas, codiciosas de su aumento y predominio de jurisdicción. Fueron otros Embajadores los que mediaron en esas negociaciones, como más adelante veremos. El silencio guardado por los historiadores contemporáneos, Herrera y Cabrera de Córdova, respecto del viaje de Aquaviva y la expresa confesión de D. Juan de Zúñiga sobre el objeto de él, confirman esta creencia.

Habiendo presenciado, sin duda, Aquaviva las solemnísimas exequias de las Descalzas Reales el 24 de Octubre de 1568, y teniendo conocimiento de las composiciones poéticas escritas con dicha ocasión, y especialmente de la elegía de Cervantes, dedicada al cardenal Espinosa, á quien visitaría varias veces como presidente del Consejo que era, no es aventurado decir que, como persona tan perita y entendida en estudios de buen gusto, apreciara, cual se merecía, las notables primicias del aventajado joven. El buen concepto que de sus méritos habría de oir de labios del mismo López de Hoyos le interesaría seguramente. Quizás le informaron sobre la pobreza de sus padres é imposibilidad de proseguir mayores estudios en famosas universidades. Nació de aquí un afecto generoso de estima y protección al talento de aquel mozo desvalido; siguió la oferta de llevárselo á Italia para que perfeccionase allí sus bellas disposiciones. Hubo de aceptar Cervantes el favor y merced con que se le brindaba, y su viaje á Roma quedó acordado como criado de Monseñor. La familia accedería con beneplácito á la ausencia del sér querido con deseo de su mejora. Cervantes mismo, contento y agradecido, tal vez concibió ilusiones hermosas respecto de un porvenir venturoso. Llevarían-

le á Italia, tanto su amor al estudio y la depuración de su instinto poético, cuanto sus aficiones á la milicia, decidido á alistarse en ella si los sucesos no respondiesen á sus esperanzas. Doblegábase así á la necesidad, proponiéndose obrar conforme aconsejasen las circunstancias. No era cálculo ni propósitos mezquinos los que le impelían. Si en el servicio del legado, después Cardenal, hubiera encontrado medios para mejorar sus predilecciones literarias con tranquilidad de espíritu y sin menoscabo de su dignidad é independencia, con seguridad que habría dado nueva dirección á sus inclinaciones, contribuyendo á su reposo. Pero el oficio de criado ó camarero de un Cardenal no era posible que pudiera seducirle, aunque fuese distinguido entre los primeros por consideración á sus méritos. No podía avenirse aquella vida de antesala, de humillaciones, de molestias, de pequeñas atenciones, de importunos formulismos, con la alteza de sus intentos. Explica esto el poco tiempo que estuvo Cervantes como sirviente del Cardenal: no pasaría seguramente de un año. La realidad le mostró cuánto se había equivocado, y le hizo volver la vista, como remedio supremo, al ejercicio penoso de las armas, que incitaba entonces á la juventud española con alicientes de gloria.

D. Jerónimo Morán, en su *Vida de Cervantes,* refiriéndose á un documento que descubrió en el archivo de Simancas, pretende atribuir á muy distinta causa la ida de Cervantes á Italia. Habiéndose dado una provisión real, fecha en Madrid á 15 de Septiembre de 1569, para que se prendiera á un Miguel de Cervantes, condenado en rebeldía, por ciertas heridas que causó en la corte á Antonio de Segura, andante en ella, Morán cree que ese Cervantes, en la suposición de que fuera el mismo nacido en Alcalá, quiso esquivar la acción de la justicia huyendo á Roma bajo la salvaguardia del legado Julio Aquaviva; pero los argumentos que ofrece dicho escritor no pasan de conjeturas y no pueden aceptarse. Los Alcaldes de corte habían impuesto al Miguel de Cervantes, condenado en rebeldía, la pena de que «con vergüenza pública le fuese cor-

tada la mano derecha y destierro de los reinos españoles por tiempo de diez años». La provisión da indicios de que ese Cervantes había sido visto poco antes de aquella fecha en la ciudad de Sevilla y en otras partes, por lo que se mandaba al alguacil Juan de Medina que fuera con vara alta de justicia á aquella capital y á todas las otras partes, villas y lugares de estos reinos y señoríos donde hubiese precisión, hasta que lo prendiese, embargándole sus bienes y conduciéndole á la cárcel real de la corte para que se viese su causa y se proveyera en justicia.

Hay un dato irrecusable para tener la certeza de que no es del discípulo de Juan López de Hoyos de quien se trataba en el documento referido; y es que Miguel de Cervantes Saavedra marcharía con Julio Aquaviva á Roma en Enero ó Febrero de 1569, y al que se mandaba prender, como condenado en rebeldía, quizás en 1567, sabíase que permanecía en España en el mes de Septiembre (siete meses después) y aún se fijaba como punto exacto donde se le había visto la ciudad de Sevilla. ¿Es posible relacionar semejantes discrepancias?

No es más atendible la sospecha de Morán de que Cervantes adoptaría por astucia desde entonces, ó después, cuando su alistamiento como soldado, el sobrenombre Saavedra, «para descaminar á sus perseguidores, en el caso de que efectivamente fuese él aquel á quien se mandaba prender por los Alcaldes de casa y corte, ó para estorbar que sus camaradas descubriesen en su persona aquel mismo Cervantes que la Justicia andaba buscando.» Y no es atendible, ni aun probable ni verosímil tal suposición, pues, no el sobrenombre, sino su apellido legítimo Saavedra, hemos ya visto que lo llevó y usó Cervantes porque era el segundo de su señor padre, y por tanto originario de la propia familia; ni era posible tampoco que tal ardid, aun en la hipótesis de que fuese lo que quiere Morán, hubiese servido para librarle de las persecuciones de la Justicia, siendo, por el contrario, más expuesta su situación en la milicia para que pudiese quedar la verdad oculta y el

delito sin castigo; máxime cuando había de por medio parte ofendida y agraviada que á todo trance procuraría su captura y daño en venganza de las heridas que recibió. Y estas razones suben de punto si el herido en la pendencia fue, como quiere Morán, un alguacil.

No es menester, por consiguiente, recurrir á tales sutilezas y sofismas para explicar, como intenta hacerlo doña Blanca de los Ríos, la repentina marcha de Cervantes á Roma con el legado Julio Aquaviva, presentándosele ocasión propicia, estando ya explicados los motivos que á ello hubieron de inducirle, y teniendo en cuenta los ejemplos de otros muchos ingenios de aquel tiempo que, bajo la protección de cardenales, príncipes, caballeros ó personas bien acomodadas iban á Italia, madre y maestra de todas las ciencias, en frase del docto Novoa, para perfeccionar sus estudios ó mejorar de fortuna, dedicándose al ejercicio de las armas con estímulo de alcanzar famoso nombre.

En este mismo año, en que Miguel se alejaba de su familia para entrar de lleno en los contratiempos de la vida, su hermana mayor, doña Andrea, joven entonces de 25 años, en la flor de su juventud, contrajo matrimonio con Nicolás de Ovando, persona de algunos bienes de fortuna y de plebeyo estado, según parece. Documentos descubiertos y publicados hace tres años, por el ilustrado D. Cristóbal Pérez Pastor, nos han facilitado pormenores muy curiosos respecto de la dote de la novia y de la vida de familia, abriéndonos el santuario del hogar y participándonos secretos muy interesantes.

Vivió con la familia de Rodrigo de Cervantes durante algunos años en Madrid, en clase de huésped ó agregado, un señor, viudo según creemos, y quizás paisano, italiano de origen, conocido y amigo de antiguo, llamado Juan Francisco Locadelo. Este señor estuvo enfermo varias veces, y tanto Rodrigo de Cervantes como su hija doña Andrea le asistieron y cuidaron con todo cariño, puntualidad y regalo.

Era agradecido Locadelo, y obligado de tan señalado esmero y celosa solicitud, quiso pagarlo en la forma que más pudiese servirles. Constándole la estrechez con que pasaba la vida la familia con quien moraba, y que presto contraería matrimonio doña Andrea, hizo donación á la joven de dineros, muebles, vestidos y joyas, de cuanto era necesario para un hogar de mediana posición. Es notable el cariño con que lo dispone y señala todo el buen Locadelo, no olvidando particularidad por insignificante que pareciera, enumerando ante escribano minuciosamente los objetos que regalaba y entregó á doña Andrea, «para que tuviese mejor con que se poder casar y honrar y para ayuda al dicho su casamiento.»

Previsor el donante, por impedir que lo que graciosamente cedía para comodidad y bien de doña Andrea pudiera aplicarse á distinto objeto, hizo constar por palabras textuales que «ni sus padres, ni hermanos, ni algunos de ellos, ni ninguna otra persona, tuviesen ni hubieran cosa de dichos bienes contra la voluntad de doña Andrea.» Ella exclusivamente había de tenerlos, y poseerlos, gozarlos y emplearlos como quisiese y á bien tuviera, gastándolos y distribuyéndolos á su voluntad; y en el caso de que sus padres, hermanos ó cualquiera otra persona intentare tomárselos ó quitárselos, ó la molestasen ó vejaran en lo más mínimo, por el mismo caso, desde luego la donación hecha quedaba anulada, sin ningún valor ni efecto, y obligada doña Andrea á restituirle, sin detenimiento alguno, todos los bienes entregados, salvo aquellos que hasta dicho día hubiere ella consumido y gustado de su libre voluntad. Recibió doña Andrea, ante el escribano Francisco Ortíz, el donativo que se le hacía en Madrid el 9 de Junio de 1568, aceptando la merced con palabras de respeto y gratitud como persona bien nacida.

La cantidad en dinero que le regaló con el ajuar de casa Locadelo, ascendió á trescientos escudos de oro en oro (más de 3.000 pesetas de nuestra actual moneda), con lo que doña Andrea remediaría muchas necesidades de presente, y podría

desprenderse de algunas sumas en lo sucesivo para bien y ayuda de sus desvalidos hermanos.

Fue doña Andrea hermana cariñosa, hija amantísima, de ejemplares virtudes domésticas, digna imitadora de su santa madre y de su rectísimo padre. Educada en un ambiente de sublime abnegación, donde todo era de todos, donde el sacrificio constituía el primero y más sagrado de los deberes, donde el amor á los suyos se confundía con la adoración; doña Andrea, á pesar de sus tres matrimonios, con el gran cariño de una hija única, nunca dejó de ser, viviendo sus maridos ó viuda, aun rodeada de los mayores cuidados y afectos de su nuevo estado, el dulce consuelo de sus padres, la vigilante bienhechora del viejo hogar, la varonil fortalecedora de los ánimos abatidos, el escudo salvador de sus hermanos en desgracia. Difundíase maravillosamente el cariño de su alma para que á todos los amados de su corazón comprendiera, lo mismo á los antiguos que á los nuevos, para que todos por igual de él participasen, sin esas preferencias egoistas que suele crear el interés y sostiene y fomenta la soberbia; bendita confraternidad de puros amores que sólo pueden comprender y practicar los espíritus superiores, la almas grandes.

Ramón León Máinez.

EL TEATRO HISPANOAMERICANO

La misma María Guerrero lo ha dicho, llena de verdadera amargura: — «Las quejas de la prensa mejicana no son justas. Méjico no tiene aún formado su teatro nacional, como no lo tiene formado ninguna de las otras Repúblicas de nuestra sangre, como no lo tiene formado tampoco la ya extensa y viril literatura de los Estados Unidos. Nuestra producción dramática se impone, así al modelo de sus escritores como á las exigencias del porvenir; porque nuestro teatro español en la Historia equivale á una institución tan imperecedera como el teatro helénico en la antigüedad clásica, y el teatro Shaksperiano á nuestra moderna edad. Los ensayos de todo género que, así en Méjico como en el Perú y otras partes, se han hecho para instituirse teatros propios, teatros nacionales, no han pasado hasta aquí de meros ensayos, y el teatro español ha sido, es y será siempre su maestro, aun con más razón que el antiguo teatro griego y romano; porque al fin y al cabo Grecia y Roma hablaban dos idiomas distintos, y entre los nuevos pueblos independientes de la América que colonizamos, y España que la dotó de sus nuevas sociedades y fue por cuatro siglos su metrópoli, no existe, en la cima literaria, sino un idioma común.»

Periódicos de la capital de la República de Méjico, periódi-

cos de los Estados en cuyas capitales han tenido ocasión de conocer el sumo arte de la gran comedianta española, como *El Tapatio* de Guadalajara de Jalisco, han pretendido que María Guerrero les hubiera representado alguna obra dramática del repertorio nacional, y Eusebio A. Garcidueñas, en *El Patriota* de Celaya, ha expresado esquiveces violentas así contra nuestra gran artista, como sobre las obras de producción española que les había llevado á representar, únicamente porque el tétrico romanticismo póstumo de algunos de nuestros dramaturgos no encaja bien en el alegre espíritu de las sociedades jóvenes, que quieren investirse de una fisonomía propia en el regazo de la vida práctica moderna y abjurar de todo el fardo secular de sus pasadas tradiciones: como si en este mismo romanticismo no comulgasen cuando aceptan los dramas de otras literaturas, y como si á este mismo romanticismo no tendieran los vuelos todos de sus tendencias literarias, aun respirando en los ambientes de su infancia.

Las últimas generaciones literarias de Méjico nos dan un numeroso contingente de poetas ensayistas dramáticos, entre los que sobresalen Manuel Acuña, Gustavo Bas, Adolfo Bianchi, Cámara, Alfredo Chavero, A. Cisneros, Rafael Delgado, Enriquez, Roberto Esteva, Ramón Manterola, José Martí, Juan Antonio Mateos, José Monroy, Adolfo Obregón, José Peón Contreras, Manuel Peredo, Juan de Dios Peza, Isabel de Prieto de Landázuri, José Rosas Moreno, José Sebastián Segura. Obras de estos ingenios son, entre otras, los dramas y comedias que llevan por títulos *Los amigos peligrosos*, *Hasta el cielo*, *Otra vida*, *Churubusco*, *La hija del Rey*, *Sor Juana Inés de la Cruz*, *Gil González de Avila*, *Juan de Villalpando*, *Antón de Alaminos*, *Xóchit*, *La Conspiración de Méjico*, *Angel de redención*, *El Esclavo*, *Los Maurel*, *El sacrificio de la vida*, *Impulsos del corazón*, *Caridad*, *Vivo ó muerto*, *Esperanza*, *Por el joyel del sombrero*, *La mano de Dios*, *Un lirio entre zarzas*, *Hernán Cortés*, *María*, *Los parientes*, *Bienaventurados*, *Ambición y coquetismo*, *El pasado*, *Amor con amor se paga*, *La taza*

de té, Deberes y sacrificios, El otro, La caja de dulces, Después del duelo. ¿En qué literatura, viva ó muerta, se halla el molde de estas producciones dramáticas y varias otras que no hay para qué enumerar? ¿De qué corrientes dramáticas son mera imitación, sin tener, con algunas excepciones, el sello espontáneo de la originalidad, de la oportunidad y de la naturaleza? Pues en el simple catálogo que queda hecho, como las obras que han obtenido mayor éxito en el público de la nación que las ha producido, y que son como el repertorio fundamental de la noble aspiración que tiende á crearse un teatro propio, ó al menos de fisonomía propia, dentro del gran edificio del teatro de lengua castellana, el remedo de todos los grandes autores dramáticos y cómicos que en España han florecido desde la restauración del teatro español en este siglo, desde los que pertenecieron á la escuela romántico-histórica de Zorrilla, el Duque de Rivas, García Gutiérrez y Hartzenbuch, y los que siguieron las inspiraciones cómicas del género que creó Bretón de los Herreros, hasta los que, con Echegaray y sus secuaces, han creado el romanticismo pseudo-filosófico que aún prevalece en nuestra escena, y los que tienden, con Tamayo, López de Ayala y Blasco, al naturalismo de la moderna comedia urbana, que no empuña el látigo de la sátira de Aristófanes, sino se reduce á la culta escuela de las costumbres de Moratín. ¿A qué abominar tanto de aquellos romanticismos y de aquellos naturalismos, que sirven á toda la América española y á los ilustres poetas que despiertan en ella de fuente y de patrón, si al cabo la propia labor que allí mismo se ensaya no es más que una servil imitación de los modelos que se impugnan, y á cuya gradación eminente no se ha logrado llegar todavía? Se truena contra el romanticismo de Echegaray, cuyo menor defecto que se le atribuye es la total carencia del concepto de la verosimilitud, y si se abre el proscenio de aquellas sociedades jóvenes á la representación de nuestras grandes compañías de actores ambulantes, no se les obliga á representar con preferencia sino los obras zaheridas del román-

tico dramaturgo español. Si no son estas obras las que se reclaman, son las traducciones, no menos románticas, de otros romanticismos extranjeros, como el de la literatura que ha creado *La corte de Napoleón,* el *Cyrano de Bergerac, El Aguilucho.* Mas si se toma la simbólica carátula de Talía y el genio de cada una de aquellas jóvenes sociedades de común origen se lanza á intentar producciones propias, el instinto de imitación las unce al carro de lo mismo sobre que vierten sus censuras, y las nuevas obras que aspiran á implantar sus sellos nacionales sobre una escena también nueva, también propia, también libre, no son más que un recuerdo, y generalmente malo, del patrón que le da la literatura materna y el opulento edificio de nuestro teatro español.

Imbuídos en el Perú del mismo espíritu nacional y exclusivo que se ha reflejado en los periódicos de Méjico con motivo de la gira artística de nuestra María Guerrero y de nuestro Fernando Ruiz de Mendoza por la opulenta República del golfo, de retorno hacia Europa de su temporada en los teatros de las Repúblicas del Plata, al llegar en Febrero último al teatro de Lima la compañía de que es actor Antonio Vico, se hizo el primer ajuste por quince funciones, durante las que no había de repetirse ninguna de las obras del programa previamente aprobado, componiéndose éste de catorce dramas originales de poetas de España, ó extranjeros arreglados á nuestra escena, y el estreno de una obra dramática de producción nacional. Las catorce obras del cartel aprobado fueron: *Un drama nuevo, O locura ó santidad, Juan José, Lo positivo, Mancha que limpia, Tierra baja, Teresa Raquín, Dolores, Bruno el tejedor, El libre cambio, La vieja ley, Vida alegre y muerte triste, El alcalde de Zalamea, La levita* y *El gran Galeoto.* El drama nacional que había de estrenarse se había encomendado, ó lo tenía escrito, el poeta que, aunque todavía joven, ya alcanza por excelencia el dictado común en ambos mundos *del poeta nacional del Perú,* esto es, José Santos Chocano.

Aunque en los catorce dramas del programa de la temporada de Vico están comprendidas obras del teatro español de todos los tiempos desde *El alcalde de Zalamea*, del siglo XVII, al *Bruno el tejedor*, de la declinación de la primera escuela romántica de nuestro siglo, por los epígrafes de los dramas al golpe se ve la decidida preferencia que se concede á las obras de Echegaray. Pero este dramaturgo, cuyo romanticismo particular se presta ya á tantas polémicas hostiles en América misma, no concluye su misión en el hecho que se relata con prestar la abundancia de sus obras al recreo de los espectadores del coliseo de Lima, sino que infiltrándose en el espíritu de Chocano parece que le inspira toda la concepción filosófica, todo el plan artístico, todo el corte literario y todos los recursos dramáticos que caracterizan el nuevo drama estrenado por Vico en el teatro Principal con el título de *Vendimiario*, á cuya representación, habiéndose querido darle todo el aparato de acontecimiento solemne, asistieron, entre la concurrencia más distinguida, el jefe del Estado, cuatro Ministros de los que forman el Gobierno del Presidente Romaña, todo el cuerpo diplomático y todo el mundo literario de Lima.

La decidida tendencia de Chocano hacia el nuevo romanticismo pseudofilosófico del dramaturgo español Echegaray, ya se había dado á conocer en otra producción dramática suya, anteriormente representada, *El nuevo Hamlet;* pero entonces se consideró al poeta más influído por el gran trágico, en quien se comprende y simboliza todo el teatro inglés antiguo y moderno, hasta que, hecha ahora la comparación de sus dos obras, se ha echado de ver que el drama *Vendimiario,* como antes *El nuevo Hamlet,* no han tenido más patrón ni influencia que la de nuestro tan debatido dramaturgo moderno, de quien todo el público de los teatros de América, dígase lo que se quiera, no se sacia de que con sus escenas se le haga pasar por las violentas impresiones de un emocionismo que no tiene su palanca en ninguna de las leyes de la lógica. El carácter principal que Chocano se propuso presentar como protagonista de

su obra, es *el de raptor de oficio*. Los incidentes de la trama en que le desenvuelve, son los que dan á su obra más que la inverosimilitud que se atribuye á las de Echegaray, la incoherencia que en *Vendimiario* han encontrado todos los críticos locales, ingenuos admiradores de Chocano, sin embargo, cuando se trata del eximio poeta lírico de pindáricos arranques y clásica elocución. No hay un solo personaje en *Vendimiario* que esté dentro de la realidad; no hay afecto, ni sentimiento alguno que eleve á ninguno de ellos á la grandeza del drama, siendo tal el desconocimiento en el autor de lo que constituye en el teatro el arte de los efectos, que se vió al público reir en escenas preparadas para lo patético, y no tomó interés por ninguno de aquellos tipos vulgares del lodo social, á quien no supo el poeta dar el realce de cada representación, ni hacer conservar la línea de cada carácter. Hay un hecho que comprueba el éxito frustrado de *Vendimiario,* más que el estilete crítico de los censores del poeta nacional peruano. Terminado el abono, hubo un deseo general en Lima de que la compañía de Antonio Vico prolongase su estancia en aquella capital, abriendo una nueva serie de representaciones. En ésta y en los beneficios se ejecutaron los dramas de Echegaray, *Muerte cicil, El gran Galeoto, O locura ó santidad* y *Lo sublime en lo vulgar*: De otros poetas españoles, se pusieron además en escena, *Un drama nuevo, El tanto por ciento, Mariana, Dolores, María del Carmen;* pero no *El nuevo Hamlet* y el *Vendimiario,* de Chocano, lo que atentamente considerado es toda una revelación, de tanta más importancia, cuanto que en todo el tiempo de las representaciones de Vico se estrenaron algunos juguetes cómicos de autores locales, como el *A rey muerto, rey puesto,* del Señor Alejandro J. Segrestán, y estos finales de fiesta, que se ejecutaron varias noches, tuvieron más fortuna que los dramas referidos, obras de otro aliento, y que son las que pueden imprimir fisonomía al carácter de un teatro propio.

No es difícil indagar las causas que producen este fenómeno. Menéndez Pelayo las pone de relieve cuando dice que es

imposible producir artificialmente en pueblos nacientes y en sociedades nuevas el estado complejo de relaciones afectivas y de condiciones técnicas de que el teatro es fruto. Cuando España, según las últimas comprobaciones documentarias, había transferido y dado al Nuevo Mundo hasta la muerte de Felipe II doce millones de sus hijos, es decir, vez y media la suma de la población á que se quedó limitada nuestra Península, aquellas sociedades que desde mediados del siglo XVI comenzaron á dar muestras de aficiones literarias, en cuanto contaron con establecimientos é instituciones sedentarias, Gobiernos militares y políticos, Capítulos eclesiásticos y corporaciones religiosas, aulas elementales y de gramática, y cátedras universitarias. Estas aficiones singularmente se expresaban en el palenque de la imaginación y por el ministerio de la poesía. Pero aquella literatura que pudo elevarse de la emoción de los sentimientos afectivos á la concepción de los pensamientos épicos, estuvo muy lejos de abordar por mucho tiempo todos los géneros de la poesía, eludiendo instintivamente el peligro de no llegar á la perfección en ninguno, y ciertamente la poesía dramática hubiera carecido enteramente de representación en tan vastas comarcas durante los cuatro siglos de nuestra dominación, si de aquella lejana cuna no hubieran confluído hacia la Península algunas capacidades aptas para entrar en la compleja disciplina de la producción dramática. Poetas que han escrito para el teatro en la Península, su patria, ha habido algunos, los cuales quedaron estériles en América, permaneciendo allí infecundos, hasta que al regresar á España volvieron á entrar en el juego complicado de una sociedad adulta. Juan de la Cueva, que en Sevilla, antes de Lope de Vega, había escrito composiciones representables de carácter histórico, como *Los siete infantes de Lara*, *El cerco de Zamora* y *Bernardo del Carpio*, parece que licenció de todo punto á su Talía apenas puso los pies en Méjico en los últimos años del reinado de Felipe II ó principios del de Felipe III. Por el contrario, Luis de Belmonte y Bermú-

dez, que se hallaba en el Perú por el mismo tiempo al servicio de D. García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, no descubrió sus facultades para producir obras dramáticas tan excelentes como *El diablo predicador, El sastre del Campillo, A un tiempo rey y vasallo, El valor no tiene edad* y las demás, hasta el número de treinta que le reconoce como suyas La-Barrera en su *Catálogo del Teatro español*, ya escritas por sí, ya en colaboración con Mira de Mescua, el Conde del Basto, Ruiz de Alarcón, Vélez de Guzmán, Fernando de Lodeña, Jacinto de Herrera, D. Diego de Villegas, D. Guillén de Castro, Martínez de Meneses, Rojas Zorrilla, Moreto y Calderón, hasta que volvió de los valles Andinos y de las remotas riberas del Pacífico en la América del Sur para llevar al teatro, con aquellos otros poetas, las hazañas bélicas y las virtudes cívicas del magnate, su favorecedor y patrono.

Si de Méjico no se hubiese trasladado primero á Sevilla y después á Madrid el grande ingenio de D. Juan Ruíz de Alarcón, probablemente habrían quedado desconocidas en su patria las bizarras facultades con que al respirar el ambiente político, literario y social de la corte de los dos últimos Felipes de Austria llegó á colocarse, como astro de primera magnitud, en la gloriosa constelación de los grandes nombres que en el Olimpo del teatro que creó Lope de Vega hombreáronse como iguales con el Fénix de los ingenios, y compartieron perpetuamente con él las magnificencias de la fama y de la eternidad. Ningún otro poeta excelso dramático se produjo en América en aquel siglo, por falta de ambiente en que esparcir las alas de su genio. De modo que si en el último tercio del siglo XVII Doña Juana Inés de Asbaje (*Sor Juana Inés de la Cruz*), la musa del Popocatepetl y del Ixtlacihuatl, en vez que haber enervado las facultades de su genio en el limitado ambiente de San Miguel de Nepanthla, y comprimido su alma en los cerrados muros del Convento de San Jerónimo de Méjico, atravesando el Atlántico, como en nuestro siglo Gertrudis Gómez de Avellaneda, hubiera entrado en los amplios

horizontes de España, á pesar de la pronunciada decadencia de los tiempos que alcanzó, acaso su labor dramática no se hubiera limitado á las comedias conventuales, para representar en el locutorio, *Los empeños de una casa* y *Amor es mal laberinto*, y á los autos *El misterio del Sacramento* y *El Divino Narciso*, sino que, abordando otros asuntos dentro del mar de pasiones que no fueron un secreto para su alma, habría dado al arte y á las letras obras con que hacer más tangible é incuestionable la grandeza de espíritu que poseía por privilegiado don de la Naturaleza.

No hubiera llegado á su cumbre entre el final del siglo XVII y principios del XVIII en el Perú, el Rector de la Universidad de San Marcos de Lima, Dr. Pedro de Peralta Barnuevo, á quien llamaron *El Fénix Americano*, y de cuya producción dramático-literaria sólo nos han quedado la comedia *Triunfos de amor y poder*, que se representó en aquella capital en 1710 en las fiestas por la victoria de Villaviciosa en España y el triunfo definitivo de la causa de Felipe V en la sucesión del trono de Carlos, el *Hechizado*, y otras dos que llevan por título, *Afectos vencen finezas,* y *Rodoguna*, arreglo posterior de Corneille; pero aunque en las primeras se ve seguir al poeta el rumbo calderoniano, que indeciso después truncó por la reforma que introdujo el teatro francés, en todas se observa lo que Menéndez Pelayo definió por total carencia del estado complejo de relaciones afectivas y de condiciones técnicas de que estaban desprovistas aquellas sociedades sin sedimento definitivo, sin compenetración resuelta entre el medio de procedencia y el medio de vida en que vegetaban á la sazón. Y por ventura, ¿estos mismos fenómenos no se han repetido en nuestro siglo, á pesar de las convulsiones políticas con que aquellos pueblos han conquistado y definido su actual existencia nacional, y de los esfuerzos hechos para adquirir sus fisonomías características?

En la poesía dramática castellana, nuestro teatro cuenta entre sus dioses de primer rango en nuestro siglo, á D. Ma-

nuel Eduardo de Gorostiza (1789-1851), que era oriundo de Méjico; á doña Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873), que había nacido en la isla de Cuba; á D. Ventura de la Vega (1807-1865), natural de Buenos Aires; y de segundo rango, á D. José Heriberto García de Quevedo, de Venezuela; á don Francisco *(Pancho)* Orgaz, de Cuba también, y aunque sólo como residente temporal en Madrid, al uruguayo D. Alejandro Magariños Cervantes, y otros poetas hispanoamericanos que se han señalado como autores dramáticos. Principalmente los tres primeros desempeñan un papel de primera importancia en la historia moderna del Teatro español, pues el mejicano Gorostiza representó el tránsito brillante en la comedia urbana de la comedia moratiniana á la comedia bretoniana; la gloriosa cubana autora de *Alfonso Munio* y *El Príncipe de Viana* (1844), *Saul* (1849), *Recaredo* (1850), *Baltasar* (1856), eleva la musa dramática de España á la altura de Byron, de Goethe, de Hugo, y el argentino Ventura de la Vega es el precursor de la escuela del naturalismo, última conquista suprema del arte. ¿Fueron estas tres ilustres figuras, que engrandecen nuestro teatro del siglo XIX, genios espontáneos cuyas facultades asombrosas brotaron espléndidas al calor de sus cunas respectivas, ó se desenvolvieron al calor del ambiente político, literario y social que formó en unos parte de su educación en España, y en todos el medio en que se agitó su existencia entre nosotros? Antes ni después de Gorostiza, en nuestro siglo, no ha producido Méjico otro poeta cómico de la graduación de Gorostiza, como antes ni después de Ruiz de Alarcón, en el siglo XVII, Méjico tampoco produjo otro Ruiz de Alarcón, á quien del mismo modo que á Gorostiza en nuestro siglo, España, «con sus relaciones afectivas y sus condiciones técnicas», prestó las alas con que se desenvolvió su genio respectivo. Antes ni después de la Avellaneda, la isla de Cuba no ha producido otra Avellaneda, como la que el ambiente de España estimuló á las supremas expansiones de sus aptitudes dormidas. Antes ni después de Ventura de la Vega no ha producido

la Argentina otro talento dramático semejante al que España elaboró en el ambiente de su medio político, literario y social, para que dejase monumentos insignes de su existencia literaria: *El hombre de mundo* y *La muerte de César*. Gorostiza, la Avellaneda, Ventura de la Vega, estacionados en Méjico, en Cuba, en Buenos Aires, probablemente no hubieran hecho remontar sus liras respectivas por encima de esas inspiraciones líricas en que todos los Estados de América, que hablan nuestro idioma, producen sin cesar riquísimas manifestaciones, y cuyos talentos se agostan sin fruto en las bagatelas eternas del corazón enamorado. Mas, si como Lista decía, no es lo mismo expresar afectos en versos líricos que en cuadros representativos de la vida civil, transformados con el magisterio del arte á concepciones insinuantes del ideal, Gorostiza con su musa festiva, la Avellaneda con sus vibraciones trágicas, y Vega con la cultura de su sentir, no habrían llegado á las eminencias donde les coloca la representación personal que respectivamente conquistaron en la opulenta dramática española.

Desde los primeros síntomas que se advirtieron en la América española de las tendencias de su prematura emancipación, los exclusivismos que constituyeron parte del fanatismo nacionalista que de aquellas sociedades se apoderó, trataron de crear todos los divorcios imaginables con los elementos constitutivos del país, cuya coyunda se había de romper. No se pudo proscribir el habla ni todo el edificio artístico que la hermosea, y aunque algunos pidieron inspiraciones emancipadoras á todas las literaturas y hasta á las bárbaras reminiscencias de las razas aborígenes, siendo ineficaces estos artificios, hubo que volver vergonzosamente y como por procedimientos secretos, ya que no clandestinos, á la imitación de lo que de nosotros fluía. Méjico, á cuya capital la cultura española había dotado en 1753 de un hermoso edificio para teatro, probó, enmedio de sus insurrecciones, á conservarlo, pero sin obras dramáticas españolas. Entonces surgieron dos tenden-

cias: la de los que quisieron reconstruirlo con obras esculpidas bajo las líneas severas del arte clásico, y la de los que, aun aceptando estas formas que universalmente andaban en boga, querían infiltrarle el espíritu prehistórico de una absoluta reacción. A la cabeza de los primeros se presentó el proscripto cubano D. José María Heredia, residente en Taluca, y que escribió una tragedia en tres actos, con el título de *Los últimos romanos,* que se debía representar ante el General Santana el 16 de Setiembre de 1829; pero ya tenía preparada para las mismas fiestas otra el poeta mejicano de Puebla de los Angeles, D. José María Moreno Benvercue, titulada *Xicohtencatl,* en que los nombres texcocanos del protagonista, de Nopatlzin, el General de los tlaxcaltecas, de Coyotl, etc., andaban revueltos con los de nuestros Hernán Cortés, Sandoval, Ordax y otros Capitanes españoles, por supuesto, convirtiendo á nuestros redentores heroicos del salvajismo al Nuevo Mundo, en devoradores de carne humana, y á los inocentes indios en víctimas horrendas de la salvajez cristiana de los españoles. Esta nota, que fue la única contra España durante toda la lucha de la emancipación, y aun mucho tiempo después, los frustrados ensayos del teatro naciente hispanoamericano la perpetuaron en la mayor parte de sus primeras inspiraciones; lo que no obstaba para que, cuando estas tentativas se proyectaban por poetas del timbre de Heredia y aun de Moreno, la forma de sus obras fuera una servil imitación de las que Quintana y otros ilustres varones habían dado en el *Pelayo*, *La viuda de Padilla* y las obras del mismo género con que en la Península se había procurado hacer vibrar las fibras del patriotismo en todos los corazones contra el aleve invasor que había ocupado por el engaño todo el suelo de la patria; ó en pró de las auras de la libertad; mas cuando pasaron los años, y el teatro, la historia el himno continuaron cultivando bajo el influjo de extrañas sugestiones los odios contra la antigua Metrópoli, así Rodríguez Galván en Méjico, como Bermúdez en el Uruguay, y hasta Pardo en el Perú, en *El privado del Virrey,* en *La Cha-*

rrua y en *El aniversario de Ayacucho* siguieron amoldándose en un todo á la pauta del drama de la escuela histórico-romántica que á España misma se había transportado de los escenarios de Francia.

Con todo, no faltaron en esto, como en todo, sus pujos de independencia, y puesto que ya desde el siglo anterior se había dado el ejemplo, aunque de éxito desdichadísimo, del peruano D. Pablo Olavide, que había hecho traducciones irrepresentables al castellano de la *Zaira,* de Voltaire; de la *Zelmira,* de Du Belloy; de *El desertor francés,* de Sedaine, y de la *Hipermenestra,* de Lemièrre; en Chile el ilustre Andrés Bello tradujo como modelo la *Ifigenia en Aulide;* Salvador Sanfuentes el *Británico,* de Racine, y *Los celos infundados,* de Molière, y Hermógenes Irisarri la *Francesca da Rimini,* de Silvio Pellico, el *Carlos VII entre sus grandes vasallos,* de Alejandro Dumas, y varias comedias del teatro de Scribe y de Legouvé, hasta que Carlos Bello, hijo del gran preceptista, quiso dar los primeros pasos del genio nacional con su drama *Los amores de un poeta.* La despreocupación de algunos de estos escritores llegó á ser tan grande, que el mejicano Fernando de Calderón no titubeó, al comenzar sus primeros ensayos dramáticos, en dar por original su *Ramiro, Conde de Lucena,* cuyo argumento había tomado de la novela española del mismo título, publicada en Madrid en la imprenta de Burgos en 1823 por su autor el joven oficial de nuestro ejército don Rafael de Húmara y Salamanca. Esta obra, usurpada, se puso en escena en Guadalajara y Zacatecas en 1827, en donde también se representaron por aquel tiempo la *Ifigenia,* la *Hercilia* y la *Virginia,* traducidas por Calderón, de Racine y de Alfieri.

Cuando el romanticismo patriótico se fue modificando y se abandonaron casi enteramente los moldes que se pidieron á las literaturas dramáticas de Italia y Francia, enteramente se volvió de lleno á la imitación del drama de nuestro teatro romántico caballeresco y de nuestro teatro cómico bretoniano.

En Cuba lo había ensayado José Jacinto Milanés en su drama *El Conde de Alarcos,* en sus comedias *A buena hambre no hay pan duro* y *Por el puente y por el río,* y en su proverbio *El poeta en la corte,* á la vez que en Madrid su conterránea Gertrudis Gómez de Avellaneda encumbraba su nombre en los dos géneros, y Pancho Orgaz con su *Juan Lorenzo* y las *Consecuencias de un disfraz.* En Colombia D. José Joaquín Ortiz hacía representar su drama *Sulnat* y su proverbio *El Hijo pródigo,* mientras que D. José María Samper volvía en *La conspiración de Setiembre* á las apologías políticas de Bolívar; y en Madrid el venezolano García de Quevedo tomaba la parte que le correspondía en el movimiento dramático de su época, con *Nobleza contra nobleza, Un paje y un caballero, La huérfana, Patria y amor en porfía* y *Treinta mil duros de dote,* y el uruguayo Magariños Cervantes se veía aplaudir en nuestro escenario con sus *Percances matrimoniales* y su *Amor y patria,* en tanto que en el Perú las huellas de Felipe Pardo, el discípulo de Lista y condiscípulo de Espronceda, Vega, Molins y Cheste, abrían camino con sus comedias, aunque desmayadas, *Frutos de la educación, Una huérfana de Chorrillos* y *Don Leocadio*, á una serie de jóvenes de los de la *Bohemia limeña* de 1848 á 1860, que con tantas sales anecdóticas ha descrito la pluma fácil y jovial de Ricardo Palma.

El que mayores condiciones de escritor dramático descubrió en aquella tentativa fue Manuel Ascensio Segura, de quien Menéndez Pelayo dice que en la facilidad, gracia y soltura de sus obras recuerda la maravillosa espontaneidad de Narciso Serra, con quien tiene más puntos de analogía que con Bretón de los Herreros y D. Ramón de la Cruz. Palma añade que Segura, en efecto, se propuso á estos tres escritores cómicos de España por modelos. Segura fue en el teatro peruano el más acabado pintor de las costumbres limeñas, como Cruz y Olmedilla lo fue de la manolería de su tiempo, Bretón de las clases medias del suyo, y Serra de la plaza pública y del cuartel. Trató de elevarse hasta el drama histórico en *Blasco Núñez*

Vela, y al romántico en *Amor y política;* pero las chispas de su genio donde mejor centellean es en sus comedias *Ña Catita, El resignado, La saya y el manto, La moza mala, El sargento Canuto, Nadie me la pega* y *La espía,* y en los juguetes *Lances de Amancaes* y *El Cacharparé.* Con Ricardo Palma escribió la comedia en tres actos *El santo de Panchita. El espía* es un episodio de Ayacucho en 1824. La mejor de sus comedias es *Ña Catita,* cuya protagonista representa el tipo de la beata maldiciente y embrollona. Es la que tiene un argumento que excita más el interés, la que sostiene con más consistencia el tipo que diseña; y aunque el diálogo no es tan vivo y picado como el de Serra, abunda en sales *criollas* de buena ley, y la versificación es tan fácil, como puede observarse por esta escena de *Ña Catita:*

MERCEDES. ¿Y para qué, señorita,
Darle de noche una cita
Cuando siempre viene aquí?
¿No ve usted que eso sería
Excitar la habladuría?
Yo, al menos, lo pienso así.

JULIANA. Mercedes, si tú pudieras
Penetrar aquí, me dieras
Sin *trepidar* (1) la razón.
Verías cuánto padece,
Cuánta lástima merece
Este pobre corazón.
Aquí arde, amiga, una llama
Que penetra, que se inflama
Cada día más tenaz,
Y extinguir no me es posible
El poder irresistible
De este fuego tan voraz.
En vano á veces lo intento;
Porque es mayor el tormento,
Más grande mi frenesí.
¿Mas cómo hacerlo podría

(1) Modismo americano. En Castilla hubiéramos escrito *sin vacilar.*

Si el mismo afán y agonía
Él también sufre por mí?
Mi madre lo sabe todo;
Y con rabia y con mal modo
Me ha reprendido mi amor,
Porque pretende casarme,
Más claro, sacrificarme,
A un hombre que tengo horror.
Me ha dicho que en este asunto
No cederá un solo punto,
Pues dió su palabra ya,
Y que si acaso me niego,
Sin atender á mi ruego
La maldición me echará.
De mi situación, Mercedes,
Formarte una idea puedes
Por lo que acabas de oir;
Lo peor es que el consuelo,
Si no se lo pido al cielo,
¿A quién lo voy á pedir?
A donde vuelvo los ojos
No encuentro más que sonrojos:
Porque no falta mi fe,
Todos, todos me abandonan;
Todos contra mí se enconan:
¿Qué haré, Mercedes, qué haré?
. . . . . .
. . . . . , . .

Segura hizo prosélitos, ó por mejor decir, escuela, dentro de la escuela de su propia imitación. El primero que siguió sus pasos fue Arnaldo Márquez, el cual rindiendo el acostumbrado culto á las intransigencias patrióticas, como en América se ha hecho al dar sus primeros pasos por toda clase de escritores, se inició en el teatro con su comedia *La bandera de Ayacucho,* á la que siguieron *La cartera de un Ministro* y *La familia del mendigo*. A Márquez sucedió Manuel Nicolás Corpancho, que alternó su profesión de médico con el culto de la poesia dramática, aunque sus primeras obras para el teatro,

El poeta cruzado y *El Templario*, las dió á la escena casi adolescente. Era poeta más lírico que dramático, como todos los que en América hasta aquí han escrito dramas y comedias, y no sólo profesaba el culto del proselitismo literario á los modelos de la escuela caballeresca y romántica de España, sino que enamorado de la antigua patria y de los nobles caracteres que llenan el ciclo de su historia, de ésta tomó sus personajes. No paró hasta que vino á Madrid, y en nuestro General D. Juan de Zavala, que fue después Marqués de Sierra Bullones, y cuya familia tenía en el Perú tanto asiento, encontró estímulo, que no llegó á ser, por desdicha, tan fecundo como debiera, porque su vida acabó harto temprana y trágicamente, suicidándose á bordo del vapor que lo conducía de Cuba á Méjico, ante el inminente peligro de morir entre las llamas de un incendio y el naufragio del buque incendiado. Toribio Mansilla, Luis Benjamín Cisneros y Carlos Augusto Salaverry, fueron los últimos representantes de aquella generación, con Melchor Pastor, Narciso Arístegui y Anselmo Yañez. Después de éstos vino la abundancia de *autorcillos*, que se escalonan desde 1862, hasta que la musa grandiosa de Chocano se presenta para arrojarlos del templo.

¿Hay, en realidad, más nombres que citar entre los aspirantes á la fundación de un teatro hispaneamericano, que pueda tener propia individualidad? ¿Las obras que de los autores de reflejo, que presiguiendo las evoluciones del arte dramático en España se han escrito por tantos escritores ilustres del Nuevo Mundo, han llegado á alcanzar ni particularmente, ni en conjunto aquella notoriedad del mérito sobresaliente que las impone en el tesoro de una literatura como la española, común á cuantos hablan la lengua de Cervantes? En España se ha consagrado el genio dramático de Ruiz de Alarcón, de Gorostiza, de Ventura de la Vega, de Gertrudis Gómez de Avellaneda, y hasta en esfera inferior de Pancho Orgaz, de José Heriberto García de Quevedo y de Alejandro Magariños Cervantes, todos americanos. ¿A dónde habría llegado el desarrollo

de las grandes disposiciones para la poesía dramáfica de Sor Juana Inés de la Cruz, de José María de Heredia, de Felipe Pardo y Aliaga, de José Jacinto Milanés y de Manuel Ascensio Laguna, si su genio se hubiera fecundado, como el de Gorostiza, el de la Avellaneda y el de Vega, y de los demás americanos que ejercieron su actividad dramática entre nosotros al contacto de nuestro ambiente y entrando de lleno en la comunidad de nuestras *relaciones afectivas y de nuestras condiciones técnicas?* ¿No es el contacto de este ambiente y no es la comunidad de *estas relaciones afectivas y de estas condiciones técnicas* lo que realmente falta á los nuevos imitadores de nuestros nuevos romanticismos escénicos en poetas del fuste de Chocano en el Perú; de Peón y Contreras, en Méjico; de Trinidad Coronado, en Chile; de Emilio Antonio Escobar, en Colombia, de Cárlos G. Amézaga, el autor de *Sofía Perowskaia,* en el mismo Perú; del ecuatoriano Nicolás Augusto González, el autor de *El Aguila,* Ruben M. Campos, Adelardo Gamarra y Manuel Moncloa y de toda la turba de los que en la Argentina enervan sus facultades en la vil industria del *género chico* que inunda de mendigos, allí como aquí, el templo augusto de Talía? (1)

(1) Escrito este artículo, se ha presentado en uno de nuestros teatros de Madrid una Compañía de comediantes argentinos, que representan composiciones dramáticas *criollas.* Al verlos representar su melodrama *Juan Moreira,* he sentido vislumbrar como en un sueño algo así como un Juan del Enzina, un Juan de Timoneda, ó un Lope de Rueda, aunque más comedidos y castos. La Compañía argentina y las obras que ejecuta revelan la candidez de un arte en la infancia, la sencillez de una cosa que está por venir. Mis impresiones las publiqué en *La Epoca* del día 2 de Agosto y no tengo que modificarlas ni en un tilde. He aquí lo que escribí entonces:

«El circo de Parish ha recogido, á su paso para la capital de Francia, una Compañía dramática argentina, que indudablemente es la primera que viene á Europa. Las obras que representa son melodramas *criollos;* en realidad, dramas populares de las poblaciones rurales de la República del Plata, que, á falta de una gran modelación artística, traspiran el ambiente de las costumbres argentinas. La obra que se está representando se titula *Juan Moreira,* tiene dos actos, está escrita en prosa y es de un

Es preciso reconocer que tal como las nuevas sociedades hispanoamericanas se constituyen desde el día de su prematura emancipación, está muy lejos de aproximarse para ninguna de aquellas nuevas familias el día en que de su propio seno emane el ambiente que puede fecundizar los gérmenes de un teatro propio. En España no lo hubo mientras las diversas monarquías en que se hallaba dividida la Península permanecieron disgregadas. Aun después de unidas bajo un imperio común, las tentativas locales que se llevaron á cabo así en algunos parajes de Castilla, como en Valencia y Zaragoza para crearlo, resultaron estériles. En sus ensayos sin consistencia se empleó todo el siglo XVI, y hasta que los sucesos genera-

---

naturalismo encantador, porque reproduce fielmente las escenas de la realidad. El argumento no tiene lances, y se desarrolla tan fácilmente, que desde la primera escena el espectador lo recompone entero, y sabe de antemano todo lo que va á suceder. Reducido el *Juan Moreira* á narración ó cuento, es simple y sencillamente un cuento de Fernán-Caballero ó de Antonio de Trueba; pero una Fernán-Caballero ó un Antonio de Trueba de las orillas del Plata, en vez de las del Guadalquivir ó del Urumea. Quien haya sido aficionado á los antiguos dramas de nuestro Gutiérrez de Alba, reconocerá en *Juan Moreira* el argumento de un *Diego Corrientes* contado por un niño. El cartel no nos ha dado ni el nombre del autor del drama, ni siquiera el de los actores que lo representan. No sabemos á qué obedece esta omisión. La presencia de esa Compañía argentina en Madrid y la representación de ese drama criollo tiene para nosotros más importancia, bajo diversos puntos de vista, que la publicación de la leyenda *Celiar*, con que el argentino Magariños Cervantes nos dió á conocer hace cerca de medio siglo el carácter, los sentimientos y los demás rasgos étnicos de los *gauchos*. *Juan Moreira* es, á la vez, un cuadro vivo, palpable, palpitante de verdaderas costumbres *gauchas*. El cuadro de baile puede ser admitido en cualquier obra de la mejor literatura. En el drama y en la representación todo interesa: el lenguaje, el acento de los que le hablan, los trajes, la música, los objetos, accesorios, todo se hace digno de observación. Nuestro público es tardo en enterarse del fondo de estas cosas que salen del patrón normal. Nosotros, que hemos tenido una verdadera complacencia en ver funcionar en Madrid estos primeros artistas criollos de América que á Europa vienen, no podemos menos de recomendarlos á nuestros artistas y á nuestros literatos. En el sencillo melodrama *Juan Moreira*, que representa la Compañía argentina, hay para todos mucho que estudiar.—*G.*»

les de la Monarquía hicieron compenetrar, en un fondo común de ideas, de sentimientos, de aspiraciones y de intereses, todas sus entidades étnicas, no surgió el genio colosal de Lope de Vega para fundar el teatro español. No basta que los nuevos pueblos hispanoamericanos tengan un fondo de unidad en la lengua y en la raza. Mientras ellos mismos entre sí cada día procuran de definir mejor sus fronteras geográficas y políticas, cada uno desde la emancipación recibe en su seno el torrente invasor de las abigarradas emigraciones que se les entran por las puertas de Europa, de Asia, de Africa, aportando á la ebullición social que allí se opera, elementos que perturban la unidad de las antiguas relaciones afectivas, y de las antiguas condiciones técnicas de aquellas sociedades. ¿Cómo ha de surgir de este caos una representación suprema de la literatura que sea ya expresión anticipada de las nuevas colectividades nacionales que se incuban ó se transforman? Conservando, por encima de estas avalanchas, la unidad de la lengua, en el campo de la legislación y la Historia, en las varias órbitas del saber, en la exaltación de la elocuencia sagrada, tribunicia, forense, han podido sobresalir aquellos ilustres prosadores que en la Argentina se llaman Alberdi, Gutiérrez, Avellaneda, López, Mansilla, Sarmiento, Mitre, Cané, Augerich, Goyena, Estrada, Wilde, Mármol, Gorriti; en Chile, Bilbao, Vallejo, Lastarria, los Amunátegui, Barrios Arana, Arteaga Alemparte, La-Barra, Figueroa, Grez; en el Perú, Lallave, Pardo; en Colombia, Torres Caicedo, los Caro, Cuervo, Rivas Groot, Madiedo, Samper, Acosta de Sampère, Pombo; en el Uruguay, Magariños, Fregueiro, Acevedo, Lamas; en Venezuela, Camacho, Rojas, Guzmán Blanco, Bolet, Peraza, etc. Con este mismo elemento común de unidad en la lengua, la poesía lírica, que es esencialmente subjetiva, ha podido ostentar la rica y numerosa variedad de sus eminentes representantes de confín á confín. Pero la dramática reclama otras condiciones de la colectividad, que ninguno de los pueblos del Norte, del Centro y del Sur puede aún ofrecer. Lo que en

la poesía dramática se intenta en toda la Hispanoamérica por mucho tiempo, no será idéntico, sino con lo que hasta aquí se ha intentado. Corrientes de imitación, obras de reflejo, desmayadas como la luz de la luna, ante la majestuosa y radiante llama germinadora del sol.

Méjico no tiene teatro á pesar de los escritores dramáticos que amontona, y entre los que las figuras de Juan de Dios Peza, José Peón y Contreras y Manuel Peredo no pueden dejar de descollar. Pero Méjico no tiene teatro por la misma razón que carece de él toda la América que se emancipó de nosotros, y la demostración última de este aserto lo da la capital argentina, que ha venido á constituir en toda la América española la verdadera capital intelectual de la raza emancipada con este hecho bastante significativo. Diez y seis salas de espectáculos públicos se hallan abiertas en Buenos Aires en los momentos en que se escriben estas líneas. ¿Qué elementos artísticos las entretienen? Una compañía de *ópera italiana* en la Opera; una compañía de *ópera cómica alemana* en el Argentino; una *compañía dramática española* en el Odeón, y otra, española también, alternando con la *ópera alemana,* en el Argentino; una *compañía francesa de comedias y vaudevilles* en San Martín; una *compañía dramática italiana* en Victoria; tres *compañías de zarzuela,* dos *españolas* y una *nacional* en Mayo, Rivadavia y la Comedia; otra *compañía de bufos y coreográfica* en Apolo; *dos compañías cómico-dramáticas italianas* en Doria y Libertad; otra *compañía lírica italiana* en el Politeama, *conciertos* en el Casino, y dos *compañías ecuestres* en los Circos Anselmi y Alarcón.

¿Cuál de estos espectáculos líricos de representación *españoles, alemanes, franceses é italianos* ha de dar el tono al teatro hispanoamericano nacional?

Juan Pérez de Guzmán.

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO. — Méjico: Reelección de Porfirio Díaz. — Relaciones con los Estados Unidos.—Temores y desconfianzas.—Cuba: La próxima Convención y el proyectado Código constitucional.—Limitaciones que imponen los Estados Unidos para el uso de la independencia. — Dudas y desconfianzas.—Votos de España por la independencia de Cuba.—Colombia: Término de la insurrección. — Combate y bombardeo de Panamá. — Intervención del Cónsul americano y del jefe del crucero inglés *Leander*.—Renuncia de San Clemente.— Venezuela: Proclamación de la paz.—Argentina: Visita de Campos Salles.—Nuevo aplazamiento.

Ha llegado Méjico, bajo el Gobierno del General Porfirio Díaz, á una altura legal como no existe otra semejante en el mundo. La forma de sus instituciones tiene por base sustantiva el derecho electoral. Méjico es el único país del mundo donde prevalecen instituciones basadas en el sufragio de los pueblos, en el que este sufragio se ejerce sin coacciones, sin lucha anterior de programas más ó menos sinceros, sin ningún género de violencias, sin ninguna discordancia de partidos. Las elecciones presidenciales se han verificado el día 8 de Julio último, y la candidatura del General Porfirio Díaz ha salido triunfante por *el voto unánime* de los electores. Toda la prensa, así de la capital como de los Estados federativos, proclaman unánimemente también, que esta elección traduce fielmente la voluntad nacional.

En los veintidós distritos en que está dividida la República para la elección de los miembros de las Cámaras federales,

el distrito federal de la capital, el del Estado de Méjico con las ciudades de Toluca, Sinacantepec, Lerma, Tenango, Tenancingo, Sultepec, Timasealtepec, Valle de Bravo, Ixtlahuaca, Jilotepec, Tlalnepantla, Cuautikan, Zumpango, Otumba, Texcoco y Chalco, y los distritos de Morelos, Hidalgo, Puebla, Michaocan, Querétaro, Tepic, Jalisco, Oaxaca, Tlaxcala, Zacatecas, Guanajato, Durango, San Luis del Potosí, Veracruz, Tabasco, Coahuila, Chiapas, Colima, Sinaloa y Michoacan, las elecciones de Diputados y Senadores se han llevado á cabo con la misma regularidad, y sin que se provoquen esos accidentes ruidosos de los países en que el método y el cuerpo electoral están corrompidos, y hasta en las elecciones para la Suprema Corte Federal la imposición legal es tan poderosa, y de tal modo arraiga en el corazón del pueblo mejicano, que la de los cinco puestos de magistrados que ha habido que cubrir, se ha hecho, ó por otros de inferior categoría, cuya elección ha equivalido á un ascenso, ó por Senadores y otras personas de posición tan respetable.

A la elección presidencial habían precedido en algunos Estados grandes manifestaciones porfiristas, como la que se verificó en Veracruz, en la plaza de Armas, el día 2. La hizo el pueblo entero congregado en grupos numerosísimos, y en ellas aclamaron al General Díaz para la Presidencia, y á don Apolinar del Castillo para el Gobierno del Estado. Contra Castillo hubo algunos protestantes, pero los discursos pronunciados en el parque Ciriaco Vázquez, al pie de la estatua del General, que allí se levanta, por muchos oradores entusiastas del hombre que ha transformado en algunos años la paz moral, económica, industrial y política de la República, fueron siempre aclamados por la multitud.

Es la cuarta vez que Porfirio Díaz es reelegido para la Presidencia, que durará hasta 1904, y en el beneplácito que su reelección produce, tiene el raro privilegio de hallar totalmente conforme con el voto de sus pueblos las numerosas colonias extranjeras que residen en aquel país. El día de la re-

elección se vieron por las calles grupos de españoles, italianos y franceses, fraternizando con los del pueblo mejicano, y asociándose á sus alegrías y á su satisfacción, sobre todo, cuando en la mañana del día 9 se vió á las Comisiones de los seis colegios electorales de la capital, dirigirse al palacio de Chapultepec para dar cuenta al General Díaz del resultado del escrutinio y de las noticias que el telégrafo comunicaba de los demás Estados, así como para felicitarle en discurso de tonos levantados que pronunció el Licenciado Chavero. La contestación del General en cada período, excitó el entusiasmo, si bien en él Porfirio Díaz no añadió una frase más á las protestas que hizo ya hace algunos meses cuando le fue ofrecida su candidatura: «Si es grande el honor — dijo — que todo ciudadano recibe cuando es llamado á la primera magistratura de su nación, este honor sube de punto cuando en un período continuado se repite tantas veces y se consagra en voto solemne de la voluntad nacional por el unánime voto de los que le eligen. Como he consagrado á mi patria mi juventud y mi edad viril, le consagraré, si me lo pide, hasta el último aliento de mi existencia. Pero tengo setenta años de edad y cuarenta y tres de servicios. ¿Podrán responder mis aptitudes á las esperanzas de la patria?»

***

Registrando los diez ó doce periódicos que se publican en Méjico por sus connacionales, fácilmente se advierte que allí se vive en una perpetua alarma con el espíritu imperialista de la gran República vecina, que á todo aquel continente amenaza sin disimulos. Cada día, de algunas de las ciudades de los Estados Unidos, llega un nuevo grito de absorción, y aun la aparente atención que en Washington se ha tenido, señalando á Méjico para que en su recinto se celebre el segundo Congreso panamericano en el mes de Octubre de 1901, lejos de haber lisonjeado el espíritu nacional, lo exalta, hasta inspirar

y producir artículos como los últimos aparecidos en las columnas de algunos periódicos. Ya desde que el señor Bourke Cockran, uno de los *leaders* del partido demócrata, pronunció en Nueva York el 27 de Junio pasado aquel discurso en que pronosticaba que no sería improbable que en día relativamente cercano las anexiones que el imperialismo yanki proyecta, tendiese su garra sobre Méjico, la América Central y toda la del Sur, veíase por la opinión con alegría que el Departamento de Guerra y Marina, que desempeña el General D. Bernardo Reyes, enviaba al astillero de Cramp al señor Altamirano y Gonzaga, comisionado para encargar la construcción de dos cruceros protegidos de rápido andar, que sirvieran de partida para la formación de la gran Marina que Méjico necesita tener para defender sus costas y proteger su creciente comercio, y que posteriormente se hacían nuevos contratos con el establecimiento naviero de Greenwich, en Inglaterra, para otros cinco barcos de guerra, entre ellos dos acorazados de primera, que unidos á las remisiones pedidas á los arsenales de los Estados Unidos, y á la escuadrilla que Méjico ya posee, podrán constituir una fuerza naval ofensiva y defensiva, á lo menos del porte de las que recientemente han creado en el Atlántico y en el Pacífico la Argentina y Chile. Sumadas, en alianza común de raza, estas tres escuadras, podrán ser un valladar que contenga las arrogancias humillantes con que los sajones del Norte insultan y provocan á diario á los hispanoamericanos del Norte, del Centro y del Sur. *El Nacional*, de Méjico, ha aplaudido sin reservas estas determinaciones, contra las tendencias de esa política agresiva bautizada con el nombre de imperialismo, y contra el jingoismo yanki que, adulando la opinión pública de su país con espejismos de grandezas semejantes á las de la antigua Roma, llega á inspirar artículos como los de Samuel E. Moffet, en *The Forum* de Nueva York, en los cuales se vaticina la ruina de todas las actuales naciones del mundo, para condensar sus territorios en tres grandes y únicos imperios, encabezados por

Inglaterra, señora del África y Europa, Rusia dominadora del Asia, y los Estados Unidos adueñados de todos los demás confines del planeta. *El Nacional* deduce de estas jactancias, que el nuevo período presidencial de Porfirio Díaz tiene por misión suprema dotar á su país de los elementos necesarios de defensa y de las alianzas de raza indispensables, si no para convertir en *un desierto*, como quería D. Sebastián Lerdo de Tejada, las fronteras que median entre Méjico y los Estados Unidos, al menos para poner á la República en estado de poder asegurar siempre su independencia, y rechazar todas esas ligas con el enemigo común, y esas alianzas secretas ofensivas y defensivas en que algunos piensan, y que no serían sino poner en manos del poderoso rival la suerte de la nación.

El Tiempo se adhiere á estas ideas; y aunque aspira á vivir, y á vivir con todo el aliento de la moderna civilización, rechaza toda inteligencia con quien las pueda absorber, no abiertas tanto las heridas de los recuerdos de los despojos pasados, cuanto las de las amenazas que cada día se formulan y renuevan. *La Patria* es la única que difiere de los que sustentan á todo trance ideas *nacionales* enfrente de la corriente *cosmopolita*. Ella es la única que opina que á toda América conviene estrechar relaciones con los Estados Unidos, porque *la unidad latina está deshecha por el tiempo y por el espacio*. Pero mientras *La Patria* se expresa así, las tendencias más serias y reflexivas hasta en el halago del Congreso panamericano, han hallado un motivo de terror y han exclamado el *timeo Danaos et dona ferentes*. ¿Qué será el Congreso panamericano para las jóvenes Repúblicas de sangre ibérica?, se preguntan. Y el escritor sudamericano Vargas Vila les responde: «¡El Congreso panamericano! ¡He aquí el momento de la conquista! ¿Concurriréis á la cita, pueblos incautos de la sangre latina? Acudir es delinquir. ¡Contemplad la odisea de ese pillaje! En Cuba, la ocupación: ¡conquista disfrazada! En Manila, la guerra de exterminio: ¡conquista salvaje que hiere los sentimientos de la humanidad! En Puerto Rico, la posesión y el hambre: ¡con-

quista salvaje! En Nicaragua, la adquisición del canal: ¡conquista amonedada que hiere todos los idealismos! En Colombia, la guerra civil y la intervención forzada: ¡conquista del crimen y del engaño! Por dondequiera, la falacia, la intriga, la crueldad y el despojo. ¿Y estas son victorias de la civilización? ¡Escritores, pensadores, diaristas de nuestra América latina, engañados, han aplaudido algunas de estas conquistas! ¡Qué inocencia! ¡Ellas darán sus frutos de oprobio, de servidumbre y de maldición para todos nosotros! ¿Por qué no hacer ver á todos nuestros hermanos lo que son, en realidad, la raza que se propone dominarnos y el pueblo que se propone uncirnos al carro de su poder? Su raza insultadora y arrogante, es nuestra enemiga y nuestra difamadora. Su pueblo se jacta de grande, y sólo es insolente con nosotros; presume de superior, y sólo piensa en conquistarnos. Ante este pensamiento de conquista, que avanza como una ola, callar ¿no es un delito? La victoria ha hecho augusto el crimen. Ante las hordas que se aprestan á caer del Norte sobre nosotros, demos el grito de alarma, pongámonos alerta. ¿Qué dique levantaremos ante la ola de los bárbaros que adelanta? La fuerza se repele con la fuerza. Preparémonos á resistir, y nuestra arma primera sea la unión. La unión es la fuerza: unión de Méjico con sus hermanos del Centro; unión de la antigua confederación colombiana; unión de la antigua confederación del Plata; unión de las vertientes andinas entre Chile y Perú y Bolivia: ¡que por todas partes, en vez de los síntomas de guerra que nuestros contrarios atizan para dividirnos y debilitarnos más, que no se escuche otro acento que el de unión, unión, unión! Un Congreso de esos pueblos y de esa raza, convocado en la Argentina y reunido en Buenos Aires, precisamente enfrente á este Congreso pérfido panamericano, con que se nos trata de encadenar, prestando nosotros nuestro propio consentimiento, ese sería el principio y el lazo de esta unión. La gran metrópoli del Sur, haciéndose el nido del alma latina, frente á la metrópoli del Norte, hecha nido sombrío del alma sajona, se-

ría la nueva Jerusalem de nuestra redención. Entre tanto, pueblos hispanoamericanos, pensadlo bien: no asistid á la emboscada del panamericanismo, no asistid.»

* * *

El concepto que de la perfidia de la política norteamericana ha llegado á formarse en todo el mundo es tal, que cuando el Gobernador general de la Isla de Cuba ha publicado las ordenanzas convocando para la elección de los miembros de una Convención nacional que haya de proceder á la obra de una Constitución fundamental política, que ha de preceder á la de los mandatarios supremos que han de ponerla en práctica, este anuncio de próxima realización de la suspirada independencia, ha promovido mayor número de desconfianzas que jamás han existido. La ordenanza del General Wood, cuyo preámbulo establece que la prueba de moderación que el pueblo de la Isla ha dado en el ejercicio de su soberanía al hacerse las elecciones para la constitución de los Municipios, lo habilitan para que pueda lograr el uso total de su independencia, protestando los Estados Unidos de que jamás han tenido intención de absorber su soberanía ni ejercer otra intervención que la que exige la seguridad de la pacificación, marca la fecha en que han de verificarse así las elecciones, como la inauguración de la nueva Asamblea constituyente, el número de delegados por distritos ó provincias, correspondiendo tres á Pinar del Río, ocho á la Habana, cuatro á Matanzas, siete á Santa Clara, dos á Puerto Príncipe y siete á Santiago de Cuba, en total 31, y si bien no determina el punto en que se ha de tener la reunión, generalmente se cree que será en Santa Clara, por ser el centro geográfico de la Isla. Mas aunque hasta ahora no hay más actos oficiales procedentes del Gobierno delegado de los Estados Unidos, por donde pueda conocerse toda la extensión y toda la profundidad de sus intenciones, no han podido dejar de ser temas de discusión en el asunto, qué liber-

tad ó qué limitaciones dejará el Gobierno de Washington, así á las líneas generales de la obra constituyente, como á las demás prerrogativas que incumban á un Gobierno en realidad independiente y soberano, toda vez que ya amenaza con un criterio de coacción irresistible la prescripción de la misma ordenanza en que atribuye á la Convención *nonnata* como una de sus facultades precisas, ó más bien de sus obligaciones impuestas, la que conjuntamente con la obra constitucional habrá de dejar determinados en ella, de acuerdo con el Gobierno de los Estados Unidos, las relaciones que han de existir entre este Gobierno y el de la Isla de Cuba. Si las restricciones que desde luego se imponen á la Convención cubana, son las de dejar á cargo de los Estados Unidos las relaciones exteriores del Gobierno de la Isla, la prohibición de poder declarar la guerra sin permiso del Gobierno de Washington, el derecho de veto que éste se reserva en la legislación y en los actos financieros, principalmente en lo relativo al aumento de la Deuda, la supervisión permanente del Gobierno norteamericano sobre el Tesoro de la Isla, y la guarnición militar indefinida por parte de los Estados Unidos de las fortificaciones que dominan el puerto de la Habana y otros importantes para la seguridad y defensa del territorio, lo que los Estados Unidos dan á Cuba es una verdadera pamema de independencia, colocándola en una situación más restringida y penosa que la que España le ofrecía con su no aceptada autonomía. Como dice muy bien un periódico americano, si se despoja á un país del derecho de administrar su propia Hacienda y su fortuna, y si se le niega la facultad de mantener representación y relaciones exteriores, y se le impone el yugo de una fuerza militar extranjera y permanente que le cohiba y le mantenga en perpetua amenaza, ¿qué quedaría á Cuba, después de reunida la Convención, redactado un Código y constituído un Gobierno al parecer soberano, que representara los atributos verdaderos de esta decantada soberanía? Pero hay más: los Estados Unidos, que arrogándose la facultad de decretarlo todo, ha

repugnado dar á la Isla de Cuba una Constitución hecha, como Napoleón la daba á España desde Bayona en 1808 para la Monarquía que había de regir su hermano, y como España en sus prerrogativas soberanas la otorgaba á Cuba por medio de los decretos de su Constitución autónoma, ni aun en la redacción del Código que ha de discutir la Convención que se reunirá en Noviembre próximo, renuncia á una inspección personal constante que, sin embargo, no bastará para que, después de redactado y aprobado el nonnato Código, en Washington se tache y anule en él lo que parezca, y desde luego se anuncia, aunque la ordenanza del Gobierno general no lo expresa, que á intervenir los actos de la Asamblea irá un Ministro de la Suprema Corte de Justicia Federal, que se supone sea el Juez Brown, y aun el mismo Coronel Secretario de Relaciones Extranjeras de la Casa Blanca, Mr. John Hay, asistirá á la instalación, hasta dejar á la Asamblea en funciones. El primer movimiento que en la opinión pública de Cuba han causado estas disposiciones, ha sido de no encubierto disgusto, y el telégrafo nos comunica que algunos de los hombres más significados en la lucha por la Independencia, todos los que constituyen el partido nacional, han elevado mensajes á Mac-Kinley, protestando de lo que se hace y pidiendo lisa y llanamente la independencia prometida, sin limitaciones que la reduzcan á una verdadera comedia.

Muchos han llevado su pensamiento más allá, é imbuídos del espíritu de desconfianza que despiertan los actos tortuosos de la política americana, inseguros de lo que pueda salir de la Asamblea que se ha convocado, creen adivinar que si el Gobierno de los Estados Unidos, comprometido por el acuerdo de Abril de 1898, no podía decorosamente dejar de hacer algo que demostrara su firmeza en otorgar á Cuba la independencia ofrecida, en el momento de llegar á realizarlo, como un acto de estrategia del partido reinante en las vísperas de la reelección de Mac-Kinley, contrastado por los demócratas de Bayen, que han escrito en su programa la libertad de todos

los pueblos conquistados por el imperialismo, no se obra de buena fe, dejando las cosas dispuestas de tal modo, que en el primer conflicto que surja de una situación amarrada con tantas cadenas y minada por tantas emboscadas como los norteamericanos son maestros de inventar y tender, esta independencia con tantas cortapisas sólo equivaldrá á una carrera de obstáculos insuperables, á fin de hallar en ellos mismos el pretexto de mañana, para sincerar la conducta del Gobierno yanqui, y realizar la anexión definitiva. La independencia que los Estados Unidos tratan de otorgar á Cuba no es otra cosa que la consagración legal por los cubanos del alto protectorado que el Gobierno de Washington se reserva. Sus mismos delegados y representantes pondrán todos los medios imaginables para que el edificio de la independencia fracase, y cuando ni la isla haya conseguido el grado de prosperidad que por su soberanía se promete, y antes bien, esta misma soberanía haya producido un cúmulo insuperable de dificultades políticas, económicas, sociales, como las que se crean con manos ocultas y sin descanso en otras repúblicas latinas, á quienes no se permite un momento de paz interior, entonces los Estados Unidos se hallarán en condiciones de mentir al mundo que ellos han hecho por la independencia de Cuba todos los sacrificios imaginables, y que, no lográndose los frutos de esta posesión de sí misma por la condición ingobernable de sus habitantes, los Estados Unidos tienen que poner coto en nombre de la civilización, de sus intereses lesionados y de su alta representación en la prosperidad del mundo americano, sometiendo á Cuba, no á la anexión de un Estado confederado, sino á la situación vejatoria y afrentosa en que se ha puesto á Puerto Rico.

A poco que se observe la conducta seguida por los Estados Unidos en Cuba durante los dos años que lleva de ocupación, se ve que, en ver de fomentar, como habían prometido, con grandes y nuevas empresas la prosperidad de la isla, han hecho todo lo posible para impedir que se levante de su postración, ya cerrando las puertas á las nuevas empresas por me-

dio de la ley Foraker, ya llevando á los Estados Unidos lo más saneado de la recaudación aduanera, que es casi la única fuente de los ingresos de la isla, ya dejando subsistentes los crecidos derechos arancelarios que en los Estados Unidos gravan los principales productos cubanos, como el tabaco y el azúcar; en tanto que ellos, sin pedir permiso á los habitantes de la isla de Cuba, han reformado á su sabor el arancel de la gran Antilla en el sentido de beneficiar las procedencias de la República del Norte: es decir, que en la situación que los Estados Unidos han creado para la isla de Cuba, Cuba da á los Estados Unidos casi el libre cambio, y los Estados Unidos á Cuba el ultraproteccionismo. Consideremos como hechos secundarios los que simplemente se presentan á la vista como esencialmente abusivos, en cuyo número incluyamos las inmoralidades escandalosas de la administración que iban á moralizar, y que tan alto han puesto el nombre honrado de la administración moral de los Estados Unidos en las filtraciones descubiertas en la Administración de Correos, y en el hecho que todo el mundo presencia atónito en Cuba, de las importaciones, libres de derechos, que en ella se hacen, de cuantos víveres, ropas, calzado y todo género de productos se envían con destino á su ejército de ocupación, y cuyas cuantiosas mercancías invaden ilícitamente las plazas mercantiles de toda la isla, bajo el título de sobrantes, haciendo sus importadores un pingüe negocio de muchos millones de dollars contra las industrias locales y el comercio matriculado que paga sus impuestos, sus derechos aduaneros y todos los gravámenes que sobre ellos pesan.

Cuando las limitaciones y condiciones que se imponen á los instrumentos sobre que ha de girar la independencia de Cuba, erigida en República soberana, son de tal naturaleza que equivalen á atar más y más las manos de aquel país, al que, á título de protector, se ha erigido en su interventor omnímodo, la independencia que haya de surgir de los actos que se preparan, no será más que una ficción momentánea que

apareje para plazo más próximo, y nunca lejano, el atropello de la anexión que todo el mundo ve inminente. La ordenanza para la reunión de la Asamblea de los treinta y un constituyentes, el Código que se proyecta y sobre cuyas bases el Gobierno americano se reserva el derecho del veto, la prohibición del mantenimiento de relaciones exteriores, la intervención continua de las operaciones financieras del Gobierno de la isla, la ocupación militar de sus fortalezas por un tiempo ilimitado, quitan al acto de la independencia toda su elevada consagración y lo reducen á una farsa que repugna.

Para España esta situación de las cosas es tan aflictiva como para los cubanos mismos. Los cubanos, que, como LA ESPAÑA MODERNA repetidas veces ha dicho, ayer fueron nuestros rebeldes y los tratábamos como á tales, desde el Tratado de París se elevan en nuestro pensamiento, como todo el mundo latinoamericano, á pesar de la esquivez de la suerte, á la categoría del interés de raza y de familia que estrechan más los vínculos de todo género que á aquella isla nos une y unirá siempre. No podemos dejar de mirarlos, por lo tanto, como hermanos, y sus intereses son nuestros intereses. Hoy conspiran los Estados Unidos solapadamente contra Cuba, como ayer conspiraron por Cuba contra España. Entonces los cubanos se convirtieron en auxiliares de los que se les vendían por protectores. Nunca Cuba espere de España las represalias de esta conducta. El afán de su independencia es hoy tan vigoroso en nuestro espíritu como lo fue hace tres años el de nuestros más acérrimos adversarios de la manigua. Queremos la independencia de Cuba. No volveremos á dominar más aquella isla. Pero el interés de sangre y de familia nadie logrará borrarlo jamás de nuestros corazones.

*
* *

No es sólo en la isla de Cuba donde la aproximación de las elecciones presidenciales de los Estados Unidas coincide con

ciertas corrientes de pacificación ó tregua. La noticia más satisfactoria, bajo este punto de vista, es la terminación de la larga guerra civil que desde Octubre del año pasado ha venido ensangrentando la República de Colombia. Antes de esta ocasión se ha escrito en estas páginas, y hay necesidad de repetirlo: la insurrección que ha sostenido en armas el general Uribe en Colombia, á nombre del partido liberal, contra la situación legal del Sr. Sanclemente, ha sido un artificio sostenido desde extrañas fronteras, y como ha comprometido la integridad de aquellos Estados, ha sido una verdadera guerra de parricidio. Desde algunos Estados del Centro, desde las provincias fronterizas del Ecuador y de Venezuela, se han prestado á la rebelión auxilios que no pecan de menos criminales, porque la hostilidad sostenida contra Colombia, de haber triunfado la dirección disolvente de la insurrección, á la vez que habría podido desmembrar profundamente esta República, hubiera abierto para el porvenir una herida no menos grave y onerosa para la integridad y la independencia ulterior de los mismos que la auxiliaban. Por fortuna, enmedio de sus quebrantamientos económicos, el Gobierno legal de Colombia, ayudado virilmente por la fuerza poderosa de la opinión, ha podido defender victoriosamente el principio de la legalidad y de la integridad nacional, y por tentativas que se han hecho en unos y otros Estados para promover la conmoción, es decir, el caos general, vencedor unas veces, vencido en el campo de batalla otras, ha sostenido incólume el depósito de su poder y se han frustrado todos los esfuerzos del artificio para que aquella combatida sociedad cayera en la anarquía.

Cuando los encubiertos directores de la insurrección, después de tantas pruebas sangrientas y desacertadas, se persuadieron de la inutilidad de conseguir el movimiento general que se pretendía, la guerra se llevó al itsmo, para provocar la intervención extranjera, y esto es lo único que se ha realizado del programa fraguado hace cerca de un año por los enemi-

gos de la integridad de Colombia. El término de tan prolongada contienda ha tenido lugar en los territorios del itsmo de Panamá, puesto bajo las garantías internacionales por el tratado de 1846 entre Colombia y los Estados Unidos. En virtud de dicho tratado, no sólo se declaró neutral todo el itsmo, sino que los Estados Unidos adquirieron el derecho á mantener el órden en aquel territorio contra cualquier género de agresiones que lo comprometieran. Para hacer efectivos estos derechos y esta obligación, ya que ninguna potencia de Europa, ni ningún otro Estado americano, han proyectado la menor tentativa de invasión contra el territorio de Colombia ni en los fracasos de las compañías constructoras del canal, ni por ningún otro motivo, ha sido necesario sugerir á una fuerza lanzada á las aventuras parricidas de una revolución la idea de venir, vencida en todas partes, á reñir sus últimos combates donde el interés internacional pudiera ser herido para provocar esta intervención. Y así ha sucedido; pero con la particularidad, de que, aunque en la secretaría de Estado del Gobierno de Washington, apenas llegaron el 25 de Julio último las noticias de que los insurrectos colombianos se disponían á bombardear la plaza de Panamá, se tomaron aceleradas disposiciones, á fin de que la intervención yanki obrase como el rayo, el Cónsul americano en aquella ciudad, Mr. Cudger no pudo eludir la acción común con los marinos del crucero inglés *Leander,* cuyos diligentes oficios alcanzaron, después del brutal combate del día 26 en que las fuerzas revolucionarias perdieron entre sus numerosos muertos á los generales Temístocles Díaz y Joaquín Arosemena y las del Gobierno al coronel Barona, á los comandantes Holguín y Linares y el capitán Pacheco, se firmase primero un armisticio para dar sepultura á los muertos, y después un acto de sumisión de los rebeldes derrotados á las autoridades legales, en virtud de concesiones recíprocas así de concordia política como de humanidad.

Todavía, á pesar de las confirmaciones oficiales, es lícito

dudar si esta revolución que á tantas escenas horrorosas é indescriptibles de sangre y estragos ha dado lugar, habrá tenido definitivo y deseado término. ¡Tantas veces se ha anunciado el fin de la revolución después de un hecho tan doloroso como la jornada del 26 de Julio en los arrabales de la ciudad de Panamá! Los que han descrito por medio del telégrafo las escenas de aquel día, no titubean en asegurar que aquellos pacíficos territorios, llamados á otras lides civilizadoras y de comunicación entre los hombres, jamás han presenciado tan numerosa hecatombe. Después de estos sucesos, en Bogotá hubo una reforma en el Ministerio del Sr. Sanclemente, y el telégrafo últimamente ha anunciado que este anciano magistrado ha renunciado la presidencia. En realidad, Sanclemente era la ley y era el derecho; pero á veces más que la ley y el derecho vale la paz, y Colombia es uno de los pueblos americanos que tienen más urgencia de conquistar en propio provecho las seguridades de una larga pacificación.

Aún no terminada la guerra civil, las quejas producidas, ya por los auxilios dispensados á los revolucionarios, ya por las recíprocas invasiones de los territorios limítrofes y de algunos abusos cometidos por unos y otros invasores, hacían temer una ruptura de relaciones entre Colombia y el Ecuador. Si el cambio de situación que se ha verificado logra dominar también pacífica y satisfactoriamente estas asperezas, tal vez Colombia pueda entrar pronto en el camino de las reparaciones que le son tan necesarias. El sucesor de Sanclemente ya ejerció la presidencia antes que éste la asumiera en su persona, con mucha autoridad y prestigio. Se dudó entonces si en la avanzada edad de Sanclemente su magistratura podría dar ocasión á conflictos como los que han sobrevenido. El invocó su derecho, y, aunque residiendo fuera de la capital de la República, ha conllevado su poder sin que las fuerzas sanamente gubernamentales del país le hayan abandonado un solo instante. En honor de Colombia, hay que reconocer que el país en su mayoría, durante la larga insurrección, ha

estado con la legalidad. Que no falte á la nueva situación esta fuerza y este prestigio, y que, con éxitos inmediatos, haga comprender á los revoltosos de Colombia que entregarse á la protección de los émulos de la patria equivale tanto como á hacerla traición.

***

De las mismas alegrías en la paz participa Caracas, la capital de Venezuela. Allí, donde recientemente se había dado el escándalo del encarcelamiento y expulsión del juriscousulto y diplomático chileno Ricardo Becerra, una de las inteligencias científicas más ilustres de la América ibérica contemporánea, el 24 de Julio último, su Presidente, el General Castro, después de haber hecho abortar todas las tentativas de revolución armada que se habían venido haciendo, desde su elevación á la presidencia de la República, expidió una proclama, declarando oficialmente la paz en toda la nación venezolana. La publicación de este documento se hizo en la fiesta del cumpleaños de Simón Bolívar, y por lo tanto, revistió toda la solemnidad apetecible para hacer vibrar el acto en el corazón de todos los caraqueños.

Después de este acto se procederá ahora á las elecciones generales. Para preparar este acto, que han de sancionar los poderes que el General Castro ejerce, ha hecho una modificación ministerial, otorgando los cargos del Ministerio á hombres que gozan tanta reputación por sus talentos, como prestigio por su probidad. Tiempo es ya de que estas jóvenes Repúblicas entren en un régimen legal de conducta imperturbable. ¡La paz! ¡La paz! Es el mayor beneficio que puede darse á aquellas jóvenes sociedades que tienen que desarrollar tantos gérmenes de que les dotó la Naturaleza para su prosperidad y florecimiento. Europa habrá de envanecerse de no tener que arrepentirse de haberse apresurado á recono-

cer el poder del General Castro sobre los estragos de una revolución.

* * *

Los continuados aplazamientos que ha venido sufriendo desde Mayo último la retribución de la visita al General Roca, Presidente de la Argentina, por el del Brasil, Campos Salles, son cosa que no puede menos de llamar la atención del mundo político. El último plazo que se fijó fue para el 8 de Setiembre. Ahora, para que vuelva á aplazarse, sirve ya de pretexto la probabilidad de que, como en el año último ocurrió, se propague al Brasil la epidemia bubónica que ha vuelto á presentarse en la Asunción del Paraguay. Mucha desgracia será, en efecto, que este azote aflija de nuevo al Brasil; pero como los espíritus políticos suelen ser tan descreídos, no á la apidemia del Paraguay, sino á otras causas de más honda importancia atribuyen estos aplazamientos.

La cuestión es saber, si los origina algún móvil político, cuál es la tendencia de este móvil. Parecía cuando Roca visitó á Montevideo y á Río Janeiro que en el fondo de estas visitas palpitaban salvadoras alianzas. Los problemas suramericanos, calladamente unos, á gritos otros, se complican. Chile por una parte, la Argentina por otra, refuerzan con nuevas construcciones sus fuerzas navales respectivas. El Perú hace ostentosos avances de aproximación hacia la Argentina, y Bolivia se liga en causa común con su vecino de los Andes. Los límites en el Brasil y la cuestión del Acre pone en suma tirantez las relaciones de Pando con Campos Salles; y mientras al Perú se atribuye que buscando la protección de los Estados Unidos hasta ha cedido al gobierno de Washington un depósito de carbón en sus costas, Mr. Hay no logra convencer á Morla Vicuña de que Chile concurra en Octubre del año que viene al Congreso panamericano de Méjico.

Los problemas iberoamericanos nos tienen acostumbra-

dos, con contadas excepciones, á que las situaciones más rígidas se deshagan como el grano de sal en el agua, y nosotros nos alegramos siempre de ello. Pero las nubes que se amontonan en el extremo austral de la América del Mediodía ¿terminarán en borrasca inevitable? Los aplazamientos de la visita de Campos Salles á Buenos Aires mucho nos hacen meditar.

Iob.

CRÓNICA LITERARIA

Eça de Queiroz.—Alejamiento intelectual entre españoles y portugueses.—Representación de Eça de Queiroz en la literatura portuguesa. —La influencia francesa.—Eça de Queiroz y Flaubert y Eça de Queiroz y Zola.—Principales obras del escritor portugués.

El nombre de Eça de Queiroz les habrá sonado á cosa nueva á la mayor parte de los que hayan leído en los periódicos, días pasados, la noticia de la muerte del novelista portugués. Puede decirse que se ha hablado más de éste al noticiar su fallecimiento, haciendo las breves necrologías que son de costumbre en estos casos, que se habló de él en vida á la publicación de sus libros, ignorados casi todos del público español, y hasta de algunos de nuestros literatos y críticos. Sobre las obras de Eça de Queiroz sólo recuerdo algún artículo de la señora Pardo Bazán. No sé si algún otro crítico trataría de ellas, pero si lo hubo en efecto, sería una excepción más.

Era, sin embargo, Eça de Queiroz escritor tan digno de estudio ó más acaso, que bastantes de los literatos franceses que nos son familiares, y de los cuales se suele hablar largamente en los periódicos con motivo de la publicación de cualquiera de sus libros ó del estreno de alguna de sus obras dramáticas si de dramaturgos se trata. El caso del autor de *Os Maias* es un ejemplo más del apartamiento intelectual y moral

de los dos pueblos hermanos de la península ibérica, que son dos hermanos que no se tratan. No sé á ciencia cierta si en Portugal se leen algo los autores españoles, pero es visible que la literatura española no ejerce allí influencia apreciable. En cuanto á nosotros, apenas hay quien lea á los escritores portugueses modernos, y la falta de comunicación entre unos y otros peninsulares es tal, que recuerdo como hecho característico lo que me decía un librero hace algún tiempo al explicarme el excesivo retraso en la llegada de un libro portugués (creo que del mismo Eça de Queiroz ó de Oliveira Martins): «Prefiero pedir libros al Japón; es mucho más fácil y más breve.» Parece que entre ambas naciones se alza un invisible muro que trueca su vecindad en apartamiento.

Los dos escritores que he citado, Eça de Queiroz y Oliveira Martins, tan notables ambos, cada uno en su género, novelista el uno, escritor didáctico, historiador, sociólogo y jurisconsulto el otro, verdadero polígrafo, en suma, fueron poco conocidos en España, apenas más que de nombre, á pesar de la fama de que en su país, tan próximo, gozaban. De Oliveira Martins se tradujo al castellano la *Historia de la Civilización Ibérica,* pero ninguno de sus restantes libros, ni la *Historia de Portugal,* ni *As Raças humanas,* ni el *Portugal contemporáneo,* ni el *Quadro das instituçoes primitivas* fueron vertidos á nuestro idioma. Ni siquiera lo fue la obra maestra de Oliveira desde el punto de vista literario: el *Sistema dos Mythos religiosos,* que recuerda á Renán por la magia del estilo y es sin disputa una de las más acabadas tentativas de evocación poética de la historia religiosa. «Para escribir este libro—decía el autor en la introducción que le puso—querría disponer de una pluma que fuese como la varita de las hadas; y querría poder mojarla en tinta semejante á los filtros de los magos ó al *Soma* de inmortalidad de los dioses védicos.» Oliveira encontró la pluma que necesitaba. En su libro puede discutirse al pensador pero hay que admirar al poeta.

De Eça de Queiroz se tradujeron al castellano dos obras:

O primo Bazilio y *O crime do Padre Amaro,* pero casi puede decirse que sólo se tradujo una, la primera, pues la versión de la última, tomada sin duda de la primera edición portuguesa, no da idea de esta novela, que el autor refundió, corrigió y aumentó hasta el punto de convertirla casi en una obra nueva. La edición definitiva tiene doble extensión de la primera, y en la portada se lee: *Terceira ediçao.—Inteiramente refundida, recomposta, é differente na forma é na acçao da ediçao primitiva.* Esta transformación tan radical de una obra literaria, caso poco frecuente, se explica diciendo que *O crimen do Padre Amaro* se publicó por primera vez en una Revista (la *Revista Occidental* de Jayme Batalha Reis), y como Eça de Queiroz dejase pasar tiempo sin acabarla, el editor encargó á un escritor adocenado que la pusiese término. No respondo de la exactitud de esta historia, pero hay que reconocer que no es inverosímil.

Ni Oliveira Martins, ni Eça de Queiroz, alcanzaron toda la notoriedad universal á que su mérito les daba derecho. Padecieron ambos las limitaciones á que les condenaban su patria y su lengua. Franceses, ingleses, alemanes ó italianos hubieran conseguido el renombre de notabilidades europeas. Pero hijos de una nación decadente y obscurecida, artífices de una lengua que no alcanza la difusión de los idiomas que combaten en primera línea en la batalla de las lenguas; su fama atravesó con trabajo las fronteras de su país, y fuera de ellas no llegaron á ser populares, ni siquiera muy conocidos, si bien lo fue algo más Oliveira Martins por la índole de sus trabajos, por el carácter cosmopolita de los estudios científicos, categoría á que pertenecían sus escritos jurídicos, sociológicos é históricos, y en parte también por la posición que alcanzó á última hora en la política de su país.

Si los grandes hombres se guiaran por su interés, en nadie serían tan poderosas como en ellos las sugestiones del patriotismo, que, por el contrario, suele estar más vivo y arraigado en los humildes, en los obscuros, en los *números* de la masa so-

cial que en los espíritus superiores. A estos es á quienes principalmente afecta la grandeza ó decadencia de su patria. Pertenecientes á una gran nación, se les abren, fáciles, todos los caminos del renombre y del buen éxito y se les vienen á la mano todos los medios materiales y sociales necesarios para la realización de su ideal. Hijos de una nación pobre y empequeñecida, se encuentran como alejados del movimiento del mundo; la Naturaleza les ha dado alas para elevarse á las más altas regiones, pero la Historia les sujeta al suelo con los obstáculos de un idioma poco difundido, de la falta de ambiente literario ó científico y de la ausencia de la atención del mundo en el rincón donde nacieron. Se hallan mal colocados en el campo de batalla, y su esfuerzo tiene que ser más penoso y perseverante si han de alcanzar el laurel de los vencedores. En cambio, en la vida en la masa vulgar hay menores diferencias. Con más ó menos grados de bienestar y mayores ó menores aspiraciones, la vida del obrero y de la más modesta burguesía es muy semejante en todos los pueblos civilizados. Y, sin embargo, el patriotismo típico, que no razona, pero siente, producto del hábito y de la herencia, es patrimonio siempre de esas capas sociales que participan menos de los beneficios y de los males que acarrea á las naciones el papel más ó menos brillante que desempeñan en el mundo. En los grandes hombres, la misma amplitud de su pensamiento les inclina á cierto cosmopolitismo, les hace ser humanos antes que nacionales.

***

Era Eça de Queiroz la primera figura viviente de la literatura portuguesa. Entre los novelistas de su país ninguno podía disputarle el primer puesto, ni se le acercaba siquiera en mérito. Y entre los novelistas de la península ibérica de este siglo acaso le correspondía el segundo lugar, aventajándole sólo Galdós por la magnitud y la solidez de su obra,

si bien el escritor portugués sobrepujó á veces al autor de los *Episodios* en los primores de la ejecución literaria, en la elevación y colorido del estilo, en la amplitud de su horizonte estético y en la delicadeza de la intuición artística.

En la moderna literatura lusitana, Eça de Queiroz no tenía sólo la representación individual correspondiente á un escritor de su mérito; tenía también la de ser uno de los primeros adalides de aquel movimiento literario que renovó las letras portuguesas en la segunda mitad del siglo, y abrió nuevos caminos á la corriente intelectual y artística, en la novela, en la filosofía, en la crítica, en la historia y en la jurisprudencia. Fue uno de los asiduos del brillante *cenáculo* del poeta Anthero de Quental; formó parte de aquella generación en que se dieron á conocer Quental, Theophilo Braga, Oliveira Martins, Ramalho Ortigão (el colaborador y amigo inseparable de Eça), Guerra Junqueiro y otras celebridades portuguesas.

El autor de *A reliquia* debutó en las letras en una época de encogimiento literario, de rutina, de imitación, de uniformidad de estilo, de frases hechas, y de clichés consagrados por el uso. Eça fue un innovador y un revolucionario. Prescindió de los modelos consagrados, de Herculano y Garrett, y escribió en un portugués suyo, en un estilo original lleno de vigor y de colorido, sembrado de imágenes, *vivido,* despojado de los afeites convencionales de la retórica artificiosa. Y al par con el estilo iban las ideas, irreverentes, atrevidas, saturadas de ironía, piedra de escándalo para cuantos rendían culto al justo medio.

No podían menos de escandalizar, en efecto, al público y á la crítica de entonces, acostumbrados á una literatura mesurada y enemiga de excesos, los dos rasgos capitales de los escritos de Eça de Queiros; un volterianismo remozado, *modernizado*, al estilo del de Anatolio France, aunque más enérgico y punzante en sus ironías, y un erotismo enteramente pagano. No hay obra de Eça de Queiroz, ó al menos no la hay de

las principales que salieron de su pluma, en que el amor carnal no inspire páginas escritas con la delectación de un Catulo, de un poeta de los tiempos en que el amor no se creía pecado, y en que dioses y hombres rendían el cuello sin rubor ni recato al suave yugo de la rubia Afrodita.....

Se explica que la crítica no fuera blanda al principio con Eça de Queiros, y que le tratara de ateo, de obsceno, de desmoralizador. Pero el talento del autor de *Os Maias* se fue imponiendo poco á poco. El esfuerzo de la generación literaria á que pertenecía, hizo cambiar el gusto del público y reivindicó para el escritor aquella libertad que al principio escandalizaba tanto. Eça de Queiroz dejó de ser discutido, pasó á esa categoría que dan el mérito consagrado ya y la autoridad reconocida; á la posición que tiene entre nosotros Galdós, por ejemplo. Y el público le acompañó con su favor constantemente. Los libros de Eça de Queiroz eran de los que más se vendían en Portugal.

En su juventud fue periodista político, pero según parece se redujo esto á un ensayo efímero y el autor de *Os Maias* no mostró tampoco aptitudes extraordinarias para aquella profesión. Su gran afición era la novela, y novelas fueron casi todas sus obras.

Eça de Queiroz empezó á darse á conocer como literato en 1868. Dos años antes había concluído la carrera de Derecho en la Universidad de Coimbra. En el folletín de la *Gazeta de Portugal*, de Teixeira de Vasconcellos, publicó una serie de cuentos originales hasta la extravagancia. Uno de los críticos lusitanos que han escrito sobre las obras de Eça de Queiroz dice que en ellos mostraba una como epilepsia del talento. Entre estos cuentos el más popular y conocido es *O senhor diabo* que indicaba ya lo que había de ser el ingenio del autor de *O Mandarim*. Poco después, ó al mismo tiempo, publicaba en el *Diario de Noticias*, en colaboración con su amigo Ramalho Ortigão, aquel famoso *Mysterio da Estrada de Cintra* que tuvo intrigada unos días á media Lisboa, y que muchos toma-

ron por relato de un suceso real y no por invención novelesca, haciendo crecer extraordinariamente la tirada del periódico. Tres años después colaboraba, también con Ramalho Ortigão, en los primeros cuadernos de *As Farpas,* publicación satírica que han comparado algunos á *Les Guêpes* de Alfonso Karr y que metió mucho ruido en Lisboa. Publicó después en la *Revista Occidental, O crime do Padre Amaro.* Y sucesivamente fueron apareciendo *O Primo Bazilio, O Mandarim, A Reliquia* y por último *Os Maias,* la obra maestra del novelista portugués.

Después de *Os Maias* la pluma de Eça de Queiroz no produjo nada que sobrepujase ni igualase á esta novela. En la *Revista de Portugal* publicó la *Correspondencia de Fradique Mendes* y en la Revista brasileña editada en París, *Revista Moderna, A illustre casa Ramires,* que no llegó á concluirse por la corta vida de aquella publicación.

Ultimamente trabajaba, según parece, en una *Vida de San Christovao* y tenía concluída una novela titulada *As cidades e as serras,* mas estos trabajos permanecen inéditos y el primero no sé si lo dejaría bastante adelantado para que pueda publicarse.

* * *

La influencia francesa es visible en las obras de Eça de Queiroz, como sucede comunmente con los escritores modernos de la familia ibera y más todavía con los iberoamericanos que con los portugueses y los españoles. Pero tenía demasiada originalidad el autor de *A Reliquia* para ser meramente un imitador. No es difícil advertir en sus libros la predilección por la lectura de los autores franceses modernos, la tendencia del gusto hacia los procedimientos de composición y exposición seguidos por ellos, mas Eça de Queiroz pintó tipos portugueses contemporáneos tan llenos de vida como los tipos españoles que nos presenta Galdós en sus novelas, si bien se circuns-

cribió menos que el novelista español al escenario de la clase media. Además de esto, el estilo es personal, verdadero estilo propio, en todas las producciones del autor de *A Reliquia*. No debe tomarse en cuenta para apreciar en su justo valor esa influencia francesa, el que Eça de Queiroz fuese desde 1888 Cónsul general de Portugal en París, pues anteriores á esa fecha son sus principales obras, en las que tal rasgo se advierte.

La única obra del escritor portugués que puede considerarse como una imitación y en que claramente se descubre que fue inspirada por el pensamiento de otro libro, es *O Primo Bazilio*. Esta novela es una *Madame Bovary* portuguesa, cuya acción se desarrolla en Lisboa y entre personajes lusitanos. El asunto es el mismo, aunque la obra no puede considerarse como un plagio, pues la viva y animada pintura de tipos y costumbres que hace en ella el autor de *O Primo Bazilio* basta para dar á este libro la novedad de que su argumento carecía después de publicada la conocida novela de Flaubert.

A Flaubert era á quien más se parecía en el estilo Eça de Queiroz, aunque no fuese éste, como el autor de *Salambó*, un paciente cincelador de la frase, desvelado siempre por el cuidado de la lima, sino más bien un poeta que dejaba correr libremente la vena de su espontánea y abundosa inspiración. El *Zola* portugués le llamaron algunos, quién en son de elogio, quién en son de censura; pero la comparación, fundada unas veces en el realismo del novelista lusitano, sacada á relucir otras con ocasión de la semejanza de asunto entre *La faute de l'Abbe Mouret* y *O crimen do Padre Amaro*, era poco exacta. Eça de Queiroz se parecía más á Daudet, y sobre todo á Flaubert, que al autor de *La Debâcle*.

La semejanza de asunto que existe entre las dos obras que acabo de citar, no es ya tan completa como la que se advierte entre *Madame Bovary* y *O Primo Bazilio*. La base de la acción es la misma en ambas obras: un sacerdote que quebranta sus votos; pero la manera de desarrollar y de concebir este asunto,

es muy diferente. No hay nada en *O crimen do Padre Amaro* que se parezca á aquella poética pintura del *Paradou,* que ofrece á los amores de Sergio y Albina el cuadro maravilloso de una selva encantada de cuento de hadas. La obra de Zola es un poema, un poema pagano, cuyas endechas cantan el triunfo del amor y de la carne sobre los votos del espíritu. La novela de Eça de Queiroz se desarrolla en un medio prosaico, mezquino; es acaso más humana y más real, y su mérito consiste en la fuerza dramática de la acción, y sobre todo en la extraordinaria vida de los personajes, que el lector parece que está viendo al recorrer las páginas del libro. Entre el romanticismo arrebatado de *La faute de l'Abbé Mouret* y aquella evocación de la vida real burguesa de una ciudad de provincia que vemos en *O crimen do Padre Amaro,* hay gran diferencia. Más parecido que entre estas dos obras, no obstante la semejanza de su asunto, hay acaso entre la novela del escritor portugués y cualquier otra de las obras más realistas de Zola, como *Pot Bouille* ó *La Conquête de Plassans,* cuyo argumento es completamente distinto. La analogía de los asuntos no crea la verdadera semejanza de las obras, que consiste principalmente en la manera de concebir y de desarrollar la acción, de presentar los personajes, etc.

O Mandarim y *A Reliquia,* son dos obras de gran originalidad. Sobre el fondo realista de una novela de costumbres de la vida burguesa, ingerta, por decirlo así, el novelista, en la primera de estas obras, las páginas de sabor exótico, impregnadas del perfume de Oriente de que habla Pedro Loti, de la descripción de Pekin, y en la segunda, el cuadro lleno de luz y colorido de la Judea en tiempo de la Pasión, que no cede á los mejores trozos de *Salambó.* Resulta irreverente, en verdad, la evocación del drama sagrado, enmedio de una fábula mundana y licenciosa, pero no puede desconocerse el arte exquisito con que está hecha la descripción (puramente profana) de la Jerusalem histórica, y de las escenas de la tragedia divina que inmortalizó á Judea. Y en ambas obras, el contraste entre

la poesía de estas descripciones del Asia misteriosa, y estas escenas del más sublime drama de la Historia, y la prosa ó la realidad vulgar de los personajes contemporáneos que intervienen en la acción matriz de la novela, es de un efecto sorprendente.

Os Maias es, á mi juicio, la más acabada de las obras de Eça de Queiroz. Se publicó y fue escrita al mismo tiempo que *A Reliquia*. Es también la más extensa de las novelas del escritor portugués. Pero sus dos gruesos tomos, que tienen aproximadamente tanta lectura como los tres de *Angel Guerra,* se leen con interés y emoción crecientes, á medida que avanza el curso de la acción. *Os Maias* es una novela contemporánea que tiene por teatro á Lisboa, y se desarrolla en un círculo intelectual y aristocrático. El autor la puso por subtítulo *Episodios da vida romantica,* y el asunto es un drama amoroso. La intensidad de sentimiento que respiran sus páginas, recuerda *La educación sentimental,* de Flaubert. La evocación de la vida real, así en personajes como en escenas, es de una intensidad admirable. *Os Maias* es, para mi gusto, una de los mejores novelas publicadas en Europa en estos últimos treinta años.

La pérdida de Eça de Queiroz es irreparable para la literatura portuguesa. No hay en la nueva generación nadie que haya mostrado ser capaz de ocupar el puesto que deja vacante en la novela lusitana el autor de *O Mandarim*.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO: Bellas Artes: La arquitectura en el siglo XIX.=Lingüística: Lenguas y dialectos.=Literatura y política: La prensa francesa en el siglo XIX.=Religión: Católicos y protestantes en Francia.=Dramática: El novísimo drama en Rusia y Alejandro Ostrovski.=Impresiones y notas: Los mandamientos de Tolstoi.—La literatura española en Rusia.—El futuro Papa.—Recursos de la beneficencia norteamericana.—Los filósofos rusos.—Decálogo forestal.—A propósito del lenguaje de los pájaros.—Preparación de la celuloide.—Napoleón III y Wagner.—El movimiento intelectual en el Japón.—La hora de la muerte.—La mujer en los proverbios rusos.

BELLAS ARTES

La arquitectura en el siglo XIX.—La arquitectura desempeña en el arte—dice Frantz Jourdain en la *Revue Bleue*—el papel de la Cenicienta, olvidada ó desdeñada, como si no fuera digna de figurar al lado de sus hermanas la pintura y la escultura, la literatura y la música. Estéticamente, el fin de la arquitectura es producir sensaciones por medio de la línea, como la música por los sonidos; con sus divisiones rimadas á modo de estrofas, la arquitectura ofrece misteriosas analogías con la música, desdeñando ambas artes la reproducción de las formas corporales que constituyen la esencia misma de la pintura y la escultura.

Francia, que había ofrecido al mundo brillante ejemplo de

originalidad, creando el gótico y el Luis XV, rompió, al rayar el siglo, con su glorioso pasado, resucitando una Roma falsificada, con sus tribunas, cascos, togas, coturnos, lictores y coronas de laurel. El coche se transforma en carro, el caballo en corcel, el sillón en silla curul, y el Instituto crea el estilo *bombero*, de que todavía no estamos libres. La arquitectura se hace dura, ensimismada, pretenciosa y simétrica, tomando el aspecto de un granadero que viene á rectificar la alineación. Con sus frontones, pilastras, columnas y entablamentos, con sus líneas rectas, techos aplastados y ornamentación ampulosa y monótona, los edificios construídos bajo Napoleón se parecen al discurso latino de un retórico que no hubiera comprendido la majestad romana. A pesar del hermoso arco de triunfo del Carrousel, que es una verdadera restauración antigua, no se podrá perdonar á Percier y Fontaine el ala derecha de las Tullerías y la maciza fachada de la calle de Rívoli, ni emitir juicio favorable sobre la extravagante columna Vendome, la Bolsa, la columna del Chatelet ni el monumento á Dessaix, saliendo únicamente bien parados el Arco de la Estrella y la Magdalena que, después de todo, no encarnan ya el espíritu del estilo Imperio como ciertos detalles de la Malmaison ó del Elíseo y las fachadas de algunos cuarteles.

Bajo Luis XVIII, la arquitectura se modificó poco; y si Roma no continuó reinando con Marte, continuó con Minerva, Apolo y Venus, siguiendo los académicos considerando el románico, el gótico y hasta el renacimiento, como «manifestaciones de vergonzosa barbarie». Sólo después de 1830 reaccionó la opinión, fustigada por el romanticismo; pero no se hizo más que salir del ergástulo para encerrarse en la torre de Nesle; bajo Luis Felipe se abusó de la ornamentación, se emplearon malos materiales, se inauguró el reinado de las fundiciones más groseras, se difundieron los *simili* y el *toc*, y so pretexto de renovar el culto del gótico y del renacimiento, se retrató en los balcones á Eloisa y Abelardo, se imaginaron trovadores inverosímiles y castellanas para carniceros, cruza-

dos de Carnaval, pajes de morcilla, héroes de pastelería, se puso la ojiva en todas las salsas y se coronó de almenas las más inofensivas casas burguesas. La catedral de Orleans y Santa Clotilde son espantoso testimonio de los estragos de aquella enfermedad. Los clásicos, por su parte, alentados por el elemento oficial, no se dieron por vencidos, y la Sala Ventadour, el antiguo Hotel de Ville, el Tribunal de Cuentas y Nuestra Señora de Loreto atestiguan lo pobre de su inspiración y de sus recursos.

Dos personalidades de primer orden se destacan de entre este montón de adocenados: Viollet-le-Duc y Labrouste: el primero con sus sabias restauraciones de Nuestra Señora de París, San Dionisio, Reims, Amiens, Pierrefond y Carcasona y con sus maravillosas obras de erudición que proclaman el principio de construir según las necesidades, las costumbres, el clima y los materiales, sin preocuparse de fórmulas empíricas y caducas, y el segundo, empleando atrevidamente el metal en las construcciones y procurando dar á las fachadas la fisonomía acomodada al destino del edificio.

Siguiendo las enseñanzas de estos maestros, Dutrou levantó las naves del Palacio de la Industria, y Baltard desterró del Mercado central la piedra y la madera, llevando la audacia al extremo de introducir el hierro y el acero en la arquitectura sagrada de San Agustín. Las niñadas románticas desaparecen por otra parte, y afinado el gusto, Lassus edifica la iglesia de Belleville, joyel medioetáneo que en nada se parece á las caricaturas góticas luisfilipescas; Heret comienza la iglesia románica de Menilmontant; Dubau restaura admirablemente la Santa Capilla, la galería de Apolo y el Palacio de Blois; Ballu adorna la perspectiva de la Chaussée-d'Antin con la hermosa iglesia de la Trinidad; Corroyer obtiene el más cumplido éxito en la restauración del Mont-Saint-Michel y de la catedral de Soissons; Garnier acierta á resucitar el clásico italiano del renacimiento, afrancesado y lleno de originalidad al mismo tiempo, en el Teatro de la Opera de París; Duc levantó la co-

lumna de Julio y la severa mole del Palacio de Justicia, y Coquart dejó en el monumento á los Generales Lecomte y Clemente Tomás un modelo viril de arquitectura funeraria.

Anemiadas por la centralización, las provincias pierden su carácter propio, surtiéndose de monumentos en París, donde lo mismo se expiden proyectos á Lila que á Marsella; de aquí que sean pocos los monumentos dignos de mención, como el Museo de Grenoble, por Questel; la catedral de Marsella, por Vaudoyer, muy superior al pastel de confitería del Sagrado Corazón de París, por Abadie; el teatro de Tours, por Rohart; el palacio de Chantilly, por Damnet; la Facultad de Burdeos, por Pascal, y la basílica de San Martín de Tours, por Laloux.

A pesar de la presión de la enseñanza oficial, se descubren gérmenes de indisciplina después de la guerra de 1870. Al lado de pobres diablos muy premios de Roma y muy condecorados, algunos audaces abandonan el rebaño. Train saca deliciosos efectos decorativos del barro cocido y del hierro en el colegio Chaptal; Lheureux acaba el colegio de Santa Bárbara, comenzado por Labrouste, y termina brillantemente la Escuela de Derecho; Sedille prodiga su genio de decorador neogriego en multitud de construcciones, arriesgando felices innovaciones en los almacenes del Printemps; Magne renueva los esplendores del renacimiento francés, y Vaudremer, una verdadera gloria francesa, digno continuador de Labrouste, deja en San Pedro de Montrouge, en los Liceos de Molière y Buffon, en la iglesia griega de la calle Bizet, en Nuestra Señora de Auteuil y en multitud de palacios y aun de simples casas de alquiler, toda una fastuosa serie de obras impecables, inspiradas en el más sano espíritu revolucionario.

El éxito de la Exposición de 1889 se debe á esos revolucionarios que hicieron los palacios de azuladas cúpulas de Formigé, los amplios pórticos de Bouvard, la rozagante estación del Campo de Marte, de Lisch, y sobre todo, la galería de las máquinas, de Dutert. Desgraciadamente, aquel vigoroso im-

pulso se ha detenido, y el tren retrocede; la actual Exposición nos impondrá la dolorosa comprobación de este aserto, pues esos innumerables palacios de cartón, de *staff*, de yeso, de relleno, de pastelería y de papel mascado, ostentarán al sol la más impudente falsedad del siglo. Pero no hay que dejarse engañar por el espejismo de los palacios de los Campos Elíseos, fantasma enharinado que espanta á nuestra democracia refunfuñadora; nada de eso quedará, y artistas como Baudot seguirán la enseñanza genial de Viollet-le-Duc; con el último fuego de bengala de la fiesta de 1900 se desvanecerá la mentira que se nos ha querido imponer, y la aurora del siglo XX iluminará el triunfo definitivo de las ideas de raza y de libertad, que han producido en todo tiempo las obras maestras.

LINGÜISTICA

Lenguas y dialectos.—Gaston Derys publica en la *Revue des Revues* un interesante artículo sobre «la decadencia del francés en Bélgica», que contiene provechosas enseñanzas para los españoles.

En 1880 los belgas que hablaban francés y los que hablaban flamenco eran, poco más ó menos, el mismo número. En 1.° de Enero de 1899 hablaban flamenco 3.609.221 personas, y francés 3.060.511. Hace algunos años no se reconocía en Bélgica más lengua *oficial* que el francés, mientras que hoy el Gobierno eleva el alemán al rango de lengua nacional con el francés y el flamenco, y otorga al flamenco el título de lengua oficial, lo mismo que al francés.

Desde hace algunos meses las leyes se promulgan en las dos lenguas, y en las escuelas de Bruselas se ha comenzado establecer el sistema mixto, enseñando al mismo tiempo el flamenco y el francés, siendo preciso acreditar que se conoce el flamenco para poder obtener un cargo público. Para mostrar

hasta qué punto el Gobierno belga está trabajando por la suplantación del francés, no hay más que ver sino que desde el año último los nombres franceses de las estaciones situadas en territorios de lengua flamenca han sido sustituídos por nombres germánicos: Tirlemont se llama hoy Thielen; Lovaina, Leuven; Courtrai, Cortreyck; Gante, Gent.

En Bélgica hay dos razas: la walona, de origen galo, y la flamenca, de tronco germánico, separadas por el más profundo antagonismo. Al Norte de la llanura brabanzona, los pueblos walones se encuentran frente á los flamencos, y unos y otros se miran con hostilidad; ni se comprenden, aunque sólo les separa una línea artificial, ni simpatizan entre sí. Los walones llaman á sus vecinos *flamingants,* y los flamencos apodan á los suyos *francequillons*. Son valores étnicos que un buen Gobierno debería procurar unir, y que con la política que se sigue se encuentran cada vez más separados.

La obra de la unificación caminaba con lentitud, aunque con solidez; pero desde hace veinte años los flamencos empezaron á combatir por su lengua; sus poetas les empujaron, y aquel movimiento, puramente literario, capitaneado por Pol de Mont, ha concluído por ser un movimiento político que, ayudado por las circunstancias y poderosamente secundado por el Emperador de Alemania, ha logrado comenzar la germanización de Bélgica, dividiendo del modo más profundo las provincias flamencas de las walonas, y creando para el porvenir un estado de cosas nada favorable á los intereses nacionales (1).

---

(1) No resistimos al deseo de transcribir un artículo que con motivo del catalanismo escribimos poco ha, y que por referirse, de un lado, al concepto científico del idioma y de los dialectos, y relacionarse de otro, por las derivaciones políticas é internacionales de estas complejas cuestiones, con el trabajo que analizamos, creemos de gran oportunidad. Helo aquí:

«¿EL CATALÁN ES LENGUA Ó DIALECTO?—Corre todavía como válida entre paganos y semieruditos la especie de que el castellano es la única

Los flamencos triunfan porque están apoyados por el Gobierno, sin que los Embajadores de Francia en Bélgica hagan absolutamente nada para alentar á los que trabajan en la defensa del francés, en tanto que hasta los ingleses han fundado

---

lengua en España, y que todos los demás lenguajes de la Península son corrupciones del idioma nacional.

Es un error.

El castellano, el catalán y el gallego son *dialectos* con el mismo valor y la misma categoría de origen, hermanos del francés y del provenzal, del portugués y del toscano, dialectos también cuyo tronco común es el *románico* ó romance.

Porque *dialecto* no es otra cosa que el modo de hablar de los habitantes de una misma comarca, siempre que ese modo de hablar tenga cultivo literario; en eso se diferencian los dialectos de los simples *patois*, pues éstos carecen de cultivo literario, como se diferencian de los *idiomas* en que éstos tienen carácter oficial ó nacional.

¿Qué es el francés? El *dialecto* hablado antiguamente en la comarca llamada Isla de Francia—capital París—hermano del borgoñón y del picardo. ¿Cómo ganó la categoría de idioma? Convirtiéndose en lengua oficial de la nación, como pudo haberse convertido el gascón ó el provenzal.

¿Qué es el castellano? El *dialecto* hablado en Castilla. ¿Cómo se convirtió en idioma? Llegando á ser la lengua preponderante en España, no sólo por la mayor extensión de su cultivo, sino porque refundidos en la corona de Castilla todos los antiguos reinos de la Península—como se refundieron en la de Francia todos los señoríos independientes de la antigua Galia—era natural que el dialecto usado en Castilla fuera el que adquiriese carácter oficial y nacional.

Iguales, pues, por su origen, el castellano pasó de la categoría de dialecto á la de lengua ó idioma, quedando en su primitiva condición de dialecto el catalán.

Esto en el orden que pudiéramos llamar político. Pues científicamente, si el catalán tiene derecho á figurar como dialecto *en España*, no es realmente dialecto independiente, sino subdialecto ó dialecto subordinado á otro grupo lingüístico superior, el provenzal, como el andaluz, el murciano y el extremeño son subdialectos del castellano. El provenzal, en efecto, el lemosín, como equivocadamente lo llaman muchos todavía, ó el languedociano, como en rigor debiera llamarse, es el dialecto ó tronco común del catalán, del valenciano y del mallorquín, subdialectos de la famosa lengua de *oc*.

Tal es la verdadera condición del habla catalana, y aspirar á que este dialecto se convierta en idioma, es cometer un crimen de lesa nación, pues cada pueblo debe tener su lengua oficial, y la lengua oficial del pueblo español—por haberlo querido así la Historia—es el castellano. Pre-

un periódico en inglés, sostenido con calor por todos los ingleses establecidos en Bélgica. Y es que los franceses—y los españoles mucho más—se preocupan poco de estos asuntos, que tienen inmensa trascendencia, y que á veces son la clave de hondísimos problemas interiores é internacionales.

---

tender que el catalán suplante al castellano en Cataluña, es pretender hacer girones la patria común de todos, con evidente daño, en primer término, de los mismos catalanes, que más que ninguna otra comarca vive y prospera con aplauso de todos á la sombra del pabellón español.

Si algo significamos todavía en el mundo ¿no lo debemos á nuestra inmortal literatura? ¿No lo debemos á las joyas que se llaman el *Quijote* y *La vida es sueño*? ¿No lo debemos á la hermosísima lengua de Castilla, hablada en todo el Sur de América como lengua nacional de las Repúblicas hispanoamericanas? Suponed por un momento muerta la lengua castellana y olvidadas sus producciones: ¿qué quedaría de España? Quizá ni el nombre. ¿Y qué sería entonces de Cataluña, que de la vida de España vive? ¿No quedaría aplastada en la tremenda lucha por la existencia que hoy se libra en todas partes?

El espectáculo de la poderosa Rusia, empeñada en imponer su lengua á la Finlandia, ó el de la no menos poderosa Alemania, haciendo increibles esfuerzos por implantar en Alsacia-Lorena y en Schleswig-Holstein el alemán, revela la transcendental importancia que en la solución de los problemas políticos y económicos conceden los pueblos más cultos al empleo de la lengua nacional. Como que esa lengua es el vehículo del comercio y de la diplomacia, y cuanto más extenso sea su dominio, más firmes serán las conquistas realizadas por las armas ó por los tratados, y más amplias y fáciles las comunicaciones establecidas para movilizar los ejércitos del comercio y de las letras, cuyas conquistas preparan ó completan las llevadas á cabo por las armas.

Viva el catalán, y viva luengos años, dando á la patria días de gloria con sus Balagueres y Verdagueres, sus Milá y sus Serafí Pitarras: pero, por Dios, tengan su pluma y su lengua Obispos y literatos cuando se trate de invadir campos políticos; no sueñen con suicidas reivindicaciones ni con revisiones del fallo de la Historia, y no intenten jamás restar prestigios ni contener progresos del castellano, porque tanto valdría tirar por la ventana la herencia común, harto empequeñecida ya, y resucitando atávicos celos empeñarse en ostentar el dictado de fratricidas y parricidas.»

LITERATURA Y POLÍTICA

La prensa francesa en el siglo XIX.—La Revolución produjo enorme desarrollo en la prensa periódica, pues si en 1789 se contaban en toda Francia 250 periódicos, en 1800 no bajaban de 1.350, según dice Cornély en la *Revue Bleue*. En este número entraba, sin embargo, de todo. Los periódicos de París monopolizaban la política, teniendo redactores de oficio, mientras los de provincias no eran más que á modo de prospectos, con los precios del mercado, avisos oficiales, cuadros de ferias, calendarios y alguna croniquilla local. En cuanto á la forma, fuera del *Moniteur,* que se publicaba en folio, los demás solían aparecer en 8.° ó 12.°, siendo pocos los que llegaban al 4.°, no saliendo, en general, más que una ó dos veces por semana, ni vendiéndose sino por suscripción, que solía costar de 9 á 12 francos por trimestre. La tirada se hacía en máquinas de mano.

Los periódicos revolucionarios contribuyeron al terror, y al hacerse sentir la reacción, lo primero que desapareció fue la libertad de la prensa, reduciéndose el número de periódicos permitidos, á los trece siguientes: *Le Moniteur Universel, Les Débats, Le Journal de Paris, Le Bien Informé, Le Publiciste, L'Ami des Lois, La Clef des Cabinets des Souverains, Le Citoyen Français, La Gazette de France, Le Journal des Hommes Libres, Le Journal du Soir, Le Journal des Défenseurs de la Patrie* y *La Décade Philosophique*. Casi todos se limitaban á reproducir y comentar el *Moniteur;* y como no podían apenas hablar de política, se dedicaron á la literatura, inaugurando el más leído de todos, que era el *Journal des Débats*, el folletín, parte del periódico dedicada á los sucesos literarios y de sociedad y críticas de arte. Geoffroy fue el principal folletinista; so pretexto de crítica teatral y de efemérides daba su opinión sobre todos los asuntos del día y hasta sobre los actos

del poder, haciendo la fortuna del periódico, que llegó á contar con 32.000 suscriptores. En el mismo periódico se inauguró el reclamo y la sección de variedades con chistes y charadas, no tardando en ser imitado por los demás. Todavía le pareció á Napoleón que había mucha libertad y demasiados periódicos, y el 5 de Febrero de 1810 extendió la censura á toda la librería, y el 28 de Setiembre de 1811, el *Journal des Débats,* convertido en *Journal de l'Empire*, contenía la nota-orden siguiente: «A contar del 1.° de Octubre próximo, no se publicarán en París más que cuatro periódicos: *Le Moniteur, Le Journal de l'Empire, La Gazette de France* y *Le Journal de París*».

La restauración de 1814 comenzó afirmando en la Carta la libertad de la prensa, motivando la aparición de 25 periódicos; pero tal ruido armaron, que el 21 de Octubre hubo que restablecer la censura. Napoleón la suprimió en los Cien días, y los Borbones, al volver, la restablecieron en Junio, la suprimieron en Julio é hicieron votar en Agosto una ley que sometía la prensa á la autorización. En Mayo de 1819 París contaba con 150 periódicos, de los cuales ocho eran diarios políticos. Dos leyes de Mayo de 1819 organizaron la libertad de la prensa, y otra de 31 de Marzo de 1820, después del asesinato del Duque de Berry, restableció la autorización y la censura, inaugurando la del 17 de Marzo de 1822 los procesos de tendencia, permitiendo la condena de los periódicos por artículos que tendiesen al descrédito del Gobierno. En 1824 había seis diarios ministeriales con 14.344 suscriptores y otros seis de oposición con 41.330. El 18 de Julio de 1828 se suprimió la autorización, y el desbordamiento que se produjo motivó una ordenanza de Carlos X, restableciéndola. En este período de la Restauración hubo excesos lamentables, pero jamás la prensa se rebajó al empleo de ciertas armas indignas y viles, y entonces fundaron *Le Constitutionel,* que data de los Cién días; *Le Conservateur,* donde escribieron Chateaubriand, Polignac, Lamennais y Bonald; *La Minerve*, donde figuran Benjamín

Constant, Pagés, Courier y Beranger, *Le Globe, Le Temps, Le National* y *Figaro,* fundado en 1826.

Desde Luis Felipe á nuestros días la legislación ha variado mucho, pero no tan bruscamente. Luis Felipe ofreció que no habría delitos de prensa, y le dió libertad; pero después del atentado de Fieschi, la ley de 9 de Setiembre de 1835 agravó las penas y estableció la caución. La República de 1848 proclamó la libertad absoluta; pero tres meses después tuvo que suprimir seis periódicos, restablecer la caución y el timbre, y exigir la firma de los autores en todo artículo político ó religioso. Todo el mundo estaba harto de libertad, y cuando vino Napoleón III se asimilaron los periódicos á los establecimientos insalubles y á las industrias peligrosas, exigiéndose para su publicación la autorización del Gobierno, la caución, la firma del autor en cada artículo y la del gerente en cada ejemplar; el periódico estaba sujeto al timbre, y podía ser amonestado, suspendido, recogido y suprimido; en 1869 se dulcificó este rigor, aboliéndose la autorización, la suspensión y la supresión y rebajándose los derechos de timbre. El Gobierno provisional proclamó la libertad de la prensa, aunque tuvo que castigar á dos periódicos durante el sitio; y la Asamblea Nacional dictó varias medidas, y en 1881 se dictó la ley de 29 de Julio, vigente aún, en la que se organizó la libertad de la prensa, suprimiendo todas las medidas preventivas y represivas, y atribuyendo al Jurado el conocimiento de los delitos de injuria á los hombres públicos; como el Jurado absuelve invariablemente á todos los periodistas, puede decirse que á la prensa nada le está vedado, privilegio del que abusa y que ha motivado varias reclamacionos y proyectos de reforma.

El acontecimiento más importante en la historia de la prensa fue el de la venta del periódico en las calles, revolución introducida en 1835 por Emilio Girardín, que bajó bruscamente el precio de suscripción de *La Presse* á 40 francos, organizó la venta por números sueltos, y dió expansión á los anuncios, para buscar en ellos la compensación de la rebaja

en los precios de suscripción. Esta reforma, que fue coronada por el éxito, llegando á producirle los anuncios al poco tiempo 150.000 francos, produjo gran clamoreo y hasta motivó el duelo, que costó la vida á Armando Carrel; pero no tardó en ser seguida por todos, difundiéndose el gusto por la lectura de tal modo, que en 1836 se timbraron en París 42 millones de hojas, y en 1846, diez años después, 80 millones.

Hoy se publican en París 2.685 periódicos, entre los cuales hay 154 políticos, 168 revistas, 201 financieros, 215 de Medicina, 117 de modas, 91 de ciencias, 69 de agricultura, etc., y 16 feministas; 142 son diarios, 784 semanales, 387 bimensuales, etc. En las provincias y colonias se publican 4.051, de los cuales son diarios 355, haciendo un total de 6.736 publicaciones periódicas. La prensa ha aprovechado todos los grandes inventos, telégrafos, vapores, ferrocarriles, para su expansión; pero su enorme desarrollo arranca de la invención de las rotativas, que permiten las tiradas de millones de ejemplares. A esta difusión ha contribuído también la baratura, sólo posible cuando se ha descargado á la prensa de impuestos como el del timbre, que llegaba á 6 céntimos por ejemplar: hoy el tipo corriente del diario francés es el de 5 céntimos. Como este precio de venta, con los demás gastos, iguala casi al de coste, los periódicos han buscado en los anuncios la compensación; pero el industrial francés cree todavía en el refrán de que «el buen paño en el arca se vende», y como los anuncios, en general, son caros, no anuncia, resultando de aquí que son pocos los periódicos que hacen buenos negocios lícitamente.

Los periódicos de París, antes leídos con preferencia en las provincias, sufren la formidable competencia que les hace la prensa provinciana desde su última transformación; todos los grandes diarios de provincias tienen, en efecto, nutridísima información telegráfica ó telefónica, y hoy puede decirse que los periódicos de provincias, con artículos enteros, noticias, sesiones de las Cámaras, estrenos, etc., se hacen en París, sistema que acabará con los periodistas de provincias, pero que permite tener en provincias periódicos poderosos y prósperos

que hacen imposible toda competencia. La política se expide á provincias completamente guisada y aderezada como un plato de fonda ó como un vestido cortado y arreglado por un gran almacén.

¿Cuál es el estado de la prensa política actual? Lastimosísimo. Y si fuera cierto que cada pueblo tiene la prensa que merece, había que dolerse no poco del estado del país, juzgado por el estado de la prensa. El carácter de ferocidad, de maldad, de bajeza de las polémicas de prensa, haría creer que Francia es un país profundamente dividido por odios irreconciliables. Y en la mayor parte de los periódicos la ignorancia corre parejas con la mala fe, no habiendo jamás un periodista sabido ni leído menos que hoy, ni mentido con mayor descaro, negando lo que sabe ser cierto y afirmando lo que le consta ser falso; de donde podría deducirse que la buena fe había desaparecido del país. Los folletines están llenos de relatos de crímenes horribles y de aventuras estúpidas, lo que haría creer que el respeto á la vida y á la propiedad no existe. Multitud de casos han demostrado la venalidad de la prensa, siendo corriente el disfrazar y desnaturalizar el anuncio legítimo vistiéndolo con formas de reclamo charlatanesco, por lo que podría parecer que Francia es una nación de charlatanes.

Afortunadamente no es así. La prensa es el espejo del país; pero un espejo falso como los que se ven en el palacio de la Optica de la Exposición, que presentan hinchadas unas figuras y alargadas y adelgazadas otras. Los franceses son mejores que sus periódicos, y hay que tener la esperanza de que los periódicos mismos han de mejorar por la fuerza misma de las cosas. Y no ha de hacer falta para lograrlo atacar á la libertad de la prensa, ni imponer tasas que hagan imposible la vida del periódico. Bastará con que no se confunda la libertad con la irresponsabilidad. «Se debe tener libertad—decía en 1819 el Conde de Lanjuinais—para publicar sus opiniones, como se tiene para hablar á un transeunte ó para ir y venir por la vía pública.» Es cierto; pero la libertad de hablar al transeunte

no implica la libertad de injuriarle; la libertad de ir y venir no implica la libertad de atropellar.

RELIGIÓN

Católicos y protestantes en Francia.—*La Patrie Française*, preocupada por el estado de inquietud que Francia atraviesa, ha abierto una información, dirigiendo á los más distinguidos pensadores el siguiente cuestionario:

1.° ¿Es la moral protestante menos supersticiosa que la moral católica? ¿Sería el clericalismo protestante menos «jesuítico» que el católico? ¿Serviría para favorecer el poder del Estado?

2.° ¿No evitan Inglaterra y Alemania el aplicar las máximas del protestantismo á su política? ¿Se encuentra la misma cordura en los protestantes franceses? ¿A qué tendencias ha dado la Reforma satisfacción en Francia? ¿No había revestido por ende el protestantismo francés un carácter particularmente desorganizador?

3.° La Francia de hoy, tal cual es, ¿tiene interés en «protestantizarse», en el sentido que debe darse á esta palabra según los militantes franceses del protestantismo? ¿Habría en ello un progreso ó un retroceso de civilización (vida social, letras y artes), un aumento ó una disminución de poder político y económico (situación en Europa, en Oriente, en las colonias)?

4.° ¿Está conforme con el interés nacional la influencia adquirida por los protestantes en Francia á fines del siglo XIX? ¿No crea el más urgente de los peligros, tanto para los verdaderos nacionalistas como para los buenos franceses? ¿No deben por el momento defenderse todos juntos de la invasión protestante, y destruyendo el método de los enemigos del Estado, reunirse en torno de la tradición católica?

Algunas respuestas son notables: Pablo Bourget se lamen-

ta de que se hable tan ligeramente de «superstición» al lado de «moral católica» y de «jesuitismo», en el sentido calumnioso en que lo toman los enemigos de la famosa Compañía, y repite la célebre fórmula: «En Francia no hay bastante religión para dividirla en dos.» El caso del francés nacido católico y hecho protestante es tan raro, que, socialmente, es insignificante. Dejar de ser católico es dejar de ser cristiano, y dejar de ser cristiano es volver á la barbarie, y á la peor de todas, á la barbarie de las decadencias. Atacar al catolicismo en Francia es contribuir, quiérase ó no, á la decadencia del país, y por consiguiente, defender el catolicismo es cumplir un deber cívico.

Estas discusiones—dice el Vizconde de Vogüé—son peligrosas, y sólo pueden producir fermentos de guerra religiosa y civil, que no pueden ahogarse sino por un poder bastante fuerte, bastante independiente y equitativo para imponer abstención común á los clericales de todas las playas, y recíproca tolerancia á los franceses de todas las confesiones.

Yo soy lorenés—dice Mauricio Barrés—y una de nuestras grandes fechas lorenesas es el año 1525, en que el Duque Antonio hizo pedazos á los protestantes; si las bandas protestantes hubieran triunfado entonces, Lorena se hubiera orientado hacia Alemania. Mi razón está de acuerdo con mis instintos, y tengo el aplastamiento de los protestantes por el Duque Antonio como uno de los más felices acontecimientos de la vida pasada, entendiendo que debo mantener con arreglo á mis fuerzas el beneficio de aquella victoria.

En Inglaterra—dice Dimier—el protestantismo es la religión nacional, como en Francia es la religión antinacional. Los protestantes aborrecen la historia de Francia. Francisco I, Enrique IV y Luis XIV, son personajes odiosos para ellos, y no pueden oir el nombre de Richelieu sin gemir. Después de tres siglos y medio, todavía no digieren el fracaso de la conjuración de Amboise. El interés de Francia está hoy más que nunca, en ser católica internacionalmente, lo que no po-

dría ser si el partido protestante hiciese las leyes en el interior.

La tradición católica—afirma Gauthier Villars—es el alma misma de Francia. ¿Qué servicios de orden superior ha prestado la Reforma? Ninguno. Por el contrario, ha causado mucho mal, rompiendo la unidad de la Iglesia y desencadenando las guerras más tristes, no pudiéndose sostener seriamente que Inglaterra y Alemania le deban su superioridad. Echo de menos los tiempos de la Escuela de Alejandría, y deseo que una guerra civil nos permita pasar de la literatura á la acción: no se devolvería la salud á este país, sino «riflando» á un tercio de los electores, por lo menos.

La verdad es—dice Drummont—que subsiste en Francia un estado de espíritu protestante que pocas gentes sospechaban, y que se ha revelado, con ocasión del proceso Dreyfus con tal intensidad, que ha dejado estupefacto á todo el mundo. Al ver ese rosario de protestantes, los Monod, los Buisson, los Stapfer, los Giry, los Pressensé, seguir con tanto entusiasmo á Scheurer-Kestner, los espíritus más refractarios han tenido que rendirse á la evidencia y deducir que el alma hugonota vivía siempre, conservada y cristalizada como en los tiempos de la Liga.

Mi inquebrantable convicción—afirma Talmeyr—apoyada en todo lo que he visto desde hace veinticinco años, es que el movimiento de pretendido «libre pensamiento» á que asistimos, no es más que un movimiento judío y protestante, muy sabiamente, muy *ricamente* conducido, contra la existencia misma de Francia. Frente á esto, ¿qué debemos hacer creyentes y no creyentes? Unirnos en torno de nuestra tradición católica, y unirnos para vivir, porque *primum est vivere, deinde philosophari*.

El catolicismo—dice Juan de Bonnefon—es absoluto; no discute, se impone. O es el amo, ó no es nada. El protestantismo, por la forma exterior de su culto, por el disimulo de sus enseñanzas, es en Francia un extranjero. No ha perjudi-

cado á la Iglesia romana por los hijos que ha tomado de nuestros poéticos altares para llevarlos á la frialdad de sus templos; habrían salido del catolicismo por otra brecha. El protestantismo es el que ha decidido á algunos á renegar de la Santa Inquisición, la más alta y más noble justicia que jamás se haya practicado por la mano del hombre en nombre de Dios.

DRAMÁTICA

El novísimo drama en Rusia, y Alejandro Ostrovsky.— La *Rassegna internazionale della letteratura contemporánea,* excelente publicación que ha comenzado á ver la luz en Florencia, consagra á Ostrovsky un estudio, bien merecido seguramente, por un autor tan digno como los más ilustres de sus compatriotas, de ser conocido y admirado en Occidente, y que para Ciampoli, el autor del artículo en cuestión, merece figurar como el verdadero creador del novísimo drama ruso, el Shakspeare de la burguesía.

Alejandro Nicolaievitch Ostrovsky, nació en Moscú el 31 de Marzo de 1823 y murió el 4 de Junio de 1886. Su labor en estos sesenta y tres años fue amplia y fecunda, y habiendo asistido al nacimiento, desarrollo y muerte del romanticismo, al surgir del naturalismo, del psicologismo y del simbolismo, supo, como hombre de ingenio, sacar partido de todas las escuelas, dejando el sello de su personalidad en todas sus obras.

Ostrovsky se encontró en el teatro con la añeja fórmula del *castigat ridendo*, proclamada por Catalina II, y comprendió que había que cambiar aquel arte de jardinería de estufa por el más amplio del cultivo de los campos, vasto, aireado, libre. Allí estaban intactos la pintura de las costumbres, la discusión de las cuestiones sociales, la aproximación del hombre á la Naturaleza, el acuerdo entre la vida exterior y la interna, tesoros de experiencia, observaciones, hechos, caracte-

res, símbolos, prontos á ser recogidos por el primero que los quiera. Y Ostrovsky reunió todas sus energías y dedicó su vida entera á la reforma del teatro ruso.

La materia primera, si no la única, de su labor, fue la vida de la burguesía mercantil, que tan perfectamente conocía, siendo sus héroes comerciantes que permanecen encerrados en sus antiguas usanzas y odian la civilización; comerciantes que querrían parecer incultos sin conseguir ocultar su grosera corteza villanesca; hijos de tenderos que gastan en un mes capitales acumulados en siglos; quebrados que sienten, sin embargo, el hereditario escrúpulo del honor; elegantes vanos que se pagan de frases sonoras; mujeres y doncellas ignorantes, débiles, á merced de maridos y padres brutales; beatas groseras, refunfuñonas y malvadas; comadres astutas; viudas charlatanas, casamenteras locuaces, arruinados, borrachos, embusteros; todo ese mundo que puede llamarse con Dobrolimbof, «el reino de las tinieblas».

El primer ensayo dramático de Ostrovsky fue una *Escena de familia* (1847), en la que una madre viuda quiere casar á su hija con un viudo, que intenta embrollarlas á ambas mientras le engañan á él; mayor ingenio mostró en *El acuerdo* (1850), *La esposa pobre* (1852) y *Cada cual en su puesto* (1853), obteniendo ruidoso éxito en *Pobreza no es vicio* (1854) y en *Pagado por los otros* (1857), llegando al apogeo de la fama con su *Tempestad* (1860) y su *No se vive como se quiere* (1855), dramas que, por su brillo, dejan en la sombra y hacen olvidar las comedias *Un empleo lucrativo* y *El Alumno;* después de *La Tempestad,* su obra maestra, escribió *Falta y dolor* (1863), *El Burlón* (1864), *Puerto animado* (1865), *El Torbellino* (1867), *Un corazón ardiente* (1869), *Oro falso* (1870), *Amor tardío* (1874), *Esposas ricas* (1876), *La última víctima* (1878), *Sin dote* (1879), *Los Inocentes culpables* (1884), *Fuera del mundo* (1885) y otras muchas, sin contar las escritas en colaboración con Solovieff, como *Día alegre*, *Luz sin calor, Luna de miel,* etcétera.

La Tempestad bastaría para hacer la reputación de un autor. El asunto no es gran cosa: Catalina tiene una suegra infatuada con las tradiciones, que quiere reinar en el matrimonio, y no consiente un movimiento sin su permiso, haciendo la vida insoportable; la nuera ama á Boris, un comerciante, y durante una ausencia del marido, se entrega á su pasión; pero á la vuelta del marido, durante una tempestad, lo confiesa todo, y, roída por los remordimientos, se arroja en el Volga, esperando que quien la ama ruegue á Dios por ella.

Pero, dentro de este argumento, el drama se desarrolla con un vigor y una realidad que pocos han alcanzado en el arte. Del carácter de Catalina irradia toda la luz, sin que haya en él nada artificioso: sencilla, suave, apasionada, religiosa, exquisitamente sensible, creyente hasta el éxtasis, enamorada hasta la perdición, representa en toda su conmovedora verdad la tragedia de una vida despedazada por el despotismo doméstico. Apenas se abre el drama, comienza la continua persecución de la suegra Kabarsova, no encontrando apoyo Catalina en su tonto marido, que desea también un poco de respiro, sino en su cuñada Barbarita, á quien confía sus cuitas. «¿Por qué no volamos como los pájaros?—le dice.—Me parece que si yo me lanzase, levantando los brazos, volaría.» Y le cuenta su vida de niña, pasada entre las fuentes, las flores y la iglesia, y el amor que siente, y el miedo que le sobrecoge, y su horror al pecado.

Estando el marido para marchar, Catalina le suplica que no se vaya, ó que la lleve consigo, ó que la haga jurar que no verá á ningún extraño; pero todo es inútil. El marido se va, dejando á Catalina entregada á los tormentos de su inaguantable suegra. La cuñada le proporciona una entrevista con Boris durante la noche, y ella, que ha buscado la salvación en la oración y el trabajo, se rinde á la fatalidad: «Así debía ser: el destino lo quiere.» Catalina acude á la cita.

«*Boris.* ¿Sois vos, Catalina.....? No sé cómo agradeceros..... ¡Si supiéseis cuánto os amo! (Trata de cogerle la mano).—*Catalina* (miedosa,

sin alzar la vista): No me toquéis, no; no me toquéis.....—No os enfadéis. —¡Apártate, vete, desgraciado! ¿Sabes que toda una vida de oración no bastará para lavar este pecado? Este pecado me pesa como una losa en el corazón. —¡No me arrojéis así!—¿Por qué has venido? ¿Por qué has venido, mi perdición? ¿No estoy casada? ¿No debo vivir con el marido, hasta en la caja de la sepultura?—Sin embargo, me habéis permitido venir.—¿Oyes, enemigo de mi salvación? «¡Hasta en la caja de la sepultura!»—Mejor hubiera sido no veros más.—¿Qué, me voy preparando? ¿Dónde hallaré refugio? Dí, ¿lo sabes tú?—Calmaos (la coge por un brazo): tranquilizaos.—¿Por qué quieres mi perdición?—¿Yo querer vuestra perdición? ¿Yo, que os amo sobre todas las cosas del mundo, más que á mí mismo?—¡No, no; tú me has arruinado.—¿Luego me creéis tan vil?—Me has arruinado, arruinado.—¡Dios me libre; preferiría morir!—¿Cómo? ¿No me has arruinado, si yo salgo de noche de casa para venir á ti?—Pero, ¿no habéis sido libre?—No; yo no tengo ya voluntad; si la tuviese, no estaría aquí contigo (alza los ojos y mira á Boris); ahora tu voluntad es la mía; tu voluntad me domina (se le arroja al cuello).—¡Oh, vida mía! (abrazándola).—¿Sabes? Quisiera morir en este instante de una vez.—¿Por qué morir, si tan hermoso es vivir?—No, no; bien sé que no viviré. —No hables así, te lo suplico; me haces daño.—Tú eres feliz, eres libre como un cosaco; pero yo.....—Nadie sabrá nada de nuestro amor..... ¿Crees que seré tan cruel?—¡Oh! ¿Por qué tener piedad de mí? No es culpa de nadie. Lo he querido yo misma; no tengas piedad; acúsame, que lo sepa el mundo, que vea el universo lo que hago (abraza á Boris); si por tí no he tenido miedo del pecado, ¿temeré el juicio de los hombres? Dicen también que el pecado pesa menos en la conciencia cuando hace sufrir aquí arriba, en la tierra.—¿Por qué tener esas malas ideas, si somos felices ahora?—Tienes razón; demasiado tiempo tendré de pensar y de llorar.—¡Y yo que hace poco temí ser despedido!—¡Despedirte! ¡Qué locura! ¿Cómo suponer? Si tú no hubieras venido, hubiera venido yo.—No sabía, sin embargo, que tú me amases.—Y tanto tiempo que hace te amo. Has venido para hacer de mí una pecadora. Desde el día en que te ví, no he estado ya en mí; la primera vez que te ví, creo que si me hubieras cogido por la mano te habría seguido; te habría seguido hasta el fin del mundo, sin volverme atrás.—¿Estará fuera tu marido una temporada?—Quince días.—Entonces, tendremos tiempo de estar juntos.—Sí; y luego..... (pensativa) cuando me vuelvan á encerrar, será mi muerte.»

Vuelve en efecto el marido. «Ella tiembla como si tuviese calentura (dice Barbarita á Boris); está pálida, pálida; va y viene por la casa como si buscase algo; tiene ojos de loca;

esta mañana se ha puesto á llorar, á sollozar; apenas se atreve á mirar al marido; la madre está en guardia, y la observa dando vueltas alrededor, y esto la turba más..... hay que temerlo todo de ella.» Catalina, sin embargo, sale de paseo con el marido, la suegra y la cuñada, cuando estalla una tempestad, y una vieja loca grita: «¿Por qué te escondes? ¿Porque eres hermosa? La belleza es tu perdición. ¿Crees poder huir de los ojos de Dios? ¡Anda, abajo, abajo, al río!....» Catalina se turba, se llena de miedo, se echa á los pies del marido y lo confiesa todo. La suegra, vuelta al hijo, le grita: «¿Ves á donde conduce el ser libre? ¿No te lo decía yo? Y le añade que «matarla es poco» que «hay que sepultarla viva.»

Al fin ella huye de casa, busca á su amante, se dicen adiós y él se va á la Siberia, recomendándole ella que cuando ande por los caminos no deje pasar á ningún pobre sin darle limosna y pedirle que ruegue por su alma pecadora. Boris se aleja, y cuando le pierde de vista, Catalina se pregunta: «¿Dónde ir ahora? ¿A casa? No; la casa ó la fosa son la misma cosa..... Sí, la casa ó la fosa..... En la fosa se estará mejor..... Una fosa pequeña, bajo un árbol. El buen sol la calienta, la lluvia la riega; en primavera crece encima la yerba; los pájaros vienen á posarse sobre los árboles para cantar y hacer el nido; brotan las flores amarillas, rojas, azules, de todos colores. ¡Qué paz, qué serenidad! Se diría que me siento mejor. No quiero pensar en la vida. ¿Vivir todavía? No, no; basta ya; la vida es mala; la gente me da horror, horror la casa, aquellas paredes horror. No volveré, no, no volveré allí..... Si volviese, los vería hablar, moverse..... ¿qué me importa? Aquí es..... Está obscuro. Y vuelven á cantar allí abajo. ¿Qué cantan? No entiendo.... ¡Si muriese ahora!... Pero ¿qué cantan allí abajo?.... Que venga la muerte por sí, ó que yo vaya á buscarla ¿no es lo mismo? Yo no puedo vivir. He pecado; no rezarán por mí.... El que me ama rezará..... Aquí es; se ponen las manos en cruz..... En la sepultura; sí, así, me acuerdo bien. Si me encuentran ahora, me obligarán á volver á casa.... ¡Ah! no, no....

¡fuera! (Se acerca á la orilla del río y grita en alta voz arrojándose al agua:) «¡Amor, alegría, adiós!» Y desaparece. Entre tanto la suegra, el marido y la cuñada la vienen buscando con linternas inútilmente, sin que se oigan las voces de los barqueros. Poco después la sacan, cadáver. «¡Tú la has matado, tú, tú!» grita el hijo á la madre arrojándose sobre el pobre cuerpo.

La obra es realmente soberbia, y merecía ser conocida del público de Occidente. Ostrovsky hizo escuela, y el teatro ruso se convirtió en uno de los más fecundos de Europa, y si la libertad de la escena estuviera menos comprimida por la censura, se habían de anotar gran número de obras excelentes. El que más se acercó al maestro, fue Pisemsky con *El veterano*, *Baal, Min* y *El hipocondriaco* y, sobre todo, con el *Amargo destino;* el drama popular, intentado implantar por Stahovic en *De noche,* y Potjekin con *Fortuna mal adquirida,* no tuvo éxito; en cambio, el drama social adquirió gran desarrollo con *Las bodas de Krecinsky* y *El tiempo pasado*, de Suhovo-Kobilin, *Todavía hay hombres honrados* y *El hábito no hace al monje*, de Livov; *Oropel, Matrimonio de amor* y *Culpable,* de Potjekin; *Vida amargada* y *Padre de familia*, de Cernishef; *El crimen,* de Diakonof; *El matrimonio civil ,* de Cernjavsky; *Los héroes de la palabra* y *El bien común,* de Manu; *El viejo célibe,* de Turgueneff, y tantas y tantas otras obras. Entre otros muchos, como Djacenko y Krilof, Cieskof, Boborikin, Neviezin, Steller, Gehs, Tarnovsky, Trofimof, Turbin y Maximod que, á pesar de sus triunfos, no estuvieron á la altura del arte grande, sobresalen Antropof, con *Fuegos fatuos;* Palm, con *El viejo señor*, *El dilucidador* y *La pecadora,* y, sobre todo, Potjekin, Schpazinskij y Solovief, autores de alto vuelo que han hecho arraigar en Rusia la comedia y el drama psicológicos.

No contento Ostrovsky con haber impreso al teatro tanto movimiento de observación y análisis, quiso ensayar otros dos géneros, el drama histórico y el fantástico, y en ambos obtuvo

también los más lisonjeros triunfos; al primero de estos géneros pertenecen *Kusima Minin* (1862), la tragedia *El voivoda* (1865), los cuadros dramáticos *El falso Demetrio, Basilio Suiski* y *Tuseno,* llenos de originalidad y fuerza, y sobre todos *Basilisa Malentjenu* (1868); al segundo, en el que no tiene igual, corresponde *Blancanieve*, drama simbólico de extraordinaria valía, lleno de sentimiento y de majestad. En ambos géneros creó también escuela, siendo sus secuaces más notables Alejandro Constantinovic Tolstoi, con su trilogia *La muerte de Ivan el Terrible, El Czar Teodoro Ivannovic* y *El Czar Boris,* Averkijer, Maikof, Kostomarof y Burenin.

El 25.° aniversario de la carrera dramática de Ostrovsky, fue festejado con gran aparato; pero nada llamó tanto la atención como la llegada de una comisión de comerciantes moscovitas que, al presentar á Ostrovsky un precioso recuerdo, le dió las gracias por haber estudiado y castigado con tanto calor en sus obras á la clase mercantil, que había sacado de sus dramas más provecho que de todas las leyes, sermones y libros.

Cuando pensó en construir un teatro, el Emperador, que conocía sus nobles propósitos, le dijo: «¿Y para qué un nuevo teatro? Toma los que hay.» Y le nombró director de los teatros imperiales de Moscú, en los que introdujo radicales reformas en el repertorio, en las decoraciones, en el vestuario, en la recitación y en todo. El impulso que imprimió al arte escénico, dura y durará todavía largo tiempo, y Ostrovsky ocupará siempre en la literatura dramática rusa un puesto preeminente, mereciendo figurar también en la historia universal de la dramática, al lado de Calderón y de Shakspeare.

IMPRESIONES Y NOTAS

Los «mandamientos» de Tolstoi.—Según Edgardo Steiner, que en el *Litterarisches Echo* dedica al gran pensador

ruso un profundo estudio, la doctrina moral de Tolstoi se resume en los siguientes preceptos que, basados en las Sagradas Escrituras, debieran reemplazar á las leyes penales existentes:

1.° No cometerás ninguna muerte, ni aun irritarás á tu prójimo.—2.° No cometerás ningún adulterio, ni seducirás á ninguna mujer, ni serás nunca infiel á la que estás unido.—3.° No violarás ningún juramento.—4.° Tenderás la mejilla izquierda á quien te haya abofeteado la derecha, y perdonarás todas las injurias.—5.° Amarás y socorrerás á tus enemigos.

***

La literatura española en Rusia.—En una serie de artículos titulados *De las pasiones á la contemplación,* publicados por K. D. Balmouf en la revista rusa *Niediela,* el autor declara la literatura española muy superior á la italiana, sobre todo por la originalidad, pues los italianos lo han sacado todo de la iniciativa de los antiguos, como los romanos se redujeron á imitar á los griegos, mientras que los españoles se han formado á sí mismos, con genio propio.

Balmouf pasa ligeramente revista á nuestros grandes escritores del siglo de oro, y se detiene especialmente en Calderón, cuya inmensa labor analiza, estimándole como el más grande de los poetas dramáticos católicos, como Shakspeare es el mayor de los dramaturgos en sentido puramente humano, considerándole en muchos puntos superior al mismo Shakspeare, y repitiendo la frase de Goethe de que «Calderón nos da la quinta esencia de la humanidad».

***

El futuro Papa.—La edad avanzada de León XIII pone constantemente sobre el tapete la cuestión de su sucesor. El Dr. Sigmundo Muntz dedica á su examen un bien documenta-

do artículo en la *Contemporary*, estimando que, aunque nada positivo haya trascendido todavía, se sabe que se han hecho ya muchos trabajos, y que cada aspirante representa intereses políticos é internacionales considerables, habiéndolos partidarios de la Triple Alianza y enemigos de la misma, y siendo lo más probable que el elegido sea italiano y esté fuera de los partidos extremos.

Los candidatos hasta la fecha conocidos son los Cardenales Svampa, Gotti, Capecelatro, Vannutelli, Parocchi, Ledochowski y Rampolla; descartado por su condición de polaco Ledochowski, es difícil predecir cual de los otros será el preferido, aunque los que por el momento se cotizan con más probabilidades son Vannutelli, Parocchi y Rampolla.

Rampolla—dice Muntz—es hombre de cincuenta y siete años; fue Nuncio en Madrid, y se reveló como hábil diplomático cuando el asunto de las Carolinas; pasa por un intransigente, y será candidato del partido intransigente, teniendo grandes probabilidades de ser elegido porque los partidarios de su política están en gran mayoría entre los Cardenales italianos, teniendo además los votos de casi todos los Cardenales franceses y españoles.

Su más temible competidor es el Cardenal Parocchi, que ha perdido en los veinte años que lleva en Roma mucho de su antigua intransigencia, apareciendo hoy casi como conciliador, por contraste con los demás Prelados, que son completamente fanáticos, y sobre todo con Rampolla, cuyo irreductible carácter es vivo retrato de los tiempos más sombríos de la Edad Media.

Vannutelli, Nuncio en Bruselas, tuvo que recibir sus pasaportes del Ministro Frère-Orban á consecuencia de la lucha entablada en el período del Kultur-Kampf; nombrado después Nuncio en Viena, tuvo que presenciar la visita del Rey Humberto, cordialmente recibido por la corte de Austria, y la del Rey de Bélgica, acompañado de su Ministro Frère-Orban, enemigo declarado de la curia romana. Ciertamente no fue

ningún éxito cada uno de estos sucesos, pero, á pesar de todo, Vannutelli tiene bastantes partidarios por sus condiciones de carácter.

* *

Recursos de la beneficencia norteamericana.—La caridad emplea para tocar los corazones todo género de formas, y lo mismo crea los petitorios de las iglesias, que las kermesses benéficas, ó los bailes ó corridas de beneficencia. Los americanos, en esto como en todo, pretenden ser originales, y entre los recursos á que han apelado, nos cuenta en el *Quiver* la señorita Banks, el siguiente:

Las cajas del Hospital de los niños comenzaban á agotarse, y entonces las jóvenes que componen el Consejo de Administración se dirigieron al Presidente de la línea de tranvías de la *City Street*, quien ofreció prestar la línea entera á las demandaderas del Hospital. El 10 de Marzo último, los empleados recibieron un día de licencia, y las jóvenes tomaron posesión de los coches para recoger el precio de los asientos. Desde las cinco y media de la mañana, las conductoras improvisadas se presentaron en las estaciones de la línea, y ocupando sus coches respectivos, se dispusieron á cumplir su tarea; los coches iban engalanados con grandes anuncios, en los que se leía: *Fiesta de la caridad. No se da vuelta. Caja del Hospital de los Niños.* No hubo ni una reclamación; y después de cubiertos los gastos, quedaron libres 7.000 duros para los pobres.

* *

Los filósofos rusos.—Tres son las figuras más notables de filósofos de la Rusia contemporánea, según Wladimiro Solovieff dice en la *Viestnik Ieuropy*: Troitzky, Grott é Imokievitch.

Troitzky es sencillamente un propagandista de la filosofía inglesa; para él, Kant, Fichte, Schelling y Hegel, no significan nada; después de exponer á sus alumnos las teorías de estos filósofos, les decía: «Ya ven ustedes, señores, ¿qué representa todo eso? ¡leña, sólo leña! Pues bien; vamos á echarla á la estufa, y ahora pasemos á las bases de nuestra ciencia.» La filosofía experimental era su encanto, y fuera de ella no veía nada. Su influencia en la juventud llegó á ser tal, que el Gobierno ruso llegó á preocuparse de ella.

Grott tenía un espíritu más abierto, y transformaba fácilmente sus impresiones en ideas, y sus ideas en trabajo de todas clases, artículos, libros y actos. Ha sido el fundador en Rusia de la primera Sociedad filosófica, y de la primera, y hasta la fecha única Revista de la misma clase. Empezó por seguir á Herberto Spencer, y siguiendo por Jordan Bruno, ha concluído por enamorarse de Plotino y Aristóteles, aunque nunca ha dejado de ser la clave de todas sus ideas la evolución, llegando á extender la transformación de las fuerzas físicas al mundo orgánico, y admitiendo la hipótesis de una forma de existencia independiente de la materia indestructible. En cuanto á Imokievitch, enseñó la diferencia que hay entre la ciencia de lo absoluto y la absoluta ciencia.

***

Decálogo forestal.—El Consejo nacional de cultivos de Bohemia, ha redactado el siguiente decálogo, que reproducimos del *Madrid Científico*.

«1.° Ten fe en que cada árbol, cada monte y cada bosque son otros tantos eslabones entre el suelo y la atmósfera, sin cuya evaporación la tierra más fértil se convertirá en un desierto.

2.° No pronunciarás la palabra *bosque* en vano, sino que procurarás que los miserables matorrales de propiedad comunal se transformen en otras tantas bien pobladas selvas.

3.° Reflexiona que el bosque satisface la mayor parte de tus necesidades; que la Naturaleza ha ligado tu existencia con el bosque desde la cuna hasta el sepulcro, y que, á pesar de tu resistencia, ha hecho que tu bienestar dependa de su desarrollo.

4.° Honra al bosque en sus árboles. Cultiva y conserva los bosques para tus hijos, con el fin de que tanto á ti como á tu descendencia os pruebe bien esta tierra.

5.° No matarás las aves ni otros animales que se alimenten de insectos dañinos á las plantas forestales; antes bien, procurarás enseñar á tus hijos á que conozcan los animales perjudiciales á los bosques y á que distingan á los enemigos de éstos para que destruyan á los primeros y protejan á los segundos.

6.° No mancharás el suelo forestal con cultivos de especies impropias á sus condiciones; antes al contrario, enseñarás á tus hijos las leyes eternas de la Naturaleza, para que cuando emprendan cultivos, trabajos de conservación y aprovechamientos forestales se ciñan siempre á ellas.

7.° No robarás ningún árbol vivo, ni hojarascas, ni resina, ni otras savias vitales, ni ramas verdes, ni cortezas, ni nada de cuanto sea necesario para la vida del árbol.

8.° No presentarás falso testimonio en provecho de ningún dañador ni encubrirás á ningún cazador furtivo; por el contrario, deberás poner en conocimiento de los vigilantes forestales ó de las autoridades judiciales cualquier daño que observes, con el fin de que cada causante reciba el condigno castigo.

9.° No codiciarás los productos forestales ajenos, ni anexionarás á tu bolsillo el valor de productos de los bosques comunales.

10. No hagas cortas inconvenientes, seducido por falsas promesas de embaucadores falaces, ni prestes oído ni te avengas á que saquen hojarasca del bosque, ni á que los montes comunales sean subdivididos; sólo debes pensar que Dios te ha

dado la inteligencia para que cuides el bosque como á tu propia salud.»

* * *

A PROPÓSITO DEL LENGUAJE DE LOS PÁJAROS.—En la *Revue des Revues* publicó Magand d'Aubusson un artículo sobre *El lenguaje de los pájaros,* dando cuenta de sus observaciones personales y llamando sobre ellas la atención de los lingüistas. Miguel Breal, del Instituto de Francia, atiende al llamamiento y desenvuelve en un interesante artículo sus opiniones.

Tras dos inviernos de observación, dedicados exclusivamente al estudio de los cuervos, Magand d'Aubusson ha llegado á recoger las siguientes formas del grito del cuervo:

cra-cre-cro-cru-cruú
gras-gres-gros-grus-gruús
craé-creé-croa-crua-gruás
crao-creé-croé-crué-grués
crau-creo-croó-cruó-gruós.

Admitida la exactitud de la observación, Breal hace notar dos hechos: la repetición regular de las consonantes iniciales y la alternancia regular de la vocal. Esa repetición es ley de la lengua animal: el *zquo zquo, zquo zquo* del ruiseñor, el *tell tell* del gorrión, lo demuestran; y de esta repetición han sacado su nombre algunos animales: el *turtur* y el *ulula* de los romanos, y nuestro *cuco.* ¿Por qué tal repetición? Porque, una vez puestos en movimiento los órganos de la locución, hay que hacer un esfuerzo para contenerlos, siendo más fácil repetir el esfuerzo primero; el *papá, mamá* de los niños son voces cortadas de la cinta sin fin que sale de la boca de los bebés. En cuanto á la diferencia de la vocal, depende de la abertura de la garganta.

En la primera etapa de la evolución del lenguaje, la repetición ó geminación es cosa corriente: el cafre, al decir *tya tya*

(resbalar) ó *nyo nyo* (romper), no hace más que los cuervos. En un reciente trabajo sobre los comienzos del verbo indo-europeo, decía Breal que las formas del pretérito perfecto le parecían las más antiguas, viendo en el redoblamiento de la consonante un medio de afirmar con más fuerza. Cuando el latino hace de *pe-pul i* una forma de *pello,* ó el griego hace de *di-do-mi* una forma del verbo «dar», obedece al mismo instinto que reina en los seres inferiores.

* * *

Preparación de la celuloide.—La celuloide, esa última conquista de la química comercial que á tantas aplicaciones se presta, no es más que una mezcla de piroxilina y alcanfor, según dice *Madrid Científico.* Adicionada esta mezcla con alcohol y fuertemente comprimida, es lentamente fusible, constituyendo una materia dura, elástica y transparente, susceptible del más hermoso pulimento; adicionada con substancias coloreadas se hace opaca, tomando el aspecto del marfil, ébano, coral, turquesa, etc., con los que tantas preciosidades lanza la industria al torrente de la circulación.

Descubierto por Isaías y Juan Wesley Hyatt, de Newark, en 1869, se ha venido fabricando este producto casi exclusivamente en América, hasta que hace pocos años se establecieron fábricas del mismo en Francia y Alemania. Su preparación comprende las operaciones siguientes:

1.ª Fabricación de la celulosa nítrica ó piroxilina, que se obtiene del papel de cigarrillos de buena calidad. Se toma este papel en rollos de 0,34 metros de ancho y 15 á 25 kilos de peso, que se desarrollan mecánicamente y se sumergen con rapidez en una mezcla de cinco partes de ácido sulfúrico á 66° y dos de nítrico á 42°, mantenida á 35° próximamente; á los doce ó quince minutos la celulosa de papel se transforma en nitrocelulosa, y después de una serie de lavados y tratamientos, se recoge la substancia en cajas filtrantes y se orea, mezclándola

después con alcanfor laminado y las materias colorantes que haya de llevar hasta obtener una masa homogénea.

2.ª Amoldamiento en placas de esta masa y su laminación.

3.ª Compresión y caldeamiento del producto laminado para formar trozos.

4.ª Corte de estos trozos en hojas de espesor variable, según el destino que hayan de recibir.

5.ª Fundición de los productos cortados.

Con la celuloide se hacen toda clase de objetos: cajas, puños de bastones y sombrillas, cigarreras, carteras, cuellos y puños, clichés de imprenta, artículos de bisutería, paños decorativos, etc.

***

Napoleón III y Wagner.—De las memorias que con el título de *La inauguración del imperio liberal* viene publicando en la *Revue des deux Mondes* el antiguo Ministro Emilio Olivier, entresacamos el párrafo siguiente:

Napoleón no entendía nada de música. «A mi madre—decía riendo—le gustaba mucho; pero eso es como la gota, que salta una generación; á mi hijo quizá le guste.» Sin embargo de esto, concedió el favor más decidido á un joven músico alemán, entonces desconocido, llamado Ricardo Wagner. A instancia de varios agregados de las embajadas alemanas, ordenó la representación de *Tannhauser* en el teatro de la Opera. Y mientras Berlioz, iniciador del movimiento de innovación de que Wagner iba á ser el gran hombre, no podía franquear las puertas de nuestra Academia Nacional de Música, para el compositor alemán se abrían de par en par. Debían concederle todo lo que pidiera, sin retroceder ante ningún gasto. Un tenor alemán contratado en condiciones onerosas, y unos cantores italianos, Morelli y Tedesco, fueron impuestos por el joven maestro con preferencia á nuestros excelentes artistas.

En ningún tiempo ni en país alguno, hasta su teatro de Bayreuth, ha encontrado Wagner apoyo igual ni tales facilidades.

***

El movimiento intelectual en el Japón. — Para dar una idea del prodigioso desarrollo de la actividad intelectual en el Japón, véanse estas cifras sorprendentes tomadas por la *Revue des Revues*, de una Memoria de la casa Hakubunkwan, de Tokío, editora de la Revista *Taiyo (El sol)*.

Esta casa editorial, actualmente dirigida por Shintaro Ohashi, fue fundada hace trece años por Sahei Ohashi, y ha publicado durante esos trece años 100.521 volúmenes que contienen 2.653.307 páginas. Y además edita las Revistas siguientes: *Taiyo*, mensual, de 200 páginas, con tirada de 150.000 ejemplares; *Chugakusckai,* mensual, de 350 páginas, destinada á los alumnos de segunda enseñanza, con tirada de 50.000 ejemplares; *Shonensekai,* mensual, de 100 páginas, para los alumnos de las escuelas primarias, con tirada de 60.000; *Yonensekai,* mensual, de 60 páginas, para los niños, con tirada de 80.000; *Bungeikurabu,* mensual, colección de cuentos y novelas, con tirada de 150.000 á 200.000; *Taiheyo,* semanal, que acaba de fundarse, y cuyo éxito corresponderá seguramente al de las demás Revistas de la casa.

***

La hora de la muerte.—En la *Revista Iberoamericana de Ciencias Médicas*, excelente publicación mensual que dirige el reputadísimo D. Federico Rubio, se inserta un curioso trabajo del Dr. Muñoz (D. Antonio), acerca de la hora de la muerte, ilustrado con dos sugestivas litografías en colores.

Las conclusiones del ilustre médico se basan en observaciones personales, con eliminación de toda estadística oficial;

pues si en general tales estadísticas inspiran poca confianza, en este caso concreto se sabe positivamente que son falsas, apareciendo fallecidos casi todos los enfermos á una hora que permita darles sepultura dentro de los plazos legales; de aquí que, á instancia de las familias, unas veces se abrevia y otras se prolonga en las certificaciones de defunción la vida de los enfermos, haciéndolos morir *en el papel* á la hora que resulte más cómoda para el sepelio. He aquí las conclusiones del doctor Muñoz, formuladas sobre 500 observaciones personales, con el tanto por ciento correspondiente:

De cada cien personas, no muere ninguna entre una y dos de la tarde.—Muere una, entre diez y once del día, y ocho y nueve de la noche.—Mueren dos, entre cuatro y cinco, y entre once y doce de la mañana.—Mueren tres, entre dos y tres, tres y cuatro, y cinco y seis de la mañana, y entre doce y una de la tarde.—Mueren cuatro, entre nueve y diez de la mañana, y entre cinco y seis de la tarde. — Mueren cinco, entre doce y una, y ocho y nueve de la mañana, siete y ocho de la tarde, y nueve y diez de la noche.—Mueren seis, entre siete y ocho de la mañana, y dos y tres, y tres y cuatro de la tarde. — Mueren siete, entre seis y siete de la mañana, cuatro y cinco de la tarde, y diez y once de la noche. — Mueren ocho, que es el máximum observado, entre once y doce de la noche.

* * *

La mujer en los proverbios rusos. — Poco bien parada sale la pobre mujer de los refranes rusos, que revelan, lo mismo que el célebre libro *Domostroi,* especie de código doméstico, el concepto primitivo del hombre sobre su compañera.

He aquí algunos de estos proverbios, tal como los reproduce Ciampoli:

«Mujer sin miedo, peor que cabra salvaje.—Amala como al alma, pero sacúdela como un peral. — Zúrrala antes de la comida, y luego antes de la cena; no es un vaso que se rompa.

— Mujer y demonio, son cuerpo y alma. — El perro es mejor que la mujer, porque no ladra á su amo.—Frente á la mujer, Satanás es un inocentón.—La mujer sólo dos veces es querida en casa: cuando entra como esposa, y cuando sale como muerta.—Como la gallina no es pájaro, la mujer no es humana.—Antes de ir á la guerra, reza una vez; antes de navegar, reza dos; antes de casarte, reza tres.»

FERNANDO ARAUJO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La Theorie du Commerce International, por C. F. Bastable, profesor en la Universidad de Dublín; traducción del inglés al francés, con una introducción por Sauvaire-Jourdan. Un volumen de 257 páginas.—París, 1900. Giard y Briere, editores. Su precio, 3 francos.

«La escuela clásica inglesa ha construído para el cambio internacional una teoría particular, relativa principalmente á los tres puntos que siguen: razones por las cuales la teoría del valor del cambio ordinario no puede aplicarse al cambio internacional; teoría de los valores internacionales; papel de la moneda en el cambio internacional. Desconocida de Adán Smith, creada por Ricardo, expuesta de una manera más perfecta por Stuart Mill, esta teoría no ha dejado un momento de estudiarse por los economistas ingleses, especialmente por Cairnes, Sidgwick, Bastable, Marshall, Edgeworth.» Así comienza su interesante introducción el traductor francés del libro de M. Bastable, *La teoría del comercio internacional,* libro en el cual, como su mismo título indica, se expone la doctrina á que nos referimos, comentándola, corrigiéndola y dándola el más amplio desarrollo. La importancia de esta teoría es notoria; no hace falta razonarla. Como advierte M. Sauvaire-Jourdan, la teoría del cambio internacional, independien-

temente de su valor propio, merece la atención, tanto por la importancia del asunto, como por el nombre de sus creadores y por el lugar que ocupa en la Economía política inglesa contemporánea. Aun cuando en Francia no haya sido muy conocida, sin embargo ha sido objeto de amplio estudio y consideración detenida en Alemania, en Holanda y en Italia.

He aquí, en breves términos, de qué manera desarrolla la teoría del comercio internacional M. Bastable: En el capítulo primero expone los rasgos generales del comercio internacional, señalando las objeciones que se dirigen á su teoría, indicando su base y sus ventajas; en el segundo, estudia la comple ja cuestión de los valores internacionales; en el tercero, la no menos compleja é interesante de la moneda y de su papel en el comercio internacional, ley de Ricardo y sus consecuencias, sistemas monetarios, etc.; en el cuarto, trata de la ecuación de las deudas; en el quinto, examina el problema de los cambios extranjeros; dedica el capítulo sexto á señalar el influjo del comercio extranjero sobre la distribución interior de la riqueza; el séptimo, á discutir los derechos de aduanas que tienen un carácter fiscal; y el octavo y noveno, á estudiar la cuestión tan discutida, y acerca de la cual tanto se ha escrito del libre cambio y del proteccionismo. En el último capítulo, M. Bastable formula las conclusiones de su trabajo. Por fin, dedica dos apéndices á la historia de la teoría y á algunas teorías diferentes (teorías de Cournot, de Sidgwick y de Shadwell). El traductor, por su parte, en la introducción estudia con algún detenimiento el teorema de Ricardo acerca del papel de la moneda en el comercio internacional y la cuestión del libre cambio y de la protección.

ADOLFO POSADA.

Cooperazione nella sociologia e nella legislazione, di Filippo Virgilii, professore di Statistica nella R. Università di Siena.—Milano, Ulrico Hoepli, editore, 1900.—Un volumen (de la serie de *Manuali Hoepli*) de 228 páginas, 1,50 liras.

Dos partes comprende este *Manual:* la primera se consagra al estudio de *Las varias formas de la cooperación;* la segunda, al de *Las sociedades cooperativas en la legislación italiana.*

Prescindiendo de la segunda parte, por no ofrecer un interés inmediato para nosotros, diremos en cuanto á la primera, que es la que lo presenta general, que en las cortas páginas (137) á ella dedicadas expone el profesor Filippi, con la competencia, precisión y claridad características de sus escritos, cuanto de más esencial necesita saberse acerca de la cooperación.

Abraza esta parte primera seis capítulos: I, *Concepto general de la cooperación* (la cooperación y la división del trabajo; idea de la cooperación en general; idea de la cooperación económica; formas típicas del trabajo cooperativo; significado moral de la cooperación, etc.); II, *Cooperación de producción* (idea de ella, ventajas y desventajas de la misma, su historia en los distintos países de Europa); III, *Cooperación de consumo* (concepto, fines, ventajas, historia, relaciones con la cooperación de producción); IV, *Cooperación de crédito* (concepto; bancos populares; cajas rurales; cajas agrarias; evolución histórica de las sociedades cooperativas de consumo). V, *Cooperación de construcción* (concepto é historia); VI, *La cooperación y la participación en los beneficios* (relación entre ambas cosas; el familisterio de Guisa y la casa Leclaire; división del producto y aparcería).

La cooperación ha tomado gran incremento en nuestros días, y hay quienes ven en ella un medio de pacificar las presentes luchas sociales; por eso conviene difundir cuanto sea posible el conocimiento de su naturaleza y ventajas. Para ello sirven admirablemente libros como el *Manuale* tan bien arre-

glado del Sr. Filippi, manual que, como los restantes de la misma serie, está cuidadosamente impreso, con impresión clara y limpísima y en buen papel.

P. Dorado.

La Revolución francesa, por Tomás Carlyle, traducción del inglés, por Miguel de Unamuno. *La Bastilla.* 1 vol. de 396 págs.—Madrid. Publicaciones de La España Moderna. Su precio, 6 pesetas.

No sería oportuno hacer aquí una apreciación crítica de la genial obra del insigne Carlyle, el gran literato filósofo, autor de *Los Héroes*, y de tantos otros libros originalísimos y hermosos. Es Carlyle un escritor consagrado, uno de los que más han influído en el presente siglo para formar el carácter—modificándolo—de los pueblos anglosajones, y son sus libros, libros de un mérito indiscutible, que sería ridículo querer aquilatar en una de estas notas bibliográficas, destinadas principal y casi exclusivamente á anunciar la publicación de as obras más ó menos notables que ven la luz en los diferentes países.

La *Revolución francesa* es una de las obras que Carlyle ha escrito como historiador; pero, téngase en cuenta, que no es Carlyle á la manera de Macaulay, de Taine, el historiador frío, analizador é indiferente, sino el historiad or que ha formulado la doctrina del heroismo, como una doctrina explicativa de los grandes movimientos de la humanidad. Su estilo, más *hablado* que *escrito*, como dice Unamuno, muy conforme con la manera misma de ver las cosas de Carlyle, es siempre pintoresco y el adecuado á su pensamiento orig inal, *suyo*, siempre, en suma.

En la *Revolución francesa* pueden verse bien reflejadas todas las cualidades personalísimas de Carlyle: es un libro que en nada se parece á la historia corriente de ese grandioso momento que inicia la vida contemporánea ; más que la represen-

tación, digámoslo así, objetiva de los actos del drama revolucionario, nos presenta Carlyle su propio juicio, ó mejor, quizá su impresión pura y sin mezcla, sin atenuaciones de ningún género. Empleando cierta frase de Zola, diríamos que en este hermoso libro, que hoy ve la luz pública en español, tenemos la revolución francesa vista á través del temperamento—particularísimo por cierto—de Carlyle.

El tomo de la *Revolución francesa*, que motiva estas líneas, lleva por por título especial *La Bastilla*, y comprende lo que pudiéramos llamar primera etapa de la revolución, desarrollada en siete libros, cuyos epígrafes son los siguientes: I, *Muerte de Luis XV;* II, *La edad de papel;* III, *El Parlamento de París;* IV, *Estados generales;* V, *El tercer estado;* VI, *Consolidación,* y VII, *La insurrección de mujeres.*

ADOLFO POSADA.

Statistica, di Filippo Virgilii, professore di Statistica nella R. Università di Siena. Seconda edicione rifatta, con 13 incisioni.—Milano, Ulrico Hoepli, editore, 1898.—Un volumen (de la serie de *Manuali Hoepli*) de xv-221 páginas, 1,50 liras.

La *Estadística* del profesor de Siena es un librito que puede calificarse de precioso (á pesar de su baratura). Luce en él su autor, aparte sus conocimientos de Sociología y de Economía, su gran cultura matemática, requisito sin el cual parece imposible dominar como es debido la materia propia de la Estadística; también se notan, desde el principio hasta el fin, las excelentes cualidades de expositor que acompañan al Sr. Filippi.

Además de una introducción, en que se trata de la etimología y la definición de la Estadística, de su objeto y fin, de su método, de sus divisiones, de sus límites, de su utilidad y

de su historia, comprende el libro dos partes, dedicadas, respectivamente, al estudio de la *Estadística metodológica* y de la *Estadística de exposición* (división del Sr. Ferraris que Filippi hace suya).

Trata en la primera parte de los principios y reglas que se deben tener presentes para que los datos estadísticos ofrezcan verdadero valor, y comprende todo lo relativo á la *Recolección de los hechos* (por procedimientos directos é indirectos, monografías, informaciones, etc.), á la *Crítica de los datos* (para no incurrir en errores), á la *Elaboración de los datos* (este capítulo es muy interesante; en él está lo relativo al cálculo de las probabilidades, á los términos medios, vida media, tablas de mortalidad y supervivencia, comparación de las cifras, sistema de los números-índices, investigación de las causas de los hechos, etc., etc.), y á la *Exposición de los resultados* (por medio de cuadros y por representaciones gráficas, diagramas y cartogramas).

En la parte segunda se exponen brevemente algunos datos estadísticos tocantes al *Territorio y el clima,* al *Movimiento demográfico,* á la *Vida económica,* la *intelectual,* la *moral* y la *política*. Estos datos se refieren especialmente á Italia, aun cuando también se hacen á menudo comparaciones internacionales.

Por fin, el libro se cierra con un epílogo en que se indican ligeramente estas dos cuestiones: *Regularidad estadística y libre albedrío* y *La unidad de la Estadística.*

P. Dorado.

OBRAS NUEVAS

Alfonso (F.) y Banquells (D.)—Choque de trenes; humorada cómico-lírica en un acto. En 4.°, 38 páginas: 1 peseta.

Alonso Cortés (N.)—Rengloncitos; versos. En 12.°, 67 págs.: 1 peseta.

Alonso y Orera (E.)—El triunfo de Harmodia. En 8.°, 123 págs.: 1,50 pesetas.

Alvaro y Miranzo (F.)—Novísimo tratado de lectura. En 8.°, 32 páginas: 15 céntimos.

Amiel (E. F.)—Diario íntimo de Enrique Federico Amiel, profesor de Filosofía en la Academia de Ginebra, prólogo por Pablo Bourget. En 4.°, 444 págs.: 9 pesetas.

Arganda (V. de).—¿En qué siglo estamos? En 8.°, 134 págs.: 1,50 pesetas.

Ascarra (V. F.)—Anuario del maestro para 1900. *Tercer año*. En 8.°, 304 págs.: 2 pesetas.

Ausín y Donis (T.)—La máquina humana. En 8.°, 292 págs.: 2 pesetas.

Barado (F.)—En la brecha (cuentos y fantasías). En 12.°, 190 págs.: 50 céntimos.

Barreda (L.)—Cántabras. En 8.°, 80 páginas: 1 peseta.

Benavente (J.)—La gata de angora; comedia en cuatro actos. En 8.°, 135 págs.: 2 pesetas.

Bermúdez Loureiro (D.)—La evolución del notariado. En 4.°, 143 páginas: 1,50 pesetas.

Blanco Trigueros (M.)—Integridad hipotecaria. En 4.°, 206 págs.: 2,50 pesetas.

Boissier (G.)—Cicerón y sus amigos; estudio de la sociedad romana del tiempo de César. En 4.°, 433 págs.: 8 pesetas.

Bolivar (I.) y Calderón (S.)—Nuevos elementos de Historia natural. *Entrega tercera*. En 4.°, páginas 81 á 208 y 129 á 224. Precio de la obra completa, 18 pesetas.

Bonet y García (J.)—Apuntes de álgebra elemental. *Cuaderno I, Pizarras, y el II, Notas*. En 4.°, dos tomos, 116 y 124 págs.: 7 pesetas.

Calvo (I.)—Aplicaciones de las oscilaciones Hertzianas á la telegrafía y telefonía sin hilos. En 4.°, 302-IX págs. y 5 láminas: 6 pesetas.

Carrasco y Sayz (A.)—Discurso. Contestación de D. Eduardo Saavedra. En 4.°, 72 págs.

Tema: La discordia en los Estados políticos.

Coll (J.)—Clamores de ultratumba. En 8.°, 614 págs.: 3 pesetas.

Comedia de Calixto y Melibea (único texto auténtico de la *Celestina*). Reimpresión publicada por R. Foulché-Delbosc. En 8.°, VI-180 páginas: 8 pesetas.

Bibliotheca hispánica.

Cuquerella Alonso (F.)—Romances y poesías cortas. En 8.°, IX-117 páginas: 1,50 pesetas.

Dicenta (J.)—El león de bronce; monólogo en prosa. En 4.°, 14 páginas: 1 peseta.

Fe y Jiménez (L.)—Historia de Nuestra Señora de la Cabeza. En 8.°, 296 págs.: 3 pesetas.

Fernández-Soler (M.)—París-1900. Visita á la Exposición Universal. En 8.° mayor, 41 págs.: 50 céntimos.

Ferri (E.) Estudios de antropología criminal. *Tercera edición*. En 8.°, 314 págs.: 3 pesetas.

Flores García (F.)—La pajarita; zarzuela cómica en un acto. En 4.°, 36 págs.: 1 peseta.

García Barbarín (E.)—Elementos de Algebra para las Escuelas de Artes y Oficios y Normales. En 8.°, 176 págs.: 2 pesetas.

Garnett (R.)—Historia de la literatura italiana, traducción de Enrique Soms y Castelín, profesor de literatura griega en la Universidad de Madrid. En 4.°, 469 páginas: 9 pesetas.

Giménez Guerra (A.) y Ogaitnas (J.)—La tómbola; juguete cómico. En 4.°, 29 págs.: 1 peseta.

Góngora (A. de).—El periodismo jerezano. En 4.°, 80 págs.

González Matallana (J.)—Idolos, casi semblanzas. En 8.°, XIX páginas: 25 céntimos.

Taine (H.)—Notas sobre París. Vida y opiniones de M. Federico Tomás Graindorge, Doctor en Filosofía por la Universidad de Jena. Coleccionadas y publicadas por H. Taine, su albacea. En 4.°, 304 págs.: 6 pesetas.

Gutiérrez (F. de.)—La reforma postal en España. En 4.°, XIV-224 páginas.

Heine (E.)—Alemania. Comprende: Alemania hasta Lutero.—Desde Lutero hasta Kant.—Desde Kant hasta Hegel.—La literatura hasta la muerte de Gœthe.—Los poetas románticos. En 4.°, 304 pág.: 6 ps.

Heredia y Rodríguez-Jaén (R.)—El calculador comercial. En 8.°, 186 págs.: 1,50 pesetas.

Hernández (A).—Escalafón del arma de infantería. En 12.°, 126 págs.: 1,50 pesetas.

Homenaje del Ayuntamiento de Madrid á D. Ramón de la Cruz con motivo de la colocación de una lápida conmemorativa en la casa donde vivió y murió aquel insigne sainetista. En 4,°, VIII-29 páginas.

No se ha puesto á la venta.
Contiene el sainete *El Refunfuñador*.

Horcajo Hernández (F.)—Monografía sobre el diagnóstico diferencial de los quistes del ovario y de sus complicaciones. En 4.°, 89 págs.: 2,25 pesetas.

Huxley (Th.)—La educación y las ciencias naturales, por Th. Huxley, de la Sociedad real de Londres. En 4.°, 315 págs.: 6 pesetas.

Jordi Martí (F.)—La galvanoplastia práctica. En 8.°, 61 págs,: 1 peseta.

Junquera (E.)—Fresas al champagne; ristra de versos cómicos. En 12.°, 58 págs.: 50 céntimos.

Lacal (L.)—Diccionario de la música; técnico, histórico, bio-bibliográfico. En folio, VIII-600 págs.: 25 pesetas,

Lombroso (C.)—Estudios de psiquiatría y antropología, por César Lombroso. Tercera edición. En 8.°, 295 págs.: 3 pesetas.

Lozano (R.)—Lecciones de clínica quirúrgica. En 4.°, 411 págs.: 7 pesetas.

Luna (A.)—El velorio; zarzuela dramática en un acto. En 4.°, 39 págs.: 1 peseta.

Maestre (T.)—La escarapela; drama en tres actos. En 4.°, 69 páginas: 2 pesetas.

Montero Sánchez (A.)—Compendio de la historia de la Marina militar de España. En 4.°, 358 páginas: 5 pesetas.

Moraleda y Esteban (J.)— Romances Orgaceños. En 8.° mayor, 37 págs.: 1 peseta.

Morel-Fatio (A.) y Rouanet (L.)— Le théatre espagnol. En 4.°, 47 páginas: 1 pesetas.

Moreno de la Torre (F.)—El intérprete del viajero español en Francia. En 12.° apaisado, 91 páginas: 1 peseta.

Nansen (F.)—Hacia el Polo; relato de la expedición de 1893 á 1896, según el Diario de la exploración. En 4.°, 280 págs.: 6 pesetas.

Navarro (C.) y Fernández de la Puente (M.)—El belén del abuelito; apropósito cómico lírico. En 4.°, 42 págs.: 1 peseta.

Nietzsche (F.)—Así hablaba Zaratustra: un libro para todos y para nadie; traducción directa del alemán, esmeradamente cotejada con las traducciones inglesa, francesa é italiana, por Juan Fernández. En 4.°, 373 págs.: 7 pesetas.

Ojeda (C.) - Inesilla; ensayo dramático en un acto. En 4.°, 34 páginas: 1 peseta.

Pazos y García (D.)—Disposiciones que podrían impedir en España la división de las fincas rústicas. En 4.° mayor, 312 págs.: 3 pesetas.

Pérez y González (F.)—Carrasquilla; zarzuela en un acto. En 4.°, 41 págs.: 1 peseta.

Pérez Noguera (E.)—Heridas por proyectiles de fusil de pequeño calibre. En 4.°, 66 págs.: 2 pesetas.

Pirala (A.)—San Sebastián en el siglo XIX. En 4.°, 89 págs.: 2 pesetas.

Portilla Martín (J.) y Asencio (M. S.) Recitaciones de derecho canónico y disciplina eclesiástica de España. Tomo I. Prolegómenos. En 4.°, VII-171 págs.; 3,50 pesetas.

Romanillos (F.) y Cid (F.)—Monumentos de Avila; guía para visitar la ciudad En 8,°, 157 páginas: 1,50 pesetas.

Salaices y Moral (E.)—Nociones de Historia de España. En 8.°, 109 páginas: 75 céntimos.

San Cristóbal García (C.)—El placer de la venganza; drama en un acto. En 4.°, 32 págs.: 1 peseta.

Sandeau (J.) - Magdalena. En 8.°, 165 págs.: 50 céntimos.

Sánchez Pastor (E.)—El señorito

Arturo; drama en tres actos. En 4.°, 61 págs.: 2 pesetas.

Sánchez Vallejo (B.)—Protesta contra la carestía del pan. En 4.°, 32 págs.: 50 céntimos.

Sarasate de Mena (F.)—Poesías religiosas. En 8.°, 237 págs.: 1,50 pesetas.

Sellés (E.)—La balada de la luz; melodrama en un acto. En 4.°, 35 págs.: 1 peseta.

Taine (H.)—Historia de la literatura inglesa. Tomo II. El Renacimiento, Jonson, Shakspeare, Milton. En 4.°, 374 págs.: 7 pesetas.

Vergara de Prado (A.)—La alternativa; cuadro de costumbres madrileñas. En 4.°, 33 págs.: 1 peseta.

Iráyzoz (F.)—La noche de «La Tempestad», pasillo lírico en un acto. En 4.°, 46 págs.: 1 peseta.

Zapata (M. L.)—Lecciones de geometría y trigonometría. En 4.°, v-122 págs.: 3 pesetas.

INDICE

Págs.

Los placeres en China, por el General Tcheng-Ki-Tong..... 5
Genoveva Montaña, novela (continuación), por Caïel..... 42
Poetas americanos: Laborare est orare, por L. R. Peña.—*Unión y libertad*, por José Flamenco (guatemaltecos)..... 72
La literatura moderna en Francia, por Emilia Pardo Bazán..... 78
Cervantes y su época, por Ramón León Máinez..... 98
El teatro Hispanoamericano, por Juan Pérez de Guzmán..... 114
Revista Hispanoamericana, por Iob..... 135
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 153
Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 163
Notas bibliográficas, por A. Posada y P. Dorado..... 197
Obras nuevas..... 203

OBRAS PUBLICADAS

por la ESPAÑA MODERNA, que se hallan de venta en su Administración, Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid, y que recomendamos especialmente á nuestros favorecedores.

Aguanno.—La Génesis y la evolución del derecho civil, 15 pesetas.
Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.
Grave.—La Sociedad futura, 8 pesetas.
Gross.—Manual del juez, 12 pesetas.
Kells-Ingram.—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.
Kochs.—Higiene general, 3 pesetas.
Kruger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho Romano, 7 pesetas.
Lombroso, Ferri, Garofalo y Fioretti.—La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
Martens.—Derecho internacional, público y privado (3 tomos), 22 pesetas.
Max-Muller.—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.
Mommsen.—Derecho público Romano, 12 pesetas.
Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
Sohm.—Historia é instituciones de Derecho privado Romano, 14 desetas.
Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
Sumner-Maine.—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las Instituciones primitivas, 7 pesetas.
Westermarck.—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

Otras obras publicadas por LA ESPAÑA MODERNA

Taine.—Historia de la Literatura Inglesa, tres tomos, á 7 pesetas, 21 pesetas.
Murray.—Historia de la Literatura Clásica Griega, 10 pesetas.
Dowden.—Historia de la Literatura Francesa, 9 pesetas.
Garnet.—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.
Waliszewski.—Historia de la Literatura Rusa, 9 pesetas.

DE PRÓXIMA PUBLICACIÓN

Fitzmaurice-Kelly.—Historia de la Literatura Española.
Aston.—Historia de la Literatura Japonesa.

AP
60
E8
año 12
no.139-41

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY